FERNANDO CLAUDIN

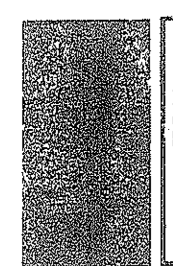
Teoría, política y partido a la hora del Manifiesto

MARX, ENGELS Y LA REVOLUCION DE 1848

La prueba de la práctica

Revolución y contrarrevolución

Análisis global de la revolución y desarrollo de la teoría política





Siglo veintiuno de España Editores, sa

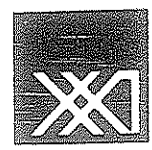
BIBLIOTECA DEL PENSAMIENTO SOCIALISTA

MARX, ENGELS
Y LA REVOLUCION DE 1848

por

FERNANDO CLAUDIN





siglo veintiuno editores, sa
CERRO DEL AGUA 248, MEXICO 20, D.F.

siglo veintiuno de españa editores, sa
C/PLAZA 5, MADRID 33, ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa

siglo veintiuno de colombia, ltda
AV. 3a. 17-73 PRIMER PISO, BOGOTA, D.E. COLOMBIA

Primera edición, septiembre de 1975
Segunda edición, septiembre de 1976
Tercera edición, julio de 1981
Cuarta edición, julio de 1985

en coedición con
SIGLO XXI EDITORES, S. A. (México)
SIGLO XXI ARGENTINA EDITORES, S. A.

Impreso y hecho en España
Printed and made in Spain
ISBN: 84-323-0191-4
Depósito legal: M. 24.223-1985
Closas-Orcoyen, S. L. Polígono Igarsa
Paracuellos del Jarama (Madrid)

INDICE

Págs.

INTRODUCCION

La revolución de 1848 ha desempeñado un papel relevante en la formación de la teoría política de Marx y Engels. Poco antes habían elaborado los elementos básicos de la concepción materialista-dialéctica de la historia, verdadera revolución teórica en el campo del pensamiento filosófico y sociológico. Pero apenas llegados a conclusiones que estimaban científicas en lo que respecta a la *interpretación teórica* del mundo social se vieron en trance de utilizarlas para intervenir en su *transformación práctica* por vía revolucionaria. La revolución que esperaban se puso en marcha antes de que los primeros ejemplares del *Manifiesto del partido comunista* pudieran salir de la imprenta de Londres, antes de que ese «partido comunista» fuera algo más que una corriente ideológica mal definida en el movimiento obrero, a la que justamente Marx se proponía aportar su nueva teoría revolucionaria. Cierto, la Liga de los comunistas acababa de hacer suya esta nueva teoría, pero era una pequeña organización clandestina, formada principalmente por obreros-artesanos alemanes emigrados en Londres, París y otras capitales europeas, muy influidos todavía por unas u otras variantes del doctrinarismo utópico. A poco de comenzar la revolución Marx y Engels consideraron conveniente suspender la actividad de la Liga como tal organización.

Iniciada en París, la revolución se propaga como reguero de pólvora a la mayor parte de la Europa continental, entre el Atlántico y las fronteras rusas. En un primer momento parece que va a extenderse a Inglaterra. Además de Francia, quedan envueltos en el torbellino Prusia, Austria, Baviera, Sajonia y demás Estados de la Confederación germánica; los territorios polacos ocupados por Prusia; Bohemia y Hungría, que intentan desembarazarse del yugo austriaco, en particular la segunda, cuya guerra nacional revolucionaria se prolongará durante un año; la Italia del norte (Lombardía) ocupada por los austriacos y todos los estados italianos: reino de Cerdeña (Piamonte), estados del Papa,

reino de Nápoles, etc. Es la revolución más europea de toda la historia de Europa. Dirigida, en primer término, contra las monarquías absolutas o reaccionarias, contra el sistema de la Santa Alianza y contra todas las supervivencias feudales, en general, tiene, al mismo tiempo, un filo antiburgués reconocido por todos los protagonistas. El miedo de las «fuerzas de la vieja Europa» al «fantasma del comunismo», que Marx evoca en las primeras líneas del *Manifiesto*, se hace virulento, porque el fantasma parece corporeizarse. Los proletarios están en las primeras filas de los insurrectos de París y Berlín, de Viena y Milán, y exigen algo más que sufragio universal. En junio de 1848 París es teatro del primer gran combate de la historia entre burguesía y proletariado por el poder político. La lucha de clases se despliega netamente y se combina con las luchas de liberación nacional y los conflictos entre las potencias, resultando un proceso revolucionario internacional de suma complejidad. La recién nacida teoría de la revolución no podía encontrar piedra de toque más exigente ni experiencia más apropiada para enriquecerse.

Habiéndose situado en Colonia, capital de Renania —principal provincia industrial de Prusia—, Marx y Engels participan directamente en la revolución alemana y siguen paso a paso el desarrollo de la revolución en los otros países europeos. Tienen que abordar problemas nuevos o sólo tratados hasta entonces en un plano muy general; analizar al día una situación compleja en rápida mutación; resolver cuestiones de estrategia y táctica, de formas de lucha y de organización, con las que nunca se habían enfrentado. Actúan en las organizaciones del partido demócrata y en las asociaciones obreras. Pero el instrumento principal de su acción política es la *Nueva Gaceta Renana*, el gran diario que fundan en Colonia, directamente dirigido por Marx. Los doscientos treinta y tantos artículos de Marx y Engels publicados durante un año en este primer periódico «marxista» de la historia revisten gran interés, salvo excepciones, por más de un concepto. Como fuente historiográfica de la revolución, como primer modelo de periodismo inspirado en la concepción materialista de la historia y, sobre todo, como registro de las nuevas ideas y análisis que el proceso de la revolución inspira, sobre la marcha, a los dos teóricos.

Los catorce meses de revolución alemana vividos en Colonia constituyen la única experiencia de acción política directa, diaria, sobre el terreno, en toda la existencia de Marx y Engels. A los que siguen dos años y medio dedicados fundamentalmente al análisis retrospectivo, global, de la revolución, plasmado en *Las luchas de clases en Francia, Revolución y contrarrevolución en Alemania, El 18 Brumario de Luis Bonaparte* y en otros textos menos conocidos, especialmente los análisis de la situación europea e internacional publicados a lo largo de 1850 en la *Nueva Gaceta Renana (revista económico-política)*, mensual editado por Marx después de la derrota de la revolución. En esos textos la concepción de la lucha de clases del período anterior al *Manifiesto* y del mismo *Manifiesto*, todavía muy general y esquemática, se enriquece considerablemente con el examen de nuevas facetas y fenómenos. No hay dominio alguno de la teoría política de Marx en el que la experiencia del 48 no haya dejado huella profunda. Lenin lo señala en diversas ocasiones, calificando de «momento central» de toda la actividad de Marx y Engels su participación en la revolución de 1848. «De ahí parten —escribe en 1907— para analizar los destinos del movimiento obrero y de la democracia en una serie de países. A ese momento retornan siempre que se trata de definir, en la forma más expresiva y depurada, la naturaleza interna de las diversas clases y sus tendencias. Y bajo el prisma de aquella época revolucionaria apreciarán ulteriormente los partidos y organizaciones, las tareas y conflictos políticos de menor entidad» *.

Sin embargo, son muy escasos en la historiografía del marxismo los trabajos dedicados a este período de su desarrollo, como puede verse en nuestro resumen bibliográfico. Se le dedica el correspondiente capítulo en las biografías de Marx y Engels; se toca más o menos marginalmente en los estudios históricos sobre la revolución de 1848; y no hay investigación marxista sobre el problema de las clases o del Estado que no recurra a *Las luchas de clases* o al *18 Brumario*. Pero a diferencia del tema de la formación del marxismo en el período prerrevolucionario, que cuenta con numerosas

* *Obras,* 4.ª ed. rusa, t. 13, p. 22.

investigaciones y debates, el tema de su desarrollo bajo el impacto de la revolución y la contrarrevolución en el período 1848-1851, del *Manifiesto* al *18 Brumario*, apenas ha suscitado estudios específicos. En su mayor parte los artículos de *Nueva Gaceta Renana* y de *Nueva Gaceta Renana* (*revista económico-política*) no son conocidos más que por un reducido círculo de especialistas.

Con el presente trabajo nos proponemos contribuir al conocimiento de ese importante segmento de la historia del marxismo en el sentido, sobre todo, de proporcionar al lector un material documental que facilite su reflexión independiente. Hemos procedido, con la mayor objetividad posible, a la reconstrucción sintética del discurso y la acción de Marx y Engels en la revolución del 48, o a propósito de la misma, situándolos en el contexto histórico correspondiente, mostrando su articulación con el curso concreto de la revolución. Hemos tratado, por un lado, de evidenciar el uso práctico que hacen de su teoría para analizar el proceso revolucionario, orientarse en él y tratar de influenciarlo, y, por otro lado, el efecto que el proceso revolucionario, en general, y su praxis política, en particular, tienen en su elaboración teórica.

Pensamos que esta síntesis analítica puede servir para la comprensión más exacta y crítica de conceptos y proposiciones de la teoría política de Marx y Engels que frecuentemente han sido utilizados de modo dogmático y a-histórico. Por otra parte, pese a las diferencias radicales entre el mundo y el capitalismo de 1848 y los de hoy, no deja de ser provechosa la reflexión sobre la primera revolución de dimensiones europeas en la que se planteó abiertamente la lucha entre proletariado y burguesía, y con la que se inició la parábola periférica descrita por los efectos revolucionarios de las sucesivas crisis del sistema capitalista, mientras su centro resistía y —durante toda una época— se fortalecía. Cierto, nada más original e irrepetible que una revolución. Pero forzoso es constatar también que una serie de fenómenos de gran relevancia parecen repetirse —aunque siempre, claro está, con rasgos específicos— en las revoluciones habidas desde entonces hasta hoy. Nada más peligroso para los actores de las nuevas revoluciones que caer en el mimetismo de las

anteriores, pero la ignorancia de las experiencias históricas no puede facilitar la comprensión del presente. La reflexión crítica sobre las precedentes revoluciones engendradas por el sistema capitalista (incluidas las engendradas por las contradicciones entre el desarrollo de éste y las estructuras precapitalistas) no sólo es necesaria para captar los fenómenos repetitivos, sino para percibir plenamente la originalidad de cada nueva revolución.

* * *

Siempre que ha sido posible hemos preferido utilizar los textos mismos de Marx y Engels, sus pasajes más significativos, a resumirlos por nuestra cuenta. La exposición pierde así en fluidez pero gana en rigor documental. Nos hemos esforzado también por estructurar la exposición combinando el criterio cronológico y temático de manera que resulte la mayor unidad y cohesión posibles en ambos aspectos, dando prioridad a uno y otro según el carácter de cada una de las tres partes en que está dividida la obra. En la primera, de carácter introductivo, dedicada a presentar una síntesis de la teoría de la revolución de Marx a la hora del *Manifiesto*, predomina la ordenación temática. La segunda, esencialmente histórico-descriptiva, está regida, ante todo, por el curso de los acontecimientos, pero dentro de los límites que permite esa sujeción cronológica hay un cierto agrupamiento temático. En la tercera vuelve a predominar este criterio para mostrar el análisis global de la revolución a que llegan retrospectivamente los dos revolucionarios, así como los elementos nuevos que introducen en su teoría política.

I. TEORIA, POLITICA Y PARTIDO A LA HORA DEL MANIFIESTO

En 1844-1846 la evolución teórica y política de Marx y Engels llega a un punto crucial. Como dirá más tarde Engels, durante su primer encuentro con Marx, en el verano de 1844, se reveló entre ambos «un acuerdo completo en todos los dominios teóricos», y cuando en la primavera de 1845 volvieron a reunirse, Marx «había desarrollado ya, en líneas generales, su teoría materialista de la historia; nos pusimos a elaborar en detalle y en las más diversas direcciones la nueva concepción descubierta» [1]. Marx sintetizaría en 1859 el «resultado general» a que había llegado catorce años atrás, calificándolo de «hilo conductor» de sus investigaciones ulteriores [2]. El «descubrimiento», dice Engels, «venía a revolucionar la ciencia de la historia»; «Ahora, el comunismo de los franceses y de los alemanes y el cartismo de los ingleses ya no aparecían como algo casual, que lo mismo habría podido no existir, sino como un movimiento de la nueva clase oprimida, del proletariado, como formas más o menos desarrolladas de su lucha históricamente necesaria contra la clase dominante, contra la burguesía»; «Ahora, el comunismo ya no consistía en extraer de la fantasía un ideal de la sociedad lo más perfecto posible, sino en comprender el carácter, las condiciones y, como consecuencia de ello, los objetivos generales de la lucha librada por el proletariado» [3].

«A partir de ese momento —sigue explicando Engels— estábamos obligados a razonar científicamente nuestros puntos de vista, pero considerábamos igualmente importante para nosotros ganar al proletariado europeo, empezando por el alemán, para nuestra doctrina» [4]. Las *Tesis sobre Feuerbach,* la *Ideología alemana, Miseria de la filosofía* y otros textos de 1845-1847, hasta el *Manifiesto Comunista,* constituyen el resultado concreto de la labor de Marx y Engels en la primera dirección. En la segunda, los primeros resulta-

dos fueron la adhesión de los dirigentes de la Liga de los Justos a las nuevas ideas y el ingreso en ella de Marx y Engels. Transformada en Liga de los comunistas por su congreso de junio de 1847, esta organización adopta plenamente la teoría de Marx en el siguiente congreso (noviembre-diciembre 1847), encomendándole redactar su documento programático: el *Manifiesto del Partido Comunista.*

Mientras tanto, los signos premonitorios de una crisis revolucionaria se acumulan sobre Europa. En la circular que la dirección de la Liga de los Justos envía a sus organizaciones en febrero de 1847 se anuncia la inminencia de «una revolución grandiosa, que probablemente decidirá por un siglo los destinos de la humanidad» [5]. Marx y Engels consideran también que la revolución se aproxima y siguen atentamente la evolución de la situación política en los principales países europeos. El principal analista de la coyuntura es Engels, pero es plausible suponer que sus juicios reflejan la opinión de Marx. Sus artículos, publicados en el órgano central de los cartistas, *The Northern Star, La Réforme,* portavoz del ala izquierda de los demócratas franceses, y *Deutsche Brüsseler Zeitung,* revista influida por Marx, ofrecen gran interés en un doble aspecto: por ser las primeras aplicaciones del «hilo conductor» al análisis de las situaciones políticas concretas y como fuente inapreciable para el estudio de la génesis inmediata de las revoluciones del 48.

Análisis de la coyuntura prerrevolucionaria, formación de la Liga de los comunistas, elaboración teórica, van estrechamente enlazados en la actividad de Marx y Engels durante el año 1847 y enero-febrero de 1848, teniendo su resultado político-organizacional en el segundo congreso de la Liga y su gran síntesis teórico-política en el *Manifiesto.* Se ve que quieren ser consecuentes con la onceava tesis sobre Feuerbach: «Los filósofos se han limitado a *interpretar* el mundo de distintos modos; de lo que se trata es de *transformarlo*».

Del conjunto de esa labor nos interesa extraer ahora, en función de los objetivos del presente estudio, la teoría de la revolución, la línea estratégica y táctica, la concepción de la clase y del partido revolucionarios, las características principales de la Liga de los comunistas, el análisis de la coyuntura. Todos estos planos o niveles

de elaboración y de acción se dan estrechamente imbricados, condicionándose entre sí, pero la necesidad de exponer de modo global y coherente, al mismo tiempo que muy resumido, cada uno de ellos, nos obliga a considerarlos por separado, con el riesgo de que quede oscurecida su interconexión Pensamos que este riesgo puede paliarse un tanto comenzando por el tema de la coyuntura política. La coyuntura, en efecto, es el factor que determina de manera más directa e imperiosa el modo *concreto* como la interconexión va produciéndose. La idea de que la revolución se echa encima induce a intensificar los esfuerzos por organizarse, por clarificar las opciones políticas, por definirse programáticamente. Acelera el acuerdo entre Marx y Engels, por un lado, y los dirigentes de la Liga, por otro; precipita el segundo congreso de ésta, determina la urgencia del *Manifiesto* e influye muy considerablemente en su contenido. El *Manifiesto* no es una simple exposición de doctrina —que ha sido la manera más corriente de tratarlo, fuera de las circunstancias de tiempo y lugar—, sino la plataforma programática y política de los comunistas con vistas a una revolución específica, la revolución cuyo estallido consideraban inminente en unos países y próximo en otros. El análisis de la coyuntura, además, es la manera más directa de introducirnos en el contexto político y social general dentro del cual se desarrolla la acción de Marx y Engels.

1. ANALISIS DE LA COYUNTURA

Al finalizar los años cuarenta del siglo XIX, Alemania es el país donde la revolución parece más inminente, no sólo a los comunistas alemanes, sino a la generalidad de los observadores políticos europeos. Desde la insurrección de los tejedores silesianos (verano de 1844) —que tan profundo impacto tuvo en la evolución política y teórica del joven Marx— la situación general de Alemania no cesa, en efecto, de degradarse. Empeora bruscamente con las desastrosas cosechas de 1844-1845 y la enfermedad de la patata (alimento básico, junto con el pan, de la población laboriosa) en 1845-1846; se agrava aún más bajo los efectos que tiene en el continente la crisis económica inglesa de 1847. Escasez y

carestía, hambre y epidemias (sólo en Silesia la de tifus causa 16.000 defunciones), cierre de empresas y paro masivo acaban por exasperar los ánimos. Desde el verano de 1846 se suceden los «desórdenes». En agosto de ese año el pueblo de Colonia se enfrenta con la guarnición prusiana y en abril de 1847 el de Berlín asalta panaderías y carnicerías. Interviene la tropa. Surgen barricadas. Motines semejantes estallan en Ulm, Stuttgart y otras ciudades alemanas. Los portavoces de la pequeña burguesía artesanal —clase en plena decadencia económica pero muy importante aún como masa social— exigen en las Dietas que los recursos existentes sean redistribuidos en favor de las pequeñas empresas, pero al mismo tiempo los representantes de la industria, de la clase ascendente, exigen que el Estado concentre sus medios en sostener las fábricas amenazadas. Las masas laboriosas —artesanos en vías de proletarización, obreros de las primeras industrias modernas, campesinos sometidos aún, en muchas regiones, a los vínculos y cargas feudales, una enorme legión de parados e indigentes— no cuentan con representación alguna en las Dietas: su único lugar de expresión es la calle; su arma, el motín.

Por fin, esta «sociedad civil» alemana, cuya pasividad tanto había decepcionado y exasperado a los intelectuales joven-hegelianos, «entra en danza», como gustaba decir Marx. Y encuentra sus jefes políticos en los escritores y profesores universitarios. Ilusiones de un pueblo políticamente virgen y fraseología de una casta profesional a mil leguas de las masas trabajadoras parecen conjugarse admirablemente.

Todas las contradicciones de clase se crispan: burguesía-proletariado, burguesía-artesanía, burguesía-nobleza, campesinado-nobleza. En primer plano, condicionando todos los otros antagonismos, se sitúa el antagonismo entre el conjunto de clases y capas sociales que constituyen entonces el «pueblo» —desde los obreros, artesanos y campesinos hasta la burguesía— y el régimen monárquico absolutista, cuyos principales instrumentos son el ejército, la policía y la famosa burocracia prusiana. A la cabeza del conglomerado antiabsolutista aparece, con papel indiscutiblemente hegemónico —constata Engels—, la burguesía liberal. La clase obrera propiamente dicha no representa aún más que un pequeño porcentaje de la población. En el proletariado predomina el artesanado pobre, en trance de proletarización [6].

La burguesía liberal persigue fundamentalmente dos objetivos que en el fondo hacen uno: instaurar una monarquía constitucional que les abra acceso al poder político y encontrar una vía de paso a esa monarquía que evite la revolución. Su modelo no es Francia, ni siquiera la Francia de Luis Felipe, sino Inglaterra. En la monarquía inglesa la burguesía alemana ve un sabio y fecundo compromiso entre la tradición y la modernidad, entre la aristocracia y la burguesía. Lo que más teme es la revolución, esa revolución de la que hablan los informes confidenciales de los funcionarios prusianos y la correspondencia de los hombres de negocios [7]. Teme la revolución tipo 1789, pero ahora con un nuevo actor: ese proletariado que en Renania y en Silesia, en Berlín y en Hamburgo, comienza a ser una realidad amenazante, pese a la debilidad que aún le caracteriza, como la revolución pondrá en evidencia. Pero esta evidencia no lo es todavía, y la burguesía alemana tiene ya el inquietante precedente de la insurrección silesiana. Llegar a la monarquía constitucional, sí, pero a través del entendimiento con los monarcas. Sin ruptura que pueda abrir una brecha por donde irrumpa la revolución.

En Prusia, la ocasión propicia parece presentarse en los primeros meses de 1847. Federico-Guillermo IV necesita dinero y para salir del paso se ve obligado a solicitar un importante empréstito que sólo puede cubrirse si la burguesía acepta. A cambio de su dinero el rey le ofrece la institucionalización de la Dieta Unida, especie de Constitución vergonzante, con la que en realidad trata de escamotear la aspiración constitucional de la burguesía. Engels comenta el acontecimiento en un importante artículo de febrero de 1847. Prevé que la burguesía no se prestará a la maniobra y el rey no logrará otra cosa que abrir el proceso revolucionario. Se está, dice, ante el 1789 alemán (sugiere un paralelo entre la convocatoria de la Dieta Unida y la de los Estados Generales por Luis XVI). Y hace el siguiente análisis del proceso que ha conducido a esa situación:

«La forma de gobierno existente hasta ahora estuvo

condicionada por la relación de fuerzas creada entre la nobleza y la burguesía prusianas. La nobleza perdió hasta tal punto su anterior poderío, su riqueza y su influencia, que ya no podía subordinarse el rey, como antes ocurría. La burguesía no era suficientemente fuerte para sacudirse el fardo muerto que entorpecía su desarrollo comercial e industrial: la nobleza. Así es cómo el rey, representante del poder central en el Estado, y mantenido por la pletórica clase de funcionarios públicos, civiles y militares, disponiendo además del ejército, pudo mantener sometida a la burguesía con ayuda de la nobleza y a la nobleza con ayuda de la burguesía, complaciendo ora los intereses de una, ora los intereses de la otra, y equilibrando, en la medida de lo posible, la influencia de ambas. La monarquía absoluta pasó por esta fase en casi todos los estados civilizados de Europa, pero en los más desarrollados ha cedido ya la plaza al gobierno de la burguesía.» Durante los últimos decenios, prosigue Engels, la burguesía prusiana «incrementó considerablemente sus riquezas, desarrolló las fuerzas productivas y fortaleció, en general, su influencia». Paralelamente —resumimos la continuación del análisis de Engels— fue tomando cuerpo su movimiento político, teniendo como principales objetivos el régimen representativo, la libertad de prensa, la independencia de la justicia y (Engels no lo dice aquí pero sí en otros textos de esos meses) la unificación de Alemania [8]. El campesinado, o al menos su parte más esclarecida, comprendió que esas medidas convenían a sus intereses porque facilitarían su liberación de las supervivencias feudales. La parte más pobre de la nobleza, que sufría sobre todo de la escasez de mercado para su productos, vio también con buenos ojos esos proyectos de reformas. Por otra parte, la terrible competencia de la poderosa industria de Inglaterra y, finalmente, los efectos de la crisis cíclica de la economía inglesa han puesto a la burguesía prusiana en una situación particularmente difícil, al mismo tiempo que empeoran las condiciones de vida de las masas populares. Es evidente, por tanto —concluye Engels—, que «ha llegado el momento para la burguesía de arrebatar la dirección del país a un rey imbécil, una nobleza impotente y una burocracia arrogante» [9].

Poco después (marzo-abril 1847) Engels subraya fuertemente, en un estudio que no llegó a publicarse, el papel hegemónico de la burguesía alemana, pese a su debilidad relativa respecto a la francesa y, sobre todo, la inglesa: «La burguesía es la única clase de Alemania que ha familiarizado con sus intereses y agrupado bajo sus banderas la mayor parte de los empresarios agrarios, de los pequeños burgueses, de los campesinos y obreros, e incluso de cierta parte de la nobleza. El partido de la burguesía es el único partido en Alemania que sabe concretamente lo que debe instaurar en lugar del *statu quo* existente». Y a continuación indica que el componente determinante de la burguesía son ya los fabricantes [10]. En el artículo de febrero plantea que aunque la «constitución» otorgada por el rey «sea insignificante en sí misma, abre de todas maneras una nueva época en Prusia e incluso en toda Alemania. Significa la caída del absolutismo y de la nobleza, la llegada al poder de la burguesía; inaugura el movimiento que llevará rápidamente a la instauración del régimen representativo para la burguesía, a la introducción de la libertad de prensa y de jueces independientes, así como al jurado, y es difícil decir en qué terminará este movimiento. Representa la repetición de 1789 en Prusia». Engels se refiere asimismo al curso ulterior que puede tener esta revolución burguesa y al problema de la táctica del proletariado en ella, pero estos aspectos los consideraremos más adelante.

La burguesía acude a la Dieta Unida (se inaugura el 11 de abril de 1847) y, según había previsto Engels, se niega a votar el empréstito si el rey no se compromete a la instauración de un verdadero régimen representativo (verdadero en lo que respecta a la representación de la burguesía). El rey resiste y en junio se llega, de hecho, a la ruptura. La asamblea es disuelta por el rey y se cierra la vía pacífica legal hacia la transformación de Prusia en Estado constitucional [11].

En el segundo semestre de 1847 la oposición de la burguesía liberal se radicaliza y, paralelamente, cobra cuerpo e impulso el movimiento político de la pequeña burguesía, el «partido demócrata», cuya fracción de izquierda levanta la bandera de la república [12]. A primeros de enero de 1848 Engels diagnostica que no hay posibilidad de compromiso entre la corona y la burguesía. Alemania, dice, va ineluctablemente hacia la

revolución burguesa [13]. Su inminencia será anunciada en el *Manifiesto* y se confirmará antes de que el famoso documento llegue a Alemania.

* * *

En Francia la situación no parecía tan explosiva a primera vista, pero la crisis agraria —de características similares a la alemana; se trataba, en realidad, de una crisis agraria europea—, junto con los efectos de la crisis económica inglesa (más acentuados que en Alemania por el mayor desarrollo capitalista de Francia), dan lugar también al empeoramiento brusco de las condiciones de vida de las masas y el conjunto de estos factores repercute, agravándolas, en las contradicciones internas de la burguesía. Francia conoce su ola de «motines del pan». En numerosos lugares las panaderías son asaltadas al grito de ¡abajo Luis Felipe! [14]. Como si la cosa estuviera orquestada por el *viejo topo,* la crisis de subsistencias coincide con una espectacular crisis de prestigio del régimen. Uno tras otro estallan grandes escándalos en los círculos de la alta burguesía y de la aristocracia próximos al trono. La corrupción de las alturas aparece como una provocación insolente al hambre de los de abajo. Pero en Francia, a diferencia de Alemania, no existe ya contradicción importante entre el conjunto social formado por la burguesía y las clases populares, de un lado, y las supervivencias del antiguo régimen, de otro. Si la Restauración había resucitado algunos aspectos secundarios del pasado barrido por la gran revolución, la revolución de julio (1830) no había dejado en pie más que la fachada monárquica. Bajo Luis Felipe, constata Engels, la dominación de la burguesía es total, pero el gobierno está monopolizado por los altos financieros y especuladores. Apoyada en un sistema electoral censatario muy restrictivo, esa fracción de la burguesía excluye del mecanismo legal de acceso al poder político no sólo a la gran masa pequeñoburguesa —sin hablar ya del proletariado y los campesinos—, sino incluso a grupos importantes de la burguesía, en especial a la burguesía industrial, agente de las fuerzas productivas ascendentes. La aristocracia financiera no sólo se lleva la parte del león en la explotación de las masas, incluido algo de lo que «legítimamente» corresponde a las otras fracciones burguesas, sino que su monopolio del poder constituye, por lo que acabamos de decir, un obstáculo al desarrollo de las fuerzas productivas. Y es un peligro, también, para el conjunto de la burguesía, porque estrecha la base social de su dominación.

Debido a este conjunto de circunstancias, la contradicción que se pone en el primer plano de la escena política francesa es el antagonismo entre aristocracia financiera y burguesía industrial. Antagonismo que, de por sí, no era de naturaleza revolucionaria, y ninguna de las fracciones burguesas en pugna se propone una solución revolucionaria. Al contrario, es lo que tratan de evitar a toda costa. Pero por la grieta que ese antagonismo produce se abren paso otras contradicciones: entre el poder de los grandes financieros y la masa de pequeños propietarios campesinos, parcelarios, agobiados por los impuestos y las hipotecas; entre el proceso de industrialización y la economía artesanal, aún muy considerable, y, sobre todo, la contradicción burguesía-proletariado, que en Francia tenía ya una entidad muy superior a la que revestía en Alemania. Las sucesivas huelgas e intentonas insurreccionales que jalonan los dos decenios de monarquía orleanista lo habían revelado suficientemente [15]. Francia contaba, además, con una particularidad única en la Europa de aquel tiempo: su centro político estatal, donde se decidía la cuestión del poder —al menos en «primera instancia»—, era al mismo tiempo su centro revolucionario por excelencia, y en el curso de los años cuarenta ese centro revolucionario se proletariza masivamente, si bien en la masa proletaria predominan los obreros de las pequeñas empresas y los artesanos en vías de proletarización. París, dice Engels, es un volcán en plena ebullición.

La agudización de la lucha de clases se traduce, a nivel político, en la reactivación de las sociedades obreras secretas, de diversas tendencias, con predominio de la neo-babuvista; en la rápida progresión del partido de la pequeña burguesía (y de una débil fracción burguesa republicana), cuyos portavoces en la prensa, *Le National* y *La Réforme,* representan, respectivamente, el ala moderada y el ala radical (incluyendo esta segunda —indica Engels— numerosos obreros y comunistas); se traduce, finalmente, en la acción más deci-

dida de la misma oposición parlamentaria, pese a su reaccionarismo. Esta oposición parlamentaria, representativa de la mayoría de la burguesía, toda ella monárquica, es quien toma la iniciativa de la llamada «campaña de los banquetes» por la «reforma», que desembocará, con gran consternación de sus promotores, en la revolución.

La *reforma,* bajo cuya bandera se agrupan en una primera fase todas las fracciones de la burguesía no gubernamental e incluso los demócratas pequeñoburgueses, es la reforma electoral. El problema de régimen —monarquía o república— no se plantea formalmente, pero está latente y tiende, cada vez más, a salir a la superficie, como demuestra Engels en sus minuciosos análisis de la campaña de los «banquetes». En estos artículos examina cada matiz, cada divergencia, siguiendo paso a paso el proceso de diferenciación entre la oposición burguesa interna al sistema y la fracción centrista, entre ambas y el partido demócrata, y, dentro de éste, entre el ala derecha *(Le National)* y el ala izquierda *(La Réforme)*. En un artículo de junio de 1847 sintetiza el fondo del problema político diciendo que para encontrar un nuevo equipo gubernamental hay que modificar el sistema electoral, puesto que con el sistema vigente saldrá siempre un gobierno parecido al de Guizot. Pero ese tipo de gobierno no puede afrontar ya la presión de la opinión pública. «Tal es —concluye— el círculo vicioso del sistema actual. Sin embargo, no es posible seguir así. La única solución es reformar el sistema electoral, lo cual significa dar acceso al voto a los pequeños empresarios y esto, en Francia, es el "principio del fin". Rothschild y Luis Felipe comprenden perfectamente que la inclusión de la pequeña burguesía en el círculo de electores no tiene más que una significación: ¡República!» [16].

Mes y medio antes de la insurrección de París, Engels pone de relieve un fenómeno que la historia de las revoluciones registra frecuentemente: los monopolizadores del sistema obedecen a una «lógica» que les conduce al inmovilismo y facilita su caída. «Si el pueblo está satisfecho —razonan— quiere decirse que no hay por qué modificar el sistema existente. Si no está satisfecho, razón de más para aferrarse al sistema, porque la más ligera concesión provocaría la explosión revolucionaria con todos sus horrores» [17]. En otro artículo (noviembre 1847) se refiere al movimiento obrero francés, señalando que, aunque menos visible que el movimiento político de la burguesía, progresa en profundidad. «Los obreros de aquí —Engels escribe en París— perciben, con más sensibilidad que nunca, la necesidad de la revolución, y además de una revolución mucho más fundamental y radical que la primera (la de 1789). Pero la experiencia de 1830 les ha enseñado que no basta con batirse en la calle; que una vez derrotado el enemigo hay que aplicar medidas para asegurar la victoria, para quebrantar el poderío del capital, no sólo políticamente, sino socialmente, y asegurar a los obreros, junto con el poder político, el bienestar social» [18].

* * *

La insurrección polaca de febrero-marzo de 1846, pese a su rápido aplastamiento por las tropas de Metternich; la victoria de los cantones democráticos sobre los clericales, en la guerra civil suiza de octubre-noviembre de 1847; la victoria de los liberales en las elecciones belgas de 1847 y, sobre todo, la agitación de carácter insurreccional que va ganando los estados italianos desde el verano de 1847 contra el yugo austriaco y sus cómplices locales, se suman a la evolución política de Alemania y Francia para ofrecer un cuadro de conjunto que presagia —los contemporáneos con preocupaciones políticas son conscientes de ello— la aproximación de una nueva crisis revolucionaria europea. La opinión ilustrada era sensible al problema porque en medio siglo se habían sucedido varias crisis de este género. Estaba muy fresca la de 1830 y no se había borrado el recuerdo de la gran revolución, ni el de las guerras revolucionarias y napoleónicas.

En los acontecimientos italianos de la segunda mitad de 1847 y enero de 1848, así como en la insurrección polaca de 1846 [19], se prefigura uno de los componentes principales de las revoluciones de 1848: los movimientos patrióticos de liberación nacional. Italianos, húngaros y checos contra el yugo austriaco; polacos contra el yugo ruso-austriaco-prusiano; irlandeses contra el yugo inglés. Los italianos y alemanes luchan también por la creación de un Estado nacional unificado, al cual

se oponen las principales potencias de la hora: Inglaterra, Francia, Rusia y Austria. El protagonista de esos movimientos de liberación y unificación nacionales es la burguesía, más o menos desarrollada, según el país. Bajo el modo romántico y la retórica grandilocuente con que se expresaban entonces las reivindicaciones nacionales se escondían los muy prosaicos intereses económicos de esta clase, necesitada de *su* mercado nacional y de *su* estado nacional. Pero las masas populares estaban también vitalmente interesadas en la liberación nacional. Los análisis de Engels incluyen este factor en el conjunto del proceso que lleva hacia la revolución europea.

Todo el sistema de regímenes reaccionarios y de relaciones internacionales opresivas instaurado por el Congreso de Viena de 1815, el sistema de la Santa Alianza, se sentía amenazado [20]. Sus principales representantes y beneficiarios eran plenamente conscientes del peligro, como demuestra, entre otros documentos, la correspondencia secreta de Nicolás I. En carta del 18 de enero de 1848 le dice al rey de Prusia que se aproximan ineluctablemente «terribles desgracias» y sólo «acciones», no «palabras», pueden salvar a Europa. Acoge favorablemente la propuesta de Metternich de crear en Viena, con representantes de Austria, Prusia y Rusia, un organismo especial encargado de seguir al día el desarrollo de los acontecimientos europeos. Y en un documento sobre la situación internacional, de ese mismo mes de enero de 1848, el zar se declara presto a intervenir en los asuntos alemanes en caso de revolución: «... en nombre de nuestros intereses es preciso *intervenir con decisión* contra el mal, el cual nos amenazaría a nosotros mismos, y unir bajo nuestras banderas todos los que permanezcan fieles al orden. Este papel le conviene a Rusia, yo lo asumo y con ayuda de Dios saldré al encuentro del peligro invocando la justicia y rogando a Dios» [21].

Al analizar la evolución política europea Engels se refiere frecuentemente al aspecto internacional de la crisis en gestación. «La conquista del poder político por la burguesía prusiana —dice en uno de sus artículos— cambiará la situación política en el conjunto de los países europeos. Se vendrá abajo la alianza de los estados nórdicos. Austria y Rusia, los principales opresores de Polonia, quedarán totalmente aisladas (...). El paso de las tres cuartas partes de Alemania desde el campo de la inerte Europa oriental al de la dinámica Europa occidental modificará radicalmente la relación de fuerzas en Europa» [22].

* * *

Pero si Marx y Engels «fijan su principal atención en Alemania» —como dirán en el *Manifiesto*—, si siguen con la máxima atención la evolución política francesa, si no pierden de vista lo que ocurre en Italia y en todo el espacio continental, piensan, no obstante, que el escenario donde ha de librarse la batalla decisiva —decisiva desde el punto de vista de los intereses del proletariado y de los pueblos europeos— será Inglaterra. «En comparación con otros países —declara Marx en el mitin internacional de Londres (29 de noviembre de 1847) conmemorativo de la insurrección polaca de 1830— Inglaterra es el país donde el antagonismo entre proletariado y burguesía ha alcanzado mayor desarrollo. Por esta razón, la victoria de los proletarios ingleses sobre la burguesía inglesa tiene importancia decisiva para la victoria de todos los oprimidos sobre los opresores. De ahí que a Polonia hay que liberarla en Inglaterra, no en Polonia. Por eso vosotros, cartistas, no debéis limitaros a expresar nobles sentimientos sobre la liberación de las naciones. Destruid vuestros enemigos interiores y entonces podréis estar legítimamente orgullosos de haber destruido toda la vieja sociedad.» «Yo opino lo mismo —dice Engels—, el primer golpe decisivo que llevará a la victoria de la democracia, a la liberación de todos los países europeos, será asestado por los cartistas ingleses (...). La aristocracia ya no posee ningún poder en Inglaterra, sólo domina la burguesía, llevando a remolque la aristocracia. Pero a la burguesía se opone toda la gran masa del pueblo, unida en una temida falange, cuya victoria sobre los capitalistas dominantes se aproxima cada día» [23].

Marx y Engels albergan grandes esperanzas en una victoria próxima de la principal reivindicación cartista: los plenos derechos electorales para el proletariado. Ya en julio de 1846, a raíz de la abolición de las leyes

cerealistas, consideraban que «la gran lucha entre el capital y el trabajo, entre el *burgués* y el *proletario*, debe entrar en la fase decisiva». La conquista de la principal exigencia de la clase obrera —«transformación democrática de la Constitución sobre la base de la Carta del Pueblo»— significará, dicen, que «la clase obrera se convierta en la clase dirigente de Inglaterra» [24]. (En 1841 Inglaterra contaba ya con 3.800.000 obreros, el 34 por 100 de la población activa; en 1851 las cifras son, respectivamente, 4.800.000 y 37,6 por 100 [25].)

En diversos artículos del año 1847 dedicados a la coyuntura política inglesa, Engels considera que la crisis económica «supera por su profundidad todas las precedentes», suscita extraordinario descontento en los trabajadores y va acompañada de la reactivación del movimiento cartista. Este sale de la relativa postración en que había caído después de la dura derrota sufrida por la gran huelga insurreccional de 1842. Las elecciones parlamentarias de 1847 marcan un neto desplazamiento de la opinión hacia la izquierda y, pese al sistema electoral antiobrero, O'Connor, principal líder cartista, irlandés, es elegido diputado. Por otra parte, la crisis agraria crea una situación dramática en Irlanda, exasperando la lucha de liberación nacional. El gobernador inglés adopta medidas de excepción. Engels considera posible que el movimiento de liberación irlandés y el movimiento cartista conjuguen sus esfuerzos contra el enemigo común, la burguesía inglesa. Comentando un llamamiento de O'Connor al pueblo de Irlanda, Engels escribe en los primeros días de enero de 1848: «No hay la más mínima duda de que ahora las masas del pueblo irlandés cerrarán filas, cada vez más estrechamente, con los cartistas ingleses y actuarán junto con ellos según un plan común. Gracias a esto la victoria de los demócratas ingleses y la liberación de Irlanda llegarán mucho antes» [26].

* * *

Al final del más importante artículo de Engels sobre la coyuntura prerrevolucionaria europea, escrito en enero de 1848, se constata que 1847 ha sido «un gran año para la burguesía». Pero Engels ve en los éxitos de la burguesía la antesala de su hundimiento. Los señores burgueses —viene a decir— se hacen ilusiones, «creen verdaderamente que trabajan para ellos», «son suficientemente cortos de alcance como para pensar que al vencer ellos el mundo adquiere su fisionomía definitiva y, sin embargo, es clarísimo que en todas partes no hacen más que abrir el camino a *nosotros*, demócratas y comunistas». Y Engels no se refiere a una perspectiva lejana: «sólo ganan, todo lo más, unos cuantos años de ventura repletos de alarmas, para en seguida ser derrocados a su vez. Por doquier, tras los burgueses está el proletariado, a veces compartiendo sus aspiraciones y en parte sus ilusiones, como sucede en Italia y en Suiza; o silencioso y vigilante, preparando paso a paso el derrocamiento del régimen burgués, como en Francia y Alemania; o, finalmente, como en Inglaterra y en América (del Norte), en abierta sublevación contra la burguesía dominante (...). Por tanto, ¡proseguid resueltamente vuestra acción, excelentísimos señores del capital! Por ahora os necesitamos; en algunos sitios necesitamos aún de vuestra dominación. Debéis barrer de nuestro camino el patriarcalismo, llevar a cabo la centralización, convertir todas las clases más o menos poseyentes en verdaderos proletarios, nuestros reclutas. Con ayuda de vuestras fábricas y redes comerciales debéis crear para nosotros la base de medios materiales que el proletariado necesita para emanciparse. Y en recompensa por ello recibís el poder por un *corto plazo*» [27].

En resumen, de todos los análisis de la coyuntura que hace Engels en 1847 se desprende, más o menos explícitamente, el supuesto de la *proximidad* de la revolución proletaria en los países más desarrollados de Europa: a continuación de un breve período de dominación burguesa, en el caso alemán; de la fugaz victoria de una fracción burguesa sobre otra, en el caso francés, y de la batalla directa entre proletariado y burguesía en el caso inglés. En un documento más fundamental, escrito en el otoño de 1847, como es su proyecto de programa de la Liga de los comunistas (conocido bajo el título de *Principios del comunismo* o *Catecismo comunista*), Engels reitera muy claramente esa previsión: «la revolución del proletariado se avecina según todos los indicios» [28].

Como veremos ahora, el *Manifiesto Comunista* trata de fundamentar teóricamente este diagnóstico. El *Manifiesto* no contiene sólo la teoría de la revolución proletaria, en general; contiene también la tesis de que la dominación de la burguesía ha llegado al límite de sus posibilidades históricas en el Occidente europeo y la revolución proletaria está allí al orden del día.

2. TEORIA DE LA REVOLUCION SOCIAL

El *Manifiesto Comunista* es una síntesis apretada —y un desarrollo en ciertos aspectos— de los principales resultados a que habían llegado hasta entonces Marx y Engels en su reflexión teórica sobre la revolución social. Constituye el documento básico para conocer con qué visión global de la realidad y con qué criterios para transformarla Marx y su grupo comunista entran en la revolución concreta que habría de iniciarse en París en los mismos días en que salían de la imprenta en Londres los primeros ejemplares del famoso texto.

El *Manifiesto* quiere ser una aplicación ejemplar de la metodología que él mismo define como característica de las tesis teóricas de los comunistas: «no se basan, en modo alguno, en ideas y principios inventados o descubiertos por tal o cual reformador del mundo; no son sino la expresión del conjunto de las condiciones reales de la lucha de clases existente, del movimiento histórico que está desarrollándose ante nuestros ojos» [29]. Otra cosa es el *grado* de exactitud —o si se quiere, de cientificidad— con que esa «expresión» capta realmente el «movimiento histórico». La revolución de 1848 habría de ser su primer gran *test*.

En la versión que Marx da en 1859 de su concepción de 1845-1846 (ver nota 2) aparece como factor determinante, resorte básico, de la revolución social la contradicción que surge entre fuerzas productivas (FP) y relaciones de producción (RP) al llegar las FP a un cierto nivel de desarrollo. El *Manifiesto,* aparentemente, designa como tal factor determinante la lucha de clases: «La historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días es la historia de las luchas de clases (...), lucha que terminó siempre con la transformación revolucionaria de toda la sociedad o el hundimiento de las clases beligerantes». Pero se trata sólo de una apariencia, y conviene subrayarlo porque actualmente asistimos, en diversas corrientes marxistas del movimiento revolucionario, a una especie de hiperbolización de la lucha de clases, convertida en explicación mágica de cualquier fenómeno social. Basta leer atentamente la exposición que sigue al citado párrafo inicial de la sección I del *Manifiesto* para comprobar que la dialéctica FP-RP constituye, para Marx, la determinación en última instancia de todo el desarrollo social, tanto en sus formas evolutivas como revolucionarias. La verdad es que en Marx la interacción dialéctica FP-RP y la lucha de clases son dos aspectos indisociables e interpenetrados del mismo proceso [30]. Y en el plano conceptual indican dos niveles de abstracción, significando el de lucha de clases un grado inferior de abstracción que el de FP-RP. El de la lucha de clases no sólo no engloba las sociedades preclasistas ni la futura sociedad comunista, sino tampoco toda una serie de fenómenos de las sociedades clasistas. A menos de identificar lucha de clases a historia. En el *Manifiesto* y en toda la obra de Marx la lucha de clases aparece —utilizando una fórmula del mismo Marx— como el motor *inmediato* de la historia (la historia de las sociedades clasistas), es decir, no el único pero sí el que materializa principalmente la dialéctica FP-RP [31].

La fórmula citada, con que se inicia la sección I del *Manifiesto,* tiene el mérito de ser como una advertencia contra toda interpretación «teleológica-revolucionaria» de la historia (a la que pueden inducir, como veremos, otras expresiones del propio *Manifiesto*). Sin profetizar el futuro constata que en el pasado la lucha de clases no siempre ha conducido a la revolución. Y va seguida de la exposición teórico-histórica más sistemática y concentrada que ha dejado Marx de la «época de revolución social» *burguesa,* es decir, del proceso revolucionario que lleva del feudalismo al capitalismo en el Occidente europeo. Dentro de ese proceso Marx destaca una serie de puntos nodales que influyeron muy acusadamente en su construcción teórica del proceso previsible de la revolución social *proletaria* [32]. Y resume así la dialéctica de esa revolución social burguesa:

«Los medios de producción y de cambio sobre cuya

base se ha formado la burguesía fueron creados en la sociedad feudal. Al alcanzar un cierto grado de desarrollo estos medios de producción y cambio, las condiciones en que la sociedad feudal producía y cambiaba, toda la organización feudal de la agricultura y de la industria manufacturera, en una palabra, las relaciones feudales de propiedad, cesaron de corresponder a las fuerzas productivas ya desarrolladas. Frenaban la producción en lugar de impulsarla. Se transformaron en otras tantas trabas. Era preciso romper esas trabas y se rompieron. En su lugar se estableció la libre concurrencia, con una constitución social y política adecuada a ella y con la dominación económica y política de la clase burguesa.»

Basta comparar este esquema con la versión de 1859 para ver que la definición de la dialéctica de *toda* revolución social formulada por Marx a la hora de *El capital* no es más que la generalización de la dialéctica de la revolución social *burguesa.* Y este modelo es el que Marx tiene *in mente* cuando formula en el *Manifiesto* la dialéctica de la revolución social *proletaria.* No es casual que a renglón seguido del pasaje que acabamos de citar Marx inicia la exposición de la dialéctica de la revolución proletaria con esta frase: «Ante nosotros se está produciendo un movimiento *análogo...*». Pero antes de entrar en el tema central del *Manifiesto* es importante subrayar una particularidad de la exposición marxiana que acabamos de reseñar (nota 32 y pasaje siguiente): el momento de la ruptura decisiva dentro del proceso global —el momento de la revolución política en sentido estricto [33]— no queda explícito. Mientras en la *Ideología alemana* se dice expresamente que para conquistar la «libre concurrencia» en el interior de cada nación «fue necesario en todas partes una revolución: en 1640 y 1688 en Inglaterra, en 1789 en Francia» [34], en la exposición del *Manifiesto* no encontramos siquiera tal alusión rápida, Marx privilegia netamente el movimiento de las estructuras económicas, la «serie de revoluciones en el modo de producción y de cambio», mientras que los cambios políticos, el paso del poder de una a otra clase, aparecen insertos en ese movimiento como efectos subordinados y casi automáticos. (Sucede aquí como en la formulación de 1859, que por eso ha podido ser «explotada» en las interpretaciones evolucionistas y economistas de la teoría marxista de la revolución social.) Lo que destaca, sobre todo, en la precedente descripción de la revolución social burguesa —reflejando un aspecto, sin duda esencial, de la transición del feudalismo al capitalismo— es que el desarrollo de las nuevas fuerzas productivas y de las nuevas relaciones de producción *en el seno* del viejo régimen va acompañado de la continua *promoción* económica y política de su agente social, la burguesía. Pero en virtud del silencio indicado, toda esta promoción, lo mismo que su momento culminante —el paso del poder político a la burguesía—, aparecen como un proceso esencialmente evolutivo, que transcurre con la ineluctabilidad de un fenómeno geológico. La intervención revolucionaria consciente —no sólo de la burguesía, sino de las capas pobres urbanas, de los campesinos, etc.—, las formas más agudas de la lucha de clases, quedan difuminadas.

A renglón seguido, como hemos dicho, de su exposición paradigmática del proceso de la revolución social burguesa, Marx inicia el de la revolución social proletaria: «Ante nuestros ojos *se está produciendo* un movimiento análogo. Las relaciones burguesas de producción y de cambio, las relaciones burguesas de propiedad, toda esta sociedad burguesa moderna, que ha hecho surgir tan potentes medios de producción y de cambio, se asemeja al mago que *ya no es capaz de dominar* las potencias infernales que ha desencadenado con sus conjuros. *Desde hace algunos decenios,* la historia de la industria y del comercio no es más que la historia de la *rebelión de las fuerzas productivas modernas contra las actuales relaciones de producción,* contra las relaciones de propiedad que condicionan la existencia de la burguesía y su dominación».

A juzgar por el razonamiento que sigue a este pasaje, las crisis cíclicas —iniciadas en los tres decenios precedentes— constituían la prueba suficiente de esa «rebelión». Dice, en efecto: «*Basta* mencionar las crisis comerciales que, con su retorno periódico, plantean en forma *cada vez más amenazadora* la cuestión de la *existencia* de toda la sociedad burguesa». ¿Por qué en forma cada vez más amenazadora? Porque la burguesía —dice Marx— sólo puede superar cada crisis «prepa-

rando crisis más extensas y más violentas y *disminuyendo* los medios de hacerles frente». En una palabra: «Las fuerzas productivas de que dispone (la sociedad) no sirven ya al desarrollo de la civilización burguesa y de las relaciones de propiedad burguesas; por el contrario, *resultan ya* demasiado poderosas para estas relaciones, las cuales constituyen un obstáculo para su desarrollo; y cada vez que las fuerzas productivas salvan este obstáculo, precipitan en el desorden a toda la sociedad burguesa y amenazan la existencia de la sociedad burguesa». Y Marx concluye: «Las armas de que se sirvió la burguesía para derribar al feudalismo se vuelven ahora contra la propia burguesía». Las «armas», es decir, «las fuerzas productivas».

Tenemos aquí el fundamento objetivo general de la revolución proletaria: la aparición, al llegar a un cierto nivel las fuerzas productivas creadas por la burguesía, de una contradicción aguda entre dichas fuerzas productivas y las relaciones de producción burguesas. Contradicción aguda en el sentido de tomar un carácter cada vez más destructivo (Marx subraya la destrucción de una masa de fuerzas productivas en cada crisis) y explosivo (entra en «erupción» periódicamente, precipitando en el desorden a la sociedad). Pero tenemos también la afirmación de que *tal tipo* de contradicción está presente, existe, «desde hace algunos decenios». Marx lo cree así ya desde la *Ideología alemana*, por lo menos. «Hemos puesto de manifiesto —dice en la *Ideología*— que los individuos actuales necesitan abolir la propiedad privada porque las fuerzas de producción y las formas de intercambio *han alcanzado ya* un tal nivel de desarrollo que bajo el reino de la propiedad privada se han convertido en fuerzas destructivas, y porque los antagonismos entre las clases han alcanzado su *límite extremo* [35]. A similar conclusión sobre el estado de la lucha de clases se llega en la práctica, como hemos podido ver, en los análisis de la coyuntura de Engels, y lo mismo en el *Manifiesto*, al final de la exposición que comienza con la famosa máxima: «La burguesía no ha forjado solamente las armas que deben darle muerte; ha producido también los hombres que empuñarán esas armas: los obreros modernos, los *proletarios*» [36]. Esta exposición se estructura en dos planos que expresan *dos facetas* indisociables de un mismo proceso: el proceso de constitución del proletariado en clase revolucionaria.

La *primera faceta* abarca las condiciones de existencia del proletariado, y el análisis se propone mostrar que dichas condiciones y su evolución son de tal naturaleza que empujan ineluctablemente al proletariado a rebelarse contra todo el sistema y no sólo contra tal o cual de sus aspectos.

La *segunda faceta* se refiere a las formas de esta lucha, y el análisis se propone mostrar que su dialéctica misma crea ineluctablemente las premisas de unidad, organización y conciencia indispensables para que el proletariado sea *capaz* de llevar a término tal rebelión total.

En relación con la primera faceta, Marx afirma que la acumulación del capital no sólo implica el aumento continuo del proletariado —a cuyas filas son arrojados sectores crecientes de las otras clases y capas sociales—, sino también el empeoramiento *continuo* de sus condiciones de existencia en todos los órdenes: el trabajo, reducido a simple mercancía [37], se hace cada vez más inseguro, menos atractivo, perdiendo todo «carácter sustantivo», peor pagado, etc. A diferencia de lo que sucedía bajo el feudalismo, donde el siervo podía llegar a ser miembro de la comuna burguesa y el pequeño burgués elevarse a la categoría de burgués, «el obrero moderno, lejos de elevarse con el progreso de la industria, *desciende más y más por debajo de las condiciones de su propia clase.* El trabajador cae en la miseria y *el pauperismo crece más rápidamente* todavía que la población y la riqueza». Y Marx no sólo lleva hasta el fin la lógica de ese razonamiento, sino que considera llegado ese fin. «Es evidente, dice, que la burguesía *ya no es capaz de seguir desempeñando el papel de clase dominante de la sociedad* ni de imponer a ésta, como ley reguladora, las condiciones de existencia de su clase. No es capaz de dominar, porque no es capaz de asegurar a su esclavo la existencia, ni siquiera dentro del marco de la esclavitud, porque se ve obligada a dejarle decaer hasta el punto de mantenerle, en lugar de ser mantenida por él. La sociedad ya no puede vivir bajo su dominación. *Lo que equivale a decir que la existencia de la burguesía es, en lo sucesivo, incompatible con la de la sociedad.*»

En relación con la *segunda faceta* del proceso, Marx ve diversas fases en la lucha del proletariado contra la burguesía y muestra que los imperativos mismos de esta lucha, más las formas que toma el propio desarrollo de la industria (concentración, aparición de grandes centros urbanos, homogeneización —a medida que se extiende el maquinismo— de las condiciones de trabajo y salario, nuevos medios de transporte que facilitan los contactos humanos, etc.) impulsan a los obreros a actuar en común y formar coaliciones, a que las luchas dispersas y locales «se centralicen en una lucha nacional, en una lucha de clases», y «toda lucha de clases es una lucha política». «Esta organización del proletariado en clase y, por tanto, en partido político, es sin cesar socavada por la competencia entre los propios obreros. Pero surge de nuevo, siempre más fuerte, más firme, más potente.»

En otros momentos de nuestra exposición volveremos sobre estas tesis, que desempeñan un papel importante en la concepción de las clases y del partido en Marx. Ahora debemos ver las conclusiones a que llega poniendo ese proceso, de formación del proletariado como clase revolucionaria, en conexión orgánica con los mecanismos del modo de producción capitalista. Su razonamiento se articula según la siguiente secuencia silogística:

— «La condición esencial de la existencia y de la dominación de la clase burguesa es (...) la formación y el acrecentamiento del capital»; «La condición de existencia del capital es el trabajo asalariado»; «El trabajo asalariado descansa exclusivamente sobre la competencia de los obreros entre sí».

— Pero el progreso de la gran industria «sustituye el aislamiento de los obreros, resultante de su competencia, por su unión revolucionaria, mediante su asociación».

— Por consiguiente, el progreso de la gran industria «socava bajo los pies de la burguesía las bases sobre las que ésta produce y se apropia lo producido».

— Y como la burguesía «es incapaz de oponerse» (al progreso de la industria), como es, por el contrario, su «agente involuntario», «la burguesía produce, ante todo, sus propios sepultureros».

— Por tanto, «su hundimiento y la victoria del proletariado son igualmente inevitables».

Si comparamos ahora los análisis de cada faceta, vemos que, según el primero, el progreso de la gran industria (desarrollo del capital) conduce a la pauperización absoluta del proletariado, a su transformación de clase productora en masa indigente, mientras que, según el segundo, ese mismo progreso conduce a la constitución y fortalecimiento del proletariado como clase revolucionaria, del proletariado en tanto que clase productora. Luego el primer proceso destruye el terreno mismo sobre el que puede producirse el segundo. Y llevado al límite, como hace Marx, liquida al proletariado como clase. La pauperización engendra el *lumpenproletariado,* que según el propio Marx está «más dispuesto a venderse a la reacción» que ser arrastrado por la revolución. En una palabra, si el desarrollo capitalista conduce ineluctablemente a la pauperización absoluta no puede llevar al proletariado revolucionario.

En una reciente presentación del *Manifiesto,* Bottigelli escribe a este propósito que Marx «se deja llevar a veces por un afán de rigor lógico»; «reprocha a la burguesía ser incapaz de mantener la clase que explota y ve en la extensión del pauperismo una prueba del fin inminente de la dominación burguesa». Pero «si se reflexiona atentamente —dice Bottigelli— hay una contradicción entre esa afirmación y la dialéctica del capital y el salariado. La burguesía puede dejar perecer una parte de la clase obrera en los períodos de crisis, pero no puede, por esencia, dejar que se extingan los proletarios que permiten, precisamente, su dominación de clase. Aquí, un hecho, el pauperismo, ha sido generalizado demasiado apresuradamente y la estimación de su importancia ha conducido a Marx a un error de razonamiento» [38].

En realidad, Marx parte, justamente, de que «para oprimir a una clase es preciso asegurarle unas condiciones que le permitan, por lo menos, arrastrar su existencia de esclavitud». Sabe muy bien, por tanto, que la burguesía no puede permitir la extinción de los proletarios. Pero al mismo tiempo considera que no puede impedirla, que la tendencia hacia la pauperización es ineluctable. De ahí la imposibilidad de que la sociedad burguesa sobreviva. Si bien esta perspectiva se sitúa

más en la alternativa del pasaje inicial de la sección I: el hundimiento de las clases beligerantes y no la transformación revolucionaria de la sociedad. El error de razonamiento consiste en admitir que si este proceso es real, también lo es el de la transformación del proletariado en clase revolucionaria. O viceversa. Marx se debate en esta contradicción porque considera, en esa época, que existe «una ley general, derivada necesariamente de la naturaleza de las relaciones entre capital y trabajo», según la cual «al crecer el capital productivo disminuirán proporcionalmente los medios de ocupación y de sustento de los obreros». La lucha de clase obrera puede contrarrestar momentáneamente los efectos de esa «ley», pero a la larga se imponen. Marx y Engels lo creen así, pese a un hecho reciente de gran importancia, citado en el mismo *Manifiesto,* como era la conquista de la jornada de diez horas por los obreros ingleses [39].

Por otra parte, la conclusión de la secuencia silogística —«el hundimiento de la burguesía y la victoria del proletariado son inevitables»— induce a una visión teleológica poco compatible con la concepción global de Marx. En general, tanto la descripción del proceso de la revolución social burguesa como la del proceso de la revolución social proletaria tienen en el *Manifiesto* un sello «objetivista», que puede explicarse, tal vez, por un empeño particular en combatir las diversas concepciones idealistas, voluntaristas, utópicas, del fenómeno revolucionario, que entonces predominaban de modo aplastante, tanto en los medios pequeñoburgueses como en los obreros. La preocupación principal de Marx en el *Manifiesto* parece ser poner de relieve las determinaciones objetivas del proceso revolucionario. En sus *Principios* Engels formula claramente lo que en Marx está más implícito: las revoluciones, dice, «no pueden hacerse premeditada y arbitrariamente», «han sido siempre y en todas partes una consecuencia necesaria de circunstancias que no dependían en absoluto de la voluntad y la dirección de unos u otros partidos o clases enteras» [40].

Ya vimos que Marx establece una analogía entre el movimiento propio a la dinámica de la revolución social burguesa y el de la revolución social proletaria, mas basta con contrastar la descripción de ambos en el *Manifiesto* para comprobar que la analogía se limita a un nivel muy general. En ambos casos aparecen nuevas fuerzas productivas y una nueva clase social que entran en conflicto con el sistema social existente. Pero a partir de ahí todo cambia. Sin entrar a fondo en este vasto problema, nos limitaremos a indicar algunos de los rasgos diferenciales.

En primer lugar, la diferencia radical de naturaleza de la nueva clase ascendente. Mientras que el proletariado nace y permanece como clase explotada a todo lo largo del proceso, la burguesía nace y se desarrolla, en el seno mismo del viejo régimen, como clase explotadora. Y, en general, todas las clases que anteriormente llegaron a ser dominantes ocuparon, en el seno del régimen anterior, una situación por lo menos intermediaria, sirviendo de agente social a formas de apropiación que les interesaba conservar. De ahí, como dice el *Manifiesto,* que «todas las clases que en el pasado lograron hacerse dominantes trataron de consolidar la situación adquirida sometiendo a toda la sociedad a las condiciones de su modo de apropiación», mientras que «los proletarios no tienen nada que salvaguardar; tienen que destruir todo lo que hasta ahora ha venido garantizando y asegurando la propiedad privada existente». Engels observa en su proyecto que el proletariado se diferencia también de las precedentes clases explotadas. Mientras éstas podían emanciparse de su condición con sólo suprimir una de entre todas las relaciones de propiedad privada existentes —el esclavo, la relación de esclavitud, el siervo, la de vinculación feudal (que podía romper refugiándose en las ciudades libres o rescatándola por dinero)—, el proletario no puede liberarse más que suprimiendo todas las relaciones de propiedad privada [41]. Por todo lo cual el proletariado «no puede levantarse, no puede enderezarse, sin hacer saltar toda la superestructura formada por las capas de la sociedad oficial», mientras que la burguesía pudo elevarse coexistiendo durante toda una época, aunque fuera pugnativamente, con las estructuras y superestructuras feudales. Así, aunque no formulada explícitamente, en el *Manifiesto* aparece una diferencia radical entre la dialéctica de la revolución social burguesa y la de la revolución social proletaria: mientras que las relaciones de producción burguesas se forman y desarrollan

en el seno de la sociedad feudal, las relaciones de producción socialistas no pueden formarse en el seno de la sociedad burguesa.

Otra diferencia radical es la siguiente: «Todos los movimientos han sido realizados hasta ahora por minorías o en provecho de minorías. El movimiento proletario es el movimiento *autónomo* de la inmensa mayoría en provecho de la inmensa mayoría». Característica que tiene su fundamento, como la precedente, en la naturaleza misma del proletariado, determinada por su posición objetiva en la producción. Y está relacionada con otra característica de la sociedad burguesa respecto a las precedentes: «la simplificación de las contradicciones de clase». «Toda la sociedad va dividiéndose cada vez más en dos grandes campos enemigos, dos grandes clases que se enfrentan directamente: la burguesía y el proletariado.» Con el desarrollo de la gran industria, mientras la primera va concentrándose y reduciéndose, la segunda crece de continuo, porque todas las demás clases intermedias «van degenerando y desapareciendo», engrosando el proletariado. Sin embargo, en otro lugar del *Manifiesto* (sección III) se constata un hecho, que entonces era ya visible y no podía escapar a Marx: «En los países donde se ha desarrollado la civilización moderna se ha formado —y, como parte complementaria de la sociedad burguesa, sigue formándose sin cesar— una *nueva clase* de pequeños burgueses que oscila entre el proletariado y la burguesía». Marx parece resolver la discordancia entre este hecho y la tesis de la «simplificación» afirmando que los individuos integrantes de esta nueva clase intermedia son arrojados también constantemente a las filas del proletariado, y llegará un momento «en que desaparecerán por completo como fracción independiente de la sociedad moderna, siendo reemplazados en el comercio, la manufactura y la agricultura por capataces y empleados».

Marx no ve sólo una simplificación sociológica, sino política: «de todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía, sólo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria». Los pequeños industriales y comerciantes, los artesanos y campesinos, luchan contra la burguesía para salvar de la ruina su existencia como tales «capas medias». Por tanto, son conservadores, incluso reaccionarios, «ya que pretenden volver atrás la rueda de la Historia». Sólo pueden ser revolucionarios «cuando abandonen sus propios puntos de vista para adoptar los del proletariado». Y esto lo hacen «únicamente cuando tienen ante sí la perspectiva de su tránsito inminente al proletariado». En esta situación debía verlos Marx, puesto que consideraba próxima la revolución proletaria, la revolución de la «inmensa mayoría», y no ignoraba que, excepción hecha de Inglaterra, el proletariado era en todos los países europeos una reducida minoría.

Otra tesis importante del *Manifiesto,* relativa a la dialéctica global de la revolución proletaria, es la siguiente: «Por su forma, aunque no por su contenido, la lucha del proletariado contra la burguesía es primeramente una lucha nacional. Es natural que el proletariado de cada país debe acabar en primer lugar con su propia burguesía». O sea, por su contenido la lucha del proletariado contra la burguesía, y por tanto la revolución proletaria, no es nacional. Como se desprende de toda la exposición del *Manifiesto,* aunque no lo diga explícitamente, y de otros textos de ese período, su carácter es internacional, mundial, universal (los tres términos son utilizados indistintamente en los textos de 1846-1848). Carácter que se lo da el propio mundo creado por la burguesía, unificado por el mercado y la naturaleza de las nuevas fuerzas productivas. Partiendo de estas mismas premisas, Engels plantea la cuestión más explícitamente en los *Principios,* llegando a la conclusión de que la revolución comunista «no es posible en un solo país», «no será puramente nacional». Y agrega una nueva hipótesis: «se producirá simultáneamente en todos los países civilizados, es decir, al menos en Inglaterra, América (del Norte), Francia y Alemania». Una vez triunfante en este núcleo de países «ejercerá una influencia considerable en los demás países del mundo, modificará de raíz y acelerará extraordinariamente su anterior evolución». En suma: será «una revolución universal y tendrá, por eso, un ámbito universal [42]. El *Manifiesto* no recoge la tesis de la «simultaneidad» (que no debe interpretarse como «simultaneidad» del derrocamiento del poder burgués, sino como un proceso revolucionario único), pero textos posteriores muestran la conformidad de Marx con ella (e

incluso anteriores, como el conocido final de la *Introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel,* donde Marx liga la revolución alemana al «canto del gallo galo»).

Marx cierra su exposición de la dialéctica de la revolución social del proletariado en estos términos: «Al esbozar las fases más generales del desarrollo del proletariado, hemos seguido el curso de la guerra civil más o menos oculta que se desenvuelve en el seno de la sociedad existente, hasta el momento en que se transforma en una revolución abierta y el proletariado, derrocando por la violencia la burguesía, implanta su dominación». (Por «guerra civil» debe entenderse aquí la lucha de clases en todas sus formas, sin excluir, bien entendido, la guerra civil en sentido estricto.)

Del final de la sección II del *Manifiesto* se desprende que entre el derrocamiento de la burguesía y la creación de una sociedad comunista Marx prevé toda una época de transición a la que ya no se refiere en términos de descripción de tendencias objetivas, sino de programa de medidas a adoptar por el proletariado convertido en clase dominante; es decir, en términos de estrategia. A ese programa nos referiremos en el capítulo siguiente.

Sobre la futura sociedad comunista Marx se guarda bien, como es sabido, de hacer profecías a la manera de los socialistas utópicos. No añade una más a las «descripciones fantásticas de la sociedad futura», expresión —dice en el *Manifiesto*— de las primeras aspiraciones del proletariado, cuando aún se encontraba en estado embrionario y se representaba su situación de modo irreal. Marx se atiene al postulado enunciado en la *Ideología alemana:* «Para nosotros el comunimo no es ni un *estado* que debe crearse, ni un ideal al que haya de ajustarse la realidad. Nosotros llamamos comunismo al movimiento *real* que suprime el estado de cosas actual. Las condiciones de este movimiento resultan de las premisas actualmente existentes» [43]. Criterio que descarta, efectivamente, toda «descripción fantástica», pero autoriza hipótesis fundadas en las premisas existentes, en las tendencias objetivas observables, y Marx no se priva de formular algunas, muy generales pero de gran relevancia. En la sección II del *Manifiesto,* bajo una forma polémica con «las objeciones hechas por la burguesía al comunismo», va enunciando sucesivamente lo que *no habrá* en la sociedad comunista: propiedad burguesa de los medios de producción, trabajo asalariado, capitalistas y obreros, libertad de compra y venta, libertad de explotar trabajo ajeno, familia de tipo burgués, nación, estado, etc. Y desaparecerán, dice, las ideas tradicionales nacidas de esas relaciones sociales. Si «la revolución comunista es la ruptura más radical con las relaciones de producción tradicionales, nada tiene de extraño que en el curso de su desarrollo rompa de la manera más radical con las ideas tradicionales». Para conjeturar los rasgos *positivos* esenciales de la futura sociedad, Marx parte de dos tendencias objetivas de ese «movimiento real que suprime el estado de cosas actual»: el carácter cada vez más social de las fuerzas productivas, a medida que se desarrolla la gran industria, carácter que exige objetivamente una apropiación y gestión colectivas; la asociación creciente de los productores directos, que va surgiendo y afianzándose en el proceso mismo de la lucha por suprimir el estado actual de cosas. El pasaje central del *Manifiesto* sobre el contorno futuro de la sociedad comunista, es el siguiente: «Una vez que en el curso del desarrollo hayan desaparecido las diferencias de clase y se haya *concentrado toda la producción en manos de los individuos asociados,* el poder público perderá su carácter político. El poder político, hablando propiamente, es la violencia organizada de una clase para la opresión de otra. Si en la lucha contra la burguesía el proletariado se constituye indefectiblemente en clase; si mediante la revolución se convierte en clase dominante y, en cuanto clase dominante, suprime por la fuerza las viejas relaciones de producción, suprime al mismo tiempo que estas relaciones de producción las condiciones para la existencia del antagonismo de clase y de las clases en general y, por tanto, su propia dominación como clase. En sustitución de la antigua sociedad burguesa, con sus clases y sus antagonismos de clase *surgirá una asociación en que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos».*

El problema de las posiciones estratégicas y tácticas de los comunistas está escasamente abordado en el *Manifiesto* y demás textos del período prerrevolucionario [44]. No hay duda en cuanto al objetivo estratégico central: «constitución de los proletarios en clase, derrocamiento de la dominación burguesa, conquista del poder político por el proletariado». O como se dice en otro lugar del mismo documento: «el primer paso de la revolución obrera es la elevación del proletariado a clase dominante, la conquista de la democracia».

En cuanto a la política que los comunistas deben realizar para contribuir a que el proletariado alcance tal objetivo, el *Manifiesto* se limita a definir su actitud ante los «diferentes partidos de oposición», distinguiendo entre los partidos obreros y los otros.

Respecto a los partidos obreros, los comunistas «no forman un partido aparte»; constituyen, dentro de ellos, «su sector más resuelto», el que «siempre impulsa adelante», valiéndose de la «ventaja» teórica que los comunistas tienen sobre el resto del proletariado por su «visión clara de las condiciones, de la marcha y de los resultados generales del movimiento proletario». El *Manifiesto* no designa como tales partidos obreros más que los cartistas ingleses y los partidarios de la reforma agraria en América del Norte. Ninguno de los dos se declaraba socialista abiertamente y algunos aspectos de su política —en particular los planes de reforma o colonización agraria, tendentes a reconvertir los obreros en pequeños propietarios agrícolas— tenían poco que ver con un programa comunista. La mayor parte de sus dirigentes profesaban un vago socialismo abstracto y moralizante, pero su composición era predominantemente obrera. Y el cartismo luchaba por una plataforma política —la famosa *Carta*—, cuya realización, a juicio de Marx y Engels, equivaldría en las condiciones inglesas a la conquista del poder político por el proletariado [45]. Respecto a los partidos de oposición no obreros, el *Manifiesto* toma las siguientes posiciones:

Francia, los comunistas «se suman al partido socialista democrático», que Engels caracterizaría años después como el partido «representado en el parlamento por Ledru-Rollin, en la literatura (entiéndase: expresión doctrinal F. C.) por Luis Blanc y en la prensa diaria por *La Réforme*. El nombre de socialista democrático significaba, en boca de sus inventores, la parte del partido demócrata o republicano que tenía un matiz más o menos socialista». Según un artículo de Engels de septiembre de 1846, el partido demócrata engloba en ese momento un sector importante de la clase obrera y está dividido en varias fracciones. «La más numerosa de ellas, al menos en París, está formada por comunistas» [46].

Suiza, los comunistas apoyan a los radicales, en cuyas filas hay socialistas, pero también «burgueses radicales». Posición táctica determinada, probablemente, porque el radicalismo burgués suizo, vencedor en la reciente guerra civil contra el Sonderbund (Liga del sur) clerical, se encuentra en ese momento amenazado de una intervención armada organizada por Metternich. El deber de los demócratas de todos los países —declara el mensaje enviado en noviembre de 1847 por la Asociación democrática de Bruselas al pueblo suizo, firmado entre otros por Marx, como vicepresidente de la Asociación— es acudir en ayuda del único país «en el que el gobierno es ejercido por jefes electos, la administración se lleva a cabo casi sin funcionarios, la defensa del Estado sin ejército permanente, la prosperidad comercial es asegurada sin aduanas y la libertad de creencias religiosas sin dominación teocrática» [47].

Polonia, los comunistas «apoyan al partido que ve en una revolución agraria la condición de la liberación nacional, es decir, al partido que provocó en 1846 la insurrección de Cracovia» [48].

Alemania, «el partido comunista lucha de acuerdo con la burguesía, en tanto que ésta actúa revolucionariamente contra la monarquía absoluta, la propiedad territorial y la pequeña burguesía reaccionaria». Posición táctica que se inserta en la siguiente perspectiva estratégica: «Los comunistas fijan su principal atención en Alemania, porque Alemania se halla en vísperas de una revolución burguesa y porque llevará a cabo esta revolución bajo las condiciones más progresivas de la civilización europea en general, y con un proletariado mucho más desarrollado que el de Inglaterra en el siglo XVII y el de Francia en el siglo XVIII, y, por tanto,

la revolución burguesa alemana no podrá ser sino el *preludio inmediato de una revolución proletaria*». Como es natural, los problemas de estrategia y táctica concernientes a la revolución alemana fueron los más elaborados por Marx y Engels en el período prerrevolucionario —dentro de la escasa atención que, en general, dedican a estos problemas— y sobre ellos volveremos más adelante.

En resumen, como dice el mismo *Manifiesto*, «los comunistas apoyan por doquier todo movimiento revolucionario contra el régimen social y político existente», aunque no conduzca directamente al «objetivo inmediato» (la dominación del proletariado). Pero en todas las circunstancias, precisa el *Manifiesto*, los comunistas defienden, «dentro del movimiento actual, el porvenir de ese movimiento»; en «todos esos movimientos ponen en primer término, como cuestión fundamental, la cuestión de la propiedad, cualesquiera que sea la forma más o menos desarrollada que ésta revista». Y por esta razón los comunistas deben conservar en todo momento su derecho a la crítica. Refiriéndose al partido socialista democrático de Francia, el *Manifiesto* declara que los comunistas se «suman» a él, pero «sin renunciar al derecho de criticar las ilusiones y los tópicos legados por la tradición revolucionaria». Y a propósito de la lucha conjunta del partido comunista con la burguesía en el caso alemán, el *Manifiesto* declara que «jamás, en ningún momento, se olvida este partido de inculcar a los obreros la más clara conciencia del antagonismo hostil entre la burguesía y el proletariado». No es casual, por lo demás, que toda la sección III del *Manifiesto* está consagrada a la crítica de los movimientos y tendencias que entonces se decían socialistas pero representaban intereses ajenos al proletariado.

A los imperativos políticos que justifican la necesidad de esa línea de conducta —alianza y crítica— Marx agrega, y tiene especial importancia a la luz de toda la evolución ulterior del movimiento comunista, un imperativo moral: «Los comunistas consideran *indigno* ocultar sus ideas y propósitos.»

Entre esos propósitos Marx menciona expresamente el recurso a la violencia («derrocar por la violencia todo el orden social existente»). Engels aclara en los *Principios* que no se trata de una predilección de los

comunistas por la violencia. Si la supresión de la propiedad privada fuera posible por la vía pacífica —dice—, «los comunistas, como es lógico, serían los últimos en oponerse». «Sería de desear que fuera así», pero los comunistas «ven que se viene aplastando por la violencia el desarrollo del proletariado en casi todos los países civilizados». Y Engels agrega una reflexión que se verá mil veces comprobada por la historia: procediendo así «los enemigos mismos de los comunistas trabajan con todas sus energías para la revolución». Con otras palabras: es la violencia de las clases dominantes la que obliga al proletariado a resolver por la violencia el problema de la supresión del régimen burgués.

El *Manifiesto* formula también dos tareas estratégicas de carácter internacional: propiciar la unión y el acuerdo entre los partidos democráticos de todos los países y laborar por la unión específica de los proletarios de todas las nacionalidades, tarea esta última simbolizada en la célebre consigna final del *Manifiesto*, y consecuencia lógica del carácter internacional de la revolución proletaria. La primera derivaba del carácter, también internacional, que en opinión de Marx y Engels, y en general de todos los revolucionarios de la época, habría de tener la lucha por el derrocamiento de las monarquías absolutistas concertadas en el sistema de la Santa Alianza. Desde la gran revolución francesa se admitía como un axioma que regímenes democráticos y regímenes despóticos no podían coexistir en paz. Si la democracia vencía en un país debía chocar necesariamente con los países vecinos en que reinase la autocracia. La guerra revolucionaria era inevitable y debía ser conducida enérgicamente hasta el fin si se quería evitar la derrota de la revolución [49]. La victoria de la revolución burguesa alemana no podía concebirse sin la guerra revolucionaria contra la inevitable intervención armada del zarismo. De ahí la atención que Marx y Engels prestan desde sus primeros pasos en la acción política comunista a promover y organizar no sólo la unión de los proletarios, sino de los demócratas de todos los países. Durante su primera estancia en Inglaterra (verano de 1845) Marx participa junto con Engels en una reunión de líderes obreros y demócratas de diferentes países europeos donde se acuerda crear una

organización internacional, que se forma, efectivamente, en marzo de 1846, con el nombre de *Fraternal Democrats,* agrupando la izquierda cartista, la Liga de los Justos y diversos grupos de demócratas exiliados procedentes de Francia, Polonia, Italia, España y otros países europeos. Con análoga finalidad se crea en septiembre de 1847 la Asociación democrática de Bruselas, de la que Marx es elegido vicepresidente. El 13 de febrero de 1848 el comité de esta Asociación responde positivamente a la propuesta de *Fraternal Democrats* de organizar un congreso democrático internacional en septiembre de 1848. El congreso debía celebrarse en Bruselas y la Asociación democrática asumir su organización, pero la revolución desbarató estos proyectos [50].

* * *

En el terreno alemán, la concepción estratégica de la revolución como revolución burguesa «preludio inmediato de la revolución proletaria» determina todas las posiciones tácticas de Marx y Engels. Lucha conjunta con la burguesía, *en tanto que ésta actúe revolucionariamente* contra la monarquía absoluta, pero al mismo tiempo esfuerzo por inculcar en los obreros alemanes la conciencia del antagonismo entre burguesía y proletariado, «a fin de que sepan convertir de inmediato las condiciones sociales y políticas que forzosamente ha de traer consigo la dominación de la burguesía, en otras tantas armas contra la burguesía, a fin de que, tan pronto sean derrotadas las clases reaccionarias en Alemania, comience inmediatamente la lucha contra la misma burguesía».

Tenemos aquí, expresada en términos precisos de acción política, la misma idea de «revolución permanente» (en el sentido de paso, sin solución de continuidad, de la revolución burguesa a la revolución proletaria) que al estado intuitivo encontramos ya, cuatro años atrás, en la *Introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel.* Pero ahora fundada en un análisis más riguroso de la sociedad alemana, como testimonian los artículos de Engels de 1847. En la *Introducción* se partía de la impotencia total de la burguesía alemana para luchar por sus objetivos de clase. En los artículos de 1847 se llega a la conclusión de que la burguesía alemana se ha fortalecido considerablemente y es, sin discusión, la fuerza hegemónica en la lucha contra el absolutismo, mientras que «el pueblo, el partido democrático, no puede desempeñar más que un papel subordinado». Pero en cuanto la burguesía instaure su dominación, «la democracia aparecerá como el único partido del progreso; a partir de ese momento la lucha se simplificará, se convertirá en lucha de sólo dos bandos, y por ello mismo en una lucha a muerte» [51].

La política de acción conjunta con la burguesía, acompañada de la crítica de sus vacilaciones, de sus tendencias al compromiso con la corona, y, al mismo tiempo, la acción encaminada a explicar el antagonismo proletariado-burguesía, a preparar el proletariado para su enfrentamiento con la burguesía; esta lucha en dos frentes les vale a Marx y Engels ataques de todos los campos. Tanto de los ideólogos gubernamentales como de la burguesía liberal y de los extremistas pequeñoburgueses, en particular de los llamados «socialistas verdaderos», incluidos por el *Manifiesto* en el campo ideológico del «socialismo reaccionario».

En nombre de un socialismo abstracto, hostil a la lucha de clases y al comunismo, estos «socialistas verdaderos» —dice el *Manifiesto*— oponen las reivindicaciones socialistas al movimiento político, fulminan anatemas contra el liberalismo, el Estado representativo y las libertades burguesas, en general, predicando que las masas deben desinteresarse del movimiento burgués, con el argumento de que allí nada pueden ganar y sólo pueden perder. Así, el «socialismo verdadero —prosigue el *Manifiesto*— se ha convertido en un instrumento de los gobiernos contra la burguesía alemana». Además, representa «un interés reaccionario, el interés del pequeño burgués alemán», al que la «supremacía industrial y política de la burguesía alemana amenaza con una muerte cierta; de una parte, por la concentración de capitales y, de otra, por el desarrollo del proletariado revolucionario». «Legada por el siglo XVI, y desde entonces renacida sin cesar bajo diversas formas (esa pequeña burguesía), constituye en Alemania la verdadera base social del orden establecido» [52]. «Una parte importante de los socialistas alemanes —escribe Marx en septiembre de 1847— alborota constantemente contra la burguesía liberal, y además de manera que no bene-

ficia a nadie más que a los gobernantes alemanes (...). Los periódicos gubernamentales del tipo *Rheinischer Beobachter,* apoyándose en las frases de esos señores, afirman que no es la burguesía liberal, sino el gobierno, quien representa los intereses del proletariado (...). Los comunistas no tienen nada en común ni con los primeros ni con los segundos.» A continuación Marx explica que los socialistas endosan a los comunistas la responsabilidad de esas especulaciones de los órganos gubernamentales y les acusan de aliarse con el gobierno. Por su parte, los publicistas gubernamentales acusan a los comunistas de hacer el juego de la burguesía liberal y facilitarle la explotación del pueblo. La respuesta de Marx, justificando la posición de los comunistas, es como sigue:

«El pueblo, y en particular su sector comunista, saben perfectamente que la burguesía liberal no se preocupa más que de sus propios intereses y hay que contar muy poco con su simpatía por el pueblo.» Pero a los que partiendo de esa realidad afirman que «el pueblo, al participar en el movimiento político permite a la burguesía que le explote para sus propios fines», los comunistas responden: «el pueblo o —sustituyendo esta noción excesivamente vaga y general por otra más exacta— el proletariado discurre de manera totalmente distinta»: «El proletariado no se pregunta si el bien del pueblo es un asunto de primer o segundo orden para el burgués, ni si el burgués *desea* utilizar al proletariado como carne de cañón o no. Al proletariado no le interesa sólo lo que el burgués *quiere;* le interesa saber lo que el burgués está *obligado* a querer. La cuestión consiste en qué es lo que le proporciona (al proletariado) más medios para el logro de sus propios fines: el actual régimen político de dominación de la burocracia o el régimen al que aspiran los liberales, de dominación de la burguesía. Y basta con comparar la situación del proletariado en Inglaterra, Francia y América con su situación en Alemania para convencerse de que la dominación de la burguesía no sólo pone en manos del proletariado armas completamente nuevas para la lucha *contra* la misma burguesía, sino que le crea una situación totalmente nueva: su reconocimiento como partido». Refiriéndose en el mismo texto a la utilización de las Dietas por la oposición liberal, Marx define la siguiente posición táctica: «El proletariado no puede, naturalmente, mostrar interés alguno por *los derechos de los estamentos.* Pero una Dieta que exigiese la institución del jurado, la igualdad de todos ante la ley, la abolición de las cargas feudales, la libertad de prensa y de asociación, una verdadera representación popular; una Dieta que rompiese para siempre con el pasado y basara sus exigencias en las necesidades actuales y no en las viejas leyes; una Dieta así podría contar con el más enérgico apoyo del proletariado» [53].

Esta manera realista y flexible de enfocar la política de los comunistas recuerda la actuación de Marx al frente de la *Gaceta Renana* en 1842-1843. La huella de aquella primera experiencia de política práctica se advierte a menudo, tanto en este período de vísperas de revolución como en el curso de la misma. Ya entonces tuvo que enfrentarse con el radicalismo abstracto de los jóvenes hegelianos. En una carta privada de agosto de 1842 explica que se opone a la publicación del artículo de uno de ellos porque «una toma de posición tan neta contra los pilares del régimen actual puede provocar una agravación de la censura e incluso la supresión de nuestra hoja»; «En todo caso nos indisponemos a un gran número, en realidad la mayor parte de los espíritus libres preocupados de acción práctica, que se han encargado de la penosa tarea de conquistar la libertad paso a paso, sin salir de los límites constitucionales, mientras que nosotros, instalados en el confortable sillón de la abstracción, hacemos la demostración de sus contradicciones». Y tiene esta reflexión, que contiene toda una lección de táctica: «Hay que hacer comprender y desarrollar la verdadera teoría sin salir de una situación concreta y de un estado de cosas dado» [54].

En análoga línea polémica están los artículos de Marx y Engels sobre las posiciones del demócrata Heinzen, que «contra todo sentido común arma ruido a diestro y siniestro con llamamientos a la revolución, sin conocer ni tener en cuenta las relaciones reales» [55]. Engels se opone a la exigencia de Heinzen de que en el programa de los demócratas se incluya la república como objetivo *inmediato,* considerando que en las condiciones alemanas la instauración de la república presupone la conquista del poder político por un bloque que vaya

del proletariado a los pequeños campesinos y los pequeños burgueses urbanos, cosa que, en opinión de Engels, no es posible aún dada la relación de fuerzas de clase. Piensa, además, que sería peligroso que Alemania, dada su debilidad industrial frente a Francia e Inglaterra, tomase la iniciativa de la «gran revolución» (la revolución proletaria), «independientemente del movimiento de los estados civilizados» [56]. En la argumentación de Engels pesa considerablemente su convicción de que los campesinos son incapaces de tener iniciativa revolucionaria, reprochando a Heinzen poner sus esperanzas en una insurrección campesina.

La polémica, a menudo agria, con las diferentes corrientes pequeñoburguesas que se reclaman de la democracia y del socialismo no impide a Marx y Engels buscar la acción común con ellas. En el mismo artículo que acabamos de citar contra Heinzen, Engels explica muy netamente la necesidad de esa acción común y sus razones profundas. «En las presentes condiciones los comunistas no sólo están muy lejos de querer emprender vanas discusiones con los demócratas, sino que, más bien, ellos mismos actúan como demócratas en todas las cuestiones prácticas. La consecuencia necesaria de la democracia en todos los países civilizados es la dominación política del proletariado, y la dominación política del proletariado es la condición primera de todas las realizaciones comunistas. Por consiguiente, mientras la democracia no haya sido conquistada, comunistas y demócratas luchan codo a codo, y el interés de los demócratas es también el interés de los comunistas. Hasta ese momento las divergencias entre ambos partidos tienen un carácter puramente teórico y pueden ser muy bien tema de discusiones teóricas, sin perjuicio alguno para las acciones comunes» [57].

Tocamos aquí un elemento capital de la teoría de la revolución proletaria de Marx y Engels: el papel de la democracia. Cuando Engels dice en ese artículo, escrito en vísperas del *Manifiesto* y más o menos al mismo tiempo que los *Principios*, que «la consecuencia *necesaria* de la democracia en todos los países civilizados es la dominación política del proletariado» formula en términos de tendencia objetiva lo que el *Manifiesto* formula en términos programáticos: «el primer paso de la revolución obrera es la elevación del proletariado a clase dominante, la conquista de la democracia». Idea ampliamente difundida en aquella época, tanto entre los comunistas y la generalidad de los revolucionarios como entre las clases dominantes. Sólo así cobra su sentido real el famoso pasaje inicial del *Manifiesto:* «Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo. Todas las fuerzas de la vieja Europa se han unido en santa cruzada para acosar a ese fantasma: el Papa y el zar, Metternich y Guizot, los radicales franceses y los polizontes alemanes». De donde Marx deduce que «el comunismo está ya reconocido como una fuerza por todas las potencias de Europa». En realidad, estas potencias sabían que los comunistas eran una gota de agua y el proletariado una minoría exigua en el continente. Si en Inglaterra era mayoría, no tenía un programa comunista. Pero en cambio la aspiración a la libertad y la democracia había prendido en los pueblos al cabo de varios decenios de opresión política. Y, según esa idea tan difundida, tras la democracia estaba el comunismo.

El supuesto de que la democracia llevaba *necesariamente* a la dominación política del proletariado era el eje mismo del cartismo. Y de ahí pasa, según toda probabilidad, a la teoría política de Marx y Engels. No es casual que el primer texto, de entre los suyos, donde primero aparece expuesto de modo fundamental es uno de Engels escrito a finales de 1845, recién terminado su bienio inglés, al mismo tiempo que trabaja con Marx sobre la *Ideología alemana:* «Después de la revolución francesa, que fue un movimiento social desde el principio hasta el fin, la democracia puramente política no tiene sentido (...); actualmente este término tiene un sentido social en el que se disuelve su sentido político»; *«la democracia de nuestro tiempo es el comunismo.* Cualquier otra democracia no puede existir ya más que en la cabeza de teóricos visionarios, que no tienen contacto con los acontecimientos reales, y para los cuales no son los hombres y las circunstancias los que desarrollan los principios, sino los principios los que se desarrollan por sí mismos. La democracia ha pasado a ser un principio proletario, un principio de masas. Aunque las masas no siempre se representen con claridad esta significación de la democracia, la única justa, todo el mundo incluye en la noción de democracia, aunque sea confusamente, la aspiración a la justicia social».

Y Engels concluye con esta reflexión que contribuye no poco a esclarecer cómo podían creer posible la revolución proletaria europea en aquel período: «Al hacer recuento de las fuerzas de combate del comunismo podemos incluir en ellas, con toda tranquilidad, las masas influidas por las ideas democráticas» [58]. Y si los comunistas eran una gota de agua, y el proletariado una minoría en la Europa continental, las masas influidas por las ideas democráticas eran considerables.

En *Principios* precisa su concepción del itinerario de esa revolución a partir de esa idea de la democracia. La revolución, dice, «establecerá, ante todo, un régimen democrático y, *por tanto,* directa o indirectamente, la dominación política del proletariado. *Directamente* en Inglaterra, donde los proletarios constituyen ya la mayoría del pueblo. *Indirectamente* en Francia y en Alemania, donde la mayoría del pueblo no consta únicamente de proletarios, sino, además, de pequeños campesinos y de pequeños burgueses de la ciudad, que se encuentran sólo en la fase de la transformación en proletariado y que, en lo tocante a la satisfacción de sus intereses políticos, dependen cada vez más del proletariado, por cuya razón han de adherirse pronto a las reivindicaciones de éste». Y añade esta precisión sibilina: «Para ello quizá se necesite una nueva lucha que, sin embargo, no puede tener otro desenlace que la victoria del proletariado» [59]. Engels parece insinuar lo que en el Mensaje de la Liga de los comunistas de marzo de 1850 se planteará claramente: la perspectiva de una lucha entre los demócratas pequeñoburgueses y el proletariado revolucionario.

Para Marx y Engels, ni el sistema representativo constitucional al que aspiraba la burguesía alemana, ni la monarquía parlamentaria de Luis Felipe eran regímenes democráticos. Como tampoco el sistema parlamentario inglés, que excluía a la clase obrera del mecanismo electoral. Para ellos, como para la generalidad de los comunistas y demócratas de aquel tiempo, la república y el sufragio universal integral no eran compatibles con la dominación de la burguesía; eran reivindicaciones asociadas a la instauración de un poder proletario y popular.

Estas consideraciones relativizan, a nuestro parecer, la versión corriente según la cual en ese período Marx y Engels concebían la conquista del poder político por el proletariado como la simple conquista del Estado existente. En realidad llevaba implícita una transformación profunda de las estructuras y del personal de dicho Estado. Máxime si se tiene presente que la revolución era concebida como el derrocamiento violento del poder de la burguesía, mediante la insurrección armada y el armamento del pueblo, la creación de un «ejército popular», etc. Por otra parte, el *Manifiesto* precisa que el programa del proletariado no podrá cumplirse sin «una violación despótica del derecho de propiedad y de las relaciones burguesas de producción», lo que quiere decir, en el lenguaje de la época, la destrucción de la anterior legalidad. Es cierto, no obstante, que el problema del Estado no se aborda por Marx y Engels, en ese período prerrevolucionario, de modo específico [59a]; no se dice qué va a hacerse con la anterior organización estatal ni cómo va a ser la nueva; no encontramos más que la identificación implícita del nuevo Estado con «el proletariado organizado como clase dominante», fórmula que se presta, evidentemente, a diversas interpretaciones. La experiencia de la revolución del 48 les permitirá avanzar en esta cuestión.

* * *

Según vimos al final del capítulo anterior, el *Manifiesto* prevé que entre el derrocamiento de la burguesía y la creación completa de la sociedad comunista media todo un período de desarrollo —«período político de transición», dirá más tarde Marx— en el que el proletariado, convertido en clase dominante, va transformando gradualmente la democracia conquistada en un sentido comunista. Sobre esta fase de transición, más que sobre la sociedad comunista propiamente dicha, aportará ulteriormente Marx —a la luz de la experiencia de la revolución del 48 y de la Comuna de París— nuevas precisiones e ideas, pero ahora nos limitamos, como en las demás cuestiones, a exponer su concepción tal como se presenta en vísperas del 48.

«El proletariado —declara el *Manifiesto*— se valdrá de su dominación política para ir arrancando gradualmente a la burguesía todo el capital, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Es-

tado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante, y para aumentar con la mayor rapidez posible la suma de las fuerzas productivas.» Y el *Manifiesto* presenta un programa en diez puntos que concretan la transformación a realizar. Engels subraya en los *Principios* el carácter gradual que inevitablemente tendrá esta transformación: «No es posible suprimir de golpe la propiedad privada, del mismo modo que no se pueden aumentar de golpe las fuerzas productivas existentes»; la revolución del proletariado «sólo paulatinamente podrá transformar la sociedad actual, y acabará con la propiedad privada únicamente cuando haya creado la necesaria cantidad de medios de producción» [60]. De modo gradual, pero firme. Ya hemos citado la necesidad de «la violación despótica» de la legalidad anterior. Engels insiste en los *Principios:* «La democracia le sería absolutamente inútil al proletariado si no la utilizara *inmediatamente* como medio para llevar a cabo amplias medidas que *atentasen directamente* contra la propiedad privada y asegurasen la existencia del proletariado» [61].

Reproducimos integralmente los diez puntos del programa:

1. Expropiación de la propiedad territorial y empleo de la renta de la tierra para los gastos del Estado.
2. Fuerte impuesto progresivo.
3. Abolición del derecho de herencia.
4. Confiscación de la propiedad de todos los emigrados y sediciosos.
5. Centralización del crédito en manos del Estado por medio de un banco nacional con capital del Estado y monopolio exclusivo.
6. Centralización en manos del Estado de todos los medios de transporte.
7. Multiplicación de las empresas fabriles pertenecientes al Estado y de los instrumentos de producción, roturación de los terrenos incultos y mejoramiento de las tierras, según un plan general.
8. Obligación de trabajar para todos; organización de ejércitos industriales, particularmente para la agricultura.
9. Combinación de la agricultura y la industria; medidas encaminadas a hacer desaparecer gradualmente la oposición entre la ciudad y el campo.

10. Educación pública y gratuita de todos los niños; abolición del trabajo de éstos en las fábricas tal como se practica hoy; régimen de educación combinado con la producción material, etc.

El *Manifiesto* hace la lógica salvedad de que las medidas no pueden ser las mismas en todos los países, pero considera que casi todas las enunciadas podrán ser aplicadas «en los países más avanzados».

La metodología que inspira estas medidas podría resumirse así: *a*) iniciar la supresión de la propiedad privada de los medios de producción por la forma de esa propiedad que en el sentido económico tiene un carácter más retrógrado (propiedad terrateniente) y por la que en el sentido político sirve a los enemigos más directos (emigrados, sediciosos); *b*) limitar y controlar al mismo tiempo el resto de la propiedad privada de los medios de producción, como primer paso hacia su liquidación total; *c*) iniciar la creación de un sector económico estatal e impulsar el desarrollo de las fuerzas productivas bajo la dirección del Estado «según un plan general»; *d*) abordar desde el primer momento la transformación de la división social del trabajo heredada de épocas pasadas, la superación de las contradicciones y desigualdades sociales inherentes a ella.

Debemos también considerar este programa a la luz de la precisión que hace el propio *Manifiesto:* «son medidas que desde el punto de vista económico parecerán *insuficientes* e *insostenibles,* pero que en el curso del movimiento *se sobrepasarán a sí mismas* y serán indispensables como medio para transformar radicalmente todo el modo de producción». La precisión no se distingue, evidentemente, por su transparencia, pero en la polémica de Engels con Heinzen se trata justamente de la misma cuestión. Engels le critica a Heinzen porque «las mismas medidas propugnadas por los comunistas» las propone él para «un estado normal de la sociedad burguesa, no para una situación revolucionaria», y en ese contexto «no sólo es imposible aplicarlas, sino que, además, resultan reaccionarias». A los economistas burgueses —prosigue Engels— «les asiste toda la razón cuando oponiéndose a Heinzen califican tales medidas de reaccionarias en relación con la libre concurrencia», porque «la libre concurrencia es la forma última, superior, más desarrollada, de la propiedad privada» y, por

consiguiente, «todas las medidas que tengan como premisa la conservación de la propiedad privada y no obstante estén dirigidas contra la libre concurrencia son reaccionarias y tienden a restablecer las fases inferiores del desarrollo de la propiedad». (Recordemos que «propiedad privada» quiere decir aquí —como se desprende claramente del *Manifiesto* y de otros textos coetáneos— propiedad de medios de producción utilizados para la explotación de trabajo ajeno. Por «fases inferiores del desarrollo de la propiedad» Engels entiende aquí las formas de propiedad de los sistemas sociales precapitalistas.) Mientras que Heinzen «se imagina posible modificar y adaptar arbitrariamente las relaciones de propiedad, el derecho de herencia, etc.», para los comunistas tales medidas «tienen un sentido racional precisamente porque no las consideran como medidas arbitrarias, sino como resultados necesarios, producto del desarrollo de la industria, la agricultura, el comercio y los medios de comunicación; del desarrollo —condicionado por el precedente— de la lucha de clases entre burguesía y proletariado. Proceden de ahí no como medidas definitivas, sino como medidas transitorias, de salud pública, dictadas por la misma lucha de clases, también transitoria». Por eso, «en tanto que medidas revolucionarias no sólo son posibles, sino necesarias». «Son posibles porque todo el proletariado insurrecto está tras ellas y las apoya directamente con su brazo armado. Son posibles —pese a todas las dificultades y obstáculos que los economistas esgrimen como argumentos contra ellas— porque precisamente esas dificultades y obstáculos obligan al proletariado a ir cada vez más lejos, hasta la total liquidación de la propiedad privada, a fin de no perder otra vez lo conquistado. Son posibles como medidas preparatorias, como pasos intermedios, transitorios, hacia la liquidación de la propiedad privada, pero sólo en calidad de tales» [62].

En resumen, la argumentación de Engels responde al siguiente esquema: el carácter social que toman las fuerzas productivas exige objetivamente que su propiedad sea social; la propiedad privada de los medios de producción se ha convertido en una traba. Por otra parte, la libre concurrencia lleva en sí su propia negación: la concentración de las fuerzas productivas y de la propiedad de los medios de producción. Las medidas

indicadas son racionales porque se proponen realizar conscientemente aquello hacia lo que tiende esa dinámica objetiva. Pero son irracionales porque, al mismo tiempo, la obstaculizan, la limitan. Se trata, claro está, de dos criterios de racionalidad. El que ve en la libre concurrencia, en la ley del mercado, el supremo regulador económico, e implica el mantenimiento de la propiedad privada, siendo por ello el criterio que se identifica con los intereses de la burguesía. Y el criterio que ve lo racional en el reemplazamiento de la acción ciega del mercado por la acción consciente del proletariado (por «la centralización de todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante»). Por consiguiente, el enfrentamiento de ambos criterios no es cuestión puramente económica, es cuestión de lucha de clases. Y como la sustitución de una racionalidad por otra no puede hacerse de golpe, la aplicación de las medidas indicadas crea un estado patológico en el funcionamiento del sistema económico, provoca esfuerzos de la burguesía por defender sus intereses en nombre de la racionalidad económica. Se crea así la necesidad de nuevas medidas por parte del proletariado, tanto en la esfera económica como política, para defender y ampliar lo obtenido.

En un plano teórico más general, los diez puntos constituyen una prueba más de que para Marx y Engels las tendencias objetivas del desarrollo histórico, existentes en cada fase concreta, no pueden imponerse sin la aplicación consciente de una serie de medidas cuyo conjunto constituye una *política* de largo alcance, una *estrategia.* No hay nada *predeterminado,* aunque todo esté *determinado,* o más exactamente *condicionado,* en cada momento y en cada fase, por una serie de parámetros (estado de las fuerzas productivas, de la organización y conciencia del proletariado, y de otras clases sociales, de la relación de fuerzas, etc.) que a su vez se modifican según el curso concreto de la lucha de clases, modificándose con ello su manera de condicionar ésta, y así sucesivamente. Por tanto, las tendencias y contradicciones objetivas cambian también, ninguna de ellas conduce ineluctablemente a un resultado predeterminado. Tal es el fondo esencial de la concepción materialista del desarrollo histórico en Marx

y Engels. Pero tanto en el período que estamos considerando como en períodos posteriores podemos encontrar en la obra de Marx —y más aún en la de Engels— formulaciones que tomadas aisladamente se prestan a una interpretación teleológica o naturalista del desarrollo histórico.

4. CLASE Y PARTIDO

«Las condiciones económicas transformaron primero a la masa de la población del país en trabajadores. La dominación del capital ha creado a esta masa una situación común, intereses comunes. Así, pues, esta masa es ya una clase con respecto al capital, pero aún no es una clase para sí. En la lucha, de la que ya hemos señalado algunas fases, esta masa se une, se constituye como clase para sí. Los intereses que defiende se convierten en intereses de clase. Pero la lucha de clase contra clase es una lucha política» [63]. En este pasaje de *Miseria de la filosofía* tenemos concentrado lo esencial del concepto de clase obrera que podemos encontrar en la teoría de Marx antes de la revolución de 1848. Como se desprende del contexto en que se sitúa ese pasaje, Marx llega a este concepto mediante la observación del proceso real de formación de dicha clase allí donde se encuentra en un estadio más avanzado de evolución (Inglaterra), y sirviéndose también de la historia de la formación de la clase burguesa bajo el feudalismo [64]. En el *Manifiesto* tenemos una descripción algo más sistematizada de las fases que recorre la lucha de los obreros contra los capitalistas, pero no añade nada nuevo en cuanto al fondo.

Para Marx, por tanto, la clase obrera no viene determinada únicamente por el lugar que sus elementos ocupan en el sistema de producción —que sólo hace de ellos una masa de trabajadores asalariados con características comunes—, sino por su lucha contra la clase explotadora y dominante. Lucha que se impone como una necesidad objetiva y vital bajo los efectos del mecanismo mismo de la explotación capitalista.

En la *Miseria de la filosofía* y en el *Manifiesto* Marx describe una serie de formas de acción y de organización de la clase obrera que van surgiendo en el curso

de esa lucha, como respuesta a los propios imperativos de la misma, y cuyo conjunto constituye la materialización concreta del proceso de transformación de la masa proletaria en clase. La lucha dispersa y fragmentada de los proletarios contra sus explotadores particulares en una primera fase —fase que se repite históricamente en diferentes circunstancias de lugar y tiempo con la expansión misma del capitalismo— se convierte así en lucha de la clase obrera contra la clase burguesa, y, por tanto, en lucha contra el poder concentrado de esta clase, su poder político, el Estado. Es decir, en una lucha política «que llegada a su más alta expresión implica una revolución total» [65].

La *Ideología alemana* incluye entre los rasgos que caracterizan al proletariado el de ser «la clase *de la que nace* la conciencia de la necesidad de una revolución radical, la conciencia comunista que, naturalmente, puede llegar a formarse también entre las otras clases, al contemplar la posición en que se halla colocada aquélla» [66]. Es decir, la conciencia revolucionaria —en el sentido más general del concepto: la aspiración a cambiar radicalmente el sistema social existente— no necesita ser aportada al proletariado por instancias exteriores a él; es un producto orgánico de sus propias condiciones de existencia y de la lucha que imponen. La *Miseria de la filosofía* y el *Manifiesto* no repiten de modo explícito esta tesis, pero toda su descripción de la lucha proletaria, del nacimiento y desarrollo de la solidaridad, de la unión y organización del proletariado, representa, de hecho, la descripción de la práctica en que se adquiere y se expresa la conciencia colectiva de los intereses comunes y de los objetivos comunes enfilados contra la sociedad existente [67].

El que la conciencia revolucionaria del proletariado sea un producto orgánico de su situación y su lucha no quiere decir, naturalmente, que nazca y se desarrolle sin influencia de otras ideologías y conciencias de clase, aunque sólo sea porque la dialéctica de toda lucha implica siempre la influencia recíproca de los contendientes. Además, como se señala en el *Manifiesto*, las luchas de la burguesía contra la aristocracia, o entre fracciones de la burguesía, o entre burguesías de diferentes países, a las que el proletariado se ve arrastrado de una u otra manera, contribuyen a la educación política

del proletariado. También «aporta al proletariado numerosos elementos de educación» la proletarización de elementos de otras clases.

Como se dice en el pasaje más arriba citado de la *Ideología alemana,* la conciencia revolucionaria comunista puede formarse también en elementos de las otras clases al considerar la situación en que se encuentra la clase obrera. En particular, «en ideólogos burgueses que se eleven hasta la comprensión teórica del conjunto de movimiento histórico» y pasen a las filas del proletariado para luchar por la revolución. Estos teóricos —Marx y Engels se autorretratan en este punto del *Manifiesto*— pueden devolver al proletariado, en forma teóricamente elaborada, la conciencia revolucionaria nacida de la situación y la lucha del proletariado.

Por tanto, a través de la lucha por cambiar sus condiciones de existencia, los obreros se cambian ellos mismos, forman su conciencia política, llegan a comprender la necesidad de la revolución. Y a su vez esta revolución les permite elevarse a un nivel superior de conciencia revolucionaria. Como dice Marx en uno de los principales pasajes de la *Ideología alemana:* «para llevar adelante la cosa misma (la transformación de la sociedad en sentido comunista. F. C.) es necesaria una transformación en masa de los hombres, que sólo podrá operarse mediante un movimiento práctico, mediante una *revolución* (...); la revolución, por consiguiente, no sólo es necesaria porque la clase *dominante* no puede ser derrocada de otro modo, sino también porque únicamente por medio de una revolución logrará *la clase que derroca a otra* limpiarse de toda la podredumbre del viejo sistema que lleva adherida y hacerse capaz de fundar la sociedad sobre bases nuevas» [68].

En resumen, toda la exposición del *Manifiesto,* lo mismo que los planteamientos de *Miseria de la filosofía* y de la *Ideología alemana* sobre el proceso de formación del proletariado como clase revolucionaria son la viva ilustración de la tercera tesis sobre Feuerbach: «La coincidencia del cambio de las circunstancias y de los hombres, o autotransformación, no puede ser captada y comprendida racionalmente más que como práctica revolucionaria.»

* * *

El problema del partido está en Marx indisolublemente ligado al de la clase. Hemos visto, en el *Manifiesto,* la formulación que resume el resultado final del proceso de unificación y organización del proletariado: *«Esta organización del proletariado en clase y, por tanto, en partido político...».* Es decir, la clase obrera entendida como acabamos de ver, como un grupo social estructurado, en lucha con las otras clases, con conciencia de clase nacida y forjada en esa lucha, funciona como «partido político» frente a las otras clases, que a su vez actúan como «partidos» frente a la clase obrera. Así vemos en los textos de Marx y Engels de estos años las expresiones «partido de la burguesía» o «partido burgués» sin referirse a ninguno de los grupos políticos burgueses específicos, sino a la actuación de la burguesía como tal clase. A esta concepción del *partido-clase* o de la *clase-partido* debía aludir probablemente Marx años después, en carta a su amigo el poeta Freiligrath: «La Liga, lo mismo que la Sociedad de las estaciones del año, y que centenares de otras sociedades, son sólo episodios en la historia *del partido que nace espontáneamente,* por doquier, del suelo de la sociedad moderna»; «yo me he esforzado por disipar el equívoco de que por "partido" entendía la Liga, cuya existencia terminó hace ocho años, o la redacción del diario, que dejó de salir hace doce años. *Por partido yo entendía el partido en el gran sentido histórico del término»* [69].

Por otro lado, en el *Manifiesto* y otros textos de ese período se utiliza el concepto de «partido obrero» para designar formaciones específicas que engloban una fracción del proletariado con una plataforma política concreta: Cartismo, Asociación nacional de la reforma en América, etc. Y aparece el concepto de «partido comunista» para designar el partido de los que comparten las ideas del *Manifiesto.*

Al interrogarnos sobre el concepto de partido en Marx conviene tener bien presente el modelo empírico que le inspira en esta cuestión, como en la de la dialéctica del capitalismo y de la revolución proletaria: el modelo inglés. El proletariado inglés de esa época, en tanto que clase enfrentada con la burguesía y su Estado, se presenta como un conjunto, más o menos articulado, integrado por un partido obrero (cartismo), organizacio-

nes de tipo sindical (*trade-unions*), asociaciones culturales, mutualistas, etc. Y dentro del partido obrero, cuyo único fundamento político-programático es la Carta, existe desde 1846 la pequeña organización internacionalista ya aludida, *Fraternal Democrats*, entre cuyos dirigentes figuran destacados militantes del ala izquierda del cartismo[70]. Esta organización se considera demócrata-comunista, algunos de sus miembros simpatizan con las concepciones de Marx y Engels, y mantiene estrechas relaciones con la organización londinense de la Liga de los comunistas, cuyos dirigentes pertenecen también a *Fraternal Democrats*. En la práctica es un partido comunista —o el embrión de un partido comunista— dentro del partido obrero. Tal vez Marx se inspira de esta experiencia cuando señala, entre los rasgos que caracterizan a los comunistas, el de «no formar un partido aparte, opuesto a los otros partidos obreros».

Es plausible suponer, por tanto, que el concepto del partido-clase, del partido proletario en «el gran sentido histórico del término», significa el conjunto de formas de organización y de acción, ideológicas, políticas, sindicales, culturales, en que se manifiesta la iniciativa histórica del proletariado, su lucha *contra* la burguesía y *por* un nuevo tipo de sociedad.

El *Manifiesto* define de modo más preciso, aunque tampoco exento de ambigüedad, el partido propiamente comunista. «Los comunistas —declara el documento— no forman un partido aparte, opuesto a los otros partidos obreros. No tienen intereses algunos que no sean los intereses del conjunto del proletariado. No proclaman principios especiales a los que quisieran amoldar el movimiento proletario. Los comunistas sólo se distinguen de los demás partidos proletarios en que, por una parte, en las diferentes luchas nacionales de los proletarios destacan y hacen valer los intereses comunes a todo el proletariado, independientemente de la nacionalidad, y, por otra parte, en que en las diferentes fases de desarrollo por que pasa la lucha entre el proletariado y la burguesía, representan siempre los intereses del movimiento en su conjunto. Prácticamente los comunistas son, pues, el sector más resuelto de los partidos obreros de todos los países, el sector que siempre impulsa adelante a los demás; teóricamente, tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de su clara visión de las condiciones, de la marcha y de los resultados generales del movimiento proletario.» «Los comunistas luchan por alcanzar los objetivos e intereses inmediatos de la clase obrera; pero, al mismo tiempo, defienden también, dentro del movimiento actual, el porvenir de ese movimiento.»

Este conjunto de postulados se presta, evidentemente, a diversas interpretaciones. Más adelante, después que hayamos visto cómo es aplicado en la práctica de la lucha revolucionaria, volveremos sobre él para tratar de descifrar el sentido más plausible. Ahora vamos a ver cómo, concretamente, Marx y Engels dan los primeros pasos para crear un núcleo comunista de esas características en el período 1846-1847.

* * *

Cuando a finales de 1845 llegan a conclusiones teóricas que juzgan satisfactorias y deciden, además de «razonarlas científicamente», ganar a ellas al «proletariado europeo», comienzan por establecer relaciones regulares de información y discusión con elementos destacados del movimiento socialista y comunista de diversos países europeos, principalmente Alemania, Francia e Inglaterra. Crean en Bruselas un centro llamado Comité comunista de correspondencia y proponen a las personas con las que van tomando contacto constituir órganos análogos. A través de la escasa documentación conservada se deduce que su finalidad era crear un núcleo comunista internacional y un partido comunista alemán inspirados de sus concepciones[71]. La idea de que la Liga de los Justos podía convertirse en una organización de ese tipo surge en el curso de la labor de los comités de correspondencia y por iniciativa, sobre todo, de los dirigentes de la Liga.

Los resultados obtenidos en el terreno alemán, antes de iniciarse las relaciones con la Liga, son escasos. Unos cuantos corresponsales repartidos en diversos centros de Silesia, Renania, Westfalia y algunos otros, muy pocos, lugares de Alemania[72]. Fuera de Alemania no se crean comités de correspondencia, aparte del de Bruselas, más que en París y Londres. En ese momento Marx tiene una alta opinión de Proudhon y le propone colaborar. Proudhon acepta, en principio, pero con reservas

teóricas y políticas —en particular su oposición a una acción de tipo revolucionario— que impiden prácticamente el acuerdo. La *Filosofía de la miseria*, de Proudhon, publicada poco después, muestra a Marx toda la profundidad del foso teórico que les separa [73]. El Comité de correspondencia de París se creará finalmente en torno a Engels, que en agosto de 1846 se instala allí para librar batalla a la influencia de Proudhon y de los «socialistas verdaderos» entre los miembros de la Liga de los Justos, algunos de los cuales comienzan a simpatizar con las ideas del centro de Bruselas. El resultado más importante, por las consecuencias que tendrá, es la creación del Comité de correspondencia de Londres, mediante el cual se iniciarán las relaciones de Marx y Engels con los dirigentes de la Liga de los Justos y se abrirá el proceso de discusión política e ideológica que conducirá a la Liga de los comunistas. Pero antes de abordar esta cuestión debemos referirnos a dos pasos del Comité de correspondencia de Bruselas que esclarecen con particular relieve sus objetivos y tareas: la ruptura con Weitling y la circular contra Kriege.

Weitling había sido uno de los organizadores de la Liga de los Justos. De origen obrero-artesano, se destaca muy pronto como el principal teórico del socialismo utópico alemán, pudiendo parangonarse con los grandes utopistas ingleses y franceses. En 1844, Marx califica de «genial» el libro de Weitling, *Garantías de la armonía y la libertad*. Ve en los trabajos de este obrero autodidacto la expresión de «la cultura de los obreros alemanes, de su aptitud para cultivarse», y contrapone las *Garantías* a la «insípida y pusilánime mediocridad» de la literatura política de la burguesía alemana. «Hay que reconocer —llega a decir Marx— que el proletariado alemán es el *teórico* del proletariado europeo, análogamente a como el inglés es su *economista* y el francés su *político*» [74]. Las *Garantías* contienen una crítica acerba, acertada en muchos aspectos, de la sociedad burguesa; un proyecto de sociedad comunista y una concepción de las vías para llegar a ésta. Es la variante alemana, con especial influencia de Fourier y —como era inevitable, tratándose de un alemán— de Hegel, de las construcciones utopistas inglesas y francesas. Pero a diferencia de los utopistas ingleses y franceses, Weitling no cree que su realización

pueda venir de la comprensión de los poderosos y los ricos: «¿Dónde se ha visto que esos individuos escuchen la voz de la razón? (...). Toda reforma importante sólo puede ser realizada por medio de una revolución». Si Fourier, Saint-Simon y Owen habían buscado en las altas esferas de la sociedad existente la palanca de su transformación, Weitling la encuentra en las más bajas, en «esas masas que pululan en nuestras grandes ciudades, arrojadas a una miseria sin límites, errantes en el abismo de la desesperación». Y propone a los otros dirigentes de la Liga de los Justos la creación de un ejército de 20.000 a 40.000 hombres formado a base de los elementos más desclasados y miserables, de ladrones y bandidos, para desencadenar una guerra de guerrillas contra la dominación de la propiedad privada [75]. Weitling se opone a la lucha obrera por reformas en los marcos de la sociedad burguesa, no porque las crea imposibles, sino porque los éxitos contribuirían a embotar el ardor revolucionario. Se opone a que los obreros marchen juntos con la oposición burguesa contra la monarquía absoluta y por la unificación de Alemania. No ve diferencia importante entre esa monarquía y la república burguesa. Un rasgo importante de su doctrina y de sus posiciones políticas es la coloración religiosa, motivada tanto por convicción —Weitling considera que el cristianismo primitivo tuvo un carácter revolucionario y piensa que la fe religiosa es un elemento positivo para el hombre— como por consideraciones tácticas: posibilidad de movilizar más fácilmente a las masas pobres apelando a sus creencias religiosas.

En el verano de 1844, después de haber sido encarcelado por las autoridades suizas y expulsado de Alemania, Weitling llega a Londres como exiliado, con la aureola del mártir y del teórico. Pero sus ideas, en particular sus proyectos de acción revolucionaria a base del lumpenproletariado, encuentran la oposición de los otros dirigentes de la Liga de los Justos, que entre tanto habían evolucionado hacia posiciones pacifistas y reformistas. A principios de 1846 Weitling se traslada a Bruselas y es bien acogido por Marx, interesado en ganar a sus ideas la personalidad más destacada del naciente movimiento obrero alemán [76]. Pero las esperanzas de Marx, si las tuvo, se desvanecieron rápidamente. El 30 de marzo de 1846, durante una reunión del Comité de

correspondencia prevista para otros asuntos, Marx y Weitling se enfrentaron violentamente, iniciándose una ruptura que sería definitiva. A juzgar por la documentación disponible, Marx criticó con acritud la inconsistencia del «comunismo artesanal», su carencia de fundamento científico, considerando nefastos sus efectos a nivel político. Frente al extremismo de Weitling, sostiene que la revolución alemana en gestación tiene un carácter burgués. La clase obrera no puede proponerse acceder inmediatamente al poder. Según el testimonio de uno de los asistentes a la discusión, el «sarcástico discurso» de Marx «planteaba, en esencia, que agitar a la población sin proporcionarle ninguna base sólida, meditada, para la acción equivalía a engañarla. Fomentar esperanzas fantásticas lleva a la catástrofe y no a la salvación de los que sufren. Dirigirse a los obreros, sobre todo en Alemania, sin ideas rigurosamente científicas, sin una doctrina positiva, equivale al juego vacío y deshonesto de los predicadores, que presupone, de un lado, el apóstol inspirado y, de otro, necios que le escuchen boquiabiertos (...). Las gentes sin doctrina positiva nada pueden hacer y nada han hecho hasta hoy si no es armar ruido y perjudicar a la causa misma que han abrazado». Según el mismo testigo, Weitling replicó no menos agresivamente, diciendo que «el hombre que ha reunido bajo su bandera cientos de gentes, en nombre de las ideas de justicia, solidaridad y ayuda fraternal, no puede ser vacío e inútil (...); posiblemente su modesto trabajo preparatorio es más provechoso para la causa común que la crítica y los análisis de gabinete de doctrinas muy alejadas del mundo sufriente y de las miserias del pueblo». Estas palabras —sigue diciendo el mismo testigo— sacaron de quicio a Marx. Dando un puñetazo en la mesa, que derribó la lámpara, y poniéndose en pie, profirió: «¡La ignorancia nunca ha servido para nada!» [77]. Con esta amena escena se cerró el primer acto de la ruptura entre Marx y Weitling. El segundo (todavía habría un tercero, durante la revolución) se desarrolló con motivo de la discusión de la llamada *Circular contra Kriege*, propuesta por Marx y Engels en la reunión del Comité de correspondencia del 11 de mayo de 1846. Weitling fue el único que votó en contra y pocos días después dejó Bruselas por Alemania. En diciembre de 1846 se trasladó a Estados Unidos,

fundando allí una organización similar a la Liga de los Justos, llamada Liga de la Liberación.

En la discusión con Weitling, Marx había planteado dos tareas fundamentales en relación con la preparación ideológico-política de un partido comunista alemán: la lucha contra el «comunismo artesanal», cuyo máximo representante era Weitling, y la lucha contra el «comunismo filosófico», designando bajo este término la fuente teórica de los llamados «socialistas verdaderos». La *Circular contra Kriege* forma parte de esta segunda tarea. En realidad, las dos se presentaban muy imbricadas, porque tanto desde el punto de vista de sus fundamentos filosóficos como de sus posiciones políticas las vinculaciones entre ambas corrientes eran grandes.

El «comunismo filosófico», que marca también con su impronta un momento de la evolución de Marx y Engels, es uno de los productos de la descomposición del movimiento hegeliano. Tiene su origen en Feuerbach y alcanza gran difusión en el ala más radical de la intelectualidad alemana. Entre los rasgos comunes a los diversos representantes de esta corriente —por lo demás muy heterogénea— sobresalen: el intento de combinar feuerbachismo y joven-hegelianismo con el socialismo utópico francés; la subestimación de los factores económicos y políticos (deduciendo la necesidad del comunismo, como régimen social, por vía lógica, a partir de categorías filosóficas); la concepción del comunismo, en tanto que ideología, como connatural a todas las clases y de manera especial a la intelectualidad.

El «socialismo verdadero» —a cuya caracterización por Marx en el *Manifiesto* nos hemos referido en el capítulo precedente— se forma a partir de esta corriente ideológica, acentuando sus rasgos más negativos —en particular su sentimentalismo abstracto— y sumándoles el rechazo de la lucha política, declarada incompatible, por principio, con el socialismo. En lugar de la lucha política —es decir, la lucha de clases— el «socialismo verdadero» predica el *amor* y la *fraternidad* (en contraposición al egoísmo, la privatización y el aislamiento que reinan en la sociedad burguesa). El culto al amor y la fraternidad conduce a los «socialistas verdaderos», en una serie de casos, a la prédica de la reconciliación entre las clases, la renuncia a la lucha revolucionaria

y el recurso a las clases dominantes, al estilo de los utopistas ingleses y franceses. Muchos «socialistas verdaderos» pensaban que Alemania podía evitar el capitalismo y pasar directamente al socialismo. Algunos autores —entre ellos Lenin— han visto en los «socialistas verdaderos» un fenómeno de esencia similar al del populismo ruso. En ambos casos, las esperanzas y reivindicaciones de la democracia pequeñoburguesa (de la democracia campesina, sobre todo, en el caso ruso, y de la democracia artesanal urbana, preferentemente, en el caso alemán) aparecen revestidas de una fraseología socialista abstracta [78].

En 1844 interviene un acontecimiento que tiene grandes efectos clarificadores en el complejo proceso indicado: la insurrección de los tejedores silesianos. Hasta entonces Alemania no había conocido un movimiento obrero de masas y, en consecuencia, la intelectualidad radical, comprensiva y compasiva ante el proletariado *sufriente*, partidaria del «socialismo» para resolver la «cuestión social», no se había visto obligada aún a definirse ante el proletariado *combatiente*. La insurrección de Silesia no le deja escape. Su gran mayoría la repudia como método ineficaz a nivel de la práctica y contrario a las esencias del socialismo —humanismo, fraternidad, amor, etc.— a nivel teórico. A partir de ese momento puede hablarse de «socialismo verdadero» como corriente definida. Entre 1844 y 1848 abarca a la gran mayoría de los intelectuales que se consideran socialistas o comunistas, e influye acentuadamente en el movimiento comunista de los obreros-artesanos. Pero este momento de auge será breve: el huracán revolucionario aventará en pocas semanas las ilusiones en la fraternidad y el amor entre los hombres sin distinción de clases, y los principales líderes del «socialismo verdadero», olvidando sus prédicas apolíticas, se lanzarán de pleno a la acción política, cayendo muchos de ellos en lo que Marx llamará «cretinismo parlamentario». Unos cuantos, muy pocos, son atraídos por las ideas de Marx y Engels en vísperas de la revolución (Wolff, Weydemeyer, Dronke, etc.).

Frente al «socialismo verdadero», como frente al «comunismo artesanal», la posición de Marx y Engels va modificándose en función de su propia evolución teórica y política, de las tareas prácticas que se plantean y

de la coyuntura política. Cuando en 1846 Marx habla del «partido comunista» refiriéndose a Alemania (ver nota 71) incluye todavía esas dos corrientes. Se bate ideológicamente con ellas, pero considerándolas parte integrante del «partido comunista alemán». De ahí que en su carta a Annenkov de fines de 1846 encontramos esta frase: «en cuanto a nuestro propio partido, no sólo es pobre, sino que una gran parte me ataca porque me opongo a sus utopías y sus declamaciones» [79]. A la hora del *Manifiesto* parece no incluir ya bajo esa apelación más que el conjunto de aquellos —incluidos o no en la Liga de los comunistas— que comparten las concepciones expuestas en el histórico documento.

A medida que se precisa la perspectiva revolucionaria les parecen más nefastas a Marx y Engels las prédicas contra la lucha política y el fomento de ilusiones en la fraternidad de los individuos sin distinción de clases. Y a medida que creen más necesario agrupar a los comunistas sobre bases teóricas científicas —en cuya posesión se consideran ya— juzgan más inadmisibles actividades como las de Kriege. Utilizando el semanario *Volks-Tribun*, dirigido por él, Kriege propagaba desde New York las concepciones del «socialismo verdadero» presentándolas como las del Partido comunista alemán. El Comité de correspondencia de Bruselas adopta una resolución, acompañada de un extenso texto crítico contra los artículos de Kriege, que envía a sus corresponsales. El conjunto pasará a la historia del marxismo con el título de *Circular contra Kriege* [80]. Kriege —se dice en ese documento, demostrándolo con numerosas citaciones del *Volks-Tribun*— «presenta el comunismo como un pozo de amor, lo contrario del egoísmo, y reduce el movimiento revolucionario histórico a unas cuantas palabras: amor-odio, comunismo-egoísmo. A lo que está ligada la cobardía manifestada (por Kriege) cuando hace la rosca a los usureros prometiéndoles respetar lo que les pertenece, o cuando jura que no piensa *"destruir el tierno apego a la vida familiar, a la patria y a la nacionalidad"*, que sólo quiere "encarnarlas en la vida"». «Esta cobardona e hipócrita imagen del comunismo, no como "destrucción", sino como "encarnación" de la inicuas relaciones existentes, junto con todas las ilusiones que acerca de ellas se hace el burgués, pasa como un hilo rojo a través de todos los números

del *Volks-Tribun.*» El análisis que sigue muestra el fondo religioso o puramente filosófico-especulativo de tal concepción del comunismo: «Bajo la denominación de comunismo Kriege predica las viejas fantasías filosóficas y religiosas alemanas que están en *contradicción radical con el comunismo.* La *fe,* y concretamente la fe en el "sagrado espíritu de la comunidad", es lo que menos necesita el comunismo para poder realizarse». También se critica a Kriege por presentar como comunista el reparto de tierras que preconiza la National Reform Asociation. Marx, como ya vimos, admite la necesidad histórica de tal reivindicación en las condiciones de Estados Unidos, pero a condición de no mistificar su verdadero contenido.

Marx y Engels consideraban tan necesario deslindarse de ese «comunismo» que consagrarán el segundo tomo de lo que habría de ser la *Ideología alemana* a la crítica del «socialismo verdadero». Pero sólo una parte, la crítica de Marx a un libro de Grün (otro de los principales ideólogos de esa corriente), pudo publicarse entonces [31].

5. LA LIGA DE LOS COMUNISTAS

Cuando a comienzos de 1846 Marx y Engels inician la creación de los comités comunistas de correspondencia, la Liga de los Justos cuenta ya con diez años de existencia. Formada principalmente de artesanos-obreros emigrados, con algunas ramificaciones dentro de los estados alemanes, hasta 1839 es prácticamente la sección alemana de la *Société des Saisons* blanquista y sufre los efectos de la represión que sigue al fracaso de la intentona insurreccional contra Luis Felipe de 1839 [82]. Ulteriormente, los tres núcleos principales de la Liga, situados en París, Suiza y Londres, siguen evoluciones distintas. Mientras el de Suiza se desarrolla bajo la influencia directa de Weitling, los de París y Londres, decepcionados de la táctica blanquista, evolucionan hacia posiciones pacifistas y reformistas. En la organización de París, que muy quebrantada por la represión entrará en una larga fase de semipasividad, se propagan los proyectos icarianos de Cabet. Entre tanto, el núcleo de Londres sigue una trayectoria diferente, influido por el contacto con la clase obrera moderna, fabril, que lucha por sus reivindicaciones económicas y políticas en las *trade-unions* y en el partido cartista. Siguiendo su método acostumbrado, la Liga, organización secreta, crea en Londres una organización legal, la Asociación alemana para la formación de los obreros, en cuyo seno los «Justos» hacen propaganda y proselitismo, pero en las condiciones de libertad de reunión y asociación la diferencia entre organización secreta y asociación legal tiende a difuminarse. Llega un momento en que la segunda se denomina abiertamente asociación comunista. En su seno se cultiva el espíritu internacionalista —cosmopolita, suele decirse entonces— y la Liga va adquiriendo un carácter multinacional, porque en esos años Londres es un centro de concentración de artesanos y obreros de toda Europa, además de emigrados políticos de las más diversas tendencias [83].

La evolución de los dirigentes londinenses de la Liga de los Justos hacia posiciones pacifistas y reformistas se refleja en su vinculación con el ala moderada del cartismo y en la posición que toman ante la insurrección de los tejedores silesianos. Organizan la solidaridad, abren suscripciones para las víctimas, pero se declaran contrarios a las formas violentas de lucha [84]. En las discusiones con Weitling a lo largo de 1846 expresan claramente su oposición a la revolución, sobre todo Schapper, que era el principal dirigente de la Liga en Londres. Citaremos algunos de sus juicios más significativos en el transcurso de esas discusiones [85]. La revolución no es conveniente, dice, porque la humanidad no está todavía madura para el comunismo, y «de la misma manera que no se puede obligar al árbol a crecer, no se pueden imponer nuevas ideas a la humanidad por la fuerza»; «El árbol hay que enderezarlo poco a poco, porque de lo contrario se quiebra»; «Nunca se ha logrado inculcar la verdad con los fusiles»; «No debemos obligar a nadie. Es necesario, primero, que una gran masa de gente se penetre de la verdad y entonces todo lo demás vendrá por sí mismo»; «Primero todos los hombres deben hacerse hermanos y entonces el comunismo vendrá por sí mismo». El camino real para llegar al comunismo es la instrucción: «¡No, nada de revolución! ¡Arranquemos incansablemente y valerosamente los velos que ocultan la verdad! Es todo lo que tenemos que hacer»; «¡Hay que guardarse de las revo-

luciones porque tras ellas la humanidad se hunde de nuevo en la esclavitud!» (Dos años después exaltará la «revolución grandiosa» que se aproxima.) Schapper critica los diversos sistemas de sociedad comunista concebidos hasta ese momento (Fourier, Owen, etc.), calificándolos de «cuartelarios», y considera que el sistema de Weitling «no contiene ninguna garantía de libertad». Declara que «el verdadero sistema comunista será creado por nuestros nuevos filósofos alemanes», que «a partir de 1842 han comenzado a pronunciarse por el comunismo», y a propuesta suya la dirección de la Liga decide que una vez terminada la discusión con Weitling se pase «a examinar la más reciente filosofía alemana y así nos acercaremos más a nuestras ideas». Schapper, naturalmente, se refiere a Feuerbach, y durante 1846 en la Asociación alemana de Londres se estudia y discute detenidamente *La religión del futuro* [86].

La discusión se polariza también en torno al papel del conocimiento y del sentimiento dentro de toda acción que tenga por finalidad el comunismo. Para Schapper y los otros dirigentes londinenses de la Liga sólo puede estar fundada en el conocimiento, en la ciencia. «No se puede fundar nada sobre el sentimiento —afirma H. Bauer, otro de los dirigentes de la Liga—; sólo puede ser sólido lo que está fundado intelectualmente.» (Esta voluntad de fundar científicamente la acción —que será, sin duda, uno de los principales elementos de aproximación a Marx y Engels— se expresa, por ejemplo, en el cambio pasajero del nombre de la Asociación alemana para la formación de los obreros, que en el verano de 1844 pasará a llamarse Asociación científica obrera alemana.) En cambio, para Weitling y Kriege, como ya sabemos, el motor de la acción revolucionaria que preconizan es el sentimiento. En el fondo de estas polarizaciones metafísicas —observa justamente M. Lowy— estaba el famoso dilema: ¿cambiar primero los «hombres» o las «circunstancias», dar prioridad a la «instrucción» o a la «violencia»? [87]. Dilema metafísico al que en ese mismo momento Marx daba su respuesta dialéctica-materialista en la tercera tesis sobre Feuerbach.

En el curso de la discusión algunos de los dirigentes londinenses modifican parcialmente sus posiciones, llegando a admitir que la revolución podía ser necesaria

en determinadas condiciones. En particular H. Bauer, que se aproximó a un enfoque dialéctico del «dilema», planteando que si bien la revolución abría paso a la instrucción, la instrucción preparaba la revolución, y que ésta se haría necesaria, puesto que los poderosos se opondrían por todos los medios a la instrucción de las masas. Posiblemente no es ajeno a esta evolución el que durante la segunda mitad de 1845 tiene lugar un acercamiento entre los dirigentes de la Liga y el ala radical del cartismo [88].

Tal es el punto en que se encuentra la evolución ideológica y política del grupo londinense de la Liga de los Justos cuando a principios de 1846 Marx y Engels le proponen a Harney crear un comité de correspondencia. El dirigente del ala izquierda del cartismo responde aprobando en principio la iniciativa, pero negándose a asumir la responsabilidad de la creación del comité si no son consultados previamente Schapper y sus camaradas. Advierte, además, que en los medios de la Liga se atribuye a los «literatos de Bruselas» el propósito de crear una asociación (los comités de correspondencia) en la que no se admiten obreros [89]. En su respuesta a la primera carta que reciben del Comité de Bruselas los dirigentes londinenses de la Liga reconocen, en efecto, haber visto en la iniciativa de Marx y Engels el propósito de «crear una especie de aristocracia de sabios para dirigir al pueblo desde lo alto de su Olimpo». Se declaran dispuestos a formar el Comité de correspondencia en Londres, pero su posición sobre el problema de la revolución es todavía ambigua. Constatan con satisfacción su coincidencia con los de Bruselas en la oposición a las conspiraciones y las revoluciones «a lo Weitling», reconociendo al mismo tiempo que «sin una verdadera revolución no pueden resolverse las cosas», pero añaden: «Cuando la revolución en las ideas, que ya hemos comenzado, llegue a término, la revolución física llegará por sí misma, si es que los poderosos no ceden». Interpretando a su manera los objetivos que se proponen los de Bruselas, dicen en la carta: «Nuestra tarea es instruir al pueblo y hacer propaganda a favor de la comunidad de bienes. Vosotros queréis lo mismo, así que démonos la mano y laboremos por un futuro mejor con nuestras fuerzas unidas» [90].

En carta posterior se refieren a la circular contra

Kriege. Aprueban la lucha ideológica emprendida por los de Bruselas contra «la tendencia filosófica y sentimental del comunismo», pero sólo «en la medida que es unilateral y pretende a la dominación exclusiva». «Nosotros —dicen— consideramos que todas esas tendencias tienen derecho a expresarse y sólo un congreso comunista, en el que estén todas representadas, puede introducir la unidad en nuestra propaganda después de una discusión serena y fraternal.» Mencionan, entre las tendencias con derecho a expresarse, el «comunismo religioso». Plantean que el comunismo del grupo de Marx no es menos unilateral que el de Kriege. Si éste cree posible llegar al comunismo por la vía del amor fraternal universal, aquél cree demostrar la posibilidad del comunismo partiendo sólo de la miseria creciente de los trabajadores y del perfeccionamiento de las máquinas. Insisten sobre la cuestión de las relaciones entre «sabios» y «obreros», haciendo la distinción entre los «sabios» que saben vincularse modestamente a los obreros y los que «lanzan bombas sabias y se rodean de una aureola celestial». «Vosotros, "proletarios de Bruselas" —les dicen irónicamente—, conserváis aún, en bastante medida, ese maldito engreimiento.» En resumen: dan una buena reprimenda a los «sabios de Bruselas», pero acogen con gran satisfacción la propuesta que éstos les hacen de organizar un congreso comunista. Piden que se haga cuanto antes —el mismo año 1846, dicen— e insisten en que participen los representantes de «las diferentes tendencias y formas de comunismo» [91].

A esta carta sigue un largo silencio del Comité de Bruselas. Engels se traslada a París en la primera quincena de agosto para crear allí el comité de correspondencia. En su primera carta al centro de Bruselas comunica que Ewerbeck, dirigente máximo hasta ese momento de la Liga de los Justos, y algunos miembros más de la misma están dispuestos a participar en la creación del comité, pero aconsejan esperar a que se marchen de la Liga los pocos «adeptos de Weitling» que quedan; «una pequeña banda de sastres», dice un poco despectivamente Engels, que en cambio expresa su simpatía por «los carpinteros y los curtidores» [92]. Entre tanto, los dirigentes de Londres de la Liga toman posiciones que suscitan la crítica de Marx y Engels. Publican una proclamación, firmada por todos ellos,

Al apóstol Ronge (fundador y líder del movimiento de oposición de los católicos alemanes), donde expresan la idea, propia a Weitling, de que la religión cristiana reformada podría servir de base al comunismo. En septiembre dirigen un mensaje al pueblo alemán incitándole a no intervenir en el problema de Schleswig-Holstein, con el argumento de que los sentimientos nacionales son prejuicios explotados por las clases dominantes [93].

Entre tanto, la dirección central de la Liga, que hasta entonces correspondía al grupo de París, encabezado por Ewerbeck, sin realizar prácticamente ninguna actividad, pasa al grupo de Londres, el cual, inmediatamente de asumir esta función envía una circular (noviembre de 1846) a todas las organizaciones locales planteando diversos problemas políticos y convocando el congreso de la Liga para el 1 de mayo de 1847. «Este congreso nuestro —dicen— será precursor del congreso comunista universal de 1848 (...). Esperamos que para entonces habremos alcanzado tal unidad y fuerza que estaremos en condiciones de dar una orientación justa a todo este asunto.» El congreso debía elaborar un nuevo «símbolo de fe» —declaración de principios— y definir la política de la Liga [94].

¿Son las actitudes citadas, y en particular la decisión de convocar el congreso de la Liga sin consultar previamente con Bruselas y en el espíritu de «dar una orientación justa» al congreso proyectado por el grupo de Marx, las que están a punto de provocar la ruptura entre Londres y Bruselas? En todo caso esta ruptura parece casi consumada, a juzgar por la carta que Engels escribe a Marx en diciembre de 1846. «La historia con los de Londres es lamentable precisamente a causa de Harney y porque eran los únicos *straubinger* [95] con los que podía intentarse un acercamiento francamente, sin *arriere-pensée* *. Si no quieren, *eh bien* *, ¡que el diablo se los lleve! Tanto más cuanto que no es seguro que no envíen de nuevo documentos tan lamentables como los dirigidos al señor Ronge o a los proletarios de Schleswig-Holstein. Sin hablar ya de los sempiternos celos que sienten hacia nosotros, «los sabios». A continuación Engels aconseja no romper abier-

* En francés en el original.

tamente y dejar «dormir» la correspondencia hasta que la ruptura se produzca «insensiblemente, sin escándalo». «No sacaremos ninguna ventaja ni *gloire* * alguna de una ruptura directa. La posibilidad de divergencias *teóricas* entre ellos y nosotros apenas existe, porque no tienen teoría, salvo sus eventuales reservas a recibir lecciones de nosotros. Tampoco son capaces de formular sus reservas. Por tanto, toda discusión con ellos se revela imposible, salvo, tal vez, de modo oral. En caso de ruptura abierta se servirían contra nosotros de esta inclinación general entre los comunistas a instruirse. Dirían: nosotros, ¡qué más queremos que aprender de esos sabios señores, a condición de que tengan algo sólido que enseñarnos!, etc. Como serán pocos en el Comité y nosotros un grupo reducido, también, las divergencias políticas *prácticas* se convertirían pronto en querellas personales o darían esa impresión. Frente a intelectuales nosotros podemos aparecer como partido; frente a los *straubinger*, no. En fin, esas gentes reagrupan, de todas maneras, algunos cientos de hombres, están relacionados con los ingleses, gracias a Harney, y en Alemania el *Rheinischer Beobachter* clama a todos los vientos que forman una asociación de comunistas fanáticos y en modo alguno impotentes (...). Frente a *nosotros* esos tipos se dicen el "pueblo", los "proletarios", y nosotros sólo podemos apelar a un proletariado comunista que en Alemania tiene aún que constituirse. Por añadidura, pronto se va a hablar de la Constitución prusiana y tal vez pueda utilizarse a esas gentes para peticiones, etc. De todas maneras, mis prudentes observaciones llegarán, probablemente, después de la batalla, porque ustedes habrán tomado ya decisiones sobre este asunto y las habrán aplicado» [96].

Entre tanto Engels libra su batalla contra las influencias de Weitling, Proudhon y el «socialismo verdadero» entre los miembros de la organización parisiense de la Liga. Las dos últimas influencias se manifiestan estrechamente ligadas, no sólo porque su sustancia se presta, sino porque el principal propagandista del «socialismo verdadero» en París es Grün, amigo y traductor de Proudhon. Desde que llega a París, Engels constata que la organización de la Liga apenas cuenta unas decenas de miembros y su actividad es muy reducida. Está a punto de escindirse entre el grupo de los sastres, que sigue a Weitling, y el resto, formado principalmente por carpinteros y curtidores, en el que las ideas de Weitling han sido desplazadas por las del «socialismo verdadero». Dentro de este segundo grupo Engels encuentra apoyo en dos de sus principales dirigentes, el obrero-artesano Junge y el doctor Ewerbeck. Pero al cabo de dos meses de reuniones y discusiones sólo consigue agrupar unos cuantos carpinteros [97]. En definitiva, el Comité de correspondencia de París se reduce prácticamente a Engels, habiendo fallado también un intento de interesar a Cabet [98].

Sobre la base de la documentación existente, el balance que puede hacerse a finales de 1846 de los resultados obtenidos por Marx y Engels en su propósito de crear una red de comités comunistas de correspondencia es bastante raquítico. El único comité realmente existente, aparte del de Bruselas, es el constituido en Londres por los dirigentes de la Liga de los Justos, y, como acabamos de ver, para esas fechas la ruptura entre los dos comités parece inminente. Pero en este momento la dirección de la Liga adopta una iniciativa que iba a tener importantes consecuencias para unos y otros. Decide, en efecto, enviar uno de sus miembros, el obrero relojero José Moll, a discutir con Marx y demás miembros del Comité de Bruselas, y luego en París con Engels. Moll cumple su misión a fines de enero de 1847 [99].

Hasta hoy día no se conocen documentos de aquel tiempo que registren el contenido de las discusiones realizadas entre Moll y el grupo de Marx. Cuarenta años después Engels dio la siguiente versión: 1) Los dirigentes de la Liga se habían convencido de la justeza de las concepciones de Marx y Engels y habían decidido proponerles el ingreso en la Liga para transformarla en consonancia con ellas; concretamente, les ofrecieron exponer su «comunismo crítico» en un manifiesto que aparecería como manifiesto de la Liga; 2) Marx y él consideraban que la clase obrera alemana tenía necesidad de contar con una organización, «aunque sólo fuera por razones de propaganda», y pensaban que en las circunstancias existentes sólo podía ser clandestina. En la Liga tenían precisamente esa organi-

* En francés en el original.

zación. Desde el momento que sus dirigentes se declaraban de acuerdo con las concepciones de Marx, no había por qué negarse a ingresar [100]. Los importantes documentos de la Liga descubiertos recientemente, relativos al primer congreso (primero de la Liga de los comunistas y último de la Liga de los Justos) y al intervalo entre el primero y el segundo, obligan a corregir o matizar esa versión de Engels [101]. En primer lugar, los proyectos de estatutos y de programa adoptados en el primer congreso (junio de 1847) muestran que los dirigentes de la Liga conservaban todavía algunos de los elementos esenciales de sus anteriores concepciones. En segundo lugar, el hecho de que el proyecto de programa fuese elaborado por el congreso mismo no confirma que en las entrevistas de enero se hubiese encargado a Marx y Engels de redactarlo. Por otra parte, ni en la correspondencia que cruzan Marx y Engels en 1846 ni en ningún otro texto suyo del período que precede a las entrevistas con Moll, aparece la idea de que la clase obrera alemana necesitase una organización clandestina del tipo de la Liga. En general, el aspecto *organizacional* del nuevo partido no parece ser una preocupación mayor de Marx y Engels, pese a lo que dice Riazanov en sus conferencias de 1922, queriendo a toda costa encontrar una estrecha analogía entre el plan de organización del partido, de Lenin, a comienzos del siglo XX, y el «plan» de Marx en el período que precede a las revoluciones de 1848 [102].

En opinión de Bert Andreas, que ha investigado detenidamente esta cuestión, las razones que llevan a unos y a otros a modificar su actitud de desconfianza y rivalidad pueden deducirse, en cuanto a Marx y Engels, de la carta del segundo (diciembre de 1846) más arriba citada, y en cuanto a la Liga, de su circular de febrero de 1847 a las organizaciones locales, donde se reconoce el escaso eco encontrado por la circular de noviembre y la atonía en que se encuentra la organización [103]. Cada una de las partes constata su propia debilidad, al mismo tiempo que los aspectos positivos de la otra que pueden contribuir a superarla. Los de la Liga, aunque no están aún plenamente convencidos, se sienten atraídos por las teorías de Marx y Engels. Estos ven en la Liga la única expresión colectiva concreta, hasta ese momento, de las tendencias comunistas en el proletariado alemán. En nuestra opinión habría que tener en cuenta otro factor importante: la perspectiva, cada vez más evidente, de un estallido revolucionario próximo. Mientras la circular de noviembre no alude a tal eventualidad, la de febrero se inicia precisamente con su evocación. Prevé, incluso, que la batalla puede comenzar en la primavera y critica la pasividad de las organizaciones de la Liga en función, justamente, de esa perspectiva [104]. «Lo más verosímil —considera Bert Andreas, refiriéndose a las discusiones entre Moll y el grupo Marx— es que las dos partes se dieron recíprocamente seguridades y, en cierta forma, llegaron a un pacto. Pero hasta la fecha no contamos con datos ciertos ni sobre el carácter de tales seguridades ni sobre el contenido del pacto» [105]. En una de sus raras alusiones a este episodio, hecha treinta años después, Marx dice que Engels y él ingresaron en la Liga «bajo la condición absoluta de que fuera eliminado de los estatutos todo lo que pudiera favorecer el culto supersticioso de las autoridades». Y en efecto, la comparación del proyecto de estatutos aprobado en el primer congreso con los estatutos de la Liga de los Justos confirma que esa condición fue observada [106].

En general, los documentos de este primer congreso dan la impresión de un compromiso, obtenido a través de las discusiones en el congreso —al cual asisten Engels y Wolff, pero no Marx—, entre las nuevas y las viejas ideas. En el proyecto de «profesión de fe», por ejemplo, se plantea que la «comunidad de bienes» podrá ser establecida no sólo gracias al desarrollo de las fuerzas productivas —susceptibles de acrecentarse «al infinito, merced al maquinismo y a los descubrimientos de la química y otros»—, sino gracias, también, a «la existencia en la conciencia o el sentimiento de todo hombre de ciertos principios irrefutables, de principios que son el resultado de toda la evolución histórica y, a este título, no necesitan ser probados. Por ejemplo: todo hombre busca ser feliz. La felicidad de cada uno es inseparable de la felicidad de todos, etc.». Otros puntos, en cambio, tienen el sello indudable de las concepciones de Marx y Engels. La vieja divisa de la Liga —«¡Todos los hombres son hermanos!»— es reemplazada por «¡Proletarios de todos los países, uníos!» [107]. En el informe que el congreso hace a las comunas se

explica el cambio de nombre de la organización —de Liga de los Justos a Liga de los comunistas—, diciendo que el nombre primitivo «no expresa, en absoluto, lo que queremos». «¿Cuántos no aspiran a la justicia, o a lo que ellos llaman justicia, sin ser por eso comunistas? Nosotros nos distinguimos no por querer la justicia en general —cosa que todo el mundo puede pretender—, sino por atacar el orden social establecido y la propiedad privada, por querer la comunidad de bienes, por ser comunistas. Por tanto, sólo un nombre conviene a nuestra Liga: aquel que expresa lo que realmente somos, y ése es el nombre que hemos escogido.» En este mismo informe se dice que no fue posible «proclamar ya los principios comunistas» y se decidió «apelar de nuevo a la mayoría, dejar al segundo congreso la tarea de realizar lo que hemos preparado». Indicio de que no se había podido llegar a un acuerdo definitivo [108].

En la *Contribución* de 1885 a la historia de la Liga de los Comunistas Engels da por aprobados en el primer congreso los estatutos, cuando en realidad sólo lo fueron en el segundo, después de introducidas modificaciones importantes, en particular el artículo primero, que define los objetivos de la organización. «Basándose en el relato de Engels —dice Bert Andreas—, los historiadores hacían coincidir, hasta ahora, el abandono definitivo por los Justos de su mal definida teoría, y su conversión a la «nueva doctrina», con el congreso de junio, el cual habría consagrado en cierta forma la capitulación de los londinenses ante la superioridad intelectual de Engels. En consecuencia, el segundo congreso, en diciembre, después de una exposición sistemática por Marx de las principales ideas del *Manifiesto Comunista,* se habría contentado con oficializar la capitulación y encargar a Marx de la redacción del documento» [109]. En realidad, los proyectos aprobados por el primer congreso son objeto de intensa discusión en la Liga entre junio y diciembre. Informando de la discusión en la organización parisiense de la Liga, donde Moses Hess trata de que se apruebe un nuevo texto de «profesión de fe» elaborado por él en el espíritu del «comunismo filosófico», Engels escribe a Marx: «He hecho una jugada infernal a Mosi, *pero que esto quede rigurosamente entre nosotros.* Había hecho adoptar una profesión de fe divinamente mejorada. El viernes último la

he hecho discutir en el distrito, punto por punto, y no había llegado aún a la mitad cuando todo el mundo se ha declarado satisfecho. Sin que se opusiera nadie fui mandatado para elaborar una nueva que se discutirá el viernes próximo en el distrito y se enviará a Londres *a espaldas de las comunas.* Naturalmente, hay que evitar que nadie se dé cuenta, porque de lo contrario todos seríamos depuestos y se armaría un escándalo de mil diablos» [110]. De esa decisión nace, por tanto, el proyecto de Engels, que Marx utilizaría para elaborar el *Manifiesto.* Como se ve, la lucha no era fácil en el seno de la Liga. Engels consigue el apoyo del «distrito» —comité local de la Liga—, pero para asegurar que su proyecto llegue al congreso recurre al poco democrático procedimiento de escamotearlo a la discusión en las organizaciones de base (las comunas).

Mientras tanto el grupo de Marx en Bruselas se constituye en comuna de la Liga, pero sin precipitarse. Habiendo decidido en enero el ingreso, no se constituye en comuna hasta agosto, después del primer congreso, eligiendo a Marx presidente [111]. A juzgar por una carta de la dirección de la Liga (que por decisión del primer congreso sigue residiendo en Londres con la misma composición de antes) fechada en octubre, la actitud hacia ella del grupo de Bruselas es fría y reservada. La carta insiste vigorosamente en que la comuna de Bruselas envíe delegación al segundo congreso y pide que uno de los delegados sea Marx [112]. Pero al parecer Marx no se decide a asistir hasta el último momento. Engels —elegido delegado por el círculo de París— le apremia. Otro indicio de que las relaciones no son buenas entre los de Londres y Marx y Engels es que ninguno de los dos colabora en el único número que se publica (septiembre de 1847) de la revista de la Liga, cuya edición había sido decidida por el primer congreso [113]. Por fin se celebra el segundo congreso el 29 de noviembre, en Londres, con asistencia de Marx en representación de la comuna de Bruselas. No se ha descubierto hasta hoy día documento alguno sobre el desarrollo de las sesiones, pero la rápida alusión que hace Engels en su *Contribución* a la historia de la Liga demuestra que las ideas tradicionales fueron defendidas todavía. «Marx —dice Engels en ese texto— defendió en un largo debate —el congreso duró, por lo menos, diez días— la

nueva teoría. Por fin todas las objeciones y dudas quedaron despejadas, los nuevos principios fueron aprobados por unanimidad y Marx y yo recibimos el encargo de redactar el manifiesto» [114]. Esta primera «unanimidad» en la historia de los partidos comunistas, ¿existió realmente o es una de las primeras expresiones de la evocación hagiográfica de Marx? Otras afirmaciones de Engels en un texto de la misma época que la *Contribución* y sobre análogo tema —la actividad suya y de Marx en la revolución del 48— inducen a pensarlo. Por ejemplo, la de que «este destacamento poco nutrido (la Liga de los comunistas) tenía en Marx un jefe de primera categoría *al que todos se sometían de buen grado*» [115]. Ni los datos conocidos de las relaciones existentes hasta ese momento en el «destacamento», ni los que veremos más adelante relativos al período ulterior hacen creíble tal afirmación.

La «nueva teoría» quedaba, en todo caso, consagrada como la teoría del primer partido comunista del proletariado internacional. El artículo primero de los estatutos aprobado en el segundo congreso, en sustitución del que había prevalecido en el primero, anticipaba sobre el *Manifiesto* en la definición de los objetivos de los comunistas: «El objetivo de la Liga es el derrocamiento de la burguesía, la dominación del proletariado, la liquidación de la vieja sociedad burguesa, basada en el antagonismo de clases, y la fundación de una nueva sociedad sin clases y sin propiedad privada». (El anterior decía: «El objetivo de la Liga es la supresión de la esclavitud de los hombres mediante la difusión de la teoría de la comunidad de bienes y, en cuanto sea posible, mediante su introducción en la práctica») [116].

Los nuevos estatutos implicaban una democratización sustancial del funcionamiento de la Liga. Ya los aprobados en el primer congreso representaban un paso importante en relación con el régimen interno de la Liga de los Justos, en la que los poderes de la dirección central eran prácticamente absolutos, no existiendo la instancia del congreso. Los aprobados en el segundo congreso introducen la responsabilidad del comité central ante el congreso, su obligación de informar trimestralmente a los organismos inferiores y, sobre todo, estipula que ningún miembro de la Liga puede ser expulsado más que por decisión del congreso. Las diversas instancias pueden, en caso de absoluta necesidad, separar de la actividad a un miembro y esperar a que el congreso decida. Con esta «organización absolutamente democrática, con comités elegidos y revocables en todo momento —dice Engels en su *Contribución*— se cerraba la puerta a todas las veleidades conspirativas que exigen siempre un régimen de dictadura (en el interior de la organización F. C.) y la Liga se convertía —por lo menos para los tiempos normales de paz— en una sociedad exclusivamente de propaganda» [117].

Este primer partido comunista inspirado en la teoría de Marx no era más que un pequeño grupo de intelectuales y de artesanos-obreros, la mayor parte emigrados, con reducidísimas bases de organización en Alemania. Según algunos historiadores, en el momento de iniciarse la revolución de 1848 había comunas de la Liga en Inglaterra, Francia y Alemania, no llegando a 400 la totalidad de los miembros, un centenar apenas de los cuales se encontraba en Alemania, repartido en unas 30 comunas [118]. Dentro de esta pequeña organización las influencias de Weitling y del «socialismo verdadero» seguían siendo importantes, mezclándose con las constantes luchas intestinas, los conflictos de capilla y de personas, inevitables en toda organización grupuscular, particularmente si se encuentra en la emigración [119]. Además, los acontecimientos revolucionarios se precipitaron antes de que esa pequeña organización hubiera podido asimilar las nuevas ideas y comenzar a difundirlas, desempeñando el papel de «sociedad de propaganda» que Marx y Engels le asignaban.

Al considerar la Liga como «partido comunista» no hay que perder de vista toda la ambigüedad que el término «partido» tiene en esa época. Lo mismo designa una organización estructurada de modo estricto, como la Liga, que un conjunto poco conexo de elementos con más o menos afinidades ideológico-políticas, como eran los partidos mencionados en el *Manifiesto*, que la tendencia representada por una publicación (el partido de *La Réforme*, por ejemplo), que los seguidores de una personalidad (el partido de Marx, se empezará a decir durante la revolución), que una clase o fracción de clase, tomada en su comportamiento frente a las otras, etc. Marx y Engels hacen este uso ambiguo del término igual que los demás escritores de su tiempo.

II. LA PRUEBA DE LA PRACTICA. REVOLUCION Y CONTRARREVOLUCION

La insurrección del pueblo de París, el derrocamiento de Luis Felipe y Guizot, la proclamación de la Segunda República, en las jornadas del 22 al 25 de febrero de 1848, sorprenden a Marx y Engels en Bruselas (Engels había sido expulsado de París a últimos de enero). Habían previsto, como vimos, que la cosa empezase en Alemania, y aun con todo su optimismo no la esperaban tan pronto. Pero la revolución estaba ahí, y apenas iniciada superaba todo lo imaginado. El «corto plazo» de dominación que Engels concedía a la burguesía en su artículo de enero, como conclusión de su análisis del año 1847, parecía inaugurarse antes y con los mejores auspicios. De este primer enfoque de los acontecimientos testimonia el artículo de Engels, *Revolución en París,* que aparece el 27 de febrero en la *Deutsche Brüsseler Zeitung*. El artículo se compone de dos partes. La primera, escrita antes de llegar a Bruselas la noticia de la proclamación de la república; la segunda, inmediatamente después. Engels concluye así la primera parte: «La burguesía ha realizado su revolución. Derribó a Guizot y puso fin a la dominación incompartida de los grandes financieros. Pero ahora, en este segundo acto de la lucha, ya no es una fracción de la burguesía la que se enfrenta a otra fracción de la burguesía; ahora la burguesía se enfrenta al proletariado». Y en la segunda parte del artículo escribe: «Acaba de llegar la noticia de que el pueblo ha vencido y ha proclamado la república. Reconocemos que no esperábamos un éxito tan rotundo del proletariado parisiense (...). Gracias a esta revolución victoriosa el proletariado francés se pone de nuevo a la cabeza del movimiento europeo. ¡Honor y gloria a los obreros de París! Ellos impulsan al mundo entero y este impulso repercutirá en todos los países, uno tras otro, porque la victoria de la república en Francia significa la victoria de la democracia en toda Europa. Llega nuestra hora,

la hora de la democracia. La llama que arde en las Tullerías y en el Palacio Real es la aurora boreal del proletariado. *Ahora la dominación de la burguesía se desmoronará en todas partes o será derrocada.* Alemania, cabe esperar, seguirá a Francia. ¡Es el momento, ahora o nunca, de que despierte de su humillante estado! Si en los alemanes queda aún energía, orgullo y valor, no pasarán cuatro semanas sin que podamos gritar: ¡Viva la república alemana!» [120]. Cuatro meses antes, en su polémica con Heinzen, Engels había calificado de «fruto de la más pura fantasía» la idea de que en Alemania podía triunfar la república sin que la revolución se hubiese iniciado en Francia e Inglaterra. Otra cosa era la simple accesión al poder de la burguesía en el marco de una monarquía constitucional. República quería decir democracia, y la democracia —consideraban Marx y Engels— era incompatible con el poder de la burguesía. En París el proletariado había impuesto la república *contra* la voluntad de la burguesía. Así comenzaba a crearse el contexto internacional imprescindible para que el proletariado y la democracia pequeñoburguesa pudieran también imponer la república, la democracia, en Alemania. Lo mismo que en el resto de Europa. Tal es la idea básica del artículo de Engels. Marx veía confirmarse su predicción de hacía cuatro años: «el día de la resurrección alemana será anunciado por el canto del gallo galo» [121]. En una palabra, Marx y Engels, como todos los comunistas de la Liga, como los blanquistas franceses y los cartistas revolucionarios, vieron en la proclamación de la «república social» por el proletariado de París el comienzo del fin del reino de la burguesía. Y, como vamos a ver, esta convicción permanecerá en los años siguientes, pese a todos los éxitos de la contrarrevolución. Porque no era el simple gesto de una exaltación momentánea. Tras el «ahora la dominación de la burguesía se desmoronará en todas partes o será derrotada» estaba el análisis teórico del *Manifiesto* sentando la tesis de que la burguesía era incapaz ya de seguir funcionando como clase dominante.

1. EL ECLIPSE DE LA LIGA

Inmediatamente de conocer el triunfo de la revolución en París, el Comité central de la Liga, residente en Londres, decide transferir sus poderes al grupo de Bruselas, y éste, a su vez, resuelve el 3 de marzo trasladar la dirección central de la Liga a París, encargando a Marx de formar allí un nuevo comité central [122]. Formado en la primera quincena de marzo, este nuevo comité central, presidido por Marx, actúa desde París hasta el 6 de abril, fecha en que Marx y Engels marchan a Alemania, instalándose en Colonia [123].

En París, por tanto, les sorprenden las nuevas explosiones revolucionarias en Europa, que parecen una espectacular confirmación de las previsiones de Engels en su artículo *La revolución en París:* el 13 de marzo la insurrección del pueblo de Viena impone la dimisión de Metternich, símbolo de la Santa Alianza; el 14 se proclama la Constitución en Roma, y el 17 triunfa la revolución popular en Venecia, instaurándose la república; el 15 se inicia la revolución nacional húngara; el 18, la insurrección del pueblo de Berlín obliga a Federico-Guillermo IV a hacer una serie de concesiones y promesas liberales; el 22 triunfa la insurrección de Milán contra las tropas de ocupación austriacas, y el 23 comienza la guerra de los patriotas italianos contra el yugo austriaco. Y no hemos enumerado más que los acontecimientos sobresalientes. Durante esas semanas casi todos los pequeños estados alemanes e italianos —monarquías, principados o ducados más o menos absolutistas— se metamorfosean en estados constitucionales; los levantamientos campesinos se multiplican en diversas regiones alemanas contra las supervivencias feudales. La revolución toma dimensiones realmente europeas. De momento se detiene al este en la frontera rusa y al oeste en el canal de la Mancha, pero en Inglaterra está en pleno auge, en esos momentos, una nueva movilización de masas por la Carta. Bajo el efecto de la revolución de París tienen lugar grandes manifestaciones de parados en Londres y Glasgow. La dirección cartista decide organizar una gran marcha sobre Westminster el 10 de abril para presentar la tercera Petición. El gobierno Palmerston y la prensa burguesa agi-

tan el peligro rojo. La insurrección de París ¿no había comenzado también por una manifestación?

Aunque parezca extraño —teniendo como tenían acceso a una serie de periódicos socialistas y democráticos—, Marx y Engels no publican en esas semanas de marzo y primeros días de abril ningún comentario sobre acontecimientos tan importantes. Sólo en la escasa correspondencia privada de ese período se encuentran algunos parcos comentarios sobre la evolución de la situación, principalmente en Francia. Refiriéndose a las primeras noticias de la propagación del movimiento en Alemania, Engels expresa la idea de que la resistencia de la monarquía prusiana contribuya a radicalizar la revolución [124]. La misma idea encontramos, pero referida a la resistencia que opone la burguesía, en relación con la evolución de la situación francesa. De Marx no nos ha llegado más que este lacónico pero elocuente comentario, del 16 de marzo, desde París: «Aquí la burguesía vuelve a estar terriblemente insolente y reaccionaria, *mais elle verra*». Según el libro escrito en 1850 por un miembro de la Liga, Marx intervino en marzo en una asamblea de obreros alemanes, a la que el autor asistía, planteando que «la revolución de febrero debía verse sólo como el comienzo del movimiento europeo y que pronto aquí, en París, estallaría la batalla abierta entre el proletariado y la burguesía» [125]. «Aquí las cosas van muy bien —escribe Engels desde París el 26 de marzo—. Los burgueses, batidos el 24 de febrero y el 17 de marzo, levantan cabeza y maldicen terriblemente contra la república, lo cual tendrá por consecuencia que dentro de poco se abatirá sobre ellos otra tempestad muy distinta de la que han conocido» [126]. Pero el único comentario un poco circunstanciado sobre la marcha de la revolución francesa en ese momento se encuentra en una carta de Engels del 28 de marzo. Comienza por examinar los «partidos» en presencia. «En rigor hay tres, si se dejan de lado los más pequeños (legitimistas y bonapartistas, que se contentan con intrigar; simples sectas, sin influencia en el pueblo, a menudo ricas, pero sin esperanza alguna de victoria). Esos tres son, en primer lugar, los vencidos de febrero, es decir, los grandes burgueses, los especuladores de Bolsa, los banqueros, industriales y grandes comerciantes, los antiguos conservadores y liberales.» (Como se ve, Engels considera vencidos no sólo la aristocracia financiera que gobernaba bajo Luis Felipe, sino la oposición burguesa liberal, la burguesía industrial, iniciadora de la «campaña de los banquetes», que había desembocado en la insurrección.) «En segundo lugar, los pequeños burgueses, las clases medias, la masa de la guardia nacional, que el 23 y el 24 de febrero se han puesto al lado del pueblo; los «radicales comprensivos», las gentes de Lamartine y del *National*. En tercer lugar, el pueblo, los obreros de París, que están armados y ocupan París actualmente. Los grandes burgueses y los obreros se enfrentan directamente. Los pequeños burgueses desempeñan un papel intermediario, bastante lastimoso. Estos últimos tienen la mayoría en el seno del gobierno provisional (...). Sus vacilaciones y, por tanto, las del gobierno son grandes. Cuanto más se establece la calma, tanto más el gobierno y el partido pequeñoburgués se inclinan hacia la gran burguesía; y en la medida que la agitación aumenta, más se ponen, de nuevo, al lado de los obreros.» Considera que los miembros del gobierno provisional pertenecientes a la tendencia de *La Réforme* (Ledru-Rollin, Flocon, Louis Blanc, Albert, Arago) son «los que mejor representan a los obreros, son comunistas sin saberlo», aunque considera que Louis Blanc «se ridiculiza demasiado con su vanidad y sus planes abracadabrantes». «En cambio, Ledru-Rollin se porta muy bien.» El gobierno, prosigue Engels, se ve obligado a hacer promesas a los obreros, pero no puede cumplirlas «porque no tiene el valor de procurarse los recursos financieros necesarios adoptando medidas revolucionarias contra los burgueses: impuestos progresivos elevados, derechos de sucesión, confiscación de los bienes de todos los emigrados, prohibición de exportar dinero, creación de un banco estatal, etc.». Advierte, además, que con las próximas elecciones a la Asamblea constituyente «se incorpora un elemento nuevo: los campesinos, que constituyen los 5/7 de la nación francesa y están al lado del *National*, de los pequeñoburgueses. Es muy probable que este partido gane y que los de *La Réforme* caigan. Entonces habrá una nueva revolución» [127]. Salvo error nuestro, hasta los artículos de la *Nueva Gaceta Renana* sobre la insurrección de junio del proletariado de París no hay más textos, públicos o privados, de Marx o

Engels, que se refieran al curso de la evolución francesa en esos meses cruciales que van de las jornadas de febrero a las jornadas de junio.

La cuestión de cómo intervenir en la revolución alemana divide, desde el primer momento, a los alemanes emigrados en París. La mayor parte —incluidos no pocos miembros de la Liga— se agrupa en una Asociación democrática alemana creada inmediatamente después de la revolución de febrero, que decide organizar una legión armada para irrumpir en Alemania en plan de guerra revolucionaria contra los regímenes existentes. La legión incluye también polacos emigrados y se propone, después de llevar la revolución a Alemania, liberar Polonia y desencadenar la guerra contra Rusia. La iniciativa se inspiraba en el esquema heredado de la gran Revolución francesa, al que ya nos hemos referido, según el cual el país donde primero triunfaba la revolución tenía que enfrentarse inevitablemente, mediante la guerra revolucionaria, con las potencias reaccionarias. Así debería ocurrir con la Francia revolucionaria salida de febrero, y aunque Lamartine, ministro de Relaciones Exteriores, se había apresurado a proclamar las intenciones pacíficas del gobierno provisional, los emigrados alemanes, polacos, etc., seguían convencidos de la inevitabilidad del choque. El proyecto de legión se situaba en esa perspectiva. Marx y Engels compartían, en lo esencial, el citado esquema, pero por consideraciones tácticas se oponen desde el primer momento a la formación de la legión y preconizan el regreso individual a Alemania o la incorporación a la lucha del proletariado francés. Firmando como «Comité central de la Alianza de obreros alemanes» (cobertura momentánea de la Liga, que seguía siendo secreta), Marx, Schapper, Bauer, Engels, Moll y Wolff envían una nota a la prensa declarando que no tienen nada que ver con la formación de la legión, ni con las gestiones y proclamas solicitando de los ciudadanos franceses vestidos, dinero y armas para los voluntarios. En carta a Cabet, solicitando la inserción de la nota en el *Populaire*, se declaran abiertamente comunistas y explican las razones de su actitud: «Se trata de que no recaiga sobre el partido comunista la responsabilidad de una empresa y de una manera de actuar que ha despertado ya, en una parte de la nación alemana, los viejos prejuicios nacionales y reaccionarios contra el pueblo francés» [128]. Cuarenta años después, en su *Contribución* a la historia de la Liga, Engels dice que Marx y él vieron la cosa como un «intento de jugar a la revolución». «En medio de la efervescencia reinante en Alemania, hacer una incursión en el país para importar la revolución desde fuera y a la fuerza equivalía a socavar la revolución alemana, fortalecer a los gobiernos y entregar a los mismos voluntarios —de esto se encargaba Lamartine— inermes en manos de las tropas alemanas. Más tarde, al triunfar la revolución en Viena y en Berlín, la legión ya no tenía ningún objeto, pero como se había comenzado el juego se prosiguió» [129]. Su oposición a la expedición armada valió a Marx enconados ataques. Fue acusado de cobardía y traición, de dedicarse a enseñar economía política a los obreros cuando lo que hacía falta era enseñarles el manejo de las armas [130].

Frente a la Asociación democrática alemana, organizadora de la Legión, el grupo de la Liga encabezado por Marx crea el Club de los obreros alemanes, que le sirve de base para la preparación política de los emigrados, tanto de los que deciden regresar a Alemania como de los que optan por quedar en Francia y participar en la lucha de los obreros franceses. Según los datos que da Engels en la *Contribución*, marcharon a Alemania, por esa vía, de 300 a 400 obreros alemanes [131].

A fines de marzo el Comité central de la Liga elabora su plataforma política ante la ya iniciada revolución alemana. El documento, conocido por *Reivindicaciones del partido comunista alemán*, ha sido reproducido parcialmente por Engels en su *Contribución*. A continuación reproducimos el texto íntegro, poniendo entre corchetes los fragmentos que Engels no incluye [132]. Encabezado por la divisa de la Liga de los comunistas —«¡Proletarios de todos los países, uníos!»— y sin preámbulo alguno, el documento contiene los siguientes 17 puntos, seguidos de una breve conclusión:

1. Toda Alemania será declarada república una e indivisible.

[2. Todo alemán que haya cumplido 21 años tiene derecho a elegir y ser elegido, con la única condición de no haber sufrido condena por delitos comunes.]

3. Los diputados serán retribuidos, a fin de que los obreros alemanes puedan formar parte también del parlamento del pueblo alemán.

4. Armamento general del pueblo. [En el futuro el ejército debe ser, al mismo tiempo, ejército de trabajo, a fin de que las tropas no sólo consuman, como ocurría antes, sino produzcan más de los gastos necesitados para su mantenimiento. Esta será, al mismo tiempo, una de las formas de la organización del trabajo.]

[5. La administración de la justicia será gratuita.]

[6. Todas las cargas feudales, trabajos y tributos, diezmos, etc., que hasta hoy pesan sobre la población campesina son abolidos sin indemnización alguna.]

7. Las fincas de los príncipes y demás posesiones feudales, todas las minas, canteras, etc., se convierten en propiedad del Estado. En las fincas se organizará la explotación en gran escala y con los recursos más modernos de la ciencia, en provecho de la colectividad.

8. Las hipotecas sobre las tierras de los campesinos se declaran propiedad del Estado; los campesinos abonarán al Estado los intereses de esas hipotecas.

9. En las regiones en que está desarrollado el sistema de arriendo, la renta del suelo o precio de arrendamiento se pagará al Estado en concepto de impuesto.

[Todas las medidas indicadas en los puntos 6, 7, 8 y 9 tienen como finalidad disminuir las cargas sociales y otras cargas de los campesinos y pequeños arrendatarios, sin disminuir al mismo tiempo los recursos que el Estado necesita para cubrir sus gastos y sin perjudicar a la misma producción. El propietario terrateniente como tal, no siendo campesino ni arrendatario, no toma parte alguna en la producción. Por eso su consumo es un simple abuso.]

[10. En lugar de los bancos privados será instituido un banco del Estado, cuyos títulos tendrán curso obligatorio. Esta medida hará posible la regularización del crédito en interés de *todo* el pueblo y quebrantará, por consiguiente, el poder de los grandes financieros. La sustitución gradual del oro y la plata por billetes de banco abaratará la moneda, instrumento necesario de la circulación burguesa, y permitirá utilizar el oro y la plata para las relaciones exteriores. Esta medida es necesaria también para atar al gobierno los intereses de los burgueses conservadores [133].]

11. El Estado tomará en sus manos todos los medios de transporte: ferrocarriles, canales, barcos, caminos, correos, etc., convirtiéndolos en propiedad del Estado y poniéndolos a disposición de la clase desposeída.

[12. Las retribuciones de todos los funcionarios del Estado serán idénticas, salvo en los casos de familia numerosa, que recibirán una retribución mayor.]

[13. Completa separación de la Iglesia y del Estado. El clero de todas las confesiones será pagado exclusivamente por las respectivas comunidades de creyentes.]

14. Reducción del derecho de herencia.

15. Implantación de fuertes impuestos progresivos y abolición de los impuestos sobre los artículos de consumo.

16. Organización de talleres nacionales. El Estado garantiza a todos los trabajadores medios de subsistencia y asume el cuidado de los incapacitados para trabajar.

17. Instrucción pública general y gratuita.

En interés del proletariado alemán, de la pequeña burguesía y de los campesinos, hay que laborar con toda energía por la implantación de las medidas que quedan apuntadas, pues solamente la aplicación de estas medidas asegurará a los millones de hombres que hasta ahora venían siendo explotados en Alemania por una minoría insignificante, y a los que se pretenderá seguir manteniendo en la opresión, los derechos y el poder que les pertenece como creadores de toda la riqueza.

El Comité: Carlos Marx, K. Schapper,

H. Bauer, F. Engels, J. Moll, W. Wolff.

Como es fácil de comprobar sin más que cotejarlos, se trata de una adaptación a las condiciones concretas alemanas del programa de transición de la revolución proletaria inserto en el *Manifiesto Comunista*. La adaptación se traduce en la introducción de una serie de medidas dirigidas contra las supervivencias del feudalismo en el campo y en cierta atenuación de las medidas antiburguesas, omitiendo, en particular, la «multiplicación de empresas fabriles pertenecientes al Estado». Se incluyen medidas relativas a las instancias

políticas que en el *Manifiesto* se dan por ya realizadas, puesto que allí se parte de que el proletariado ha conquistado ya el poder político (instauración de la república, armamento general del pueblo, sufragio universal, etc.).

Basta comparar este programa con el que presenta la extrema izquierda del pre-parlamento *(Vorparlament)* reunido en Francfort el 30 de marzo [134] —representativa de la democracia pequeñoburguesa republicana— para ver que las *Reivindicaciones* abarcan las transformaciones más radicales que podían concebirse en aquella Alemania desde el punto de vista del desarrollo burgués, y al mismo tiempo rebasaban ese marco: implicaban el comienzo de la revolución proletaria. Un objetivo transparente es conseguir que en el proceso revolucionario la pequeña burguesía y los campesinos marchen al lado del proletariado.

La perspectiva estratégica que reflejan las *Reivindicaciones*, como los juicios más arriba expuestos sobre la evolución de la situación francesa, corresponden enteramente a la visión global de la revolución iniciada, formulada en el artículo de Engels *Revolución en París*, como proceso revolucionario llamado a desembocar próximamente en el derrocamiento de la dominación burguesa en Europa. Engels no bromea más que en la forma cuando a primeros de abril le apuesta dos peniques, o no importa qué suma, a Emil Blanck que Harney «estará dentro de dos meses en el lugar de Palmerston» [135].

Animados con tan confortable optimismo y equipados con el *Manifiesto* y las *Reivindicaciones* (del primero llegan a París, a finales de marzo, mil ejemplares de la edición alemana impresa en Londres, y las segundas son editadas en hoja suelta), los miembros de la Liga marchan a Alemania, por lo general a sus anteriores lugares de residencia o, en todo caso, allí donde por sus relaciones y actividades precedentes suponen que pueden encontrar condiciones propicias para su actividad revolucionaria. No hay documentación sobre las decisiones que en ese momento toma el Comité central de la Liga en cuanto a su actuación como tal. Al parecer, sus miembros se dirigen también a los lugares de Alemania donde personalmente pueden encontrar mejores condiciones para actuar. Wallau se instala en Maguncia; Wolff, en Breslau; Marx y Engels, en Colonia, donde Marx conserva relaciones de la época en que fue director de la *Gaceta Renana* [136]. Allí se instalan también Schapper y Moll. La capital renana se convierte, por tanto, en la sede del Comité central de la Liga, pero por poco tiempo, como vamos a ver.

A juzgar por algunas cartas que se han conservado, los miembros de la Liga que marchan a Alemania llevan como tarea inmediata y principal fortalecer sus organizaciones y crearlas allí donde no existan. Las comunas de la Liga deben fundar (o impulsar donde las hubiera) asociaciones obreras legales que cumplan la múltiple función, lo mismo que en el exilio, de cobertura, instrumento legal de propaganda, estructura vinculadora de los miembros de la Liga con los obreros, centro de formación cultural, etc. Según los datos conocidos, entre los primeros resultados, algo importantes, de esa actividad se encuentran los conseguidos en Maguncia, la capital del gran ducado de Hess-Darmstadt, en la orilla izquierda del Rin. El 5 de abril aparece allí un manifiesto de la asociación obrera local, entre cuyos firmantes está Wallau y otros miembros de la Liga, dirigido «A todos los trabajadores de Alemania». Les llama a pasar a la acción para «no ser engañados una vez más»: «Dispersos como hasta ahora somos débiles, aunque seamos millones. Unidos y organizados representamos una fuerza irresistible. Por eso, hermanos, hay que crear en todas partes, en las ciudades y pueblos, asociaciones obreras en las que se examine nuestra situación y se propongan medidas para cambiarla. Hace falta que representantes de la clase obrera sean designados y elegidos al parlamento alemán y que se adopten todas las medidas necesarias para la defensa de nuestros intereses. Además, todas las asociaciones obreras de Alemania deben establecer contacto entre sí lo antes posible y mantenerlo. Os proponemos escoger provisionalmente Maguncia como centro de todas las asociaciones obreras y entablar correspondencia con el comité abajo firmante para ponernos de acuerdo sobre un plan común y determinar definitivamente lo antes posible, en una reunión de delegados de todas las asociaciones, la sede del Comité central» [137]. No se sabe si esta iniciativa surge del grupo de la Liga de Maguncia o si proviene del Comité central de la

Liga y Wallau no ha hecho más que aplicarla. Dos días después de la fecha que lleva el manifiesto, Marx y Engels se detuvieron en Maguncia, de paso para Colonia, y es verosímil que discutiesen del proyecto de reunión con los dirigentes locales. El 23 de abril la comuna de la Liga de Maguncia informa al Comité central, ya instalado en Colonia, que se han recibido pocas respuestas hasta ese momento y conviene esperar antes de convocar la reunión proyectada. En los documentos disponibles no hay más rastros de esa iniciativa y puede suponerse que fracasó. Sin embargo, las «revoluciones de marzo» —como se les llamará— en Alemania dan lugar a una verdadera floración de asociaciones obreras, que muy rápidamente llegan a tener cientos y miles de miembros. E iniciativas semejantes a la de Maguncia —crear una unión de esas asociaciones a escala de toda Alemania— prosperan poco después a partir de Berlín y Sajonia [138].

Las cartas de los miembros del Comité central de la Liga y de otros militantes, en los meses de abril y mayo, reflejan el notable impulso del movimiento obrero apenas nacido, pero al mismo tiempo registran la debilidad, cuando no la inexistencia, de la Liga de los comunistas. Muchos de los dirigentes o miembros activos de las asociaciones obreras son, o han sido, miembros de la Liga, pero la organización de ésta, en tanto que tal, apenas existe. S. Born, que habría de revelarse como uno de los mejores organizadores obreros durante la revolución, escribe a Marx, desde Berlín, el 11 de mayo: «el proletariado tiene un espíritu revolucionario»; «trato de evitar, en la medida de lo posible, revueltas inútiles y organizar los elementos dispersos en una fuerza poderosa». Le comunica que se encuentra a la cabeza del movimiento en tanto que «presidente de una especie de parlamento obrero formado con representantes de muchos gremios y fábricas», pero «sobre la Liga como tal, el estado en que aquí se encuentra, no puedo decir nada por ahora. Nadie ha tenido tiempo, hasta ahora, de crear una organización sólida, a la manera anterior. Se disgregó. Está en todas partes y en ninguna» [139]. Análogo cuadro presentan otros testimonios. La impresión de conjunto que producen las informaciones conocidas es que si bien la Liga se encontraba desorganizada y en muchos casos no había más que militantes dispersos, existían condiciones favorables para desarrollarla [140].

Sobre lo que pensaban Marx y Engels de la evolución de la situación política alemana antes de iniciarse, el 1 de junio, la publicación de la *Nueva Gaceta Renana* apenas existen testimonios escritos. Sólo algunos breves comentarios en unas cuantas cartas de Engels, que a mediados de abril va a Barmen, su ciudad natal, y a Elberfeld, con la intención de encontrar accionistas para el diario entre los intelectuales y burgueses progresistas de esa zona industrial, mientras Marx hace gestiones análogas en Colonia. Con fecha 15 de abril escribe a Emil Blanck (Londres): «Aquí el pánico es indescriptible. Los burgueses piden el restablecimiento de la confianza, pero la confianza se ha evaporado (...). La desorganización es general, como lo es el caos, la anarquía, la desesperación, el miedo, la rabia, el entusiasmo por la Constitución y el odio por la República». Diez días después le escribe a Marx desde el mismo lugar: «Si un solo ejemplar de nuestro programa de 17 puntos es difundido aquí todo estaría perdido para nosotros. La mentalidad de los burgueses es verdaderamente lamentable. Los obreros comienzan a agitarse un poco de manera aún muy rudimentaria, pero en masa. Y esto, justamente, estorba a *nuestra* acción. El club político de Elberfeld redacta mensajes a los italianos, se pronuncia por el sufragio universal, pero rechaza terminantemente todo debate sobre las cuestiones sociales. Cierto, cuando se les aborda de frente estos señores reconocen que dichas cuestiones *se ponen* al orden del día, pero advirtiendo en seguida que no debemos plantearlas prematuramente» [141]. Por «nuestra acción» Engels designa, probablemente, la suscripción de acciones para financiar la *Nueva Gaceta Renana,* dificultada por el temor que provoca en los burgueses solicitados la agitación obrera. Como dice en otro pasaje de la carta: «En el fondo, lo que sucede es que incluso estos burgueses radicales de Colonia ven en nosotros sus futuros enemigos mortales y no quieren darnos armas que volveríamos rápidamente contra ellos». En otra carta a Blanck, de fecha 24 de mayo, una semana antes de iniciarse la aparición de la *Nueva Gaceta Renana,* Engels insiste sobre el comportamiento timorato y antipopular de la burguesía liberal. «Camphausen

no hace nada, la reacción, la burocracia y los nobles se ponen cada día más insolentes, provocan al pueblo y el pueblo se rebela. La impotencia y la cobardía de Camphausen nos llevan directamente a nuevas revoluciones. ¡Tal es el aspecto de Alemania en este momento!» [142].

Es decir, por un lado, la burguesía liberal, representada por el gobierno Camphausen y dominante en la Asamblea nacional de Francfort, tenía una actitud de componenda y pasividad frente a la contraofensiva que iniciaban las fuerzas reaccionarias. Por otro, las *Reivindicaciones* constituían un obstáculo para llegar a acciones comunes (el financiamiento de la *Nueva Gaceta Renana* era una primera modalidad concreta de las mismas) con los elementos más progresistas de la burguesía.

Frente a esa realidad política, muy distinta de cómo se la habían probablemente imaginado en el ambiente revolucionario del París proletario, Marx, secundado por Engels y algunos cuadros de la Liga pero con la oposición de otros, adopta una línea de conducta, táctica y organizacional, que puede resumirse en los tres puntos siguientes:

1. Renunciar al plan inicial de desarrollar y fortalecer la Liga como tal organización. Dejarla en el estado «larvado» en que se encontraba o incluso liquidarla. La documentación existente permite ambas interpretaciones. Pero un hecho parece indiscutible: lo más tarde en el verano de 1848 Marx liquidó el Comité central que presidía y no volvió a ocuparse de la Liga —como no sea para oponerse a su reorganización en febrero de 1849— hasta que regresa a Londres en el verano de 1849.

2. Actuar en el ala izquierda del partido demócrata e ingresar, con este objeto, en la Asociación democrática de Colonia. (Para medir toda la significación de este paso debe tenerse en cuenta que cuando Marx opta por ingresar en la Asociación democrática [finales de mayo] existe ya en Colonia una potente Asociación obrera [creada el 13 de abril] que se desarrolla rápidamente, contando a primeros de mayo entre 3.000 y 4.000 afiliados. No hay dato alguno de que Marx ingresara también en la Asociación obrera [143]).

3. Editar la *Nueva Gaceta Renana* como «órgano de la democracia» (con ese subtítulo sale), no como órgano del partido comunista alemán.

Hasta ahora no se dispone de ningún documento fidedigno de ese período en el que Marx o Engels expliquen las razones que les impulsaron a tomar tales decisiones. El único documento en el que encontramos una referencia es el relato hecho en la cárcel a la policía, a finales de 1853, por Röser, dirigente de la Liga, presidente del Comité central de la misma a partir de la escisión de septiembre de 1850, en la que Röser apoya las posiciones de Marx. Aunque la investigación histórica se inclina, cada vez más, a considerarlo como un relato verídico, debe tomarse, evidentemente, con precaución [144]. Según el «documento Röser», hacia mayo o junio de 1848 hubo una reunión en Colonia con participación de cuatro miembros del Comité central (Marx, Engels, Schapper y Moll), más cinco miembros de la comuna de Colonia de la Liga. Uno de estos últimos da la siguiente versión: «Hubo acaloradas discusiones. El doctor Gottschalk fue objeto de serias críticas en relación con la organización de la Asociación obrera de Colonia. Además Marx propuso la disolución de la Liga. Sobre la primera cuestión Marx y Schapper coincidieron en sus intervenciones. En relación con la segunda, Marx y Gottschalk defendieron la disolución de la Liga. Como sobre esta cuestión no había acuerdo y Schapper y Moll exigieron que la Liga fuera conservada a toda costa, Marx hizo uso de los plenos poderes que se le habían concedido y disolvió la Liga. Marx consideraba que su existencia ulterior era innecesaria, puesto que la Liga era una organización de propaganda, no una organización para conspirar, y que en las condiciones creadas se podía realizar la propaganda abiertamente sin necesidad de una organización secreta, dado que existía libertad de prensa y de propaganda» [145].

Marx y Engels no se referirán a la línea que adoptaron en la primavera de 1848 más que muchos años después y sin ser muy explícitos. «Cuando estalló la revolución de febrero —dice Marx en un texto de 1860—, el Comité central de Londres me encomendó la dirección de la Liga. Durante la revolución su actividad en Alemania se interrumpió por sí misma, porque aparecieron vías más efectivas para la realización de sus objetivos» [146]. ¿Pero puede interrumpirse la actividad de

una organización de ese tipo, en especial la de sus órganos dirigentes, sin que haya una decisión consciente, formal o no, de sus miembros? Engels escribe en su *Contribución* de 1885: «Como no era difícil prever, la Liga resultó ser una palanca demasiado débil para encauzar el movimiento desencadenado de las masas populares. Las tres cuartas partes de los afiliados a la Liga, que antes residían en el extranjero, al regresar a su país habían cambiado de residencia, con lo cual se disolvían en gran parte sus comunas anteriores y ellos perdían todo contacto con la Liga. Finalmente, las condiciones que se daban en cada pequeño Estado, en cada provincia, en cada ciudad, eran tan distintas que la Liga no habría podido dar a sus afiliados más que instrucciones muy generales, y éstas podían hacerse llegar mucho mejor por medio de la prensa. En una palabra, desde el momento en que cesaron las causas que habían hecho necesaria una Liga secreta ésta perdió también su significación» [147]. En ambas explicaciones está implícita la razón que aparece explícita en la versión de la reunión de Colonia recogida en el documento Röser: la Liga era una organización de propaganda, no una organización para conspirar, y al existir libertad de prensa y de palabra dejaba de ser necesaria. Parece evidente que si Marx y Engels hubieran tenido una concepción del partido análoga a la de Lenin en los tiempos de la Iskra —como insinúa Riazanov en sus conferencias de 1922— su manera de enfocar el problema habría sido bien distinta.

A diferencia de algunos historiadores marxistas que dan por cierto la disolución de la Liga por Marx (basándose en el documento Röser), los especialistas soviéticos en la materia sostienen que no hubo tal disolución, admitiendo, sin embargo, que Marx disolvió el Comité central. Pero en aquellas condiciones liquidar el órgano dirigente central significaba prácticamente liquidar la organización, como en efecto ocurrió. La Liga dejó de existir como tal organización en Alemania. No quedaron en pie más que las comunas de la emigración, en particular la de Londres. El principal historiador soviético de la Liga, E. Kandel, preocupado, al parecer, de que Marx no pase a la historia como «liquidador» del partido, recurre al subterfugio de que «la Liga de los comunistas siguió funcionando bajo la forma de asociaciones obreras abiertas, siguió existiendo como tendencia ideológico-política». En la práctica es avalar la versión del documento Röser, descartando únicamente la decisión *formal* de la disolución. Hipótesis plausible, porque es difícil pensar que haya existido sin que Marx y Engels se refiriesen nunca a ella [148].

En otro texto de la época de la *Contribución*, dedicado éste a la historia de la *Nueva Gaceta Renana*, Engels explica las razones que determinaron el carácter del periódico, así como la incorporación de Marx y él al ala izquierda del partido demócrata. El pasaje principal es el siguiente:

«La burguesía alemana, que empezaba entonces a fundar su gran industria, no tenía la fuerza ni la valentía precisas para conquistar la dominación absoluta dentro del Estado; tampoco se veía empujada a ello por una necesidad apremiante. El proletariado, tan poco desarrollado como la burguesía, educado en una completa sumisión espiritual, no organizado y hasta incapaz todavía de adquirir una organización independiente, sólo presentía de un modo vago el profundo antagonismo de intereses que le separaba de la burguesía. Y así, aunque en el fondo fuese para ésta un adversario amenazador, seguía siendo, por otra parte, su apéndice político. La burguesía, asustada, no por lo que el proletariado alemán era, sino por lo que amenazaba llegar a ser y por lo que era ya el proletariado francés, sólo vio su salvación en una transacción, aunque fuese la más cobarde, con la monarquía y la nobleza. El proletariado, inconsciente aún de su propio papel histórico, hubo de asumir por el momento, en su inmensa mayoría, el papel de ala propulsora, de extrema izquierda de la burguesía. Los obreros alemanes tenían que conquistar, ante todo, los derechos que les eran indispensables para organizarse de modo independiente, como partido de clase (...). De esta suerte, el proletariado alemán aparece por primera vez en la escena política principalmente como un partido democrático de extrema izquierda. Por eso, cuando fundamos en Alemania un gran periódico, nuestra bandera no podía ser otra que la bandera de la democracia; pero de una democracia que destacaba siempre, en cada caso concreto, el carácter específicamente proletario que aún no podía estampar, de una vez para siempre, en su estandarte. Si no hu-

biéramos procedido de este modo, si no hubiéramos querido adherirnos al movimiento, incorporándonos a aquella ala que ya existía, que era la más progresiva y que, en el fondo, era un ala proletaria, para impulsarla hacia adelante, no nos hubiera quedado más remedio que ponernos a predicar el comunismo en alguna hojita lugareña y fundar, en vez de un gran partido de acción, una pequeña secta. Pero el papel de predicadores en el desierto ya no nos cuadraba; habíamos estudiado demasiado bien a los utopistas para caer en ello. No era para eso para lo que habíamos trazado nuestro programa» [149].

Esta explicación a cuarenta años de distancia está muy influida por el curso real que siguieron los acontecimientos y se contradice, en algunos aspectos, con las apreciaciones sobre la capacidad de la burguesía alemana para tomar el poder y la urgencia que tenía de hacerlo, incluidas en los artículos de Engels de 1847, así como con la perspectiva que da el *Manifiesto* de una revolución proletaria alemana siguiendo inmediatamente a la revolución burguesa; se contradice, también, como veremos, con otros análisis del período revolucionario e inmediatamente posterior. Pero a estos contrastes nos referiremos en la tercera parte.

En cuanto a la razón básica de la táctica adoptada, sintetizada en los tres puntos más arriba señalados, nos parece que está fielmente reflejada en ese pasaje de Engels: no actuar como una pequeña secta, ayudar al proletariado a elevarse y avanzar no con actitudes doctrinales, sino partiendo de lo que el proletariado era entonces realmente y no de lo que los revolucionarios más avanzados podían desear que fuese.

2. LA «NUEVA GACETA RENANA», ORGANO DE LA DEMOCRACIA

El principal instrumento de la intervención de Marx y Engels en la revolución alemana de 1848 es la *Nueva Gaceta Renana* (que en adelante designaremos por *NGR*). Participan, en ocasiones con funciones importantes, en la actividad de las organizaciones democráticas y obreras, pero la mayor parte de su tiempo y energía la consagran a este gran diario revolucionario

—el primer diario «marxista» de la historia— editado en Colonia desde el 1 de junio de 1848 al 19 de mayo de 1849 [150]. *NGR* sirve de brújula política a muchos de los miembros dispersos de la eclipsada Liga de los comunistas y ejerce un influjo creciente —aunque siempre muy minoritario, salvo en Colonia y algunas otras ciudades renanas— dentro del partido demócrata alemán. En *NGR* podemos seguir paso a paso cómo interpretan Marx y Engels el proceso revolucionario, sus opciones tácticas y estratégicas y sus primeras generalizaciones teóricas de la práctica que están viviendo; vemos nacer muchas de las reflexiones y tesis que encontrarán luego expresión más desarrollada —o serán rectificadas— en los textos clásicos sobre la revolución del 48: *Revolución y contrarrevolución en Alemania, La lucha de clases en Francia, El 18 Brumario de Luis Bonaparte.*

El subtítulo «órgano de la democracia» responde, por un lado, como hemos visto, a consideraciones tácticas, pero no hay que olvidar lo que *democracia* significa para Marx y Engels en ese período, desde «la democracia de nuestro tiempo es el comunismo», que dice Engels en 1845, hasta la equiparación que establece Marx en el *Manifiesto* entre conquista de la democracia y elevación del proletariado a clase dominante. *NGR* nace como el portavoz más riguroso de esa concepción radical de la democracia dentro del confuso y heterogéneo conglomerado que es el «partido demócrata» alemán de 1848. Abanico de tendencias y subtendencias, de personalidades y capillas, incluye desde un republicanismo moderado, presto a consolarse con una monarquía constitucional, vagamente teñido de preocupaciones por la «cuestión social», hasta la tendencia representada por *NGR*, pasando por todas las variantes políticas del «socialismo verdadero» [151]. Sólo en el curso del enfrentamiento entre las fuerzas revolucionarias y contrarrevolucionarias comenzará a tomar cuerpo, dentro y fuera del «partido demócrata», como realidad diferenciada política y organizacionalmente, el «partido proletario». La tendencia representada por *NGR* constituye el embrión de ese partido.

Desde sus primeros números, *NGR* adopta una actitud abiertamente crítica respecto a «su» partido, sin excluir la tendencia misma que representa. En el edi-

torial del primer número[152] critica las ilusiones que durante las semanas transcurridas de la revolución han perjudicado a la eficacia de la acción del partido y facilitado las maniobras de la burguesía liberal encaramada al poder, lo mismo que los primeros pasos de las fuerzas reaccionarias contra las tímidas conquistas democráticas de la «revolución de marzo». *NGR* exige del partido demócrata que vea la situación tal como es y le pone en guardia contra la desmoralización que seguiría al desmoronamiento de las ilusiones suscitadas por las primeras victorias.

«Es corriente exigir de todo nuevo órgano de la opinión pública —se dice en el citado editorial— que se entusiasme por el partido cuyos principios profesa, que tenga una confianza absoluta en su fuerza, que esté siempre dispuesto a defender esos principios invocando la fuerza efectiva que los respalda o a disimular la debilidad efectiva con el brillo de los principios. Nosotros no responderemos a ese deseo. No intentaremos adornar las derrotas sufridas con engañosas ilusiones. El partido demócrata ha sufrido derrotas; los principios que ha proclamado en el momento de su triunfo son puestos en entredicho, y se le arranca palmo a palmo el terreno que realmente ha conquistado; ya ha perdido mucho y habrá que preguntarse qué le resta (...). Perdiendo la cabeza al ver que podía, por fin, proclamar abiertamente sus principios, se imaginó que bastaba con proclamarlos para estar seguro de su realización inmediata (...). Mientras prodigaba sus ideas y abrazaba como hermano a todo aquel que no se atrevía a enfrentarse inmediatamente con ellas, aquellos a los que se había dejado el poder *actuaban*.»

Maniobrando hábilmente, camuflando sus verdaderas intenciones —prosigue *NGR*—, actuaba «el partido de la burguesía moderada y circunspecta, que había logrado ganar por la mano al partido del pueblo aprovechando el vértigo que a éste le producen sus primeras victorias». Este partido de la burguesía moderada logra así «conquistar una posición intermedia entre el partido democrático y los absolutistas, avanzando por un lado, empujando por otro, a la vez progresista contra el absolutismo y reaccionario contra la democracia». Hasta que el «partido del pueblo», «rechazado con desprecio, denunciado como sedicioso, gratificado de las

peores intenciones, abre por fin los ojos y se convence de que, en realidad, sólo ha obtenido aquello que los señores burgueses consideraban compatible con sus intereses bien entendidos».

A continuación *NGR* pone en guardia contra «un peligro no menor para el partido demócrata». El peligro de que «bajo la amarga impresión de las primeras derrotas, de las que él mismo es responsable en parte, se deje llevar por la desilusión y recaiga en ese funesto idealismo que relega a un futuro lejano los principios no susceptibles de ser aplicados inmediatamente, abandonándolos, por lo pronto, a la inofensiva elaboración de los "pensadores". Debemos alertar francamente contra ese género de hipócritas que se dicen amigos y de acuerdo con los principios, pero dudan de su viabilidad porque, dicen, el mundo no ha madurado aún para ellos, al mismo tiempo que no albergan la menor intención de hacer algo para que madure (...); que prefieren, en esta perversa existencia terrestre, compartir ellos mismos el destino general de la perversidad».

La crítica de *NGR* se concentra, desde el primer día, en las dos principales asambleas representativas salidas de las revoluciones de marzo, que polarizan las esperanzas de la opinión democrática: la Asamblea nacional constituyente alemana, reunida en Francfort desde el 15 de mayo, y la Asamblea nacional prusiana, reunida en Berlín desde el 22 de mayo. Por primera vez se había aplicado en Prusia y el resto de Alemania el sufragio universal, pero sólo para elegir los electores, que a su vez elegían los diputados. Este sistema electoral de segundo grado permitió reducir la representación del partido demócrata, asegurar el predominio de «la burguesía moderada y circunspecta» y dar a las viejas clases reaccionarias una representación superior a su influencia real. De todos modos fue elegida una fuerte representación demócrata, especialmente en la Asamblea de Berlín, que formó la izquierda de ambas asambleas. De esta izquierda se desgajó pronto una «extrema izquierda», que reprochaba a la izquierda su inclinación a la conciliación con el centro liberal[153].

Engels define en el primer número de *NGR* lo que debía ser la actividad de la Asamblea nacional de Francfort, oficialmente creada para resolver uno de los problemas máximos de la revolución: la unificación de

Alemania. Tenía que elaborar la correspondiente Constitución.

«Desde hace quince días —escribe Engels— Alemania tiene una Asamblea nacional constituyente, emanada del voto del conjunto del pueblo alemán. El pueblo alemán había conquistado su soberanía en las calles de casi todas las ciudades del país, grandes o pequeñas, y en particular sobre las barricadas de Viena y Berlín. Había ejercido esta soberanía eligiendo la Asamblea nacional. El primer acto de la Asamblea nacional debía ser proclamar alto y oficialmente esa soberanía del pueblo alemán. Su segundo acto debía ser elaborar la Constitución alemana sobre la base de la soberanía del pueblo y eliminar todo lo que en Alemania está en contradicción con el principio de la soberanía popular. Durante toda la duración de su sesión debía tomar las medidas necesarias para defender su base revolucionaria, para poner las conquistas de la revolución, la soberanía del pueblo, al abrigo de todos los ataques. La Asamblea nacional ha tenido ya una docena de sesiones y no ha hecho nada de esto» [154].

Días después *NGR* critica la imprecisión de los programas de la izquierda y de la extrema izquierda, aunque en el de ésta ve una mayor concreción y saluda que exija de la Asamblea una «actividad revolucionaria». Esta debería comenzar, comenta *NGR*, por disolver la Dieta federal y asumir todo el poder en el conjunto de Alemania. Pero en lugar de eso la Asamblea se dedica a «ejercicios parlamentarios escolares y deja que los gobiernos actúen». «Admitamos que este sabio concilio consiga, tras madura reflexión, elaborar el mejor orden del día y la mejor Constitución. ¿Para qué servirán el mejor orden del día y la mejor Constitución si entre tanto los gobiernos alemanes ponen las bayonetas al orden del día?» Señala el grave *handicap* que representa para la Asamblea tener su sede en una ciudad como Francfort, incapaz por sus características de desempeñar en la revolución alemana el papel que Londres y París tuvieron en las revoluciones inglesa y francesa [155], pero considera que «el estado actual de Alemania le daba (a la Asamblea) la oportunidad de triunfar de esa desventaja». «Le hubiera bastado con intervenir dictatorialmente en todas partes contra las veleidades reaccionarias de los gobiernos anacrónicos para obtener un apoyo de la opinión popular contra el que se hubieran estrellado todas las bayonetas y culatas.» Pero en lugar de «llevar tras ella al pueblo alemán o de dejarse llevar por él, lo que hace es aburrirle». El artículo termina expresando claramente su pesimismo sobre la capacidad de la Asamblea nacional alemana para superar esa situación.

* * *

La crítica principal que *NGR* hace a los programas de las izquierdas de la Asamblea de Francfort concierne a la cuestión del tipo de Estado —unitario o federal— bajo el que debe realizarse la unificación de Alemania. Ambos programas preconizan el tipo federal, según el modelo norteamericano. Por el contrario, la primera de las *Reivindicaciones* del «partido comunista alemán» era, como sabemos, la *república una e indivisible*. Al criticar la solución federal, Marx y Engels argumentan, por primera vez, su propia posición en este problema de primordial importancia y exponen las vías por las que puede aplicarse la solución que proponen.

«No se puede concebir —plantea *NGR* [156]— que el llamado partido demócrata radical proclame que la Constitución definitiva de Alemania deberá ser una federación de monarquías constitucionales, pequeños principados y minúsculas repúblicas; un Estado federal, integrado por elementos tan heterogéneos, con un gobierno republicano a la cabeza (...). Los Estados Unidos de América, sin hablar ya de que todos están constituidos de la misma manera, se extienden sobre un territorio tan grande como la Europa civilizada. Sólo una federación *europea* podría verse como análoga. Pero para que Alemania se federe con otros países es necesario, ante todo, que se convierta en *un país*.» A continuación explica por qué en Alemania la centralización es doblemente necesaria, la única vía por la que puede convertirse realmente en «país». Las razones son fundamentalmente tres: 1) el peligro ruso; 2) las exigencias del desarrollo económico, dado el retardo alemán; 3) la solución de los problemas sociales [157].

Pretendiendo adoptar una posición realista —dice *NGR*—, la plataforma del partido demócrata radical

considera que debe partirse de la situación existente de las unidades estatales en que está actualmente dividido el territorio alemán, lo cual no permite más solución que la federal. Pero ése es un punto de vista estático, objeta *NGR:* «Es indudable que al principio el gobierno central de Alemania elegido por la Asamblea nacional surgirá *al lado* de los gobiernos todavía existentes. Pero con su aparición comienza ya su lucha contra los gobiernos de cada Estado, y en esta lucha o bien sucumbe el gobierno de toda Alemania y con él la unidad de Alemania o bien desaparecen los gobiernos de cada Estado con sus príncipes constitucionales o sus minúsculas repúblicas. Nosotros no exigimos —sería utópico— que se proclame *a priori* la *república alemana una e indivisible,* pero pedimos al llamado partido radical-demócrata no confundir el punto de arranque de la lucha y del movimiento revolucionario con su meta. La unidad alemana y la constitución alemana no pueden resultar más que de un movimiento en el que conflictos interiores y guerras con el Este determinarán la solución. La organización definitiva no puede ser *decretada.* Va de par con el movimiento que hemos de realizar. No se trata de plasmar tal o cual opinión, tal o cual idea política. Se trata de comprender bien la evolución de los acontecimientos. La Asamblea nacional tiene como única misión dar en lo inmediato los pasos prácticamente posibles».

Las «guerras con el Este» constituyen, a juicio de Marx y Engels, un momento necesario y esencial del proceso que debe llevar a la unidad de Alemania sobre bases democráticas. Comentando un artículo del gran diario liberal burgués, la *Deutsche Zeitung,* donde se baraja la posibilidad de que la monarquía prusiana sea salvada por los rusos, aunque ello cueste a Prusia momentáneamente la provincia renana —la hipótesis subyacente es que la intervención rusa provocaría la intervención francesa y la ocupación de Renania—, *NGR* comenta [158]:

«Si Prusia *no teme la pérdida momentánea de la provincia renana,* la provincia renana teme menos aún la pérdida «*permanente*» de la dominación prusiana. Si los prusianos se alían con los rusos, los alemanes se aliarán con los franceses y harán a su lado la guerra del Oeste contra el Este, de la civilización contra la barbarie, de la república contra la autocracia. Nosotros queremos la unidad de Alemania, pero sólo la desintegración de las grandes monarquías alemanas puede desprender los elementos de esa unidad. Y sólo en el fuego de la guerra y la revolución pueden soldarse esos elementos.»

Al mismo tiempo, la ineluctable intervención del «factor ruso» polarizaría la lucha interna, haciendo inviable la monarquía constitucional con que sueña la burguesía liberal: «El constitucionalismo desaparece por sí mismo desde el momento que los acontecimientos imponen *la alternativa de Autocracia o República*».

Como iremos viendo, la idea de la guerra inmediata con Rusia está constantemente en el centro de la visión estratégica de Marx y Engels. No por casualidad, treinta y seis años después Engels resumiría así el programa político de la *Nueva Gaceta Renana:* «República alemana democrática, una e indivisible, y guerra con Rusia» [159].

* * *

La guerra con Rusia, dice Engels a continuación del párrafo que acabamos de citar, «llevaba implícito el restablecimiento de Polonia». La cuestión de la independencia polaca se presentaba, en efecto, indisolublemente ligada a la de la victoria de la democracia alemana y de la unidad de Alemania. Engels analiza el problema en una serie de artículos que se publican en *NGR* durante agosto y primeros de septiembre, dedicados a los debates en la Asamblea nacional de Francfort sobre la cuestión polaca. Antes ya, *NGR* había tomado posición contra el «nuevo reparto de Polonia», resultado del aplastamiento por las tropas prusianas de la insurrección de los polacos del gran ducado de Posnania en abril-mayo [160].

«Nosotros, más que ningún otro pueblo —plantea Engels— necesitamos la existencia nacional de Polonia. ¿Sobre qué se apoya, ante todo, el poder de la reacción en Europa después de 1815, e incluso en parte después de la primera revolución francesa? Sobre la *Santa Alianza* ruso-prusiana-austriaca. ¿Y qué es lo que mantiene esta alianza? El reparto de Polonia, del que los tres aliados sacan provecho. Este reparto de Polo-

nia, realizado por las tres potencias, es el lazo que las liga entre sí; el bandidaje en comandita las ha hecho solidarias (...). Por tanto, mientras ayudemos a la opresión de Polonia, mientras encadenemos una parte de Polonia a Alemania y sigamos nosotros encadenados a Rusia y a la política rusa no podremos destruir radicalmente en Alemania el absolutismo patriarcal-feudal. La instauración de una Polonia democrática es la condición primera de la instauración de una Alemania democrática.» Llevar esto a cabo —prosigue Engels— no era sólo necesario, sino posible, «la cuestión más posible de resolver de todas las cuestiones políticas que han surgido en Europa oriental después de la revolución». Pero su solución exigía la guerra con Rusia. Que Alemania hubiera tenido el valor de exigir a Rusia, armas en la mano, la restitución de su parte de Polonia. Y Engels insiste de nuevo, vigorosamente, en el efecto liberador de la guerra contra Rusia.

«¿Qué significaba la guerra contra Rusia? La guerra contra Rusia era la ruptura completa, abierta y efectiva con todo nuestro ignominioso pasado, era la liberación y unificación auténticas de Alemania, la instauración de la democracia sobre las ruinas del feudalismo, la realización del sueño de dominación burguesa acariciado un momento por la burguesía. La guerra contra Rusia era la única vía posible para salvar nuestro honor y nuestros intereses *vis à vis* de nuestros vecinos eslavos y en especial *vis à vis* de los polacos» [161].

«Sólo la guerra contra Rusia es una guerra de la Alemania revolucionaria —plantea Engels en otro artículo de *NGR*—, una guerra en la que Alemania puede lavar los pecados de su pasado, rehacerse y vencer sus propios autócratas; una guerra en la que, como conviene a un pueblo que sacude las cadenas de una larga y sumisa esclavitud, paga con el sacrificio de sus hijos la propagación de la civilización y obtiene su liberación en el interior liberando a los pueblos en el exterior» [162].

«La responsabilidad por las infamias cometidas en otros países con ayuda de Alemania no recae únicamente sobre los gobiernos, sino también, en gran medida, sobre el mismo pueblo alemán. Sin su ceguera, sin su alma de esclavo, sin su aptitud innata a proporcionar mercenarios, lacayos del verdugo, instrumentos al servicio de los señores de "derecho divino", el nombre del alemán sería menos odiado, menos maldecido y despreciado en el extranjero; los pueblos oprimidos por culpa de Alemania habrían llegado hace tiempo a un estado normal de desarrollo. Ahora que los alemanes sacuden su propio yugo es necesario que cambie toda su política extranjera. Si no, aprisionaremos nuestra propia libertad, hasta ahora apenas entrevista, con los mismos lazos con los que encadenamos a los pueblos extranjeros. Alemania se libera en la medida que devuelve su libertad a los pueblos vecinos.» Pero, «¿cómo queréis actuar democráticamente en el exterior si la democracia está encadenada en el interior?» [163].

El ancestral mito pagano y judeo-cristiano de la redención por el sacrificio, el sentimiento medieval del honor, la muy burguesa consideración de los intereses y la nueva idea revolucionaria de que no puede ser libre un pueblo que oprime a otros se presentan engarzados en este singular discurso de Engels abogando por la guerra contra Rusia.

Pero «no ha habido el valor de intentarla —prosigue— y lo inevitable ha llegado: la soldadesca de la reacción batida en Berlín levantó de nuevo la cabeza en Posnania. Con el pretexto de salvar el honor y la nacionalidad de los alemanes ha plantado la bandera de la contrarrevolución y aplastado a los revolucionarios polacos, nuestros aliados. Y durante un tiempo la Alemania engañada aplaudió a sus enemigos victoriosos. El nuevo reparto de Polonia fue ejecutado y sólo restaba que lo sancionase la Asamblea nacional de Francfort. A ésta le quedaba aún la posibilidad de arreglarlo todo excluyendo de la Confederación germánica a toda la Posnania y declarando que quedaba abierta la cuestión de la frontera hasta que se pudiera negociar *de igual a igual* con la Polonia restaurada. ¡Pero era demasiado pedir a nuestros profesores, abogados y pastores de Francfort».

Con este motivo Engels critica de nuevo, acerbamente, a la izquierda de Francfort: «Si se quiere estar "resueltamente a la izquierda", la primera condición es despojarse de toda blandenguería y renunciar a la esperanza de obtener nada, ni lo más insignificante, de la mayoría. En la cuestión de Polonia casi toda la izquierda se ha entregado, como siempre, a declamacio-

nes e incluso delirantes ensoñaciones, sin examinar en lo más mínimo los datos reales, el fondo práctico de la cuestión». Resalta la precisión, despojada de toda retórica, y la coherencia de Radowitz, jefe de la derecha, que contrastan con la verborrea de la generalidad de los diputados de la izquierda. Y aprovecha la ocasión para dejar sentado, una vez más, que la *NGR* no es el órgano de esos diputados: «No hemos ambicionado jamás ser el órgano de una izquierda parlamentaria» [164].

Análoga posición que ante la causa polaca adopta *NGR* —casi siempre a través de la pluma de Engels— sobre la lucha de liberación nacional de otros pueblos oprimidos por Prusia o Austria. Meses después, como tendremos ocasión de ver, Engels modificará su actitud en relación con los «eslavos del sur», y años más tarde en relación con la causa polaca.

El 11 de marzo, dos días antes de la insurrección de Viena, había tenido lugar en Praga una reunión del movimiento nacional checo que se dirigió al gobierno de Viena reclamando la abolición de las cargas feudales, la reconstitución del reino de Bohemia y la igualdad de checos y alemanes. Después de la victoria de la revolución en Viena y Budapest, el movimiento se intensifica, desembocando en el Congreso eslavo que se reúne en Praga el 2 de junio. Apenas iniciado se producen choques entre civiles checos y las tropas austriacas mandadas por el mariscal Windischgrätz. La lucha se generaliza y el mariscal austriaco aplasta la sublevación bombardeando Praga, que capitula el 17 de junio. El 18, sin conocer aún la capitulación, Engels escribe: «La soldadesca austriaca ha ahogado en sangre la posibilidad de una coexistencia pacífica de Alemania y Bohemia». La consecuencia no puede ser más que «una guerra de exterminio entre alemanes y checos». «La Alemania de la revolución hubiera debido, sobre todo en sus relaciones con los pueblos vecinos, abjurar de todo su pasado. Al unísono con su libertad hubiera debido proclamar la libertad de los pueblos que hasta entonces había oprimido. ¿Y qué hizo la Alemania de la revolución? Ratificar plenamente la antigua opresión de Italia, Polonia, y ahora Bohemia, por el militarismo alemán.»

Los resultados son trágicos, sobre todo para los checos —dice Engels—, porque después de haber sido oprimidos durante cuatro siglos por los alemanes, van a caer ahora en brazos de Rusia: «En la gran lucha que va a estallar dentro de poco —tal vez dentro de algunas semanas— entre el Este y el Oeste, una triste fatalidad pondrá a los checos en el campo de los rusos, en el campo del despotismo, contra la revolución. La revolución triunfará y los checos serán los primeros en ser aplastados por ella» [165]. Por los mismos días Engels expresa el temor de que la represión de Posnania determine «la alianza de los rusos y los polacos contra Alemania», aportando «a los enemigos de la revolución el refuerzo de un valeroso pueblo de 20 millones de habitantes» [166]. El paso de los pueblos eslavos del Imperio austro-húngaro o de la Confederación germánica al lado de Rusia será una de las razones que esgrimirá más tarde Engels para negarles su derecho a la existencia histórica como naciones. Pero en esta fase concentra todo el fuego de su ataque contra la política de opresión de los pueblos no alemanes.

«Pese a los alaridos y las protestas patrióticas de casi toda la prensa alemana, *Nueva Gaceta Renana* ha tomado partido desde el primer momento —proclama Engels— por los polacos en Posnania, por los italianos en Italia, por los checos en Bohemia. Desde el primer día hemos desenmascarado la política maquiavélica que, viendo tambalearse sus bases en el interior de Alemania, buscaba paralizar la energía democrática, desviar la atención y la lava ardiente de la revolución, forjar las armas que servirían para la opresión interior, provocando un mezquino *odio racial* contra otros pueblos, un odio que repugna al carácter cosmopolita de los alemanes, y formando en las guerras entre pueblos —llevadas a cabo con indecible ferocidad y barbarie sin precedentes— una soldadesca que ni siquiera la guerra de los Treinta años pudo crear» [167].

Engels vio justo en este punto. Esa soldadesca y ese chovinismo iban a ser, en efecto, instrumentos fundamentales de la contrarrevolución alemana.

El 24 de junio Engels denuncia el acuerdo de la Asamblea de Francfort declarando *casus belli* todo ataque de los patriotas italianos contra Trieste, lo que equivalía a tomar partido abiertamente por la guerra de Austria contra el movimiento de independencia na-

cional italiano. Marx, en tanto que director de la *NGR*, envía una carta a *L'Alba,* diario democrático de Florencia —que éste publica el 29 de junio—, declarando: «Nosotros defenderemos la causa de la independencia italiana, lucharemos a muerte contra el despotismo austriaco en Italia, lo mismo que en Alemania y en Polonia. Tendemos una mano fraternal al pueblo italiano y queremos probarle que la nación alemana reprueba, bajo todos sus aspectos, la política de opresión que realizan en vuestro país los mismos hombres que en el nuestro han combatido siempre la libertad. Queremos hacer todo lo posible para preparar la unión y el entendimiento entre nuestras dos grandes y libres naciones, a las que un régimen podrido ha enzarzado hasta hoy en una enemistad recíproca. Exigiremos, pues, que la brutal soldadesca austriaca sea retirada inmediatamente de Italia y que el pueblo italiano pueda expresar su voluntad soberana en cuanto a la forma de gobierno que prefiere» [168].

De entre las guerras que los estados alemanes hacen en ese período, la única que *NGR* apoya es la guerra contra Dinamarca, por los condados de Schleswig-Holstein, pero a esta cuestión nos referiremos más adelante, con ocasión de la crisis política de septiembre provocada por ella.

* * *

Desde sus primeros números, el blanco principal de la crítica y las denuncias de *NGR* es la política de la gran burguesía liberal, cuya máximo agente en ese período es Camphausen. El objetivo de esa política, dice Marx, repitiendo las propias declaraciones de Camphausen, es «pactar con la Corona sobre una Constitución que sea duradera» [169]. (La fórmula de «pacto con la Corona» sugirió a los redactores de la *NGR* un neologismo que traduciremos aproximadamente por «pactismo». *NGR* recurre constantemente a él para caracterizar la política de la burguesía liberal: debates pactistas, asambleas pactistas, política pactista, etc.)

A fin de facilitar el pactismo, Camphausen establece que su gobierno no es una emanación de la revolución de marzo, sino de un proceso legal, llevado a cabo a partir de la legalidad anterior, sin solución de continuidad: el resultado de elecciones realizadas según la ley electoral aprobada por la Dieta Unida reunida en abril. La revolución no habría sido, según la púdica expresión de Camphausen, más que un «incidente» en el curso legal de las cosas. Tras los artificios jurídicos de Camphausen, explica Marx, lo que hay es el interés de la burguesía opuesto al interés de la revolución. Expresa su confianza en que «la revolución de marzo, el movimiento revolucionario alemán, no se dejarán transformar por arte de magia en "incidentes" de más o menos importancia»: Camphausen «no podrá modificar el carácter del movimiento con una teoría artificial que vincule su gobierno al estado anterior de la monarquía prusiana». Todo esto prueba, prosigue Marx, que «el interés de la revolución no es el de la clase llegada al poder ni el de sus representantes políticos» [170]. Engels destaca esta elocuente declaración de Camphausen: «Nosotros nos hemos puesto delante de la dinastía como un escudo y hemos desviado sobre nosotros todos los peligros y todos los ataques» [171].

En junio y julio *NGR* publica una serie de artículos bajo el título general de *Debates pactistas,* poniendo al descubierto, en relación con diversas cuestiones de política interior o exterior, la línea de compromiso con la monarquía que sigue la burguesía liberal, al mismo tiempo que critica las inconsecuencias y vacilaciones de la izquierda y la extrema izquierda demócratas de la Asamblea nacional prusiana. Finalmente la Asamblea se pronuncia sobre la proposición del diputado de la izquierda, Berends, formulada en estos términos: «La Asamblea, reconociendo la revolución, declara que los combates del 18 y 19 de enero han merecido bien de la patria». «La forma de la moción —comenta Engels—, su redacción, tomada de la gran revolución francesa, de un laconismo digno de los antiguos romanos, convenía perfectamente.» La mayoría de la Asamblea, compuesta en esta ocasión por los representantes de las viejas fuerzas reaccionarias y los de la burguesía liberal que sostienen el gobierno Camphausen, rechaza la moción. Así, dice Engels, «la Asamblea pactista se ha pronunciado, por fin, categóricamente: reniega de la revolución y adopta la teoría del pacto». Con este motivo Engels hace el primer análisis importante de la revolución alemana que aparece en *NGR:*

«El 18 de marzo el rey prometió una constitución, introdujo la libertad de prensa con caución e hizo declaraciones a favor de una unidad de Alemania llevada a cabo mediante su absorción por Prusia. Tal era el contenido verdadero de las concesiones del 18 de marzo. El hecho de que los berlineses se declarasen satisfechos y fueran en comitiva a palacio para dar gracias al rey muestra con claridad meridiana la necesidad de la revolución del 18 de marzo.» (Engels llama revolución del 18 de marzo a los acontecimientos que *siguen* a esa demostración de ingenuidad política de los berlineses: la represión de la manifestación y la respuesta insurreccional del pueblo.) «Había que revolucionar no sólo el Estado, sino los *ciudadanos* del Estado. Sólo en el sangriento combate liberador podían sacudirse su espíritu de fieles súbditos. El "malentendido" conocido [172] provocó la revolución. Y es cierto que hubo "malentendido". El ataque de los soldados, la prolongación del combate durante 16 horas, la necesidad en que se encontró el pueblo de imponer por la fuerza la retirada de las tropas, todo esto demuestra que el pueblo se había *equivocado* completamente sobre las concesiones del 18 de marzo.»

Para el autor de la moción rechazada el resultado de la revolución del 18 de marzo había consistido en garantizar el cumplimiento de las promesas del rey. Engels considera que, en su aspecto positivo —porque también tenía su pasivo— los resultados significaban justamente lo contrario: el hundimiento de esas promesas. «El 18 de marzo se prometió: una monarquía en la que la nobleza, la burocracia, los militares y los curas conservarían en sus manos las riendas del poder, pero en la cual una constitución otorgada y una libertad de prensa con caución permitirían a la gran burguesía ejercer un control. Para el pueblo, una bandera, una flota y un servicio militar alemanes, en lugar de prusianos. Pero la revolución derrocó todas las fuerzas de la monarquía absoluta: nobles, burócratas, militares, curas. Dio el poder a la gran burguesía exclusivamente. Dio al pueblo ese arma que es la libertad de prensa sin caución, el derecho a la asociación y también, al menos parcialmente, el arma material: el mosquetón. Pero no es ése el resultado esencial. Lo esencial es que el pueblo que ha luchado y vencido en las

barricadas es un pueblo completamente distinto del que se reunió el 18 de marzo ante el castillo para que las cargas de los dragones le aleccionaran sobre la verdadera significación de las concesiones obtenidas. Ese pueblo es capaz ahora de otras cosas, tiene una actitud totalmente diferente ante el gobierno.» Y Engels formula esta proposición profunda, que no tiene sólo un valor circunstancial: «*La conquista más importante de la revolución es la revolución misma*».

Pero los resultados de la revolución eran contradictorios, tenían su activo y su pasivo, porque la revolución, dice Engels, «no había sido llevada hasta el fin». «El pueblo había dejado que se formase un gobierno de grandes burgueses y los grandes burgueses manifestaron inmediatamente sus tendencias proponiendo una alianza a la vieja nobleza prusiana y a la burocracia (...). Por miedo al pueblo, es decir, a los obreros y a la burguesía demócrata, la alta burguesía, siempre antirrevolucionaria, concluyó una alianza ofensiva y defensiva con la reacción» [173]. «No podemos estudiar ahora en detalle —prosigue Engels— por qué y en qué medida la dominación actual de la alta burguesía en Prusia era una etapa necesaria en la vía de la democracia, ni por qué la alta burguesía, en cuanto llegó al trono, tomó partido por la reacción.» (La primera cuestión tenía su respuesta ya en los artículos de Marx y Engels de 1847 sobre la coyuntura alemana. La cuestión nueva era la segunda.)

Engels critica a los diputados de la izquierda y de la extrema izquierda por no haberse atrevido «a pronunciar claramente sobre el fondo del problema y a declararse revolucionarios». Y expone cuál debiera haber sido, a su juicio, la táctica de la izquierda:

«Desde el momento que la Asamblea es reaccionaria, que el pueblo no podía, evidentemente, esperar nada de ella, los diputados de la izquierda debían haber estado interesados en que la minoría a favor de la moción fuera lo más reducida posible y no incluyera más que los miembros más decididos. El señor Berends no tenía por qué andarse con circunloquios. Debía mostrarse lo más decidido y lo más revolucionario posible. En lugar de aferrarse a la ilusión de que la Asamblea era y quería ser una Asamblea constituyente, debía haberla dicho que había renegado ya indirectamente de la revo-

lución y exigir de ella que renegara abiertamente. Pero ni él, ni en general los diputados de la izquierda, han seguido esa política, la única que corresponde a un partido demócrata. Se abandonaron a la ilusión de poder convencer a la Asamblea de actuar revolucionariamente, de dar un paso revolucionario. Hicieron, pues, concesiones, limaron aristas, hablaron de conciliación, y así *ellos mismos* han renegado de la revolución.»

En el curso del debate parlamentario algunos diputados, con la intención de justificar la posibilidad de la política de reconciliación con la monarquía, habían ensalzado «la buena conducta del pueblo *después* del combate», su «actitud conciliadora», su «magnanimidad», la conciencia que mostraba de «estar mirando la historia de frente», etc. Engels comenta: «Reconocer la magnanimidad del pueblo después de la revolución no puede significar más que dos cosas: o bien ofender al pueblo, presentando como un mérito no hacer canalladas después de la victoria, o reconocer la abulia del pueblo después de vencer con las armas, abulia que ha dado a la reacción la posibilidad de rehacerse (...). La "buena conducta" del pueblo consiste en mirar con entusiasmo la historia de frente, en lugar de hacer historia; consiste —a fuerza de "calma", de "ponderación", de "seriedad"— en no poder impedir a los ministros escamotear pedazo a pedazo la libertad conquistada; en declarar la revolución terminada en lugar de proseguirla». A un diputado que recuerda la frase de Vergniaud —«la revolución es como Saturno: devora a sus hijos»—, Engels le replica: «¡Desgraciadamente, no! ¡Se dispone, por el contrario, a ser devorada por sus propios hijos!» [174].

Mientras los diputados discursean «sobre la revolución», los elementos reaccionarios, en particular los jefes militares ligados al rey, van tomando sus medidas para dar la batalla a la revolución de modo «práctico». El 11 de mayo *NGR*, con la firma de Engels, denuncia que Berlín se prepara «a derramar en un solo día el Santo Espíritu de la reacción sobre todas las provincias». Informa de que las tropas prusianas están siendo dislocadas en un gran arco de círculo que amenaza las provincias renanas, y previene a los trabajadores del propósito enemigo de provocar incidentes que justifiquen la intervención de las tropas en Colonia, el desarme de la guardia cívica, la detención de los principales líderes, etc. «Ponemos seriamente en guardia a los obreros de Colonia —escribe Engels— contra la trampa que les tiende la reacción. Les pedimos firmemente *no dar el menor pretexto* al partido del feudalismo prusiano para poner Colonia bajo el despotismo de las leyes marciales (...). Si proporcionamos a la reacción un pretexto para atacarnos estamos perdidos: sufriremos la misma suerte que los de Maguncia. Si les obligamos a que sean ellos los atacantes y si verdaderamente se atreven a ello, los habitantes de Colonia tendrán entonces la ocasión de demostrar que no vacilan un instante en arriesgar su vida por las conquistas del 18 de marzo» [175].

Entretanto regresa a Berlín el príncipe de Prusia, hermano del rey, cabeza de la contrarrevolución extrema, al que la insurrección de Berlín había obligado a refugiarse en Londres. Por las mismas fechas, el arsenal de Berlín, guardado hasta entonces por la milicia cívica, pasa a ser «protegido» por el ejército. Estos dos hechos, unidos a la actitud de la mayoría de la Asamblea en el debate «sobre la revolución», alarma a las fuerzas democráticas de Berlín. La situación tiende a deteriorarse también por el descontento de los obreros, cuya situación material ha empeorado desde marzo. El 10 de junio el oficioso *Vossische Zeitung* hace responsables de la agravación de la crisis económica a «las exigencias incomprensibles, escandalosas, de los obreros en materia de salarios» [176]. Días antes los obreros en paro forzoso habían ocupado uno de los ministerios, no evacuándolo hasta obtener la promesa de trabajo y un anticipo a cuenta. El descontento de obreros y artesanos pobres tiene también motivaciones políticas inmediatas, como es su exclusión de la milicia cívica. Todo este conjunto de factores pone al rojo vivo la situación social y política en Berlín. Los clubs democráticos y el comité de estudiantes organizan el 4 de junio una manifestación de homenaje a los caídos en las barricadas de marzo. Por primera vez aparece en Berlín la bandera roja. La agitación crece. El 14 de junio una gran manifestación popular asalta el arsenal y se apodera de gran cantidad de armas. Según Engels, la cosa no llegó más lejos por indecisión de los jefes demócratas [177].

En un primer comentario, *NGR* ve en el acontecimiento «las primeras luminarias de una nueva revolución». Dirigiéndose a los políticos de la burguesía liberal les dice: «Ustedes niegan la existencia de la revolución. La revolución les probará su existencia con una nueva revolución». Queriendo congraciarse con el pueblo, la Asamblea había adoptado una resolución el 15 de junio declarando que «no tiene necesidad de la protección de las fuerzas armadas y se pone bajo la protección del pueblo de Berlín». Anuncia, también, su propósito de terminar con el régimen feudal. *NGR* comenta irónicamente estos gestos diciendo que la Asamblea pactista intenta ahora «pactar con el pueblo»; el 15 de junio «ha renegado su propio pasado, lo mismo que el 9 de junio había renegado el pasado del pueblo. Ha vivido su 21 de marzo». (El 9 de junio la Asamblea había acordado no reconocer la revolución; el 21 de marzo Federico Guillermo IV, bajo la presión del pueblo armado, había prometido un régimen constitucional.) Pero *NGR* previene contra excesivas ilusiones: «*La Bastilla no ha sido tomada aún*» [178].

Dos días después Engels fustiga la recaída de la Asamblea en el pactismo, denuncia las medidas represivas del gobierno y comenta la indignación general de la Asamblea porque (Engels cita al informante) «los trofeos y las banderas conquistadas con la sangre del pueblo, a los que está unido el honor de la nación, han sido desgarrados y pisoteados». Lo que esto prueba, replica Engels, es que «el pueblo de Berlín ha dado prueba de un fino sentido revolucionario. El pueblo de Berlín ha renegado de las guerras de liberación pisoteando las banderas conquistadas en Leipzig y en Waterloo. El primer acto que se impone a los alemanes en revolución es romper con todo su pasado deshonroso. Pero la Asamblea de los pactistas no podía por menos que acoger con silbidos un acto en el que, por primera vez, el pueblo actúa como revolucionario no sólo contra sus opresores, sino también contra las brillantes ilusiones de su propio pasado».

En el mismo artículo Engels critica sin contemplaciones el comportamiento de los dirigentes demócratas de Berlín: «La izquierda berlinesa, en general, tiene una actitud cada vez más cobarde, más equívoca. Esos señores, que se han servido del pueblo en las elecciones, ¿dónde estaban en la noche del 14 de junio, cuando el pueblo, por simple perplejidad, dejó escapar muy pronto las ventajas conquistadas, cuando sólo le faltaba un jefe para completar la victoria? ¿Dónde estaban los señores Berends, Jung, Elsner, Stein, Reichenbach? Se quedaron en su casa o hicieron a los ministros reproches inicuos. Más aún. Ni siquiera se atreven a defender al pueblo contra las calumnias y los ultrajes del comisario gubernamental. Ningún orador subió a la tribuna. Ninguno quiso ser responsable de la acción del pueblo que les ha procurado la primera victoria. A todo lo que se atreven es a silbar. ¡Qué heroísmo!» [179].

Al iniciarse la salida de *NGR* los progresos de la reacción en Prusia no eran excepción en el panorama de la revolución europea iniciada en febrero y marzo. En su primer número tenía que registrar ya el golpe contrarrevolucionario de Nápoles, pero expresando la convicción de que «el torrente revolucionario que se ha precipitado sobre la vieja Europa no puede ser contenido con conspiraciones y golpes absolutistas». Predice que pronto habrá una respuesta revolucionaria que derrocará a los Borbones napolitanos e instaurará la república [180]. Días después Engels debe constatar que no sólo en Nápoles la reacción «ha conseguido ahogar la joven libertad en la sangre del pueblo»; también en Francia «una asamblea de capitalistas pone a la República un corsé de leyes draconianas», y en Inglaterra e Irlanda se «arroja masivamente en prisión a los cartistas y *rapealers*, se dispersan con ayuda de los dragones los mítines sin armas» [181].

La crisis del gobierno Camphausen que sigue al asalto del arsenal es interpretada por *NGR* como efecto no sólo de los esfuerzos de la reacción prusiana, sino de los contragolpes de la reacción en toda Europa, y en particular de la presión de Rusia. Considera que aunque tal vez se forme todavía «algún gobierno de centro-izquierda, sin estabilidad, por algunos días», el «verdadero sucesor (de Camphausen) será el príncipe de Prusia», jefe del partido feudal-absolutista. Este partido —escribe *NGR*— no necesita adular por más tiempo a los «tutores burgueses». «¿No están los rusos en las fronteras del Este y las tropas prusianas en la frontera occidental? ¿No han sido ganados los polacos a la propaganda rusa gracias a los obuses y la "piedra in-

fernal"? ¿No se han tomado todas las medidas para repetir sobre las ciudades de Renania el bombardeo de Praga? En el curso de las guerras contra Dinamarca y contra Polonia, así como en los numerosos pequeños conflictos entre las tropas y el pueblo, ¿no ha tenido el ejército el tiempo necesario para transformarse en soldadesca brutal? ¿No está fatigada la burguesía de la revolución? Y la roca sobre la que la contrarrevolución edificará su iglesia, Inglaterra, ¿no se levanta en pleno mar?» [182].

Pocos días después el rey encarga de formar gobierno a Hansemann, el otro gran político liberal de la burguesía renana. Es el gobierno «centro-izquierda» que la *NGR* había considerado posible como paso transitorio. El diario de Marx ironiza sobre la corta existencia que le espera: «La reacción y los rusos llaman a la puerta y antes de que el gallo cante tres veces el gobierno Hansemann caerá, pese a Rodbertus y pese al centro-izquierda» [183]. Días antes *NGR* expresaba, una vez más, su esperanza en el efecto catalizador de la intervención rusa: «un apóstol de la revolución se aproxima por el Este irresistiblemente, ineluctablemente. Está ya a las puertas de Thorn. *El zar. El zar salvará la revolución alemana concentrándola*» [184].

Pero quien entra en escena, de nuevo, es el proletariado de París.

* * *

Desde que llegan a Colonia las primeras noticias de la insurrección del proletariado de París, *NGR* está consagrada, durante varios números, al magno acontecimiento, publicando informaciones detalladas de los combates y una serie de artículos de Marx y Engels. En una edición especial del 26 de junio aparece el primer artículo de Engels, describiendo los combates del 23 y analizando las causas de la insurrección:

«La insurrección es puramente obrera. El resentimiento de los obreros se ha desencadenado contra el gobierno y la Asamblea, que han decepcionado sus esperanzas, que diariamente han tomado nuevas medidas contra los obreros en interés de la burguesía, que han disuelto la Comisión para los trabajadores con sede en Luxemburgo, que han reducido los Talleres nacionales y han dictado una ley contra la formación de grupos en la calle. Todos los detalles de la insurrección no hacen más que subrayar su carácter resueltamente proletario.» A continuación Engels describe los combates del 23 y termina resaltando que el gobierno no ha vencido, pese a recurrir a la metralla. «Pero cuando se emplea la metralla y se deja pasar una noche, que no es una noche de victoria, sino de simple suspensión de las hostilidades, *lo que cesa es el motín y lo que comienza es la revolución*» [185].

Al día siguiente, 27 de junio, *NGR* informa que se ha instaurado la dictadura militar de Cavaignac y afirma que la insurrección se ha transformado en revolución proletaria:

«*La más grande revolución que haya tenido lugar jamás, la revolución del proletariado contra la burguesía.*»

NGR se muestra confiante en el desenlace: «la victoria del pueblo es más segura que nunca. La burguesía francesa ha osado lo que los reyes de Francia no osaron jamás. Ella misma ha decidido su suerte. Sólo ahora, con este segundo acto de la revolución francesa, comienza la tragedia europea» [186]. En el número del 28 de junio Engels amplía su análisis precedente. Insiste en la singularidad de la nueva revolución: «la revolución de junio ofrece el espectáculo de un combate encarnizado, como ni París ni el mundo entero han visto jamás (...). Lo que distingue la revolución de junio de todas las revoluciones que han tenido lugar hasta ahora es *la ausencia de toda ilusión, de todo entusiasmo*. El pueblo no se levanta sobre las barricadas, como en febrero, cantando *Mourir pour la patrie*. Los obreros del 23 de junio luchan por su existencia, la patria ha perdido toda significación para ellos. Han desaparecido la Marsellesa y todos los recuerdos de la gran revolución. Pueblo y burgueses presienten que han entrado en una revolución más grande que la de 1789 y 1793. La revolución de junio es la revolución de la desesperación (...); los obreros saben bien que libran un combate a muerte». Engels no encuentra más que dos precedentes históricos a este carácter desesperado de la lucha de junio: la guerra de los esclavos en la Roma antigua y la sublevación de los obreros de Lyon en 1834. Subraya la importancia de los medios técni-

cos de combate: «Los ejércitos que se enfrentan en las calles de París son tan poderosos como los que participaron en Leipzig en la Batalla de las Naciones. Por sí sólo esto prueba la importancia de la revolución de junio». (En el artículo siguiente precisa que las fuerzas gubernamentales oscilan entre 150.000 a 200.000 hombres, mientras las fuerzas obreras no llegan a la cuarta parte) [187].

Engels resalta la magnanimidad del pueblo: «Si hubiera respondido a los cohetes incendiarios y a los obuses con incendios hubiera vencido esa misma noche. Pero no pensó en utilizar las mismas armas que sus adversarios. Una vez más, el pueblo fue demasiado magnánimo». En cambio, «lo que llama más la atención en este combate desesperado es la rabia con que se baten los "defensores del orden": "abaten a los obreros como a bestias feroces" (...). La burguesía libra contra ellos, con plena conciencia, una guerra de exterminio». Lo mismo si salen victoriosos que si sucumben en lo inmediato, los obreros —dice Engels— «se vengarán de ella terriblemente; después de un combate como el de estas tres jornadas de junio sólo el *terrorismo* es posible, sea cual sea el partido que lo utilice». Para la burguesía, «los obreros no son enemigos corrientes a los que hay que vencer; son *enemigos de la sociedad* a los que hay que exterminar». Para justificarlo les acusan de pillaje, incendios, asesinatos, pero durante tres días los insurrectos han sido dueños de gran parte de la ciudad y se han comportado con la mayor corrección. E insiste en la idea de que si los obreros «hubieran empleado los mismos procedimientos de violencia que los burgueses y sus servidores mandados por Cavaignac, París estaría en ruinas, pero los obreros habrían vencido». Llama la atención sobre la utilización del lumpemproletariado por la burguesía: «La guardia móvil, reclutada en su mayor parte entre el proletariado harapiento de París, se ha transformado, durante su corta existencia y gracias a una buena paga, en guardia pretoriana de los poderosos del día. Este lumpemproletariado organizado ha presentado batalla al proletariado trabajador no organizado». Saluda a los obreros caídos heroicamente en «la primera y decisiva batalla en regla del proletariado» [188].

Marx dedica al acontecimiento un importante artículo —*La revolución de junio*— en *NGR* del 29 de junio. Considera que si bien los obreros han sido aplastados por fuerzas superiores no han sucumbido: «Han sido batidos, pero sus adversarios han sido *vencidos*». Alude, al parecer, al precio pagado por los vencedores del momento: «liquidación brutal de todas las ilusiones y quimeras de la revolución de febrero, desagregación del partido de los viejos republicanos, escisión de la nación francesa en dos naciones, la nación de los poseyentes y la nación de los trabajadores». La república, hasta ayer tricolor, ya no tiene más que un color —dice Marx—, el color de los vencidos, el color de la sangre: «se ha convertido en la república roja». Al lado del pueblo no ha habido «ninguna voz reputada de los republicanos, ni del *National*, ni de la *Réforme*». «*La fraternité*, esa fraternidad de clases antagonistas, una de las cuales explota a la otra; esa fraternidad proclamada en febrero, escrita en mayúsculas sobre la frente de París, sobre cada prisión y cada cuartel, muestra su faz verdadera, auténtica, prosaica: es la guerra civil bajo su forma más feroz, la guerra entre el trabajo y el capital.» «La fraternidad ha durado justo el tiempo que el interés de la burguesía ha ido hermanado con el interés del proletariado. Pedantes de la vieja tradición revolucionaria de 1793; socialistas doctrinarios, que mendigaban a la burguesía para el pueblo, siendo autorizados a pronunciar largos sermones y a comprometerse mientras hubo necesidad de adormecer con canciones de cuna al león proletario; republicanos que reclamaban integralmente el viejo orden burgués, pero sin testa coronada; oposicionales dinásticos para los que el azar había reemplazado la caída de la dinastía por un cambio de gobierno; legitimistas que no querían despojarse de la librea, sino modificar su corte: he ahí los aliados con los que el pueblo hizo febrero. Lo que instintivamente odiaba en Luis Felipe no era Luis Felipe, sino la dominación coronada de una clase, era el capital sobre el trono. Pero, magnánimo como siempre, creyó haber aniquilado a su enemigo después de haber derribado al enemigo de sus enemigos, al enemigo común.»

«La *revolución de febrero* —prosigue Marx— fue la revolución *hermosa*, la revolución de la simpatía general, porque los antagonismos que en ella estallaron con-

tra la monarquía dormitaban *incipientes* todavía, bien avenidos unos con otros; la lucha social que era su fondo sólo había cobrado una existencia etérea, la existencia de la frase, de la palabra. La *revolución de junio* es la revolución *fea,* la revolución repelente, porque el hecho ha ocupado el lugar de la frase, porque la república puso al desnudo la cabeza misma del monstruo, al arrancarle la corona que la protegía y la ocultaba.» El monstruo es el *orden burgués.* Ninguna de las precedentes revoluciones francesas había atentado contra él. «Pero junio ha atentado contra el orden burgués. ¡Ay de junio!»

Bajo el gobierno provisional era necesario «por política y por sentimentalismo», hacer creer a los obreros que la revolución de febrero se había realizado en su interés. Bajo la Asamblea nacional ya no se trataba más que de «retrotraer el trabajo a sus condiciones anteriores, como decía el ministro Trélat». Pero ni siquiera esto era posible, dados los efectos de la crisis industrial: «una asamblea, ni más ni menos que un rey, no tiene poder para gritar *halte-là!* a una crisis industrial de carácter universal». Llegó un momento en que ni la retórica sentimental de después de febrero, ni las medidas represivas de después del 15 de mayo, eran suficientes. «Había que zanjar la cosa en los hechos, en la práctica. Vosotros, la canalla, ¿habéis hecho la revolución de febrero para *vosotros* o para *nosotros?* La burguesía planteó la cuestión de tal manera que había que responderle con balas y con barricadas.»

«Pese a todo —observa Marx—, la Asamblea fue presa de estupor cuando pregunta y respuesta inundaron de sangre las calles de París.» Desconcierto en unos —los republicanos—, porque sus ilusiones se desvanecían en el humo de la pólvora; desconcierto en otros, «porque no comprendían cómo el pueblo podía atreverse a tomar en sus manos la defensa de sus intereses más personales». Para hacer el acontecimiento más comprensible a su entendimiento, «lo explicaron por el dinero ruso, el dinero inglés, el águila bonapartista, la flor de lys y los amuletos de todo género». Pero una vez pasado el momento de furor vino la furia. Y los que aún se atrevían, anacrónicamente, a invocar la fraternidad fueron silbados en la Asamblea por la mayoría, porque de lo que se trataba, precisamente, era de «suprimir esa gran palabra y las ilusiones que destilan sus múltiples sentidos» [189].

Engels analiza la lucha, en otro artículo, desde el punto de vista militar, tratando de aprender en los aciertos y los errores, lo mismo de los insurrectos que de sus enemigos, con vistas a batallas que considera próximas. Entre las principales conclusiones que saca sobresale la siguiente: «el desarrollo de todo el asunto muestra que para vencer los obreros deben absolutamente imponerse en un plazo muy breve, aun no considerando la cuestión más que desde un punto de vista estrictamente militar» [190].

Frente a los periódicos alemanes que ven en el acontecimiento «la batalla decisiva entre la república roja y la república tricolor, entre los obreros y la burguesía», Engels sostiene, en el mismo texto: «Nosotros estamos convencidos de que esta batalla no decide nada, como no sea la disgregación interna de los vencedores».

3. EN LA EXTREMA IZQUIERDA DEL PARTIDO DEMOCRATA

Al final de su artículo *La revolución de junio,* Marx previene a los demócratas —dirigiéndose evidentemente a los demócratas-comunistas— contra una conclusión errónea a la que podría inducirles el acontecimiento de París:

«El abismo profundo que se ha abierto a nuestros pies, ¿debe extraviarnos a nosotros, los demócratas, debe llevarnos a creer que las *luchas* por la forma de Estado son vacías, ilusorias, sin importancia? Sólo espíritus débiles y temerosos pueden suscitar semejante cuestión. Los conflictos que nacen de las condiciones de la misma sociedad burguesa hay que llevarlos hasta el fin; no es posible eliminarlos imaginariamente. La mejor forma de Estado es aquella en la que las contradicciones sociales no son ahogadas, no son contenidas por la fuerza, es decir, artificialmente y, por tanto, sólo en apariencia. La mejor forma de gobierno es aquella en la que las contradicciones se afrontan abiertamente y encuentran así su solución» [191].

Marx reafirma así la línea que viene siguiendo *NGR,* reflejada en los textos citados en el epígrafe precedente: impulsar la lucha por llevar hasta el fin la liquida-

ción del régimen absolutista y realizar la unificación nacional de Alemania sobre bases democráticas. En una palabra, llevar a cabo la revolución burguesa en los términos más convenientes para el proletariado.

Aprovechando los temores y vacilaciones de la burguesía, las fuerzas del absolutismo estaban pasando a la contraofensiva. La línea pactista de los Camphausen y Hansemann hacía el juego a esas fuerzas y por eso *NGR* concentra el fuego contra el pactismo. Pero todo el contenido de sus artículos demuestra sin sombra de duda que la lucha contra la política pactista de la gran burguesía no es una lucha *directa* contra la burguesía como tal. Cierto, los artículos e informaciones sobre la insurrección de París contribuían inequívocamente a la preparación ideológica y política del proletariado alemán para cuando llegara la hora —una vez liquidados, como en Francia, los restos del viejo régimen— de enfrentarse *directamente* con la burguesía. Para referirse a la lucha de clases entre proletariado y burguesía, la *NGR* recurre preferentemente, durante este período, a ejemplos no alemanes: la enorme extensión del pauperismo en Bélgica, cuyo Estado los constitucionalistas alemanes presentaban, según los términos de Marx, como el «Estado constitucional modelo, el Eldorado monárquico a base democrática» [192]; o la lucha de clases en Inglaterra. Después de las jornadas de junio, la prensa liberal alemana ensalzaba la actitud de la clase obrera inglesa, en la que —decía, por ejemplo, la *Kölnische Zeitung*, el gran diario liberal de Colonia— no se advertía el odio contra la burguesía que mostraba la clase obrera francesa. Engels responde evocando la historia de luchas de la clase obrera inglesa, «la lucha de clases más perfecta que el mundo haya conocido jamás, la lucha de clases de los cartistas, el partido constituido del proletariado contra el poder constituido de la burguesía, lucha que no ha dado lugar todavía a colisiones tan terriblemente sangrientas como las luchas de junio en París, pero que ha sido llevada a cabo con mucha más tenacidad, por masas mucho más importantes, sobre un terreno mucho más vasto» [193].

La preocupación de Marx y Engels por no hacer más difícil de lo que ya era la acción común o paralela del proletariado y la burguesía contra el absolutismo resalta con evidencia recorriendo los números de *NGR*. ¿Cómo explicarse si no que desde junio a diciembre de 1848 —luego hay un cierto cambio táctico— no encontramos en *NGR* ningún artículo de Marx o Engels que tenga como tema central el antagonismo de clase entre la burguesía alemana y el proletariado alemán? ¿O que durante ese período sean sumamente escasos los comentarios e incluso las informaciones sobre las luchas obreras en torno al salario, la reducción de la jornada de trabajo, el paro, etc.? (En este segundo aspecto hay también otras razones de esa escasa atención a las que nos referiremos más adelante.) *NGR* se concentra en esclarecer aquellos objetivos cuya conquista proporcionaría al proletariado el espacio político más apropiado, el despliegue de su lucha contra la burguesía. La vigorosa lucha contra el pactismo era elemento esencial de esta orientación, puesto que su derrota era condición *sine qua non* de la derrota del absolutismo.

La táctica de Marx y Engels tropieza entre los miembros de la Liga de los comunistas con adversarios de «izquierda» e intérpretes de «derecha». El caso más conocido y relevante entre los primeros es el del doctor Gottschalk, que ya conocemos, al que los trabajadores de Colonia profesaban gran afecto por su abnegada actuación durante varios años como «médico de los pobres» [194]. Muy pronto surgen divergencias y conflictos entre el grupo de Marx y el grupo de Gottschalk. Este propugna el boicot de las elecciones a las Asambleas de Francfort y Berlín, mientras que Marx está por la participación. Gottschalk considera que el objetivo inmediato del proletariado debe ser la «república obrera», posición evidentemente incompatible con la estrategia de Marx [195].

Hasta que es detenido en los primeros días de julio, Gottschalk desempeña un papel destacado en Colonia. Encabeza la delegación de la Asociación obrera que participa en el primer Congreso de los demócratas reunido en Francfort del 14 al 17 de junio. A propuesta de la delegación, que incluye a Moll y Schapper, el congreso adopta una resolución declarando que para el pueblo alemán «no hay más que una Constitución posible: la república democrática». (Marx y Engels apenas aluden a este congreso en *NGR*, cosa extraña, dada la indudable importancia del acontecimiento y que el

congreso vota una moción reconociendo en *NGR* uno de los principales órganos del partido demócrata [196].) Después de la detención de Gottschalk, que permanece seis meses en prisión, los partidarios de Marx ganan terreno en la Asociación obrera.

Entre los intérpretes de «derecha» de la línea de Marx destaca Stefan Born, obrero cajista, miembro activo de la Liga de los comunistas, que durante la revolución de 1848 se convierte en el principal líder obrero de Alemania. En la misma reunión de Berlín (11 de abril) donde se elige el Comité central del proletariado berlinés, al que ya nos hemos referido, se designa una comisión, presidida por Born, para redactar los estatutos de la «organización obrera». En la introducción a los mismos Born expone la siguiente concepción: «Sabemos que en el pueblo hay obreros, pobres, humillados y oprimidos, pero todavía no hay una clase obrera y la iniciativa no puede partir de ella. Sabemos muy bien que al primer intento irreflexivo de revolución corremos el riesgo de perder todo lo que hemos conseguido y de provocar en Alemania la anarquía, y sabemos quién llegaría al poder después de ella. Ahora nuestros intereses se funden con los de los capitalistas. Lo mismo que ellos ansiamos la paz, debemos desearla» [197]. Bajo la influencia de Born el Comité central obrero de Berlín se negó a asumir la dirección del movimiento insurreccional esbozado el 14 de junio con el asalto al arsenal, según declara el propio Born en sus Memorias [198]. Sin embargo, como veremos más adelante, en noviembre llamará a la insurrección, tomando medidas para armar a los obreros, y en mayo-junio de 1849 participará de modo destacado en la insurrección por la Constitución del Reich.

Born expuso sus concepciones en el diario *Verbrüderung* (La Fraternidad), órgano de la Fraternidad Obrera, la primera organización nacional del proletariado alemán, creada, como ya dijimos, en el Congreso obrero celebrado en Berlín del 23 de agosto al 3 de septiembre de 1848. Bajo la influencia de Born y otros líderes, el congreso adoptó un programa y una táctica de tipo reformista y economista, limitándose en el terreno político a secundar al partido demócrata. La vía principal que preconizaba para resolver la «cuestión social» era el desarrollo del cooperativismo con ayuda del Estado [199]. En sus artículos de *Verbründerung* Born reconoce la lucha de clases y su significación revolucionaria, pero considera que en Alemania no existen condiciones para instaurar la dominación de la clase obrera. Plantea que «el futuro de la clase obrera está estrechamente ligado al partido demócrata» y que la conquista de la democracia «asegurará la dominación del pueblo y mejorará la situación de la clase obrera» [200]. Pero a partir de éstos y otros juicios semejantes que coinciden esencialmente con los de Marx, Born llega a la prédica abierta de la colaboración obreros-capitalistas y a una práctica correspondiente.

Durante la revolución, que se sepa, Marx y Engels no critican nunca la actividad de la Fraternidad Obrera ni, en particular, la de Born. Y éste, en sus Memorias, afirma que con ocasión de una visita suya a Colonia Marx aprobó su actuación [201]. La única nota indirectamente crítica —o suceptible de interpretarse como tal— que aparece en *NGR* concierne al proyecto de programa para discutir en el congreso de agosto, uno de los raros textos obreros publicados en la *NGR* durante 1848. El proyecto se publica en el número del 1 de julio sin comentarios, pero poco después el diario liberal burgués de Turín que llevaba el significativo título de *Concordia* comenta alarmado el programa y el hecho de que *NGR* lo publique. «En estos proyectos —dice *Concordia*— hay mucho de verdadero y de justo. Sin embargo, *Concordia* traicionaría su misión si no elevara la voz contra los errores de los socialistas.» *NGR* se limita a replicar: «Por nuestra parte nos elevamos contra el «error» de *Concordia*, que consiste en tomar el programa elaborado para el congreso de trabajadores, por la comisión correspondiente, y del que hemos informado, por *nuestro propio programa*» [202].

Posiblemente Marx no consideró oportuno criticar públicamente una actividad cuyo balance positivo era considerable, puesto que por primera vez el movimiento obrero alemán cobraba existencia propia y organizada. Muchos años después, en su *Contribución* a la historia de la Liga, Engels hará la siguiente caracterización de Born y de la Fraternidad Obrera: «El cajista Stefan Born, militante activo de la Liga en Bruselas y en París, fundó en Berlín la Fraternidad Obrera, que adquirió considerable extensión y duró hasta 1850. Joven de mu-

cho talento, pero con demasiada prisa por convertirse en personaje político, Born "fraternizó" con los elementos más dispares, con tal de poder reunir en torno suyo un tropel de gente. Y él no era, ni mucho menos, el hombre capaz de unir las más diversas tendencias y de hacer luz en el caos. Por eso, en las publicaciones oficiales de su asociación se mezclan, en abigarrado mosaico, las ideas defendidas en el *Manifiesto Comunista* con los recuerdos y anhelos gremiales, con fragmentos de Luis Blanc y Proudhon, con el proteccionismo, etc. En una palabra, se quería contentar a todo el mundo». Y Engels agrega el siguiente juicio, muy revelador, de cómo Marx y él juzgaban en 1848 la actividad del naciente movimiento obrero alemán: «Se organizaron, sobre todo, huelgas, sindicatos, cooperativas de producción, olvidándose de que lo más importante era conquistar, mediante victorias políticas, el terreno sin el cual todas esas cosas no podrían sostenerse a la larga» [203]. A este propósito tiene gran interés la lacónica referencia que se ha conservado de la discusión habida en la asamblea del 4 de agosto de 1848 de la Asociación democrática, con participación de Marx y de Weitling, el cual había regresado de América para participar en la revolución. Según esa referencia, publicada en el órgano de la Asociación, Marx criticó ásperamente la posición de Weitling, que propugnaba la separación entre el movimiento social y el movimiento político. Marx señala la estrecha conexión existente entre los intereses sociales y los intereses políticos [204].

En ese período Marx despliega una actividad creciente en el partido demócrata. La Asociación democrática de Colonia le designa, junto con el abogado Schneider II, para representarla en el Comité central de las tres asociaciones democráticas de Colonia (la Asociación democrática, la Asociación obrera y la Asociación de obreros y patronos), formado, en cumplimiento de los acuerdos del congreso demócrata de Francfort, para agrupar a todas las asociaciones de tendencia demócrata de Renania. El Comité convoca el primer congreso de demócratas renanos, que se celebra en Colonia los días 13 y 14 de agosto, participando representantes de 17 asociaciones. El Congreso decide que el indicado Comité central actúe como Comité regional [205]. Marx pasa a ser, por tanto, uno de los dirigentes oficiales

del partido demócrata en Renania, pero su actividad fundamental sigue concentrada en la *NGR*, que continúa siendo su instrumento principal para influir en el conjunto del movimiento. El diario sufre persecuciones judiciales y sus dificultades financieras son cada vez mayores. A fin de encontrar fondos para el diario, Marx emprende un viaje, del 23 de agosto al 11 de septiembre, que le lleva a Berlín y Viena, dándole ocasión de tener una serie de contactos políticos [206].

* * *

Entre los problemas importantes que *NGR* aborda en ese verano de 1848 figura el de las relaciones feudales en el campo, que aunque en un grado avanzado de descomposición persistían en grandes regiones de Alemania. Refiriéndose a la discusión en la Asamblea de Berlín de la memoria presentada por el liberal de derecha Patow (ministro de Hacienda con Camphausen), *NGR* denuncia que el verdadero objetivo del gobierno es obligar a los campesinos —que de hecho han abolido las cargas feudales en las primeras semanas de la revolución— a pagar una indemnización a los señores. En «lugar de dar forma legal a la abolición de todas las cargas feudales, realizada ya en la práctica por la voluntad del pueblo», el gobierno somete a la Asamblea una memoria invitando a los pactistas a traicionar también la revolución campesina que estalló en marzo en toda Alemania, a traicionarla en provecho de la aristocracia. El gobierno es responsable de las consecuencias que la aplicación de los principios de Patow tendrá en el campo (...). El gobierno empuja a una guerra de campesinos [207].

«La revolución en el campo —plantea Marx unas semanas después, criticando el proyecto de ley resultante de la discusión de la memoria Patow— era la eliminación efectiva de todas las cargas feudales. El "gobierno de acción", que dice reconocer la revolución, la reconoce en el campo destruyéndola bajo mano. Restablecer enteramente el *statu quo* anterior es imposible. Los campesinos abatirían a los señores sin más historias. Gierke (ministro de Agricultura) lo comprende. Por eso hace una lista pomposa de cargas feudales insignificantes y poco difundidas (cuya abolición se decreta) y restablece la principal carga feudal.» Marx se refiere a que

los campesinos son obligados a pagar un rescate que prolonga —bajo la forma burguesa del contrato de rescate— la dependencia del señor. «Gierke —dice Marx— ataca la propiedad, no hay duda, pero no la propiedad burguesa moderna, sino la propiedad feudal. La propiedad burguesa que se eleva sobre las ruinas de la propiedad feudal la refuerza (...). Esta es la única razón de que no pueda revisar los contratos de rescate, contratos que han transformado las relaciones de propiedad feudales en relaciones burguesas. Por tanto, no pueden ser revisados sin violar formalmente, al mismo tiempo, la propiedad burguesa.» Marx presenta este hecho como «la prueba más evidente de que la revolución alemana de 1848 no es más que la parodia de la revolución francesa de 1789». «El 4 de agosto de 1789, tres semanas después de la toma de la Bastilla, bastó un día al pueblo francés para acabar con las cargas feudales. El 11 de julio de 1848, cuatro meses después de las barricadas de marzo, las cargas feudales pueden más que el pueblo alemán.» «La burguesía francesa de 1789 no abandona un instante a sus aliados, los campesinos. Sabía que la base de su dominación era la destrucción de la feudalidad en el campo, la creación de una clase campesina libre, poseedora de la tierra. La burguesía alemana de 1848 traiciona sin vacilar a los campesinos, que *son sus aliados más naturales*, la carne de su carne, y sin los cuales es impotente frente a la nobleza. La persistencia, la confirmación de los derechos feudales bajo la forma de un rescate (ilusorio): he aquí el resultado de la revolución alemana de 1848. ¡La montaña parió un ratón!» [208]. Engels completa el análisis poniendo de manifiesto que esta forma de liquidación del feudalismo es la más penosa para los campesinos. La «teoría del rescate», dice, «confirma plenamente lo sucedido en todos los países donde la feudalidad ha sido abolida poco a poco, sobre todo en Inglaterra y Escocia: la transformación de la propiedad feudal en propiedad burguesa, de la señoría en capital, representa siempre un nuevo y clamoroso perjuicio para el siervo en beneficio del señor feudal. El siervo debe *comprar* cada vez su libertad y comprarla cara. El Estado burgués procede según el principio de que nada es gratuito salvo la muerte» [209].

* * *

La política agraria era un signo elocuente de la evolución reaccionaria de la situación. «No sólo la burguesía, sino los partidarios del sistema derrocado, han sido alentados —indica Engels— por las jornadas de París.» Bajo el gobierno Hansemann se acentúan las medidas represivas. *NGR* sale al paso, desde el primer momento, de las ilusiones que despierta en algunos medios democráticos y en la izquierda parlamentaria este gobierno de «centro-izquierda» que se presenta con un programa de promoción económica y social, se dice «gobierno de acción» y se declara dispuesto a actuar con eficacia. Para esto, declara Hansemann, lo primero es «restablecer la confianza» o, lo que es lo mismo, reprimir el movimiento revolucionario. El gobierno —constata *NGR*— sólo es «gobierno de acción» en tanto que «gobierno policía». Insiste en la caracterización que hizo de este gobierno nada más formarse: «gobierno de transición hacia un gobierno de la vieja nobleza, de la vieja burocracia, de la vieja Prusia. En cuanto el señor Hansemann haya cumplido su papel de transición será despedido (...). El gobierno de acción reconoce en principio la revolución para efectuar, en la práctica, la contrarrevolución». Pronóstico que se confirmará en un plazo de semanas. Y en un plazo de meses se confirmará otro pronóstico del mismo artículo, que Engels podrá citar textualmente con amarga satisfacción en su defensa ante los jueces de Colonia en febrero de 1849: «La izquierda de Berlín debe darse cuenta que el viejo poder puede concederle tranquilamente pequeñas victorias parlamentarias y grandes proyectos constitucionales si, entre tanto, se apodera de todas las posiciones clave. Puede reconocer tranquilamente en el parlamento la revolución del 19 de marzo con tal de que fuera del parlamento la revolución sea desarmada. La izquierda puede encontrarse un día con que su victoria parlamentaria coincide con su derrota efectiva. *Tal vez el desarrollo de Alemania necesita de semejantes contrastes*» [210].

En este mismo artículo se protesta contra las detenciones de Gottschalk y Anneke, dirigentes de la Asociación obrera. Los trabajadores se agitan y *NGR* les pone en guardia contra acciones irreflexivas: «Los obreros deben ser suficientemente inteligentes para no dejarse arrastrar al motín por una provocación». En

artículos sucesivos de Marx y Engels y en editoriales del periódico se denuncia la disolución de asociaciones democráticas y obreras en diferentes ciudades y estados (Stuttgart, Heidelberg, Ducado de Baden, etc.), los proyectos de ley sobre la prensa y la milicia cívica, las detenciones y expulsiones de revolucionarios (entre ellas la expulsión de Schapper, en agosto) y otros actos que van jalonando la acción verdadera del «gobierno de acción».

Engels propone a los diputados de la extrema izquierda de la Asamblea de Francfort exigir que los autores de esas medidas reaccionarias sean procesados por «violación de los derechos fundamentales del pueblo alemán». No es, dice, para obtener ningún resultado en ese sentido, sino para obligar una vez más a la mayoría de la Asamblea a exhibir ante toda Europa su alianza con la reacción.

Frente al proyecto de ley que lanza un empréstito obligatorio, *NGR* propugna el boicot: «En el momento en que Prusia, para servir sus intereses particulares, trata de traicionar a Alemania y rebelarse contra el poder central, *el deber de todo patriota* es no dar voluntariamente ni un céntimo para el empréstito. Sólo cortándole los recursos firmemente es posible obligar a Prusia a someterse a Alemania» [211].

Especial importancia tenía el decreto sobre la milicia cívica, que se había constituido en el curso de las revoluciones de marzo como la plasmación concreta de uno de los principales objetivos revolucionarios: el armamento del pueblo. Según los lugares, variaba la influencia respectiva, en el seno de la milicia, de las diferentes corrientes que habían actuado conjuntamente contra el absolutismo. El objetivo del decreto —demuestra *NGR* en una serie de artículos— es hacer de la milicia un instrumento seguro de la burguesía: «Todos los que no pueden equiparse militarmente de pies a cabeza, como es el caso de la gran mayoría de la población prusiana, del conjunto de los obreros, de gran parte de las clases medias; todos esos, son desarmados por la ley "fuera del período de servicio", mientras que la burguesía de la milicia cívica está todo el tiempo en posesión de las armas.» Controla, además, los depósitos, puesto que controla las municipalidades, agrega *NGR*. «Así, el privilegio político del capital queda restablecido de la forma más discreta, pero la más eficaz y la más decisiva. El capital tiene sobre el pobre el privilegio de las armas, como el barón feudal de la Edad Media lo tenía sobre el siervo.»

«El gobierno de acción —prosigue *NGR*— quiere establecer la dominación de la burguesía, concluyendo, al mismo tiempo, un compromiso con el viejo Estado feudal y policíaco. En esta doble y contradictoria tarea, el gobierno ve que la dominación de la burguesía —aún por establecer— y su propia existencia son desbordadas por la reacción de tipo feudal, de tipo absolutista, y sucumbirá a sus golpes. La burguesía no puede imponer su propia dominación más que si tiene provisionalmente todo el pueblo por aliado, es decir, si tiene una actitud más o menos democrática. Pero querer enlazar la época de la Restauración con la de la Monarquía de Julio, excluir ya al pueblo, maniatarlo y ponerlo al margen, cuando (la burguesía) está todavía en lucha contra el absolutismo, el feudalismo, la nobleza terrateniente, la dominación de los burócratas y de los militares —es la cuadratura del círculo—, es un problema histórico contra el que se estrellará incluso un gobierno de acción...» [212].

El «gobierno de acción» se estrella, en efecto, contra las repercusiones parlamentarias de uno de los conflictos que venían repitiéndose desde marzo, provocados por la oficialidad reaccionaria, entre militares y civiles. Esta vez —31 de julio— se produce en Silesia y la tropa hace catorce muertos y numerosos heridos entre los civiles. Las relaciones entre la Asamblea de Berlín y el gobierno Hansemann, que han ido deteriorándose en el transcurso de julio, se agravan súbitamente. La Asamblea aprueba una moción exigiendo del gobierno que ordene a los oficiales permanecer al margen de los manejos reaccionarios, evitar todo conflicto con los civiles y probar, mediante su convivencia con los ciudadanos, su buena disposición constitucionalista. Se aprueba también, aunque por un solo voto de mayoría, que los oficiales cuyas opiniones discrepen de esta decisión «tienen por deber de honor abandonar el ejército». Todo lo cual era, naturalmente, inaceptable para el rey y los mandos militares y, por tanto, para el gobierno. Al cabo de casi un mes —primeros de septiembre— el gobierno comunica a la Asamblea su negativa a apli-

car la moción Stein (del nombre del diputado que la había presentado). En respuesta, la Asamblea vota (7 de septiembre) una nueva moción Stein reclamando la ejecución inmediata de la anterior. Dos días después Hansemann presenta la dimisión del gobierno. Miles de berlineses se manifiestan ante la Asamblea, acogiendo con júbilo la dimensión del gobierno. «Cuanto más se teme el fracaso, más sorprende una brillante victoria», comenta Engels en un artículo dedicado al acontecimiento. Partiendo de que contra el gobierno ha votado la izquierda, el centro-izquierda (partido de Rodbertus, salido del gobierno a comienzos de julio) y el centro, considera que «un gobierno Waldeck-Rodbertus puede contar con gran mayoría» [213].

Simultáneamente a esta crisis política en Berlín, determinada fundamentalmente por factores internos, se desarrolla otra en Francfort, provocada por la cuestión de Schleswig-Holstein. La insurrección contra la dominación danesa de la población alemana de estos ducados, iniciada el 21 de marzo, había sido apoyada por la intervención del ejército prusiano, pero bajo la presión de Inglaterra y Rusia el gobierno de Berlín accedió a un armisticio con Dinamarca que la opinión liberal y democrática de Alemania consideraba una capitulación [214]. En un primer momento la Asamblea nacional de Francfort se niega a ratificar el armisticio, pero a los pocos días, bajo la presión de Prusia y de las potencias indicadas, vuelve sobre su decisión y lo acepta, provocando una ola de protestas en toda Alemania, que en Francfort desemboca en insurrección armada.

En un artículo aparecido a finales de julio Engels había denunciado ya un primer intento de armisticio como una capitulación del gobierno prusiano. Subraya que *NGR* había tratado el problema de Schleswig-Holstein con sangre fría, sin mezclar su voz a las jactancias del nacionalismo alemán. Explica que la verdadera intención de la monarquía prusiana no era arrancar los ducados a Dinamarca, sino utilizar la guerra para luchar en Alemania contra los elementos radicales y revolucionarios. Y aprovecha, naturalmente, la ocasión para lanzar una andanada contra Prusia, cuyo intento de armisticio —dice— «muestra de qué manera, cuando Prusia toma la dirección, entiende defender el honor y los intereses de Alemania» [215]. El 8 de septiembre, antes de que la Asamblea de Francfort anule su primera decisión, Engels analiza la significación del armisticio y las consecuencias que puede tener, tanto su aceptación como su rechazo por la Asamblea. El armisticio, dice Engels, ata las manos de Alemania durante el período más favorable para la campaña militar, disuelve el gobierno revolucionario y la Asamblea constituyente democrática de Schleswig-Holstein, anula todos los decretos de ese gobierno, entrega los ducados a un gobierno danés presidido por Moltke, especialmente detestado en los ducados, arranca las tropas de Schleswig a sus regimientos, las sustrae al alto mando alemán y las entrega al gobierno danés, que puede disolverlas, obliga a las tropas alemanas a retirarse de la Königasau hasta Hanovre y Meklemburgo, remite el Lauenburgo en manos del antiguo gobierno danés reaccionario. «No es sólo el Schleswig-Holstein, sino toda Alemania, con excepción del núcleo antiguo de Prusia, los indignados por este ignominioso armisticio.» La Asamblea nacional, dice, ha tomado «una decisión enérgica», pero duda de que la mantenga. Si capitula, «tendremos la proclamación de la república y la guerra civil en Schleswig-Holstein, el sometimiento del poder central (Francfort) a Prusia, el desprecio general de toda Europa hacia el poder central y la Asamblea». Si la Asamblea mantiene la decisión de anular el armisticio, «entonces tendremos una guerra europea, la ruptura entre Prusia y Alemania, nuevas revoluciones, la *ruina* de Prusia, *la verdadera unidad de Alemania*. ¡Que la Asamblea no se deje intimidar! Dos tercios, por lo menos, de Prusia, están con Alemania». Pero Engels no se hace ilusiones esta vez. Piensa que, «antes de desencadenar una guerra revolucionaria europea y de exponerse a nuevas tempestades, antes de hacer correr riesgos a su propia dominación en Alemania, los representantes de la burguesía en Francfort preferirán aceptar todas las afrentas» [216].

Dos días después Engels vuelve sobre el tema. Señala que mientras las guerras en Italia, Posnania y Bohemia eran impopulares, en mayor o menor grado, la guerra en Schleswig-Holstein era popular en las masas desde el principio. «Mientras que en Italia, Posnania y Praga los alemanes combatían la revolución, en Schleswig-Holstein sostenían la revolución. La guerra

contra Dinamarca es la primera guerra revolucionaria que hace Alemania. Por eso, sin que nuestros sentimientos tengan la menor semejanza con el entusiasmo de los burgueses por esas regiones "bañadas por el mar" nos hemos declarado desde el comienzo *a favor* de una conducción enérgica de la guerra contra Dinamarca.» Pero aquí aparece una concepción de Engels sobre «el derecho del desarrollo histórico», que la veremos operar de nuevo en relación con los pequeños pueblos eslavos y a la que nos referiremos críticamente en la tercera parte de este trabajo.

«Con el mismo derecho —escribe Engels— que los franceses han conquistado Flandes, la Alsacia y la Lorena, y antes o después se apropiarán de Bélgica, Alemania se apropia de Schleswig. En nombre de la civilización contra la barbarie, del progreso contra el inmovilismo. E incluso si los tratados estuviesen a favor de Dinamarca —cosa muy dudosa— ese título vale más que todos los tratados, porque es el derecho del desarrollo histórico.»

Después de subrayar que la revolución en los ducados bajo la impulsión de la lucha de liberación ha tenido resultados mucho más democráticos que en toda Alemania, Engels concluye así su artículo: «La guerra que hacemos en el Schleswig-Holstein es, pues, una verdadera guerra revolucionaria. ¿Quién, desde el comienzo, ha estado al lado de Dinamarca? Las tres potencias europeas más reaccionarias: Rusia, Inglaterra y el gobierno prusiano». Son las tres potencias que «más tienen que temer de la revolución alemana y de su primera consecuencia, la unidad alemana: Prusia, porque cesaría de existir; Inglaterra, porque el mercado alemán sería sustraído a su explotación; Rusia, porque la democracia podría avanzar no sólo hasta el Vístula, sino incluso hasta el Duna y el Dniéper. Prusia, Inglaterra y Rusia han conspirado contra el Schleswig-Holstein, contra Alemania, contra la revolución». A continuación Engels sostiene que la guerra contra esas tres potencias tendría un efecto catalizador, potenciador, para la revolución alemana [217].

El voto de la Asamblea de Francfort contra el armisticio provoca la dimisión del gobierno del Reich. Esta primera crisis del recién nacido y fantasmal gobierno central alemán coincide, por tanto, con la crisis del gobierno prusiano. Ambas Asambleas se encuentran en conflicto con los respectivos poderes ejecutivos. En ambas, por primera vez, se forma en torno a un problema fundamental una mayoría de centro-izquierda con predominio de la izquierda. El acontecimiento estimula y moviliza a las fuerzas democráticas en una serie de puntos de Alemania. Marx y Engels consideran que se ha entrado en una fase decisiva de la lucha entre revolución y contrarrevolución. Tal es, como hemos visto, la óptica de los artículos de Engels sobre el problema de Schleswig-Holstein y es también la de los artículos de Marx, dedicados principalmente a la crisis de Berlín, que bajo el título general de *La crisis y la contrarrevolución* aparecen en *NGR* entre el 12 y el 16 de septiembre.

«Vamos —dice Marx en el primer artículo— hacia una lucha decisiva. Las crisis simultáneas en Francfort y en Berlín, las últimas decisiones de las dos Asambleas, obligan a la contrarrevolución a librar su última batalla. Si en Berlín osan pisotear el principio constitucional de la soberanía de la mayoría, si a los 219 votos de la mayoría se oponen el doble de cañones, si no sólo en Berlín, sino también en Francfort se osa burlar la mayoría con un gobierno inaceptable para las dos Asambleas, si se provoca así la guerra civil entre Prusia y Alemania, entonces los demócratas saben lo que tienen que hacer» [218].

En el segundo artículo Marx afirma que sólo hay dos vías para resolver la crisis gubernamental: «O un gobierno Waldeck, que reconozca la soberanía popular, la autoridad de la Asamblea, o un gobierno Radowitz-Vincke, con disolución de la Asamblea, liquidación de las conquistas revolucionarias, bajo apariencia constitucional o incluso volviendo a la Dieta Unida No nos lo disimulemos: el conflicto surgido en Berlín no es un conflicto entre los pactistas y los ministros, sino entre la Asamblea, que por primera vez actúa como Asamblea constituyente, y la Corona». Marx sostiene que la Corona no tiene poder legal para disolver la Asamblea, porque ésta emana de la revolución. Aun situándose en el punto de vista pactista, arguye, la Asamblea tiene los mismos derechos que la Corona y, por tanto, su disolución sería un golpe de Estado. Insiste en que la alternativa es la expuesta y plantea que

«la victoria de uno u otro lado depende de la actitud del pueblo y, en particular, de la actitud del partido demócrata. Que los demócratas decidan» [219].

En el tercer artículo Marx plantea que «se está aún sobre un terreno revolucionario» y es una ficción, por tanto, actuar como si se estuviera ya en el terreno de la monarquía constitucional. (La Corona había invocado contra la Asamblea el «principio constitucional de la separación de poderes».) Y Marx tiene esta reflexión importante, que Lenin esgrimirá frente a los mencheviques en *Dos tácticas:* «Toda estructura provisional del Estado después de una revolución exige una dictadura, y una dictadura enérgica. Desde el comienzo hemos reprochado a Camphausen no actuar por medios dictatoriales, no haber suprimido y destruido inmediatamente los restos de las antiguas instituciones. Mientras Camphausen se dejaba mecer en sueños constitucionales, el partido vencido reforzaba sus posiciones en la administración y en el ejército».

La Asamblea, convocada para entenderse con la Corona sobre la Constitución aparecía con los mismos derechos que la Corona. «¡Dos poderes con los mismos derechos en una situación provisional!» —exclama Marx—. La «separación de poderes» con la que Camphausen quería «salvar la libertad» en una situación provisional tenía que provocar precisamente el conflicto. Detrás de la Corona se escondía la camarilla contrarrevolucionaria de la nobleza, el ejército y la burocracia. Detrás de la mayoría de la Asamblea estaba la burguesía. El gobierno quiso conciliar ambas y acabó siendo insoportable para las dos. «En toda situación transitoria lo decisivo no es tal o cual principio, sino la *salut public.*» El gobierno —prosigue Marx— no vaciló en utilizar medidas de salud pública contra la democracia, pero se guardó mucho de combatir de ese modo a la contrarrevolución. Con ello obligó a la Asamblea a dictar ella misma, aunque fuera en forma muy moderada, medidas de salud pública. Así es, concluye Marx, como «se ha producido el choque entre dos poderes, inevitable en una situación provisional». «La Corona y la Asamblea se encuentran frente a frente. El "pactismo" ha conducido a la división, al conflicto. Es posible que sean las armas las que decidan. Y vencerá quien tenga más valor e ideas más claras» [220].

En el último artículo (16 de septiembre) Marx opina que la crisis ha entrado en una nueva fase con el motín de los regimientos 1 y 2 de la Guardia en Potsdam. «El conflicto entre la democracia y la aristocracia ha estallado dentro mismo de la Guardia. Los soldados ven en la resolución adoptada por la Asamblea el día 7 su liberación de la tiranía de los oficiales y envían mensajes de agradecimiento a la Asamblea. La espada se encuentra así arrancada de manos de la contrarrevolución. Ahora nadie se atreverá a disolver la Asamblea y no quedará más remedio que ceder, aplicar la resolución de la Asamblea y constituir un gobierno Waldeck. La revuelta de los soldados de Potsdam nos ha ahorrado probablemente una revolución» [221].

Desde el comienzo de la crisis la prensa burguesa y los órganos de la contrarrevolución especulaban con que la Asamblea de Berlín no deliberaba libremente porque se encontraba sometida a la presión de la calle. El órgano de los demócratas berlineses, la *Zeitung-Halle,* intentaba refutar la acusación argumentando que si una parte de los diputados había cambiado de actitud la cosa se explicaba únicamente porque habían comprendido que los ministros no obraban de acuerdo con la voluntad del pueblo. Marx disiente. «Están muy claros —dice— los motivos que impulsan a la *Zeitung-Halle* a justificar moralmente ante el público a los diputados vacilantes de ambos centros (...). Pero para nosotros, que tenemos el privilegio de expresarnos abiertamente y apoyamos a los representantes de uno u otro partido en la medida únicamente que actúan de modo *revolucionario,* esos motivos no existen. ¿Por qué no decirlo? El día 7 los diputados de ambos centros se han dejado intimidar, sin duda, por las masas populares. Dejamos abierta la cuestión de si su miedo estaba justificado o no. Pero el derecho de las masas populares democráticas a influir moralmente, por su presencia, sobre el comportamiento de asambleas constituyentes es un viejo derecho revolucionario de los pueblos, al que se ha recurrido en todas las épocas agitadas, desde la revolución inglesa a la revolución francesa.» «No hay frase más vacía» —prosigue Marx— que la de «libertad de deliberaciones». Pone de manifiesto las múltiples influencias que se ejercen, de diferentes lados y por diversos medios. En realidad, esa fra-

se quiere decir: «independencia respecto de todas las influencias no reconocidas por la ley». «Pero en períodos revolucionarios esa expresión no tiene sentido alguno. Cuando dos poderes, dos partidos, se enfrentan con las armas en la mano, cuando la lucha puede estallar a cada instante, a los diputados no les queda más que escoger entre las dos actitudes siguientes: o bien colocarse bajo la protección del pueblo, aceptando que éste les corrija de vez en cuando, o bien colocarse bajo la protección de la Corona, y entonces se instalan en una pequeña ciudad bien tranquila, guardados por las bayonetas, sin poder objetar nada a que las bayonetas y la Corona les dicten sus resoluciones» [222].

* * *

A estos análisis de la crisis política de septiembre, antes de que llegara a su desenlace, corresponde una intensa actividad del equipo de *NGR* y de las organizaciones obreras y democráticas de Colonia para afrontar la situación. Marx acorta el viaje emprendido a finales de agosto y regresa a Colonia hacia el 11 de septiembre. El 13 tiene lugar una asamblea popular organizada por *NGR*, la Asociación democrática y la Asociación obrera, con asistencia de cinco a seis mil personas. A propuesta de Wolff (es de presumir que de concierto con Marx y Engels) se acuerda crear un Comité de salud pública compuesto de 30 miembros, entre los que figuran Marx, Engels, Schapper, Moll y otros comunistas, junto con personalidades demócratas.

La Asociación cívica, organización de la gran burguesía, intenta movilizar contra la Asamblea popular a la milicia cívica, pero fracasa. Lanza un llamamiento a la población calificando la formación del Comité de salud pública de «primer paso hacia la revolución». *NGR* sale al paso de esta especulación, al mismo tiempo que informa ampliamente de la Asamblea, notificando que el Comité de salud pública, una vez constituido, se ha dirigido a las autoridades civiles y militares aclarando que no es un gobierno provisional, ni un órgano conspirativo para instaurar la república roja, sino «un Comité elegido directa y públicamente por el pueblo, que se da por tarea defender los intereses de la parte de la población no representada por las autoridades legales; un Comité que sólo actúa por vías legales y no pretende usurpar ninguna autoridad fuera de la influencia moral que le confieren el derecho de libre asociación, las leyes y la confianza de los que le han elegido». El Comité, se dice también en esa aclaración, «velará por todos los medios, y de acuerdo con las autoridades siempre que sea posible, a mantener el orden, pero al mismo tiempo velará a preservar los derechos del pueblo». *NGR* reproduce, además, la resolución aprobada —a propuesta de Engels— por la reunión de Colonia, dirigida a la Asamblea de Berlín, declarando que la disolución de la Asamblea equivaldría a un golpe de Estado, e invitando a los diputados a cumplir con su deber y mantenerse en sus puestos, incluso frente a las bayonetas [223].

El 16 de septiembre la Asamblea nacional de Francfort capitula ratificando el armisticio con Dinamarca. Engels comenta con indignación la noticia y es particularmente duro con la izquierda: «Se habla de una retirada de la izquierda. ¡Si al menos tuviera valor para retirarse, esta pobre izquierda, burlada, golpeada por la mayoría y llamada al orden, además, por Gagern, un noble! La falta de valor es lo que lleva todo el movimiento alemán a su pérdida. El valor falta, tanto a la contrarrevolución para asestar golpes decisivos como al partido de la revolución. Toda Alemania sabe ahora, sea de izquierda o de derecha, que el movimiento actual no puede por menos de llevar a duros choques y a luchas sangrientas, sea para reprimirlo, sea para llevarlo a buen puerto. En lugar de mirar cara a cara esas luchas inevitables, en lugar de apresurar su fin por algunos golpes rápidos y decisivos, los dos partidos —el de la contrarrevolución y el del movimiento— conspiran conjuntamente para aplazar los combates el mayor tiempo posible (...). Este miedo a la lucha da lugar a miles de luchas menores y es lo que imprime a 1848 su carácter extremadamente sangriento y lo que complica la situación de los partidos en liza de tal manera que la lucha final habrá de ser inevitablemente más violenta y más sangrienta. Pero la lucha decisiva por la centralización y la organización democrática de Alemania no puede evitarse en modo alguno. Pese a todos los arreglos y compromisos, se aproxima cada día» [224].

Al día siguiente de la capitulación de la Asamblea

nacional las asociaciones democráticas y obreras de Francfort organizan una gran manifestación de protesta, calificando de traición la conducta de la Asamblea e invitando a la izquierda a constituirse ella misma en Asamblea soberana. El gobierno del Reich concentra tropas prusianas y austriacas de varias guarniciones próximas. El 18 los manifestantes intentan penetrar en la Asamblea, siendo rechazados por los soldados. Surgen barricadas en numerosos puntos de la ciudad. Al cabo de varias horas de combate los insurrectos son vencidos. Fracasa también un intento de insurrección en Baden [225].

Sin conocer aún el desenlace, Engels comenta los acontecimientos en la *NGR* del 20 de septiembre. Aunque la descripción que hace de la lucha induce más bien al optimismo, su pronóstico es reservado: «Tenemos pocas esperanzas, lo confesamos, de que los valerosos insurrectos triunfen». Se basa en la pequeñez de la ciudad, la importancia de las tropas, el predominio de la pequeña burguesía, de espíritu contrarrevolucionario. Aunque venzan los sublevados, dice, no se habrá resuelto nada. La contrarrevolución declarará el estado de sitio, reprimirá la libertad de prensa, los clubs, etc. [226].

El 17 de septiembre las organizaciones demócratas y obreras de Colonia organizan una gran concentración de masas en Worringen, a orillas del Rin, donde se adopta un mensaje a la Asamblea de Francfort declarando que en caso de conflicto entre Prusia y Alemania los reunidos lucharían al lado de Alemania. (No se sabía aún en Colonia que la Asamblea de Francfort había capitulado el día anterior.) La reunión se pronuncia también «por la república democrática y social, por la república roja». Durante la concentración llegan noticias sobre movimientos sospechosos de tropas hacia Colonia y la preparación de provocaciones para justificar el desarme de la milicia cívica y la proclamación del estado de sitio [227].

Al conocerse la insurrección de Francfort y su derrota, el Comité de salud pública de Colonia organiza una nueva asamblea popular (20 de septiembre), donde se aprueba otra resolución declarando traidores a los diputados de Francfort que han votado a favor del armisticio y expresando su solidaridad con los combatientes de las barricadas de Francfort, los cuales, dice la resolución, «merecen gratitud de la Patria». Se anuncia que *NGR* recoge donativos para sostener a los insurrectos y sus familias. Pero no se pasa de ahí [228].

Para el 25 de septiembre estaba convocado en Colonia el segundo congreso de las asociaciones democráticas de Renania y Westfalia. Pero a primeras horas de ese día la policía detiene a Becker y Schapper, e intenta detener a Moll, al mismo tiempo que las autoridades judiciales ordenan instruir proceso contra Engels, Wolff y Burgers, acusados todos de complot contra el orden establecido, incitación a la guerra civil, etc. El congreso demócrata tiene que ser suspendido y la noticia de las detenciones provoca la movilización inmediata de obreros y demócratas dispuestos a coger las armas. Marx acude al local de la Asociación obrera para calmar los ánimos, explicar que no ha llegado el momento de la insurrección y que toda acción prematura no tendría más resultado que quebrantar la fuerza de los obreros en vísperas del día decisivo. Pero los ánimos siguen excitados, miles de obreros y pequeñoburgueses permanecen en la calle. Cuando por la noche se corre el rumor de que llegan las tropas se levantan barricadas en el centro de la ciudad. Es una falsa alarma y no ocurre nada, pero las autoridades aprovechan la barricadas como pretexto para proclamar el estado de sitio, disolver las asociaciones, suspender la *NGR*, ordenar la detención de Engels y otros comunistas, que se ven obligados a huir de Colonia. Del equipo redaccional de *NGR* no quedan más que Marx y Weerth [229].

Después de pasado el susto, la burguesía de Colonia intenta desacreditar a las organizaciones obreras y demócratas ironizando sobre la «revolución de Colonia». Marx responde el 13 de octubre en *NGR* —que había reanudado su publicación el día anterior, al cabo de catorce días de suspensión—, restableciendo la versión auténtica de los acontecimientos y explicando su posición táctica. Explica que los obreros levantaron las barricadas cuando creyeron que iban a ser atacados. Como no fueron atacados no tuvieron que defenderse. «Además supieron que no había llegado ninguna noticia importante de Berlín. Se retiraron, pues, después de haber esperado en vano al enemigo gran parte de la noche. Nada más ridículo que el reproche de cobardía a los obreros de Colonia.» En cuanto a «los llama-

dos demócratas —dice Marx—, he aquí los hechos: «los demócratas dijeron a los obreros en el hotel Kranz (en la plaza del Viejo Mercado), en la sala Eiser y en las barricadas que no querían, en modo alguno, un *putsch*. En un momento en que ninguna cuestión importante impulsaba al conjunto de la población al combate y en que, por consiguiente, toda insurrección tenía que fracasar, pasar a la acción era tanto más insensato cuanto que en los próximos días podían producirse acontecimientos importantes y no había que quedar fuera de combate en vísperas del día decisivo. Si el gobierno se aventuraba a una contrarrevolución en Berlín sonaría entonces la hora de que el pueblo se lanzase a la revolución» [230].

Como se ve, Marx esperaba que la lucha armada se entablara en Berlín y pensaba que sólo en ese caso la lucha armada en Colonia podía tener posibilidades de éxito. Pero Berlín no se movió —ni la revolución ni la contrarrevolución— o, más exactamente, no se movió de la manera «decisiva» que Marx preveía. La contrarrevolución se limitó a acentuar su política represiva, tanto el gobierno prusiano de Berlín, manejado por el rey y su camarilla, como el gobierno «imperial» de Francfort, como los restantes gobiernos alemanes. Las jornadas de septiembre —dice Droz— produjeron gran conmoción en Alemania. Ante una considerable fracción de la burguesía quedó claro que la opción era entre radicalismo y reacción, y que bien miradas las cosas lo segundo era mil veces preferible a lo primero. ¡Antes los militares que el «populacho»! Y más grave aún —desde el punto de vista de la moral del pueblo— fue la nueva constatación, a los tres meses de la de París, de que las barricadas no eran invencibles y, en último análisis, la victoria correspondía necesariamente a los militares [231].

* * *

La crisis de septiembre y su desenlace favorable a la reacción dan lugar en los redactores de la *NGR* a una reflexión sobre el curso global de la revolución en el conjunto de Europa.

«¿Cómo explicarse —escribe Engels— la continua victoria del "orden" en toda Europa? ¿De dónde vienen las numerosas y repetidas derrotas del partido revolucionario de Nápoles a Praga, de París a Milán, de Viena a Francfort? De que todos los partidos saben que la lucha en gestación en todos los países civilizados es incomparablemente más importante que todas las revoluciones habidas hasta hoy; de que en Viena como en París, en Berlín como en Francfort, *se trata del derrocamiento del poder político de la burguesía* (...). ¿Queda acaso un centro revolucionario en el mundo donde en los últimos cinco meses no haya flotado sobre las barricadas la bandera roja, la enseña de combate del proletariado europeo fraternalmente unido? *La burguesía se encuentra directamente amenazada en su existencia política e indirectamente en su existencia social por cada insurrección que estalla ahora. De ahí todas esas derrotas.* El pueblo, la mayor parte del tiempo desarmado, debe luchar no sólo contra la fuerza organizada, burocrática y militar, del Estado pasado a las manos de la burguesía, sino también contra la misma burguesía armada. Mal armado y sin organización, el pueblo tiene frente a él todas las otras clases de la sociedad, bien organizadas y bien armadas. He ahí por qué el pueblo ha sucumbido y sucumbirá hasta que sus adversarios no se debiliten, bien a consecuencia de la participación de sus tropas en la guerra, bien porque se escindan sus filas, o porque algún gran acontecimiento empuje al pueblo a combatir desesperadamente y desmoralice a sus enemigos.»

Pero, una vez más, Engels es optimista e invita a los demás a serlo. Porque «un gran acontecimiento de ese tipo se prepara en Francia», y porque las derrotas sufridas por el pueblo han debilitado a sus enemigos. «Por eso no debemos desesperar, argumenta Engels, si en los últimos cuatro meses la metralla ha triunfado siempre sobre las barricadas. Al contrario: cada victoria de nuestros enemigos ha sido al mismo tiempo una derrota para ellos. Les ha desunido; no ha dado el poder al partido vencedor de febrero o marzo, que se hizo conservador desde entonces, sino al partido que había sido derrocado en febrero o marzo. La victoria de junio en París no ha instaurado el poder de la pequeña burguesía, de los republicanos *puros*, más que al principio. Apenas han pasado tres meses y la gran burguesía, el partido constitucional, amenaza con derrocar a Ca-

vaignac y arrojar a los puros en brazos de los "rojos". Lo mismo ocurrirá en Francfort: la victoria no aprovechará a los partidos de centro, sino a los de derecha. La burguesía cederá el sitio a esos señores, representantes del Estado de los militares, de la burocracia y de la nobleza, y tendrá que probar pronto los amargos frutos de su victoria. ¡Que le haga provecho! *Entre tanto nosotros esperaremos a que en París suene la hora de la liberación de Europa.*» Engels insiste una y otra vez en esta idea: la contrarrevolución puede desencadenarse, dice, «pero no por mucho tiempo. *El canto del gallo galo anunciará la hora de la liberación, la hora de la revuelta*». «Si la pusilanimidad e indecisión alemanas lo echan todo a perder, *Francia nos salvará*» [232].

Lo mismo piensa en relación con la causa nacional italiana, después de su derrota por los austriacos, y, en general, de todos los movimientos revolucionarios del 48: «la reacción bajo la que sucumbe Italia ahora no es sólo italiana, es una realidad europea. Italia no puede liberarse sola de las garras de esa reacción, y desde luego no lo puede recurriendo a la burguesía francesa, que es, justamente, la piedra angular de la reacción en toda Europa. Para que la reacción pueda ser aplastada en Italia y en Alemania hace falta que sea vencida antes en Francia. Hace falta que primero se proclame allí la república democrática y social, que el proletariado francés haya ajustado las cuentas a su propia burguesía antes de pensar en una victoria duradera de la democracia en Italia, Alemania, Polonia, Hungría, etc.» [233].

En sus comentarios sobre la derrota italiana encontramos esta reflexión de Engels, análoga a otra de Marx sobre los obreros de París: «A fuerza de ser magnánimos los pueblos cavan tan a menudo su propia tumba que acaban por pensar y comprender la necesidad de aprender algo de sus enemigos» [234].

«Los italianos, lo mismo que los alemanes, se han dejado engañar por los acontecimientos de marzo. Aquéllos creyeron que, en todo caso, sería el fin de la dominación extranjera; éstos pensaron que el antiguo régimen había sido definitivamente enterrado. En lugar de ello la dominación extranjera en Italia es más dura que nunca, mientras que en Alemania el antiguo régimen se ha rehecho de los golpes que se le asestaron en marzo y actúa con más furor y sed de venganza que antes» [235].

4. LA BURGUESIA Y LA CONTRARREVOLUCION

El 25 de septiembre Marx había aconsejado calma a los obreros de Colonia previendo que en los próximos días estallaría la lucha armada en Berlín y que convenía reservar las fuerzas para ese momento. Berlín no se mueve, pero Viena entra en danza.

A diferencia de lo sucedido en los otros centros de la revolución, el proceso revolucionario sigue en Viena una progresión ascendente de marzo a octubre. Los demócratas radicales, apoyados por estudiantes, artesanos y obreros, se oponen al proyecto de Constitución que el emperador Fernando I pretende otorgar, e imponen la elección de una Asamblea constituyente. Cada vez más organizadas y radicalizadas, estas fuerzas llegan a tener prácticamente el poder en Viena frente a los gobiernos liberales, que tratan de buscar una vía de compromiso con la camarilla contrarrevolucionaria que rodea al emperador. Pero a medida que las masas se revolucionarizan, la fracción avanzada de la burguesía, que al comienzo apoya la acción revolucionaria, empieza a vacilar y retroceder. El 23 de agosto se producen choques sangrientos entre algunas unidades de la guardia nacional (controlada principalmente por dicha fracción de la burguesía) y manifestantes obreros que protestan contra las reducciones de salarios decretadas por el gobierno. El conflicto es semejante, en esencia, al que en Francia había desembocado en las jornadas de junio, pero con mucha menor gravedad, y los demócratas radicales consiguen mantener el frente revolucionario [236].

El paso de Marx por Viena (28 agosto-6 septiembre) tiene lugar, justamente, en esta situación de intensa lucha política y social. Interviene en asambleas del Club democrático y de la Asociación obrera, donde se discute sobre el camino a seguir. En la Asociación obrera da una conferencia sobre *Trabajo asalariado y capital.* Las lacónicas referencias que han quedado de esas intervenciones no permiten formarse idea clara de su contenido. Al parecer, Marx puso el acento en la lucha

entre proletariado y burguesía, considerando que la situación en la capital austriaca evolucionaba hacia un choque del tipo del de junio en París. Parece ser, también, que los líderes demócratas radicales vieneses, en particular el doctor Jellinek, calificaron su posición de excesivamente teórica. Viena, objetaban a Marx, no es París, a cuyo proletariado el vienés no podía compararse ni por su peso específico en la población ni por su madurez política. La revolución de Viena, argumentaban, no podía prosperar más que con el concurso de la burguesía [237].

Mientras en Viena la revolución se radicalizaba, en el conjunto del imperio, exceptuada Hungría, se rehacían las fuerzas reaccionarias. El ejército austriaco aplasta en el huevo el movimiento nacional checo y derrota al ejército italiano de liberación. Aparece desde el primer momento como el instrumento principal de la reacción. La masa campesina se agita y exige la abolición de las cargas feudales, pero en su mayor parte es eslava y está bajo la influencia del nacionalismo antialemán. Para atraérsela, la nobleza, en vías de aburguesamiento, y la burguesía consiguen que la Asamblea constituyente decrete la abolición de los derechos señoriales. La lucha de las minorías nacionales constituye un elemento esencial de todo el proceso político. El gobierno imperial se ve forzado, desde abril, a conceder un estatuto autonómico a los húngaros, pero al mismo tiempo se sirve contra ellos de los croatas y otros pueblos eslavos dominados por los húngaros. Cuando en el movimiento nacional húngaro se impone la tendencia más radical, encabezada por Kossuth, que reclama la independencia total, el gobierno de Viena lanza contra él un ejército, formado principalmente por croatas y mandado por el jefe nacional croata, Jellacié. Los demócratas de Viena comprenden que la causa húngara es su propia causa y se insurgen contra el envío de tropas para combatir a Kossuth. Parte de estas tropas se unen a los sublevados, que ocupan el Ministerio de la Guerra, ejecutan al ministro y se apoderan de 30.000 fusiles en el arsenal. El resto de las tropas, junto con el emperador y la corte, abandonan Viena, refugiándose en Olmütz, bajo la protección del mariscal Windischgrätz (el autor del bombardeo de Praga), al que ordenan sitiar Viena. La mayoría de los diputados de la Constituyente huyen también de la capital, en la que el poder pasa a un Comité revolucionario, dirigido por demócratas radicales. Viena queda aislada, sin recibir ayuda de ninguna parte. Sólo le queda la esperanza de que el avance victorioso del ejército húngaro llegue a tiempo para salvarla. La Asamblea de Francfort intenta mediar, pero el gobierno austriaco rechaza toda negociación con los revolucionarios. La izquierda parlamentaria de Francfort se limita a expresar su solidaridad moral enviando a Viena dos diputados. Los demócratas de Berlín organizan una manifestación cuando ya es demasiado tarde. El ejército húngaro paraliza su avance, estando ya próximo de la capital austriaca, y a finales de octubre la revolución de Viena sucumbe en un baño de sangre, ante un ejército austriaco-croata de 70.000 hombres [238].

En un primer comentario (13 de octubre) sobre la situación de Viena, Marx dice que la «desconfianza de la burguesía hacia la clase obrera amenaza con llevar al fracaso, o al menos paralizar, el desarrollo de la revolución, pero de todas maneras sus efectos en Hungría, Italia y Alemania desbaratan el gran plan de la contrarrevolución». En medio del avance de la contrarrevolución en Europa —escribe el 19 de octubre— «asistimos al trueno de Viena (...). La revolución no ha vencido aún en Viena, pero sus primeros relámpagos han servido para clarificar a los ojos de Europa todas las posiciones de la contrarrevolución y hacer así inevitable una lucha universal a vida o muerte» [239]. El mismo día, refiriéndose a unas declaraciones del rey de Prusia ante una delegación de la Asamblea nacional de Francfort comenta que «su Majestad parece creer en estos momentos, como antes de las jornadas de marzo, en los "pies de hierro" de la esclavitud. Tal vez el pueblo de Viena es el mago que transformará el hierro en arcilla» [240]. Pero el 3 de noviembre, comentando noticias de la prensa aún no confirmadas, que anuncian la rendición de la ciudad, Marx recuerda su juicio del 13 de octubre y agrega: «Una derrota de Viena no nos sorprendería. Unicamente nos induciría a rechazar todo compromiso con la *burguesía,* que mide la libertad por la libertad del fabricante. Nos determinaría a enfrentarnos, rechazando todo entendimiento, implacablemente, a la miserable clase media alemana, que

renuncia voluntariamente a su propio poder con tal de seguir traficando *sin tener que luchar*. La burguesía inglesa y la burguesía francesa son ambiciosas; la derrota de Viena confirmaría que la burguesía alemana no tiene honor. Es decir, nosotros no hemos garantizado la victoria de Viena ni un instante. Su derrota (...) no haría más que convencernos de que no hay paz posible con la burguesía, ni siquiera por un período de transición, y que el pueblo debe permanecer al margen de las luchas entre la burguesía y el gobierno, y esperar sus victorias o derrotas para explotarlas». En otro artículo que se publica en *NGR* del 5 de noviembre confía aún en la posibilidad de la victoria y expresa una vez más su esperanza en el proletariado francés: «De París nos llega, por fin, el primer ruido subterráneo anunciador de un terremoto que enterrará a la honesta república bajo sus propias ruinas. El horizonte se esclarece». Finalmente tiene que constatar la derrota: «Nosotros —escribe en *NGR* del 7 de noviembre— habíamos esperado por un momento que Viena sería liberada gracias a la ayuda húngara, pero los movimientos del ejército húngaro son para nosotros un enigma» [241].

En este artículo hay una requisitoria corrosiva contra la conducta de la burguesía alemana, de la que entresacamos el siguiente pasaje: «En Francia la burguesía se ha puesto a la cabeza de la contrarrevolución después de haber derrocado todas las barreras que constituían un obstáculo a la dominación de su propia clase. En Alemania se disimula a la cola de la monarquía absoluta y del feudalismo, antes incluso de haber asegurado las condiciones elementales de su propia libertad y de su propia dominación burguesa. En Francia se erige en déspota y hace su propia contrarrevolución. En Alemania se reduce a esclava y hace la contrarrevolución de sus propios déspotas. En Francia ha vencido para humillar al pueblo. En Alemania se humilla para que el pueblo no salga victorioso. La historia no conoce bajeza más ignominiosa que la de la burguesía alemana» [242].

El comportamiento de la burguesía en toda Europa explica los éxitos militares de la contrarrevolución: «Durante las jornadas de febrero y marzo las fuerzas armadas han fracasado en todas partes. ¿Por qué? Porque no representaban nada más que los gobiernos. Después de las jornadas de junio han vencido en todas partes, porque en todas partes la burguesía está secretamente de acuerdo con ellas, al mismo tiempo que tiene en sus manos la dirección del movimiento revolucionario y no toma más que medidas a medias que por su propia naturaleza tienen que fracasar (...). El segundo acto del drama —cuyo primer acto fue representado en París bajo el título *Las jornadas de junio*— acaba de ser representado en Viena (...). Pronto asistiremos en Berlín al tercer acto».

Pero de todas maneras la revolución vencerá: «Suponiendo que la contrarrevolución renazca en toda Europa con ayuda de las *armas*, perecerá en toda Europa por medio del *dinero*. La fatalidad que reducirá a cenizas sus victorias será la *bancarrota* europea, la *bancarrota del Estado*». (Marx se refiere, evidentemente, a la bancarrota financiera.) «El filo de las bayonetas se mellará contra el filo de las cuestiones "económicas". Pero la revolución no esperará al vencimiento de esas letras que los estados europeos han extendido sobre la sociedad europea. En París se dará la réplica decisiva a las jornadas de junio. Gracias a la victoria de la "república roja", de allí partirán los ejércitos hacia las fronteras y más allá, con lo que se pondrá al descubierto la verdadera fuerza de los partidos en lucha. Entonces nos acordaremos de junio, de octubre, y gritaremos también: *Vae victis!* Las matanzas sin resultados después de las jornadas de junio y de octubre, la fastidiosa fiesta expiatoria desde febrero y marzo, el canibalismo de la contrarrevolución, convencerán a los pueblos que para abreviar, para simplificar, para concentrar la agonía sangrienta de la vieja sociedad y los sangrientos sufrimientos del parto de la nueva, *no existe más que un medio: el terrorismo revolucionario*» [243].

* * *

Después del choque frontal entre proletariado y burguesía en las calles de París Marx había reafirmado claramente para Alemania la línea de la acción común con la burguesía, por muy crítica y conflictiva que fuera. Ahora, ante el aplastamiento de la revolución en Viena, empieza a plantearse, como vemos, si no ha

llegado la hora de un cambio de táctica («renuncia a todo compromiso con la burguesía»). Pero sólo empieza. El sesgo que toma la lucha política en Prusia después de la caída de Viena le induce a mantener la táctica anterior, a realizar nuevos esfuerzos por impulsar la burguesía liberal contra el absolutismo y por vencer las vacilaciones de la pequeña burguesía democrática. Ahora bien, estos nuevos esfuerzos son hechos desde posiciones más abiertamente proletarias.

En primer lugar, Marx pasa a ser presidente de la Asociación obrera de Colonia. Después que Moll, escapando a la represión, se marcha a Londres, la presidencia es ocupada provisionalmente por Röser. A los pocos días el comité de la Asociación decide pedir a Marx que acepte su candidatura al cargo vacante. Marx opone algunas reservas, pero acaba aceptando. Según el acta de la reunión del comité, Marx declara «estar dispuesto a ceder provisionalmente a los deseos de los trabajadores, hasta la liberación del doctor Gottschalk. El gobierno y la burguesía deben convencerse que, pese a sus persecuciones, siempre hay quien está dispuesto a ponerse a la disposición de los trabajadores». Según esta misma acta, Marx informa al comité sobre la participación de los obreros alemanes en la nueva revolución iniciada en Viena (la reunión tiene lugar a finales de octubre) y propone que la Asociación obrera de Colonia envíe un mensaje de simpatía a la Asociación obrera de Viena [244]. La asamblea del 22 de octubre elige a Marx presidente de la Asociación, quedando Röser de vicepresidente. En esta misma reunión se acuerda enviar un delegado al segundo congreso demócrata, que debe reunirse en Berlín cuatro días después. En el congreso defiende una plataforma inspirada en las *Reivindicaciones del partido comunista de Alemania*. Las *Reivindicaciones* son discutidas en reuniones de la Asociación durante los meses de noviembre y diciembre [245]. Quiere decirse, por tanto, que a finales de 1848 Marx es, al mismo tiempo, líder destacado de la Asociación democrática de Colonia y del Comité demócrata de Renania, presidente de la Asociación obrera de Colonia y director de uno de los diarios más prestigiosos de la democracia alemana. Lo que expresa, sin duda, que las ideas y opciones políticas defendidas por Marx comenzaban a abrirse paso.

En octubre, mientras se libera en Viena la gran batalla que conocemos, la lucha política y social se agudiza también en Prusia. Agrupada en torno al rey, la contrarrevolución va ganando terreno, pero los clubs o asociaciones democráticas y obreras —la «democracia de la calle», como solía decirse— se movilizan a su vez. Entre estas dos fuerzas extremas, la Asamblea nacional prusiana intenta mediar y maniobrar. El 6 de octubre se organiza en Berlín una manifestación contra la nueva legislación relativa a la milicia cívica (que implica la disolución de algunas de sus unidades formadas de estudiantes y obreros). Diez días después se produce la llamada «matanza de Köpenik»: el ametrallamiento por la milicia cívica de una manifestación de obreros en huelga que trabajan en la construcción del canal Köpenik. La izquierda y la extrema izquierda de la Asamblea sostienen una petición obrera exigiendo el castigo de los oficiales responsables, el pago de los días de huelga y otras reivindicaciones. Waldeck, líder de la izquierda, declara que debe ser restablecida la confianza entre obreros y burgueses para que Berlín no dé al mundo el espectáculo de París. Pero la Asamblea nacional se limita a remitir la petición obrera al ministro de la justicia. Los funerales de las víctimas del 16 de octubre constituyen una imponente manifestación popular. La prensa democrática considera que la «matanza de Köpenik» ha sido una provocación del gobierno para justificar la declaración del estado de sitio y la prohibición del congreso democrático convocado para el día 26.

Paralelamente al conflicto entre el gobierno (apoyado por el centro y la derecha de la Asamblea nacional) y las fuerzas más avanzadas de la democracia berlinesa, se agudiza también el conflicto entre la Asamblea nacional (el centro liberal, apoyado en este aspecto por la izquierda) y el rey (tras el que se agrupan todas las fuerzas reaccionarias), conflicto que había adquirido particular virulencia en septiembre con el asunto de la moción Stein. Por otra parte, la evolución de la Asamblea nacional alemana de Francfort (su capitulación en la cuestión del armisticio con Dinamarca y la subsiguiente represión de los levantamientos que provocó) desplazaba cada vez más el centro de la revolución alemana hacia Berlín, al mismo tiempo que hacia Viena.

Los dirigentes demócratas de Berlín son conscientes de la responsabilidad que recae sobre ellos, pero al mismo tiempo carecen —como señalan Marx y Engels repetidamente— de la audacia y la energía necesarias para estar a la altura de esa responsabilidad. Les paraliza, en particular, su prevención contra las masas obreras y sus ilusiones parlamentarias. Para el 27 de octubre convocan en Berlín el llamado Contra-parlamento —reunión de diputados de izquierda de diversas asambleas parlamentarias alemanas—, pero asisten escasos diputados del resto de Alemania y no adopta, además, ninguna decisión eficaz. No se ponen de acuerdo sobre la cuestión urgente y vital de cómo ayudar a Viena.

Por las mismas fechas (26-30 de octubre) se reúne en Berlín el segundo congreso de demócratas de toda Alemania, en el que se manifiestan claramente las reservas y temores de la mayoría de los líderes demócratas hacia el naciente movimiento obrero. Born ofrece la colaboración de la Fraternidad Obrera, pero su propuesta cae en el vacío. Sin embargo, la comisión de asuntos sociales y luego el pleno del congreso aprueban la plataforma que presenta el delegado de la Asociación obrera de Colonia, inspirada, como ya dijimos, en las *Reivindicaciones del partido comunista de Alemania*. Pero este acuerdo queda en el papel, no se traduce en una política. Hermann Krige, que informa en nombre de la comisión central del congreso, sostiene que «las capas inferiores de la sociedad están aún demasiado incultas, demasiado ineducadas, para poder comprender nuestros esfuerzos» [246].

El Congreso dirige un llamamiento al pueblo alemán invitándole a reclamar de los gobiernos alemanes ayuda a Viena. Convoca también para el 29 de octubre una manifestación popular en Berlín con el mismo fin. Arengada por Arnold Ruge, una muchedumbre considerable, sobre la que ondean banderas rojas, marcha ese día sobre la Asamblea nacional para apoyar la proposición que presenta Waldeck en la Asamblea de dirigirse al gobierno reclamando ayuda militar y financiera a Viena. El rechazo de la proposición por la mayoría de la Asamblea provoca la ira del pueblo y sólo la protección de la milicia cívica impide que las masas irrumpan en el salón de sesiones. Pero varios diputados son golpeados a la salida y el mismo jefe del gobierno, el

general Pfüel, se salva gracias a la protección de algunos diputados de izquierda.

En la *NGR* del 3 de noviembre (cuando Viena ha capitulado ya pero la noticia no se conoce todavía en Colonia) se publica el llamamiento del congreso demócrata y una dura crítica del mismo por Marx. Este llamamiento, dice Marx, «reemplaza la falta de energía revolucionaria con un sermón patético y tonante que oculta la más patente pobreza de pensamiento y de pasión». A la cuestión acuciante de qué hacer para salvar a Viena, la única respuesta concreta que da el llamamiento es que el pueblo (de cada uno de los Estados alemanes) exija de sus respectivos gobiernos medidas para salvar a Viena. Marx fustiga esta directiva ilusoria y termina diciendo: «Esperamos que pese al llamamiento del Congreso democrático el pueblo sacudirá su letargo y aportará a los vieneses la única ayuda que puede aportarles en este momento: la derrota de la contrarrevolución en su propia casa» [247].

Al mismo tiempo que se corta del ala dinámica del movimiento democrático en la cuestión vital de Viena, la Asamblea nacional se decide, bajo la presión del mismo movimiento, a abolir la nobleza, sus privilegios y títulos, así como las antiguas Ordenes de Caballería. Esta decisión lleva de nuevo a un punto crítico el conflicto entre la Asamblea nacional y la Corona. Al conocer la capitulación de Viena, Federico Guillermo IV considera llegado el momento de abordar la fase final de la lucha contra la revolución. El 2 de noviembre despide a Pfüel y encarga del gobierno al conde de Brandenburg, personaje bien conocido por su reaccionarismo e incondicionalidad ante el rey. El 9 de noviembre Brandenburg ordena a la Asamblea suspender sus sesiones hasta el 27 del mismo mes y no reanudarlas en Berlín, sino en Brandeburg, pequeña ciudad provincial. Sólo la derecha de la Asamblea se inclina. La gran mayoría —263 diputados— permanecen en el salón de sesiones. El jefe de la milicia cívica de Berlín se niega a cumplir la orden de requisición del local. Pero unos y otros ceden, finalmente, ante el ejército. El gobierno disuelve la milicia cívica. Los diputados se reúnen los días siguientes en diferentes locales, pero sin decidirse a tomar medidas enérgicas. Declaran inconstitucional la disolución de la milicia cívica, desautorizan la pro-

clamación del estado de sitio por el gobierno y finalmente resuelven —momentos antes de ser disueltos por una compañía de soldados— votar un llamamiento al pueblo de Prusia dándoles la consigna de no pagar los impuestos. El documento, que se adopta el 15 de noviembre y se publica el 17, sólo lo firman 180 diputados. Los restantes —hasta los 263 que inicialmente ofrecen resistencia— han ido cediendo uno tras otro a las presiones gubernamentales.

Según documentos de la época, en los medios proletarios de Berlín y de otras ciudades alemanas, e incluso en determinados sectores de la pequeña burguesía democrática, los ánimos eran propicios al combate, pero la mayoría de los dirigentes demócratas temían la intervención de las masas. «No sin dificultad, hemos conseguido apartar al pueblo de la lucha política y haremos todo lo que podamos para que las cosas transcurran en la calma», escribe en esos días una destacada personalidad demócrata [248]. Incluso el boicot de los impuestos aparecía ante los burgueses liberales y demócratas como un acto nefando, heraldo de la revolución social, de la «república roja». Reflejando esta actitud, la Asamblea de Francfort acuerda el 20 de noviembre declarar inconstitucional la decisión de la Asamblea de Berlín.

Marx sigue paso a paso, desde el primer momento, la evolución de la crisis y junto con los otros comunistas de Colonia desempeña un papel eminente en la acción de las organizaciones obreras y demócratas de Renania. En la *NGR* de los días 9, 12 y 14 de noviembre aparecen artículos de Marx analizando la situación: «muy embrollada pero muy simple», dice en el primero. «Como ha hecho notar, con toda razón, la *Neu Preussische Zeitung*, el *rey* se asienta "sobre la más amplia base" de sus derechos "hereditarios de derecho divino". Por otro lado, la Asamblea nacional no descansa, "absolutamente, sobre base alguna"; ante todo debe establecer una constitución, poner una base. ¡Dos soberanos! El eslabón que los une es Camphausen, la teoría pactista. Desde el momento que dos soberanos no pueden o no quieren entenderse se convierten en dos soberanos enemigos. El *rey* tiene *derecho* a arrojar el guante a la *Asamblea*. La *Asamblea* tiene *derecho* a arrojar el guante al *rey*. El derecho mayor corresponde

a la fuerza mayor. La fuerza se prueba en la *lucha*. Y la lucha se prueba en la victoria» [249].

En el artículo siguiente Marx critica la debilidad y vacilaciones de la Asamblea nacional, reflejo de la actitud de la burguesía. Pone de manifiesto también la naturaleza de las contradicciones entre la burguesía y las viejas castas dominantes, que están en la raíz de la crisis. Lo que sobre todo hubiera querido la burguesía —dice en síntesis Marx— es transformar por las buenas la realeza feudal en realeza burguesa. Después de haber arrancado al partido feudal los blasones, los títulos, que herían su orgullo burgués, y las ganancias ligadas a la propiedad feudal, atentatorias al modo de producción burgués, la burguesía hubiera querido unirse al partido feudal y en común con él someter al pueblo. Pero la vieja burocracia no ha querido caer en la condición de sirvienta de una burguesía que hasta ahora estaba bajo su férula. El partido feudal no quiere sacrificar sus distinciones nobiliarias y sus intereses en el altar de la burguesía. Y la corona, en fin, ve en los elementos de la vieja sociedad feudal, de la que es la más alta emanación, su verdadero terreno social y nacional, mientras que en la burguesía ve una tierra artificial y extranjera, que la sostiene a condición de que se extinga. Y Marx llega a esta conclusión: «La realeza ha respondido a la semirrevolución de la burguesía con una contrarrevolución integral. Ha precipitado de nuevo a la burguesía en los brazos de la revolución, en los brazos del pueblo». El dilema, dice, es «el rey o el pueblo». En la lucha por resolver el dilema, marchando juntos aún proletariado y burguesía, se prepara la etapa ulterior, proletaria, de la revolución. Tal es, probablemente, el sentido de la enigmática frase que pone punto final a este artículo: «Es posible que tengamos que pasar todavía por una dura escuela, pero es la escuela preparatoria de la *revolución total*» [250].

En otro comentario de ese mismo día Marx sitúa la crisis de Berlín en el contexto del duelo entre revolución y contrarrevolución a escala europea. «La revolución europea, escribe, describe un movimiento circular. Comenzó en Italia, tomó en París un carácter europeo, en Viena dio la primera réplica a la revolución de febrero y en Berlín la réplica a la revolución de Viena. En Italia, Nápoles, la *contrarrevolución* ha asestado

su primer golpe y en París, durante las jornadas de junio, ha tomado un carácter europeo, sufriendo Viena el primer efecto de la contrarrevolución de junio y siendo Berlín donde se completa y se desacredita. *De París el canto del gallo galo despertará una vez más a Europa*» [251].

En este artículo Marx critica una vez más la actitud blandengue de la Asamblea nacional prusiana. Se pregunta por qué no pone fuera de la ley a sus enemigos, a los generales contrarrevolucionarios, «por qué ningún diputado se adelanta en medio de las bayonetas de Wrangel para declararlo fuera de la ley y arengar a la soldadesca». Y recomienda a los diputados hojear *Le Moniteur* de 1789-1795. Pero Marx clama en el desierto. Los gestos «heroicos» de las grandes revoluciones del pasado brillan por su ausencia en esta comedida revolución alemana. Para ser objetivos debemos constatar que tampoco Marx y Engels tienen gesto alguno de ese tipo, aunque la ocasión se les presenta en Colonia por lo menos dos veces, en la crisis de septiembre, ya aludida, y en esta de noviembre-diciembre. Su comportamiento se caracteriza por la máxima prudencia en espera de que Berlín «dé la señal».

El artículo de Marx termina con el interrogante: «¿Y nosotros, qué vamos a hacer?». Responde preconizando el boicot de los impuestos como el medio burgués eficaz de vencer al rey y la nobleza: «La realeza no desafía sólo al pueblo, desafía también a la burguesía. Hay que vencerla al modo burgués. ¿Y cómo puede vencerse a la realeza al modo burgués? Hambreándola. ¿Y cómo se la hambrea? Negándole los impuestos» [252]. La idea del boicot a los impuestos aparece, por tanto, en *NGR*, bajo la firma de Marx, el 12 de noviembre, tres días antes de que los 180 diputados de la izquierda de la Asamblea nacional se decidieran a lanzar esa consigna.

El último artículo de esta serie, publicado en la *NGR* del 14 de noviembre, se refiere a la decisión de la Asamblea oponiéndose a su traslado y declarando reo de alta traición al jefe del gobierno por la disolución de la milicia cívica. «Desde el momento que la Asamblea nacional declara a Brandenburg reo de alta traición —dice Marx—, *la obligación de pagar los impuestos caduca automáticamente*.» Aludiendo a la información llegada de Berlín, según la cual la milicia cívica no entregaría las armas, plantea: «La lucha parece, por tanto, inevitable, y el deber de la provincia renana es precipitarse con hombres y armas en socorro de la Asamblea nacional» [253].

El 15 aparece un llamamiento del Comité demócrata de Renania dirigido a las asociaciones de la provincia, invitándolas a reunirse inmediatamente y a organizar asambleas populares en todas las localidades próximas para impulsar a la población a no pagar los impuestos, como el mejor medio de oponerse a los actos de violencia del gobierno contra la Asamblea de los representantes del pueblo prusiano. Se desaconseja oponerse por la violencia. Para ponerse de acuerdo sobre otras medidas se convoca un congreso de delegados de la provincia para el 23 de noviembre. El documento lleva fecha del 14 de noviembre, siendo anterior, por tanto, al acuerdo de la Asamblea nacional. En nombre del Comité firman Marx y Schneider II [254].

Simultáneamente a este llamamiento público, los dirigentes demócratas renanos envían instrucciones por vía interna a las asociaciones locales. Se conserva, por ejemplo, la carta de Marx a Lasalle, que era entonces uno de los líderes de la llamada Asamblea permanente de Düsseldorf, integrada por los representantes del Club democrático popular, de la Asociación por una monarquía democrática y de la milicia cívica: «Querido Lasalle, he aquí las decisiones que debéis adoptar en vuestro Club democrático-monárquico: 1) Huelga general de impuestos; hacer propaganda sobre todo en el campo. 2) Envío de cuerpos francos hacia Berlín. 3) Envíos de dinero al Comité central demócrata de Berlín. En nombre del Comité democrático de Renania, K. Marx» [255]. Como se ve, las instrucciones internas iban más allá que las públicas e incluían medidas para afrontar la lucha armada.

El mismo día 15 en que aparece el llamamiento del Comité demócrata de Renania se publica un breve artículo de Marx dando una impresión muy optimista de la movilización en el conjunto de Alemania. Entre las noticias que enumera, la mayor parte de las cuales se revelarán erróneas o exageradas, figuran las siguientes: mensajes procedentes de todo el país no reconocen más gobierno que la Asamblea; los berlineses se ríen del estado de sitio y no se dejan paralizar por él; nadie en-

trega las armas; de diferentes regiones llegan a Berlín hombres en armas para defender la Asamblea nacional; los hombres de la milicia cívica no obedecen la orden de disolución; los soldados fraternizan cada vez más con el pueblo; Silesia y Turingia están en plena insurrección. Y termina con esta consigna: «¡Hambread al enemigo y negaros a pagar impuestos! ¡Nada más insensato que ofrecer a un gobierno de alta traición los medios de luchar contra la nación, y el medio de los medios es el *dinero!* [256].

El 17 de noviembre publica un artículo de polémica con la *Neue Preussische Zeitung* —«órgano oficial del poder actual», la caracteriza Marx— dedicado fundamentalmente a explicar que el triunfo de la reacción feudal amenaza también a la derecha burguesa, a los católicos y los disidentes protestantes, a los judíos, etc. E insiste en que la última palabra la dirá la fuerza: «El puño es el último argumento de la Corona; el puño será el último argumento del pueblo». «Todas las pretendidas conquistas de marzo no serán consideradas como imperativas más que si la coacción más directa logra mantenerlas. El puño las engendró y el puño las derrocará, dice la *Neue Preussische Zeitung*, y lo que dice la *Neue Preussische Zeitung* es Potsdam quien lo dice. Por tanto, nada de ilusiones. El pueblo debe poner fin a las medias tintas de marzo o será la Corona quien lo haga.» En una edición especial del mismo día la *NGR* informa de la resolución de la Asamblea nacional sobre los impuestos, con el siguiente comentario de Marx: «¡¡¡Por tanto, a partir de hoy los impuestos quedan suprimidos!!! ¡Pagar impuestos es alta traición, negarse a pagarlos es el primer deber de los ciudadanos!» [257]. En otro artículo de Marx este mismo 17 de noviembre sale al paso de un edicto de Eichmann, presidente de Renania (representante del gobierno prusiano), amenazando a la población si no paga los impuestos. El tono sube y la necesidad de la violencia popular se plantea más directamente, sin dejar por ello de esgrimir el argumento de la legalidad. Después del acuerdo de la Asamblea nacional —plantea Marx— las órdenes de Eichmann no tienen validez. Invita a la población a exigir de las autoridades que declaren públicamente si sí o no reconocen la Asamblea nacional y quieren aplicar sus resoluciones. «En caso de negativa, e incluso de acción directa contra esas resoluciones, hay que: 1) pronunciar la revocación de esos funcionarios; 2) declararlos culpables de alta traición y nombrar en su lugar comités provisionales de salud pública, cuyas órdenes sean las únicas legales. Allí donde las autoridades contrarrevolucionarias traten de oponerse por la violencia a la formación y actividad de estos comités de salud pública hay que *oponer la violencia a la violencia bajo todas sus formas*. La resistencia *pasiva* debe tener la resistencia *activa* como soporte. Si no, se asemeja a las coces de un ternero que el matarife lleva a degollar» [258].

En el mismo número de la *NGR* aparece una nueva directiva del Comité demócrata de Renania llamando a recurrir a las armas en caso necesario. Dice así: «El Comité demócrata de Renania llama a todas las asambleas de la provincia renana a hacer todo lo necesario para que se adopten y cumplan las siguientes medidas: 1) Una vez que la Asamblea nacional prusiana ha decidido que no se paguen los impuestos debe impedirse en todas partes y por todos los medios su recaudación por la fuerza. 2) Organizar en todos los lugares las unidades de reserva del ejército territorial, a fin de rechazar al enemigo. Se procurarán armas y municiones a las personas sin recursos, sufragándolas el municipio o mediante contribuciones voluntarias. 3) Emplazar en todas partes a las autoridades a declarar públicamente si reconocen las resoluciones de la Asamblea nacional y están dispuestas a aplicarlas. En caso de negativa hay que nombrar comités de salud pública, de acuerdo, siempre que sea posible, con los consejeros municipales. Los consejos municipales que se opongan a la Asamblea nacional deben ser renovados mediante elecciones populares generales. Colonia, 18 de septiembre. En nombre del Comité demócrata de Renania, Karl Marx, Karl Schapper, Schneider II» [259].

El 21 de noviembre Marx denuncia la actitud del Consejo municipal de Colonia, el cual se ha dirigido al rey rogándole despedir al gobierno para salvar la corona. Llama a la ciudad a derrocarlo. Si Colonia no lo hace —dice— «merece el látigo». En el mismo número de *NGR* el Comité demócrata de Renania, bajo las firmas de Marx, Schapper y Schneider, informa al pueblo de que ha recibido orden de comparecer ante el

procurador, acusado de llamar a la rebelión. El Comité llama a la población a conservar la calma y anuncia que el congreso de demócratas de Renania convocado para el 23 de noviembre tendrá lugar cualesquiera que sean las circunstancias. «La provincia renana —termina el comunicado— verterá su última gota de sangre antes de someterse al régimen de la soberanía del sable» [260].

Al día siguiente Marx sale al paso de las instrucciones enviadas por el gobierno a todas las autoridades para que recauden los impuestos por la fuerza, pero recomendando clemencia con las gentes sin recursos económicos. Se establecen así —escribe Marx— «dos categorías de pagadores: los que no pagan por conformarse a la voluntad de la Asamblea nacional y los que no pagan porque no pueden. La intención del gobierno es demasiado clara. Quiere dividir a los demócratas; quiere incitar a los campesinos y los obreros a registrarse entre los que no pagan por falta de recursos, a fin de separarlos de los que no pagan por razones de legalidad, privando así a estos últimos de la ayuda de los primeros. Pero este plan fracasará, el pueblo se dará cuenta de que es solidariamente responsable de la negativa a los impuestos, lo mismo que antes lo era de cubrirlos. La lucha entre el poder que paga y el poder pagado se llevará a cabo» [261]. El 23 de noviembre Marx denuncia el acuerdo de la Asamblea de Francfort declarando inconstitucional el de la Asamblea de Berlín. Califica a la primera de «asamblea de alta traición» y dice que «el deber de todos los miembros (de la Asamblea de Francfort) que han votado contra esa resolución es salirse de esa "Dieta difunta"». Denuncia también la proclamación del estado de sitio en Düsseldorf y otras ciudades [262].

Ese mismo día se reúne en Colonia el segundo congreso de los demócratas de Renania, discutiéndose la marcha de la campaña contra los impuestos y el problema de la participación de los campesinos en la lucha contra la reacción. El congreso ratifica las decisiones del Comité renano. Marx participa en el congreso, pero no se han conservado testimonios de su intervención, si la hubo. También el 23 de noviembre se reúne el Comité de la Asociación obrera de Colonia, al parecer sin la presencia de su presidente, Marx, que debía estar en el congreso demócrata. Los partidarios de Gottschalk plantean que ha llegado el momento de que los obreros inicien la lucha por sus propios derechos. Röser objeta que aún no ha llegado la hora del partido obrero, porque quedaría aislado. Antes hay que lograr la unidad de acción con los otros partidos. Schapper interviene en el mismo sentido que Röser. En Alemania, dice, hay tres partidos: el de la nobleza, el de la burguesía y el del proletariado. Los dos últimos deben luchar conjuntamente contra el absolutismo. Cuando éste sea derrocado dejarán de actuar conjuntamente, porque sus intereses son opuestos. La gran tarea de nuestro tiempo, plantea, es derrocar la burguesía y no sólo el feudalismo. Pero esta tarea no puede resolverse de modo fácil y rápido. «No hay duda, sin embargo, de que será finalmente resuelta. Los alemanes, pueblo de 40 millones, no permitirán indefinidamente a dos millones de pudientes que los exploten y extraigan su jugo» [263].

La movilización por el boicot de los impuestos, en apoyo de la Asamblea nacional, tuvo su máxima amplitud en Renania y Silesia, sobre todo en las ciudades con concentraciones proletarias importantes, contribuyendo en gran medida la intervención de la Fraternidad Obrera, que llamó a sus miembros a participar activamente en esta importante batalla política y a prepararse para la lucha armada [264]. Pero la sangre no llegó al río. Sólo en Erfurt se produjeron algunos choques entre las tropas y el pueblo. La pequeña burguesía, los campesinos, sin hablar ya de la burguesía, no apoyaron masivamente el boicot de los impuestos, y cuando lo hicieron fue en la línea de la «resistencia pasiva» preconizada por la Asamblea nacional. La orientación de *NGR*, compartida por algunas decenas de comunistas y de los núcleos demócratas más avanzados, de transformar la resistencia pasiva en lucha armada no tuvo éxito. Y este fracaso creó una situación propicia para que la monarquía pudiera imponer su solución. A fines de noviembre la apreciación que Marx hace de la situación oscila entre que la gran batalla puede producirse aún —«Prusia se encuentra en vísperas de la guerra civil»— o que el país abandone a la Asamblea nacional, en cuyo caso la Corona «no puede esperar más que una semivictoria, nada decisivo». Por eso escribe a

Engels el 29 de noviembre que *la révolution marche* [265]. Días después se impone la segunda variante: el rey disuelve el 5 de diciembre la Asamblea nacional y otorga una Constitución al reino. Nadie se mueve.

En la *NGR* del 7 de diciembre Marx caracteriza incisivamente el significado del acontecimiento: «Toda la hipocresía del *pacticismo* practicado desde marzo se ha despojado de su último velo. Se declara nula y mal avenida la revolución de marzo y triunfa el régimen de «derecho divino». La camarilla, la nobleza terrateniente, la burocracia y el conjunto de la reacción, con o sin uniforme, se regocijan ruidosamente de poder meter de nuevo al pueblo en las caballerizas del Estado «germano-cristiano» [266].

Al día siguiente denuncia con parecida mordacidad la responsabilidad de los liberales y demócratas timoratos que han predominado en la Asamblea nacional berlinesa: «La Asamblea nacional cosecha ahora los frutos de su prolongada debilidad y cobardía. Durante meses ha dejado tramarse tranquilamente la conjuración contra el pueblo, la ha dejado hacerse fuerte y potente, y ella es su primera víctima». En el mismo número de *NGR* hay una nota de Marx informando de que el gerente, Engels y él deben comparecer ante el jurado de Colonia por el artículo de Engels del 5 de julio, y reproduce el final de este artículo, que, a la luz de la situación creada, resulta verdaderamente profético: «La izquierda de Berlín debe darse cuenta que el viejo poder puede concederle tranquilamente pequeñas victorias parlamentarias y grandes proyectos constitucionales si, entre tanto, se apodera de todas las posiciones clave (...). La izquierda puede encontrarse un día con que su victoria parlamentaria coincide con su derrota efectiva». Pero Marx no adula al pueblo, absolviéndole de toda culpa: «También el pueblo expía los errores cometidos en marzo, así como en abril y mayo, por generosidad o, más exactamente, por estupidez, por eso llamado «resistencia pasiva». Acaba de recibir una lección de la que seguramente sacará provecho. Su próxima victoria será poner un término al "pacto" y a todas las otras grandes frases e hipocresías» [267].

El golpe de Estado del rey no significaba la simple vuelta al pasado. Era la «semivictoria» prevista por Marx, la forma constitucional que tomaba, finalmente, el compromiso que había ido tejiéndose desde marzo entre la gran burguesía liberal, representada por Camphausen y Hansemann, y la monarquía. Se imponía el contenido del *pactismo,* aunque no revistiera la forma de un entendimiento entre el rey y la representación nacional, sino de un *ukase* real. Los principales órganos de expresión de la burguesía liberal se declaraban agradablemente sorprendidos por la Constitución otorgada. Incluso el portavoz de la gran burguesía renana, la *Kölnische Zeitung,* que siempre se había manifestado hostil a una constitución otorgada [268]. El texto constitucional reconocía, en efecto, los «derechos fundamentales» (igualdad civil, libertad individual, libertad de prensa, asociación, enseñanza, cultos); establecía la responsabilidad ministerial y el derecho de iniciativa del parlamento, creaba dos cámaras, una elegida por sufragio censatario y otra por sufragio universal indirecto; proclamaba la inviolabilidad de la propiedad privada. Pero, por otra parte, conservaba al ejecutivo —el rey— poderes decisorios: derecho de veto, derecho a legislar fuera de las sesiones parlamentarias y a prolongar la vigencia de los impuestos ya establecidos, derecho a declarar el estado de sitio y suspender las garantías constitucionales.

Numerosas personalidades demócratas, aun proponiéndose para más adelante la repudiación de la Constitución otorgada y su reemplazamiento por otra más democrática emanada de la representación nacional, consideraban que no podía volverse al camino de antes de marzo (el camino revolucionario), sino que debía actuarse dentro de la nueva legalidad y alcanzar los objetivos democráticos por la vía electoral y parlamentaria. El mantenimiento del sufragio universal —visto entonces como el instrumento decisivo de la democracia— en la Constitución otorgada influía de modo determinante en esa actitud de casi todos los líderes demócratas [269].

* * *

En un análisis sobre el que volveremos en el capítulo siguiente, Marx considera que «la medida de la contrarrevolución está colmada y comienza a desbordar» a escala europea; «todas las ilusiones de febrero

y marzo han sido pisoteadas por la marcha tumultuosa de la historia» y «el pueblo no podría aprender nada más con nuevas victorias de la contrarrevolución». Ahora se trata de que «en la primera ocasión pueda poner en práctica, a tiempo y sin temor, las enseñanzas de estos últimos meses» [270]. Después de la semivictoria de la Corona, que cierra en cierta forma una primera fase de la revolución alemana, Marx se aplica a extraer esas enseñanzas en una serie de importantes artículos publicados en la *NGR* durante el mes de diciembre de 1848 bajo el título común de *La burguesía y la contrarrevolución.*

En el primer artículo se pasa revista a la política de Camphausen [271]. A través del análisis aparece, con más relieve que en los anteriores —reflejo, sin duda, de la experiencia de esos seis meses de lucha aguda entre las fuerzas revolucionarias y contrarrevolucionarias— el papel primordial que desempeña la fuerza organizada del Estado. Marx muestra de qué manera la política de Camphausen dio tiempo y condiciones a los instrumentos principales del Estado, la antigua burocracia y el antiguo ejército, para rehacerse y convertirse en instrumentos decisivos de la contrarrevolución. Así Camphausen —dice Marx— no sólo inventó la teoría pactista para salvar el terreno jurídico (la continuidad jurídica entre la nueva y la vieja situación a fin de escamotear la ruptura revolucionaria), sino que inventó las «minas» que harían saltar su propia obra, tanto el terreno jurídico como la teoría pactista. «Pero que nadie se engañe —advierte Marx—, que no se atribuya a un Camphausen o un Hansemann, a estos hombres de poca talla, capacidades de iniciativa histórica (...). Su lenguaje, sus actos, no fueron más que el eco de una clase que los había empujado al primer plano. No fueron más que la gran burguesía en primer plano.» Es un error —prosigue Marx— reprocharles haber sido infieles a sus principios después de la revolución de marzo. Siendo en la Dieta Unida los representantes de esa clase, se esforzaban por que adquiriera una posición política correspondiente a su posición social. (Marx condensa y profundiza los análisis de Engels de 1847 sobre la aproximación entre los grandes capitalistas y los grandes terratenientes, el aburguesamiento de una fracción creciente de la nobleza, la transformación del Estado absolutista en obstáculo para la nueva sociedad burguesa.) Pero «para hacer la oposición a la Corona (la alta burguesía) tuvo que hacer la corte al pueblo. Y tal vez se imaginó que era realmente para el pueblo por lo que estaba en la oposición. *Vis à vis* del gobierno no podía naturalmente reivindicar los derechos y las libertades a que aspiraba más que presentándose bajo la marca: *derechos y libertades del pueblo*». Y antes de marzo la burguesía se encontraba en buena vía de lograr sus objetivos. Pero en ese momento se desencadenó la tempestad de febrero.

«La burguesía prusiana —se dice en el segundo artículo [272]— fue lanzada a las cumbres del poder, pero no como ella quería, mediante un *arreglo pacífico con la corona,* sino gracias a una *revolución.* Y puesto que había sido un *movimiento popular* el que la había abierto el camino, no eran sus propios intereses, sino los *intereses del pueblo,* los que la burguesía tenía que defender ahora frente a la Corona, es decir, frente a *sí misma,* pues a sus ojos la Corona no representaba más que una pantalla por la gracia de Dios, tras la cual debían ocultarse sus propios intereses terrenales. La intangibilidad de *sus* propios intereses y de las formas políticas correspondientes a dichos intereses debía significar, traducido al lenguaje constitucional, la *intangibilidad de la Corona.* De ahí el entusiasmo de la burguesía alemana, y sobre todo de la prusiana, por una *monarquía constitucional.* Por eso, a pesar de que la revolución de febrero y sus repercusiones en Alemania favorecían a la burguesía prusiana, poniendo en sus manos el timón del Estado, al mismo tiempo embrollaron sus cálculos, ya que su dominación estaba ligada ahora a condiciones que ella no quería ni podía cumplir.»

Partiendo de estos análisis, Marx señala las diferencias entre la revolución alemana de 1848 y las revoluciones burguesas clásicas (la inglesa de 1648 y la francesa de 1789). En estas últimas «la burguesía era la clase que se encontraba *realmente* a la cabeza del movimiento. El proletariado y las otras categorías sociales urbanas no pertenecientes a la burguesía o bien no tenían intereses diferentes de los de la burguesía o bien no formaban aún clases o fracciones de clases con una

evolución independiente». De ahí —dice Marx— que incluso cuando se oponían a la burguesía no hacían más que luchar por los intereses de la burguesía, aunque no fuera a la manera de la burguesía: «*Todo el terror* en Francia no fue otra cosa que un método plebeyo de acabar con los enemigos de la burguesía: el absolutismo, el feudalismo y el espíritu pequeño-burgués».

La victoria de aquellas revoluciones —prosigue Marx— tuvo una dimensión europea, no sólo nacional: significó «la proclamación de un sistema político para la nueva sociedad europea», el «triunfo de un nuevo sistema social». Nada de eso se encuentra en la revolución de marzo en Prusia. «La revolución de febrero *acabó* con la monarquía constitucional de hecho y con el poder de la burguesía en la idea. La revolución de marzo en Prusia *establece* la monarquía constitucional en la idea y el poder de la burguesía de hecho. Lejos de ser una *revolución europea,* no fue más que la apagada resonancia en un país atrasado de la revolución europea. En lugar de adelantarse a su siglo quedó rezagada de él en más de cincuenta años (...). No se trataba de la instauración de una nueva sociedad, sino del renacimiento en Berlín de la sociedad que había muerto en París. La revolución de marzo en Prusia no fue ni siquiera una revolución *nacional, alemana;* desde el primer momento fue una revolución provincial, prusiana. Las insurrecciones de Viena, Kassel, Munich y otras insurrecciones provinciales se desarrollaban a la par y le disputaban la preeminencia (...). La burguesía alemana se había desarrollado con tanta indolencia, tan cobardemente, con tal lentitud, que cuando se levantó como una amenaza frente al feudalismo y el absolutismo se encontró con la amenaza del proletariado y de todas las capas de la población urbana, cuyos intereses e ideas eran afines a los del proletariado. Se vio hostilizada no sólo por la clase que estaba *detrás,* sino por toda la Europa que estaba *delante* de ella. La burguesía prusiana no era, como la burguesía francesa de 1789, la clase que representaba a *toda* la sociedad moderna frente a los representantes de la vieja sociedad: la monarquía y la nobleza: Había descendido a la categoría de un *estamento* tan opuesto a la Corona como al pueblo, pretendiendo enfrentarse con ambos e indecisa frente a cada uno de sus adversarios por separado (...), inclinada desde el primer momento a traicionar al pueblo y a pactar un compromiso con los representantes coronados de la vieja sociedad (...), colocada en el timón de la revolución no porque tuviera el pueblo tras ella, sino porque el pueblo la empujaba ante sí (...), proyectada a la superficie de un nuevo Estado por la fuerza de un terremoto, sin fe en sí misma y sin fe en el pueblo, gruñendo contra los de arriba y temblando ante los de abajo (...), revolucionaria frente a los conservadores y conservadora frente a los revolucionarios, recelosa de sus propios lemas, con frases en lugar de ideas, empavorecida ante la tempestad mundial y explotándola en provecho propio, sin energía en ningún sentido (...), sin iniciativa, sin una vocación histórica mundial, un viejo maldito condenado a dirigir y a desviar en su propio interés senil los primeros impulsos juveniles de un pueblo robusto; sin ojos, sin orejas, sin dientes, una ruina completa: tal era la *burguesía prusiana* cuando, después de marzo, se encontró al timón del Estado prusiano.» El desarrollo de la historia alemana habría de mostrar que este cáustico retrato de la burguesía alemana contenía mucho de verdad, pero también no poco de error. Sobre ello volveremos en la tercera parte de nuestra exposición [273]. Ahora nos limitaremos a señalar su divergencia con la valoración de la burguesía alemana que encontramos en los artículos de Engels de 1847. Allí aparecía segura de su fuerza, sabiendo lo que quería, agrupando en su torno a todas las otras clases y capas enemigas del absolutismo.

En el tercer artículo [274] Marx advierte que la teoría pactista no era, en modo alguno, una teoría vacía. La revolución de marzo no había sometido al rey de derecho divino al pueblo soberano; había obligado solamente a la Corona a entenderse con su viejo rival, la burguesía. La Corona, sacrificando la nobleza a la burguesía. La burguesía, sacrificando el pueblo a la Corona. Bajo esta condición la monarquía se hace burguesa y la burguesía monárquica. Después de marzo sólo estas dos potencias sirven alternativamente de pararrayos contra la revolución. Todo, claro está, bajo «la más amplia base democrática». Tal es, dice Marx, el *secreto de la teoría pactista.*

El artículo describe, con feroz delectación, cómo «los negociantes en aceite y lanas» (Camphausen había sido antes negociante en grasas y cereales, Hansemann, negociante en lanas) se complacían en «cubrir con sus alas plebeyas la realeza comprometida», se «derretían del placer supremo de ser admitido en la Corte», etc. «El ejército medio disuelto, la burocracia temblando por sus puestos y sueldos, la casta feudal humillada (...), engañaron fácilmente al *Bourgeois gentilhomme* con algunas palabras melosas y algunas reverencias. Con el poder *nominal* en sus manos, la burguesía prusiana no dudó un momento que las potencias del antiguo Estado se pondrían sin reserva a su disposición y se convertirían en devotos servidores de su propia potencia.» Mecida en esta ilusión, la burguesía, sus órganos específicos, como la milicia cívica, los consejos municipales, etc., se dedicaron a amonestar y reprimir al pueblo, creyendo así ganar la buena voluntad de los mandos militares y de la burocracia. Para «la burguesía prusiana ya no había más que una tarea: instalarse cómodamente en su dominación, apartar a los molestos anarquistas, restablecer "el orden y la tranquilidad" (...), reducir al mínimo los "gastos de producción" de su dominación y de la revolución de marzo que la condicionaba». La burguesía estaba persuadida de que para su arreglo con el viejo Estado, al que creía resignado a su suerte, «ya no había más que un obstáculo: el pueblo —*puer robustus sed malitiosus,* como dice Hobbes—. *¡El pueblo y la revolución!*». La revolución era el título jurídico del pueblo, en el que fundaba la violencia de sus reivindicaciones. «La revolución era la protesta del pueblo contra el entendimiento de la burguesía con la Corona. Al entenderse con la Corona la burguesía protestaba forzosamente contra la revolución.» Es lo que hizo Camphausen. Y la Asamblea nacional de Berlín, «al rechazar la propuesta de reconocimiento de la revolución, se constituyó en representación de la burguesía prusiana, en asamblea pactista». Esta asamblea pactista «borró de la historia los hechos. Proclamó ante el pueblo prusiano que él no se había entendido con la burguesía para hacer la revolución contra la Corona, sino que había hecho la revolución para que la Corona se entendiera con la burguesía contra él mismo. Por tanto, el *título jurídico* del pueblo revolucionario quedaba suprimido y conquistado, en cambio, el terreno jurídico de la burguesía conservadora». Terreno jurídico, que no es ninguna ley anterior —insiste Marx—: «significaba, simplemente, que la revolución no había conquistado su terreno y que la vieja sociedad no había perdido el suyo, que la revolución de marzo no era más que un "acontecimiento" que había dado el "impulso" a la "comprensión" entre el trono y la burguesía». El gobierno Camphausen cumplió esta tarea de mediación y transición, pero limitándose a una actitud de «resistencia pasiva» frente a la revolución. Repudiándola en teoría, pero contemporizando con ella en la práctica. Su retirada significó que la burguesía consideraba necesario «pasar de la *resistencia pasiva* al *ataque activo*», a la «sumisión activa del pueblo a un poder de compromiso con la Corona». Este fue, dice Marx, el secreto del «gobierno de acción», del gobierno Hansemann.

Al análisis del gobierno Hansemann está dedicado el cuarto artículo de Marx [275]. Mientras el telón de fondo del gobierno Camphausen había sido la revolución de febrero, el del gobierno Hansemann fue la revolución de junio, la gran batalla entre proletariado y burguesía. La burguesía prusiana explotó contra el pueblo la sangrienta victoria de la burguesía francesa. Los pequeños burgueses alemanes se tomaron por la burguesía francesa, sin darse cuenta de que en Francia la burguesía había derribado al trono y no tenía más enemigo enfrente que el proletariado, mientras que la burguesía prusiana, en lucha contra la Corona, no tenía más aliado que el pueblo. «No es que entre los dos no hubiese intereses antagonistas, pero les unía el mismo interés contra una tercera fuerza que los aplastaría bien pronto.» En cada ciudad alemana los pequeñoburgueses se convirtieron en «honorables republicanos» (como se decían los vencedores del proletariado de París) sin dejar de ser «honorables monárquicos». La fórmula pactista se concretó en «monarquía constitucional sobre la base de un sistema bicameral y el ejercicio común del poder legislativo por las dos cámaras y la Corona».

Lo esencial —dice Marx— del programa burgués de Hansemann, expresado con sus propias palabras, es el «restablecimiento de la confianza destruida», y, para lograrlo, el reforzamiento de la fuerza pública «necesaria a la protección de la libertad adquirida» (por los bur-

gueses) «contra la reacción» (explotación de la libertad en interés de los feudales) «y la anarquía» (explotación de la libertad en interés del pueblo). No se trata, como antes, de «la confianza *feudal* ciega en Dios, el Rey y la Patria», sino de «la confianza *burguesa*, la confianza en el comercio, en los intereses producidos por el capital, en la solvencia de los clientes; la confianza comercial. No se trata de fe, amor y esperanza, sino de *crédito*». Y «el crédito reposa sobre la seguridad en que la explotación del trabajo asalariado por el capital, del proletariado por la burguesía, de los pequeñoburgueses por los grandes burgueses, va a continuar del modo acostumbrado. Todo movimiento político del proletariado, de cualquier naturaleza que sea, incluso si está dirigido directamente por la burguesía, destruye la confianza, el crédito». De ahí la divisa de Hansemann: «¡Restablecimiento de la confianza destruida!». «Para restablecer la confianza hacía falta que la clase obrera pusiera fin a su politización y a su ingerencia en la cosa pública y volviera a su rutina anterior.»

En cuanto a las medidas del gobierno Hansemann contra la reacción, las únicas que podían haber sido efectivas, observa Marx, fueron las de tipo financiero (supresión de las exoneraciones del impuesto cedular y agrario, impuesto sobre la renta agraria, etc.), pero desataron la furia del partido feudal y fracasaron «a causa del torpe sectarismo de la izquierda». «El ministerio burgués por excelencia tuvo tan mala suerte que sus medidas más radicales habrían de ser paralizadas por los miembros radicales de la Asamblea pactista». Observación muy significativa de la manera extremadamente flexible que tenía Marx de abordar las cuestiones tácticas.

«Si el gobierno burgués logró irritar contra él, en la misma proporción, el proletariado de las ciudades, la democracia urbana y los feudales, supo también enajenarse la clase campesina atada por la feudalidad y provocar su hostilidad. En este aspecto fue sostenido con el mayor celo por la Asamblea pactista.» (Marx está refiriéndose al apoyo que dieron los representantes de la burguesía al proyecto Patow.) «Un egoísmo miserable, temeroso, insensible, cegaba a la burguesía prusiana hasta el punto de que rechazó a su aliado indispensable, la clase campesina.» «La burguesía francesa

comenzó por liberar a los campesinos. Con los campesinos conquistó Europa. La burguesía prusiana estaba tan hundida en sus intereses más inmediatos y mezquinos que se enajenó este aliado, convirtiéndolo en un instrumento de la contrarrevolución feudal.»

A continuación Marx describe la contraofensiva de la reacción bajo el gobierno Hansemann. La caída de éste, dice, no se explica porque retrocediera ante la moción aprobada por la Asamblea en relación con el ejército. Hansemann no se marchó, fue despedido. «Se le hizo creer que la Corona no le dejaría caer en ningún caso. Se le hizo perder hasta la última brizna de popularidad para sacrificarlo finalmente al rencor de los nobles feudales y para poder liberarse de la tutela burguesa (...). Hansemann fue simplemente engañado. Al fin y al cabo representaba a la burguesía engañada.» Finalmente, «bajo el gobierno Brandenburg la Asamblea pactista fue ignominiosamente dispersada, engañada, burlada, humillada, perseguida, y en el momento decisivo el *pueblo* permaneció *indiferente*. La *derrota* de la Asamblea era la *derrota de la burguesía prusiana, de los constitucionalistas*, y, por tanto, *una victoria del partido democrático*, cualquiera que sea el precio que éste deba pagar». Juicio que debe interpretarse, probablemente, en relación con este otro, formulado en un artículo distinto publicado en esos mismos días: «El principal resultado de los movimientos revolucionarios de 1848 no es lo que los pueblos han ganado, sino lo que han perdido: *sus ilusiones*» [276].

La conclusión esencial a que llega Marx en *La burguesía y la contrarrevolución*, cuando termina el año 1848, se resume en este pasaje final del cuarto artículo: «La historia de la burguesía prusiana de marzo a diciembre, como la de la burguesía alemana en general, prueba que en Alemania una revolución puramente burguesa y el establecimiento de la dominación burguesa bajo la forma de la monarquía constitucional son imposibles: sólo son posibles la contrarrevolución feudal absolutista o la revolución republicana y social».

5. GUERRA Y REVOLUCION. PUEBLOS REVOLUCIONARIOS Y PUEBLOS CONTRARREVOLUCIONARIOS

En dos artículos que aparecen en *NGR* con un mes de intervalo (30 de noviembre de 1848 y 1 de enero de 1849), Marx examina la evolución de la situación europea y sus perspectivas. En el primero, escrito con motivo de las victorias republicanas en Florencia y Roma, pasa revista a los sucesivos éxitos de la contrarrevolución y considera que «por fin, después de las derrotas casi ininterrumpidas de la democracia desde hace seis meses, después de una serie de triunfos inauditos de la contrarrevolución, aparecen los síntomas de una victoria próxima del partido revolucionario» [277]. Resumimos el texto:

Las grandes fechas de la contrarrevolución europea han sido: Londres, 10 de abril; París, 15 de mayo y 25 de junio; Milán, 6 de agosto; Viena, 1 de noviembre [278]. El 10 de abril de Londres no sólo quebró la fuerza revolucionaria del cartismo; asestó también el primer golpe a la influencia revolucionaria de febrero, dio a la contrarrevolución, en todas partes, una consistencia nueva. Se tuvo la impresión, por primera vez, de que el movimiento desencadenado en febrero no era invencible. El 15 de mayo de París fue el contrapunto al 10 de abril de Londres: demostró que se podía detener el movimiento insurreccional de París. Golpeada en su centro, la revolución no podía por menos de sucumbir en la periferia, pero la corriente revolucionaria era aún suficientemente fuerte como para obtener algunas victorias: 15 de mayo y 26 de mayo en Viena [279]. Para doblegarla hacía falta algo más. No sólo que el movimiento revolucionario fuera batido en París, sino que la misma insurrección armada fuera despojada en París de la magia de la invencibilidad. La cuatro jornadas de junio mostraron que las barricadas no eran inexpugnables, que el pueblo no era invencible. En realidad, la victoria de Cavaignac fue la victoria de una superioridad militar aplastante, pero el mundo la acogió como un milagro porque había arrebatado al pueblo de París, a las barricadas de París, la aureola de la invencibilidad. Al vencer a los 40.000 obreros de París, los 300.000 hombres de Cavaignac vencieron también, sin

saberlo, a la revolución europea. A partir de entonces la contrarrevolución se ha desatado de modo incontenible por toda Europa. «Después de esta victoria decisiva de la contrarrevolución la democracia no podía hacer más que batirse en retirada, lo más honorablemente posible, y defender paso a paso, en la prensa, en las asambleas y en los parlamentos el terreno que ya no podía conservar.» Al de París siguió el gran golpe de Milán. Su reconquista por Radetsky no significaba sólo la caída de toda Italia, sino la resurrección del centro de gravedad de la contrarrevolución europea, la resurrección de Austria. En ese momento Jellacié pasa a la ofensiva y se forma la gran alianza de la contrarrevolución con los eslavos austriacos. El 1 de noviembre se completa la obra iniciada en Custozza. Windischgraetz y Jellacié entran en Viena como Radetzky había entrado en Milán. Así, el método de Cavaignac fue aplicado al foco principal de la revolución alemana. (Marx alude a la utilización de la artillería. Cavaignac demostró, opina Marx, «que las leyes del arte militar son más o menos las mismas en las calles que en los desfiladeros de las montañas, contra las barricadas que contra las fortificaciones.)

En el artículo del 1 de enero presenta así las consecuencias de la derrota del proletariado en junio: «derrota de la burguesía republicana, bajo cuyos golpes había sucumbido (el proletariado)»; «nueva esclavización de las nacionalidades que habían respondido al canto del gallo galo con heroicas tentativas de insurrección»; «derrota de las clases medias en todos los países europeos donde esas clases, aliadas momentáneamente al pueblo, respondieron al canto del gallo galo con una insurrección sangrienta contra el feudalismo»; «victoria del Este sobre el Oeste, derrota de la civilización por la barbarie» [280].

«Pero se tiene casi la impresión —dice Marx en el primer artículo— de que la victoria del 1 de noviembre determina al mismo tiempo el punto en el que el movimiento reaccionario flaquea, en que aparece una crisis.» Se basa en que la reacción no ha podido repetir en Prusia la «hazaña» de Viena (el aplastamiento sangriento de la revolución) y lo más que podría lograr es una «semivictoria que no tendría nada de decisivo». Además, «mientras que el norte de Europa es

empujado a la servidumbre de 1847 o defiende dificultosamente frente a la contrarrevolución las conquistas de los primeros meses, Italia, de repente, comienza a levantarse de nuevo». Marx se pregunta si esta nueva «resurrección» de Italia será, como la precedente, «la aurora de un nuevo impulso de la democracia europea». Y responde: «Nos inclinamos a creerlo. La medida de la contrarrevolución está colmada hasta desbordar. Francia, en trance de arrojarse en brazos de un aventurero para escapar sea como sea a la dominación de Cavaignac y de Marrast; Alemania, más desgarrada que nunca; Austria, aplastada; Prusia, en el umbral de la guerra civil; todas, decididamente todas, las ilusiones de febrero y marzo, implacablemente pisoteadas por la marcha tumultuosa de la historia. ¡El pueblo, verdaderamente, no podría aprender nada más con nuevas victorias de la contrarrevolución!».

En el artículo del 1 de enero examina las condiciones necesarias para que pueda materializarse esa «victoria próxima del partido revolucionario» cuya posibilidad prevé un mes antes. La primera, considera Marx, es «la caída de la burguesía en Francia, el triunfo de la clase obrera francesa, la emancipación de la clase obrera en general». Pero esta condición, a su vez, no puede realizarse sin la revolución inglesa. «El país que ha hecho de naciones enteras sus proletarios, que aprisiona al mundo entero con sus brazos de coloso, que ya una vez ha pagado con su dinero los gastos de la restauración europea; el país en cuyo seno las oposiciones de clase se han exasperado hasta alcanzar la forma más pronunciada y cínica, Inglaterra, aparece como la roca donde van a estrellarse las olas de la revolución.» Sin esta Inglaterra que «domina el mercado mundial», «toda conmoción de la situación económica y social en cualquier país del continente europeo y en su conjunto no es más que un vaso de agua». Por tanto, la liberación de Europa continental depende de la insurrección victoriosa de la clase obrera francesa, pero ésta se estrellará necesariamente contra la «roca inglesa». «Y la vieja Inglaterra, considera Marx, no puede ser derrocada más que por una guerra mundial, lo único que puede ofrecer al partido cartista, al partido obrero inglés organizado, las condiciones de un levantamiento victorioso contra sus gigantescos opresores.

Los cartistas al frente del gobierno inglés: sólo entonces la revolución social pasará del reino de la utopía al de la realidad.» Guerra mundial que se producirá —razona Marx—, porque «toda guerra europea en la que esté implicada Inglaterra será una guerra mundial» y «la guerra europea es la primera consecuencia de la revolución obrera victoriosa en Francia. Inglaterra, como en la época napoleónica, marchará a la cabeza de los ejércitos contrarrevolucionarios, pero la guerra misma la precipitará a la cabeza del movimiento revolucionario». Y Marx concluye con este pronóstico: «*Sublevación revolucionaria de la clase obrera francesa, guerra mundial:* he ahí el sumario de 1849».

* * *

Por tanto, el impulso decisivo del nuevo avance de la revolución que Marx espera para 1849 debía venir de la insurrección victoriosa del proletariado de París. ¿En qué se basaba Marx para considerar probable tal hecho?

Después de los artículos sobre las jornadas de junio no se conoce ningún otro texto de Marx en el año 1848 que analice la evolución de la situación francesa. Sólo encontramos rápidos comentarios sobre algún que otro aspecto parcial y escuetos juicios globales como los que acabamos de ver en su examen de la evolución europea [281]. En cambio, existen dos trabajos de Engels que no fueron publicados entonces [282]. El primero da una apreciación extremadamente pesimista sobre el comportamiento del campesinado francés, que extiende al del alemán. «Barbarie en medio de la civilización», prisionero de su «estrechez de horizontes», el campesinado, dice Engels, «no comprendió absolutamente nada» cuando el proletariado, en la revolución de febrero, hizo valer por primera vez sus reivindicaciones. Los efectos de la crisis económica en los precios y mercados agrícolas los achaca a las exigencias de los proletarios, en los que ve —bajo la influencia de la prensa burguesa— *partaguers*, gentes que quieren repartir toda la propiedad, toda la tierra. La batalla de junio provocó en los campesinos «un grito general de furor fanático contra el París revolucionario». Y ahora —el texto es de comienzos de diciembre— se disponen a

votar por Luis Bonaparte para «salvar a Francia». Engels considera que el gobierno provisional ha cometido un error imperdonable aumentando los impuestos directos, pero piensa que «la posición actual de los campesinos frente a la revolución de 1848 no es la consecuencia de eventuales errores o de accidentales torpezas; es normal, se basa en sus condiciones de existencia y de posición social como pequeños propietarios agrarios». Y Engels llega a formular la siguiente previsión: «Antes de conseguir que triunfen sus reivindicaciones, el proletariado francés tendrá que reprimir una guerra general de los campesinos, una guerra que incluso la supresión de todas las deudas hipotecarias sólo podría recular por breve tiempo».

El otro artículo está dedicado al voto de los obreros en las elecciones del 10 de diciembre que llevan a la presidencia de la segunda república, por gran mayoría, a Luis Bonaparte. Engels concentra su atención en el hecho de que los obreros de París han dado más votos a Raspail, representante de la tendencia más revolucionaria del partido socialista democrático, que a Ledru-Rollin, comprometido en la política del gobierno provisional y en la represión de junio [283]. Después de junio, el partido de Ledru-Rollin —conocido por la Montaña— se ve relegado a la oposición y busca de nuevo el apoyo de los obreros. Al votar por Raspail, dice Engels, los obreros han marcado su desconfianza a la pequeña burguesía radical, su resolución de no caer otra vez en la trampa. Pero Engels no comenta otro aspecto fundamental de la actitud de la clase obrera en ese momento: gran parte de ella, sobre todo en provincias pero también en París, no vota ni por Ledru-Rollin ni por Raspail, sino por Luis Bonaparte, lo mismo que la masa campesina.

En el artículo de Marx, antes mencionado, sobre las perspectivas revolucionarias europeas hay una rápida apreciación de ese voto campesino y obrero que determina la elección del sobrino de Napoleón. Votando así, dice Marx, «los campesinos han depositado su boleto de entrada en el movimiento social revolucionario y los obreros han condenado todos los jefes del pasado» [284]. Como se ve, Marx atribuye al voto campesino una significación distinta que Engels, y en cuanto al voto obrero subraya el hecho principal que Engels no toca: gran

parte de la clase obrera no expresa su descontento votando por la figura revolucionaria de Raspail, sino por una figura ambigua, que aparecía como la alternativa a los «políticos» en general, desacreditados ante el proletariado, bien por su reaccionarismo bien conocido, bien por su traición a la revolución, bien por su incapacidad. o aparente incapacidad, para llevarla adelante. Parece como si Marx viera en ese voto la expresión, aunque fuera pervertida, de una radicalización de las masas, incluida la gran masa campesina. Y tal vez debe verse aquí uno de los elementos importantes de su confianza en una nueva y próxima insurrección del proletariado francés. Pero es sólo una hipótesis.

A fines de enero de 1849 aparece en *NGR* un breve comentario sin firma, pero con la factura de Marx, que permite ver algo más claro sobre la idea que éste se hacía de la situación francesa. La Asamblea nacional acababa de votar contra la prohibición inmediata de los clubs exigida por el gobierno. Con ello, considera Marx, se evita de momento el peligro de un levantamiento popular, pero surge el peligro de un golpe de Estado: «disolución de la Asamblea nacional y preparación de la restauración monárquica *manu militari*». Después de describir las reacciones y maniobras de los diferentes grupos, que a primera vista presentan un cuadro bastante embrollado, Marx hace esta interesante reflexión: «En apariencia la situación se complica; en realidad *se simplifica extremadamente. como siempre ocurre en vísperas de revolución*».

La situación «simplificada» es la siguiente: «Entre la Asamblea. por un lado, el presidente y sus ministros, por otro, el conflicto ha llegado a un punto de madurez. Francia no puede vivir más tiempo con el régimen impotente que la gobierna desde hace seis meses; el déficit. la degradación de la situación industrial y comercial, el peso de los impuestos que arruinan la agricultura. se hacen cada día más insoportables. Es urgente tomar medidas importantes para cortar por lo sano, pero cada nuevo gobierno es más impotente, más inactivo, que el precedente. Hasta que, por fin, Odilon Barrot ha llevado la inactividad a su colmo no haciendo absolutamente nada desde hace seis semanas. Pero también ha simplificado mucho la situación. Después de él no hay gobierno posible de la honorable república (...).

Ha llegado la hora de Thiers, de la restauración monárquica a la luz del día. *Restauración monárquica o... república roja.* Tal es, actualmente, la única alternativa en Francia (...). Pronto veremos si para el triunfo definitivo de la república roja es necesario que Francia pase momentáneamente por la fase monárquica. Es posible, pero poco probable. Lo cierto es que la honorable república se cuartea por los cuatro costados y después de ella sólo es posible la república roja, incluso si se revelan necesarios algunos intermedios» [285].

* * *

Con la perspectiva de que la próxima victoria de la república roja en Francia tendrá como consecuencia ineluctable la guerra europea y la guerra mundial, Marx y Engels siguen atentamente la evolución de los conflictos y contradicciones entre las potencias europeas, lo mismo que las guerras de liberación nacional.

Después del aplastamiento del movimiento polaco en Posnania por los prusianos, del bombardeo de Praga y la disolución del congreso eslavo por los austriacos, de la derrota de los italianos, también por los austriacos, en Custoza, los dos acontecimientos principales en el frente del movimiento nacional revolucionario habían sido las revoluciones republicanas en el gran ducado de Toscana y en los Estados pontificios y la guerra de Hungría contra el yugo austriaco. El conjunto de estos acontecimientos creaba condiciones favorables para el relanzamiento de la lucha de liberación nacional de los italianos.

En la guerra húngara, al principio llevan ventaja los austriacos, que el 5 de enero de 1849 ocupan Pest. El gobierno húngaro y la Asamblea nacional se trasladan a Dobrizin, donde el 14 de abril se proclama la independencia de Hungría y se conceden a Kossuth plenos poderes para dirigir la guerra. Los húngaros resisten con bravura al invasor. Organizan guerrillas, cuya acción complementa las operaciones del ejército regular creado de nueva planta por el poder revolucionario. Voluntarios de diferentes nacionalidades europeas, sobre todo polacos, participan en la lucha en las filas del ejército húngaro.

El 13 de enero aparece en *NGR* un artículo de Engels sobre la lucha de los húngaros, escrito visiblemente antes de la caída de Pest. Prevé implícitamente la derrota. «La superioridad de fuerzas (contra los húngaros) es terrible. Toda Austria, con 16 millones de eslavos fanatizados al frente, contra cuatro millones de magiares.» (Engels utiliza preferentemente el término de magiares.) Ensalza el valor y la energía revolucionaria de este pequeño pueblo, parangonándolos con los del pueblo francés durante la gran revolución. «Por primera vez en el movimiento revolucionario de 1848, por primera vez desde 1793 —escribe Engels— una nación cercada por fuerzas superiores de la contrarrevolución osa oponer la pasión revolucionaria al cobarde furor de la contrarrevolución, *le terreur rouge à la terreur blanche*» [286]. Opina que aunque los austriacos ocupen el territorio los húngaros pueden prolongar la resistencia con la lucha guerrillera, que es altamente valorada por Engels.

La proclamación de la república en Roma el 6 de febrero es saludada por *NGR* como «la primera palabra del drama revolucionario de 1849». «Los italianos —dice— abren la danza en 1849 como la abrieron en 1848. Pero, ¡qué progreso! Ya no hay un *Pius nonus* en Italia, ni un Lamartine en Francia. El período quimérico de la revolución europea, el período del fervor, de la buena voluntad y de las bellas frases ha sido dignamente clausurado por los obuses incendiarios, las matanzas a gran escala y las deportaciones» [287]. Casi simultáneamente se proclama la república en Toscana. Y el 20 de marzo, aprovechando que Austria tiene absorbidas gran parte de sus fuerzas en la guerra contra Hungría, Carlos Alberto reanuda las hostilidades. Pero a los tres días es nuevamente derrotado en Novara por el ejército de Radetzky. Antes de llegarle la noticia de esta nueva —y decisiva por muchos años— derrota de los italianos, Engels comenta ambas guerras nacionales —la italiana y la húngara—, mostrando su interconexión y su influencia en la situación europea. Considera que, aprovechando el armisticio con Piamonte, Austria ha podido concentrar fuerzas contra los húngaros y aplastar su resistencia, pero ahora tiene que dedicar gran parte de sus efectivos a la guerra contra los italianos. Por otra parte, «la guerra misma precipita cada

día más a Roma, Toscana e incluso el Piamonte en la revolución, obligándoles a acrecentar su energía revolucionaria. Y estos Estados pueden, así, esperar la crisis que se aproxima a grandes pasos en Francia». Los italianos, dice, tienen posibilidades de llevar adelante su lucha si no hay nuevas traiciones, «pero si otra vez, como el año pasado, un gobierno burgués vacilante paraliza la movilización de masas, Radetzky podrá entrar de nuevo en Milán. Contra la traición y la cobardía de los gobernantes no hay más que un recurso: la revolución. Y tal vez haga falta un nuevo perjurio de Carlos Alberto, una nueva perfidia de la nobleza y de la burguesía lombardas, para que se realice la revolución italiana y, al mismo tiempo, la lucha por la independencia de Italia. Pero entonces, ¡ay de los traidores!» [288]. En los días siguientes (31 de marzo, 1 y 4 de abril) Engels comenta la derrota de los piamonteses [289]. Atribuye la derrota a la traición de Carlos Alberto y de Ramorino (jefe de uno de los cuerpos de ejército piamonteses). Considera que la abdicación de Carlos Alberto en su hijo Víctor Emmanuel es signo premonitorio de la revolución y del triunfo de la república en Turín, pero, por lo pronto, «la derrota de los piamonteses es la derrota de toda la revolución italiana. Después de Piamonte les llegará su hora a Roma y Florencia».

No obstante, dice Engels, «si los signos no engañan esta derrota de la revolución italiana será justamente la señal del desencadenamiento de la revolución europea». Basa este pronóstico en dos supuestos: *a*) «París está maduro para una nueva revolución; *b*) «el pueblo de París sabe que Francia no puede tolerar los austriacos en Turín y Génova y no los tolerará: responderá con una insurrección victoriosa, y el ejército francés, el único que desde el 24 de febrero no ha estado en un campo de batalla, se unirá a él. El ejército francés arde en deseos de atravesar los Alpes y medirse con los austriacos. No está habituado a oponerse a una revolución que, además, le promete mayor gloria y nuevos laureles, que enarbola la bandera de la guerra contra la coalición» [290]. (La coalición a que alude Engels es la «nueva Santa Alianza» —un nuevo acuerdo entre Prusia, Austria y Rusia— que *NGR* había denunciado en diciembre de 1848 [291]. La derrota de

los italianos —agrega— es amarga. Ningún pueblo, exceptuado el polaco, ha luchado con tanta tenacidad y valor por su independencia contra vecinos mucho más potentes, pero «si esta derrota tiene como consecuencia una revolución en París y si provoca la guerra europea, cuyos signos premonitorios aparecen por todas partes, si sirve de impulso a una nueva oleada revolucionaria en el continente, que esta vez revestirá otro carácter que el del año precedente, entonces los mismos italianos tendrán razón de felicitarse».

Analizando las causas de la derrota de los piamonteses, Engels plantea que ha sido «un gran error de su parte no oponer a los austriacos más que un ejército regular, no hacerles más que la "honesta" guerra habitual, la guerra propia de los burgueses. Un pueblo que quiere conquistar su independencia no debe limitarse a las medidas militares habituales. Levantamientos en masa, guerrillas revolucionarias, guerrillas por doquier: he ahí el único medio para un pueblo pequeño de arreglarle las cuentas a uno grande; para un ejército menos fuerte de resistir a un ejército más fuerte y mejor organizado. Los españoles lo demostraron de 1807 a 1812. Los húngaros lo están demostrando ahora». La desventaja estratégica que para los italianos representaba la derrota de Novara —opina Engels— «hubiera sido insignificante de haber sido seguida de una *verdadera guerra revolucionaria,* si el resto del ejército italiano se declara abiertamente dispuesto a formar el núcleo de una sublevación nacional en masa, si la "honorable" guerra estratégica conducida por el ejército se llega a transformar en una *guerra popular* como la que hicieron los franceses en 1793». Pero la monarquía no podía hacer tal guerra. Aunque Carlos Alberto no hubiera sido un traidor, «bastaba la monarquía para conducir a Italia a la ruina». Engels considera, de todas maneras, que Carlos Alberto era traidor a la lucha de liberación del pueblo italiano, un instrumento del «gran complot contrarrevolucionario de las grandes potencias y del plan de campaña de la contrarrevolución para aplastar definitivamente a todos los pueblos europeos» [292].

En otro artículo de esos mismos días, Engels denuncia la responsabilidad primordial de la política exterior francesa, desde el gobierno provisional a Luis Bona-

parte, en los avances de la contrarrevolución europea. De la misma manera, dice, que «pretendía borrar la oposición entre clase burguesa y clase obrera con la gran palabra de fraternización, suprimiendo en la imaginación la lucha de clases», trataba (el gobierno provisional) de esquivar «la oposición de las naciones y la guerra extranjera». «Bajo la égida del gobierno provisional, los opresores de los polacos, de los italianos y de los húngaros reconstituyeron sus fuerzas, como lo había hecho la burguesía francesa, que a fines de junio realizó en los hechos la fraternización lamartiniana. Cavaignac mantuvo la paz en el exterior para llevar a cabo tranquilamente la guerra civil en el interior» [293].

La «nueva Santa Alianza» no pierde tiempo en frases vacías como los revolucionarios de febrero y marzo. Actúa. Después de derrotar a los piamonteses, los austriacos comienzan a extender su dominación más al sur. El gobierno francés envía un cuerpo expedicionario a Roma para oponerse a un eventual avance austriaco, pero con el objetivo también de derrocar el poder republicano y restablecer el poder del Papa [294]. En contrapartida, la guerra austro-húngara toma un giro favorable a los revolucionarios. A finales de abril el ejército húngaro libera Pest en el curso de una brillante ofensiva y se acerca a las fronteras austriacas. Engels escribe en la *NGR* del 8 de mayo: «la revolución magiar, el acontecimiento esencial, progresa irresistiblemente (...). La victoria de los húngaros es más segura que nunca. Y está establecido que los rusos no vienen. Por tanto, unos días más y los húngaros estarán en Viena. La revolución magiar habrá terminado y la segunda revolución alemana hará una grandiosa entrada en escena». Dos días más tarde reafirma esta previsión, agregando que a la marcha victoriosa de la revolución húngara se suman las consecuencias revolucionarias que va a tener la derrota —recién sabida— del ejército francés ante Roma. El gobierno de Luis Bonaparte, dice Engels, queda «desenmascarado y comprometido», «el pueblo, último juez soberano, entra en escena»; «bien sea por las elecciones o por la revolución abierta, el pueblo francés dará pronto al movimiento un impulso que repercutirá en toda Europa. Las dinastías europeas verán muy pronto que el pueblo elegido de la revolución es siempre el mismo. La revolución francesa de 1849 no les interpelará más con frases lamartinianas, sino con cañones» [295].

La «segunda revolución alemana» a que alude Engels parece iniciarse en esos días con los pequeños movimientos insurreccionales que estallan en diversos puntos de Alemania —principalmente en Silesia, Renania, Baden y el Palatinado— a favor de la Constitución del Reich, como veremos más adelante. Engels espera que la revolución húngara y la revolución francesa «darán a estos pequeños movimientos alemanes, aislados, traicionados, vendidos, una unidad y un apoyo vigorosos» [296].

En ese momento Engels tiene la idea, más arriba citada, de que «los rusos no vienen». En realidad, el gobierno austriaco había solicitado ya la intervención rusa, para hacer frente al avance húngaro, y Nicolás I, que no deseaba otra cosa, decide enviar un ejército de 140.000 hombres. A finales de abril Engels comenta la movilización rusa, pero la cree dirigida contra la eventual reactivación de la revolución alemana: «Medio millón de bárbaros armados y organizados no espera más que la ocasión para lanzarse sobre Alemania y convertirnos en siervos del zar ortodoxo (...). Pero en cuanto los alemanes hayan sentido el látigo ruso se comportarán un poco diferentemente. En junio decíamos que los rusos son los verdaderos liberadores de Alemania. Lo repetimos hoy y no somos los únicos en decirlo» [297]. Poco después, por razones desconocidas, llega a la conclusión mencionada de que no habrá intervención rusa, justo en el momento en que ésta se inicia, pero no contra los alemanes, sino contra los húngaros.

El último número de *NGR*, que sale el 19 de mayo de 1849, publica un artículo de Engels sobre la guerra austro-húngara, en el que constata su transformación, a consecuencia de la intervención rusa, en guerra europea, la cual debería llevar a un resurgimiento de la revolución.

«En el momento en que, por el avance efectivo de los rusos, la guerra magiar se convierte en guerra europea —escribe Engels— nos vemos obligados a suspender las crónicas sobre su evolución ulterior. Sólo podemos presentar por última vez a nuestros lectores una rápida visión global de la trayectoria de esta gran-

diosa guerra revolucionaria en Europa oriental.» Después de describir la situación militar estima que de no haberse producido la intervención rusa el ejército húngaro no hubiera tardado más que unos días en entrar en Viena y aplastar para siempre la monarquía austriaca. Explica luego por qué la guerra húngara se convierte en guerra europea. «La secesión de Hungría de Austria había sido decidida el 14 de abril en Debrezín. La alianza con los polacos, proclamada desde mediados de enero y consumada con la incorporación de 20.000 a 30.000 polacos en el ejército húngaro. La alianza con los alemanes de Austria, que existía ya desde la revolución de Viena del 6 de octubre y la batalla de Schwechat, fue igualmente respaldada y consolidada por la presencia de unidades de voluntarios alemanes en el ejército húngaro, así como por la necesidad estratégica y política en que se encontraban los magiares de obtener el reconocimiento de su declaración de independencia mediante la toma de Viena y la transformación revolucionaria de Austria. Por tanto, la guerra magiar perdió muy pronto el carácter nacional que había tenido al principio para tomar un carácter definitivamente europeo, justamente por su paso más aparentemente nacional, por la declaración de independencia. La alianza con los polacos por la liberación de los dos países, la alianza con los alemanes por la transformación revolucionaria de Austria, no han adquirido un carácter preciso, una base sólida, más que en el momento en que Hungría se separó de Austria y con ello declaró disuelta la monarquía austriaca. Hungría, independiente; Polonia, restaurada; Austria alemana convertida en el foco revolucionario de Alemania; Lombardía e Italia, conquistando ellas mismas su independencia: la realización de estos planes significaba la destrucción de todo el sistema político de Europa oriental, la desaparición de Austria, la destrucción de Prusia, el retroceso de Rusia hasta sus fronteras asiáticas. La Santa Alianza tuvo, por consiguiente, que desplegar todas sus fuerzas para levantar un dique frente a la amenazante revolución de la Europa oriental. Los ejércitos rusos marcharon en dirección de la frontera de Transilvania y Galitzia. Prusia ocupó la frontera entre Bohemia y Silesia, dejando a los rusos atravesar su territorio en dirección de Prisau. Al cabo de unos días el primer

cuerpo de ejército ruso se instalaba en territorio de Moravia.» La guerra europea «ha comenzado —opina Engels— con la llegada del primer cuerpo ruso a territorio alemán y tomará un giro decisivo cuando el primer batallón francés llegue también a territorio alemán. Habiéndose hecho europea, la guerra húngara entra con todos los otros factores del movimiento europeo en una serie de acciones recíprocas. Su desarrollo no repercute sólo en Alemania, sino también en Francia y en Inglaterra. No es de esperar que la burguesía inglesa tolere la transformación de Austria en provincia rusa. Y es indudable que el pueblo francés no permanecerá pasivo viendo cómo la contrarrevolución le pisa los talones cada vez más. Cualquiera que sea el resultado de las elecciones en Francia, el ejército se ha declarado en todo caso a favor de la revolución y, por ahora, es el ejército quien decide. Si el ejército quiere la guerra —y la quiere— habrá guerra. La guerra llegará. La revolución en París es inminente, sea por medio de las elecciones o gracias a la fraternización —realizada ya en las urnas— del ejército con el partido de la revolución. Francia está a punto de intervenir activamente en la contienda y entre tanto en Alemania del sur se forma el núcleo de un ejército revolucionario alemán que impide a Prusia participar activamente en la campaña húngara. Las semanas o días próximos serán decisivos muy pronto y el ejército revolucionario francés, el ejército revolucionario polaco-magiar y el ejército revolucionario alemán celebrarán en el campo de batalla, a las puertas de Berlín, su fiesta de fraternización» [298].

Las semanas siguientes serán, en efecto, decisivas, pero en dirección diametralmente opuesta a la del escenario descrito por Engels. Lo primero que fallará es el «ejército revolucionario alemán» que Engels ve en trance de formarse en el sur de Alemania, pero para llegar a este último episodio de la revolución alemana de 1848 necesitamos volver atrás, abandonando el escenario europeo, para seguir el desarrollo de los acontecimientos en el marco alemán, después del golpe de palacio de diciembre y del balance de la revolución alemana que Marx hace en su artículo *La burguesía y la contrarrevolución*. Y además, debemos detenernos antes en un problema de importancia al que la guerra

húngara da especial relieve, pero surge desde los primeros pasos de la revolución alemana: el problema de la naturaleza reaccionaria —Engels *dixit*— de los pueblos eslavos incluidos en el imperio austriaco.

* * *

En el primer artículo sobre la lucha de los húngaros, Engels dice que si éstos son derrotados «la contrarrevolución eslava, con toda su barbarie, sumergirá a la monarquía austriaca y la camarilla verá lo que valen sus aliados». Conjetura que el hecho, si se produce, no será duradero, y cuando los alemanes de Austria se liberen, a favor del levantamiento victorioso del proletariado francés, «se vengarán sangrientamente de los bárbaros eslavos. La conflagración general que seguirá (a la victoria del proletariado francés) acarreará la desagregación de la liga separatista y barrerá hasta el nombre de esas pequeñas naciones obstinadas (...). La próxima guerra mundial no se contentará con barrer de la superficie de la tierra clases y dinastías reaccionarias enteras; barrerá asimismo pueblos reaccionarios enteros. Lo cual también es un progreso» [299].

La «liga separatista» a que alude Engels es la Liga paneslava formada por los pueblos eslavos del imperio austriaco, también llamados eslavos del sur: checos, moravos, eslovacos, croatas, rutenos, ilirios, serbios. Gran parte de este artículo y el que publica un mes después (febrero de 1849), intitulado *El paneslavismo democrático* [300], tiene por objeto demostrar que esas «pequeñas naciones obstinadas» son necesariamente contrarrevolucionarias y no tienen viabilidad histórica, están condenadas por la historia.

Engels hace un análisis de la formación de la monarquía austriaca, mostrando cómo intervienen en la dialéctica del proceso histórico, combinándose e intercondicionándose, las luchas de clases, los conflictos nacionales, los factores económicos y geográficos, los intereses dinásticos, las tradiciones y prejuicios populares, el papel de las personalidades —como el de Metternich—, etc. Tenemos aquí un sugestivo ejemplo de aplicación de la nueva metodología a uno de los casos más complejos y embrollados de la historia europea. Libre de todo «economismo», esa aplicación no está exenta,

en cambio, de cierta influencia de la filosofía hegeliana de la historia. Basándose en el sometimiento y la colonización de los eslavos del sur, durante varios siglos, por los alemanes y los magiares, Engels deduce que esos eslavos no tienen «ningún porvenir», «ninguna viabilidad», «no pueden llegar jamás a forma alguna de autonomía», mientras que los alemanes y magiares asumen la iniciativa histórica en esa parte de Europa —las regiones danubianas— salvando a Europa de los turcos y desempeñando siempre un papel progresivo. Como la «salvación de Europa» fue asociada a la colonización de los eslavos, Engels justifica ésta por la positiva importancia histórica de aquélla. Cuando se trataba de salvar a Europa, dice, «¿había que tener en cuenta nacionalidades caídas hacía tiempo en la impotencia y la descomposición como esos eslavos de Austria?». Son pueblos sin «viabilidad histórica», a juicio de Engels, porque no han sido capaces de constituir una burguesía nacional, mientras que en los alemanes y magiares se desarrolla la burguesía, la potencia industrial, el capital, la cultura, la vida intelectual. Engels fustiga la pretensión de los pueblos agrupados en la Liga paneslavista a formar un gran imperio eslavo, después de haber sido desnacionalizados y colonizados durante mil años, de no haber podido resistir la invasión alemana y magiar, de no haber sabido reconquistar su independencia y constituir un imperio viable. No hay nación en Europa, dice, que no posea en algún sitio restos de uno o varios pueblos, sobrevivientes de una población antigua, sometida por la nación que llega a convertirse en motor de la evolución histórica. «Como dice Hegel —escribe Engels—, esas supervivencias de una nación implacablemente pisoteada por la marcha de la historia, esos *deshechos* de naciones, se convierten, en cada ocasión, en los puntales fanáticos de la contrarrevolución y siguen siéndolo hasta su exterminio o su desnacionalización definitiva; su misma existencia, ¿no es ya una protesta contra una gran revolución histórica?» [301].

La revolución de 1848 —plantea Engels— obligó a todos los pueblos europeos a pronunciarse por o contra ella. En un mes todos los pueblos maduros para la revolución habían hecho la suya. Todos los pueblos sin madurez se habían coaligado contra la revolución. Fuera de la alta nobleza, de la burocracia y de la sol-

dadesca, la camarilla de los Habsburgos austriacos no encontró apoyo más que en los eslavos del sur. De ahí han salido las fuerzas que han desempeñado el papel decisivo en la caída de Viena, en la derrota de Italia y en la guerra contra los magiares. Si de algo se puede criticar a Kossuth, dice Engels, es de su excesiva indulgencia con los croatas, esa «nación contrarrevolucionaria por naturaleza».

Engels acusa a los paneslavistas de ser instrumentos del zarismo: «El objetivo directo del paneslavismo es la restauración, bajo la dominación rusa, de un imperio eslavo que vaya desde los montes Metálicos y los Cárpatos al mar Negro, el Egeo y el Adriático (...). La unidad eslava, o bien es pura utopía o bien es... el *knut* ruso». Critica acerbamente la manera sentimental y abstracta de abordar los problemas de la revolución que ha caracterizado a la generalidad de los revolucionarios de febrero y marzo, así como al «pequeño partido democrático» existente entre los eslavos del sur (una de cuyas principales figuras era Bakunin); arremete contra los sueños exaltados de fraternización universal de los pueblos, de república federativa europea y de paz mundial eterna; contra la declamación de las grandes palabras —justicia, humanidad, igualdad, fraternidad, independencia y, sobre todo, libertad— no seguida de acciones prácticas, declamación que en el fondo sólo sirve para disimular el desconocimiento de la realidad, la perplejidad y la inacción; se indigna con Ruge, porque éste garantiza a Bakunin, en caso de victoria de la democracia alemana, la independencia de los eslavos de Austria. La cuestión —plantea Engels— no es la «fraternización de los pueblos europeos bajo una bandera republicana», sino «la alianza de los pueblos revolucionarios contra los pueblos contrarrevolucionarios».

Frente a los argumentos de Bakunin y otros eslavistas que reclaman fronteras «determinadas por la voluntad misma de los pueblos sobre la base de sus particularidades nacionales», Engels llega a razonar de modo que suscribirían todos los ideólogos ilustrados del imperialismo. Toma, por ejemplo, el caso de Estados Unidos y México y justifica la plena legitimidad de la guerra de Texas y de la anexión de California por los americanos, en que la operación «fue hecha pura y simplemente en interés de la civilización». «¿Es una desgracia, pregunta, que la espléndida California sea arrebatada a los perezosos mexicanos que no sabían qué hacer con ella? ¿Es una desgracia que los enérgicos yankis, explotando rápidamente las minas de oro que encierra, aumenten los medios monetarios, concentren en pocos años sobre esta lejana orilla del Pacífico una población densa y un extenso comercio, funden grandes ciudades y creen nuevas relaciones marítimas, tiendan un ferrocarril de Nueva York a San Francisco, abran verdaderamente, por primera vez, el océano Pacífico a la civilización y den al comercio mundial una nueva dirección?» [302]. De análogo modo razona Engels sobre los «derechos históricos» de los alemanes y húngaros: «Alemania y Hungría, dice, *no pueden* dejarse cortar del Adriático en virtud de sus "necesidades geográficas y comerciales", que no son, ciertamente, un obstáculo para Bakunin, pero existen y son vitales para Alemania y Hungría (...). Cuando se trata de la existencia y del libre despliegue de todos los recursos de las grandes naciones, ¿cómo puede ser decisiva la consideración sentimental de algunos alemanes o de algunos eslavos dispersos?» [303].

El concepto de «pueblo revolucionario» o «nación revolucionaria» es un concepto clave en todo este discurso de Engels. Designa, como vemos, un producto de la historia, que en algunas de las formulaciones de Engels parece convertirse en una «esencia» o «naturaleza» definitivamente adscrita a los pueblos concernidos. En el segundo artículo, resumiendo su análisis del primero, Engels formula muy claramente el fondo de su concepción: «Ya hemos demostrado que esas pequeñas nacionalidades, remolcadas contra su voluntad por la historia durante siglos, tienen que ser inevitablemente contrarrevolucionarias y que la posición de todas ellas en la revolución de 1848 ha sido efectivamente contrarrevolucionaria». Es fácil discernir la idea metafísica subyacente: el movimiento de la historia es progresivo, revolucionario; quien se oponga a él, quien no actúe en el «sentido» de la historia, es contrarrevolucionario de necesidad. En otro pasaje del mismo texto Engels plantea que si los eslavos, en algún período de su opresión, «hubieran comenzado una *nueva historia revolucionaria,* habrían demostrado su viabilidad» (como nación).

«A partir de ese instante la revolución tendría interés en su liberación, y el interés particular de los alemanes y de los magiares desaparecería ante el interés más general de la revolución europea. Pero, justamente, nunca fue así. Los eslavos fueron siempre, con exclusión de Polonia, los instrumentos principales de los contrarrevolucionarios. Oprimidos en su país, fueron en el extranjero, en todos los lugares donde se extendía la influencia eslava, los *opresores de todas las naciones revolucionarias*» [304]. Pero, ¿cómo podían «comenzar una una nueva historia revolucionaria», sin levantarse contra sus opresores, los alemanes y los magiares? Y si éstos se movían también en la dirección de la historia, ¿a quién reconocer el título de «revolucionario» en esa hipotética situación? Engels se debate aquí en contradicciones que no vamos a examinar en este momento. Volveremos sobre ellas en la tercera parte.

Engels se cura en salud contra los posibles reproches que pueden hacérsele de halagar los prejuicios nacionales alemanes. Recuerda que desde antes de la revolución los redactores de *NGR* se opusieron resueltamente a todas las mezquindades chovinistas de los alemanes. «Que se nos permita, por tanto, no compartir las ilusiones delirantes sobre los eslavos y juzgar a otros pueblos con la misma severidad que hemos juzgado a nuestra propia nación.» Y, en efecto, Engels no se anda por las ramas. Saliendo al paso de las promesas antes mencionadas de Ruge a Bakunin, Engels exclama: «¡Ni hablar! A las parrafadas sentimentales que nos prodigan en nombre de las naciones contrarrevolucionarias de Europa, respondemos que el odio a los rusos fue y es la primera *pasión revolucionaria* de los alemanes, a la que, después de la revolución, se añade el odio a los checos y a los croatas, y que de concierto con los polacos y los magiares no podemos salvaguardar la revolución más que por medio del terrorismo más decidido contra esos pueblos eslavos». Cuando Bakunin declara: «lucharemos inexorablemente a vida o muerte hasta que exista en el mundo un Estado eslavo al fin grande, libre e independiente», nosotros, dice Engels, sabemos lo que tenemos que hacer: «¡guerra, "guerra inexorable a vida o muerte" contra los eslavos traidores a la revolución; guerra de exterminio y de terrorismo ciego, no en interés de Alemania, sino en interés de la revolución».

Evidentemente, el criterio supremo para Engels es el «interés de la revolución». Refiriéndose a la misma cuestión —que los eslavistas estarían dispuestos a sumarse a la revolución a condición de que se les garantizara la constitución de un Estado eslavo—, Engels responde: «La revolución no se deja imponer condiciones. O bien se es revolucionario y se aceptan las consecuencias de la revolución, sean las que sean, o bien se es precipitado en los brazos de la contrarrevolución y, una buena mañana, tal vez sin quererlo, se encuentra uno del brazo de Nicolás y de Windischgratz».

El problema —o un aspecto del problema, porque hay otros— comienza, claro está, cuando se trata de determinar ese famoso «interés de la revolución». Como antes vimos, Engels pensaba que si algo se podía reprochar a Kossuth era su «indulgencia» hacia los croatas. Pero habría que preguntarse si la política de los dirigentes revolucionarios húngaros, hostil a todo reconocimiento del derecho de autodeterminación de los pueblos eslavos que se encontraban bajo su dominación, no debilitó su lucha, restándole aliados y haciendo el juego a la política tradicional de la monarquía austriaca de asentar la dominación de la élite alemana sirviéndose de unos pueblos contra otros [305].

6. HACIA EL PARTIDO OBRERO

Después del aplastamiento de la revolución de Viena en octubre y del golpe de palacio de Federico Guillermo en diciembre, la evolución de la situación en Austria y Prusia está dominada por dos problemas. El primero, la pugna entre la contrarrevolución, que trata de consolidar y ampliar sus éxitos, y el movimiento democrático, que intenta contraatacar y reconquistar el terreno perdido. El segundo, la unidad alemana, que se concreta en torno a la Constitución del Reich elaborada por la Asamblea nacional alemana de Francfort. Son problemas diferenciados pero en estrecha conexión.

En lo que concierne a Austria, la solución que ambos pueden tener depende, ante todo, del desenlace de la guerra húngara. El gobierno del príncipe Schwarzenberg, formado después del aplastamiento de Viena, tie-

ne como principales objetivos integrar la gran burguesía en el bloque de las clases dirigentes, consolidar el apoyo de los campesinos y asegurar la unidad del imperio. El 4 de marzo de 1849 da un golpe de Estado similar al prusiano del 5 de diciembre: disuelve la Asamblea nacional cuando estaba a punto de aprobar el proyecto de constitución y otorga otra, preparada por los servicios gubernamentales. Esta constitución otorgada trata de asegurar los fines mencionados. Los campesinos quedan liberados de las cargas feudales y a la alta burguesía se le da acceso al gobierno y la administración. La unificación económica (aduanera-comercial) y política amplía considerablemente el campo de sus actividades. Esta unificación se realiza en detrimento, particularmente, de Hungría y de la región italiana-lombardo-veneciana, que quedan incluidas en el todo indivisible de la monarquía, al mismo nivel que naciones hasta entonces sometidas a los húngaros, como Croacia y Transilvania. Las concesiones a las nacionalidades se limitan al plano municipal. Se conservan las Dietas territoriales, las dos cámaras parlamentarias del Imperio, con un sistema electoral censatario para la cámara baja, y el gobierno ya no es —como en el proyecto de la disuelta Asamblea— responsable ante el parlamento. El emperador, asistido por un consejo de Estado, dispone del derecho absoluto de veto. La burguesía liberal vienesa acoge con satisfacción este compromiso que le ofrece la monarquía y apoya plenamente la guerra contra los húngaros, incluida la petición de ayudar al zar. La derrota de los húngaros en agosto cierra definitivamente el período revolucionario y consagra el triunfo de la contrarrevolución en todo el imperio austriaco, pero no sobre las bases feudal-absolutistas de antaño, sino asentado en un compromiso entre la nobleza y la burguesía, que crea condiciones más favorables al desarrollo capitalista.

La creación de este Estado austriaco indivisible implica cerrar definitivamente las puertas a la integración de la Austria alemana en el nuevo Reich que intenta poner en pie la Asamblea de Francfort. Ya desde finales de noviembre Schwarzenberg anuncia su hostilidad al proyecto y reclama la participación de todo el imperio austriaco, con posición hegemónica, en una Confederación germánica. Esta pretensión de las clases dominantes austriacas, que significa, en la práctica, la aspiración a ser el núcleo dirigente de un gran imperio extendido desde el Báltico al mar Negro y al Adriático, contribuye, como veremos, a agudizar la lucha entre las fuerzas contrarrevolucionarias y revolucionarias en Prusia y en el resto de los estados alemanes.

En Prusia, el golpe de palacio de diciembre deja en pie parte de las libertades conquistadas en marzo, y las asociaciones democráticas y obreras intensifican su actividad. Su acción política se polariza en las elecciones a la nueva Asamblea nacional (segunda Cámara), convocadas para el 22 de enero de 1849 sobre la base de la «constitución otorgada» del 5 de diciembre. (El 22 de enero se elegían los grandes electores, que, a su vez, debían elegir los diputados el 5 de febrero.) A fines de diciembre los diputados de la izquierda y del centro-izquierda de la disuelta Asamblea nacional forman un Comité central para coordinar la movilización de las fuerzas populares. La oposición demócrata obtiene 160 diputados frente a 184 de la coalición conservadora-liberal. En Berlín, aún en estado de sitio, salen elegidos los nueve candidatos demócratas, y en Silesia y Renania las ciudades votan, por lo general, contra el gobierno. Aunque el resultado no es concluyente, se pone de manifiesto que mientras el sufragio universal sea mantenido es difícil obtener una mayoría reaccionaria suficiente. La monarquía recurre, una vez más, al expediente de disolver la Asamblea, tomando ahora como pretexto su votación contra la actitud del rey cuando éste rechaza la corona imperial. Al mismo tiempo el gobierno lanza una campaña contra el sufragio universal, presentándolo como «comunista», portador de la anarquía, destructor de la jerarquía y la individualidad, etc.[306].

* * *

La táctica a seguir en relación con las elecciones suscita divergencias en el seno de la Asociación obrera de Colonia. Algunos partidarios de Gottschalk —que habiendo sido liberado a principios de enero se exilia voluntariamente a Bélgica[307]— proponen que la Asociación presente sus propios candidatos. Según el acta que se conserva de la asamblea celebrada el 15 de enero,

Schapper y otros objetan que es demasiado tarde para proceder así. Marx retiene esta consideración, pero va más lejos. «Además —dice— no se trata, por ahora, de actuar en el plano de los principios, sino de oponerse al gobierno, al absolutismo y al régimen feudal, lo cual también está al alcance de simples demócratas, de los que se llaman liberales, que tampoco están satisfechos, ni con mucho, del actual gobierno. *Hay que tomar las cosas tal como son.* Puesto que en este momento lo importante es oponerse lo más posible al absolutismo actual, una vez claro que en las elecciones no puede lograrse el triunfo de nuestra posición de principio, el sentido común exige unirse a otro partido, igualmente de oposición, para impedir la victoria de nuestro enemigo común, la monarquía absoluta» [308]. En Colonia las candidaturas demócratas obtienen una brillante victoria, obteniendo 200 de los 344 grandes electores.

La progresión de las fuerzas democráticas en la provincia renana se refleja en los juicios que tienen lugar durante ese mes de enero de 1849 contra los redactores de *NGR* o los dirigentes de la Asociación obrera y de la Asociación democrática. En todos los casos el jurado falla a favor de los acusados [309]. Marx transforma su defensa en un requisitorio contra la reacción prusiana, insistiendo sobre algunos de los aspectos y enseñanzas de la revolución alemana, esclareciendo el proceso político seguido, denunciando una vez más el pactismo. Refiriéndose a las tareas de la prensa revolucionaria, como *NGR*, plantea que no puede limitarse «a combatir las instancias más generales y los poderes supremos. La prensa debe entrar en liza contra *este* gendarme, *este* fiscal, *este* consejero provincial», porque «el edificio de la servidumbre tiene sus sostenes más verdaderos en los poderes políticos y sociales subalternos, en los que actúan directamente sobre la vida privada de la persona, del individuo vivo». E insiste sobre una de las enseñanzas principales de la revolución: «¿Qué es lo que ha provocado el fracaso de la revolución de marzo? El no haber reformado más que la cúspide de la estructura política, el no haber tocado los soportes, la vieja burocracia, el viejo ejército, los viejos jueces, formados y encanecidos al servicio del absolutismo. El primer deber de la prensa, por tanto, es minar todas las bases del sistema político actual». Vuelve a

plantear que es una ficción total abordar «jurídicamente» los problemas de la lucha política y social en una situación revolucionaria [310].

En el artículo que publica los días 21 y 22 de ese mes de enero en la *NGR* Marx profundiza la táctica que ha defendido en la Asociación obrera [311]. El gran órgano liberal de Colonia, la *Kölnische Zeitung*, había planteado que el dilema era entre la constitución otorgada y la república roja. Marx replica que el dilema es entre «el antiguo absolutismo con un sistema estamental renovado o un sistema representativo burgués (...). No se trata, en absoluto, de una lucha contra las relaciones de propiedad burguesas, como ha tenido lugar en Francia y se prepara en Inglaterra. Se trata, por el contrario, de la lucha contra una constitución política (Marx se refiere a la constitución otorgada en diciembre) que pone en peligro las «relaciones de propiedad *burguesas*» al confiar el timón del Estado a los representantes de las «relaciones de propiedad feudal», al rey de derecho divino, al ejército, a la burocracia, a los señores rurales, a algunos barones de las finanzas y a algunos burgueses ligados a ellos». La Asamblea nacional, plantea Marx, ha sido dispersada porque representaba el interés de la burguesía, y añade que «el sistema de tutela burocrático garantizado por la constitución otorgada es la muerte de la industria». Hay que tener en cuenta también, dice, que «el banquero de la contrarrevolución austro-ruso-prusiana, en el que la monarquía de derecho divino deberá buscar siempre su apoyo exterior, es Inglaterra, y el enemigo más peligroso de la industria alemana es la misma Inglaterra». Después de describir el aparato del Estado absolutista y su política, mediatizados por los intereses feudales y semifeudales, Marx concluye: «Utilizar los impuestos para mantener el poder del Estado como fuerza de opresión independiente y sagrada frente a la industria, el comercio y la agricultura, en lugar de *hacerle descender* al rango de instrumento profano de la sociedad burguesa: he ahí el principio vital de la constitución otorgada».

Pero, ¿cómo explicarse, entonces —se pregunta Marx—, que la burguesía prusiana acepta la constitución otorgada y con ella la monarquía de derecho divino, la burocracia y el feudalismo? «El sector comercial

e industrial de la burguesía —responde— se arroja en brazos de la contrarrevolución por miedo a la revolución.» Por otra parte, prosigue, «hay un sector de la burguesía que, indiferente a los intereses comunes de su clase, busca su interés particular, que puede ser hasta antagónico con aquéllos». Y Marx hace una descripción, alta en colorido, de los casos que pueden darse, reveladora de cómo la experiencia directa de la lucha de clases en medio de la crisis revolucionaria le ha aleccionado para distinguir entre los intereses del conjunto de la clase y los de sus fracciones, grupos e individuos [312].

Al constatar que la burguesía se echa en brazos de la contrarrevolución por miedo a la revolución, Marx hace la siguiente reflexión: «*Como si la contrarrevolución no fuera el preludio de la revolución*». Poco después, polemizando también con la *Kölnische Zeitung*, expresa la misma idea, más vigorosamente aún: «*En la historia la contrarrevolución ha llevado siempre, hasta ahora, a una revolución más radical y más sangrienta*» [313]. Esta tesis aparece repetidamente, de manera más o menos explícita, en los juicios de Marx sobre el proceso de la revolución de 1848.

Después de haber explicado en qué consiste el dilema objetivamente planteado, Marx expone cuál debe ser, en su opinión, la actitud de los obreros y masas populares, en general: «Nosotros, dice, somos indudablemente los últimos en querer la dominación de la burguesía. Somos los primeros en haber elevado nuestra voz en Alemania contra la burguesía, cuando los actuales «hombres de acción» se agitaban, satisfechos de ellos mismos, en querellas subalternas. Pero nosotros decimos a los obreros y a los pequeñoburgueses: antes que volver a una forma social caduca, que so pretexto de salvar vuestras clases sumergirá de nuevo a la nación entera en la barbarie medieval, vale más sufrir en la sociedad burguesa moderna, cuya industria crea los medios materiales necesarios para la fundación de una sociedad nueva que os liberará a todos».

Cuando polemiza con el dilema «constitución otorgada o república roja», Marx está refiriéndose, como queda claro de lo expuesto, al contenido que el articulista de la *Kölnische Zeitung* pone en esa república (liquidación de la propiedad privada burguesa, comunismo). No significa que Marx rechace la alternativa republicana. Al contrario, piensa que es la única posible, como había declarado al final de su artículo *La burguesía y la contrarrevolución*. En el resultado de las elecciones ve la confirmación de su análisis de diciembre [314]. La misma posición reitera en su crítica de la línea contemporizadora con la reacción que mantiene el *National Zeitung*, órgano de la izquierda liberal, o de los demócratas liberales —como también los llama Marx— de la disuelta Asamblea nacional: «Lo dijimos desde el primer día en que la contrarrevolución embistió contra nosotros: desde este momento no hay más que dos partidos: los "revolucionarios" y los "contrarrevolucionarios"; y dos consignas: "república democrática" o "monarquía absoluta". Todo lo situado entre los dos no es un partido, sino una simple fracción. La contrarrevolución ha hecho todo para confirmar nuestro juicio de entonces. Las elecciones lo ratifican espectacularmente. Cuando los partidos se afrontan tan brutalmente, cuando la lucha se lleva con el mayor encarnizamiento y sólo la superioridad aplastante de la soldadesca organizada impide que la lucha sea llevada con las armas en la mano, cesa toda política de mediación». «Los señores de la *National Zeitung* y los de la ex izquierda de Berlín, de la que aquélla es órgano, quieren obtener de la contrarrevolución precisamente aquello por lo que la contrarrevolución los ha disuelto. No han aprendido nada y no han olvidado nada. "Quieren" lo que nunca obtendrán más que por medio de una nueva revolución. Pero no quieren una nueva revolución.» No comprenden algo que es un «hecho histórico»: «de una contrarrevolución violenta no se sale o se sale sólo por medio de la revolución». Y Marx reitera su convicción de que en la situación creada en Europa la contrarrevolución reinante está engendrando una nueva revolución: «La única "conquista" que nos queda no es una conquista específicamente prusiana, una conquista de "marzo", sino el resultado de la revolución europea de 1848: la contrarrevolución más general, más decidida, más sangrienta, más violenta. Pero este resultado no es más que una fase de la revolución europea y, por tanto, generador de un contragolpe revolucionario, general y victorioso» [315].

En los resultados de las elecciones Marx ve confir-

marse también (con excesivo optimismo, según mostrarán los acontecimientos) otra de las conclusiones a que llegaba en diciembre: la principal conquista —sin comillas— del movimiento revolucionario de 1848 reside en que el pueblo *ha perdido sus ilusiones:* «En las elecciones de primer grado la pequeña burguesía, los campesinos, los proletarios, se han emancipado de la tutela de la gran burguesía, de la alta nobleza y de la alta burocracia (...), han puesto fuera de combate, por aplastante mayoría, a los candidatos de la gran burguesía y otros candidatos constitucionalistas muy acreditados». Cosa normal, porque «los pequeñoburgueses, los campesinos y los obreros, ¿pueden encontrar mejor forma de gobierno para representar sus intereses que la república democrática? ¿No son esas clases, justamente, las más radicales, las más democráticas de toda la sociedad? ¿No es el proletariado la clase específicamente *roja?*» [316]. Marx aconseja al pueblo tener en cuenta la experiencia de la revolución también en otro dominio importante. Comentando una información sobre los procesos políticos en curso contra demócratas y los malos tratos de que son objeto por jueces y policías, *NGR* escribe: «Esperamos que en su próxima victoria, contrariamente a lo ocurrido en marzo, el pueblo no será tan ingenuo y olvidadizo como para dejar en ejercicio a todos sus verdugos. Puede suponerse, casi con seguridad, que se apresurará a enviar a prisiones de Pensilvania, durante seis meses, para abrir una información, a toda la banda de funcionarios reaccionarios y, a su cabeza, esos leguleyos hipócritas, sedientos de sangre, llamados jueces, y que para acabar de desintoxicarlos los utilizará en la construcción de ferrocarriles y carreteras» [317].

* * *

Al mismo tiempo que sigue preconizando la acción conjunta con los demócratas burgueses y pequeñoburgueses, Marx sale al paso, una y otra vez, de toda mistificación de la democracia burguesa. A la *National Zeitung*, que maneja en abstracto el concepto de «voluntad del pueblo entero», Marx le hace notar que su significación real es «voluntad de la clase dirigente». Frente a la idealización del sufragio universal, advierte que «sólo es la brújula que indica, finalmente, tras algunas oscilaciones, claro está, la clase llamada a dirigir» [318]. Reafirma su posición crítica respecto a las izquierdas parlamentarias. «Nos gustan las posiciones claras —dice un editorial de *NGR* del 18 de febrero de 1849—. Jamás hemos coqueteado con un partido parlamentario. El partido que representamos, el partido del pueblo, no existe actualmente en Alemania más que a un nivel elemental. Pero cuando se trata de combatir al "gobierno en ejercicio" nos aliamos incluso con nuestro enemigos. Aceptamos como un hecho existente la oposición prusiana oficial, tal como ha salido de las lamentables condiciones de la civilización alemana, y por eso en el curso de la campaña electoral hemos dejado en un segundo plano *nuestras* propias concepciones. Ahora, *después* de las elecciones, reafirmamos nuestro antiguo punto de vista, sin contemplaciones respecto al gobierno ni hacia la oposición oficial (...). La sedicente fracción democrática de la Asamblea pactista es tan lamentable como la Asamblea misma. Era previsible que para ser reelegidos esos señores reconocerían la constitución otorgada. Se caracterizan por renegar *a posteriori* en los clubs democráticos lo que aprobaron *antes* en las reuniones electorales. Esta astucia mezquina y liberal no ha sido jamás una diplomacia revolucionaria.» (Marx se refiere concretamente a personalidades de la llamada izquierda de la Asamblea nacional prusiana disuelta en diciembre, como Stein, Waldeck y otros líderes demócratas.) [319].

La crítica a esa «izquierda» se acentúa cada vez más. En diciembre de 1848 los diputados de la izquierda de la Asamblea de Francfort habían creado el *Zentralmärzverein* (Asociación central de marzo) para agrupar bajo su dirección los múltiples clubs y asociaciones de oposición existentes en los diversos Estados alemanes. A fines de marzo de 1849 incluía ya 950 organizaciones locales con medio millón de miembros. Su acción se centra en el problema de la unidad alemana, dejando en segundo plano el del régimen político. A partir de marzo de 1849 impulsa la campaña por que los estados alemanes aprueben la Constitución del Reich salida de la Asamblea de Francfort. Marx y Engels critican severamente la *Zentralmärzverein* desde su formación, calificándola de «instrumento inconsciente de la contrarre-

volución» y llamando a sus promotores «Girondinos de nuestra revolución» [320]. Respondiendo al reproche de «perjudicar la causa de la libertad minando la Asociación de marzo», Marx expone las razones de su crítica: «En primer lugar, la Asociación de marzo es ineficaz, al menos de atribuir eficacia a sus mensajes. Además es prisionera de una absurda esperanza común a los partidarios de la Constitución —que para nosotros son reaccionarios más nocivos que el club del caballero Radowitz— y a algunos demócratas realmente honestos, cuyo juicio está enturbiado por absurdos planes de conciliación imperial. La indecisión será siempre la característica fundamental de la mayoría de la asociación (...). Tal vez aguijoneará el descontento del pueblo, pero en el momento decisivo lo traicionará y se lamentará después de su error» [321].

La disolución de la Asamblea constituyente austriaca y la publicación de la constitución otorgada por el emperador es interpretado inmediatamente por *NGR* como un paso significativo de la estrategia de la nueva Santa Alianza y pronostica que se acerca la hora de la Asamblea de Francfort. Denuncia una vez más su responsabilidad. En la placa conmemorativa que recuerde su funesta actividad —dice el editorial de *NGR*— el transeúnte podrá leer: «Ha perecido por su propia culpa, por cobardía, estupidez profesoral y deficiencia crónica, en parte bajo las burlas malvadas y frías, en parte bajo la indiferencia total del pueblo». Sin embargo —prosigue *NGR*—, «parte de esos miserables traficantes se atreven todavía a envanecerse de los «derechos fundamentales» salidos de la oficina de Francfort y a glorificarse como si se tratara de una gran hazaña. Charlatanes como lavanderas, se han batido con los «derechos fundamentales» como los escolásticos de la Edad Media, mientras que el «poder fundamental» de la Santa Alianza y de sus acólitos ampliaba sin cesar su organización y se burlaba cada vez más alto de la charlatanería «fundamental» de esos profesores, de esos filisteos, en torno a los derechos «fundamentales». Los unos afirmaban sus «derechos fundamentales» sobre un pedazo de papel; los otros, los señores de la contrarrevolución, inscribían su «*poder* fundamental» sobre espadas bien afiladas, cañones y regimientos eslavos. En cuanto el pueblo alemán hacía uso —o parecía querer hacer uso— de su derecho fundamental en algún lugar de las patrias germánicas, del derecho a rebelarse contra la tiranía feudal o constitucional, Francfort despachaba contra él las «tropas imperiales» (...). En tales casos esos señores de Francfort poseían el poder necesario. A título prestado les venía de las filas mismas del ya citado «poder fundamental»: de nuestros graciosos soberanos» [322].

La crítica de la llamada izquierda parlamentaria desde las páginas de *NGR* culmina, en cierto modo, con el extenso artículo que dedica Engels al debate en la nueva Asamblea nacional con motivo del mensaje de la Corona [323]. La finalidad del debate, anota Engels, no era otra que legalizar los resultados obtenidos por la contrarrevolución. «¡Y hay que interesarse en este género de discusiones mientras en Hungría e Italia la revolución y la contrarrevolución se miden, las armas en la mano, mientras que los rusos están en la frontera oriental y Francia se prepara a una nueva revolución que hará temblar el mundo.» Considera de escaso interés que una Asamblea como esa, elegida en estado de sitio y sesionando en la misma situación, reconozca o no la constitución otorgada bajo análogas condiciones, cuando «la marcha de la revolución europea reducirá a polvo todas las constituciones actualmente en vigor, hayan sido o no otorgadas». A renglón seguido de su acostumbrada nota optimista sobre las perspectivas revolucionarias, Engels dice que lo único interesante del debate es «la arrogancia pueril de la derecha y el cobarde hundimiento de la izquierda». «Estos señores de la izquierda disminuyen sus pretensiones en la medida misma que la derecha aumenta las suyas. En todos sus discursos se percibe ese abatimiento producto de amargas decepciones, esa actitud abrumada del ex miembro de la misma asamblea que primero dejó empantanarse a la revolución y después, hundiéndose en el pantano por ella misma creado, lanzó un grito doliente: ¡el pueblo no está aún maduro! Incluso los miembros más resueltos de la izquierda en lugar de oponerse resueltamente a toda la asamblea siguen acariciando la esperanza de obtener algún resultado en la Cámara y, gracias a la Cámara, obtener una mayoría para la izquierda. En lugar de adoptar en el parlamento una actitud extraparlamentaria, la única honrosa en tal Cámara, hacen concesión tras concesión con la esperanza de una

solución parlamentaria; en lugar de ignorar en toda la medida posible el punto de vista constitucional, buscan conscientemente la ocasión de coquetear con él por amor a la paz (...). ¿Por qué intentan convencerse de que pueden obtener por vía parlamentaria lo que sólo pueden obtener por vía revolucionaria, por la fuerza de las armas? Sin duda, la vía parlamentaria ha elevado esos señores a una altura (...) donde *l'esprit de corps* comienza y la energía revolucionaria, si la había, se evapora.» «La mayoría (de los diputados de la izquierda) no han sido reelegidos porque su labor de mayo a noviembre haya satisfecho a los electores, sino porque se colocaron sobre un terreno revolucionario cuando decidieron oponerse a los impuestos, porque podía esperarse que las patadas con que les había gratificado el gobierno les habrían abierto los ojos acerca de cómo hay que conducirse con la Corona y con el gobierno para lograr resultados (...). Pero en lugar de ir más a la izquierda esos señores van más a la derecha. Se declaran dispuestos a olvidar y perdonar los malos tratos recibidos, ofrecen la paz. Y son rechazados con risotadas. Lo tienen bien merecido.» Señala que el discurso de De Ester constituye en cierta medida una excepción. «La audacia y la vivacidad con que el diputado de Maguncia ataca a los señores de la derecha impresiona agradablemente (...). Pero tampoco De Ester puede hablar sin concesiones diplomáticas y sin circunloquios parlamentarios. Dice, por ejemplo, que también él está enteramente de acuerdo con poner término a la revolución. Si estas palabras, debidas a miramientos parlamentarios, son excusables en un diputado, jamás hubiera debido pronunciarlas un miembro del Comité central demócrata (...). Además, nadie le cree.»

* * *

Paralelamente a su constante enfrentamiento, combinado con la acción común sobre objetivos concretos, con la plana mayor del partido demócrata y, en particular, con sus representantes parlamentarios, Marx y Engels, secundados por algunos de los miembros de la durmiente Liga de los comunistas, deben hacer frente a los ataques que les vienen de auténticos revolucionarios, como Gottschalk, para los cuales la política de Marx entraña el abandono de la causa proletaria.

Ya hemos aludido anteriormente a las divergencias surgidas en relación con las elecciones a la nueva Asamblea prusiana. Aparece también otro conflicto en torno a la Asociación obrera. Gottschalk creyó que sería llevado de nuevo a la presidencia al salir de la cárcel (Marx no había accedido a desempeñar el cargo más que provisionalmente), pero entre tanto se había modificado el peso relativo de las diferentes tendencias dentro de la Asociación y el 28 de febrero, al mismo tiempo que se dan unos estatutos más democráticos, la asamblea de la organización elige a Schapper presidente. La mayoría de la nueva dirección secunda las posiciones políticas de Marx. Siete de los nueve miembros que la forman pertenecían a la Liga de los comunistas [324]. La Asociación se escinde. Gottschalk y sus partidarios fundan otra que sólo dura dos meses. A mediados de enero este grupo comienza a publicar un portavoz, *Freiheit, Arbeit* (Libertad, trabajo), que se presenta como continuador del anterior órgano de la Asociación obrera y anuncia una lucha decidida «contra todos los partidos, desde el partido de la Nueva Gaceta Renana hasta el de la Nueva Gaceta Prusiana» (órgano de la nobleza reaccionaria). El 25 de febrero *Freiheit, Arbeit* publica una carta abierta «al señor Carlos Marx» que expone el fondo de las divergencias. Se inicia haciendo referencia al pasaje del artículo de Marx del 22 de enero, donde dice a los obreros que más vale sufrir en la sociedad burguesa moderna, cuya industria crea los medios materiales necesarios para la fundación de una sociedad nueva, que no retroceder a una forma social caduca. «¿Para qué, entonces, la revolución —dice la carta—, por qué nosotros, gentes del proletariado, vamos a derramar nuestra sangre, si para escapar al infierno medieval hemos de precipitarnos voluntariamente —como usted, señor profeta, nos anuncia— en el purgatorio de un capitalismo decadente, a fin de poder alcanzar el nebuloso cielo de vuestro credo comunista?» Semejantes concepciones, prosigue la «carta abierta», sólo pueden defenderlas intelectuales que no sienten directamente los sufrimientos de los obreros: «Usted no toma en serio la opresión. La miseria del obrero, el hambre de los pobres, no ofrecen para usted

más que un interés científico, doctrinario (...). Pero no comprendéis lo que conmueve al corazón humano». La carta ironiza diciendo que Marx había subordinado la revolución en Alemania a una revolución en Francia, y la revolución en Francia a una revolución en Inglaterra. Cuando era «aquí y ahora», sin más deliberaciones ni vacilaciones, que el proletariado debía realizar su revolución. La revolución debía ser permanente hasta la victoria del proletariado [325].

Marx no respondió a estos ataques. Según unos historiadores (como Nikolaevski y Cornu), por no fomentar discusiones en la izquierda cuando todas las fuerzas debían ser concentradas contra la reacción (explicación poco plausible teniendo en cuenta el constante enfrentamiento de Marx con la izquierda demócrata); según otros (como Mijailov), además de esa razón hubo la preocupación de que las masas, dado su bajo nivel político, pudiesen interpretar mal la respuesta que Gottschalk se merecía [326]. Otra hipótesis plausible, a nuestro juicio, sería que Marx considerase que ese radicalismo, tácticamente erróneo en el momento dado, podía dejar de serlo a breve plazo. ¿No prevén, él y Engels, la proximidad de una nueva ola revolucionaria que conduzca a la victoria del proletariado y las masas populares en los principales países europeos?

Esta perspectiva, que incluye la idea del paso de la burguesía a la contrarrevolución y del papel creciente del proletariado, puede explicar otros pasos de Marx en esos primeros meses de 1849. Uno de ellos, la mayor atención que dedica a la situación de la clase obrera en Alemania. El 5 de enero, en efecto, aparece el primer artículo de Marx en la *NGR* denunciando las condiciones de explotación de los obreros alemanes [327]. Después de explicar el régimen de las *workhouses* en Inglaterra, Marx escribe: «si en algún punto la burguesía prusiana se aproxima a su ideal británico, *es en la explotación desvergonzada de la clase obrera*». Aunque «en tanto que cuerpo constituido, considerada en su conjunto», también en este dominio está por detrás de la burguesía inglesa. Pero en el plano de la provincia, de la ciudad, en el plano local y privado, «trata a la clase obrera con menos miramientos que la burguesía inglesa». En este artículo de Marx —que por lo demás se concentra en un problema muy local— encontramos la siguiente

reflexión sobre los efectos psicológicos de la manera como el oprimido puede considerar la opresión que sufre según el estatuto o las calidades del opresor: «¿Por qué —se pregunta— los pueblos han sentido desde la Restauración nostalgia por un Napoleón relegado a una roca solitaria en el Atlántico? Porque el despotismo de un genio es más soportable que el despotismo de un imbécil. Así, el obrero inglés puede aún presumir con cierto orgullo nacional *vis à vis* del obrero alemán, porque el dueño que lo atenaza domina al mundo entero, mientras que el amo del obrero alemán, el burgués alemán, es *el criado del mundo entero*, y nada hay más funesto, más humillante, que ser *el criado de un criado*.»

Entre el 5 y el 11 de abril de 1849 se publica en *NGR* *Trabajo asalariado y capital* [328], basado en las conferencias dadas por Marx en Bruselas en 1847. Se inicia con una explicación de por qué, hasta ese momento, *NGR* no se ha ocupado de las «relaciones económicas». La explicación arroja nueva luz sobre la política de *NGR* en el año transcurrido desde que se inician las revoluciones del 48. «De diversas partes —dice el texto— nos han reprochado no haber expuesto las *relaciones económicas* que forman la base material de la lucha de clases y de las luchas nacionales de nuestros días. Deliberadamente no hemos examinado esas relaciones —de modo rápido— más que allí donde estallaban directamente en colisiones políticas. Se trataba, ante todo, de seguir la lucha de clases en la historia diaria y de demostrar empíricamente, con la materia histórica existente y en diaria renovación, que al ser derrotada la clase obrera, protagonista de febrero y marzo, fueron derrotados también sus adversarios: en Francia, los republicanos burgueses; en todo el continente europeo, las clases burguesas y campesinas en lucha contra el absolutismo feudal; que el triunfo de la «honorable república» en Francia fue, al mismo tiempo, la derrota de las naciones que habían respondido a la revolución de Francia con heroicas guerras de independencia; y, finalmente, que con la derrota de los obreros revolucionarios Europa ha vuelto a caer en su anterior y doble esclavitud: la esclavitud *anglorrusa*. La batalla de junio en París, la caída de Viena y la tragicomedia de noviembre en Berlín, los esfuerzos desesperados de Polo-

nia, Italia y Hungría, el sometimiento de Irlanda por hambre: tales fueron los principales acontecimientos en que se expresó concentradamente la lucha de clases entre burguesía y clase obrera. Esos acontecimientos nos han permitido demostrar que todo levantamiento revolucionario, por muy lejana que parezca estar su meta de la lucha de clases, debe forzosamente fracasar mientras no triunfe la clase obrera revolucionaria; que toda transformación social será una utopía mientras la revolución proletaria y la contrarrevolución feudalista no midan sus armas en una *guerra mundial* (...). Ahora, cuando nuestros lectores han visto desenvolverse en grandiosas formas políticas la lucha de clases del año 1848, ha llegado la hora de examinar más de cerca las relaciones económicas propiamente dichas en que descansan, tanto la existencia de la burguesía y su dominación de clase como la esclavitud de los obreros».

El texto, anuncia Marx, se divide en tres grandes capítulos: «1) Relación entre el trabajo asalariado y el capital, esclavitud del obrero, dominación del capitalista. 2) Inevitable ruina, bajo el sistema actual, de las clases medias burguesas y del llamado estamento campesino. 3) Sojuzgamiento comercial y explotación de las clases burguesas de las distintas naciones europeas por el déspota del mercado mundial: Inglaterra». Sólo escribirá el primero, y no completo.

Esta inflexión de la línea de *NGR* hacia los problemas más directamente sociales —aunque su orientación fundamental sigue centrada en los problemas políticos— se explica, tal vez, no sólo por la razón indicada (la acentuación, según Marx y Engels, de la perspectiva revolucionaria proletaria), sino también por el desarrollo mismo del movimiento obrero en los estados alemanes [129]. Durante el invierno 1848-1849 se forman numerosas asociaciones obreras, de carácter predominantemente político en la mayor parte de los casos. Se destaca, en particular, la actividad de la Fraternidad Obrera fundada por Born, que celebra su segundo congreso nacional en Leipzig del 27 al 29 de diciembre de 1848, seguido de otros en diversos estados alemanes. Al que se celebra en Heidelberg, los días 28 y 29 de enero de 1849, asiste Feuerbach, y en él se acuerda la fusión de los órganos dirigentes de Fraternidad Obrera, cuya influencia se extendía sobre todo al norte de Alemania, y del Congreso general obrero alemán, que agrupaba a una serie de asociaciones obreras del sur de Alemania. Al nuevo Comité central unificado, con sede en Leipzig, se le encargó convocar un congreso de toda Alemania para crear la Unión General de los Obreros Alemanes. Acuerdos similares se adoptaron en los congresos obreros organizados por la Fraternidad en Hamburgo, Turingia, Baviera, etc., durante los meses siguientes. La visita de Born a Marx, mencionada anteriormente, tuvo lugar, justamente, después del congreso de Heidelberg y debió ejercer cierta influencia en la orientación de Marx y su grupo comunista de la *NGR* y de la Asociación obrera de Colonia. Inmediatamente después de esa visita la Asociación obrera decide en asamblea general participar en la iniciativa lanzada por Born de crear una organización obrera de toda Alemania. En la misma asamblea Marx y Engels se proponen para dar cursos gratuitos a los miembros de la Asociación sobre problemas sociales. Más tarde la Asociación acuerda organizar la discusión de *Trabajo asalariado y capital* a medida que vaya publicándose en *NGR*. El 11 de marzo *NGR* inserta un documento de la Asociación dirigido a las asociaciones obreras de la provincia renana para establecer relación regular. De estas relaciones, al parecer, sale el acuerdo de que el comité de la Asociación obrera asuma las funciones de comité regional. Y en esos mismos días Marx y su grupo toman una importante decisión que consuma el viraje iniciado: renunciar a sus puestos dirigentes en el partido demócrata de Renania y consagrarse a agrupar las asociaciones obreras de la región. En la declaración que hacen a este propósito explican así su decisión: «Estimamos que la organización actual de las asociaciones democráticas encierra en su seno demasiados elementos heterogéneos para que sea posible una actividad provechosa en relación con el objetivo que se ha fijado la causa. Consideramos, por el contrario, que una ligazón más estrecha de las asociaciones obreras es preferible porque están compuestas de elementos homogéneos, y por esta razón dimitimos desde hoy del comité regional renano de las asociaciones». Firman: Marx, Schapper, Annecke, Becker, Wolff. El sentido de esta declaración se precisa más con el acuerdo que toma al día siguiente la asamblea de la Asociación obrera: «1) Salir de la Federación de

asociaciones democráticas de Alemania y afiliarse a la Federación de asociaciones obreras alemanas, cuyo Comité central tiene la sede en Leipzig. 2) Encargar a su Comité de convocar en Colonia un congreso provincial de todas las asociaciones obreras de Renania y Westfalia antes de la reunión del congreso general de trabajadores de Leipzig, *con objeto de estrechar los vínculos del partido auténticamente social.* 3) Enviar delegados al congreso de las asociaciones obreras de Alemania, que tendrá lugar próximamente en Leipzig». Al día siguiente el Comité de la Asociación decide crear una Comisión provisional de seis miembros —Marx, Wolff, Schapper, Anneke, Esser y Otto— encargada de ponerse en relación con las asociaciones obreras de la provincia, a fin de preparar el congreso provincial para el primer domingo de mayo. El 24 de abril esta Comisión (en ausencia de Marx, que ha emprendido un viaje por el norte de Alemania en busca de fondos para la *NGR*) aprueba un documento que reitera la explicación más arriba citada sobre las razones que determinan la retirada de la Federación de asociaciones democráticas. («Esta medida ha sido provocada por la convicción de que no había nada ventajoso que esperar para los intereses de la clase obrera o de la gran masa del pueblo, dada la diversidad de elementos dentro de las asociaciones en cuestión.») «La Comisión —dice el documento— ha decidido invitar a nombrar sus representantes para un congreso provincial, a celebrar el 6 de mayo, a todas las asociaciones obreras y a todas las otras asociaciones que pese a no llevar hasta ahora ese nombre *se pronuncian resueltamente por los principios de la democracia social»* [330]. Durante mucho tiempo se ha creído que este congreso no tuvo lugar, pero finalmente pudo comprobarse que se realizó en la fecha indicada. Lo extraño es que *NGR* no hiciese referencia alguna al mismo. Tal vez se explique porque en ese momento habían comenzado ya las insurrecciones armadas en diversos estados alemanes (a las que nos referiremos más adelante) y podía temerse la instauración del estado de sitio en Colonia [331].

Los datos anteriores (los únicos existentes hasta hoy) no permiten conocer con exactitud las razones concretas por las que Marx y su grupo deciden renunciar a sus cargos en el partido demócrata. (La «heterogeneidad» de este partido era bien sabida desde el comienzo.) Puede suponerse, a la luz de todo lo expuesto, que sus divergencias con los líderes demócratas pequeñoburgueses habían llegado a un punto de saturación. Y, por otro lado, que toman conciencia de la conveniencia y la posibilidad —dado el desarrollo experimentado por las organizaciones obreras— de pasar a una nueva fase en la formación del partido obrero. La labor de diferenciación y demistificación realizada por la *NGR*, fundamentalmente en el plano político, había contribuido sin duda a preparar el terreno, a clarificar la diferencia entre una línea democrática proletaria y una línea democrática-pequeñoburguesa. Se trataba ahora de pasar a una fase más avanzada en la creación de un partido obrero independiente.

Marx, sin embargo, se opone a la reorganización de la Liga de los comunistas intentada en ese período por algunos de sus miembros más caracterizados, como Moll y Schapper. Ya sabemos que después de los acontecimientos de septiembre de 1848 en Colonia Moll había marchado a Londres. En octubre crea allí un nuevo Comité central de la Liga con Heinrich Bauer y Georg Eccarius. Se dan nuevos estatutos y deciden que Moll regrese clandestinamente a Alemania para reorganizar la Liga. En lo que respecta a Colonia, lleva la directiva de crear una comuna de la Liga «incluso sin acuerdo de Marx». También en octubre, con motivo del segundo congreso demócrata, se ven en Berlín algunos miembros de la Liga, entre los cuales Ewerbeck, presidente de la comuna de la Liga en París. (Fuera de Alemania, en Londres, París, Suiza y Bruselas, las organizaciones de la Liga siguen existiendo durante la revolución, aunque sin ninguna actividad digna de mención.) Por una carta de Ewerbeck se sabe que en las conversaciones de Berlín se barajó el proyecto de organizar un congreso de la Liga en Berlín e instalar allí el Comité central [332].

A finales de 1848 o comienzos de 1849 Moll llega a Alemania y se entrevista en Colonia con Schapper, que decide colaborar con Moll en la organización de la Liga. En febrero hubo una reunión en la redacción de *NGR*, con participación de Marx, Engels, Wolff, Schapper, Moll y otros siete comunistas de Colonia, entre ellos Röser. Según el testimonio de este último, «se discutió la cuestión de si procede o no reorganizar la Liga.

La discusión la llevaron, fundamentalmente, Marx, Engels y Wolff, de un lado; Schapper y Moll, de otro. Marx declaró de nuevo que existiendo aún libertad de prensa y de palabra no hace falta la Liga. Schapper y Moll declararon, por el contrario, que la existencia de la Liga era extremadamente necesaria». En una reunión anterior, sin asistencia de Marx y Engels, Schapper había argumentado que él «nunca había estado de acuerdo con la disolución de la Liga realizada por Marx» y que su reorganización era muy necesaria porque la libertad de prensa y de palabra, ya muy restringidas, «serían cada vez más limitadas». En la reunión de *NGR* Marx criticó los nuevos estatutos adoptados por el grupo de Londres, por dos motivos: primero, porque en ellos se proclamaba como objetivo central de la Liga «la república una e indivisible», en lugar del derrocamiento de la burguesía, la instauración de la dominación del proletariado, etc., como figuraba en los estatutos aprobados por el segundo congreso; segundo, por la inclusión en los nuevos estatutos de algunos preceptos (como el castigo con la pena de muerte en caso de divulgación de secretos de la Liga) que Marx juzgaba propios de las sectas conspirativas dedicadas a organizar complots [333].

Moll y Schapper prosiguieron, no obstante, su intento de reorganización de la Liga. Moll organiza en Berlín una comuna que es descubierta inmediatamente (fines de marzo). La policía cree que la Liga está dirigida desde Colonia por un Comité formado por Anneke, Engels, Gottschalk, Moll y Marx, y envía allí un comisario especial para proceder en consecuencia. Las autoridades de Colonia se oponen a su misión, temiendo que la detención del grupo pueda provocar desórdenes en la ciudad, dada la tensión política existente [334].

En resumen, Marx se opone a la reorganización de la Liga, en la que sigue viendo un simple instrumento de propaganda e innecesario, por tanto, cuando existe libertad de palabra y de prensa, al mismo tiempo que parece orientarse a cooperar en la creación de un partido obrero independiente, de masas, construido sobre la base de agrupar las organizaciones que la propia clase obrera se ha dado en el proceso de su lucha.

La renuncia a los cargos dirigentes provinciales en el partido demócrata no significa, como los acontecimientos pondrán de manifiesto en seguida, renunciar a colaborar con él en la lucha contra la reacción absolutista. Pero la actitud hacia ese partido es cada vez más crítica y conflictiva.

7. LA DERROTA FINAL

La situación política se agrava en marzo y abril. Marx denuncia el 13 de marzo, en *NGR*, los proyectos de ley presentados en las dos Cámaras prusianas sobre los clubs, las reuniones, los pasquines y la prensa, dirigidos contra las libertades conquistadas en marzo. Desmenuza el alcance de las diversas medidas previstas y estima que van dirigidas, muy especialmente, contra los renanos, a los que se quiere imponer el «infame código prusiano». La revolución del 48 nos permitió, al menos —dice Marx—, «hacer valer sin trabas nuestro propio derecho» (jurídico). Ahora tenemos que «hacernos prusianos a toda costa». Y propone una primera respuesta: si los proyectos son aprobados «el deber de los diputados renanos es abandonar inmediatamente unas cámaras que con tales decisiones quieren retrotraer sus mandantes a la barbarie patriarcal de la vieja legislación prusiana» [335]. Al día siguiente *NGR* denuncia las «provocaciones gubernamentales», poniendo en guardia al pueblo ante la circulación de rumores anunciando que con motivo del aniversario de la revolución se preparan desórdenes. «Los gobiernos —advierte *NGR*— proyectan abiertamente golpes de Estado para completar la contrarrevolución. El pueblo tendría perfecto derecho, por tanto, a sublevarse. Pero comprende muy bien que la situación crítica existente en Francia, y sobre todo en Hungría e Italia, creará inevitablemente las condiciones para la insurrección. No caerá, por tanto, en esas burdas provocaciones» [336].

Entre los artículos de *NGR* contra las medidas reaccionarias de esas semanas tiene particular interés el de Engels acerca de la ley sobre los carteles, que en aquella época, dada la escasa difusión de la prensa en los medios populares, desempeñaban un papel primordial en la información y orientación política de las masas. Engels critica a la izquierda de la Asamblea prusiana por discutir esa ley con los mismos argumentos empleados

contra la ley relativa a la prensa. «No se trataba de las limitaciones a la libertad de la prensa *en general* —objeta Engels—, sino ante todo de la libertad de la prensa *mural*. Hubiera sido necesario referirse a la influencia de los carteles, defender el derecho de los obreros a la *literatura gratuita*, una de cuyas formas son los carteles. No se trataba de buscar confusas excusas al derecho de hacer agitación por medio de los carteles, sino *de defender abiertamente* ese derecho (...). Nada puede contribuir mejor a mantener viva la pasión revolucionaria entre los trabajadores que esos carteles que convierten cada esquina en un gran periódico, donde los obreros se enteran, al pasar, de los acontecimientos del día y de su significación, con diferentes puntos de vista y objeciones contra los mismos, ante los cuales se encuentran con gentes de todas las clases y opiniones con las que pueden discutir el contenido de los carteles. En una palabra, para los obreros esos carteles son, al mismo tiempo, periódico y club, y todo sin que les cueste un céntimo. He ahí justamente lo que no quieren los señores de la derecha. Y tienen razón.» En otro momento Engels dice algo que toda la historia ulterior habría de confirmar en el comportamiento de los «partidos de la paz y del orden» de todos los colores: «La libertad de prensa, la libre lucha de opiniones, equivalen a dar libre curso a la lucha de clases en el terreno de la prensa. Y el tan deseado Orden implica justamente el sofocamiento de la lucha de clases, el amordazamiento de las clases oprimidas. Por eso el partido de la paz y del orden debe suprimir la libre lucha de opiniones en la prensa» [337].

Al cabo de largos debates la Asamblea nacional alemana de Francfort había adoptado, a finales de marzo, la constitución que debía servir de fundamento jurídico a un Estado alemán unitario. El documento preveía la creación de un imperio (Reich) que englobase todos los estados alemanes, conservando cada uno amplia autonomía (gobierno, parlamento, etc.). El gobierno central del Reich asumía las funciones de carácter pangermano: política exterior, mando de las fuerzas armadas, comunicaciones, política aduanera, etc. El poder ejecutivo recaía en el gobierno y el emperador del Reich. El poder legislativo, en un Reichstag con dos cámaras.

Esta Constitución era un compromiso entre una serie de principios liberales, votados por la Asamblea de Francfort en la primavera y el verano de 1848, y otras disposiciones no tan liberales adoptadas en meses posteriores, cuando ya la revolución había sufrido los reveses que conocemos. Pero incluso en este período el complicado juego de las contradicciones y rivalidades entre los representantes de los grupos dirigentes de Austria y Prusia había favorecido a la izquierda y al centro izquierda de la Asamblea de Francfort, haciendo posible la introducción en la Constitución de algunas de sus concepciones. Por estas razones, en el contexto de comienzos de 1849, caracterizado por los avances de la reacción, la Constitución del Reich, pese a su moderación, aparecía ante las fuerzas democráticas y obreras como la última encarnación de la revolución del 48. No hay que olvidar, por otra parte, que la unidad alemana figuraba entre los máximos objetivos de los revolucionarios alemanes del 48, desde su franja liberal-burguesa hasta su franja democrática, tanto en su ala pequeñoburguesa como en la proletaria. Ya sabemos la relevancia de este problema para Marx y Engels. Es lógico, por consiguiente, que la Constitución del Reich obtuviera un amplio respaldo, desde las masas populares a la burguesía liberal, al mismo tiempo que la hostilidad de los círculos dirigentes de Prusia y otros estados alemanes donde la nobleza y la burocracia habían recuperado en mayor o menor medida el control del Estado.

Como la actitud de Austria hacía imposible la creación del *gran Reich*, la Asamblea de Francfort hubo de resignarse a dar a luz el *pequeño Reich*, donde la presencia de Prusia pasaba a ser abrumadoramente predominante en virtud de la ausencia de Austria. El mismo día que promulga la Constitución imperial (28 de marzo de 1849) la Asamblea acuerda designar emperador a Federico Guillermo IV. La gran mayoría de los estados alemanes aprueban la Constitución y la designación del rey de Prusia como emperador, pero se trata de los estados pequeños o diminutos (29 en total), sin peso alguno frente a Prusia, Baviera, Sajonia y Hannover, que se niegan a reconocer las «históricas» decisiones de Francfort. Federico Guillermo rechaza una corona de «fango y arcilla», como la califica despectivamente alu-

diendo al origen plebeyo y revolucionario de la institución que le ofrece el símbolo imperial. Pero la Asamblea nacional prusiana —la elegida en enero sobre la base de la constitución otorgada— acuerda reconocer la Constitución del Reich y la designación de Federico Guillermo. La respuesta de éste y de su gobierno es disolver la Asamblea (27 de abril).

Con esta actitud de los principales soberanos y gobiernos alemanes se venía abajo el presupuesto en que había descansado toda la obra constitucional de Francfort: la posibilidad de edificar la unidad alemana sin destruir las estructurales estatales particularistas, mediante un compromiso pacífico y armonioso agenciado por la simple gravitación del ideal unitario, crisol en el que debían fundirse contradicciones y antagonismos. Ante este derrumbamiento de sus ilusiones conciliadoras la Asamblea de Francfort quedó desconcertada, incapaz de tomar medida alguna para hacer valer sus decisiones. No se atreve a encabezar las sublevaciones que estallan en varios estados alemanes contra los gobiernos hostiles a la Constitución del Reich.

El movimiento se inicia en Dresde, capital de Sajonia, el 3 de mayo, instaurándose un gobierno provisional revolucionario de demócratas y liberales. Durante cuatro días los obreros y artesanos, en cuya dirección desempeñan un papel de primer plano Born y Bakunin, hacen frente a las fuerzas regulares sajonas y prusianas (el rey y el gobierno de Sajonia solicitan la intervención de estas últimas), que el 9 logran aplastar la insurrección. Ese mismo día y días siguientes se levantan Elberfeld, Iserlohn y otros centros industriales del valle del Wuppertal, así como Düsseldorf. Pero las fuertes guarniciones prusianas instaladas en Renania sofocan rápidamente y sin casi resistencia estos brotes insurreccionales. En cambio, el movimiento adquiere gran extensión en el Palatinado y Baden, donde es secundado por una parte del ejército. El 17 de mayo se forma un gobierno provisional en Karserslautern, que proclama la separación del Palatinado de Baviera. El 13 de mayo triunfa la insurrección en Karlsruhe, capital de Baden, formándose también un gobierno provisional, presidido por Brentano, personalidad liberal moderada. El ejército prusiano acude prontamente en auxilio de los gobiernos derrocados, aplastando la insurrección al cabo

de mes y medio de combates. La última batalla se libra los días 29 y 30 de junio ante la fortaleza de Rastatt, en Baden. Entre tanto, la Asamblea de Francfort desaparece sin pena ni gloria. Abandonada desde el primer momento por los diputados conservadores, las deserciones se multiplican en el centro e incluso la izquierda a medida que la lucha se endurece y la derrota se perfila. Ante el avance de las tropas prusianas evacua de Francfort a Stuttgart, capital de Wurtemberg, de donde sus restos son expulsados por el gobierno del Estado el 16 de junio. Refugiados en Baden, los diputados que quedan siguen lanzando proclamaciones y adoptando resoluciones —lo único que habían hecho desde el comienzo de la crisis— a las que nadie presta atención [338].

* * *

Esta crisis final de la revolución alemana sorprende a Marx en su viaje por el noroeste de Alemania en busca de recursos financieros para el diario y es Engels quien comenta los primeros acontecimientos. Bajo el expresivo título de *Puntapié prusiano a los de Francfort* se refiere el 2 de mayo al repudio de la corona imperial por Federico Guillermo IV. Considera que «de haber tenido en el momento oportuno una actitud enérgica, la Asamblea de Francfort hubiera podido ordenar la *detención* de este Hohenzollern ebrio de orgullo y hacerle comparecer ante los jueces por ultraje a la Asamblea nacional, aplicando la ley de septiembre de 1848». En lugar de ello, prosigue Engels, la Asamblea permanece irresoluta, amenazada de disolución. «Mientras tanto, una parte del pueblo, y en particular los campesinos y pequeñoburgueses de los pequeños estados del sur de Alemania se aferran a la Asamblea y a la llamada Constitución del Reich. El ejército le es favorable. En cada paso, por pequeño que sea, conducente a la unificación de Alemania, el pueblo ve un paso hacia su liberación de los pequeños príncipes y el alivio de la aplastante carga que suponen los impuestos. El odio a Prusia influye también en grado apreciable. Hasta los suavos se han sublevado por la Constitución del Reich. Se trata, naturalmente, de una tempestad en un vaso de agua, pero algo es algo. Por tanto, la disolución de la Asamblea de Francfort no podría hacerse sin

recurrir a la violencia si sus honorables miembros mostraran un mínimo de valor. Sería la última oportunidad que tendrían de lavarse, aunque fuera en pequeña parte, de sus graves pecados. En las circunstancias actuales —victorias de los húngaros, desagregación de Austria, indignación del pueblo prusiano contra las traiciones de los Hohenzollern-Radowitz-Manteuffel—, el levantamiento abierto de Francfort y de Alemania del sur en defensa de la Constitución del Reich podría convertirlos en centro provisional de una nueva insurrección revolucionaria apoyada en Hungría. Pero ello exigiría que esos señores no tuvieran miedo a *proclamar la guerra civil,* y en caso extremo, cuando llegara el momento decisivo, preferir la república alemana una e indivisible a la Dieta unida. Pero sería engañarse de cabo a rabo creer que los de Francfort son capaces de eso. Alborotarán un poco, gruñirán un momento, para guardar las formas, y después concederán todo lo que Hohenzollern les dicte. El pueblo, tal vez levante barricadas aquí o allí, y será traicionado como el 18 de septiembre. Así es como terminaría el célebre drama imperial y nacional a gran espectáculo si la cosa dependiese sólo de esos señores de Francfort. Pero es posible que los húsares húngaros, los lanceros polacos y los proletarios de Viena digan su última palabra y entonces el asunto puede tomar otro cariz» [339]. El «asunto» será algo más que una «tempestad en un vaso de agua», pero no llegará muy lejos. En lo esencial se confirmarán esas previsiones de Engels, por una vez —muy momentáneamente, como veremos— inclinado al pesimismo.

La burguesía liberal de Colonia se agita. El consejo municipal decide reunirse —desacatando la prohibición del gobernador prusiano de Renania— para apoyar la Constitución del Reich. «No hace falta decir —escribe Engels— que no esperamos *absolutamente nada* de esta asamblea de burgueses, elegida por tres clases censatarias, con exclusión de la masa del pueblo.» Previene, al mismo tiempo, que el gobierno «trata a toda costa de provocar un conflicto entre el pueblo y el ejército para poder meter en cintura a los renanos igual que ha hecho con los berlineses». Invita a los trabajadores de Colonia a conservar la calma y no dejarse provocar. «Son inminentes, dice, acontecimientos decisivos. Viena, Bohemia, el sur de Alemania, Berlín, están en ebullición y esperan el momento oportuno. Colonia puede contribuir, y mucho, pero no puede ser la primera en *comenzar* acciones decisivas. El domingo próximo, sobre todo, los trabajadores de Colonia deben comprender que todas las provocaciones del gobierno no tienen más objetivo que producir un estallido *en el momento más favorable para él y desfavorable para nosotros.* Sólo con grandes acontecimientos pueden realizarse revoluciones, pero cuando se cae en las provocaciones del gobierno lo más que puede resultar es un motín. ¡Trabajadores de Colonia, recordad el 25 de septiembre!» [340]. El domingo 6 Engels pone de nuevo en guardia a los trabajadores contra las provocaciones gubernamentales y les aconseja esperar a ver qué hace la burguesía liberal: «La burguesía es la primera en estar amenazada por los últimos golpes contrarrevolucionarios. La burguesía ha convocado el congreso de los municipios. *Dejemos a la burguesía el honor de hablar la primera.* Esperemos a ver lo que esos señores deciden el martes (...). Si mañana los trabajadores se dejan arrastrar a escaramuzas no harán más que *sacar las castañas del fuego a la burguesía,* al mismo tiempo que al *gobierno.* La cuestión que está sobre el tapete es si quieren dejarse utilizar a esos fines en el momento en que la guerra civil llama a las puertas de toda Alemania y cuando, posiblemente, se les presentará muy pronto la ocasión de *intervenir con sus propias reivindicaciones*» [341].

Pese a la prohibición del gobernador prusiano, se efectúa la reunión de 500 consejeros municipales, representantes de 300 comunas renanas, y adoptan una resolución pronunciándose por la Constitución del Reich, la convocatoria de la Asamblea nacional prusiana (disuelta días atrás) y contra el gobierno Brandenburg. La resolución amenaza con la secesión de Renania en caso de no ser atendidas estas exigencias. No encontramos ningún comentario de Engels a este importante acto de la burguesía liberal renana, pero en todo caso el escepticismo que había manifestado sobre su eficacia se confirmará plenamente. La amenaza de secesión quedará en el papel.

En la *NGR* del 8 Engels informa de las insurrecciones de Dresde y del Palatinado, destacando el papel determinante que desempeñan los batallones prusianos en

la represión del movimiento. En Dresde, dice, la lucha estaba casi resuelta a favor de los sublevados cuando llegaron los prusianos. En el Palatinado se aprestan a intervenir en el momento favorable, al mismo tiempo que contra la Asamblea de Francfort. En todas partes ocurre lo mismo, del norte al sur de Alemania. Pero considera que la batalla no está perdida. El gobierno provisional de Dresde sigue en pie y se esfuerza por agrupar las fuerzas populares de Sajonia. Lo mismo sucede con el Comité de defensa del Palatinado. Y en Renania la *Landwher* (tropas de reserva) se niega a actuar contra el pueblo. Netamente más optimista que en días anteriores, Engels anuncia, como vimos en el capítulo anterior, la inminente victoria de los húngaros, su entrada en Viena y el comienzo de la segunda revolución alemana. Al mismo tiempo vuelve a insistir cerca de los trabajadores de Colonia contra toda acción prematura, y pedirles que no se dejen provocar por los militares de la guarnición prusiana de Colonia: «Les preguntamos una vez más a los trabajadores si quieren que sean también los prusianos los que "otorguen" la hora de la sublevación». (De la misma manera que han «otorgado» la constitución, quiere decir, irónicamente, Engels [342].)

Al día siguiente, 9 de mayo, Engels comenta la información de que el embajador de Francia en Berlín ha protestado por la intervención de los prusianos en Sajonia. La noticia —dice Engels, haciéndose excesivas ilusiones— significa que el gobierno francés ha tomado conciencia, por fin, del objetivo de la nueva Santa Alianza: conquistar Francia y repartírsela. Engels afirma «saber positivamente» que el tratado concluido entre el zar, el rey prusiano y el emperador austriaco tiene, en efecto, como meta principal la conquista de Francia y el restablecimiento de la monarquía. Se dirige, con este motivo, a los soldados de la *Landwehr:* «¡He aquí lo que se espera de vosotros! Se os arranca de vuestros hogares, de vuestra mujer y vuestros hijos, para luchar, primero, contra vuestros hermanos de Alemania y de Prusia, a fin de suprimir hasta los últimos restos de la libertad conquistada el año pasado; para luchar, después, contra los húngaros, que acuden en socorro de vuestra libertad amenazada, y cuando hayáis terminado esa obra a satisfacción de vuestros príncipes y de vuestro señor y dueño soberano, el zar Nicolás, se os hará cruzar el Rin para marchar contra el pueblo que con sus sublevaciones heroicas de 1789-1794, de 1830 y 1848 os ha procurado todas las libertades de que gozáis» [343].

El 10 de mayo, recién llegado de su viaje por el noroeste de Alemania, Marx escribe un implacable panfleto contra los Hohenzollern, explicando sus «hazañas» desde el siglo XVII hasta estos primeros días de mayo de 1849, que son —piensa Marx— «los últimos días del gobierno de sire Hohenzollern y del Estado prusiano». «Prusia es de nuevo, como en otros tiempos, un vicerreino bajo soberanía rusa. Hohenzollern es una vez más un sub-kniaz del autócrata de todas las Rusias y un super-kniaz de todos los pequeños boyardos de Sajonia, Baviera, etc.» Pero —agrega Marx— «hay todavía una potencia de la que esos señores de *Sans-souci* hacen evidentemente poco caso, pese a que su voz resonará como un trueno: *el pueblo.* El pueblo que en París como en las orillas del Rin, en Silesia como en Austria, espera, rechinando los dientes de rabia, el momento de sublevarse, y tratará bien pronto como se merecen a todos los Hohenzollern y todos los *sub y super-kniaz*» [344]. La misma «euforia revolucionaria» alienta en el artículo que Engels publica el mismo día, al que nos hemos referido en el capítulo precedente, donde escribe que la inminente victoria de los húngaros y la inminente entrada en guerra del ejército francés contra las potencias de la Santa Alianza potenciarán las sublevaciones alemanas y les permitirán también marchar hacia la victoria.

El 10 de mayo Federico Guillermo proclama el estado de sitio en toda Prusia. *NGR* publica el texto de la ordenanza real bajo el título irónico de *La nueva Constitución prusiana.* La otorgada en diciembre, comenta, aún debía guardar ciertos miramientos para engañar «a la parte estúpida y abundantemente representada del llamado pueblo prusiano»; la de ahora es «la única con intenciones honestas, con la ventaja, además, sobre la constitución de noviembre de no comportar más que 17 artículos». Y a continuación se reproducen los 17 artículos de la ordenanza. El mismo número de *NGR* informa de la «aplicación de la nueva constitución» en Düsseldorf, donde el pueblo ha sido sangrientamente

reprimido por las tropas prusianas. Da cuenta de la insurrección en Elberfeld y otros puntos del valle del Wuppertal. Denuncia la actitud de la burguesía liberal, que a través de la *Kölnische Zeitung* se pronuncia contra los levantamientos después de haber contribuido a provocarlos con las decisiones de los consejos municipales renanos [345].

Comentando el 16 de mayo otra ordenanza real que cancela el mandato de los diputados prusianos a la Asamblea de Francfort (una de las medidas de represalia contra la proclamación de la Constitución por la Asamblea), *NGR* critica duramente, una vez más, a «los ineptos de la Asamblea nacional de Francfort, que con su aire digno, su cobardía y su necio radicalismo han ayudado fielmente durante un año a los traidores estipendiados del pueblo alemán a preparar la contrarrevolución». Ahora, dice *NGR*, «han cosechado lo que han sembrado», pero si algo puede aún despertar en ellos «indignación y energía revolucionaria», es esta ordenanza real [346].

Hacia el 10 de mayo (coincidiendo, por tanto, con el regreso de Marx a Colonia) Engels parte para Elberfeld, con objeto de participar en la insurrección. En el relato que un año después hará de los acontecimientos alude a un plan propuesto por él (no especifica a quién, pero es presumible que fuera a los dirigentes demócratas renanos, dada la naturaleza misma de las propuestas), a fin de apoyar a los distritos sublevados: «Evitar, ante todo, cualquier motín inútil en las plazas fuertes y las ciudades con guarnición; crear una diversión en la orilla izquierda del Rin, en las ciudades pequeñas, en las ciudades industriales y en el campo, a fin de tener en jaque a las guarniciones prusianas; lanzar todas las fuerzas disponibles en la orilla derecha del Rin, extender la insurrección e intentar organizar, apoyándose en la *Landwehr,* el núcleo de un ejército revolucionario». Engels da a entender que la propuesta cayó en el vacío debido a «la desorganización del partido democrático y del partido obrero, a la indecisión y hábil retraimiento de la mayoría de los dirigentes locales salidos de la pequeña burguesía y, también, a la falta de tiempo». Las pocas acciones realizadas en la orilla izquierda, dice, «no fueron en modo alguno consecuencia de un plan

común, sino simple resultado del instinto revolucionario de la población» [347].

La actividad de Engels en Elberfeld fue acogida con recelo por la burguesía local. El comité de salud pública, formado —según la versión del propio Engels— de pequeñoburgueses timoratos, le pidió que abandonara la ciudad. Respondiendo a un interrogatorio de ese organismo, Engels había explicado su presencia en Elberfeld por tres razones: 1) como delegado de Colonia; 2) porque creía ser útil en el aspecto militar; 3) porque era nativo del distrito y «hacía cuestión de honor participar directamente en la primera sublevación armada del pueblo de Berg». Precisa que «sólo desea ocuparse de cuestiones militares y permanecer totalmente al margen del carácter político del movimiento, puesto que estaba claro que por el momento sólo era posible un movimiento negro-rojo-gualda y hacía falta, para ello, evitar toda manifestación contra la Constitución del imperio». El comité de salud pública se declaró conforme, pero a los pocos días le hizo saber que «la burguesía de Elberfeld estaba muy alarmada por su presencia, temiendo a cada instante que no fuera a proclamar la república roja, y deseaba se fuese». Engels accede pero exige un documento firmado por el comité y ratificado por el comandante militar, en el que se da una apreciación positiva de su actividad y se justifica la decisión de pedirle el abandono de la ciudad con que «su presencia podía dar lugar a malentendidos sobre el carácter del movimiento». La difusión de este documento —como bando pegado en las paredes, según era la costumbre— provocó protestas de los trabajadores en armas y de otros combatientes, exigiendo la permanencia de Engels y declarándose dispuestos a protegerle. Engels hubo de intervenir para calmarlos. Y esta explicación, que el propio Engels hace en *NGR* de su aventura, termina así: «Los trabajadores de Berg y de la Marc, que nos han testimoniado simpatía y cariño tan extraordinarios comprenderán que el movimiento actual *es sólo el preludio de otro movimiento, mil veces más serio, en el que se tratará de ellos, de los obreros y de sus intereses más vitales. Este nuevo movimiento revolucionario será el resultado del movimiento actual* y en cuanto se inicie, Engels, lo mismo que los demás redactores de *NGR* —¡los trabajadores

pueden estar seguros!— ocuparán su sitio y ningún poder humano podrá obligarles a dejarlo» [348].

El aplastamiento por el ejército prusiano de los focos insurreccionales de Renania va acompañado de una serie de medidas contra las asociaciones democráticas y obreras de la provincia, así como contra sus órganos de expresión. Engels tiene que abandonar Colonia para escapar a una orden de detención por su participación en la insurrección de Elberfeld. Otros redactores de *NGR* son buscados también. Y para acabar con el «órgano de la democracia» las autoridades prusianas recurren al procedimiento de expulsar a Marx de Prusia. El oficio del gobernador comunicando la medida aduce que en sus números más recientes la *NGR* «incita cada vez más resueltamente a menospreciar el gobierno existente, a operar una transformación violenta y a instaurar la república social». El último número de *NGR* sale el 19 de mayo con el título en rojo y un artículo de Marx donde después de citar la orden de expulsión demuestra que los últimos números del diario no se diferencian de los anteriores en su orientación general. Nadie podía llamarse a engaño, dice Marx, sobre el «hilo rojo» que serpentea a través de toda nuestra manera de enjuiciar el movimiento europeo. «¿Qué necesidad teníamos de esperar a los últimos números para manifestar sin equívoco posible nuestra tendencia social-republicana? ¿No han leído ustedes nuestros artículos sobre la revolución de junio, y el alma de la revolución de junio no es el alma de nuestro diario? (...). No teniendo por costumbre andarnos con miramientos, no los reclamamos de ustedes. Cuando llegue nuestra hora no embelleceremos el terrorismo. Pero los terroristas monárquicos, los terroristas de derecho divino y jurídico, en el dominio de la práctica, brutales, despreciables, vulgares, y en el dominio de la teoría, cobardes, disimuladores, hipócritas; en los dos casos, gentes sin honor» [349].

NGR se despide de los trabajadores de Colonia recomendándoles, una vez más, evitar toda acción prematura y reafirmando su fidelidad a la causa de la clase obrera: «Os ponemos definitivamente en guardia contra todo intento de putsch en Colonia. Dada la situación militar en la ciudad, estaríais irremisiblemente perdidos. Habéis visto en Elberfeld cómo la burguesía envía los obreros al frente para luego traicionarlos del modo más infame. Toda sublevación vuestra en este momento tendría como consecuencia inevitable la proclamación del estado de sitio en Colonia, lo cual desmoralizaría a toda la provincia renana. Vuestra calma exaspera a los prusianos. Al despedirse de vosotros, los redactores de la *Nueva Gaceta Renana* os agradecen la simpatía que les habéis testimoniado. Su última palabra será siempre y en todas partes: *¡Emancipación de la clase obrera!*» [350].

El artículo de Marx antes citado termina recordando su previsión de primero de año sobre el «sumario» de 1849 y afirmando que se está comenzando a realizar (de modo análogo a como Engels, en el artículo de este mismo número de *NGR* sobre la guerra húngara, que hemos citado en el epígrafe precedente, pronostica la próxima reunión ante Berlín de los ejércitos revolucionarios húngaro-polaco, francés y alemán). «A guisa de adiós —dice Marx— recordamos a nuestros lectores las palabras de nuestro número del 1 de enero: sublevación revolucionaria de la clase obrera francesa, guerra mundial: he ahí el sumario del año 1849.»

* * *

El ejército revolucionario francés no existe, de momento, más que al estado de hipótesis; el húngaro, con sus voluntarios polacos, está amenazado ya por la intervención rusa (que se inicia el 27 de mayo); en cuanto al «ejército revolucionario alemán», su posible embrión se reduce, por lo pronto, a las fuerzas sublevadas en Baden y el Palatinado, dos pequeños estados agrarios, sin casi burguesía ni clase obrera, situados a ambas orillas del Rin, en el extremo sudoeste de Alemania. Allí se dirigen Marx, Engels y otros comunistas de Colonia. En el trayecto pasan por Francfort, y según una versión difundida por las notas biográficas incluidas en la edición rusa de sus obras, intentaron convencer a los diputados de la izquierda de la Asamblea de ponerse a la cabeza de la insurrección, llamar a Francfort al ejército revolucionario formado en Baden y el Palatinado y organizar una Asamblea nacional de toda Alemania. Pero su «plan» no encontró eco alguno en los diputados pequeñoburgueses de la Asamblea. En realidad esta

versión no tiene base documental. Se inspira en un artículo escrito por Engels tres años después, donde habla de lo que, a su juicio, la Asamblea de Francfort debió haber hecho y no hizo. Pero ni en ese texto, ni en su escrito de 1850, donde describe su viaje con Marx de Colonia a Baden y al Palatinado, hace la menor alusión a entrevistas con los diputados de la izquierda de Francfort. Tampoco parece fundada la versión de que llegados a Karlsuhe se esforzaron por convencer a los dirigentes del movimiento de enviar a Francfort el ejército revolucionario. La versión que da el propio Engels, única que existe, a nuestro conocimiento, es la siguiente: «En oposición a ciertos señores del Comité nacional expresamos la opinión de que se hubiera debido, desde el primer día, marchar sobre Francfort para extender la insurrección, pero que muy probablemente era ya demasiado tarde. Sin golpes decisivos en Hungría y una nueva revolución en París, todo el movimiento estaba condenado sin remisión» [351].

En Kaiserslautern, sede del gobierno provisional, les ofrecen cargos de responsabilidad, pero —dice Engels— «no cabía ni hablar de participar en un movimiento que era ajeno a nuestro partido» [352]. Lo que se conoce de los movimientos y opiniones de Marx y Engels en esos días no permite formar idea clara de sus propósitos, pero, finalmente, hacia el 2 de junio Marx marcha a París y Engels retorna al Palatinado. Según la versión de Engels, «Marx se dirige a París portador de un mandato del Comité central democrático. Era inminente un acontecimiento decisivo y Marx debía representar al partido revolucionario alemán cerca de los socialdemócratas franceses». «Yo —agrega Engels— regresé a Kaiserslautern para vivir algún tiempo como refugiado político y tal vez adoptar más tarde, si se presentaba una ocasión propicia, la única posición que podía tomar en este movimiento la *Neue Reinische Zeitung* a la hora del combate: la de soldado» [353]. El «inminente acontecimiento decisivo» a que alude Engels era el tan esperado y previsto estallido revolucionario en París (que habría de fracasar lastimosamente el 13 de junio). Lo sorprendente es que el Comité central del partido demócrata designara como representante a Marx, que había renunciado a sus cargos dirigentes en Renania y no había escatimado en los últimos tiempos las más duras críticas a los dirigentes de ese partido. Los documentos conocidos no permiten explicarse satisfactoriamente este punto. Lo cierto es que la marcha de Marx a París fue aprovechada con fines difamatorios en los medios demócratas y liberales. En carta fechada el 7 de junio, recién llegado a París, le escribe a Engels: «En la crónica de la *Kölnische Zeitung* consagrada al movimiento del Palatinado se lee: "No se dice mucho bien del señor Marx, el director de la *Neue Reinische Zeitung*. Habría declarado al gobierno provisional (del Palatinado) que su hora no había llegado y que iba a retirarse provisionalmente". ¿Qué significa esto? Los miserables alemanes de aquí, con los que evito, por lo demás, todo contacto, intentarán difundir esos bulos en todo París. Por eso creo que harías bien en decir en una correspondencia de la *Karlsruher* o de la *Mannheimer Abendzeitung* que estoy en París en calidad de representante del Comité central demócrata» [354].

En Kiserslautern, Engels sigue negándose a aceptar cargos («me ofrecían multitud de cargos civiles y militares que no hubiera dudado un momento de aceptar en un movimiento proletario») y se limita a algunas colaboraciones en la prensa de las fuerzas sublevadas. El 3 de junio publica un artículo en el *Der Bote für Stadt und Land*, portavoz del gobierno provisional revolucionario, saliendo al paso de la propaganda de los periódicos reaccionarios alemanes que acusan a Baden y el Palatinado de venderse a Francia. Si traición hay —dice Engels— es la del rey de Prusia, que abre las puertas a los ejércitos rusos. Los pueblos de Baden y del Palatinado no se venden a Francia, pero tienen derecho a solicitar la solidaridad francesa. «No han hecho una revolución para ponerse al lado de los déspotas en la gran lucha inminente entre el Occidente libre y el Oriente despótico.» Engels insiste enfáticamente en la inminencia de esa «gran lucha» que habrá de librarse en territorio alemán: «En unas semanas, tal vez en unos días, las masas armadas del Occidente republicano y las del Oriente esclavizado se enfrentarán decisivamente sobre el suelo alemán (...). Ya no es cuestión de intereses *alemanes*, de libertad *alemana*, de unidad alemana, de prosperidad alemana, cuando se trata de la libertad o la opresión, del bien o del mal, de toda Europa. Aquí cesan todas las cuestiones de nacionalidad y

no hay más que una cuestión: «¿Queréis ser libres o rusos?» [355].

El 13 de junio Engels se incorpora a una unidad de voluntarios organizada por el comunista Willich, ex oficial del ejército prusiano, que hace de Engels su ayudante de campo. Interviene en el estudio de las operaciones militares, asume la ejecución de misiones difíciles y participa directamente en varios combates, entre ellos el de Rastatt, que pone fin a la pequeña guerra civil con la victoria del ejército prusiano. El 12 de julio Engels pasa la frontera suiza con los últimos combatientes del efímero ejército revolucionario alemán. (Esta experiencia suscitará en Engels un interés por las cuestiones militares que perdurará toda su vida y le valdrá el apodo, entre los íntimos, de «el general».)

La desaparición de *NGR*, la salida de Marx de Alemania y la conversión de Engels en ayuda de campo de Willich, hizo que el papel de ambos y de su grupo, como tal grupo, en este último episodio de la revolución alemana, fuese prácticamente nulo. Una serie de comunistas, miembros de la Liga, participó en el movimiento, de modo disperso, en unos u otros lugares, y algunos de ellos desempeñando un papel más importante que Marx o Engels. Born, por ejemplo, es uno de los organizadores y dirigentes de la insurrección de Dresde, Willich y Anneke se destacan como jefes militares en el ejército revolucionario, Moll cae en el curso de las operaciones [356].

En un texto que escribe unos meses después, Engels analiza las causas que, a su juicio, determinaron la derrota de la insurrección de Baden y del Palatinado. Pueden resumirse así: aislamiento de la insurrección en esos dos estados a consecuencia de la derrota de la insurrección de Sajonia, del rápido sofocamiento de los brotes insurreccionales en Renania y de la pasividad del resto de Alemania; pequeñez del territorio y la población de estos dos estados, atraso económico de los mismos, carencia de proletariado; gran superioridad numérica y técnica del ejército prusiano invasor; desaprovechamiento de las posibilidades que existían inicialmente (según Engels) de haber extendido la insurrección si las fuerzas revolucionarias marchan inmediatamente sobre Francfort, Wurtemberg, etc., desaprovechamiento debido a la indecisión, la cobardía y la impericia de los líderes políticos y militares pequeñoburgueses que en todas partes encabezaban el movimiento; y, finalmente —como factor decisivo—, el giro desfavorable que toma la situación europea en el curso del movimiento (habiendo sido favorable al iniciarse, según Marx y Engels).

En el marco de este análisis Engels trata de explicar por qué el movimiento ha abortado en Renania, principal provincia industrial y proletaria de Prusia, campo directo de acción de la *NGR* y del grupo comunista encabezado por Marx, con posiciones dirigentes en las asociaciones obreras y democráticas de Colonia y de la provincia. La explicación de Engels puede resumirse en dos puntos: 1) miedo y vacilaciones de la burguesía y de la pequeña burguesía a ser desbordadas por la masa del pueblo, conduciéndoles a frenar la lucha, a buscar la conciliación con el enemigo, reprimir la iniciativa popular, etc.; 2) la presencia en las principales ciudades renanas de fuertes guarniciones renanas con gran capacidad de movimiento, dada la red ferroviaria y fluvial de la región, debido a lo cual «los habitantes del país renano no pueden obtener éxito alguno por las armas más que si el poder militar es aterrorizado por acontecimientos exteriores importantes que le hagan perder la cabeza o si el ejército se pone abiertamente a favor del movimiento» [357]. No se trata, seguramente, de una reflexión *a posteriori*. Los reiterados llamamientos de *NGR* a los obreros de Colonia —tanto en septiembre y diciembre de 1848 como en mayo de 1849— aconsejándoles no tomar la iniciativa de la insurrección indican que se trata de una consideración nacida en el curso de la revolución.

* * *

A poco de llegar a París, Marx le comunica a Engels sus impresiones en una carta fechada el 7 de junio: «Aquí impera una reacción monárquica más impudente que bajo Guizot, sólo comparable a la de después de 1815. París está *morne*. Y además el cólera hace estragos. Pero nunca el volcán de la revolución ha estado más cerca de una erupción colosal como ahora en París» [358]. La «erupción» se reproducirá, en efecto, el 13 de junio, pero será todo menos «colosal». La montaña

parió un ratón. Y la Montaña era, en este caso, el nombre que se daba al partido encargado de la «explosión», el partido republicano y socialista de Ledru-Rollin, el partido ante el que Marx llevaba la representación del partido demócrata alemán.

Un mes antes de llegar Marx a París, las elecciones parlamentarias habían dado neta mayoría a los monárquicos, salvo en París, donde tuvieron la mayoría los republicanos de izquierda y los socialistas. Las fuerzas políticas se polarizan, la situación parece que «se simplifica extremadamente, como siempre ocurre en vísperas de revolución», según la aguda observación de Marx [359]. Los republicanos moderados, que en la Asamblea constituyente contaban con más de 600 diputados, se ven reducidos a 75. Frente a 500 monárquicos de diversas tendencias salen 180 diputados de la Montaña. El ataque de la Roma republicana por el cuerpo expedicionario francés provoca la indignación de republicanos y socialistas en todo el país. Sus diputados denuncian el hecho como violación de la constitución (la cual, en efecto, declaraba que la república francesa no atentaría nunca contra la soberanía y la libertad de otros pueblos). El 11 de junio Ledru-Rollin exige en el parlamento que se condene al gobierno y declara que los suyos están dispuestos a defender la constitución «por todos los medios, incluso por las armas». Era amenazar veladamente con la insurrección armada. Una reunión conjunta del Comité democrático socialista de París con los principales periódicos democráticos de la capital y los diputados más destacados de la Montaña decide lanzar una proclama el 13 de junio declarando fuera de la constitución al presidente de la república (Luis Bonaparte) y a los ministros, anunciando al mismo tiempo la sublevación de la guardia nacional. Ese mismo día se organiza una manifestación de guardias nacionales, con uniforme pero sin armas, en la que participan entre 6.000 y 10.000 guardias nacionales —la cifra varía según los historiadores—, a los que se suman pocos obreros. Un grupo de personalidades de la Montaña, con Ledru-Rollin a la cabeza, se constituye en «convención». Pero toda esta parodia de levantamiento es fácilmente disuelta por las tropas gubernamentales. Sólo en Lyon, donde llega el rumor del triunfo de la revolución en París, los obreros más avanzados se levantan en serio, siendo bárbaramente reprimidos (150 muertos y gran cantidad de heridos). Hay pequeños desórdenes en otros lugares pero en conjunto el fracaso es total. Mientras los principales líderes republicanos (Ledru-Rollin, Victor Considerant, Félix Payat, etc.) logran huir a Inglaterra, la Asamblea y el gobierno aprovechan el pustch para adoptar una serie de medidas y leyes restrictivas de las libertades democráticas [360].

Marx analiza el acontecimiento en un artículo que aparece el 29 de junio en *Der Volksfreund*, de Viena. «El principal error de la Montaña —dice Marx— fue su *seguridad en la victoria*. Hasta tal punto estaba penetrada de esa seguridad que creyó arreglarlo todo con una manifestación pacífica. Así ofreció al gobierno la posibilidad de vencerla sin librar combate.» Describe los hechos y dice luego que otras circunstancias contribuyeron a hacer inevitable «el vergonzoso resultado del 13 de junio». Entre ellas, la división interna del partido de Ledru-Rollin entre el grupo de éste, que quería constituir un gobierno provisional, y otro más a la izquierda, que quería constituirse en comuna. Se dividen, comenta Marx, «antes incluso de haber derrocado el poder existente». En definitiva, «los dos partidos de la revolución —Marx designa así a los dos grupos indicados— se han paralizado y engañado mutuamente». Otra razón del fracaso la ve en la epidemia de cólera que hacía estragos en las barriadas obreras, pero la más importante, a su juicio, reside en «el recuerdo que el pueblo tenía de la actitud más que equívoca de la Montaña, especialmente de Ledru-Rollin, en mayo y junio» (de 1848). Tomado globalmente, dice Marx, «el 13 de junio de 1849 fue el castigo por junio de 1848. En 1848 el proletariado fue abandonado por la Montaña. Esta vez es la Montaña la abandonada por el proletariado». Pero Marx ve un aspecto positivo a lo ocurrido: «Por grave que el 13 de junio sea para nuestro partido en toda Europa, esta jornada tiene de positivo que la conquista del *poder absoluto* en la Asamblea nacional por el partido contrarrevolucionario se ha efectuado, salvo en Lyon, sin gran derramamiento de sangre. Y este partido no sólo va a disgregarse interiormente, sino que su fracción extrema le empujará bien pronto hasta un punto en que él mismo intentará despojarse de la molesta apariencia de república y en-

tonces veréis *cómo será barrido de un soplo y cómo febrero recomenzará con más fuerza todavía»* [361].

La victoria reaccionaria en París el 13 de junio es la primera de una serie que consagra, en el verano de 1849, el triunfo de la contrarrevolución en toda Europa. El 30 de junio cae la república romana, el 23 de julio capitulan en Rastatt los restos del ejército revolucionario de Baden y el Palatinado, a fines de ese mes entran los croatas en Pest, Kossuth dimite y huye de Hungría, el 13 de agosto el ejército húngaro capitula ante los rusos en Villagos y el 22 de agosto sucumbe el último reducto de las revoluciones del 48: la república de Venecia.

No obstante, Marx y Engels seguirán pensando durante un año todavía —y otros comunistas de la Liga más tiempo aún— que un nuevo estallido revolucionario es inminente. A finales de diciembre de 1849 le escribe a Weydemeyer desde Londres: «No me cabe la menor duda de que después de la aparición de tres o tal vez dos cuadernos mensuales el incendio universal estallará y no tendré ya la oportunidad de llegar a una conclusión provisional de mis trabajos económicos» [362].

8. RESURRECCION Y MUERTE DE LA LIGA DE LOS COMUNISTAS

La idea de que las victorias de la contrarrevolución eran precarias, provisionales y contribuían a la gestación de una nueva y próxima explosión revolucionaria no era exclusiva de Marx y otros comunistas de la Liga. La compartían los líderes demócratas y socialistas de diversas nacionalidades que habían tomado el camino del exilio, principalmente alemanes, franceses, húngaros, polacos e italianos. El centro de esta emigración es Londres y, en segundo lugar, Suiza, donde además de algunas personalidades se refugian los restos del ejército revolucionario de Baden y el Palatinado. Al mismo tiempo que cada uno —como es habitual en estos casos— descarga sobre los demás las responsabilidades por los reveses sufridos, los distintos partidos y prohombres tratan de reorganizarse, conciertan alianzas, traman nuevas conspiraciones. Mazzini comienza en Suiza, desde finales de 1849, a sentar las bases de un llamado Comité central democrático europeo, que tomará cuerpo finalmente en el verano de 1850. En la primavera de este año la dirección de la Liga de los comunistas —reconstituida, entre tanto, con la participación de Marx y Engels— forma con los cartistas de izquierda y los blanquistas una *Asociación universal de comunistas revolucionarios,* cuya existencia será efímera.

Ya hemos dicho que durante la revolución la Liga sigue existiendo en el extranjero, y en Londres, a finales de 1848, Moll forma un nuevo Comité central. Con la excepción de Moll, caído en los combates de Baden, y de Schapper, detenido en Wisbaden, los miembros del anterior Comité central (el formado en París, a raíz de la revolución de febrero, bajo la presidencia de Marx) fueron llegando a Londres en los últimos meses de 1849. Son muy pocos e imprecisos los datos fidedignos sobre el funcionamiento de la Liga en Londres durante esos meses de 1849 y los primeros de 1850. Lo cierto es que en un momento dado Marx y Engels (que llega a Londres en noviembre) se incorporan al Comité central creado por Moll, lo mismo que otros miembros de la anterior dirección. Schapper lo hace en junio de 1850, después de salir de la cárcel. Recomendado por Engels, entra también a formar parte de la dirección su jefe militar en Baden y el Palatinado, A. Willich. Al mismo tiempo, Marx participa en un comité de ayuda a los emigrados políticos alemanes, creado en septiembre de 1849 por la Asociación obrera cultural alemana de Londres. A partir de noviembre este comité se denomina socialdemócrata y declara que ayudará preferentemente a los miembros del «partido social-demócrata». (No existe tal partido en sentido estricto, es una manera de designar los comunistas y demócratas revolucionarios.) Engels y otros miembros de la Liga entran a formar parte [363]. Pronto es acusado de «partidismo» en la distribución de los fondos, por los emigrados de los otros grupos.

Pero el principal esfuerzo de Marx desde que sale de Alemania se orienta a darse un nuevo órgano de expresión. «He emprendido negociaciones —le dice a Engels desde París el 1 de agosto de 1849— para poner en pie una revista política y económica mensual

que debería ser redactada esencialmente por nosotros dos.» A finales de diciembre logra resolver, en Hamburgo, el problema de la edición y distribución [364]. Su nombre es *Neue Rheinische Zeitung. Politisch-ökonomische Revue* (que en adelante designaremos por *NGR(R)*. El director: Carlos Marx. El anuncio de su próxima salida aparece en varios periódicos alemanes. Como indica este anuncio (y el mismo nombre), *NGR(R)* debe ser considerada como la continuación de *NGR*. Define así su objetivo: «Un período de aparente calma, como el actual, debe ser utilizado para esclarecer la etapa transcurrida de la revolución, el carácter de los partidos en lucha, las relaciones sociales que condicionan la existencia y la lucha de esos partidos». A diferencia del diario —se dice también en esta presentación—, «la revista permite investigar de modo detallado y científico las relaciones *económicas* que constituyen la base de todo el movimiento político» [365]. En total salen seis números de *NGR(R)* (el quinto y sexto reunidos en un solo volumen) de marzo a noviembre de 1850. El principal trabajo que responde al propósito enunciado es *De 1848 a 1849*, de Marx, serie de tres artículos, conocidos hoy bajo el título de *Las luchas de clases en Francia*, con que los editó Engels en volumen aparte (1895). Con este título nos referiremos a él en adelante [366].

En *NGR(R)* se publican tres importantes análisis de la coyuntura económica y política internacional, con el simple título de «revista», elaborados conjuntamente por Marx y Engels. Los dos primeros —escritos en enero-febrero y en marzo-abril— consideran que el nuevo estallido revolucionario es inminente y esta idea preside la reorganización de la Liga, como se plantea claramente en la circular del Comité central de marzo de 1850, donde se formula la estrategia y la táctica de la Liga en la nueva revolución (o, más exactamente, en la nueva etapa de la revolución). Su contenido lo analizaremos en la tercera parte del presente trabajo. Aquí nos referiremos únicamente a otros dos pasos preparatorios con vistas al magno acontecimiento: 1) El envío a Alemania de Henrich Bauer, miembro del Comité central, con la tarea de reorganizar la Liga. La circular indicada subraya la importancia de que Bauer «salga precisamente ahora, cuando es inminente una nueva

revolución» [367]. 2) La creación de la mencionada *Asociación universal de comunistas*.

Según el punto 1 del documento fundacional de esta Asociación, su objetivo era: «derrocamiento de todas las clases privilegiadas, sometimiento de estas clases a la dictadura del proletariado a través de la revolución permanente hasta la realización del comunismo, forma final de organización del género humano». «Para lograr la realización de este objetivo —dice el punto 2— la Asociación creará lazos de solidaridad entre todas las fracciones del partido revolucionario comunista, aboliendo —de acuerdo con el principio de la fraternidad republicana— la división por naciones» [368]. Pero este primer intento de «Internacional comunista» quedará prácticamente en el papel. Nacido en la primavera, el Comité central de la Asociación universal se deshará en octubre por las razones que veremos más adelante.

Sobre la reorganización de la Liga en Alemania los datos son muy escasos. Una nueva circular del Comité central a las organizaciones de la Liga en junio de 1850 se limita a enumerar los principales centros de la Liga, sin más precisiones. Menciona Colonia, Francfort, Hanau, Maguncia, Wisbaden, Hamburgo, Schwerin, Berlín, Breslau, Liegnitz, Glogau, Leipzig, Nuremberg, Munich, Bamberg, Wurzburg, Stuttgart, Baden. A juzgar por datos anteriores y posteriores puede suponerse que se trata de «centros» con unos cuantos miembros, raramente más allá de la decena [369]. No obstante, entre los miembros de esos centros había cuadros destacados de algunas asociaciones obreras y de su organización nacional, la Fraternidad Obrera, que conservaban todavía cierta legalidad. Pero estos primeros pasos de reorganización de la Liga se ven rápidamente contrarrestados por dos factores: la intensificación de la acción represiva contra los focos subsistentes de las derrotadas fuerzas democráticas y obreras; la grave escisión que sufre la Liga en septiembre de ese mismo año. El conflicto surge a consecuencia de la conclusión a que llegan Marx y Engels en el verano de 1850, después de investigar más a fondo la coyuntura económica internacional, de que no puede esperarse para lo inmediato el nuevo estallido revolucionario. Lo consideran previsible para 1852 [370]. «Esta manera fría de apreciar la situación —recuerda Engels en su texto de 1885 sobre la historia de

la Liga— era para mucha gente una herejía en aquellos momentos en que Ledru-Rollin, Luis Blanc, Mazzini, Kossuth y los astros alemanes de menor magnitud, como Ruge, Kinkel, Gögg y qué sé yo cuántos más, se reunían en Londres para formar a montones gobiernos provisionales del porvenir, no sólo para sus países respectivos, sino para toda Europa, y en que sólo faltaba recibir de los Estados Unidos el dinero necesario, a título de empréstitos revolucionarios, para llevar a cabo, en un abrir y cerrar de ojos, la revolución europea y, con ella, naturalmente, la instauración de las correspondientes repúblicas.» Pero además de los «astros» demócratas de mayor o menor magnitud, la nueva apreciación de Marx y Engels era considerada como una «herejía» por no pocos afiliados de la Liga, comenzando por cuatro miembros (entre diez) del Comité central: Schapper, Willich, Fränkel y Lehmann. No es extraño, dice Engels en el mismo texto, que hombres de la formación de Willich y Schapper se dejasen arrastrar por su «vieja comezón revolucionaria», ni que la «mayoría de los obreros refugiados en Londres les siguiesen al campo de los fabricantes democrático-burgueses de revoluciones» [371]. En efecto, Marx se queda prácticamente solo, con Engels y unos cuantos más, en el núcleo londinense de comunistas y emigrados políticos alemanes. Su análisis objetivo de la situación, que pone de manifiesto el nuevo ciclo de desarrollo capitalista y la imposibilidad, mientras dure, de una «nueva revolución», es interpretado como renuncia a la revolución. «Nos llaman reaccionarios —dice Marx en su intervención ante el Comité del 15 de septiembre de 1850— a fin de hacernos impopulares, lo cual, dicho sea de paso, nos es totalmente indiferente, porque no aspiramos a la popularidad» [372].

En esa reunión del Comité central culmina la lucha interna y se inicia la escisión. En un último intento por evitarla Marx propone tres medidas: 1) Disolver el Comité central existente, con sede en Londres, e investir con las funciones de Comité central al comité de la Liga en Colonia. Marx argumenta esta propuesta en la imposibilidad de mantener más tiempo la unidad del Comité central de Londres y teniendo en cuenta que su ruptura determinaría la formación de dos Ligas. 2) Abolición de los estatutos adoptados por el Comité

central creado por Moll en Londres en octubre de 1848, modificando los aprobados por el segundo congreso de la Liga. Marx argumenta que con las modificaciones introducidas «se debilitaron las posiciones de principio» [373]. Y por otra parte, según las organizaciones de la Liga se utilizan uno u otros estatutos, es decir, «reina la anarquía» a este respecto. Además, los estatutos de Moll fueron descubiertos por la policía. 3) Formar dos organizaciones distintas de la Liga en Londres (dos círculos), sin relación entre sí, directamente ligadas al Comité central de Colonia. En una de estas organizaciones se agruparían los partidarios de las posiciones de Marx y en la otra los de Schapper y Willich. Motiva esta proposición de la siguiente manera: «Precisamente en aras de la unidad de la Liga es necesario crear aquí dos círculos. Además de las contradicciones personales se han revelado, incluso en la Asociación (Marx se refiere a la Asociación obrera cultural alemana de Londres. F. C.), contradicciones de principio. Justamente en la última discusión "sobre la posición del proletariado alemán en la inminente revolución" los miembros de la minoría del Comité central han expresado opiniones directamente contradictorias con la última carta circular y con el *Manifiesto* (...). Esta discusión, en fin, mostró las divergencias de principio que constituían la envoltura de las discordias personales, y ha llegado la hora de tomar medidas. Las afirmaciones contradictorias citadas se han convertido en consignas combativas de ambas fracciones (...). Después de todo esto la mayoría tiene derecho a disolver el círculo de Londres y excluir a los miembros de la minoría (del Comité central) por no estar de acuerdo con los principios de la Liga». Pero, dice Marx, «yo no hago tal proposición porque provocaría inútiles enemistades y porque todas estas personas, de todas maneras, son comunistas por convicción, aunque las concepciones que manifiestan actualmente no son comunistas y, en el mejor de los casos, pueden considerarse socialdemocráticas. Es evidente, sin embargo, que permanecer juntos sería, sencillamente, perder el tiempo. Schapper ha hablado a menudo de ruptura. Yo no juego con la ruptura. Pienso que puede encontrarse una vía para separarnos sin provocar la ruptura del partido (...). No se trata de hostilizarnos las dos fracciones, sino, por el contrario,

de poner fin a la discordia. Y, para conseguirlo, poner fin a todo género de relaciones. Permanecemos ambas en la Liga y en el partido pero interrumpimos unas relaciones que sólo nos perjudican». Marx puntualiza que esta interrupción de relaciones incluye, entre otros aspectos, que los miembros de la Liga agrupados en el círculo suyo abandonen la Asociación obrera cultural para evitar nuevos enfrentamientos en su seno. Reconoce que no habrá más de doce miembros de la Liga susceptibles de quedar en su círculo. Podéis, les dice a Schapper, «quedaros con la aplastante mayoría de miembros de la Liga». Como Schapper ha hablado de su entusiasmo por la causa y de su disposición al sacrificio, Marx replica: «En lo que se refiere a sacrificios personales, yo he asumido mi parte, no menos que cualquier otro. Pero por la clase, no por personalidades. En cuanto al entusiasmo, no hace falta mucho para pertenecer al partido del cual piensas que está a punto de llegar al poder» [374]. La posición de Schapper y los suyos giraba, en efecto, en torno a la idea de que la conquista del poder por el proletariado podía ser inmediata porque dependía, en definitiva, de que los revolucionarios se lo propusieran decididamente. Marx resume así las divergencias entre sus concepciones y las del grupo Schapper: «En lugar de las concepciones universales del *Manifiesto* se pone la concepción nacional alemana que halaga el sentimiento nacionalista de los artesanos alemanes. En lugar de la concepción materialista del *Manifiesto* se promueve la idealista. En lugar de las relaciones reales, que es lo esencial en la revolución, se pone la *voluntad*. Mientras que nosotros les decimos a los obreros: tal vez os tocará pasar aún por 15, 20, 50 años de guerra civil para cambiar las condiciones actuales y capacitaros vosotros mismos para la dominación, ellos les dicen: tenemos que conquistar *ahora mismo* el poder o podemos irnos a dormir. De la misma manera que el demócrata utiliza la palabra "pueblo" se utiliza ahora la palabra "proletariado": como una frase vacía. Para que esta frase correspondiera a una realidad habría que declarar proletarios a todos los pequeñoburgueses, es decir, de facto, representarse pequeñoburgueses, no proletarios. En lugar del desarrollo revolucionario real habría que poner la frase revolucionaria (...). Yo siempre me enfrenté con las opiniones pasajeras del proletariado. Nos consagramos al partido que, felizmente para él, no puede aún llegar al poder. Si el proletariado llegase ahora al poder no llevaría a cabo medidas directamente proletarias, sino medidas pequeñoburguesas. Nuestro partido sólo puede llegar al poder cuando las condiciones le permitan aplicar *sus* concepciones. Luis Blanc ofrece el mejor ejemplo de lo que resulta cuando se llega demasiado pronto al poder. Por otra parte, en Francia el proletariado llegará al poder no solo, sino junto con los campesinos y los pequeñoburgueses, y se verá obligado a poner en práctica *sus* medidas, no las suyas. La Comuna de París muestra que no hace falta estar en el gobierno para realizar algo» [375].

Los 40 miembros de la organización de Londres de la Liga acuerdan por «unanimidad» —en la reunión no participan los pocos partidarios de Marx— expulsar de la Liga al grupo de éste: Marx, Engels, Schramm, Wolff, Seiler, Liebknecht, Pieper, Pfënder, Bauer, Eccarius. Eligen una nueva dirección encargada de organizar un congreso de la Liga para el 20 de octubre. De esta dirección forman parte, entre otros, los cuatro miembros minoritarios del ex Comité central: Schapper, Fränkel y Lehmann. La resolución que adoptan los 40 comunistas de Londres justifica estas medidas del modo siguiente: *a*) por la necesidad de «restablecer una sólida organización de la Liga, a fin de que en la inminente revolución proletaria en Francia y Alemania no sólo se cree una oposición y se editen gacetas» (alusión transparente a la actividad y la línea de Marx durante la revolución), «sino que el proletariado alemán tome la cosa en sus manos y alcance el poder, porque si esto no ocurre la culpa será nuestra»; *b*) «porque Marx y Engels han seleccionado un grupo de semiliteratos para convertirlos en sus partidarios personales y fantasear sobre su futuro poder político»; *c*) «porque por esa vía Marx y Engels aspiran a transformar la Liga en instrumento de poder personal, ignorándola por completo cuando no puede serles inmediatamente útil, de lo que es prueba 1848, cuando en Colonia Marx y Engels cambiaron su título de miembros del Comité central por el de redactores de la *Nueva Gaceta Renana*», y *d*) «porque esa llamada camarilla literaria no

puede ser útil para la Liga y hace imposible toda organización» [376].

La fracción de Marx se da de baja en la Asociación cultural obrera alemana y se retira también del Comité socialdemócrata de ayuda a los emigrados alemanes. Como los blanquistas coinciden con las posiciones de la fracción Willich-Schapper, la escisión de la Liga repercute inmediatamente en el Comité central de la Asociación universal de comunistas revolucionarios. Marx, Engels y Harney la dan por disuelta el 9 de octubre de 1850. Los dirigentes de la Liga de Colonia aceptan el acuerdo de la mayoría del Comité central de Londres y desde el 22 de octubre se constituyen en Comité central. Su primera medida es anular la decisión de la organización de Londres de expulsar de la Liga al grupo de Marx, disolver la organización de Londres y encargar a Eccarius de formar una nueva. Deciden, también, aplazar el congreso [377].

En resumen, la Liga de los comunistas se escinde en dos, que conservan el nombre. La de Willich-Schapper, con el Comité central en Londres, agrupa la casi totalidad de las organizaciones de la emigración (Londres, París, Suiza), pero al parecer no engloba más que una minoría de la organización de Alemania. La de Marx y Engels (en el sentido de abrazar las posiciones ideológicas y políticas de éstos, pero ninguno de los dos ocupa cargos dirigentes), con el Comité central en Colonia y el apoyo de la mayoría de los miembros y comunas de la organización en Alemania. Al menos si damos fe al documento que se conserva del Comité central de esta Liga, su circular del 1 de diciembre de 1850 a las organizaciones locales [378]. De este documento se desprende que el número de miembros es muy reducido y los efectos desmoralizadores de la derrota se dejan sentir con fuerza. Resumiendo los datos que revela sobre el estado de la Liga en Alemania, la circular dice: «Estas informaciones no pueden considerarse satisfactorias en modo alguno. Si caracterizamos la situación en el sur de Alemania como de "temor y dispersión", la de ciertas regiones del norte puede caracterizarse como de "temor y confusión"». La situación es algo mejor, únicamente, en Francfort, donde la organización está dirigida por Weydemeyer, y en la provincia renana, directamente dirigida por el nuevo Comité central.

En la circular de diciembre el Comité central de Colonia hace su propio análisis de la escisión, tomando en consideración no sólo el acta de la reunión del 15 de septiembre del Comité central de Londres y la versión de la mayoría del mismo (la fracción Marx), sino también la versión de la fracción Willich-Schapper. El texto ofrece indudable interés. Comienza criticando la decisión de esta segunda fracción de expulsar a los «literatos» y hacer de la Liga «una asociación exclusiva de artesanos y obreros fabriles que sepan en la inminente revolución, gracias a su decidida voluntad, llegar al poder y realizar la revolución comunista». Esa decisión, prosigue, significa «retrotraer el partido proletario a la antigua concepción de ascetismo y de grosero igualitarismo que estuvo justificada al comienzo del movimiento proletario, porque entonces se trataba de oponer a diferentes doctrinas políticas y económicas de la sociedad burguesa el principio general de la lucha de clases proletaria. Pero actualmente esa posición negativa no se dirige ya contra ninguna variante de socialismo burgués; ahora se reduce a condenar los autores del manifiesto de 1848 del partido y de la primera circular del Comité central del presente año, en los cuales se expone detalladamente la política del partido, y, por tanto, se condena el mismo *Manifiesto* y la política del partido. El *Manifiesto* y la *Circular* deducen esa política de todo el curso seguido por el movimiento proletario. Muestran que el proletariado, una vez que toma conciencia de su situación de clase atrae a todos los elementos ilustrados de la vieja sociedad y llega así a la comprensión teórica de las condiciones de la revolución comunista, al mismo tiempo que contribuye en la práctica a la maduración de esas condiciones. En lucha con los diversos partidos nacionales conquista su propio poder político y económico. Con su documento, la minoría explaya de nuevo el viejo punto de vista de que todo el trabajo teórico ha sido ya realizado, el punto de vista hostil a toda actividad teórica y, según el cual, es posible alcanzar los objetivos finales del movimiento sobre la base del actual nivel de desarrollo y como resultado, precisamente, de la inminente revolución alemana». A partir de estas posiciones, dice más adelante

la circular de Colonia, es natural que los miembros de la minoría pasen a llamarse «representantes exclusivos» de los intereses del «proletariado puro» y que lancen una proclama, junto con franceses, polacos y húngaros, en nombre de un «comité democrático-socialista», «reduciendo la revolución a una frase vacía y declarándose combatientes avanzados por la república pequeñoburguesa democrático-socialista». Lo cual significa que en caso de auge del movimiento «el proletariado será relegado a un segundo plano, a sus anteriores posiciones, al margen de la política; de nuevo se le llama a la lucha por los intereses de otra clase, para luego ser engañado y privado de los frutos de su victoria». Basándose en estas consideraciones, los de Colonia deciden alinearse con la mayoría del ex Comité central, aun constatando que tanto ésta como la minoría han infringido los estatutos de la Liga, de acuerdo con los cuales hubieran debido apelar a un congreso.

Los esfuerzos que realiza el Comité central de Colonia por fortalecer la Liga en Alemania son pronto interrumpidos por un grave golpe policíaco, cuyos efectos, unidos a los de la escisión, determinan la desaparición de la Liga. El 10 de mayo de 1851, en efecto, fue detenido en Leipzig Nothjung, emisario del Comité central de Colonia, encontrándosele las direcciones de otros miembros de la Liga. Durante las semanas siguientes son detenidos en Colonia los miembros del Comité central y otros responsables de la Liga en diversas ciudades. Estas detenciones de comunistas alemanes facilitan la realización de un proyecto concebido, al parecer, por el mismo Federico Guillermo IV, según han revelado los archivos alemanes: «crear —citamos las augustas palabras— un complot liberador para proporcionar al público prusiano el espectáculo —tan justamente esperado desde hace tiempo— de un complot *descubierto* y (sobre todo) castigado» [379]. Recurriendo a los procedimientos habituales en estos casos: sevicias contra los detenidos, falsificación de documentos, montaje de supuestos preparativos subversivos, valiéndose para ello de agentes provocadores introducidos en la Liga —sobre todo en la fracción de Willich-Schapper, porque la línea aventurera de ésta abría mayores posibilidades—, los polizontes y jueces alemanes pudieron cumplir, no

sin dificultades, el augusto mandato. El juicio se vio finalmente en Colonia, en octubre de 1852 [380].

Saliendo al paso de esta provocación policíaca contra la Liga, Engels escribe el artículo *Reciente proceso en Colonia,* y Marx el panfleto *Revelaciones sobre el proceso de los comunistas en Colonia,* que no pudo difundirse en Alemania hasta veintitantos años después [381]. Marx desmonta pieza a pieza, en este texto, el montaje del «complot», explica los verdaderos objetivos de la Liga y pone al descubierto la explotación policíaca de las posiciones aventureras del grupo Willich-Schapper. Es el último acto de Marx y Engels como militantes de la Liga. O más bien el penúltimo. El 19 de noviembre de 1852, Marx escribe de Londres a Engels, que reside en Manchester: «El miércoles pasado, a propuesta mía, la Liga de aquí se ha *disuelto* y ha decidido que tampoco tenía razón de prolongar su existencia en el continente, donde, por lo demás, desde la detención de Bürgers-Röser había cesado de existir, de hecho» [382].

III. ANALISIS GLOBAL DE LA REVOLUCION Y DESARROLLO DE LA TEORIA POLITICA

En los capítulos precedentes hemos seguido paso a paso la acción política de Marx y Engels en el curso del movimiento, los juicios y comentarios que formulan al compás de los acontecimientos. De 1850 a 1852 proceden al análisis global retrospectivo de la gran experiencia vivida, escribiendo sus textos clásicos sobre la revolución del 48: *Las luchas de clases en Francia* (1850) y *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* (1852), de Marx; *Revolución y contrarrevolución en Alemania* (1851-1852), de Engels [383]. Aunque de carácter más parcial, otros trabajos de este período contienen también reflexiones y generalizaciones importantes sobre diversos aspectos del proceso revolucionario, en particular *La campaña por la Constitución del Reich* y los tres análisis de la coyuntura publicados en *NGR(R)*. Y hay que añadir, como documento de excepcional importancia, la circular de marzo de 1850 del Comité central de la Liga, en la que se enjuicia la experiencia de la revolución y se formula la estrategia de la Liga en la nueva etapa revolucionaria, considerada inminente en ese momento.

Los elementos más nuevos en estos textos, respecto a los del período 1847-1849 (artículos de 1847, *Manifiesto, NGR*), se encuentran, sobre todo, en los dos análisis de la revolución francesa que hace Marx (*Luchas de clases* y *18 Brumario*), tema escasamente tratado en *NGR*, con excepción de los importantes artículos dedicados a las jornadas de junio. En cambio, *Revolución y contrarrevolución en Alemania* es, de hecho, una síntesis de los artículos de la *NGR*, de *La campaña por la Constitución*, y —en lo que concierne a la génesis de la revolución— de los artículos de 1847, ilustrada con una serie de referencias históricas necesarias para el lector no alemán a quien está dedicado este trabajo de Engels. Pero contiene también algunos elementos nuevos.

Sobre la base de estos textos vamos a reconstruir ahora y a comentar la visión global de las revoluciones de 1848 —y de *la* revolución del 48— a que llegan Marx y Engels, su concepción del carácter y de la dialéctica de esas revoluciones, así como lo nuevo que introducen en diversos puntos de su teoría política sobre la base del material empírico que les proporciona el proceso revolucionario y contrarrevolucionario.

1. EL CARACTER DE LA REVOLUCION DE 1848

La idea que de inmediato se hacen Marx y Engels del carácter y las perspectivas de la revolución iniciada en París se resume elocuentemente en las palabras, ya citadas, de Engels: «Ahora la dominación de la burguesía se desmoronará en todas partes o será derrocada». Piensan, pues, que comienza la revolución proletaria europea. Esta idea explica, en parte, su sobrevaloración de la fuerza y las posibilidades del movimiento cartista, hasta el punto de considerar probable su próxima llegada al poder. Y que el paso de la revolución burguesa alemana a la revolución proletaria lo vean como un proceso que puede iniciarse también muy rápidamente. De ahí el contenido de las *Reivindicaciones del partido comunista de Alemania,* verdadero «programa de transición» de un poder constituido por los obreros, pequeñoburgueses y campesinos [384]. El contacto directo con la realidad alemana les obliga a modificar su táctica, aunque no su perspectiva estratégica. El paso de la fase burguesa a la fase proletaria-popular de la revolución alemana lo ven cada vez más estrechamente supeditado al curso de los acontecimientos franceses, en el que prevén —y acertarán plenamente— un próximo y decisivo enfrentamiento entre proletariado y burguesía.

Aun siendo muy escasas las informaciones existentes sobre la opinión que en ese momento tienen Marx y Engels de la evolución de la situación política francesa, todo lo que se conoce permite suponer que consideraban posible, e incluso probable, una victoria proletaria susceptible de hacer real la ilusoria «república social» proclamada en febrero [385]. De ahí que al recibir las primeras informaciones sobre los combates de junio, al conocer la magnitud de las fuerzas empeñadas en la lucha de uno y otro lado, creyeran encontrarse ante la plena eclosión de «la más grande revolución habida, la revolución del proletariado contra la burguesía», y pronosticasen en el primer momento la victoria de los obreros. Después piensan que la derrota será pasajera. Todo su análisis en la *NGR* tiende a mostrar que los propios efectos de la derrota preparan las condiciones de una próxima victoria porque desgarran el velo que ocultaba el carácter del poder instaurado en febrero, aleccionan a las masas, clarifican los términos de la lucha, provocan la división en el campo antiproletario, etc. En lo sucesivo, hasta el verano de 1850, la esperanza en una próxima revancha del proletariado francés, llamado a ser el punto de partida del relanzamiento de la revolución europea, con un carácter más abiertamente proletario, está presente a cada momento, explícita o subyacente, en *NGR* y documentos posteriores. En el análisis del proceso revolucionario francés que Marx hace en *Las luchas de clases* intenta explicar por qué esas previsiones no se han confirmado hasta la fecha, pero para llegar a la conclusión, una vez más, de que la nueva explosión revolucionaria es inminente.

Marx comienza por desentrañar el carácter ambiguo y contradictorio de la victoria popular y proletaria de febrero. Los grupos burgueses que protagonizaban la lucha contra el gobierno Guizot no tenían más propósito que «ensanchar el círculo de los privilegiados políticos dentro de la misma clase poseedora y derribar la dominación exclusiva de la aristocracia financiera»; todo en el marco de la monarquía constitucional. La intervención revolucionaria del proletariado de París —no prevista en el «programa»— llevó las cosas mucho más allá: república, sufragio universal, «derecho al trabajo», etc. «Golpe de mano afortunado», lo llama Marx en el *18 Brumario*, agregando: «Arrancada por el proletariado (la república) con las armas en la mano, el proletariado le imprimió su sello y la proclamó *república social*». Pero con ello no hacía más que «indicar el contenido general de la revolución moderna». Indicarlo, no realizarlo, porque ese contenido «se hallaba en la más peregrina contradicción con todo lo que de momento podía ponerse en práctica directamente, con el material disponible bajo las circunstancias y relacio-

nes dadas, con el grado de desarrollo alcanzado por la masa»[386]. Marx aduce tres razones fundamentales[387]:

1. En Francia, aun siendo el país del continente europeo con más desarrollo industrial, no domina aún la burguesía industrial y sólo bajo esta dominación, afirma Marx, el proletariado industrial adquiere la dimensión nacional que le permite «elevar su revolución a revolución nacional». Aunque «en un momento de revolución el proletariado francés posee en París una fuerza y una influencia decisivas, que le espolean a realizar un asalto superior a sus fuerzas, en el resto de Francia se halla aglutinado en centros aislados y dispersos, perdiéndose casi en la superioridad numérica de campesinos y pequeñoburgueses».

2. «La lucha contra los modos de explotación secundarios del capital —la lucha del campesino contra la usura en las hipotecas, del pequeño burgués contra el gran comerciante, el fabricante y el banquero, en una palabra, contra la bancarrota— quedaba aún disimulada en el alzamiento general contra la aristocracia financiera.» En consecuencia, «nada más lógico que el proletariado de París intentase sacar adelante sus intereses *al lado* de los de la burguesía, en vez de presentarlos como el interés revolucionario de toda la sociedad; que arriase la bandera roja ante la bandera tricolor. Los obreros franceses no podían dar un paso adelante, no podían tocar ni a un pelo del orden burgués, mientras la marcha de la revolución no sublevase contra este orden, contra la dominación del capital, a la masa de la nación —campesinos y pequeñoburgueses— que se interponía entre el proletariado y la burguesía; mientras no la obligase a unirse a los proletarios como a su vanguardia. Sólo al precio de la tremenda derrota de junio podían los obreros comprar esa victoria».

3. «Las relaciones de producción francesas estaban condicionadas por el comercio exterior de Francia, por su posición en el mercado mundial y por las leyes de éste. ¿Cómo podía Francia romper esas leyes sin una guerra revolucionaria europea que repercutiese sobre el déspota del mercado mundial, sobre Inglaterra?»

Mientras esas condiciones no se reunieran, el contenido que el proletariado ponía en la «república social» no podía realizarse, dice Marx, más que en sus ilusiones: la ilusión de «poder llevar a cabo una revolución proletaria dentro de las fronteras nacionales de Francia»; la ilusión de que «la dominación de la burguesía queda abatida con la instauración de la república»; la ilusión de que comenzaba el reino de la fraternidad universal. Obedeciendo a un cálculo político o meciéndose también en sus propias ilusiones, otros grupos sociales contribuían a fomentar en el proletariado tan hermoso espejismo. «Todos los monárquicos se convirtieron por aquel entonces en republicanos y todos los millonarios de París en obreros», comenta irónicamente Marx, que concluye: «Esta idílica abstracción de los antagonismos de clase, esto de conciliar sentimentalmente los intereses de clases contradictorias, de elevarse en alas de la fantasía por encima de la lucha de clases; esta *fraternité,* fue, de hecho, la consigna de la revolución de febrero».

La descripción que hace Marx en 1850 de la lucha política y social en Francia entre febrero y junio de 1848 es la historia de cómo se desgarra la imagen de esa fraternidad ilusoria y va imponiéndose la dura realidad de la lucha de clases. El derrocamiento de la monarquía constitucional y la instauración de la república, escribe en *Las luchas de clases,* liquidaba «toda apariencia de un poder estatal independiente de la sociedad burguesa»; «al derribar la Corona, detrás de la cual se escondía el capital, hizo que se manifestase en su forma pura la dominación de la burguesía». Las elecciones a la Asamblea constituyente pusieron de manifiesto que «el sufragio universal no poseía la fuerza mágica que los republicanos de viejo cuño le asignaban». Con su «culto al pueblo» esos republicanos se representaban un pueblo imaginario de *citoyens,* pero las elecciones «sacaron a la luz del día el pueblo real, es decir, los representantes de las diversas clases en que se subdivide». Los campesinos y pequeñoburgueses dieron la mayoría a los grandes terratenientes y a la burguesía, con lo que se afirmó el contenido real, burgués, de la república, en contradicción aguda con lo que el proletariado se imaginaba. La Asamblea así constituida «rompió inmediatamente con las ilusiones sociales de la revolución de febrero y proclamó rotundamente la república burguesa como república burguesa y nada más». Una conquista como el «derecho al trabajo», en la que

los trabajadores habían «resumido sus reivindicaciones revolucionarias», tenía que ser abolida incluso como frase —dice Marx—, porque aunque desde el punto de vista burgués no era más que un «contrasentido», un «deseo piadoso», detrás del derecho al trabajo se encontraba «el poder sobre el capital, y detrás del poder sobre el capital la apropiación de los medios de producción, su sumisión a la clase obrera asociada y, por consiguiente, la abolición tanto del trabajo asalariado como del capital y de sus relaciones mutuas».

En su artículo «La revolución de junio», de *NGR*, Marx esbozaba la idea de que la burguesía había provocado conscientemente el choque frontal con el proletariado, pero sin estimar que para éste era una batalla perdida de antemano. Y no podía estimarlo, puesto que unos días antes, al recibir las primeras noticias del acontecimiento, *NGR* había pronosticado la victoria. En *Las luchas de clases* Marx reafirma con más vigor el supuesto de que la burguesía acorraló al proletariado para obligarle a sublevarse, pero asociándolo con la tesis de que la sublevación estaba condenada de antemano: «El proletariado de París fue *obligado* por la burguesía a realizar la insurrección de junio. Ya en esto iba implícita su condena al fracaso. Ninguna necesidad directa, conscientemente percibida, impulsó al proletariado a intentar el derrocamiento violento de la burguesía; ni tenía, por lo demás, fuerzas bastantes para imponerse esa misión» [388].

Por tanto, Marx revisa en *Las luchas de clases* la idea que antes de junio de 1848 había tenido de la relación de fuerzas, de las posibilidades inmediatas del proletariado, en la revolución iniciada en febrero, pero sin modificar su concepción sobre el carácter profundo de esta revolución. En cuanto al curso de la revolución *posterior* a junio, Marx conserva en *Las luchas de clases* lo esencial de la interpretación que Engels y él habían expuesto en *NGR* y que recapitularemos sintéticamente volviendo a citar algunas de las formulaciones más significativas. Por ejemplo, la respuesta que da Engels, a finales de septiembre de 1848, al interrogante que él mismo formula sobre las causas de las derrotas sufridas en toda Europa por el partido revolucionario después de sus victorias de febrero y marzo. Esas derrotas se explican —dice Engels— porque «todos los partidos saben que la *lucha en gestación* en todos los países civilizados es incomparablemente más importante que todas las revoluciones habidas hasta hoy; (saben) que en Viena como en París, en Berlín como en Francfort, *se trata del derrocamiento del poder político de la burguesía* (...); (de que) *la burguesía se encuentra directamente amenazada en su existencia política e indirectamente en su existencia social por cada insurrección que estalla ahora*». Debido a lo cual, explica Engels, la burguesía llegada al poder coaliga sus fuerzas con las del viejo régimen contra el pueblo, y éste se ha encontrado hasta el momento en inferioridad de fuerzas [389]. Pero las victorias de la reacción son pírricas porque sus efectos —se argumenta en diversos artículos de *NGR*, como el más arriba citado de Marx sobre las jornadas de junio— contribuyen a preparar las condiciones de la revancha proletaria y popular, dado que agudizan las contradicciones entre la burguesía liberal y los grupos del viejo régimen (que se aprovechan del miedo de la burguesía al proletariado para intentar retrotraer las cosas a la situación anterior) y empujan al campo de la revolución a las masas pequeñoburguesas y campesinas, hasta entonces bajo la influencia de las clases dominantes del viejo régimen o de la misma burguesía, etc. [390]. En cuanto al desarrollo a escala europea de esa *lucha en gestación*, Marx y Engels plantean en *NGR*, a lo largo del período que va de junio de 1848 a junio de 1849, que la burguesía francesa se había convertido «en la piedra angular de la reacción en toda Europa», y la condición de «una victoria duradera de la democracia en Italia, Alemania, Polonia, Hungría, etc.», era que «el proletariado francés ajustase las cuentas a su propia burguesía» e instaurase «la república democrática y social». «En París —afirma Engels— se dará la réplica decisiva a las jornadas de junio. Gracias a la victoria de la "república roja", de París partirán los ejércitos hacia las fronteras y más allá.» Y Marx anuncia el 1 de enero de 1849 que el «sumario» de este año será: «sublevación revolucionaria de la clase obrera francesa, guerra mundial». Guerra mundial que, al englobar a Inglaterra, proporcionará al partido cartista «las condiciones de un levantamiento victorioso», con lo cual «la revolución social pasará del reino de la utopía al de la realidad» [391].

Este esquema del carácter y la dialéctica de la revolución en gestación, que en *NGR* va apareciendo de modo fragmentado y disperso, lo encontramos en *Las luchas de clases* bajo una forma más desarrollada y articulada. En la primera parte (el artículo que se publica en el número 1 de *NGR(R)*, escrito en enero-febrero de 1850, y teniendo *in mente*, por tanto, toda la evolución de la situación en Francia y en Europa desde junio de 1848 a enero de 1850) Marx analiza los efectos principales que a su juicio ha tenido la batalla de junio para el curso ulterior del proceso revolucionario. Su análisis —completado con elementos de la segunda y tercera parte— puede resumirse en los cuatro puntos siguientes:

1. La derrota sufrida por el proletariado «*le convenció de esta verdad: que hasta el más mínimo mejoramiento de su situación es, dentro de la república burguesa, una utopía;* y una utopía que se convierte en crimen tan pronto como quiere transformarse en realidad». De ahí que las reivindicaciones que el proletariado quería obtener en el marco de la república de febrero, «desmesuradas en cuanto a la forma pero minúsculas e incluso burguesas todavía por su contenido», dejaran paso a «la consigna audaz y revolucionaria: ¡Derrocamiento de la burguesía! *¡Dictadura de la clase obrera!*». (Es la primera vez que la fórmula «dictadura de la clase obrera» aparece en un texto de Marx.) Quiere decirse que, según Marx, la derrota de junio había hecho consciente al proletariado francés de su tarea histórica —derrocar la burguesía, instaurar su propia dominación como clase— y de la forma adecuada de realizarla: su dictadura de clase.

2. «Eliminado provisionalmente de la escena (política) el proletariado y reconocida oficialmente la dictadura burguesa, las capas intermedias de la sociedad burguesa, la pequeña burguesía y la clase campesina, a medida que su situación se hacía más insoportable y se erizaba su antagonismo con la burguesía, *tenían que unirse más y más al proletariado.*» Es decir, la propia derrota de junio, debida fundamentalmente al aislamiento en que se había encontrado el proletariado, había creado las condiciones de un proceso que conducía a un bloque social revolucionario formado por la gran mayoría de la población: el proletariado, la pequeña burguesía urbana y los campesinos.

3. «La derrota de junio reveló a las potencias despóticas de Europa el secreto de que Francia se veía obligada a mantener a toda costa la paz en el exterior para poder librar la guerra civil en el interior. Y así los pueblos que habían comenzado la lucha por su independencia nacional fueron abandonados a la superioridad de fuerzas de Rusia, Austria y Prusia. Pero con ello *el destino de estas revoluciones nacionales quedó supeditado a la suerte de la revolución proletaria y despojado de su aparente sustantividad.* ¡El húngaro no será libre, ni lo será el polaco, ni el italiano, mientras el obrero siga siendo esclavo!»

4. «Con las victorias de la Santa Alianza, Europa ha revestido una fisonomía que *hará coincidir directamente con una guerra mundial todo nuevo levantamiento proletario en Francia. La nueva revolución francesa se verá obligada a abandonar inmediatamente el terreno nacional y a conquistar el terreno europeo, el único en que puede llevarse a cabo la revolución social del siglo XIX.*» Pasaje que se completa con este otro de la tercera parte de *Las luchas de clases:* «La solución comenzará a partir del momento en que, a través de la guerra mundial, el proletariado sea llevado a dirigir el pueblo que domina el mercado mundial, a dirigir Inglaterra. La revolución, que no encontrará aquí su término, sino su comienzo organizativo, no será una revolución de corto aliento. La actual generación se parece a los judíos que Moisés conducía por el desierto. No sólo tiene que conquistar un mundo nuevo, sino que tiene que perecer para dejar sitio a los hombres que estén a la altura del nuevo mundo».

Por consiguiente, concluye Marx, «la derrota de junio *creó todas las condiciones dentro de las cuales puede Francia tomar la iniciativa de la revolución europea* (...). El 25 de febrero de 1848 había dado a Francia la *República;* el 25 de junio le impuso la *Revolución.* Y desde junio revolución significaba: *subversión de la sociedad burguesa,* mientras que antes de febrero había significado: *subversión de la forma de gobierno*» [392].

Como vemos, el desmentido que los acontecimientos dan a su pronóstico sobre el «sumario» de 1849 —la

caída de las repúblicas italianas y la victoria austriaca sobre el movimiento de liberación nacional italiano, el lastimoso fracaso de la Montaña el 13 de junio, la derrota de la insurrección por la Constitución del Reich y sobre todo la derrota de los húngaros sin que la intervención rusa determinara respuesta alguna de Francia ni de Inglaterra— Marx lo considera provisional. En su análisis de 1850 sigue interpretando esta cadena de derrotas con el mismo enfoque que en *NGR*, como los sucesivos jalones de un proceso dialéctico en el que los avances contrarrevolucionarios engendran las premisas de la victoria revolucionaria —y radicalizan su contenido en sentido proletario— no sólo porque polarizan en cada país las contradicciones y fuerzas sociales, sino porque agudizan también las contradicciones internacionales, conduciendo inexorablemente a la guerra mundial. A través de este proceso, piensa Marx, se fortalece, en definitiva, el «partido revolucionario» y se crean las condiciones de su victoria. Los primeros párrafos de *Las luchas de clases* son elocuentes a este respecto. «Exceptuando unos pocos capítulos, todos los apartados importantes de los anales de la revolución de 1848 y 1849 llevan como epígrafe: *¡Derrota de la revolución!* Pero lo que sucumbía en estas derrotas no era la revolución. Eran las supervivencias de las tradiciones prerrevolucionarias, resultantes de relaciones sociales que aún no se habían agudizado hasta el punto de constituir tajantes contradicciones de clase: personas, ilusiones, ideas, proyectos, de los que no estaba libre el partido revolucionario antes de la revolución de febrero y de los que no podía liberarlo la *victoria de febrero,* sino sólo una serie de *derrotas.* En una palabra: la revolución no se abrió paso con sus conquistas directas tragicómicas, sino, por el contrario, engendrando una contrarrevolución compacta y potente, engendrando un adversario en la lucha contra el cual el partido de la subversión maduró, convirtiéndose en un partido verdaderamente revolucionario. Demostrar esto es lo que se proponen las siguientes páginas» [393].

* * *

A finales de 1849 y primeros meses de 1850 Marx procede en su exilio londinense a un análisis de la coyuntura económica y política, tanto a escala internacional como en los principales países europeos, que le lleva a considerar inminente la culminación del proceso indicado. Su examen de la situación económica le permite constatar el paso de la crisis de 1847 a una fase de auge, iniciada ya en la segunda mitad de 1848, pero al mismo tiempo llega a la conclusión de que está a punto de iniciarse una nueva crisis económica. Como, por otra parte, le parece explosiva la situación política en Francia, Alemania y otros países del continente, y observa en Inglaterra una reactivación del movimiento cartista, Marx prevé que la combinación de todos estos factores abrirá una nueva etapa, más avanzada, de la revolución. Su carta a Weydemeyer de diciembre de 1849 ilustra bien la visión que Marx tiene en ese momento de la coyuntura europea. Después de señalar la exacerbación de la lucha entre proteccionistas y librecambistas en Inglaterra, escribe: «Tenemos, en fin, los cartistas, que actuando de concierto con la burguesía contra la aristocracia, han reanudado simultáneamente, con energía redoblada, su acción contra los burgueses. El conflicto entre estos partidos llegará a ser de envergadura y la agitación revestirá, cada vez más, el carácter de tempestad revolucionaria si, como yo espero —y tengo fundadas razones para esperarlo—, los *toris* suceden a los *whigs* a la cabeza del gobierno. Otro *événement,* aún no visible en el continente, es la proximidad de una gran crisis industrial, agrícola y comercial. Si el continente aplaza su revolución para después del estallido de esta crisis Inglaterra podría ser, desde el primer momento, incluso si no le agrada, el aliado del continente revolucionario» [394]. A conclusiones análogas llegan los dos primeros estudios de la coyuntura que se publican en *NGR(R)* —a finales de marzo y primeros de mayo de 1850— y la tercera parte de *Las luchas de clases* (publicada a mediados de abril). Pueden resumirse así:

1. *La crisis económica.* En el primer análisis de la coyuntura se considera que la producción industrial inglesa ha llegado de nuevo a un nivel que sobrepasa la capacidad de los mercados. Estos se encuentran «saturados». «Y con las primeras noticias sobre esta saturación comenzará el "pánico" en las esferas de la especulación y de la producción. Tal vez ya a finales de la

primavera y lo más tarde en julio y agosto. Pero esta crisis, gracias a que debe coincidir con grandes acontecimientos en el continente, tendrá resultados totalmente distintos de todas las precedentes. Si hasta ahora cada crisis fue la señal de un nuevo éxito de la burguesía industrial, de una nueva victoria suya sobre los terratenientes y la burguesía financiera, *la presente crisis será el comienzo de la revolución inglesa contemporánea,* en la cual Cobden asumirá el papel de Necker» [395]. El segundo análisis de la coyuntura califica la crisis comercial que ve avecinarse en Inglaterra de más grave que todas las precedentes y estima que va a coincidir, por primera vez, con una crisis agraria. Los acontecimientos que se prevén en el continente —dice el texto— repercutirán en esa doble crisis inglesa, acrecentando su peligrosidad, y, «como resultado del efecto de la crisis inglesa en el mercado mundial, *la revolución tomará un carácter socialista incomparablemente más marcado*». (Se sobreentiende: en relación con el carácter de la revolución en el período 1848-1849.) El texto termina así: «Los acontecimientos políticos en el continente marchan también, cada día más irresistiblemente, hacia su desenlace, y esa coincidencia de la crisis comercial con la revolución, a la que nos hemos referido constantemente en esta revista, se hace más y más ineluctable» [396].

2. *La crisis política.* En lo que se refiere a los estados alemanes, el primer análisis de la coyuntura estima que en Prusia el compromiso entre el rey y la burguesía lleva camino de deteriorarse, porque a medida que la contrarrevolución se fortalece el primero trata de reducir más las prerrogativas de la segunda. Al Estado austriaco Marx y Engels lo ven en plena descomposición. Consideran que los esfuerzos centralizadores para contrarrestar las tendencias centrífugas acabarán haciendo insoportable el imperio incluso para sus más firmes pilares, los pueblos eslavos. Piensan que a los gobernantes austriacos sólo les queda intentar «el acento desesperado (...): la guerra exterior». Pero «esta guerra exterior, hacia la cual marcha indefectiblemente Austria, consumará su derrumbamiento total» [397]. Sobre el carácter de la revolución alemana no hay cambios en la concepción de Marx y Engels después de la conclusión a la que llegaba Marx en su artículo fundamental

de la *NGR, La burguesía y la contrarrevolución,* de finales de 1848: «La historia de la burguesía prusiana de marzo a diciembre, como la de la burguesía alemana en general, prueba que en Alemania una revolución puramente burguesa y el establecimiento de la dominación burguesa bajo la forma de monarquía constitucional son imposibles. Sólo son posibles la contrarrevolución feudal absolutista o la revolución republicana y social». En *La campaña por la Constitución del Reich* (abril de 1850) Engels llega a la misma conclusión. Después de caracterizar la lucha por la Constitución como un intento de conciliación de la pequeña burguesía llamado a «retardar el combate decisivo», plantea que «una vez perdida esa campaña la victoria no puede ir más que a la monarquía feudal-burocrática, un poco constitucionalizada, o a la verdadera revolución. Y la revolución no puede terminar en Alemania más que con la dominación total del proletariado» [398].

Sobre la evolución de la situación francesa lo esencial del primer análisis de la coyuntura puede resumirse en los siguientes pasajes: «La burguesía misma, por su propio interés, se puso a la cabeza de la reacción, y la forma republicana de gobierno da a esa reacción la posibilidad de llevar más lejos y más consecuentemente su ofensiva». El objetivo de esta reacción burguesa es el restablecimiento de la monarquía, pero su logro se ve muy dificultado por la lucha entre los pretendientes al trono y los partidos que les apoyan: legitimistas, orleanistas y bonapartistas. El partido bonapartista, se dice en el texto, es «mucho más débil» que los otros dos y «pese a sus siete millones de votos Luis Napoleón no tiene en realidad un verdadero partido: sólo una camarilla». Cada uno de los partidos monárquicos conspira con la nueva Santa Alianza y hay ya «suficientes datos fidedignos de que Luis Napoleón está urdiendo algo con Nicolás». Pero «a medida que se fortalece la reacción crecen, *naturalmente,* las fuerzas del partido revolucionario». Arruinada por la parcelización de la tierra y la política fiscal del gobierno, desengañada de Luis Napoleón y de los diputados reaccionarios —afirman Marx y Engels—, «la gran masa de la población rural se arroja en brazos del partido revolucionario y expresa su adhesión al socialismo, a un socialismo —verdad es— muy primitivo y burgués todavía». Aná-

loga radicalización ven en la pequeña burguesía urbana y llegan a la siguiente apreciación del nuevo reagrupamiento de fuerzas sociales y políticas: «Las relaciones de las diferentes clases entre sí, una de cuyas expresiones es la relación de unos partidos políticos con otros, es actualmente la misma que el 22 de febrero de 1848, sólo que ahora se trata de otras cuestiones, los obreros son mucho más conscientes y, además, ha sido arrastrada al movimiento y conquistada para la revolución la clase que hasta hoy permanecía políticamente inerte, la clase de los campesinos. De ahí proviene para la burguesía dominante la necesidad de abolir lo antes posible el sufragio universal; y esta necesidad, a su vez, es prenda de la pronta victoria de la revolución, incluso si nos abstraemos de las relaciones internacionales» [399]. A parecida conclusión llega Marx un mes después en la tercera parte de *Las luchas de clases:* «La marcha de la revolución ha hecho madurar tan rápidamente la situación que los partidarios de reformas de todos los matices y de las más modestas pretensiones de las clases medias se ven obligados a agruparse en torno a la bandera del partido revolucionario más extremo, en torno a la bandera roja». Interpretando el resultado de las elecciones parlamentarias parciales que acaban de celebrarse (10 de marzo de 1850), Marx considera que se asiste, como en febrero, a la formación de «una coalición general contra la burguesía y el gobierno», pero esta vez «con el proletariado a la cabeza de la coalición revolucionaria» [400].

Al esforzarse por desentrañar el encadenamiento de fuerzas y circunstancias que deben conducir a la nueva explosión revolucionaria, los redactores de la *NGR(R)* no pierden de vista, naturalmente, el factor *guerra* —ya aludido más arriba en relación con Austria—, al que desde el principio del período revolucionario le atribuyen, como hemos visto a lo largo de toda nuestra exposición, un papel primordial. En los primeros meses de 1850 Marx y Engels piensan que se prepara activamente la intervención militar de Rusia, Prusia y Austria contra Francia, «el centro de la anarquía y de las revoluciones», para el caso de que triunfen allí las fuerzas revolucionarias, y ven también la posibilidad inmediata de una guerra ruso-turca, en la que Inglaterra se vería obligada a intervenir [401].

La estrategia que el Comité central de la Liga de los comunistas formula en su circular de marzo de 1850 se sitúa enteramente en toda esa perspectiva. La revolución —dice el documento dirigido a las organizaciones de la Liga— «está próxima, bien sea provocada por una insurrección independiente del proletariado francés, bien por una invasión de la Babel revolucionaria por la Santa Alianza». Los obreros alemanes —plantea la circular— no podrán llegar al poder sin haber pasado por «un prolongado desarrollo revolucionario», pero «pueden, por lo menos, tener la seguridad de que esta vez el primer acto del drama revolucionario que se avecina coincidirá con *el triunfo directo de su clase en Francia,* lo cual contribuirá a acelerarlo considerablemente» (el proceso revolucionario que lleve al poder a la clase obrera alemana) [402].

El tercer análisis de la coyuntura, concluido hacia el otoño de 1850, basado en un estudio más a fondo de la historia de la economía inglesa en los últimos decenios, conduce a Marx a conclusiones diferentes. Considera que la nueva crisis económica no es inminente, debiendo sobrevenir solamente en 1852. Mientras tanto los negocios marchan bien y la industria trabaja a pleno rendimiento, no existiendo condiciones para la revolución inmediata. «Bajo esta prosperidad general, en la que las fuerzas productivas de la sociedad burguesa se desenvuelven todo lo bien que pueden desenvolverse en el marco de las relaciones burguesas, no puede ni hablarse de una verdadera revolución», dice Marx, agregando: «Semejante revolución sólo puede darse en aquellos períodos en que estos dos factores —las modernas fuerzas productivas y las formas burguesas de producción— incurren en mutua contradicción». Bajo esta óptica se interpretan diferentemente las contradicciones y conflictos en el seno de las clases dominantes y entre los Estados. En los dos primeros análisis de la coyuntura y en las tres primeras partes de *Las luchas de clases* eran vistos como susceptibles de provocar nuevas explosiones revolucionarias en el continente, coincidiendo con la crisis económica inglesa. Ahora Marx y Engels piensan que «las interminables querellas de los representantes de las diversas fracciones del partido del orden en el continente, comprometiéndose entre sí, no conducen a nuevas revoluciones; al contrario, estas que-

rellas sólo son posibles porque el fundamento de las relaciones sociales es, por el momento, tan seguro y —cosa que la reacción ignora— tan *burgués*. Contra él rebotarán todos los intentos reaccionarios de contener el desarrollo burgués, así como toda la indignación moral y todas las inflamadas proclamas de los demócratas. *Una nueva revolución sólo es posible a consecuencia de una nueva crisis. Pero es tan segura como ésta*» [403]. Y la nueva crisis la prevén, como hemos visto, para 1852.

En este mismo texto encontramos un interesante análisis del mecanismo del ciclo económico que muestra por qué se inicia en Inglaterra —el *centro* capitalista desarrollado de la época, el «*demiurgo del cosmos burgués*», según las palabras de Marx—, repercutiendo después en el continente, la *periferia* en vías de desarrollo capitalista o «subdesarrollada» de entonces. Por lo cual, dice Marx, «aun cuando las crisis engendran revoluciones primero en el continente, la causa de éstas se halla siempre en Inglaterra». Y agrega la siguiente observación, que vista con la actual perspectiva histórica cobra valor de intuición premonitoria genial: «Es natural que en las extremidades del cuerpo burgués se produzcan estallidos violentos antes que en el corazón, *pues aquí la posibilidad de compensación es mayor que allí*. De otra parte, el grado en que las revoluciones continentales repercuten sobre Inglaterra es, al mismo tiempo, el termómetro por el que se mide hasta qué punto estas revoluciones ponen realmente en peligro el régimen de vida burgués o hasta qué punto afectan solamente a sus formaciones políticas» [404].

Volviendo a las previsiones de la «nueva revolución», hemos visto que si Marx y Engels descartan su inminencia en el verano-otoño de 1850 consideran que el «retraso» no pasará de dos años. En su primer artículo para el *New York Daily Tribune*, fechado en septiembre de 1851, Engels escribe: si «el primer acto del drama revolucionario en el continente ha terminado», el intervalo entre «el fin del primer acto y el comienzo del segundo será, indudablemente, de corta duración [405].

Al comentar, poco después del acontecimiento, el fracaso de la Montaña el 13 de junio de 1849, Marx había pronosticado que el «partido del orden», una vez dueño absoluto de la Asamblea nacional, se encaminaría a despojar al régimen de «la molesta apariencia de república», debido a lo cual sería «barrido de un soplo» y «febrero recomenzaría con más fuerza aún». Dos años y medio después la «molesta apariencia» desaparece, en efecto, pero no para dejar paso a la monarquía ni a un nuevo febrero, sino a lo imprevisto: la dictadura bonapartista, que duraría dos decenios. Sin embargo, el golpe de Estado de Luis Bonaparte no modifica el enfoque general de Marx y Engels, su creencia en la proximidad del relanzamiento de la revolución proletaria, en el comienzo de su «segundo acto», como testimonian los siguientes pasajes del *18 Brumario:* «La caída de la república parlamentaria *encierra ya en germen el triunfo de la revolución proletaria* (...). La lucha parece haber terminado en que todas las clases se postraron de hinojos, con igual impotencia y con igual mutismo, ante la culata del fusil. Pero la revolución es radical. Cumple su tarea con método. Hasta el 2 de diciembre de 1851 había terminado la mitad de su labor preparatoria. *Ahora termina la segunda mitad*. Lleva primero a la perfección el poder parlamentario para poder derrocarlo. Ahora, conseguido ya eso, lleva a la perfección el poder ejecutivo, lo reduce a su más pura expresión, lo aísla, se enfrenta con él, como único blanco contra el que debe concentrar todas sus fuerzas de destrucción. Y cuando la revolución haya llevado a cabo esta segunda parte de su labor preliminar, Europa se levantará, y gritará jubilosa: ¿bien has hozado, viejo topo!» [406]. Otros juicios de este mismo año 1852, en que se publica el *18 Brumario,* y de los años siguientes corroboran la idea, ahí implícita, de que el «viejo topo» trabaja a buen ritmo y no está lejano el día en que haya cumplido «la segunda parte de su labor preliminar». Por las mismas fechas en que Marx termina el *18 Brumario,* Engels escribe en la prensa inglesa: «El grave estado de la industria y del comercio, junto con la mala cosecha, en 1846 y 1847, llevaron a la revolución de 1848. Hay diez probabilidades contra una de que en 1853 la industria y el comercio en todo el mundo sufran una crisis mucho más profunda (...). ¿Puede suponer alguien que el barco pilotado por Luis Napoleón es suficientemente sólido como para aguantar la tempestad que inevitablemente se desencadenará?». Por fin, la tan esperada crisis económica entra en escena

en 1857-1858 y Marx escribe a Engels: «La revolución en el continente está próxima y tomará inmediatamente un carácter socialista» [407].

* * *

Esta síntesis de cómo Marx y Engels fueron representándose el carácter y las perspectivas de la revolución de 1848, con sus previsiones tan repetidas como desmentidas del «segundo acto» —«más marcadamente socialista» que el primero— muestra con evidencia que veían al capitalismo europeo debatiéndose en su crisis final y la revolución proletaria al orden del día. En el comienzo de la revolución piensan que el derrocamiento de la burguesía está próximo. Esperan que el proletariado francés desarrolle la victoria de febrero y haga realidad su «república social». Confían en el pronto triunfo del cartismo. Consideran inevitable la intervención armada del zarismo contra las revoluciones europeas. Y piensan que la guerra revolucionaria de los pueblos potenciará a la fuerza más consecuentemente revolucionaria, al «partido del proletariado», poniéndole a la cabeza del «pueblo». La derrota de junio y los sucesivos golpes contrarrevolucionarios en los otros teatros de la revolución desvanecen la ilusión de una victoria inmediata, pero les reafirman en la idea de que lo que está en juego es la existencia misma de la sociedad burguesa, puesto que —a su juicio— los éxitos de la contrarrevolución se explican por el miedo de la burguesía al proletariado. Se mantienen, por tanto, en la convicción de que se está viviendo un proceso revolucionario que habrá de desembocar en la victoria del proletariado y el pueblo. Pero un proceso que cada vez ven más dilatado. Engels confirma muy netamente ambos aspectos en su prefacio de 1895 a *Las luchas de clases,* declarando que Marx y él estaban convencidos de que «había comenzado el gran combate decisivo y de que este combate había de llevarse a término en un solo período revolucionario, largo y lleno de vicisitudes, pero que sólo podía terminar con la victoria definitiva del proletariado» [408].

Marx no ha dejado ninguna rectificación explícita de su concepción del estado del capitalismo a mediados de siglo y del carácter de la revolución del 48, pero doce años después de la muerte de Marx —y muy poco antes de la suya— Engels reconoció en el citado prefacio a *Las luchas de clases* que se habían equivocado: «La historia nos ha dado un mentís a nosotros y a cuantos pensaban de modo parecido. Ha puesto de manifiesto que por aquel entonces el estado del desarrollo económico en el continente distaba mucho de estar maduro para poder eliminar la producción capitalista; lo ha demostrado por medio de la revolución económica que desde 1848 se ha adueñado de todo el continente, dando —por primera vez— verdadera carta de naturaleza a la gran industria en Francia, Austria, Hungría, Polonia y, últimamente, en Rusia, haciendo de Alemania un verdadero país industrial de primer orden. Y todo sobre la base capitalista, *lo cual quiere decir que esta base tenía todavía, en 1848, gran capacidad de expansión»* [409]. Justamente lo contrario de lo que el *Manifiesto Comunista* había teorizado.

En el epígrafe 2 del capítulo I pusimos de relieve que la lógica de la argumentación del *Manifiesto,* encaminada a demostrar el agotamiento histórico del capitalismo, conducía a conclusiones que se excluían entre sí: el proletariado no podía, al mismo tiempo, desarrollarse como principal fuerza productiva y clase revolucionaria por excelencia, de un lado, y, de otro, «desarrollarse» como masa cada vez más pauperizada. El movimiento real —la espectacular expansión de las fuerzas productivas sobre bases capitalistas en los decenios que siguen a 1848, acompañada del gran incremento que conoce también el movimiento obrero— ratificó empíricamente la primera tendencia, refutando al mismo tiempo —de modo empírico, asimismo— la segunda. Pero ni en Marx ni en Engels econtramos una crítica explícita del error teórico del *Manifiesto.* Cierto, basándose en *El capital* es posible sostener que lo inherente al mecanismo de la producción capitalista es la tendencia a la «pauperización» relativa, no a la absoluta. Pero no es casual que apoyándose también en *El capital* y en otros trabajos de Marx, como *Salario, precio y ganancia,* la corriente dogmático-staliniana del marxismo haya podido, durante largo tiempo, afirmar la existencia de una «ley de la pauperización absoluta». Ni es casual tampoco que la interpretación de las crisis cíclicas como expresión suficiente del agotamiento del modo capitalista de producción y la tesis de la «crisis

final» ineluctable hayan tenido vigencia, con más o menos vigor, según la coyuntura, en el itinerario histórico del marxismo, sin haber desaparecido aún [410]. La actitud reverencial hacia Marx y Engels que durante largo tiempo predominó en el movimiento obrero inspirado por el marxismo no estimuló —es lo menos que puede decirse— la reflexión crítica sobre el contraste entre la imagen que el *Manifiesto* daba del estado del capitalismo a mediados de siglo y su estado real, sobre las razones de que la marcha de los acontecimientos desmintiera una y otra vez las previsiones de Marx y Engels de una próxima victoria de la revolución proletaria. Este tipo de actitud observa Lenin, polemizando con liberales y reformistas de su tiempo que «explotaban» los errores de previsión de los maestros. «Sí, mucho y frecuentemente se equivocaron Marx y Engels en la previsión de la proximidad de la revolución y en las esperanzas en su victoria (por ejemplo, en 1848 en Alemania) (...). Pero semejantes errores de los titanes del pensamiento revolucionario, que se elevaron y elevaron al proletariado de todo el mundo por encima de las pequeñas y rutinarias tareas de cada día, son mil veces más nobles, más excelsos y, desde el punto de vista histórico, más valiosos y próximos a la verdad que la vil sabiduría del liberalismo oficial que se gargariza y embriaga, con aire de desafío, proclamando la vanidad de las vanidades revolucionarias, la esterilidad de la lucha revolucionaria y el encanto de los sueños «constitucionales» contrarrevolucionarios...» [411]. A nuestro conocimiento, Lenin no aborda en parte alguna de su obra lo que hubiera sido realmente valioso y fecundo para la teoría y la práctica revolucionarias: el *porqué* de esos errores de previsión, que, como hemos visto, no se refieren a cuestiones sin importancia. En cambio, ese comentario apologético de Lenin —apologético y de escaso sentido en la comparación que establece— ha sido frecuentemente utilizado por políticos considerados marxistas para justificar alegremente sus propios errores y escabullir la exigencia de indagar sus causas [412].

Las revoluciones del 48 no fueron producto, por tanto, de que el capitalismo hubiera llegado al límite de sus posibilidades históricas, según la tesis del *Manifiesto,* sino de la contradicción entre su movimiento ascendente, su poderosa dinámica expansiva —tan magistralmente descrita por Marx en el *Manifiesto,* pero viéndola como un pasado cuando era, sobre todo, un futuro— y los obstáculos de todo orden con que tropezaba en el espacio europeo: estructuras precapitalistas o capitalistas primitivas, clases y regímenes políticos propios a las mismas, fraccionamiento estatal y opresión nacional de burguesías en desarrollo, etc. Lenin caracterizaría toda la época que va de la gran revolución francesa a la Comuna (1789-1871), pasando por las revoluciones del 48, como «la época de la burguesía ascendente, de los movimientos democrático-burgueses, en general, y de los movimientos nacional-burgueses, en particular; la época de la rápida destrucción de las instituciones feudales y absolutistas sobrevivientes a su tiempo». El «resorte fundamental» del proceso histórico en ese período, dice Lenin, es «el movimiento de la burguesía contra las fuerzas feudal-absolutistas»; «lo que (en 1793 y 1848) estaba *objetivamente* al orden del día, en Francia, en Alemania y en toda Europa, era la revolución democrático-*burguesa*» [413]. Como vemos, Lenin revisa, de hecho, la concepción que habían tenido Marx y Engels del carácter de la revolución de 1848, pero sin aludir al error de aquéllos ni, menos aún, investigar sus causas.

Aunque la contradicción más arriba indicada fuera la determinante en el carácter global de la revolución de 1848, y esté justificado, por tanto, el adjetivo «democrático-burguesa» que Lenin utiliza, su aplicación indistinta a la revolución de 1848 y a la de 1793 (es decir, la fase jacobina de la revolución francesa de 1789) tiene el inconveniente de dejar en la sombra el factor que las diferencia sustancialmente y genera en la revolución de 1848 todo lo que en ella aparece de nuevo y original respecto a las anteriores revoluciones burguesas: el papel de primer orden que en esta revolución desempeña la lucha entre proletariado y burguesía. Sin este factor no podría entenderse, dicho sea de paso, ni el error teórico de Marx ni su persistencia en él. La agudización de la lucha entre proletariado y burguesía en los años cuarenta es un hecho reconocido por todos los historiadores. Y algunas investigaciones recientes de la historiografía marxista ven en esa agudización el aspecto principal de una «crisis general de los métodos

de producción y explotación del capitalismo industrial *temprano*» [414], métodos encaminados exclusivamente al incremento de la plusvalía absoluta mediante el alargamiento de la jornada de trabajo y la disminución del salario. (Las jornadas de 16-18 horas y los salarios por debajo del mínimo fisiológico estaban ampliamente generalizados.) La lucha tenaz del proletariado inglés —que a comienzos de los años cuarenta toma un cariz insurreccional—, junto con la aparición de una tecnología más avanzada bajo la presión de esa misma lucha, había comenzado a dar a esa crisis en Inglaterra una salida reformista, como lo pone de relieve la conquista de la jornada de diez horas, poco antes de 1848. Lo cual puede explicar, al menos parcialmente, por qué Inglaterra no fue arrastrada a la tormenta revolucionaria y se inicia en ese período el ocaso del cartismo. En el continente, en cambio, el descontento de las masas obreras contra los citados métodos de explotación fue uno de los resortes principales de su intervención revolucionaria en 1848. Y pese a los mediocres resultados inmediatos de la revolución, incluso desde el ángulo de sus objetivos burgueses, la evolución ulterior puso de manifiesto que había influido poderosamente en acelerar la crisis de ese capitalismo temprano o primitivo.

Es plausible suponer que las manifestaciones de esa crisis —extensión alarmante del pauperismo, paro, exacerbación de la lucha de clases— contribuyeron en grado considerable a que Marx y Engels tomaran por agotamiento o crisis final del modo capitalista de producción lo que sólo era la crisis de una determinada forma del mismo. El marxismo nace incurriendo en un tipo de error que habría de repetirse a lo largo de su historia: tomar por crisis final del sistema la crisis de una de sus formas o estadios. El ejemplo clásico es Lenin. Al mismo tiempo que corrige el supuesto de Marx —la entrada del capitalismo en su fase última en los decenios que preceden a 1848— sitúa el comienzo de ese ocaso en los últimos decenios del siglo, identificándolo con la fase monopolista, y en el momento en que hace la «corrección» (son los años de la primera guerra mundial) considera llegada la «crisis final», cuando en realidad se iniciaba el paso a la fase de capitalismo monopolista de Estado.

La idea errónea que Marx y Engels tenían del estado

del capitalismo a mediados del siglo XIX y, en consecuencia, del carácter del proceso revolucionario que se inicia, marca, naturalmente, todo su análisis de la revolución del 48. Les induce a una serie de previsiones erróneas y de juicios inexactos. Pero, paradójicamente, les induce también a indagar en una dirección que resultará sumamente fecunda a la luz de la evolución histórica ulterior. Se encuentran con una revolución que no estalla allí donde el capitalismo, según su supuesto teórico, ha llegado al límite de sus posibilidades históricas y está plenamente «maduro», por tanto, para la revolución proletaria, sino en la periferia «inmadura» (Alemania y demás países del centro y sur de Europa) o no totalmente «madura» (Francia), pero una revolución en la que el proletariado y las masas populares próximas a él constituyen la fuerza de choque, protagonizan las insurrecciones, y en París —considerado el centro decisivo de la revolución desde la gran revolución francesa— la proclaman «revolución social». ¿Cómo esta revolución en acto, a partir de condiciones objetivas «inmaduras» o insuficientemente «maduras», pero engendrada —piensan— por la crisis del capitalismo, aunque concurran otras contradicciones y conflictos, podía abrirse paso y desembocar en la victoria del proletariado? Tal es el problema con el que, desde el primer momento, se enfrentan Marx y Engels y al que intentan dar respuesta teórica —al mismo tiempo que intervienen en la acción práctica— a dos niveles: 1) investigando el proceso objetivo del movimiento, esforzándose por descubrir en él las fuerzas, las tendencias, los factores que iban en la dirección considerada *necesaria,* desde el punto de vista científico en que se sitúan, y *deseada* ardientemente en tanto que revolucionarios proletarios; 2) elaborando la estrategia y la táctica que el «partido proletario» debía poner en práctica para contribuir con todas sus fuerzas a que ese proceso objetivo desembocara en la victoria del proletariado.

Se trataba, como vemos, de un problema análogo al que se plantearán teóricamente Lenin y su grupo desde finales del siglo XIX y habrán de abordar prácticamente en 1905 y 1917; análogo al de todas las revoluciones del siglo XX, hasta la fecha, puesto que todas han tenido lugar hasta ahora en la periferia atrasada —más cercana o más lejana y más o menos «atrasada»— de

la «Inglaterra» del siglo XX, el «Occidente» capitalista e imperialista. De ahí el interés que conservan muchos de los análisis y reflexiones de Marx y Engels, pese a los grandes cambios históricos sobrevenidos desde entonces.

2. LUCHA DE CLASES Y PROCESO REVOLUCIONARIO

Si, por un lado, Marx y Engels enfocan el carácter y el desarrollo de la revolución de 1848 a la luz de su creencia en el agotamiento histórico del capitalismo, por otro lado los interpretan bajo la fuerte influencia del «modelo» que ofrecen las revoluciones anteriores, en particular la gran revolución francesa del siglo XVIII. En diversos momentos de nuestra exposición ese condicionante aparece explícitamente, y Engels lo subraya con fuerza en su prefacio de 1895, como si viera ahí la razón principal del error histórico en que Marx y él habían incurrido. «Cuando estalló la revolución de febrero —escribe Engels en ese texto— todos nosotros estábamos, en lo tocante a nuestra manera de representarnos las condiciones y el curso de los movimientos revolucionarios, bajo la fascinación de la experiencia histórica anterior, particularmente la de Francia. ¿No era precisamente de este país, que había desempeñado el primer papel en toda la historia europea desde 1789, del que también había partido nuevamente la señal para la subversión general? Era, pues, lógico e inevitable que nuestra manera de representarnos el carácter y la marcha de la revolución "social" proclamada en París, en febrero de 1848, de la revolución del proletariado, estuviese fuertemente teñida por el recuerdo de los modelos de 1789 y 1830. Y cuando el levantamiento de París encontró su eco en las insurrecciones victoriosas de Viena, Milán y Berlín; cuando toda Europa, hasta la frontera rusa, se vio arrastrada al movimiento; cuando más tarde, en junio, se libró en París, entre el proletariado y la burguesía, la primera gran batalla por el poder; cuando hasta la victoria de su propia clase sacudió a la burguesía de todos los países de tal manera que se apresuró a echarse de nuevo en brazos de la reacción monárquica-feudal que acababa de ser abatida, no podía caber para nosotros ninguna duda, en las circunstancias de entonces, de que había comenzado el gran combate decisivo.» Y Engels termina con el párrafo, ya citado anteriormente, de que este combate decisivo habría de librarse en un solo período revolucionario, hasta la victoria definitiva del proletariado [415]. La actitud de la burguesía, por tanto, fue considerada por Marx y Engels como una confirmación decisiva de la crisis de la sociedad burguesa teorizada en el *Manifiesto* y como la prueba de que la revolución iniciada era la revolución del proletariado. Lo mismo que cincuenta años atrás la burguesía revolucionaria triunfante en Francia había llevado la revolución a la Europa feudal, la nueva clase revolucionaria, el proletariado, llevaría a la Europa burguesa o semiburguesa su propia revolución, la revolución proletaria. Pero, de acuerdo con la concepción teórica del *Manifiesto,* revolución proletaria quería decir revolución de la «inmensa mayoría», mientras que en la realidad europea de 1848 el proletariado era una reducida minoría, salvo en Inglaterra. ¿Cómo, en estas condiciones, podía hablarse de revolución proletaria? Engels nos da la clave en su prefacio de 1895, explicándonos de qué manera, tomando como modelo las revoluciones precedentes, dedujeron la posibilidad de la revolución proletaria aun siendo una minoría la nueva clase revolucionaria. Según esa explicación —que resumimos— el mecanismo de dichas revoluciones podía esquematizarse así: *a*) sustitución de una clase dominante por otra, lo que equivalía a la sustitución de una minoría por otra minoría (la más capacitada para la dominación según las necesidades del desarrollo económico); *b*) apoyo más o menos consciente de la mayoría dominada a la nueva minoría dominante, la cual se proclamaba representante de los intereses generales; *c*) escisión, después del primer éxito, de la minoría vencedora: una parte quería ir más allá y otra no; las nuevas reivindicaciones de la fracción más radical correspondían también a los intereses, reales o aparentes, de la gran masa; *d*) si la fracción más radical se imponía, su éxito solía ser efímero: la fracción moderada volvía a enseñorearse del poder y los vencidos clamaban traición o achacaban la derrota al destino; *e*) pero esta segunda victoria de la revolución —la de la fracción más avanzada de la nueva minoría dominante— no era inútil: servía, por

lo general, para consolidar las conquistas de la primera, logrado lo cual los radicales y sus éxitos desaparecían de la escena. Engels caracteriza estas conquistas que se consolidan de «objetivamente necesarias». Tales eran, plantea Engels, los rasgos de todas las revoluciones de los tiempos modernos, desde la inglesa del siglo XVII, y por ello «parecían inseparables de toda lucha revolucionaria» y «aplicables también a las luchas del proletariado por su emancipación». Pero con una serie de ventajas para la nueva clase revolucionaria. Cierto que la revolución proletaria iniciada estaba encabezada por una minoría, como las anteriores, «pero esta vez no en interés de la minoría, sino en el más auténtico interés de la mayoría». Si en las precedentes revoluciones «las grandes masas del pueblo se dejaban ganar tan fácilmente por las vanas promesas, con tal de que fueran plausibles, de las minorías ambiciosas, ¿cómo habían de ser menos accesibles a unas ideas que eran el más fiel reflejo de su situación económica, que no eran más que la expresión clara y racional de sus propias necesidades, que por sí mismas aún no comprendían y sólo empezaban a sentirlas de modo vago?». En las revoluciones anteriores la desilusión y el desengaño habían conducido, por lo general muy pronto, a que el espíritu revolucionario de las masas dejara paso al cansancio e incluso a reacciones de signo contrario, pero en la revolución proletaria «no se trataba de promesas vanas, sino de la realización de los intereses más genuinos de la gran mayoría». Aunque de momento esta gran mayoría no los viese claros, «no habría de tardar en verlos con suficiente claridad, convenciéndose con sus propios ojos al llevarlos a la práctica». Esta representación inicial de cómo podría abrirse paso y triunfar la revolución proletaria, pese a ser el proletario una minoría, se veía robustecida —dice Engels— en la primavera de 1850 (cuando Marx escribe la tercera parte de *Las luchas de clases* y la Liga adopta su famosa Circular, anunciando la inminencia del «segundo acto» de la revolución proletaria), porque la evolución de la república burguesa nacida de febrero había concentrado la dominación efectiva en manos de la gran burguesía, con el agravante de sus ideas monárquicas, «agrupando en cambio a todas las demás clases sociales, lo mismo a los campesinos que a los pequeñoburgueses, en torno al proletariado, de tal modo que en la victoria común y ulteriormente no iban a ser esas clases, sino el proletariado, escarmentado por la experiencia, quien había de convertirse en el factor decisivo». Y Engels concluye: «¿No se daban, pues, todas las perspectivas para que la revolución de la minoría se trocase en la revolución de la mayoría?» [416]. Los textos de *NGR* y *NGR(R)* que hemos ido analizando corroboran, sin duda, esta explicación retrospectiva de Engels. Evoca fielmente una pieza importante del esquema interpretativo de Marx y Engels en el período mismo de los acontecimientos. Pero para tener el esquema completo hay que articularla con la pieza principal: su convicción de que había llegado la hora final del sistema social burgués. Sin esta convicción no hubieran podido ver en la revolución de París, desde el primer momento, la revolución del proletariado, el comienzo del próximo desmoronamiento o derrocamiento de la dominación de la burguesía, ni pronosticar en la primavera de 1850 la inminencia del «segundo acto» de esta revolución.

Tal esquema corresponde, en uno u otro grado, a ciertos aspectos y tendencias reales del proceso revolucionario, pero deja fuera otros de signo opuesto o diferente, e indujo a Marx y Engels a apreciaciones extremadamente subjetivas de algunos fenómenos, en particular a sobrevalorar y generalizar abusivamente la radicalización de fracciones de la pequeña burguesía y de los campesinos, lo mismo que la maduración política de los grupos más avanzados del proletariado, subestimando el influjo ideológico y político de las clases dominantes —tanto del viejo régimen como de la burguesía llegada al poder— en el *conjunto* de las clases dominadas. Uno de los ejemplos más expresivos lo tenemos en la conclusión a que llega Marx en la primavera de 1850 —totalmente desmentida por los hechos— de que se había producido un reagrupamiento en torno al proletariado revolucionario, y bajo su dirección, de las masas pequeñoburguesas y campesinas, en escala comparable al agrupamiento de esas masas en febrero de 1848 contra la monarquía de Luis Felipe.

En el *18 Brumario* Marx constata que la dinámica de la revolución de 1848 no se ha ajustado a la del modelo 1789. El comportamiento real de las clases en

el proceso revolucionario, la correlación de fuerzas entre ellas, había determinado lo que Marx llama en aquel texto un movimiento «descendente» en lugar del movimiento «ascendente» que observa en la revolución de 1789. La interpretación que Marx y Engels van haciendo de ese comportamiento de las clases se ha reflejado ya, en gran medida, en los capítulos precedentes. Ahora la sintetizaremos, deteniéndonos en algunos momentos particularmente significativos.

* * *

En vísperas de la revolución alemana, Marx y Engels piensan —como vimos en los artículos de 1847 y en el *Manifiesto*— que la burguesía liberal desempeñará un papel revolucionario contra el absolutismo. La orientación pactista con la monarquía y la nobleza que esa burguesía adopta nada más iniciada la revolución, ¿estaba dictada únicamente por la amenaza proletaria, como Engels parece indicar en el pasaje más arriba citado del prefacio de 1895 y se afirma también en diversos artículos de la *NGR?* En su artículo fundamental, *La burguesía y la contrarrevolución,* Marx explica, según vimos en el epígrafe 4 del segundo capítulo, que con el pactismo los representantes de la burguesía liberal alemana no eran infieles a sus principios, como solía acusárseles. Su política reflejaba la atenuación de las antiguas diferencias de clase (entre burguesía y nobleza) a consecuencia del desarrollo capitalista. La nobleza se había aburguesado y ante la burguesía se había abierto la posibilidad de llegar a la dirección del Estado sin recurrir a la revolución, por una vía reformista. En vísperas de marzo estaba en buena vía para lograrlo, dice Marx, cuando fue sorprendida por la tormenta revolucionaria. Este planteamiento contradecía los de 1847 y del *Manifiesto* previendo la revolución burguesa, aunque también en éstos se tiene en cuenta el aburguesamiento de parte de la nobleza. La nueva tesis de Marx —que por lo demás sólo aparece en ese artículo— tiene el interés de apuntar a otra explicación del comportamiento de la burguesía distinta de la de la amenaza proletaria: sencillamente, no tenía necesidad de actuar revolucionariamente para alcanzar sus objetivos esenciales como clase. En realidad, ambas

motivaciones están estrechamente ligadas, puesto que si el proletariado podía ser ya una amenaza digna de consideración quiere decirse que las relaciones capitalistas habían progresado considerablemente en detrimento de las feudales. Era lo que sucedía concretamente en el campo prusiano con los contratos de rescate. Los representantes de la burguesía en la Asamblea nacional no apoyan la exigencia de revisión de esos contratos, explica Marx en la *NGR*, porque significaban la transformación de las relaciones de propiedad feudales en burguesas. Atentar contra ellos era tanto como atentar contra la propiedad burguesa. Sin embargo, en ese mismo artículo Marx califica la conducta de la burguesía alemana de traición a sus «aliados naturales», los campesinos [417]. Cosa contradictoria con la precedente, puesto que la mencionada transformación de las relaciones de propiedad expresaba, justamente, que la nobleza aburguesada pasaba a ser el aliado «natural» de la burguesía, mientras que los campesinos comenzaban a ser sus enemigos «naturales» a partir del momento que su lucha amenazaba las relaciones de propiedad burguesas. Aquí Marx se debate entre la observación del movimiento real, tal como se desarrolla, y la influencia mimética del modelo de la gran revolución burguesa, según el cual los campesinos eran los «aliados naturales» de la burguesía.

Sin embargo, Marx y Engels conocían ya que en Inglaterra las relaciones de producción feudales en el campo se habían transformado en burguesas por una vía gradual, no en alianza con los campesinos, sino contra ellos, expulsándolos de la tierra. Y por esa vía la transformación capitalista de Inglaterra había avanzado mucho más rápidamente y más profundamente que la de Francia. El esquema alianza burguesía y nobleza aburguesada contra los campesinos se había revelado mucho más fecundo desde el punto de vista capitalista que el esquema alianza burguesía y campesinos contra la nobleza. La solución revolucionaria francesa —creación de una clase de pequeños campesinos libres, dueños de la tierra— dio a la burguesía francesa una sólida base social y política, pero al mismo tiempo levantó una formidable barrera a la transformación capitalista del campo. La vía inglesa —señala Engels— era la más penosa para los campesinos [418]. Cosa indudable.

Pero desde el punto de vista del desarrollo capitalista resultaba la más ventajosa, como habría de confirmar la historia de Alemania después de 1848. En realidad, la vía francesa reflejaba la debilidad relativa de la burguesía, obligada a apoyarse decisivamente en los campesinos para alcanzar sus objetivos políticos y sociales.

Tomado en su conjunto, el discurso de Marx y Engels sobre el comportamiento de la burguesía alemana en la revolución de 1848 revela una contradicción interna. De un lado, en efecto, sostiene que el interés de la burguesía reside en la eliminación revolucionaria, con medidas radicales, de todas las estructuras y formas del antiguo régimen que quedan aún en pie, y acusa a la burguesía de cobardía, bajeza, debilidad, traición, etc., por no proceder así. De otro lado, sostiene que esa vía revolucionaria de liquidación de las supervivencias feudales es la más conveniente para el proletariado, la que mejor puede «preparar el terreno» para su combate contra la burguesía. Pero si esto segundo era cierto, e indudablemente lo era, lo primero no podía serlo más que en un plano abstracto, a-histórico, como generalización abusiva de lo que fue el interés de la burguesía francesa en la coyuntura concreta de finales del siglo XVIII. Al buscar la vía no revolucionaria, reformista, de alianza con los sectores aburguesados de la nobleza, la vía pactista, la burguesía alemana ¿daba pruebas de cobardía y debilidad o de inteligencia política?, ¿traicionaba a los campesinos y al pueblo o a las ilusiones que éstos se hacían sobre la burguesía? En todo caso, se esforzaba, lógicamente, por alcanzar sus objetivos históricos, afianzar su dominación de clase, evitando las rupturas revolucionarias susceptibles de favorecer al proletariado y a otros sectores del pueblo trabajador. Lo cual la conducía, naturalmente, a limitar lo más posible la democracia para las masas, aunque para ello hubiera de ceder importantes posiciones de poder (respecto a las ocupadas en marzo) a la nobleza y la burocracia. Dada la debilidad del proletariado y la incapacidad política de que da muestras la pequeña burguesía, esa línea pactista imprime su sello decisivo al proceso revolucionario alemán, determinando lo que Marx llama curso «descendente» de la revolución. Llega a crearse un equilibrio tal de la lucha de clases que impide durante un período que la dominación de clase de la burguesía se traduzca en ejercicio directo del poder por sus hombres políticos.

El caso francés es diferente, pero conduce a un resultado formalmente análogo. Aquí el peligro proletario es mucho más consistente, amenazando con desbordar no una lucha entre nobleza y burguesía, sino entre fracciones de la propia burguesía. Esta lucha interna de la burguesía, conjuntamente con la amenaza proletaria y la radicalización de algunos sectores minoritarios de la pequeña burguesía y los campesinos, conduce también a un equilibrio de la lucha de clases en el que ninguna fracción de la burguesía por separado ni todas juntas pueden ejercer directamente el poder político. Así se crean las condiciones objetivas para el golpe de Estado bonapartista. En su prefacio de 1891 a *La guerra civil en Francia*, de Marx, Engels escribe, refiriéndose a la Francia de 1851: «Si el proletariado no estaba *todavía* en condiciones de gobernar Francia, la burguesía *ya* no podía seguir gobernándola. Por lo menos en aquel momento en que su mayoría era todavía de tendencia monárquica y se hallaba dividida en tres partidos dinásticos y uno republicano. Sus discordias intestinas permitieron al aventurero Luis Bonaparte apoderarse de todos los puestos de mando —ejército, policía, aparato administrativo— y hacer saltar el 2 de diciembre de 1851 el último baluarte de la burguesía: la Asamblea nacional» [419]. La reserva: «por lo menos en aquel momento» era obvia en 1891, cuando estaba claro desde hacía tiempo que el golpe de Luis Bonaparte no había significado, como Marx supuso en el *18 Brumario,* el preludio de la revolución proletaria, y que la imposibilidad de gobernar directamente en el marco de la república parlamentaria no implicaba forzosamente que su dominación de clase fuera menos sólida y menos fructífera para sus prosaicos intereses. La prueba más evidente de que las revoluciones del 48 dan un impulso decisivo a la dominación de la burguesía, lo mismo en Francia que en Alemania, la constituyen las políticas de Luis Bonaparte y de Bismarck, políticas que Engels caracterizará en su prefacio de 1895 de «revoluciones por arriba», apodando a sus protagonistas «albaceas testamentarios» de la revolución de 1848 [420].

* * *

En los textos de Marx y Engels anteriores a la revolución se refleja ya la importancia de la intervención de la pequeña burguesía en los procesos políticos y sociales que conducen a la revolución. Los acontecimientos revolucionarios acrecientan aún más esa importancia, de la que es dato significativo la sostenida atención de *NGR* a la crítica del partido demócrata. En los trabajos de balance de la revolución, al mismo tiempo que hacen una crítica incisiva de los rasgos negativos que revela en la lucha entablada (indecisión, oscilación entre la burguesía pactista y la democracia revolucionaria, propensión a reemplazar la acción por la retórica vacua, cobardía política, etc.), Marx y Engels subrayan el papel relevante de la pequeña burguesía. «Esta clase, de la que repetidas veces hemos destacado la importancia y la influencia, puede ser considerada como la clase dirigente de la insurrección de mayo de 1849» (la insurrección por la Constitución del Reich). Y en sus artículos para el *New York Daily Tribune:* «La pequeña burguesía tiene la mayor importancia en todo Estado moderno y en todas las revoluciones modernas. Es particularmente importante en Alemania, donde en el curso de las recientes luchas ha desempeñado casi siempre el papel decisivo» [421]. Teniendo en cuenta la inmadurez del proletariado para convertirse de inmediato en fuerza hegemónica, la perspectiva de continuidad de la revolución —paso del «primer acto» al «segundo acto»— en que se colocaban Marx y Engels era difícilmente concebible en el caso alemán sin una etapa de dominación de la pequeña burguesía. Por eso la Circular del Comité central de la Liga de los comunistas de marzo de 1850 formula la siguiente perspectiva estratégica: «El papel de traición que los liberales burgueses alemanes desempeñaron respecto al pueblo en 1848 lo desempeñarán en la próxima revolución los pequeños burgueses demócratas, que ocupan hoy en la oposición el mismo lugar que ocupaban los liberales burgueses antes de 1848». Y a continuación define cuál deberá ser la política del proletariado «durante el período de superioridad (de los pequeños burgueses) sobre las clases derrocadas y sobre el proletariado». Tesis que Engels reafirma en 1852: «La experiencia revolucionaria práctica de 1848-1849 confirma la conclusión a la que llegaban las reflexiones teóricas: la democracia de los pequeñoburgueses debe, a su vez, pasar por el gobierno, antes de que la clase obrera comunista pueda esperar instalarse en el poder de modo permanente y destruir el sistema de esclavitud del salariado que la mantiene bajo el yugo de la burguesía» [422].

En *Las luchas de clases* y, sobre todo, en el *18 Brumario,* Marx subraya fuertemente el papel de la pequeña burguesía demócrata en la revolución de febrero. Al principio aparece en primer plano, junto al proletariado, pero a medida que se acentúa el antagonismo entre burguesía y proletariado la masa pequeñoburguesa, incluida su ala demócrata, se alinean con la burguesía, haciéndose cómplices de la sangrienta represión de junio. Con este comportamiento, dice Marx, los demócratas pequeñoburgueses destruyen ellos mismos «la base sobre la que su partido se destacaba como una potencia, pues la pequeña burguesía sólo puede afirmar su posición revolucionaria contra la burguesía mientras tiene detrás de sí al proletariado». A esta pequeña burguesía, representada políticamente por la Montaña, Marx la caracteriza como «masa fluctuante entre la burguesía y el proletariado, cuyos intereses materiales reclaman instituciones democráticas». También la define como «clase de transición en la que los intereses de dos clases se embotan el uno contra el otro», lo cual lleva al demócrata pequeñoburgués a creerse «por encima del antagonismo de clases en general» [423]. Cuando después de junio ve en peligro sus intereses y las instituciones que le permitían defenderlos, se acerca de nuevo a los obreros, rehaciéndose su alianza con las organizaciones socialistas del proletariado, creándose así la llamada socialdemocracia (en la que predomina la ideología y la dirección pequeñoburguesa), cuyo «carácter peculiar», dice Marx, «se resume en exigir instituciones democrático-republicanas, no para abolir a la par los dos extremos, capital y trabajo asalariado, sino para atenuar su antítesis y convertirla en armonía» [424].

A diferencia de lo que hemos visto en relación con las perspectivas de la revolución alemana, en el caso de Francia Marx y Engels no parecen prever una fase de dominación o hegemonía de la pequeña burguesía. En la Circular de marzo de 1850 de la Liga se habla de «triunfo directo» de la clase obrera francesa, lo que asociado a los planteamientos de *Las luchas de clases*

parece indicar la hipótesis de la toma del poder por un amplio bloque social formado por el proletariado, la pequeña burguesía y los campesinos con «el proletariado a la cabeza» [425].

* * *

Antes de la revolución, Marx y Engels apenas prestan atención al factor campesino y esa actitud no cambia mucho en los primeros meses que siguen a febrero y marzo, como muestra el hecho de que en *NGR* casi no encuentre eco la lucha campesina, pese a la virulencia que adquiere en extensas zonas de Alemania. En el campesinado no ven más que el «aliado natural» de la burguesía contra el feudalismo y con este enfoque comenta *NGR* los debates en la Asamblea nacional prusiana sobre el problema de las cargas feudales en el campo. A finales de 1848, Engels enjuicia muy negativamente, como vimos, el comportamiento de los campesinos en el proceso revolucionario y llega a formular la hipótesis —refiriéndose concretamente a Francia— de que en caso de victoria el proletariado tendría que librar una guerra con el campesinado. La opinión de Marx en ese momento es diferente, viendo un giro favorable a la revolución en una parte, al menos, de los pequeños campesinos franceses. Pero ambos juzgan que el campesinado es incapaz de iniciativa revolucionaria propia y consideran que la experiencia de la revolución ratifica ese juicio: «La historia de los tres últimos años —escribe Marx en el otoño de 1850— ha demostrado hasta la saciedad que esta clase de la población es absolutamente incapaz de ninguna iniciativa revolucionaria» [426].

Sin embargo, la posición de Marx y Engels va evolucionando en la dirección de reconocer mucha mayor gravitación al factor campesino en el curso y desenlace de la revolución; de descubrir que el campesinado puede convertirse en aliado del proletariado, y de comprender, en fin, que sin tal aliado toda revolución proletaria en un país de predominio agrario está condenada de antemano. Lo *primero* pasa a ser la evidencia misma a la vista de una serie de hechos: la importancia que cobra el voto de los campesinos, cuando por fin se pone en práctica la principal conquista democrática de febrero y marzo —el sufragio universal— en las elecciones a las asambleas de Francia y Alemania; el aislamiento en que queda el proletariado francés en las jornadas de junio y, en general, la actitud hostil de una parte considerable del campesinado; el papel decisivo del voto campesino en la elección de Luis Bonaparte y, más tarde, el apoyo que presta a su golpe de Estado la mayor parte del campesinado, etc. Lo *segundo* aparece como posibilidad cuando algunas fracciones del campesinado francés, decepcionadas de los partidos burgueses, en lugar de evolucionar hacia posiciones más reaccionarias comienzan a secundar la acción política del proletariado y de la democracia pequeñoburguesa. Y lo *tercero* es la conclusión global de toda la experiencia revolucionaria, la respuesta a la gran cuestión: ¿cómo puede la revolución proletaria ser la revolución de la «inmensa mayoría» allí donde el campesinado trabajador, en particular el pequeño campesino propietario, constituye justamente la mayoría de esa mayoría? Sólo si la masa campesina llega a ser su aliado. En esta perspectiva sitúa Marx en el *18 Brumario* la posibilidad de victoria de la revolución proletaria en Francia: «Al desilusionarse de la restauración napoleónica, el campesinado francés abandonará la fe puesta en su parcela; todo el edificio social erigido sobre ella se vendrá abajo, y la revolución proletaria obtendrá el coro, sin el cual su solo se convierte, en toda la nación campesina, en un canto de cisne» [427].

El creciente interés de Marx y Engels por el problema campesino se manifiesta en la serie de artículos que publica *NGR* sobre los campesinos silesianos y, sobre todo, en la atención que le concede Marx en *Las luchas de clases* y el *18 Brumario* [428].

* * *

La experiencia de la revolución del 48 reafirma en Marx y Engels el concepto a que habían llegado en los años prerrevolucionarios acerca del papel del proletariado como «enterrador» de la sociedad burguesa. El *test* decisivo, pivote al mismo tiempo de todos sus análisis de la revolución, es la gran batalla de junio. Los acentos con que comentan este acontecimiento, los juicios que les inspira, primero en la *NGR* y dos años después en la *NGR(R)*, son harto elocuentes. Es un

hito de la historia universal, la confirmación empírica de su idea teórica, el primer acto de la revolución del siglo XIX, la revolución proletaria.

Pero si esta visión permanece inalterable en los escritos de Marx y Engels, desde *La revolución de junio* al *18 Brumario,* se observa, al mismo tiempo, una toma de conciencia cada vez más clara de la inmadurez en que se encuentra aún el proletariado para acometer y llevar a buen término su «misión histórica». De momento, el proletariado concreto objeto de su examen, el proletariado francés y alemán, porque en este período el proletariado inglés, cuya trayectoria histórica ha servido de modelo para la construcción teórica del *Manifiesto,* no es objeto de examen. Implícitamente se le sigue considerando como el proletariado llegado ya, plenamente, a la madurez, pero cuya acción decisiva se retrasa por una serie de circunstancias. Hace falta la guerra mundial, que arrastre a Inglaterra al torbellino de la revolución europea y cree las condiciones favorables para que este proletariado pueda triunfar.

Esa toma de conciencia sigue a las ilusiones que evidentemente se hicieron al comienzo de la revolución, cuando Engels pronostica el próximo derrocamiento de la burguesía «en todas partes». Ya entonces, al tomar contacto directo con la realidad alemana, llegan a la conclusión de que mientras los objetivos políticos democráticos de la revolución alemana no hayan sido plenamente logrados, el proletariado puede ser una fuerza impulsora, a veces decisiva, pero no hegemónica. Cuando en sus artículos del *New York Daily Tribune* procede al análisis retrospectivo de la revolución alemana, Engels subraya el estado inicial de inmadurez, tanto por su estructura económica y social como por su grado de formación política, en que se encontraba el proletariado alemán en vísperas de la revolución, pese a los indudables progresos que había hecho su conciencia de clase desde la insurrección de los tejedores silesianos. Paradójicamente, este progreso fue «detenido temporalmente por la revolución» —afirma Engels—, debido a que «las exigencias y las circunstancias inmediatas del movimiento (revolucionario) eran tales que no permitían llevar al primer plano ninguna de las reivindicaciones específicas del partido proletario». Sólo «muy gradualmente (el partido proletario pudo) sustraer la masa de los trabajadores a la influencia de los demócratas, de los cuales no era más que un apéndice al comienzo de la revolución». Contribuyó a liberarlos de esa influencia la misma «indecisión, cobardía y debilidad de los jefes demócratas». Y ahora puede decirse, prosigue Engels —el «ahora» es septiembre de 1851—, que uno de los principales resultados de la revolución reside en que «la clase obrera, en todas partes donde está concentrada en masas algo importantes, se ha emancipado completamente de esa influencia demócrata que en 1848 y 1849 la condujo a una serie interminable de errores y fracasos» [429]. Y en efecto, el notable impulso que pocos años después adquirió el movimiento obrero alemán demostró que la experiencia del 48 había contribuido a emancipar al proletariado de la tutela de la pequeña burguesía avanzada, si no «completamente» en grado considerable.

En lo que concierne al proletariado francés ya citamos lo esencial del análisis de Marx cuando en el epígrafe anterior hemos reseñado su visión global del proceso de la revolución francesa. Agregaremos algunas notas complementarias relativas a la diferencia que se observa entre *Las luchas de clases* y el *18 Brumario* en la apreciación de la evolución de ese proletariado después de la derrota de junio. En las tres primeras partes de *Las luchas de clases* se describe un proceso ascendente lineal de maduración política, de agrupación de sus fuerzas en torno «al socialismo revolucionario, al comunismo, que la misma burguesía ha bautizado con el nombre de Blanqui» [430], de conquista de un papel de vanguardia efectiva respecto a la pequeña burguesía y el campesinado, hasta la supuesta cristalización en los primeros meses de 1850 de una amplia coalición general contra la burguesía de las masas proletarias, pequeñoburguesas y campesinas bajo la dirección del proletariado.

Distinto es el proceso que se describe en el *18 Brumario.* Con la derrota de junio, se dice allí, «el proletariado pasa al *fondo* de la escena revolucionaria. Tan pronto como el movimiento parece adquirir nuevos bríos, intenta una y otra vez pasar nuevamente al primer plano, pero con un gasto cada vez más débil de sus fuerzas y con resultados cada vez más insignificantes. Tan pronto como una de las capas sociales supe-

riores a él experimenta cierta efervescencia revolucionaria, el proletariado se enlaza con ella y así va compartiendo todas las derrotas que sufren uno tras otro los diversos partidos. Pero estos golpes sucesivos se atenúan cada vez más cuanto más se reparten por la superficie de la sociedad. Sus jefes más importantes en la Asamblea nacional y en la prensa van cayendo unos tras otros, víctimas de los tribunales, y se ponen al frente (del proletariado) figuras cada vez más equívocas. En parte se entrega a experimentos doctrinarios, bancos de cambio y asociaciones obreras, es decir, a un movimiento en el que renuncia a transformar el viejo mundo, con ayuda de todos los grandes recursos propios de este mundo, e intenta, por el contrario, conseguir su redención a espaldas de la sociedad, por la vía privada, dentro de sus limitadas condiciones de existencia y, por tanto, forzosamente, fracasa. Parece que no puede descubrir nuevamente en sí mismo la grandeza revolucionaria, ni sacar nuevas energías de los nuevos vínculos que se ha creado, hasta que *todas las clases* contra las que ha luchado en junio están tendidas a todo lo largo a su lado mismo. Pero por lo menos sucumbe con los honores de una gran lucha histórico-universal» [431]. Se refiere luego a la situación creada en la primavera de 1850, cuando en lugar de la ofensiva revolucionaria, prevista en *Las luchas de clases*, de la gran coalición social encabezada por el proletariado, éste sigue a los jefes demócratas que se limitan a protestas verbales contra la ley del 31 de mayo. No reaccionan combativamente contra una ley que restringe el sufragio universal, privando prácticamente a los obreros del derecho al voto, convirtiéndolos, según la expresión de Marx, en parias políticos, como antes de febrero. Marx encuentra una explicación parcial a esa pasividad de la clase obrera en que «el año 1850 fue uno de los más brillantes en prosperidad industrial y comercial y, por tanto, el proletariado de París tenía trabajo en su totalidad», pero añade: «Al dejarse guiar por los demócratas frente a este acontecimiento y al olvidar el interés revolucionario de su clase ante su bienestar momentáneo, renunciando al honor de ser una potencia conquistadora, se sometieron a su suerte, demostraron que la derrota de junio de 1848 los había incapacitado para luchar durante muchos años y que, por el momento, el proceso histórico tenía que pasar de nuevo *sobre* sus cabezas» [432]. «Muchos años» quiere decir aquí cinco o algo más, puesto que en el momento de escribir esas líneas, cuando aún no habían pasado cinco años desde junio de 1848, en la correspondencia privada de Marx y Engels se prevé próximo el nuevo estallido revolucionario. Y en el mismo *18 Brumario* se considera que el «viejo topo» está terminando la segunda (y última) parte de su «labor preparatoria». Quiere decirse que el proceso descrito es también, en conjunto, un proceso ascendente de maduración política del proletariado, pero no lineal, sino zigzagueante, con avances y retrocesos, y el proletariado es visto en él con enfoque más crítico y realista. No por casualidad, en la discusión de septiembre de 1850, recién desvanecida la euforia revolucionaria que preside las tres primeras partes de *Las luchas de clases*, Marx había reprochado al grupo Schapper hacer un fetiche del proletariado y adularlo en lugar de poner el acento en su inmadurez y de explicar a los obreros que necesitarían pasar por una larga experiencia de luchas para revolucionarse ellos mismos y hacerse aptos para la dominación de su clase [433].

* * *

La hostilidad de la burguesía a la revolución, incluso cuando su filo iba dirigido primordialmente contra las supervivencias del viejo régimen (caso alemán), o contra la forma monárquico-burguesa del régimen político (caso francés), o simplemente contra la opresión nacional (caso italiano y húngaro); el apoyo que la correspondiente política de la burguesía —política pactista en el caso alemán, pro restauración monárquica en el caso francés— encuentra en la mayor parte de las clases intermedias, pequeña burguesía y campesinos; la indecisión del partido demócrata de la pequeña burguesía, sin política coherente, prisionero del verbo en detrimento de la acción; la debilidad numérica, estructural y política del proletariado, que le impedía tener una política independiente, y, en definitiva, la correlación de fuerzas favorable en todo momento a los partidos burgueses imprimen al proceso revolucionario la dinámica que Marx caracteriza de «descendente» por oposición a

la dinámica «ascendente» que él y Engels habían previsto inicialmente bajo el mimetismo de la gran revolución francesa del siglo XVIII. En aquel entonces, escribe Marx en el *18 Brumario*, «a la dominación de los *constitucionales* sigue la dominación de los *girondinos*, y a la dominación de los *girondinos* la de los *jacobinos*. Cada uno de estos partidos se apoya en el más avanzado. Tan pronto como ha impulsado la revolución lo suficiente para no poder seguirla, y mucho menos para poder encabezarla, es desplazado y enviado a la guillotina por el aliado más intrépido que está detrás de él. La revolución se mueve, de este modo, en un sentido ascensional». «En la revolución de 1848 es al revés. El partido proletario aparece como apéndice del pequeño burgués democrático. Este lo traiciona y contribuye a su derrota (...). A su vez, el partido democrático se apoya sobre los hombros del republicano-burgués. Apenas se consideran seguros, los republicanos burgueses se sacuden el molesto camarada y se apoyan a su vez sobre los hombros del partido del orden. El partido del orden levanta sus hombros, deja caer a los republicanos burgueses dando volteretas y salta, a su vez, a los hombros del Poder armado. Y cuando cree que está todavía sentado sobre esos hombros, una buena mañana se encuentra con que los hombros se han convertido en bayonetas (...). De este modo la revolución se mueve en sentido descendente» [434]. Parecido esquema «descendente» expone Marx para el contenido que va teniendo el régimen republicano salido de la revolución: *república social* (nacida como frase, como profecía —precisa Marx—, en el umbral de la revolución de febrero y ahogada en junio en la sangre del proletariado de París); *república democrática* (esbozada después de junio y desvanecida el 13 de junio de 1849 junto con sus pequeños burgueses en fuga); *república parlamentaria* (con la burguesía dueña de toda la escena política, enterrada por esa misma burguesía el 2 de diciembre de 1851) [435].

Situada en el contexto de la visión global que Marx y Engels tienen del estado de la sociedad burguesa, esa imagen del curso «descendente» de la revolución no designa sólo, a nuestro parecer, un retroceso temporal del nivel revolucionario y del contenido proletario inicial. Indica, también, un proceso de agotamiento sucesivo

de las posibles formas institucionales burguesas, de reducción de la base social y política de los partidos burgueses, acompañada de su desagregación interna, paralelamente a una revolucionarización en profundidad del proletariado y de masas crecientes de la pequeña burguesía y de los campesinos (un proceso no lineal, como ya vimos). Se trata de un movimiento similar al que se describe en el famoso pasaje sobre la labor de zapa del «viejo topo». Tal interpretación nos parece abonada por otra importante proposición de Marx en el *18 Brumario* relativa a la diferencia entre las revoluciones burguesas del siglo XVIII y las revoluciones proletarias del siglo XIX. Las primeras, dice, «avanzan arrolladoramente de éxito en éxito, sus efectos dramáticos se atropellan, los hombres y las cosas parecen iluminados por fuegos de artificio, el éxtasis es el espíritu de cada día, pero son de corta vida, llegan en seguida a su apogeo y una larga depresión se apodera de la sociedad, antes de haber aprendido a asimilar serenamente los resultados de su período impetuoso y agresivo»; en cambio, «las *revoluciones proletarias*, como las del siglo XIX, se critican constantemente a sí mismas, se interrumpen constantemente en su propia marcha, vuelven sobre lo que parecía terminado, para comenzarlo de nuevo desde el principio, se burlan concienzuda y cruelmente de las indecisiones, de los lados flojos y de la mezquindad de sus primeros intentos, parece que sólo derriban a su adversario para que éste saque de la tierra nuevas fuerzas y vuelva a levantarse más gigantesco frente a ellas, retroceden constantemente aterradas ante la vaga enormidad de sus propios fines, hasta que se crea una situación que no permite volverse atrás y las circunstancias mismas gritan: ¡Hic Rhodus, hic salta!» [436].

Esta dinámica de sucesivos avances y retrocesos de la revolución proletaria implica, lógicamente, movimientos «descendentes» como el que constata Marx en la revolución de 1848, durante los cuales se ensayan y agotan soluciones burguesas a la crisis de la sociedad burguesa, creándose otra vez condiciones para un nuevo avance revolucionario. El proletariado aprende en la «autocrítica» práctica de la revolución, en sus indecisiones y temores, haciéndose capaz así para un nuevo «salto» revolucionario.

(En el pasaje citado Marx habla, curiosamente, de «revoluciones proletarias» del siglo XIX, como si hubiera habido varias. A nuestro juicio se trata de que utiliza el concepto de «revolución proletaria» en un sentido restringido, designando los momentos nodales en que *la* revolución proletaria —en el sentido de largo proceso revolucionario— alcanza las cotas más altas, parece a punto de obtener victorias decisivas, pero retrocede, refluye, para avanzar de nuevo. Se refiere probablemente, en una palabra, a las «revoluciones proletarias» de febrero y junio de 1848 en París, a la sólo esbozada de junio de 1849, también en París, tal vez al octubre vienés.)

Marx no explicita el hilo de la reflexión que le induce a generalizar la observación empírica que acabamos de citar como un rasgo ineluctable, una especie de «ley», de la revolución proletaria. ¿Es una inducción a partir del hecho que la revolución proletaria —la revolución que concibe como proletaria— se produce en áreas donde el proletariado es minoritario e «inmaduro»? ¿O tiene *in mente* también Inglaterra, donde considera plenamente reunidas las condiciones objetivas de esta revolución? También aquí el «viejo topo» había retrocedido el 10 de abril de 1848, cuando Marx y Engels lo creían en vísperas de irrumpir victoriosamente. En el transfondo del citado pasaje del *18 Brumario* parece aletear la sugestión de que el proletariado siempre está «inmaduro» en cierta forma —por muy «maduro» que esté el capitalismo— para acometer su obra revolucionaria, pero que sólo acometiéndola una y otra vez puede superar su «inmadurez» [437]. De ahí la forma de «tanteos» repetidos que reviste la revolución proletaria.

* * *

Por consiguiente, el proceso de la revolución proletaria que se representan Marx y Engels es continuo y discontinuo, eslabonado de avances y retrocesos, de períodos de «revolución» y períodos de «calma», cuando el «viejo topo» progresa subterráneamente, pero penetrado de una dinámica general hacia la profundización de la revolución.

Del conjunto de sus análisis se desprende que la continuidad del proceso revolucionario es asegurada, ante todo, por la contradicción estructural básica que determina el paso de una época de *evolución social* a una época de *revolución social:* la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción llegada al punto de agudización caracterizado en el *Manifiesto* con la plástica imagen de «rebelión» de las primeras contra las segundas. Pero la manera misma de manifestarse esta contradicción —las crisis económicas *periódicas* «cada vez más destructivas»— constituye una de las razones principales de la discontinuidad del proceso. En algunos planteamientos de Marx la conexión entre el ciclo económico y la alternancia del flujo y reflujo de la revolución reviste un carácter mecanicista. Por ejemplo, en el importante análisis de la coyuntura publicado en el tercer número de la *NGR(R)* a finales de 1850. Allí se presenta el alejamiento de la esperada crisis económica como causa suficiente de que no estalle la «nueva revolución» considerada inminente en la primavera de ese mismo año. Y, por otra parte, se pronostica su realización ineluctable cuando la crisis se produzca [438]. La argumentación de esta correlación rígida y directa se reduce, de hecho, al supuesto de que las masas, cuando mejoran sus condiciones de vida, no están dispuestas a la lucha revolucionaria, ocurriendo lo contrario en caso de empeoramiento. A la larga el proceso tiende a estallidos cada vez más profundos, porque los mejoramientos que el proletariado puede obtener en los períodos de auge del ciclo económico no le permiten ni siquiera recuperar el nivel anterior, insertándose en la tendencia general a la agravación absoluta de la condición proletaria, teorizada en el *Manifiesto* y ratificada dos años después en *Las luchas de clases* [439].

El curso de los acontecimientos en aquel período —sin hablar ya del curso histórico ulterior— desmintió tal conexión rígida y directa entre crisis económica y revolución. Basta con mencionar, por ejemplo, que la revolución no estalla en Inglaterra, epicentro de la crisis económica, que la insurrección alemana de mayo-junio de 1849 se produce ya bien entrado el nuevo período de auge y que la gran crisis económica de 1857-1858 no da lugar a la «nueva revolución» que Marx creía ineluctable. Pero además esos planteamientos de sesgo economista-mecanicista contrastan radicalmente

con el conjunto de los análisis de la revolución, desde los artículos de 1847 hasta el *18 Brumario*. En ellos aparece claramente que si la crisis económica de 1847 desempeñó un papel importante como factor de agravación o catalizador de otros conflictos, las causas raigales de la revolución venían de lejos, y entre las inmediatas había algunas de tipo político no menos relevantes que la crisis económica. En relación con la cuestión capital de cómo Inglaterra podía ser arrastrada finalmente al torbellino revolucionario, esos análisis confían, ante todo, en el estallido de una guerra europea que sólo muy en última instancia podía explicarse por razones económicas. Y en cuanto a las causas del fin del «primer acto del drama revolucionario», muestran que la debilidad del proletariado y de sus posibles aliados, la política de la burguesía liberal, la intervención rusa y otros factores de gran entidad, que no pueden explicarse como derivados del auge económico, desempeñaron un papel fundamental. Es decir, por un lado tenemos un discurso analítico de las causas y del proceso de la revolución que abarca un conjunto complejísimo de relaciones e interconexiones pertenecientes a todas las instancias (económica, política, ideológica) y, por otro lado, formulaciones aisladas que sugieren un determinismo económico mecanicista.

En este discurso resalta, como uno de los máximos resortes de la continuidad del proceso revolucionario, el conjunto de contradicciones y conflictos que puede resumirse bajo el concepto de incompatibilidad objetiva entre dominación de la burguesía y democracia. Ya vimos en la primera parte que esta incompatibilidad y su reverso, la correspondencia objetiva entre democracia y dominación del proletariado, constituían piezas clave de la teoría marxiana de la revolución a la hora del *Manifiesto*[440]. Era uno de los fundamentos —junto con la suposición de que había llegado la hora final de la sociedad burguesa— del carácter de *preludio inmediato* de la revolución proletaria que en el famoso documento se atribuye a la revolución burguesa alemana. La experiencia práctica del proceso revolucionario iniciado en febrero y marzo reafirmaron plenamente a Marx y Engels en esa concepción de la naturaleza «antiburguesa» de la democracia. Lo mismo la monarquía constitucional representativa que la burguesía liberal alemana trataba de establecer con su política pactista, que la república burguesa instaurada en Francia contra la voluntad misma de la burguesía, entraron inmediatamente en conflicto con las primeras conquistas democráticas de la revolución y con las reivindicaciones de las masas populares que pugnaban por llevar más lejos esas conquistas, tanto en el plano específicamente político como, sobre todo, en el plano social. Para hacer frente a la presión del movimiento revolucionario, la burguesía entró al principio en el juego democrático, manipulando la democracia formal para poner un dique a la democracia real que exigían prácticamente, si no claramente, las masas. Recordando a Bebel, treinta y cinco años después, las enseñanzas de 1848, Engels destacaba ésta: cuando la revolución está en su apogeo y no es posible enfrentarse directamente con las masas, el partido burgués más radical, presentándose como abanderado de la «democracia pura», se convierte en el escudo último de los grupos sociales amenazados. Toda la masa conservadora y reaccionaria se apiña tras él, poniéndose la máscara democrática[441]. Pero a medida que recobra fuerzas, aprovechando las indecisiones y errores de las clases trabajadoras, la burguesía procede a restringir o liquidar el marco democrático formal, en el que ve siempre un mecanismo peligroso para su dominación. De la Constitución republicana de 1848, adoptada por los partidos burgueses de la Asamblea constituyente francesa bajo la presión del movimiento revolucionario, Marx escribe en *Las luchas de clases* que encierra la dominación política de la burguesía «en el marco de unas condiciones democráticas que en todo momento son un factor para la victoria de las clases enemigas y ponen en peligro los fundamentos mismos de la sociedad burguesa». El único mérito de esta república burguesa —anota irónicamente en otro lugar del mismo texto— es la de ser «estufa de la revolución». Por eso la burguesía pasa, en cuanto puede, a restringir el sufragio universal. Al proceder así, dice Marx, «confiesa sin rebozo: "nuestra dictadura ha existido hasta aquí por la voluntad del pueblo; ahora hay que consolidarla contra la voluntad del pueblo"»[442]. A medida que esta incompatibilidad entre la dominación de la burguesía y la democracia se evidencia en los hechos contribuye a cla-

rificar la conciencia política de las masas. Efecto del progreso revolucionario, se convierte en causa de su ulterior desarrollo y radicalización. Impulsa a nuevas fracciones de la pequeña burguesía y del campesinado a formar bloque con el proletariado. Contribuye así a crear las condiciones políticas necesarias de la victoria de la revolución proletaria.

Puede decirse, en resumen, que la *necesidad* de democracia y la consiguiente lucha por alcanzarla son para Marx y Engels factores objetivos, orgánicamente integrantes de la revolución proletaria, indisociables del otro gran factor objetivo: la *necesidad* de mejores condiciones materiales de existencia y la lucha por obtenerlas transformando el régimen social. Es más, el conjunto de sus escritos en este período y de su acción práctica muestra que, desde su punto de vista, la lucha por la democracia es la expresión política por excelencia de la revolución proletaria. No por simple generalización de la forma concreta que el proceso de esta revolución toma en países de insuficiente desarrollo capitalista, donde inicialmente la revolución incluye también objetivos antifeudales. Lo mismo piensan en relación con Inglaterra, donde el capitalismo está plenamente desarrollado. La lucha por la democracia es también aquí la vía magistral de la revolución proletaria. Toda la práctica de la revolución de 1848 les ratifica en sus tesis de 1847: «La consecuencia necesaria de la democracia en todos los países civilizados es la dominación política del proletariado» y «el primer paso de la revolución obrera es la elevación del proletariado a clase dominante, la conquista de la democracia», dos formulaciones que expresan, respectivamente, el lado objetivo y subjetivo (programático) de la cosa. El concepto de dictadura del proletariado, que comienza a aparecer en *Las luchas de clases,* no implica, como veremos más adelante, una rectificación de esa tesis.

Mientras que las aspiraciones democráticas constituyen, para Marx y Engels, un factor sustantivo y básico de la revolución proletaria, las aspiraciones nacionales pueden ser o no un factor de la revolución proletaria, según con qué enemigo se enfrentan. La lucha nacional de los polacos, húngaros, italianos e irlandeses es revolucionaria porque se enfrenta con las potencias reaccionarias —sean las absolutistas, supervivencia del feudalismo, o la gran potencia de la burguesía caduca, la «roca de la contrarrevolución»—. En cambio, la lucha nacional de los eslavos del sur es reaccionaria porque se enfrenta con los «pueblos revolucionarios», sirviendo de instrumento al absolutismo austriaco o al zarismo. En el primer caso, las propias exigencias de la lucha hacen de ella un factor de la revolución proletaria: se enfrenta con los mismos enemigos y no puede triunfar —plantea Marx en *Las luchas de clases*— más que si la revolución proletaria triunfa. Problema nacional era también la unidad alemana y ya vimos el papel primordial que desempeña en la revolución y su alta valoración por Marx y Engels, no sólo como cohesionador de las fuerzas revolucionarias alemanas y condición de la evolución ulterior hacia el comunismo, sino porque enfrentaba la revolución alemana con las grandes potencias, en particular Rusia e Inglaterra, siendo, por tanto, un agente de la guerra europea, tan necesaria —en la concepción de Marx y Engels— para el desarrollo de la revolución proletaria. El factor nacional interviene, asimismo, en el proceso de la revolución, aunque no esté presente inicialmente —como era el caso de Francia— como efecto de la ineluctable agresión de las potencias reaccionarias. La defensa de la revolución se convierte en defensa de la nación, multiplicando sus fuerzas y energías. En todas estas condiciones el factor nacional adquiere gran relevancia a los ojos de Marx y Engels como motor de la revolución. Los artículos de la *NGR* que hemos comentado son harto elocuentes al respecto. Como lo son, también, sobre la importancia que Marx y Engels atribuyen a la guerra en tanto que una de las formas principales y culminantes de la lucha de clases en la época de la revolución proletaria, lo mismo que lo había sido en la época de la revolución burguesa. Y no sólo por su inevitabilidad, sino por los efectos positivos que a su juicio produce la guerra en diversos aspectos: acrecentar y concentrar las energías revolucionarias; acelerar la creación de condiciones para la revolución en los países no envueltos aún en la tormenta; contribuir, de una u otra manera, a hacer internacional la revolución, condición de su victoria en tanto que proletaria [443].

En su análisis de la revolución Marx y Engels constatan la coincidencia parcial, en el período de gestación

y de iniciación del proceso revolucionario, entre los objetivos constitucionales y nacionales de la burguesía con los objetivos democráticos y nacionales del proletariado y de la pequeña burguesía demócrata frente a los regímenes instalados —absolutistas o discriminatorios para ciertas fracciones de la burguesía—. Pero este bloque de clases —constatan también— se rompe apenas la revolución alcanza sus primeras victorias, agrupándose las fuerzas en dos campos enemigos. Cosa que había ocurrido también en las anteriores revoluciones. Partiendo de esta constatación empírica, en uno de los artículos para el *New York Daily Tribune* se hace la siguiente generalización de gran interés: «tal es el destino de *todas* las revoluciones: esa *unión de clases,* que hasta cierto punto es siempre una *premisa necesaria de toda revolución,* no puede durar mucho. Sin apenas haber logrado la victoria sobre el enemigo común, los vencedores se dividen entre sí, en campos opuestos, y vuelven las armas unos contra otros» [444]. Al siglo y cuarto de esa reflexión podemos constatar que ni una sola de las abundantes revoluciones de todo tipo ocurridas desde entonces ha desmentido tal «regla». Lo único que ha variado es la composición de la «unión de clases» inicial y la línea divisoria de los reagrupamientos posteriores.

A los ideólogos demócratas pequeñoburgueses que veían en la ruptura de la unidad inicial la causa esencial de la derrota de la revolución y la atribuían exclusivamente a la rivalidad de «sistemas» doctrinales y de ambiciones partidistas, Marx opone que dicha ruptura es un resultado necesario de la lucha de clases [445]. Y no la considera responsable de la derrota de la revolución. Como muestran los artículos de la *NGR* y análisis posteriores, en el paso abierto o solapado de la burguesía liberal al campo contrarrevolucionario —forma principal de realizarse en la revolución de 1848 la ruptura de la «unión de clases» inicial— Marx y Engels ven la causa de los primeros éxitos contrarrevolucionarios, pero al mismo tiempo el factor que contribuye a crear las premisas de nuevas ofensivas revolucionarias [446]. A su juicio, esa y otras rupturas, que jalonan los sucesivos reagrupamientos de las fuerzas sociales en el campo revolucionario y contrarrevolucionario, son eslabones de la dialéctica revolución-contrarrevolución-revolución, a la que nos hemos referido anteriormente. «En la historia —dice Marx— la contrarrevolución ha llevado siempre, hasta ahora, a una revolución más radical y más violenta» [447]. Pero en esa «historia» —las revoluciones burguesas clásicas— la sociedad estaba realmente en crisis total y la contrarrevolución feudal no podía lograr más que éxitos transitorios. En cambio, la crisis de la sociedad burguesa de 1848 era de crecimiento y no de agonía, contrariamente a lo que pensaban Marx y Engels. Por eso la «historia» no se repitió y la dialéctica quedó interrumpida en su primer eslabón. A la revolución respondió la contrarrevolución, pero una contrarrevolución que no era la restauración del pasado, sino el fortalecimiento, bajo nuevas formas, de la dominación de la burguesía. La dialéctica de la revolución es siempre concreta y reserva constantes sorpresas.

* * *

Si recapitulamos ahora, de modo muy esquemático y en su expresión más general, los elementos que han ido apareciendo a lo largo de nuestra exposición acerca del concepto que Marx y Engels se forman de la revolución de 1848, del proceso que efectivamente recorre y de las direcciones en que tendía a desarrollarse, tendremos el siguiente cuadro:

1. La causa profunda de la revolución, determinante de su carácter proletario o de la tendencia a transformarse en proletaria, residía en la crisis histórica del régimen social burgués, cuyo esquema teórico había expuesto el *Manifiesto*. Los factores de esta crisis se daban plenamente en Inglaterra, centro del sistema capitalista a mediados del siglo XIX. La victoria del proletariado allí significaría el fin del sistema y la extensión progresiva de la revolución proletaria a escala mundial.

2. Entre las causas inmediatas de la revolución estaba la crisis económica de 1847 —expresión coyuntural de la crisis histórica del sistema—, que, iniciada en Inglaterra, se había propagado a la Europa continental. La combinación de sus efectos con la lucha contra las monarquías absolutistas o reaccionarias sostenidas por la Santa Alianza había provocado la explosión revolucionaria en esa periferia, donde el modo de produc-

ción capitalista había penetrado ya ampliamente —siendo dominante en Francia—, pero estaba aún muy en retraso respecto a Inglaterra. La contradicción entre las estructuras capitalistas y precapitalistas había sido uno de los principales factores determinantes de la revolución en esta zona.

3. En estas revoluciones de la zona periférica, atrasada, del capitalismo de 1848 se produce inicialmente cierta coincidencia táctica entre el movimiento constitucionalista o reformista de la burguesía liberal y el movimiento revolucionario democrático del proletariado, la pequeña burguesía y los campesinos. Pero desde los primeros éxitos de la revolución se inicia la diferenciación, porque la burguesía no está interesada en la vía revolucionaria y las masas populares tienden a desbordar por esa vía los objetivos limitados que interesan a la burguesía. A medida que la burguesía pasa a posiciones más antirrevolucionarias se contrae su base social y política, acentuándose en cambio la revolucionarización de sectores crecientes de la pequeña burguesía y del campesinado, que se inclinan a formar bloque con el proletariado. Paralelamente el proletariado se forma como clase revolucionaria y principal antagonista de la burguesía. Tal proceso conduce objetivamente a la creación de las condiciones apropiadas para el derrocamiento de la burguesía y la instauración de la dominación de la clase obrera en alianza con la pequeña burguesía y el campesinado. En países de capitalismo más atrasado —del tipo alemán— se pasaría probablemente por una etapa de dominación de la pequeña burguesía. El paso a la revolución abiertamente proletaria en países de este tipo es sostenido y acelerado por la victoria de la revolución proletaria en países de capitalismo más desarrollado.

4. Este proceso tiende a desbordar el marco nacional donde se inicia, a fundir las diversas revoluciones nacionales en una revolución europea y, finalmente, mundial. Es impulsado objetivamente en esa dirección, tanto por la acentuación de su contenido proletario como por las inevitables guerras revolucionarias nacidas de los intentos de las potencias reaccionarias de aplastar la revolución y de la voluntad de los pueblos revolucionarios no sólo de defenderse, sino de liberar a otros pueblos oprimidos.

5. El proceso revolucionario, en su contenido proletario, no puede realizarse plenamente más que englobando, en una u otra de sus fases, los centros vitales del capitalismo, es decir, Inglaterra. Sólo la victoria sobre la burguesía inglesa puede permitir a la clase obrera el control del mercado mundial, condición necesaria para acometer la fase constructiva de la revolución. El triunfo de la revolución proletaria en Francia obligaría a intervenir a la Inglaterra capitalista, y esta guerra facilitaría el levantamiento del proletariado inglés.

6. Todo este proceso no se desarrolla de modo lineal, sino a través de avances y retrocesos, con alternancia de golpes revolucionarios y contrarrevolucionarios, de «revoluciones» y «contrarrevoluciones». La veta proletaria de la revolución, que coexiste contradictoriamente con otras corrientes, irrumpe en uno u otro momento en primer plano para luego quedar relegada a un curso subterráneo y repetir sucesivamente análogo ciclo hasta imponerse finalmente. Es un proceso ininterrumpido o permanente durante todo un período o época histórica —en el sentido de que actúan permanentemente los resortes profundos, estructurales, que lo provocan—, pero al mismo tiempo puntual, discontinuo, en razón de los factores coyunturales que intervienen, a través de los cuales se manifiestan las contradicciones de fondo. Factores como: crisis económicas y fases de auge, guerra y paz, y gran número de otros fenómenos económicos, políticos e ideológicos. Es un proceso de larga duración, toda una época de agudas luchas de clases, guerras civiles y afrontamientos internacionales.

Tal es, a nuestro juicio, basándonos en el material estudiado, la síntesis global aproximada que puede hacerse de la concepción que Marx y Engels tuvieron —sin llegar a formularla de modo sistemático en texto alguno— de la revolución de 1848.

Aun siendo errónea su idea central —la tesis del agotamiento histórico del capitalismo a mediados del siglo XIX—, esa concepción era la expresión clarividente, genial en algunos aspectos, de tendencias o problemas reales que habrían de generalizarse ulteriormente, en la fase imperialista del capitalismo, y ejercer influencia decisiva en la evolución de la humanidad. En *primer*

lugar, la tendencia a que las contradicciones del capitalismo en tanto que sistema mundial desemboquen en crisis revolucionarias en su periferia antes que en su centro, donde «la posibilidad de compensación» —dice Marx intuitivamente— es mayor que en la periferia. En *segundo lugar,* la tendencia de estas revoluciones a transformarse en proletarias allí donde el capitalismo y el proletariado han alcanzado —dentro de su retraso— un cierto desarrollo; e incluso allí —en una fase histórica más reciente— donde apenas existen, por decisión voluntarista de grupos sociales que son impulsados en esa dirección por la dialéctica misma de la lucha antiimperialista. En *tercer lugar,* la problematicidad de que estas revoluciones puedan realizarse plenamente como proletarias sin que la revolución proletaria haya triunfado en el área del capitalismo maduro.

3. CUESTIONES DE ESTRATEGIA Y TACTICA. DICTADURA DEL PROLETARIADO Y REVOLUCION PERMANENTE

Las opciones estratégicas y tácticas que Marx y Engels adoptan en la revolución de 1848 han quedado registradas a lo largo de nuestra exposición, exceptuados los importantes planteamientos contenidos en la circular de marzo de 1850 del Comité central de la Liga de los comunistas. Pero la enunciación de esas opciones, salvo en contados textos —el *Manifiesto* y esta *circular,* principalmente— no suele ser explícita, está tan integrada en el análisis del proceso revolucionario que es difícil aislarla literalmente y, en general, reviste formas indirectas. Frecuentemente hay que deducirla de la crítica a la actuación política de las clases, partidos e individualidades, en particular a la de los demócratas pequeñoburgueses alemanes o de los socialistas pequeñoburgueses franceses, es decir, a la actuación de los elementos que desempeñaron el papel principal en la dirección del movimiento revolucionario. Nos parece conveniente, por ello, antes de pasar al examen de la circular de 1850, recapitular de modo más explícito, pero muy sucintamente, los aspectos esenciales de esas opciones y poner de relieve la metodología que las informa.

En contraste con el arbitrismo y el empirismo de raíz idealista, envueltos en ampulosa retórica, que caracterizaba el hacer y decir político de los revolucionarios de la época, Marx y Engels inauguran la práctica de una nueva metodología, derivada lógicamente de la concepción materialista y dialéctica de la historia. Su fundamento es la comprensión científica del proceso en curso, entendido como proceso de lucha de clases determinado por factores objetivos —contradicciones, intereses, ideologías, tradiciones, etc.— y animado, por tanto, de una cierta tendencia o dinámica objetiva. Descubrirla y analizarla es, en la metodología política de Marx y Engels, el paso primero, necesario, para poder resolver a continuación el problema de *qué hacer.* «No se trata de plasmar tal o cual opinión, tal o cual idea política; se trata de *comprender bien* la evolución de los acontecimientos» —plantean en *NGR,* dirigiéndose a la izquierda de la Asamblea de Francfort, a propósito de la política a seguir en uno de los máximos problemas de la revolución: el problema de la unidad alemana—. O sea, no hay que partir de posiciones subjetivistas, apriorísticas, sino del estudio de la evolución real, y sobre esta base «dar los pasos *prácticamente posibles*» [448]. Como ejemplo de la diferencia entre su manera de abordar la lucha política y la manera de los líderes demócratas revolucionarios, Marx toma el caso típico de Friederich Hecker. Mientras Hecker «tiene ante el movimiento una actitud *patética,* nosotros tenemos una actitud *crítica;* mientras Hecker espera todo de la acción mágica de algunas *personalidades,* nosotros lo esperamos todo de los conflictos que nacen de las *relaciones* económicas» [449]. Esperar *todo* de esos conflictos —es decir, de las luchas de clases y otras luchas— significaba no esperar todo, atribuyéndole el poder mágico que se denegaba a las personalidades, de la acción de las fuerzas revolucionarias y, menos aún, de una «vanguardia» comunista. No es casual la atención que prestan Marx y Engels, en casi todos sus análisis del proceso revolucionario, a lo que sucede o puede suceder en el campo enemigo. La acción del sujeto revolucionario la ven siempre inserta en una totalidad dinámica, compleja, de cuya dialéctica global depende, en definitiva, el resultado. Esta concepción metodológica enfrentará al grupo Marx-Engels con el grupo Schapper-Willich en la dirección de la Liga (como an-

tes le había enfrentado con Gottschalk), hasta provocar la escisión de septiembre de 1850. La concepción del segundo queda insuperablemente caracterizada con la concisa fórmula de Marx, ya citada: «En lugar de las relaciones reales la minoría pone la voluntad como fuerza motriz de la revolución» [450]. Criticando en el *18 Brumario* la tendencia a desinteresarse de la política y dedicarse a «experimentos doctrinales» que resurge en algunos medios obreros franceses después de la derrota de junio, Marx resume en otra fórmula plástica el postulado que guía sus opciones políticas: «transformar el viejo mundo con ayuda de todos los grandes recursos propios de este mundo» [451]. En una palabra: la política revolucionaria debe basarse en el conocimiento científico de la realidad que quiere contribuir a transformar.

* * *

No es necesario detenerse en cuál era, a juicio de Marx y Engels, el objetivo central que el proletariado europeo debía proponerse en la revolución de 1848. Lo formulan nítidamente en el *Manifiesto* y lo reafirman, de una u otra manera, en el curso de la revolución. Pero si ese objetivo (conquista del poder político para aplicar un programa similar al propuesto en el histórico documento) era común, la vía para alcanzarlo tenía que ser diferente en cada país. Sus indicaciones sobre las estrategias respectivas se centran, como vimos, en Alemania y Francia, porque aunque consideraban que la victoria de la revolución proletaria dependería, en última instancia, de lo que sucediese en Inglaterra, los acontecimientos no dieron lugar a que la cuestión de la estrategia inglesa se les plantease como cuestión urgente. De los textos y la correspondencia parece desprenderse que daban por buena lo que podemos llamar «estrategia de la Carta», tal como la concebía la izquierda del cartismo. Es decir, lucha de masas, sin excluir las formas insurreccionales, por el triunfo de derechos electorales que abrirían las puertas del parlamento —suponían los cartistas y con ellos Marx y Engels— a una mayoría obrera.

En relación con Francia hemos visto que la concepción estratégica de Marx y Engels va formándose en el curso de la revolución. Antes de febrero no tienen ideas

precisas al respecto. Como muestran los artículos de 1847, se limitan a prever que los obreros podrán pasar a la lucha directa por el poder una vez alcanzado el objetivo inmediato —derrocamiento del gobierno Guizot— que determina la convergencia momentánea del proletariado, los republicanos pequeñoburgueses y la oposición monárquica en un mismo campo antigubernamental. En los meses que siguen a febrero consideran que el momento del gran duelo burguesía-proletariado se acerca y con esa óptica enfocan la batalla de junio. A la luz de esta histórica experiencia comienzan a ver que en un país donde predomina el pequeño campesino y tiene gran peso la pequeña burguesía urbana, aunque el modo de producción capitalista sea dominante, el proletariado no puede proponerse la toma del poder sin contar con el apoyo de esas clases sociales. En *Las luchas de clases*, por primera vez, Marx formula claramente el postulado estratégico de que el proletariado francés no podía proponerse el derrocamiento del orden burgués «mientras la marcha de la revolución no sublevase contra ese orden, contra la dominación del capital, a la masa de la nación —campesinos y pequeñoburgueses— que se interponía entre el proletariado y la burguesía; mientras no la obligase a unirse a los proletarios como su vanguardia» [452]. En el *18 Brumario* esta idea se reafirma vigorosamente con la famosa imagen de la necesidad del coro campesino para que la revolución proletaria no sea un canto de cisne. De donde se deduce lógicamente la necesidad de que la política del proletariado «coopere» con la «marcha de la revolución» a que esas clases hagan bloque con él.

Otra idea estratégica capital que va tomando cuerpo en la reflexión política de Marx y Engels, primero durante su vivencia directa de la revolución alemana y luego en su análisis *a posteriori* de la revolución francesa, es la necesidad, para que el proletariado pueda plantearse la lucha por el poder, de que las contradicciones y conflictos en el seno de las clases dominantes y de los grupos gobernantes hayan alcanzado un grado muy avanzado de agudización. Tanto *Las luchas de clases* como el *18 Brumario* muestran la importancia que Marx atribuye a este factor. De donde se deduce que la política del proletariado debe contribuir a ese agudizamiento y saber utilizarlo.

Un tercer elemento importante de la estrategia política que consideran necesaria en la lucha del proletariado francés, una vez tomado el poder, es la guerra revolucionaria. Por un lado, contra las potencias absolutistas subsistentes, en estrecha hermandad con los pueblos alemán, italiano, húngaro, polaco, etc., y, por otro lado, contra la burguesía inglesa, ayudando al proletariado inglés a vencer a su poderoso enemigo. Mientras la primera es un imperativo de la defensa de la revolución, además de un deber solidario con los pueblos aún oprimidos, la segunda concierne a la condición *sine qua non* de que una revolución proletaria continental pueda traducir su victoria política en victoria social, puesto que sólo en Inglaterra las fuerzas productivas habían alcanzado el nivel necesario —según la concepción teórica de Marx y Engels— para esa revolución.

En la primera parte vimos que sobre la revolución alemana Marx y Engels tenían, antes ya de iniciarse, una idea de la política a seguir mucho más concreta que en el caso francés y más original que en el caso inglés. El objetivo estratégico inmediato era la liquidación revolucionaria de los elementos feudales en las estructuras económicas y en las superestructuras políticas, uno de cuyos aspectos más negativos era el fraccionamiento de Alemania. Para alcanzar ese objetivo el proletariado debía actuar conjuntamente con la burguesía en tanto que ésta luchara revolucionariamente contra el absolutismo. Y en el curso de esta etapa el proletariado debía prepararse para proseguir la lucha contra la burguesía en cuanto fuesen derrocadas las clases del viejo régimen. Los demócratas pequeñoburgueses eran considerados como los aliados más próximos del proletariado revolucionario. Pero el giro que toman los acontecimientos les obliga a modificar ese esquema. La política pactista que la burguesía liberal inicia, nada más aupada al gobierno por los insurrectos de Berlín, liquida, en efecto, la posibilidad de contar con ella para llevar hasta el fin, revolucionariamente, la lucha contra las supervivencias del viejo régimen. La lucha contra el pactismo —que no es aún la lucha contra la burguesía— pasa a ser uno de los tres ejes magistrales de la estrategia política de Marx y Engels en la revolución alemana. El segundo es la acción común con la pequeña burguesía demócrata —combinada con la más severa crítica de sus inconsecuencias y vacilaciones— y con el campesinado, aunque este último aspecto sólo toma consistencia en los meses finales de la revolución [453]. El tercero es la guerra contra Rusia, sobre cuya significación no es necesario insistir. La circular de 1850 representa el desarrollo —y en parte la modificación— de esa orientación general, en consonancia con la nueva situación creada por la institucionalización de una cierta forma de compromiso entre la gran burguesía y el absolutismo.

Según Mehring, la línea general de la *NGR* se caracterizaba por «defender más los intereses de la revolución burguesa frente al absolutismo y el feudalismo que los intereses del proletariado frente a la burguesía» [454]. A nuestro juicio esta interpretación es errónea, porque pierde de vista que la «revolución burguesa» propugnada por *NGR* —liquidación revolucionaria, total, del absolutismo y demás supervivencias del feudalismo— correspondía más a los intereses del proletariado que a los de la burguesía, como hemos visto en otro lugar. Era la manera de que la «revolución burguesa» fuese, *al mismo tiempo*, el *preludio* de la revolución proletaria, la vía más corta hacia la revolución proletaria. La burguesía alemana lo comprendió muy bien y de ahí su política pactista.

El elemento dominante y común denominador de esas estrategias —inglesa, francesa, alemana— es la lucha revolucionaria por la democracia. Por una democracia que, en el concepto de Marx y Engels —como ya sabemos—, no es sólo política, sino social. Y nada formal. Tal vez antes de la revolución y en sus primeros tiempos se hicieron algunas ilusiones —lo mismo que la generalidad de los revolucionarios de la época— sobre la eficacia revolucionaria del sufragio universal y de las asambleas representativas salidas de su aplicación. Pero la experiencia práctica del proceso revolucionario les permitió calibrar mejor las posibilidades que tenían las clases dominantes de manipular y poner a su servicio determinados mecanismos e institutos democráticos. La implacable dialéctica de la lucha entre revolución y contrarrevolución se encargaba, por su parte, de dejar cada vez menos margen al arbitraje del sufragio universal. Marx comenta en los siguientes términos la ley del 31 de mayo de 1850, con la que la

Asamblea nacional francesa privaba del derecho al sufragio a gran parte del pueblo: «El sufragio universal había cumplido su misión. La mayoría del pueblo había pasado por la escuela de aprendizaje, que es para lo único que el sufragio universal puede servir en una época revolucionaria. Tenía que ser necesariamente eliminado por una revolución o por la reacción» [455]. Para Marx y Engels era evidente que en una época revolucionaria la última palabra la tenía la fuerza y que frente a la violencia armada de la contrarrevolución al pueblo no le quedaba otro recurso que las armas. La democracia no podía existir sin armamento del pueblo y sin represión de las actividades contrarrevolucionarias. Marx y Engels critican acerbamente toda ilusión a este respecto. Subrayan las trágicas consecuencias de lo que llaman el «humanismo de la debilidad»: «Nada más filantrópico, más humanitario ni más débil, que las revoluciones de febrero y marzo. Nada más brutal que las inevitables consecuencias de ese *humanismo de la debilidad*». Las matanzas de obreros y demócratas en París y Viena lo demostraban elocuentemente. Es de esperar, dicen, que «el canibalismo de la contrarrevolución convencerá a los pueblos de que para abreviar, para simplificar, para concentrar la agonía sangrienta de la vieja sociedad y los sangrientos sufrimientos del parto de la nueva no existe más que un medio: *el terrorismo revolucionario*» [456].

La experiencia les enseña que en «época de revolución» la democracia del pueblo tiene que ser dictadura contra sus enemigos, contra las fuerzas de la contrarrevolución, y necesita destruir, si no quiere perecer, el viejo aparato del Estado. «Toda estructura provisional del Estado después de una revolución exige una dictadura, y una dictadura enérgica.» «¿Qué es lo que ha provocado el fracaso de la revolución de marzo? El no haber reformado más que la cúspide de la estructura política, el no haber tocado sus soportes, la vieja burocracia, el viejo ejército, los viejos jueces.» Análogo comentario en relación con la revolución de febrero: «el ejército, los tribunales, la administración, siguieron, salvo algunas excepciones, en manos de sus antiguos dignatarios y a ninguno de los delincuentes de la monarquía de julio se le pidieron cuentas» [457]. Así van abriéndose paso en la práctica de la revolución dos ideas fundamentales de la teoría política de Marx y Engels, sobre las que volveremos más adelante: necesidad de la dictadura del proletariado y necesidad de la destrucción del aparato del Estado burgués.

* * *

En la aplicación *táctica* de su estrategia, Marx y Engels dan pruebas de realismo y flexibilidad. Estos rasgos se perfilan ya en las posiciones tácticas que figuran en el *Manifiesto* y en los análisis de la coyuntura de 1847, pero sólo se revelan netamente en el curso de la revolución.

Un primer ejemplo sobresaliente lo tenemos en la primavera de 1848, cuando al encontrarse en Alemania con una realidad política muy en retraso respecto a lo imaginado en el París de la «revolución social», toman las medidas que conocemos: interrupción de la actividad de la Liga, renuncia provisional a agitar la plataforma de las diecisiete reivindicaciones del «partido comunista de Alemania», edición de *NGR* sin más definición que la de «órgano de la democracia», actuación en el seno del partido demócrata.

Un segundo ejemplo significativo es su táctica en las elecciones a la Asamblea nacional prusiana en enero de 1849. Pese a realizarse en el marco de la «constitución otorgada» y a que la Asociación obrera de Colonia no podía presentar candidatos propios, Marx propugna —enfrentándose con una fuerte corriente partidaria del boicot— participar en las elecciones apoyando a candidatos demócratas. Los argumentos que baraja en esta discusión reflejan bien su manera de abordar las cuestiones tácticas: «No se trata por el momento de actuar en el plano de los principios, sino de hacer oposición al gobierno, al absolutismo, al régimen feudal (...). Hay que tomar las cosas como son (...). Desde el momento que en estas elecciones no se puede hacer triunfar nuestra posición de partido, el sentido común exige que nos unamos a otros partidos de la oposición para impedir la victoria de nuestro enemigo común: la realeza absolutista» [458].

Este realismo táctico se manifiesta, especialmente, en la manera de llevar la lucha contra la política pactista de la burguesía, de practicar la acción común con los

demócratas pequeñoburgueses y de utilizar o enfocar las diversas formas de acción.

En la lucha contra el pactismo Marx y Engels no pierden de vista las contradicciones entre la burguesía liberal y las clases del viejo régimen o sus cuerpos especializados (burocracia, ejército). El pactismo se proponía, justamente, conciliar estas contradicciones frente al enemigo común, las masas revolucionarias. Pero diversos factores —en primer lugar los intereses divergentes, la pugna por la supremacía en el marco del «pacto», etc.— tendían a agudizarlas. La lucha contra el pactismo debía realizarse de tal manera que propiciara esa agudización. Y en efecto, vemos que en cada una de las crisis políticas que jalonan el curso de la revolución (septiembre de 1848, armisticio con Dinamarca; noviembre-diciembre del mismo año, conflicto entre la Asamblea nacional y la Corona; mayo-junio de 1849, insurrección por la Constitución del Reich) la táctica de Marx y Engels se orienta a utilizar al máximo la agravación coyuntural de las relaciones entre la burguesía liberal y las fuerzas del viejo régimen. A través de los textos y los actos es fácil comprobar que para ellos la lucha contra el pactismo es, *al mismo tiempo,* un aspecto esencial de la lucha por llevar hasta el fin los objetivos antifeudales de la revolución alemana y la primera fase de la lucha contra la nueva clase dominante en vías de afirmarse.

Otro ejemplo —relativo, ahora, a la revolución francesa— del realismo con que Marx y Engels entendían la utilización táctica de las contradicciones en el campo adversario lo tenemos en la referencia aprobatoria a la alianza que ven formarse, a comienzos de 1850, entre el proletariado revolucionario, la pequeña burguesía republicana y el partido republicano burgués (el partido de *Le National*); ¡ese mismo partido que había dirigido desde el gobierno, en las jornadas de junio, la sangrienta batalla contra el proletariado de París, el partido de Cavaignac! Y pocos años después comentando que Cavaignac era utilizado como bandera por las fuerzas que luchaban contra la dictadura de Bonaparte, de modo análogo a como en 1847 Odilon Barrot había figurado a la cabeza de las fuerzas que luchaban contra Luis Felipe, Marx hace la siguiente reflexión, que tantas revoluciones ulteriores confirman: «El nombre al cual está ligado el comienzo de la revolución jamás estará escrito en sus banderas el día de su victoria. Para tener alguna probabilidad de éxito los movimientos revolucionarios deben, al principio, tomar prestada su bandera a los elementos del pueblo que aun teniendo una actitud oposicional contra el gobierno existente sin embargo aceptan enteramente el régimen social establecido. En una palabra, las revoluciones deben recibir su billete de entrada en la escena oficial de las mismas clases dirigentes» [459].

Si la lucha contra la política pactista de la burguesía liberal no excluye las acciones comunes en oportunidades concretas, la acción común con los demócratas pequeñoburgueses no excluye la crítica ni el enfrentamiento abierto. Todo lo contrario. Desde el primer número *NGR* toma una actitud duramente crítica contra «su» partido, fustigando ante todo las ilusiones en un desarrollo sin graves contratiempos, pacífico, de la revolución; la ceguera o la indecisión, cuando no la cobardía, ante los pasos furtivos o abiertos de la contrarrevolución; la tendencia a abordar «parlamentariamente», «jurídicamente», los problemas de la lucha política y social en una situación revolucionaria; la tentación continua al compromiso con la política pactista de la burguesía liberal o la tentación opuesta al aventurerismo revolucionario; el culto de la frase seudorrevolucionaria que encubría la confusión en las ideas y la indecisión en la acción. Destaca, sobre todo, la crítica del «cretinismo parlamentario». A poco de iniciarse su publicación, *NGR* lanza la advertencia que resultará profética: «La izquierda de Berlín debe darse cuenta que el viejo poder puede concederle tranquilamente pequeñas victorias parlamentarias y grandes proyectos constitucionales si, entre tanto, se apodera de todas las posiciones clave. Puede reconocer tranquilamente en el parlamento la revolución del 19 de marzo con tal de que fuera del parlamento la revolución sea desarmada. La izquierda puede encontrarse un día con que su victoria parlamentaria coincide con su derrota efectiva» [460]. A medida que se acerca el desenlace del drama sube el tono de la crítica, hasta alcanzar extrema virulencia, tanto más percutante cuanto que revelaba exactamente lo que estaba sucediendo. Reléase, por ejemplo, el artículo que dedica *NGR* a los diputados de

Francfort con motivo de la disolución *manu militari* de la Asamblea constituyente austriaca [461].

Análoga crítica del «cretinismo parlamentario» y de los otros rasgos característicos de la actuación de los demócratas pequeñoburgueses encontramos en los comentarios que Marx dedica en *Las luchas de clases* y en el *18 Brumario* a la acción política de la Montaña, el partido de la pequeña burguesía francesa republicana y «socialista». Por ejemplo, en relación con su intento de derribar al gobierno el 13 de junio de 1849. «Rara vez —escribe Marx— se había anunciado una acción con más estrépito que la movilización inminente de la Montaña, rara vez se había trompeteado un acontecimiento con más seguridad ni con más anticipación que la victoria inevitable de la democracia. Indudablemente, los demócratas creen en las trompetas que derriban con sus toques las murallas de Jericó. Y cuantas veces se enfrentan con las murallas del despotismo, intentan repetir el milagro. Si la Montaña quería vencer en el parlamento no debió llamar a las armas. Y si llamaba a las armas en el parlamento no debía comportarse en la calle parlamentariamente (...). Pero las amenazas revolucionarias de los pequeñoburgueses y de sus representantes democráticos no son más que intentos de intimidar al adversario (...). Ningún partido exagera más ante él mismo sus medios que el democrático, ninguno se engaña con más ligereza acerca de la situación» [462]. Subrayemos los postulados tácticos de Marx aquí implícitos: necesidad de apreciar objetivamente la situación y la correlación de fuerzas; no jugar con el recurso a la lucha armada y si se opta por ella proceder en consecuencia con toda energía y resolución.

Pero la crítica, por dura que sea, no excluye en ningún momento la acción común y la colaboración frente al enemigo común. Cuando la pequeña burguesía demócrata se lanza a la insurrección por la Constitución del Reich, en mayo-junio de 1849, Marx y Engels apoyan la participación del proletariado, aunque el objetivo de la lucha estaba muy alejado de sus concepciones sobre la unidad alemana. Engels se explica a este propósito en *Revolución y contrarrevolución en Alemania*. «La clase obrera entró en esta insurrección como hubiera participado en cualquier otra que le hubiese permitido apartar algún obstáculo en su camino hacia el

poder político o la revolución social, o al menos empujar a las clases más influyentes, pero menos valerosas, por una vía más resuelta y más revolucionaria de la que hasta entonces habían seguido. La clase obrera tomó las armas con perfecta conciencia de que esta lucha no era directamente la suya, pero seguía la única táctica apropiada a sus intereses: no permitir a ninguna clase aupada sobre sus hombros (como había sido el caso de la burguesía en 1848) reforzar su dominación de clase sin abrir al menos un campo libre a la clase obrera para la lucha en favor de sus propios intereses; y en todos los casos impulsar las cosas hasta una crisis en la cual, o bien la nación se vería lanzada de modo decidido e irreversible por la vía revolucionaria, o bien el *statu quo* prerrevolucionario sería restaurado en lo posible, lo cual haría inevitable una nueva revolución. En uno y otro caso la clase obrera representaba los intereses verdaderos, bien comprendidos, del conjunto de la nación: acelerar, en la medida de sus fuerzas, el curso de la revolución, que actualmente se ha convertido en una necesidad histórica para las viejas sociedades civilizadas de Europa, sin la cual ninguna de ellas puede aspirar a un desarrollo más regular y tranquilo de sus fuerzas» [463].

El realismo y la flexibilidad de la táctica de Marx y Engels se manifiesta también en el problema de las *formas de lucha*. No encontramos ninguna valoración especial de unas u otras como más o menos «revolucionarias» por sí mismas. Todo depende del momento, de la situación, de los objetivos, de la relación de fuerzas, del *aquí y ahora*. Propaganda, elecciones, movilizaciones de masa —«campañas», en el lenguaje de la época—, insurrecciones o combinación de unas y otras formas, adquieren una u otra significación según las circunstancias. Las elecciones pueden contribuir a impulsar el proceso revolucionario o a fortalecer la reacción y adormecer a las masas. La insurrección puede ser el paso decisivo de la revolución o causarle un daño mortal. La oposición de Marx y Engels a todo lo que huela a *putsch*, y en general a todo aventurerismo «revolucionario», es intransigente, terminante. Lo muestran desde el principio, oponiéndose en París, cuando la euforia triunfalista de las masas estaba en su apogeo, a la organización de la «legión armada» encar-

gada de llevar la «guerra revolucionaria» a Alemania. Lo demuestran en cada una de las tres ocasiones en que parece perfilarse la oportunidad de pasar a la acción insurreccional en Colonia (septiembre y noviembre de 1848, mayo de 1849). Las tres veces aconsejan prudentemente esperar a ver qué ocurre en Berlín. Una de las reflexiones de Marx en la crisis de septiembre merece ser subrayada. Para que una acción insurreccional tenga probabilidades de éxito hace falta un *motivo* que impulse al combate al «*conjunto* de la población», y no sólo a una u otra fracción avanzada. Reflexión gemela de la que encontramos en *Las luchas de clases:* el estallido de una revolución requiere un «pretexto *general*» unificador, «todo pretexto *especial* dividiría las fracciones de la coalición revolucionaria y sacaría a la superficie sus diferencias» [464]. Pero si el *arranque* de la revolución exige un «pretexto general» unificador, la *profundización* de la revolución implica, como vimos, la división o diferenciación de la «unión de clases» inicial. División, si se trata de una «unión» que incluye clases esencialmente antagonistas, como la burguesía y el proletariado. Diferenciación, si se trata de la unión entre la clase revolucionaria y las clases intermedias, vacilantes. Toda la táctica de Marx y Engels en la revolución de 1848 tiende a propiciar esos resultados. En el primer caso, a ayudar a las masas proletarias a tomar conciencia del antagonismo fundamental que las opone a la burguesía. En el segundo, a tomar conciencia de que no pueden confiar el protagonismo a la pequeña burguesía; de que deben ser ellas mismas el sujeto principal de la lucha.

Con la revolución del 48 se inicia el interés de Engels por el aspecto militar de la lucha revolucionaria, y las insurrecciones de 1848-1849, en particular las de París, Viena y sudoeste de Alemania, le inspiran reflexiones penetrantes que serán evocadas frecuentemente en el movimiento revolucionario ulterior y Lenin tendrá muy presentes en 1905 y 1917. «La insurrección —dice— es un arte. Lo mismo que la guerra o no importa qué otro arte, está sometida a ciertas reglas prácticas, cuya negligencia acarrea la ruina del partido que las ignora. Estas reglas, consecuencia lógica de la naturaleza de los partidos y de la naturaleza de las circunstancias con las que hay que contar en tales casos, son tan claras y simples que la corta experiencia de 1848 las ha enseñado bastante bien a los alemanes. En primer lugar, no jugar nunca a la insurrección si no estáis absolutamente decididos a afrontar todas las consecuencias de vuestro juego. La insurrección es un ejercicio con magnitudes extremadamente indeterminadas, cuyo valor puede variar cada día. Las fuerzas combatientes con las que hay que enfrentarse tienen todas las ventajas de la organización, de la disciplina y del hábito de la autoridad. Si los insurrectos no pueden oponerles fuerzas muy superiores están perdidos, serán derrotados. En segundo lugar, una vez iniciada la insurrección hay que actuar con la máxima decisión y pasar a la ofensiva. La defensiva es la muerte de toda insurrección armada; a la defensiva perece antes de medirse con sus enemigos. Atacad a vuestros adversarios por sorpresa, antes de que puedan prevenirse, mientras sus fuerzas están dispersas; hay que lograr nuevos éxitos cada día, por pequeños que sean; hay que mantener la ventaja moral que te da la primera acción victoriosa de los sublevados; hay que atraer los elementos vacilantes, que se inclinan siempre hacia el más fuerte y buscan siempre ponerse del lado más seguro. Forzad a vuestros enemigos a batirse en retirada antes de poder reunir sus fuerzas. En una palabra, como decía Dantón, el más grande maestro de táctica revolucionaria hasta hoy: *de l'audace, de l'audace, encore de l'audace!*» [465]. Esta concepción dinámica y ofensiva de la insurrección rompía con la tradición de la lucha de barricadas, generalmente estática, que demostró su ineficacia frente a la artillería y la táctica móvil y envolvente de las tropas de Cavaignac [466].

* * *

Veamos ahora los planteamientos estratégicos y tácticos de la circular de 1850 del Comité central de la Liga.

Como ya sabemos, en los primeros meses de ese año Marx y Engels —lo mismo que los restantes dirigentes de la Liga— consideran inminente una «nueva revolución», «segundo acto» de la del 48, que se iniciaría probablemente en Francia y se extendería en seguida a Alemania. En la circular que envía a sus organizadores

el Comité central expone la política que deberá aplicar la Liga a partir de ese momento y en el transcurso de la nueva revolución alemana. A diferencia de la de marzo de 1848, la revolución estaría dirigida esta vez, desde el comienzo, contra la gran burguesía, en no menor medida que contra las supervivencias del absolutismo. Y en el campo de la revolución el predominio lo tendría, en lugar de la burguesía liberal, la pequeña burguesía democrática, que en caso de victoria pasaría a ser la nueva clase dominante hasta su derrocamiento por el proletariado [467].

El problema al que da respuesta el documento es el siguiente: ¿cuál debe ser la actitud del proletariado y en particular de la Liga hacia la democracia pequeñoburguesa en el transcurso de todo ese proceso revolucionario? Comienza por resumir los objetivos del partido demócrata para hacer, a renglón seguido, la siguiente constatación: «Mientras que los pequeños burgueses democráticos quieren poner fin a la revolución lo más rápidamente que se pueda, después de haber obtenido, a lo sumo, las reivindicaciones arriba mencionadas, nuestros intereses y nuestras tareas consisten en *hacer la revolución permanente hasta que sea descartada la dominación de las clases más o menos poseedoras, hasta que el proletariado conquiste el poder del Estado, hasta que la asociación de los proletarios se desarrolle, y no sólo en un país sino en todos los países predominantes del mundo, en proporciones tales que cese la competencia entre los proletarios de esos países, y hasta que por lo menos las fuerzas productivas decisivas estén concentradas en manos del proletariado. Para nosotros no se trata de reformar la propiedad privada, sino de abolirla; no se trata de paliar los antagonismos de clase, sino de abolir las clases; no se trata de mejorar la sociedad existente, sino de establecer una nueva*» [468].

Partiendo de esta divergencia radical de orden estratégico y programático, la respuesta del Comité central al problema planteado puede resumirse en los siguientes puntos:

— El proletariado debe rechazar las exhortaciones de los demócratas a la «unión y la reconciliación» dentro de un gran partido de oposición. Aceptarlas significaría convertir al proletariado en un «simple apéndice de la democracia burguesa oficial». La Liga y los obreros «deben establecer junto a los demócratas oficiales una organización independiente del partido obrero, a la vez legal y secreta». Cada comuna de la Liga debe ser «el centro y núcleo de asociaciones obreras en las que la actitud y los intereses del proletariado puedan discutirse independientemente de las influencias burguesas».

— Para luchar contra el enemigo común «no se precisa ninguna unión especial». Cuando sea necesario y los intereses coincidan momentáneamente, la unión «surgirá por sí misma y únicamente para el momento dado».

— En las luchas futuras, igual que en las anteriores, los obreros asumirán los mayores esfuerzos y sacrificios, mientras que la pequeña burguesía vacilará. Pero cuando se vea victoriosa exigirá de los obreros que permanezcan tranquilos, retornen al trabajo y no cometan excesos. Todo, para despojar a los obreros del fruto de la victoria. Los obreros deben oponerse a esa política e imponer a la pequeña burguesía condiciones «bajo las cuales su dominación lleve desde el principio el germen de su caída, facilitando así considerablemente su ulterior sustitución por el poder proletario». Durante la lucha y después los obreros deben presentar sus propias demandas, exigir garantías, arrancarlas por la fuerza, si es preciso, y, en general, obligar a los nuevos gobernantes a hacer «las mayores concesiones y promesas».

— Los obreros deben «refrenar todo lo posible el entusiasmo provocado por la nueva situación y la embriaguez del triunfo» y ajustarse a «una apreciación fría y serena de los acontecimientos». Desde el primer momento de la victoria deben «encauzar la desconfianza no ya contra el partido reaccionario derrotado, sino contra los antiguos aliados, contra el partido que quiera explotar la victoria común en su exclusivo beneficio».

— «Al lado de los nuevos gobiernos oficiales, los obreros deberán constituir inmediatamente gobiernos obreros revolucionarios, ya sea en forma de comités o consejos municipales, ya en forma de clubs obreros o de comités obreros, de tal manera que los gobiernos democrático-burgueses no sólo pierdan inmediatamente el apoyo de los obreros, sino que se vean desde el primer momento vigilados y amenazados por autoridades

tras las cuales se halle la masa entera de los obreros[468a].»

— El proletariado debe oponerse «al resurgimiento de la vieja milicia burguesa» y «tratar de organizarse independientemente como guardia proletaria, con jefes y un estado mayor central elegido por ellos mismos», poniéndola a las órdenes de «los consejos municipales revolucionarios creados por los mismos obreros».

— En caso de elecciones a una asamblea nacional representativa el proletariado deberá ser vigilante para impedir que «ni un solo núcleo obrero sea privado del derecho de voto», y hacer que en todas partes se presenten candidatos obreros, «elegidos en la medida de lo posible entre los miembros de la Liga». Deben presentarse candidatos obreros incluso allí donde no haya ninguna probabilidad de triunfo para «conservar la independencia, hacer un recuento de fuerzas y demostrar abiertamente a todo el mundo su posición revolucionaria y los puntos de vista del partido».

— En relación con las tareas programáticas de la revolución, la circular hace las siguientes indicaciones: *a*) el proletariado debe oponerse a la entrega de la tierra en libre propiedad a los campesinos, es decir, a la creación de una clase campesina pequeñoburguesa, y en cambio exigir que «las propiedades feudales confiscadas se conviertan en propiedad del Estado y se transformen en colonias obreras, donde la explotación se realice por el proletariado agrícola asociado, aprovechando todas las ventajas de la gran explotación agrícola». Así, «el principio de la propiedad colectiva obtendrá inmediatamente una base firme». «Del mismo modo que los demócratas se unen con los campesinos, los obreros deben unirse con el proletariado agrícola»; *b*) frente al federalismo y el autonomismo local que preconizaban los demócratas pequeñoburgueses, los obreros debían «no sólo defender la república alemana una e indivisible, sino luchar en esta república por la más resuelta centralización del poder en manos del Estado»; c) en general, los obreros deberán «obligar a los demócratas a irrumpir en todas las esferas posibles del régimen social existente, a perturbar su curso (...), a concentrar el mayor número de fuerzas productivas, medios de transporte, fábricas, ferrocarriles, etc., en manos del Estado». En todos los casos, los obreros deben

luchar «por llevar al extremo las propuestas de los demócratas, que, como es natural, no actuarán como revolucionarios, sino como simples reformistas».

— La circular resume así su concepción táctica: «La actitud del partido obrero revolucionario ante la democracia pequeñoburguesa es la siguiente: marchar con ella en la lucha por el derrocamiento de aquella fracción a cuya derrota aspira el partido obrero; marchar contra ella en todos los casos en que la democracia burguesa quiere consolidar su situación en provecho propio».

— Y concluye de esta manera: «Los obreros alemanes no pueden alcanzar el poder ni ver realizados sus intereses de clase sin haber pasado íntegramente por un prolongado desarrollo revolucionario». La victoria del proletariado francés puede acelerar ese proceso, «pero la máxima aportación a la victoria final la harán los propios obreros alemanes cobrando conciencia de sus intereses de clase, ocupando cuanto antes una posición independiente de partido e impidiendo que las frases hipócritas de los demócratas pequeñoburgueses les aparten un solo momento de la tarea de organizar con toda independencia el partido del proletariado. Su grito de guerra debe ser: revolución permanente».

La táctica que se preconiza en este documento está en la línea del viraje iniciado por el grupo de Marx en abril de 1849, cuando dimiten de sus cargos dirigentes en los organismos renanos del partido demócrata y ponen rumbo a la creación de un partido obrero independiente. La práctica de la revolución había confirmado la necesidad de que el proletariado tuviera su propia organización y su propia política, y al mismo tiempo había creado condiciones más favorables para resolver el problema. En primer lugar, el propio desarrollo del movimiento obrero; en segundo lugar, la experiencia política adquirida por numerosos obreros revolucionarios. Pero los líderes demócratas pequeñoburgueses se esforzaban por mantener la clase obrera bajo su influencia y dirección. Planteaban que la causa principal de las derrotas de 1848-1849 residía en la ruptura de la unión inicial —desde la burguesía liberal al proletariado— provocada, decían, por las prédicas doctrinarias que atizaban artificialmente la lucha de clases. Marx replica que «bajo el pretexto de la lucha contra el doctrinarismo» lo que se pretende es «conciliar los

intereses de todos los partidos» sobre bases que «ocultan la primacía de los intereses de un solo partido: el burgués» [469]. Todas las indicaciones tácticas de la circular parecen dictadas por la preocupación de no ceder a los cantos de sirena de los líderes demócratas y de impulsar la independencia organizacional y política del proletariado. Unidad de acción con el partido demócrata siempre que lo exija la lucha contra un enemigo común, pero a condición de que el partido proletario conserve su independencia y de que se haga en forma tal que aventaje al proletariado y no a la pequeña burguesía. El visible afán de fijar normas de acción que garanticen esos resultados lleva a que algunos de los planteamientos de la circular tengan una rigidez que contrasta con la flexibilidad del comportamiento táctico de Marx y Engels durante la revolución [470].

Otra idea básica de la circular es la de que el proletariado alemán no podía llegar al poder sin pasar por un largo proceso revolucionario. Unos meses después, como sabemos, el grupo Schapper-Willich rompe con esa concepción y propugna la conquista inmediata del poder. La respuesta de Marx representa un desarrollo de esa idea de la circular, que implica el rechazo de todo intento prematuro de toma del poder, o de participación en él (como había ocurrido en la revolución de febrero) cuando no existen las condiciones mínimas para que el proletariado pueda aplicar la política que responde a sus intereses de clase [471]. Engels sostiene la misma tesis en su conocido pasaje de *La guerra de los campesinos,* escrito precisamente en el contexto de las discusiones que llevan a la escisión de la Liga: «Lo peor que le puede suceder al jefe de un partido extremo es verse obligado a tomar el poder cuando el movimiento no está maduro aún para la dominación de la clase que representa y para la aplicación de las medidas que exige la dominación de esa clase». La contradicción entre lo que *puede* hacer y lo que *debe* hacer le pone ante un dilema insoluble: «lo que *puede* hacer contradice toda su acción pasada, sus principios y los intereses inmediatos de su partido; lo que *debe* hacer es irrealizable. En una palabra, se ve obligado a no representar su partido y su clase, sino la clase para cuya dominación el movimiento ha madurado ya». «Cualquiera que caiga en esta situación falsa está irremediablemente perdido. Hemos visto ejemplos recientes. Recordemos únicamente la posición que adoptaron los representantes del proletariado en el último gobierno provisional francés...» [472].

Coincidiendo casi con la circular de marzo, los dirigentes de la Liga firman con blanquistas y cartistas de izquierda el documento que ya conocemos de constitución de la Asociación universal de comunistas declarando que su objetivo es «el derrocamiento de todas las clases privilegiadas, el sometimiento de estas clases a la dictadura del proletariado a través de la revolución permanente hasta la realización del comunismo, forma final de la organización del género humano» [473]. Y por las mismas fechas Marx escribe en la tercera parte de *Las luchas de clases* que «el proletariado va agrupándose más y más en torno al socialismo revolucionario, en torno al comunismo, que la misma burguesía ha bautizado con el nombre de Blanqui. Este socialismo es la declaración de la revolución permanente, de la dictadura de clase del proletariado como punto necesario de transición hacia la supresión de las diferencias de clase en general, para la supresión de todas las relaciones de producción en que éstas descansan, para la supresión de todas las relaciones sociales que corresponden a esas relaciones de producción, para la subversión de todas las ideas que brotan de esas relaciones sociales». La primera vez que Marx utiliza el concepto de dictadura del proletariado es muy poco antes, en la parte inicial de *Las luchas de clases* [474].

Quiere decirse que la reflexión sobre la experiencia de 1848-1849 lleva a Marx y Engels —en ese año de «balance» que es 1850— a formular una serie de proposiciones importantes:

En primer lugar, la necesidad de la dictadura del proletariado en la fase de transición hacia la sociedad comunista.

En segundo lugar, la necesidad —estrechamente vinculada a la anterior— de «hacer permanente» la revolución hasta que el proletariado internacional asociado concentre en sus manos las principales fuerzas productivas mundiales.

En tercer lugar, la necesidad —para asegurar esa «permanencia»— de que el proletariado se constituya en partido independiente, con su propia política, y apli-

que una táctica que le permita ir creando y fortaleciendo su poder frente al de la burguesía liberal o la pequeña burguesía demócrata, hasta desplazar este último a instaurar su dominación de clase.

* * *

Como acabamos de ver, los conceptos de dictadura del proletariado y revolución permanente aparecen por primera vez en los escritos de Marx coincidiendo con el momento de su máxima aproximación al blanquismo, cuando incluso intenta fundar con él un partido comunista internacional y lo califica (en otra circular de la Liga, correspondiente a junio de 1850) de «auténtico partido proletario». La historia de la gran revolución francesa muestra, por otra parte, que las ideas de dictadura revolucionaria y de revolución permanente nacen en la corriente más radical de la ideología jacobina, cuyo principal portador en la revolución de 1848 era, justamente, el partido de Blanqui [475]. Los teóricos de la interpretación reformista del marxismo han utilizado estos hechos para respaldar su tesis de que la postulación de la dictadura del proletariado y de la revolución permanente, así como de la insurrección y de otras formas de violencia revolucionaria, representaban un injerto blanquista en la doctrina de Marx, incompatible con la cientificidad a que pretende.

Es evidente la influencia del «modelo» 1793 en la teoría política de Marx, pero ello no justifica, de por sí, identificar el contenido que ponía en determinadas nociones al que le daban los blanquistas. Mientras éstos, lo mismo que el grupo Schapper-Willich, pensaban que las opciones tácticas y estratégicas no dependían más que de la voluntad revolucionaria, o en todo caso minimizaban los otros factores, para Marx y Engels dichas opciones debían basarse en la comprensión científica del proceso objetivo y aplicarse en función de su evolución, teniendo en cuenta en cada momento la situación concreta. Las que adoptan en 1848-1850, resumidas en las páginas precedentes, expresan la acción consciente que, a su juicio, el proletariado debía realizar para impulsar y llevar a término las tendencias objetivas del proceso revolucionario de lucha de clases (según ellos lo veían) que hemos sintetizado en el epígrafe anterior.

Marx no reivindica como aportación suya a la teoría revolucionaria la fórmula de «dictadura del proletariado», sino, como declara en una carta a Weydemeyer del 5 de marzo de 1850, la tesis de que «la lucha de clases conduce necesariamente a la dictadura del proletariado» y que esta dictadura «no es de por sí más que el tránsito hacia la abolición de todas las clases y hacia una sociedad sin clases...» [476]. Es decir, la dictadura del proletariado, en el concepto de Marx, no es sólo cuestión de «voluntad», sino, ante todo, el producto *necesario* de un proceso objetivo de lucha de clases, en el cual la voluntad revolucionaria es uno de los factores, junto con la voluntad contrarrevolucionaria, las estructuras económicas y mil otros factores. Marx no ha dicho nada más sobre este concepto, después de su carta a Weydemeyer, hasta que el «producto necesario» tuvo una primera materialización en la Comuna de París. Sus comentarios de entonces muestran que para él dictadura del proletariado y democracia efectiva son dos aspectos de la misma realidad político-social. Lo que explica que no viera divergencia entre ese concepto y los de dominación del proletariado o conquista de la democracia que utiliza en el *Manifiesto.* De lo contrario habría dejado constancia en algunos de los prefacios a las sucesivas ediciones, como hizo sobre otros puntos [476a]. Es forzoso convenir, no obstante, que la utilización del concepto de «dictadura» para caracterizar la dominación del proletariado o la democracia real ha facilitado las justificaciones ideológicas de «dictaduras del proletariado», que son en realidad dictaduras sobre el proletariado de una nueva minoría dominante.

Análogamente a como sucede con la noción de «dictadura del proletariado», «hacer la revolución permanente» no significa en Marx y Engels un postulado voluntarista. Se basa en el supuesto de que la dialéctica misma del proceso revolucionario, de las contradicciones que lo engendran, de las luchas de clases en que se materializa, *tiende* a persistir, a profundizarse, mientras no desemboque en las transformaciones objetivamente necesarias de las estructuras y superestructuras. Pero la tendencia del proceso a «permanecer» mientras no tenga la solución internamente necesaria no se im-

pone automáticamente. Puede ser contrarrestada, bloqueada, por las clases sociales interesadas en mantener el *statu quo* o en no cambiarlo más que dentro de ciertos límites. «Hacer la revolución permanente» quiere decir vencer esos obstáculos a través de la lucha de clases y abrir paso a la progresión de la revolución. Parece evidente, por otra parte, que la «permanencia» incluye, desde el punto de vista de Marx y Engels, la alternancia de rupturas revolucionarias y períodos más o menos evolutivos dentro de la época revolucionaria. El concepto designa, en definitiva, la estrategia que tiene en cuenta y trata de utilizar la trabazón interna del proceso revolucionario a lo largo de la época de revolución social proletaria que Marx y Engels creían abierta. Trabazón entre las fases burguesas o pequeñoburguesas de la revolución y su fase proletaria allí donde existían supervivencias feudales (idea que, referida a Alemania, aparece embrionariamente en el pensamiento de Marx en 1843 y es formulada en el *Manifiesto,* reiterándose en la *NGR* y ampliándose en la *circular* de 1850 con la inclusión de una fase de dominación pequeñoburguesa). Trabazón en la propagación internacional de la revolución, hasta dominar las fuerzas productivas mundiales (idea que va tomando cuerpo en los artículos de *NGR* y *NGR(R),* formulándose netamente en la *circular*). Trabazón en el proceso de profundización de la revolución proletaria hacia la realización de los objetivos de la revolución comunista (idea que se encuentra implícitamente en el *Manifiesto* y es formulada con más nitidez en la *circular* y en *Las luchas de clases*) [477].

Pero esta estrategia de revolución permanente, versión 1850, queda en el papel porque no existía el fundamento objetivo imaginado por Marx. No había «permanencia» de la crisis del capitalismo, no se había entrado en la época de la revolución social proletaria, sino en la de una nueva fase expansiva de las fuerzas productivas y del modo de producción capitalistas, más espectacular aún que la descrita por Marx en el *Manifiesto.*

Después de 1850 ni Marx ni Engels vuelven a emplear el concepto de «revolución permanente», pero no lo reniegan. En la práctica conciben un proceso de contenido análogo cuando en los años setenta y ochenta

piensan que la revolución rusa podría pasar a la fase socialista sin necesidad de una etapa de desarrollo capitalista, en caso de combinarse con la revolución proletaria en Occidente [478]. A comienzos de siglo el concepto cobra de nuevo actualidad en el curso de las polémicas sobre el revisionismo (para Bernstein la circular de 1850 era uno de los documentos más significativos del aspecto blanquista de la doctrina de Marx [479]) y, sobre todo, en las polémicas sobre la revolución rusa. Los mencheviques rechazaban toda idea de «permanencia». A su juicio, entre la revolución burguesa y la revolución proletaria debía haber, forzosamente, toda una etapa de desarrollo capitalista de Rusia bajo la dominación de la burguesía. Trotsky, por el contrario, hace de la «revolución permanente» el eje de su concepción estratégica (en gran parte bajo la influencia del marxista alemán Parvus), pero introduciendo una variante importante en relación con la concepción de Marx. Mientras para éste el proletariado no podría llegar al poder más que al término de un largo proceso revolucionario en cuyas primeras fases tendrían la hegemonía la burguesía o la pequeña burguesía, Trotsky pensaba, por el contrario, que la continuidad y progresión del proceso revolucionario no podían asegurarse más que si el proletariado conquistaba el poder desde el primer momento. Para Lenin, en cambio, se necesitaba un tipo de poder conjunto del proletariado y el campesinado, al que denominaba «dictadura democrática del proletariado y del campesinado» [480]. Pero el ejemplo más multifacético y consecuente, hasta ahora, de estrategia de «revolución permanente», extendida al período de transición abierto con la toma del poder, lo ofrece —a nuestro parecer— la revolución china.

* * *

Al final del primer epígrafe de este tercer capítulo pusimos de relieve el hecho paradójico de que la idea errónea de Marx y Engels sobre el estado del capitalismo a mediados del siglo les induce a plantearse, de hecho, el problema que se convertirá en el gran problema del siglo XX: cómo la revolución iniciada en zonas atrasadas del sistema capitalista, periféricas a su centro industrializado, puede desarrollarse en amplitud y en pro-

fundidad, en el espacio y en el tiempo, hasta investir el conjunto del sistema. En el epígrafe siguiente hemos examinado la respuesta que Marx y Engels dan, en las condiciones de entonces, a la faceta objetiva del problema: cuáles eran las contradicciones, las tendencias y otros factores objetivos que impulsaban el proceso revolucionario en la dirección indicada. Y, finalmente, en el presente epígrafe hemos visto su respuesta en el plano de la acción consciente: qué estrategia y táctica debían aplicar las fuerzas revolucionarias, ante todo el proletariado, para contribuir a la realización de dicho proceso.

El planteamiento mismo del problema y las respuestas dadas no podían por menos de retener la atención de los marxistas de las nuevas revoluciones «periféricas». Acabamos de aludir al eco que encuentra la idea de «revolución permanente», pero lo mismo sucede con los otros temas de estrategia y táctica que Marx y Engels abordan de manera explícita o implícita durante su única experiencia directa de revolución. Sobre todo entre los marxistas rusos. Lenin, Plejanov, Martov, etc., se refieren a ellos una y otra vez en sus polémicas sobre la política de la socialdemocracia en la revolución rusa. Trotsky los tiene también presentes, aunque los cita menos. No podemos entrar aquí en el detalle de esa polémica, pero a título de ejemplo indicaremos algunos momentos. Durante la revolución de 1905, en el tercer congreso del partido, polemizando con Plejanov y Martov, Lenin toma como referencia la experiencia alemana de 1848-1850. Si las cosas ocurren como entonces, dice, la autocracia no será derrocada, sino que se transformará en monarquía constitucional. Pero si ocurre lo contrario se formará un gobierno provisional revolucionario en el que deberá participar la socialdemocracia. Plejanov y Martov esgrimen la circular de marzo de la Liga para demostrar que Marx estaba contra toda participación del partido del proletariado en un gobierno provisional con fuerzas burguesas y pequeñoburguesas. Lenin responde que Marx no había podido prever la posibilidad de una dictadura democrática revolucionaria de los obreros campesinos (que es lo que, a su juicio, representaría ese gobierno provisional revolucionario), debido a que el proletariado alemán era en la Alemania de 1848 relativamente más débil en todos

los aspectos que el proletariado ruso en la Rusia de 1905. De ahí que Marx previera una etapa de dominación de la pequeña burguesía a la que seguiría la dictadura del proletariado. Otro tema de afrontamiento y de referencia al 48 es la cuestión de la actitud del partido proletario ante la burguesía liberal. Preconizando la alianza con ella, Plejanov y los mencheviques se apoyan en el *Manifiesto Comunista*, mientras Lenin invoca toda la política de Marx durante la revolución y la circular de 1850. Tiene por un gran hallazgo el calificativo de *pactista* para definir la política de la burguesía liberal alemana y lo considera plenamente aplicable a la burguesía liberal rusa. Durante la revolución de 1917 Lenin no deja de evocar las duras críticas de Marx y Engels a los demócratas pequeñoburgueses, a sus vacilaciones, cobardías, ilusiones. Poco antes de la insurrección de octubre escribe en *Rabochi:* «Teniendo en cuenta la experiencia de la mayoría de las revoluciones, y en particular de la revolución de 1848 (la más semejante a la nuestra actual), Marx se burlaba duramente de los demócratas pequeñoburgueses que querían vencer con resoluciones e invocaciones de la voluntad de la mayoría del pueblo» [481]. A partir de la revolución de octubre, la teorización política de la revolución del 48 por Marx y Engels llegó a los marxistas de otras revoluciones «periféricas» a través de la interpretación leninista, cuando no de la reinterpretación estaliniana.

Entre los marxistas de los países capitalistas desarrollados los planteamientos políticos y la acción de Marx y Engels en la revolución de 1848 despertaron escaso interés o fueron repudiados como el pecado blanquista de los maestros. Cuando por primera vez se reeditaron en alemán, bajo el título de *Las luchas de clases en Francia,* los artículos de 1850, fueron acogidos por la socialdemocracia alemana como algo que tenía muy poco que ver con los problemas de la lucha de clases en Alemania. Lo que tuvo verdadero impacto político fue el prefacio de Engels, que preconizaba una vía esencialmente legal, pacífica, electoral y parlamentaria hacia el socialismo [482].

4. SOBRE EL PARTIDO Y OTROS TEMAS (CLASE, ESTADO, NACION)

En el primer capítulo (epígrafes 4 y 5) citamos los planteamientos del *Manifiesto* sobre los rasgos que definen a los comunistas respecto a los «proletarios en general» y a los «otros partidos obreros»; señalamos la identificación que establece entre «organización del proletariado en clase» y «organización del proletariado en partido político»; registramos el uso de la noción de «partido obrero» para designar formas de organización y acción políticas de fracciones del proletariado, como el cartismo; y expusimos la formación y características de la Liga de los comunistas, primera forma concreta de partido comunista inspirado en la teoría de la revolución de Marx. Examinaremos ahora lo que la experiencia del período revolucionario aporta a estos primeros elementos de la concepción y de la práctica del partido en Marx y Engels. Y comenzaremos por recapitular una serie de hechos significativos.

Como sabemos, al iniciarse la revolución alemana los dirigentes de la Liga se propusieron implantarla y desarrollarla en el seno del naciente movimiento obrero, pero muy pronto Marx y Engels, contra la opinión de Schapper y Moll, decidieron prescindir de la Liga y hacer de la *NGR* el instrumento fundamental de su acción política. Las motivaciones conocidas de este paso muestran ya que Marx y Engels no atribuían a la Liga más que una función de propaganda, no de organización y dirección de las masas, y sólo en condiciones de privación de las libertades de prensa, reunión, asociación, etc. Pero para los veteranos dirigentes de la Liga de los Justos, los obreros-artesanos instruidos como Schapper y Moll, la Liga era todo. Habituados desde hacía años a vivir en el mundo cerrado de la «organización-secta» —un mundo, además, de emigrados— la acción revolucionaria, la relación con las masas, no era concebible más que a través de la Liga. Marx y Engels nunca habían actuado condicionados por una organización. Marx había nacido a la lucha política como director de la *Gaceta Renana* en el otoño e invierno de 1842-1843, es decir, a través de una relación directa con el tejido social y político. Y algo análogo puede decirse de Engels. Su concepción teórica les llevaba, lógicamente, a ver en el proletariado como clase, y no en una u otra organización, el protagonista de la nueva acción revolucionaria. En cuanto pudieron reemprender, a mayor escala, la experiencia de la *Gaceta Renana*, y entablar mediante la *NGR* una relación directa con el movimiento político en marcha, la Liga perdió a sus ojos toda utilidad y posiblemente apareció como un estorbo.

En febrero de 1849 Marx y Engels se oponen de nuevo a la reorganización de la Liga esgrimiendo las mismas razones que en la primavera de 1848. Pero desde el otoño de este año el «espíritu de partido» de Schapper, Moll y otros dirigentes de la Liga se había levantado contra el «liquidacionismo» del grupo Marx, creando en Londres un nuevo Comité central e intentando reconstruir la Liga en Alemania. Marx no modifica su opinión hasta finales de 1849, cuando la desaparición de la *NGR* y la acentuación de la reacción en Alemania le conduce a la conclusión de que la organización secreta puede ser útil, de nuevo, para la difusión en Alemania de la propaganda comunista.

La manera como en la circular de marzo de 1850 se argumenta la necesidad de esa reorganización de la Liga parece una crítica apenas velada de la posición que habían mantenido Marx y Engels en 1848-1849. Se dice, en efecto, que durante la revolución «la primitiva y sólida organización de la Liga se ha debilitado considerablemente. Gran parte de sus miembros —los que participaron directamente en el movimiento revolucionario— creían que ya había pasado la época de las organizaciones secretas y que bastaba con la sola actividad pública». Y a continuación se menciona aprobatoriamente la creación del nuevo Comité central en Londres y su intento de reorganizar la Liga en Alemania en el otoño e invierno de 1848-1849. ¿Cómo conciliar esta crítica transparente de lo que había sido la posición de Marx y Engels con la versión de que la circular fue redactada por ellos? La hipótesis de que estamos ante una «autocrítica» no parece aceptable, puesto que en todas sus referencias ulteriores a esta cuestión Marx y Engels justifican la «disolución» de la Liga por las razones ya conocidas [483]. A nuestro juicio, la hipótesis más verosímil es que la circular de marzo de 1850 expresa un cierto compromiso, al menos en este punto, entre las posiciones del grupo de Marx y las del grupo de

Londres. Es significativo que poco después, al escindirse la Liga, el grupo de Londres lanza contra Marx y Engels la acusación de haber prescindido de la Liga cuando no les interesaba y haber trocado el título de miembros del Comité central por el de redactores de la *NGR*.

Las discusiones de septiembre de 1850 demuestran, una vez más, que para Marx la Liga sólo era una forma secreta de organizarse los comunistas, en condiciones de ilegalidad, a fines de propaganda. Pero no parece que la tuviera en gran estima ni siquiera bajo este aspecto. De lo contrario es difícil comprender por qué, después del proceso de Colonia, decide liquidarla definitivamente en lugar de proponerse su reorganización. Tal vez su actitud general ante la Liga, nunca entusiasta y como mínimo reservada, estuviera determinada en gran parte por su repugnancia hacia las organizaciones conspirativas, en general, y hacia los «conspiradores profesionales», en particular, de los que hace en la *NGR(R)* una mordaz semblanza [484]. De ahí su insistencia en que la Liga, aun siendo secreta, no se dedicase a la «conspiración», es decir —según el significado que el término tenía entonces—, a la organización de golpes, generalmente insurreccionales, para derribar al gobierno y apoderarse del poder, sino exclusivamente a la propaganda de las ideas comunistas. Pero la práctica mostraba la dificultad de asegurar tal distinción. La orientación del grupo de Schapper —viendo en la Liga y no en las masas el sujeto principal de la acción revolucionaria— conducía justamente a embarcar la Liga en las conspiraciones de los blanquistas franceses, los mazzinistas italianos, los demócratas alemanes, etc. «Los conspiradores profesionales —escribe Marx en el citado artículo de *NGR(R)*— no se satisfacen con organizar el proletariado revolucionario. Su misión consiste en adelantarse al proceso revolucionario, empujarlo artificialmente a la crisis, hacer la revolución de improviso, sin que existan las condiciones necesarias. La única condición de la revolución, a su juicio, es una buena organización del complot. Son los alquimistas de la revolución, y comparten plenamente con los antiguos alquimistas la confusión y estrechez de sus obsesiones. Se entusisman con inventos llamados a producir milagros revolucionarios: bombas incendiarias, máquinas infernales de mágico poder destructivo, motines tanto más espectaculares cuanto menos condiciones razonables existen para ellos. Ocupados con la confección de semejantes proyectos, no tienen más que un objetivo inmediato, el derrocamiento del gobierno existente, y menosprecian profundamente la labor de carácter más teórico encaminada a instruir a los trabajadores sobre sus intereses de clase». Más adelante se señala que «a medida que el proletariado de París pasó al primer plano *como partido,* esos conspiradores comenzaron a perder influencia como dirigentes». Y la conclusión fundamental del artículo es que «para la revolución moderna es insuficiente ya esa parte del proletariado (la enrolada en las organizaciones secretas F. C.); *sólo el proletariado en su conjunto puede realizar la revolución* [485].

Todo indica que para Marx y Engels la «instrucción» del proletariado con vistas a esa revolución constituye la tarea fundamental de los comunistas. Entendida, claro está, de la manera más amplia, como aporte a la comprensión del proceso de lucha de clases, de los intereses y objetivos no sólo del proletariado, sino de las otras clases, enemigas o aliadas, de las políticas respectivas, etc. Ninguna ilustración mejor de su manera de entender esta «instrucción» que su misma actividad en el período que estamos estudiando. No se trata de una relación de «maestro» que todo lo sabe a alumno que «aprende» pasivamente, sino de una interrelación dialéctica entre militantes de la misma causa, en la que la lucha práctica del proletariado enseña a los comunistas participantes en ella no menos de lo que éstos, gracias a su «ventaja teórica», pueden enseñar a los proletarios. Para Marx y Engels la realización de tal actividad no está vinculada forzosamente a la existencia de una *organización* comunista en sentido estricto. Así se explica que después de la disolución de la Liga el «partido» —en el sentido de partido comunista— sigue existiendo para ellos. En abril de 1854 Engels le escribe a Weydemeyer, refiriéndose a la perspectiva de una nueva crisis revolucionaria: «Los auspicios bajo los cuales se presenta esta vez *nuestro partido* son muy diferentes (...). Esta vez podremos comenzar en seguida con el *Manifiesto*». El «partido» —agrega— podrá entrar en escena de manera «más digna que en ocasiones anteriores», porque se ha desembarazado de la «banda

Schapper, Willich, etc.», y «podemos contar con una nueva generación de partidarios en Alemania»; «en conjunto, el partido de Marx no trabaja mal» [486]. Engels se refiere, evidentemente, al conjunto de comunistas que comparten las ideas de Marx, trabajan en su desarrollo, contribuyen a su difusión, etc., aunque entre ellos no existe ningún nexo organizacional. En la correspondencia y a veces en los artículos de los años siguientes encontramos repetidas alusiones a este «partido». Y al mismo tiempo Marx rechaza tenazmente todo nuevo compromiso orgánico tipo Liga, como muestra, entre otros ejemplos, su carta de 1860 al poeta Freiligrath, antiguo miembro de la Liga y viejo amigo de Marx. Marx le había pedido colaborar en una tarea de «partido». Creyendo que se trataba de la Liga, Freiligrath le responde: «Yo, como poeta, necesito, por naturaleza, libertad. El partido es una jaula y canta uno mejor, incluso para el partido, fuera que dentro». Marx contesta: «Te hago notar, ante todo, que desde noviembre de 1852, cuando *a propuesta mía* la Liga fue disuelta, *nunca más* pertenecí ni pertenezco a ninguna asociación, *secreta* o *abierta*, y, por consiguiente, hace ya ocho años que en este sentido, totalmente efímero, de la palabra, el *partido* dejó de existir para mí (...). Recuerdas que recibí de los dirigentes de la Liga comunista de Nueva York una carta en la que me pedían reorganizar la antigua Liga. Tardé un año en contestarles y finalmente les dije que desde 1852 no estoy ligado a ninguna organización y tengo el convencimiento profundo de que mi trabajo teórico es mucho más beneficioso para la clase obrera que la participación en organizaciones cuyo tiempo ha pasado en el continente (...). Si tú eres *poeta*, yo soy *crítico*, y la verdad sea dicha, me basta con la experiencia de 1850-1852. La "Liga", lo mismo que la Sociedad de las estaciones, de París, que centenares de otras asociaciones, no fue más que un episodio en la historia del partido que nace espontáneamente, por doquier, del suelo de la sociedad moderna (...), del partido en el gran sentido histórico del término» [487].

Este partido en el gran sentido histórico del término, que nace espontáneamente del suelo de la sociedad capitalista, ¿qué otra cosa es más que el «resultado» de la lucha de clases definido en el *Manifiesto* como la «organización del proletariado en clase y, por tanto, en partido político»? De modo explícito o implícito esta noción de clase-partido o partido-clase es una de las nociones operatorias fundamentales de Marx en sus grandes análisis de la revolución de 1848, generalmente bajo las expresiones de «partido del proletariado», «partido de la burguesía», «partido de la pequeña burguesía», etcétera. Expresiones que no significan para Marx, obvio es decirlo, que a cada clase corresponda un solo partido («partido» en el sentido más corriente del término), sino que la clase, el conjunto de sus organizaciones, partidos, individuos, actúa como «partido» frente a las otras clases. Cuando Marx dice en *Las luchas de clases* que al imponer la república al gobierno provisional de febrero «el proletariado apareció inmediatamente en primer plano como partido independiente», no se refiere a una u otra de las organizaciones obreras existentes o de sus actos, sino a la totalidad de formas de organización y de acción con que el proletariado se manifestó *políticamente*, como tal, en esa coyuntura. Para Marx no existía *el* partido del proletariado, sino el proletariado *como* partido [488].

Entre el proletariado como partido y los comunistas como teóricos del proletariado, la tercera noción de partido que Marx utiliza en el *Manifiesto* es la de «partido obrero», designando como ejemplo concreto —en realidad como prototipo— el cartismo. Cuando se inicia la revolución este género de partido sólo existe embrionariamente en Alemania, pero comienza a desarrollarse con rapidez, si bien bajo la influencia, y en gran parte dentro de las estructuras, del partido demócrata. Acomodando su acción a este estado de cosas, Marx y Engels decidieron, como vimos, actuar en el seno del partido demócrata (y lo mismo hicieron, en la práctica, casi todos los comunistas de la Liga). Era la manera de vincularse más directamente a las fuerzas avanzadas de la clase obrera. Pero mientras Born y otros comunistas se consagran principalmente al desarrollo de la organización obrera propiamente dicha, Marx y su equipo de la *NGR* se dedican, casi por entero, a una labor de esclarecimiento político. ¿Subestimación del aspecto *organización?* Más plausiblemente nos parece la hipótesis de que para Marx ésta era una cuestión a resolver por el proletariado mismo, como en la práctica, por lo demás, estaba ocurriendo. Pero para que esta organización

del proletariado, que se extendía rápidamente por toda Alemania en forma de asociaciones obreras, pudiera realmente actuar como *partido político* frente a las otras clases, era necesario que se emancipase de la tutoría ideológica y política de la burguesía liberal y, muy especialmente, de la pequeña burguesía demócrata. Cosa que no podía resolver la simple separación organizacional. Era necesaria la crítica de la política de esas clases y el planteamiento de la política más adecuada a los intereses del proletariado: en esta tarea se concentró Marx con su equipo de la *NGR*. Lo cual no significa que consideraran suficiente esa labor de esclarecimiento para resolver el problema de la independencia política del partido proletario. De sus escritos se desprende claramente que lo esencial, a su juicio, era la experiencia directa de las masas adquirida en la lucha misma. Por eso Engels dice, reflexionando sobre el balance de los primeros meses, que «la conquista más importante de la revolución es la revolución misma», y Marx inicia su análisis restrospectivo de la revolución francesa planteando que el partido revolucionario no podía forjarse más que en la lucha contra la contrarrevolución [489].

Hito importante de la evolución de la posición de Marx y Engels en este problema —no a nivel de la concepción, sino del enfoque táctico— es la decisión que toman en abril de 1849 de salir del partido demócrata y participar organizacionalmente en la construcción iniciada por Born y otros líderes obreros— del partido obrero independiente. Este viraje puede explicarse, según vimos, por la agravación de las divergencias con los líderes demócratas y por la influencia que ejerce en Marx el desarrollo mismo del movimiento obrero. No es casual, indudablemente, que la entrevista de Born con Marx precediera de cerca al paso de abril. Mehering veía en este episodio «una prueba notable de cómo el instinto elemental del movimiento obrero sabe corregir las concepciones de los pensadores más geniales» [490]. En realidad no hubo corrección de «concepciones», puesto que nada permite suponer que Marx se opusiera a la creación de un partido obrero independiente o no comprendiera su necesidad. Nadie hizo en este período mayor contribución que Marx y Engels a la preparación política e ideológica de tal partido. Pero sí puede hablarse de corrección a *la manera* de llevar a cabo esa

aportación. Parece fundado, en efecto, suponer que la labor ideológica y política de Marx hubiera sido más fecunda, producido un impacto más directo, de haberse efectuado desde el primer momento en vinculación más estrecha con la construcción de la organización obrera a nivel nacional (en el plano local la vinculación existió y fue acentuándose como muestra el paso de Marx por la presidencia de la Asociación obrera de Colonia).

Lenin califica en *Dos tácticas* de «monstruoso e increíble desde nuestro punto de vista actual» el hecho de que «sólo en abril de 1849, casi un año después de la aparición del periódico revolucionario *(NGR)* Marx y Engels se pronunciaron por una organización obrera independiente», y hasta entonces «dirigieron simplemente un "órgano de la democracia" no ligado por ningún lazo orgánico a un partido obrero independiente» [491]. Atribuye la cosa a la debilidad del proletariado alemán y al ambiente pequeñoburgués del país en aquella época, pero ¿cómo explicarse, entonces, que Born y otros emprendieran desde el primer momento la construcción de esa organización y obtuvieran rápidamente resultados que habrían de decidir a Marx a participar más directamente en esa tarea? El problema, en realidad, es que Marx concebía de modo muy distinto a Lenin el tipo de partido a crear y, en consecuencia, la vía de su creación. Diferencia esencial que Lenin pasa por alto al hacer un parangón entre aquel primer intento de formación de un partido obrero alemán y la formación del partido obrero socialdemócrata ruso. Mientras la creación de este último tuvo como piedra angular la adhesión a una teoría y se llevó a cabo mediante el reclutamiento y la agrupación de nuevos adeptos a esa teoría en torno al núcleo intelectual inicial, la creación del partido obrero alemán es obra de los propios obreros alemanes, se construye mediante la agrupación y articulación a nivel provincial y nacional de asociaciones obreras creadas espontáneamente por los trabajadores más conscientes. Y no se basa sobre ninguna teoría preestablecida. Su ideología va formándose en el proceso mismo de la construcción de la organización. Lo más concreto son las plataformas de reivindicaciones sociales y políticas que aprueban los sucesivos congresos. Se trata, en una palabra, de un partido obrero de tipo cartista. Y el mismo enfoque se conserva en la circular de

marzo de 1850, donde se retoma el proyecto de congreso obrero alemán que la derrota de junio de 1849 no había permitido realizar [492].

Durante los doce años que siguen a la disolución de la Liga, Marx se consagrará enteramente a la investigación científica y al análisis político, rehusando sistemáticamente (lo mismo que Engels) cualquier participación en organizaciones. Sólo modificará su actitud en 1864, cuando es solicitado por fuerzas en las que ve la expresión real de un nuevo auge del movimiento obrero europeo y decide aceptar la invitación a formar parte del Comité organizador de la Asociación Internacional de Trabajadores. «Aunque en el transcurso de varios años —dice en una carta a Weydemeyer— decliné siempre toda participación en cualquier género de «organizaciones», *esta vez* acepté la propuesta porque se trata de algo en que se puede actuar con eficacia» [493]. Con este paso comienza una etapa de vinculación directa con el movimiento obrero internacional —que será breve, puesto que prácticamente termina con el congreso de La Haya de la A. I. T. en 1872— seguida de otra etapa de estrecha relación con el núcleo dirigente del partido socialista obrero de Alemania. Ambas experiencias proporcionan nuevo material para la investigación de las concepciones de Marx y Engels en el dominio del partido, pero caen fuera de los límites del presente estudio. De todas maneras no añaden nada esencialmente nuevo a esas concepciones. Ilustran, sobre todo, la idea profundamente democrática y antidogmática que Marx y Engels tenían del funcionamiento interno del partido obrero, tanto en el plano organizacional como ideológico y político, aspecto que en el período de la revolución del 48 apenas tuvo oportunidad de manifestarse dada la fugacidad de su actuación en la Liga y, más aún, en la organización obrera [494].

Aparte las fórmulas del *Manifiesto* caracterizando a «los comunistas» en relación con «los proletarios en general» y con «los otros partidos obreros», no hay en toda la obra de Marx (ni tampoco en la de Engels) ninguna explicación analítica de lo que entienden por «partido comunista». Pero lo que hemos visto de su actuación práctica y del papel que en su análisis de la lucha de clases desempeñan las nociones de «partido obrero» y de «proletariado como partido», permite formarse una idea más aproximada del sentido de aquellas fórmulas.

A nuestro parecer significan que la función de los comunistas no es sustituirse a las formas políticas y organizacionales que históricamente va tomando «la organización del proletariado en clase y, por tanto, en partido político», «el partido que nace espontáneamente, por doquier, del suelo de la sociedad moderna»; no es reemplazar la iniciativa del proletariado, su creación e inventiva, nacidas de las exigencias directas de la lucha de clases, por formas de acción y organización dictadas por «principios especiales». Significan que la función de los comunistas es poner la «ventaja teórica» de que disponen al servicio del movimiento proletario, actuando en él para ayudarle a tomar conciencia de sus intereses históricos, conciencia crítica de su propia acción, y a comprender el proceso de la lucha de clases, todo lo cual exige una relación mutuamente crítica, abierta y sincera entre comunistas (proletarios o no) y «los proletarios en general», entre comunistas y «partidos obreros». Significan, en resumen, que los comunistas no constituyen un partido que «dirige» al proletariado, sino un partido que le ayuda a *autodirigirse*.

En realidad no se trata de un «partido» en el sentido actual del término [495], sino —como el propio *Manifiesto* dice también— de un «sector» de los partidos obreros, del sector más avanzado teóricamente, más consciente de las condiciones globales del movimiento proletario, etc. Por lo demás, sólo en este sentido puede hablarse de concretización histórica, práctica, de esta concepción de «partido comunista». Así funcionaron Marx, Engels y otros comunistas de la época en el movimiento obrero alemán de la revolución del 48, en la Asociación Internacional de Trabajadores, en los primeros partidos obreros socialistas, etc. No podemos abordar aquí las vicisitudes ulteriores de esa concretización. Constataremos únicamente que la tendencia histórica se ha caracterizado, de un lado, por la burocratización de aquel «sector» en los partidos socialdemócratas, acompañada del abandono del marxismo revolucionario. Y, de otro lado, por el surgimiento de un nuevo tipo de partido comunista —el tipo leninista— concebido como *el* partido *dirigente* de la clase obrera, cuya diferencia de fondo con la idea de Marx no es necesario subrayar [496]. Pero a lo largo de todo el desarrollo del

movimiento obrero no han cesado de aparecer comunistas —algunos tan relevantes como Rosa Luxemburgo, por no citar más nombres— cuya manera de concebir la acción en el seno del proletariado y de sus organizaciones era o es semejante a la de Marx. Y esta corriente profunda del marxismo tiende a vigorizarse actualmente. Es la corriente que ve en el proletariado y no en el partido el protagonista máximo de la transformación social.

Una observación final sobre la relativización del papel del partido respecto a la clase, que constatamos en Marx: cuando se trata de la burguesía o pequeña burguesía, sus partidos políticos desempeñan en el discurso marxiano de la época de la revolución del 48 un papel mucho más importante respecto a la clase que cuando se trata del proletariado. Esta diferencia refleja, indudablemente, el retraso del proceso de formación política del proletariado, en aquella fase del desarrollo histórico, comparativamente al de la burguesía o pequeña burguesía. Por eso, si bien nos parece fundada la tesis de que el proletariado, entendido como clase-partido, es el agente revolucionario por excelencia en la teoría de la revolución de Marx, hay que tener en cuenta que el papel del partido obrero (y cada vez más de los sindicatos) *en tanto que expresión concreta, encarnación transtioria, de la clase-partido,* va aumentando en relevancia a los ojos de Marx y Engels con el correr del siglo [497].

* * *

Ni en los escritos del período que estamos estudiando ni en toda la obra de Marx encontramos una definición conceptual de la clase, aunque sus innumerables referencias a las clases desde diversos ángulos y en los más variados contextos, el carácter fundamental de algunas de ellas, autoriza la tesis de que en su obra hay implícita una teoría de las clases y justifica los intentos de explicitarla. Pero para ello hay que tomar el conjunto de esa obra y, sobre todo, partir de *El capital* y de los *Grudrisse,* tarea que no nos proponemos, evidentemente, abordar aquí. Nos limitaremos, de modo sucinto, a indicar lo que la experiencia de la revolución y la contrarrevolución aporta de más esencial a las nociones expuestas en el epígrafe 4 del primer capítulo.

Comenzaremos por constatar —a la luz de los análisis de estos años— que el reconocimiento de las clases como protagonistas máximos de la transformación social no significa, en modo alguno, que Marx vea la historia —la historia real— como creación de una determinada clase (ayer la burguesía, hoy el proletariado) susceptible, por tanto, de ser definida como *el* sujeto de la historia. A nuestro parecer la cosa está clara ya en el *Manifiesto,* la *Miseria de la Filosofía* y la *Ideología alemana,* pero no es superfluo subrayar la confirmación que encontramos en esos análisis, donde la historia en vías de hacerse es descrita como el movimiento resultante de la interacción de múltiples factores, entre los cuales algunos aparecen como *más determinantes* que otros, según el tipo de formación social existente en el país dado, la fase en que dicha formación se encuentra, la coyuntura precisa, etc. Es un movimiento dialéctico, complejo y estructurado, en el que las clases son sujetos y objetos, creadoras y creadas. Con la importante particularidad, además, de que su acción creadora no puede asimilarse a la de un sujeto plenamente consciente de sus fines y conocedor de los medios idóneos para alcanzarlos. Como plantea Marx en el *18 Brumario,* «sobre las diversas formas de propiedad, sobre las condiciones sociales de existencia, se levanta toda una superestructura de sentimientos, ilusiones, modos de pensar y concepciones de vida diversos y cristalizados de un modo peculiar, que son creados y plasmados por toda la clase derivándolos de sus bases materiales y de las relaciones sociales correspondientes». A consecuencia de lo cual los individuos de la clase, formados por «la tradición y la educación» en esos modos de pensar, ilusiones, etc., ven en éstos y no en sus condiciones de existencia «los verdaderos móviles y el punto de partida de su conducta». Por eso, prosigue Marx, «así como en la vida privada se distingue entre lo que el hombre piensa y dice de sí mismo y lo que realmente es y hace, en las luchas históricas hay que distinguir todavía más entre las frases y las figuraciones de los partidos y su organismo real y sus intereses reales, entre lo que se imaginan ser y lo que realmente son» [498]. De ahí que el proceso histórico aparezca ante los individuos y ante sus partidos de modo alienante, como algo extraño e incontrolable, y que durante siglos hayan buscado su

explicación en potencias sobrenaturales o esencias metafísicas. Muchos años después, en su conocida carta a Bloch de septiembre de 1890, Engels sintetizará muy claramente lo que se desprende con evidencia de los textos de 1848-1852. (No es casual que Engels recomiende a Bloch, muy especialmente, la lectura del *18 Brumario*.) Después de haber subrayado que Marx y él no han dicho nunca que «la producción y reproducción de la vida real» sea el *único* determinante de la historia, sino su determinante *en última instancia;* de señalar que si «somos nosotros mismos quienes hacemos nuestra historia», la hacemos «con arreglo a premisas y condiciones muy concretas»; de explicar que aunque las premisas y condiciones económicas desempeñen el papel determinante en última instancia, las formas políticas de la lucha de clases y sus resultados, las formas institucionales y jurídicas, los reflejos de esas luchas en el cerebro de los participantes, las teorías políticas, jurídicas y filosóficas, las ideas religiosas, etc., «ejercen también su influencia sobre el curso de las luchas históricas y determinan, predominantemente en muchos casos, su *forma*», Engels plantea, en conclusión: «la historia se hace de tal modo que el resultado final siempre deriva de los conflictos entre muchas voluntades individuales, cada una de las cuales, a su vez, es lo que es por efecto de una multitud de condiciones especiales de vida; son, pues, innumerables fuerzas que se entrecruzan las unas con las otras, un grupo infinito de paralelogramos de fuerzas, de las que surge una resultante —el acontecimiento histórico—, la cual, a su vez, puede considerarse producto de una potencia única, que, como un todo, actúa *sin conciencia* y sin voluntad. Pues lo que uno quiere tropieza con la resistencia que le opone el otro, y lo que resulta de todo ello es algo que nadie ha querido. De tal modo, toda la historia hasta nuestros días ha discurrido a modo de un proceso natural y sometida también, sustancialmente, a las mismas leyes dinámicas» [499]. Después de la revolución del 48 Marx y Engels recurrían con frecuencia a la imagen del «fenómeno natural» para caracterizar el fenómeno revolucionario. En la revolución —le escribe Engels a Marx en febrero de 1851— «las reglas que determinan en tiempo ordinario la evolución de la sociedad adquieren un carácter más físico, la fuerza material de la necesidad se manifiesta más vigorosamente. Y en cuanto se interviene como representante de un partido, se es arrastrado en ese torbellino de la irresistible necesidad natural». La «explosión revolucionaria» se hace inevitable —dice Marx en un artículo de 1859— cuando «la revolución llega a ser una fuerza espontánea, incontrolable, irreversible, semejante al rayo, cuyo trueno sólo oímos cuando ya ha asestado su golpe mortal» [500].

Pero justamente ese carácter irresistible de «la fuerza material de la necesidad» en las fases revolucionarias da lugar a una progresión espectacular en la formación de la conciencia de las clases y, por tanto —según la concepción de Marx—, en la maduración de las clases como tales. Refiriéndose, por ejemplo, a los efectos que la revolución de febrero tuvo en ese aspecto, Marx dice en *Las luchas de clases:* «todas las clases de la sociedad francesa se vieron de pronto lanzadas al ruedo del poder político, obligadas a abandonar los palcos, el patio de butacas y la galería y a actuar personalmente en la escena revolucionaria» (...) y «en este torbellino, en este agobio de la inquietud histórica, en este dramático flujo y reflujo de las pasiones revolucionarias, de las esperanzas, de los desengaños, las diferentes clases de la sociedad francesa tenían necesariamente que contar sus etapas de desarrollo por semanas, como antes las habían contado por medios siglos». Refiriéndose precisamente a este efecto del proceso revolucionario en la formación de las clases Marx formula su conocida máxima: «Las revoluciones son las locomotoras de la historia» [501]. Se trata, evidentemente, del desarrollo *político* de las clases, de su progresión hacia lo que Marx llama la *clase para sí,* la clase consciente de sus intereses como clase. La acción colectiva a la que la clase se ve precipitada por el «torbellino» revolucionario desarrolla una conciencia colectiva que repercute, a su vez, en la acción y así sucesivamente. Proceso dialéctico que tiene lugar también en los períodos evolutivos pero más lentamente.

En *Las luchas de clases* y en el *18 Brumario* se analiza con cierto detenimiento ese proceso en un caso particularmente interesante por ser el de una clase cuyas características dificultan extraordinariamente su «funcionamiento» como clase: los pequeños campesinos

parcelarios libres, nacidos de la revolución de 1789, que en 1848 constituían las tres cuartas partes de la población francesa. Marx describe su génesis histórica, sus características estructurales —aislamiento, dispersión, etcétera—, que obstaculizan su intervención a nivel político como tal clase, es decir, dándose una representación propia e independiente. De ahí que durante la revolución del 48 una fracción minoritaria, revolucionarizada por la experiencia práctica a que es arrastrada, se incline hacia el proletariado, mientras que la gran mayoría, viendo hostilmente a todas las demás clases de la sociedad, pone su confianza en el personaje que le parece estar por encima de todas ellas. No sólo porque Luis Bonaparte se presenta demagógicamente como ocupando esa posición, sino porque los campesinos ven en él la reencarnación de Napoleón, a cuyo nombre y acción asocian su nacimiento y consolidación como pequeños propietarios libres [502]. Este ejemplo y otros que aparecen en los textos indicados, relativos a la pequeña burguesía urbana, muestran que el «desarrollo» de estas clases —llamadas por Marx «clases de transición»— bajo los efectos del proceso revolucionario, se traduce en su *diferenciación interna* bajo formas complejas y contradictorias.

Otra es la manera específica de influir la revolución en el «desarrollo» de la burguesía. Marx examina —y es una de las aportaciones interesantes que hace al tema de la clase en este período— la estructura interna de la burguesía francesa, su división en fracciones diferenciadas por su relación con las estructuras económicas, diferenciación que toma determinada forma ideológica y política. Las contradicciones entre estas fracciones contribuyen al estallido de la crisis revolucionaria y luego ésta influye en el sentido general de hacerlas tomar conciencia más clara de sus intereses de clase, por encima de esas contradicciones, frente al proletariado y a las otras clases.

Las referencias al «desarrollo» del proletariado son menos concretas y circunstanciadas que las dedicadas a las otras clases (sucede algo análogo a como en el caso de los partidos políticos) y lo esencial lo expusimos ya en el epígrafe 2 de este tercer capítulo, donde también caracterizamos la apreciación general de Marx y Engels

sobre el papel de la burguesía, la pequeña burguesía y el campesinado en el proceso revolucionario.

La deducción más significativa que a nuestro juicio puede hacerse de los escritos de este período en relación con la concepción de la clase reafirma vigorosamente la idea que encontramos ya en los textos de 1846-1847: la formación de la clase, su modo de ser en cada coyuntura, son inseparables de la lucha de clases. Los escritos de 1848-1852 no sólo ratifican esta tesis, sino que ponen de manifiesto el papel relevante que en la formación y modo de ser de la clase desempeñan los factores superestructurales, incluida la tradición histórica, la «memoria» de la clase, etc. Puede decirse, en conclusión, que en la concepción de Marx las clases tienen en todo momento una doble dimensión: una dimensión estructural, determinada por el modo de producción dominante o los modos de producción subordinados, o la combinación de unos y otros en la formación social dada; y una dimensión histórica, determinada por todo el proceso histórico de la lucha de clases y de otros fenómenos (luchas interestatales, de liberación nacional, etc.). En cada coyuntura concreta, evolutiva o revolucionaria, esas dimensiones se combinan de modo original e irrepetible, constituyendo el modo de ser de la clase.

* * *

Examinaremos ahora lo que la experiencia de la revolución aporta a la concepción de Marx y Engels relativa al poder político y al Estado.

Análogamente a como sucede con las otras cuestiones examinadas (estrategia y táctica, partido, clase, etc.), tampoco ésta es tratada por Marx y Engels de manera específica y sistemática, sino en forma dispersa y fragmentaria, a lo largo de su análisis global de la revolución —o de los análisis parciales de la *NGR*—, en conexión inseparable con los otros factores del proceso político. No obstante, en el *18 Brumario* encontramos un pasaje donde Marx caracteriza sintéticamente la formación y evolución del Estado burgués en Francia, a partir de la monarquía absoluta, hasta el golpe de Estado de Luis Bonaparte. La importancia y la validez que el propio Marx atribuye a este pasaje lo subraya

el hecho de que veinte años más tarde, cuando analiza el problema del Estado a la luz de la Comuna de París, reproduce lo esencial de su contenido, añadiendo tan sólo algunas consideraciones que van en la misma dirección, relativas al período posterior a 1852. Comenzaremos por citarlo *in extenso:*

«Este Poder ejecutivo, con su inmensa organización burocrática y militar, con su compleja y artificiosa maquinaria de Estado, un ejército de funcionarios que suma medio millón de hombres, junto a un ejército de otro medio millón de hombres; este espantoso organismo parasitario que se ciñe como una red al cuerpo de la sociedad francesa y le tapona todos los poros surgió en la época de la monarquía absoluta, de la decadencia del régimen feudal, que dicho organismo contribuyó a acelerar. Los privilegios señoriales de los terratenientes y de las ciudades se convirtieron en otros tantos atributos del Poder del Estado; los dignatarios feudales, en funcionarios retribuidos, y el abigarrado mapa-muestrario de las soberanías medievales en pugna, en el plan reglamentado de un Poder estatal cuya labor está dividida y centralizada como en una fábrica. La primera revolución francesa, con su misión de romper todos los poderes particulares locales, territoriales, municipales y provinciales, para crear la unidad civil de la nación, tenía necesariamente que desarrollar lo que la monarquía absoluta había iniciado: la centralización; pero al mismo tiempo amplió el volumen, las atribuciones y el número de servidores del Poder del gobierno. Napoleón perfeccionó esta máquina del Estado. La monarquía legítima y la monarquía de Julio no añadieron nada más que una mayor división del trabajo, que crecía a medida que la división del trabajo dentro de la sociedad burguesa creaba nuevos grupos de intereses, y, por tanto, nuevo material para la administración del Estado. Cada interés *común* se desglosaba inmediatamente de la sociedad, se contraponía a ésta como interés superior, *general*, se sustraía a la propia actuación de los individuos de la sociedad y se convertía en objeto de la actividad del gobierno, desde el puente, la casa-escuela y los bienes comunales de un municipio cualquiera, hasta los ferrocarriles, la riqueza nacional y las universidades de Francia. Finalmente, la república parlamentaria, en su lucha contra la revolución, viose obligada a fortalecer, junto con las medidas represivas, los medios y la centralización del Poder del gobierno. Todas las revoluciones perfeccionaban esta máquina, en vez de destrozarla. Los partidos que luchaban alternativamente por la dominación, consideraban la toma de posesión de este inmenso edificio del Estado como el botín principal del vencedor. Pero bajo la monarquía absoluta, durante la primera revolución, bajo Napoleón, la burocracia no era más que el medio para preparar la dominación de la burguesía. Bajo la restauración, bajo Luis Felipe, bajo la república parlamentaria, era el instrumento de la clase dominante, por mucho que ella aspirase también a su propio Poder absoluto. Es bajo el segundo Bonaparte cuando el Estado parece haber adquirido una completa autonomía» [503].

En este pasaje del *18 Brumario* se refleja la asimilación por Marx y Engels de una de las experiencias capitales del proceso político de 1848-1852: el papel primordial —sin precedentes históricos comparables— desempeñado por la máquina del Estado (ejército, burocracia, magistratura, etc.) en el sofocamiento de la explosión revolucionaria. La práctica demostró que conquistar el gobierno no significaba conquistar el poder, como era creencia general entre los liberales o revolucionarios de la época. «Con el poder *nominal* en las manos la burguesía prusiana no dudó un momento que las potencias del antiguo Estado se pondrían sin reservas a su disposición y se convertirían en devotos servidores de su propia potencia», constataba Marx en *La burguesía y la contrarrevolución* a finales de 1848 [504]. Y lo mismo podía decirse de los republicanos y socialistas del gobierno provisional francés. Tal vez Marx y Engels compartieron en cierta medida esa ilusión, según parecen indicar sus optimistas previsiones iniciales, pero muy pronto denuncian desde *NGR*, cada vez más vigorosamente, el peligro que representa para la revolución la conservación de la máquina burocrática y militar del viejo régimen. Plantean la necesidad de depurarla y en sus comentarios comienza a perfilarse la idea implícita en la reflexión más arriba citada —«todas las revoluciones perfeccionaban esa máquina *en vez de destrozarla*»—, la idea de que la revolución proletaria deberá destruir esa máquina característica del Estado burgués [505].

Todo el proceso seguido por la república desde febrero, hasta desembocar en el golpe de Estado bonapartista, reafirma a Marx en su concepción —formulada ya en la *Ideología alemana* con un contenido netamente materialista— de que el Poder del Estado, nacido de las contradicciones y luchas de la sociedad civil, se desarrolla como un poder separado de la sociedad y situado sobre ella, constituyendo una de las formas máximas de la alienación social y política [506]. La explicitación del sentido concreto que Marx da a esa noción de «completa autonomía» del Estado respecto de la sociedad exige referirse con detenimiento a otros planteamientos del *18 Brumario* y de obras posteriores, cosa que no cabe en los límites del presente trabajo. Lo mismo sucede con otros aspectos de la misma problemática: la estructura global del Estado, sus funciones, su organización interna, la relación entre la estructura del Estado y la de otros niveles o instancias de la formación social, el carácter de la burocracia (concepto que en el pasaje más arriba citado es utilizado en dos sentidos diferentes), los tipos y formas de Estado, etc. Aspectos sobre los que encontramos juicios y análisis a lo largo de la obra de Marx y Engels, pero en forma muy fragmentada y dispersa. Aquí nos limitaremos a algunas indicaciones sucintas.

El conjunto de los planteamientos de Marx en el mismo *18 Brumario*, y más claramente aún en obras posteriores de él o de Engels, muestra que la «completa autonomía» del Estado no debe entenderse en sentido literal. Se trata de una *autonomía relativa*, que no pone en entredicho el carácter de clase del Estado como Estado de la clase, o clases, dominante, sino que es, justamente, un atributo necesario de ese carácter. Su necesidad en relación con las clases dominadas resulta evidente. Pero también es necesaria dicha autonomía respecto a las clases y fracciones de clase dominantes. Una de las razones principales reside en la tendencia de la burguesía, sobre la que Marx llama la atención repetidamente, de posponer su interés general de clase, su interés político, a sus intereses particulares, más limitados e inmediatos, que pueden estar incluso en contradicción aguda con dicho interés general. Tendencia que se explica, a su vez, por el fraccionamiento interno de la burguesía y la lucha perpetua entre las diversas fracciones, lo mismo que entre todos los individuos de la clase, determinados por el mecanismo mismo del sistema de producción [507]. De ahí la necesidad de una instancia superior, con autonomía y poder suficiente para enfrentarse con los intereses parciales de la clase dominante en nombre de su interés general, capaz de organizar y representar su unidad de clase frente a las clases dominadas, y al mismo tiempo de presentar ante éstas el interés de las clases dominantes como el interés general de la sociedad. En el cumplimiento de esta función el Estado puede, incluso, utilizar las clases dominadas como elemento de presión sobre las clases dominantes [508]. Esa misma estructura de la burguesía tiene por consecuencia que el Estado burgués exprese siempre, de una determinada manera (que se refleja en su forma y métodos), no sólo la relación de fuerzas entre clases dominantes y dominadas, sino también la relación de fuerzas entre las diferentes fracciones de la clase dominante (y, eventualmente, entre clases dominantes, si subsisten clases dominantes de naturaleza precapitalista). Ello se traduce en que sea una u otra fracción de la clase dominante o una coalición de fracciones bajo la hegemonía de una de ellas —lo que algunos autores llaman hoy «bloque en el poder»— quien detente la influencia decisiva en el Estado [509].

En el pasaje transcrito del *18 Brumario* Marx utiliza como equivalentes los conceptos de Poder ejecutivo y de Estado, mientras que en otros lugares los diferencia, pero en todo caso del conjunto de sus proposiciones a este propósito se desprende claramente que en su concepción el Poder ejecutivo —entendido no sólo como gobierno, sino como conjunto de la máquina estatal— es lo esencial del Estado. Sus referencias al Poder legislativo dejan la duda de si lo considera también parte integrante del Estado o exterior y oponiéndose a él en tanto que representante de la «autonomía de la nación». En el *18 Brumario*, por ejemplo, encontramos esta sobria caracterización: «el Poder ejecutivo, por oposición al legislativo, expresa la heteronimia de la nación por oposición a su autonomía» [510]. Cuando analiza el proceso político francés de febrero del 48 al golpe bonapartista —y lo mismo puede decirse de su análisis del proceso político alemán entre marzo del 48 y las disoluciones de las Asambleas de Viena, Berlín y Francfort—

Marx sitúa como un factor esencial la lucha entre el Poder ejecutivo y el legislativo, que durante ese período se traduce en el progresivo debilitamiento del segundo hasta su completa capitulación ante el Ejecutivo. La crítica que Marx hace del «cretinismo parlamentario» lleva subyacente —y a veces explícita— la idea de que las Asambleas electas podían haber desempeñado el papel de representantes del pueblo —siguiendo el ejemplo de la Convención— frente a los poderes contrarrevolucionarios concentradós en el Ejecutivo. Y hay que tener presente también los juicios ya citados sobre el peligro que representa para la dominación de la burguesía un régimen político basado en el sufragio universal [511].

La oposición del Poder legislativo, como representante de la «autonomía de la nación», al Poder ejecutivo, representante de la «autonomía del Estado» (y expresión de la heteronimia —sojuzgamiento— de la nación), ha marcado profundamente las concepciones políticas del movimiento obrero de inspiración marxista. En unos casos ha contribuido a una justa utilización del parlamento en la lucha de clases. En otros, utilizado por la corriente reformista de la socialdemocracia, ha servido para justificar con la autoridad de Marx el mismo «cretinismo parlamentario» tan cáusticamente fustigado por el mismo Marx.

Aunque en el *18 Brumario* y otros textos de este período Marx y Engels destacan sobre todo la función represiva y coactiva del Estado, en su concepción general el Estado tiene también otra función primordial de *organización social*, que se refleja marginalmente en el pasaje transcrito. «En todas partes —dice Engels en el *Anti-Dühring*— subyace al poder político una función social, y el poder político no ha subsistido a la larga más que cuando ha cumplido su función social» [512]. Lo cual no significa que esta función social sea ejercida por el Estado de forma neutra, que cuando se convierten en objeto de su actividad —como dice el pasaje citado del *18 Brumario*— «el puente, la casa-escuela y los bienes comunales de un municipio cualquiera, hasta los ferrocarriles, la riqueza nacional y las universidades», no lo haga de la manera más conveniente a los intereses de las clases dominantes.

Si confrontamos lo que llevamos expuesto con la definición que en el *Manifiesto* se hace del Estado burgués —«junta que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa»— podemos concluir que la experiencia práctica de la revolución y la contrarrevolución conducen a Marx y Engels a una concepción mucho más compleja del Estado, de su papel en el proceso de la lucha de clases y en la revolución.

* * *

Nos referiremos, por último, muy brevemente —complementando lo expuesto en otros capítulos [513]— a las posiciones de Marx y Engels en relación con la nación y la lucha de liberación nacional.

Una primera constatación: el curso concreto de la revolución les induce a conceder mucha más importancia que en el período precedente al factor representado por la lucha de liberación nacional. Cierto, los artículos de 1847 lo tienen en cuenta, sobre todo en lo que concierne a los polacos e irlandeses. Pero en el *Manifiesto* se ignora prácticamente, pese a referirse de modo expreso a la actitud de los comunistas hacia el hecho nacional. Hay que tener presente este pasaje del *Manifiesto* para poder explicarse las posiciones de Marx y Engels sobre ese elemento esencial de la revolución del 48 que son las luchas nacionales. En primer término define el estatuto del proletariado respecto a la nación: «Los obreros no tienen patria. No se les puede arrebatar lo que no poseen. Mas, por cuanto el proletariado debe, en primer lugar, conquistar el poder político, elevarse a la condición de *clase nacional, constituirse en nación, todavía es nacional,* aunque de ninguna manera en el sentido burgués» [514]. En segundo término, define una perspectiva de desaparición de las naciones a través del siguiente proceso: El aislamiento nacional y *los antagonismos entre los pueblos desaparecen de día en día con el desarrollo de la burguesía, la libertad de comercio y el mercado mundial, con la uniformidad de la producción industrial y las condiciones de existencia que le corresponden.* La dominación del proletariado los hará desaparecer más de prisa todavía. La acción común del proletariado, al menos el de los países civilizados, es una de las primeras condiciones de su emancipación. En la misma medida en que sea abolida la explotación de un individuo por otro, será abolida la explotación

de una nación por otra. Al mismo tiempo que el antagonismo de las clases en el interior de las naciones, desaparecerá la hostilidad de las naciones entre sí». Como vemos, las luchas de liberación nacional no son mencionadas. Pero la revolución las pone inmediatamente en un primer plano. Y el grupo de Marx toma posición.

En vísperas de la salida de *NGR* Marx dirige la carta que conocemos a *L'Alba,* el diario republicano de Florencia, asegurando que *NGR* defenderá «la causa de la independencia italiana» y hará lo posible por favorecer «la unión y el entendimiento de nuestras dos grandes y libres naciones». La misma actitud toma en relación con los polacos y los checos. Al mes y medio de salir *NGR,* Engels puede afirmar en sus páginas: «Pese a los alaridos y las protestas patrióticas de toda la prensa alemana, *NGR* ha tomado partido desde el primer momento por los polacos en Posnania, por los italianos en Italia, por los checos en Bohemia». Alemania no puede ser libre —proclama *NGR*— sin devolver su libertad a los pueblos vecinos. Al mismo tiempo, de acuerdo con la necesidad planteada por el *Manifiesto* de que el proletariado se eleve a clase nacional, *NGR* pone en primer plano el objetivo nacional por excelencia de la revolución alemana, la reivindicación que Marx ha inscrito a la cabeza de las *Reivindicaciones* del «partido comunista de Alemania»: la unificación nacional. Levanta la bandera de la guerra nacional alemana contra Rusia, guerra nacional y revolucionaria. Y en el mismo espíritu apoya la guerra contra Dinamarca [515]. En una palabra, la lucha de liberación nacional de los pueblos europeos contra las potencias de la Santa Alianza va siendo integrada cada vez más por Marx y Engels en su concepción estratégica del proceso revolucionario como un factor de primer orden. Al mismo tiempo condenan como contrarrevolucionarias otras luchas nacionales, concretamente las de los eslavos del sur. El factor nacional se revela más complejo y contradictorio de lo que podía deducirse del *Manifiesto.* Si el desarrollo de la burguesía, del comercio, del mercado mundial y de la industria conducía efectivamente a la liquidación del aislamiento nacional, no sucedía lo mismo en relación con los antagonismos entre los pueblos. ¿Por quién optar cuando dos pueblos se enfrentaban por intereses nacionales?

El criterio supremo que guía a Marx y Engels para definir su actitud ante cada movimiento nacional es el papel que objetivamente desempeña en el proceso revolucionario global. Y este papel es definido, a su vez, por la posición de dicho movimiento respecto a las principales potencias de la contrarrevolución, en particular respecto al zarismo y a las monarquías absolutistas de Prusia y Austria. Los pueblos que luchan contra ellas —polacos, húngaros, italianos— tienen toda la simpatía de Marx y Engels, aunque sus objetivos nacionales no rebasen el horizonte burgués. Los eslavos del sur son condenados sin paliativos porque en su intento de abrirse paso hacia la existencia nacional independiente se prestan a ser utilizados por la monarquía austriaca y por el zarismo contra los húngaros, italianos, polacos y alemanes [516]. Pero la justificación de su posición no se rige sólo por ese criterio. Se basa también, como se desprende claramente de los textos reseñados en los epígrafes indicados (ver nota 513), en una serie de postulados más o menos explícitos.

En primer lugar, la identificación del progreso con el desarrollo de la burguesía y el proletariado, de la industria fabril y el mercado mundial. Progreso en doble sentido: porque liquida el pasado feudal y porque prepara el futuro comunista. Los pueblos que por unas u otras razones se revelan incapaces de evolucionar en esa dirección están condenados, son pueblos sin porvenir, sin vitalidad, que inevitablemente serán devorados por la marcha ineluctable de la historia. *En segundo lugar,* la consideración de que ese desarrollo exige como marco —y él mismo lo crea— la gran nación, el gran Estado. En nombre de la «civilización» y del «progreso», del «derecho del desarrollo histórico», es legítimo —proclama Engels— que Alemania se apropie de Schleswig, lo mismo que Francia se apropió de Flandes, de Alsacia y de Lorena, y antes o después se apropiará de Bélgica, lo mismo que los Estados Unidos se han apropiado de California y otros territorios mexicanos. Como se ve, no se trata sólo de los pueblos eslavos del sur u otros pueblos agrarios «detenidos» en el tiempo; se trata, en general, del derecho prioritario de las grandes naciones y Estados portadores del «desarrollo histórico». «Cuando se trata de la existencia, del libre despliegue de todos los recursos de las grandes naciones,

¿cómo puede ser decisiva la consideración sentimental de algunos alemanes o de algunos eslavos dispersos?» —exclama Engels—. *En tercer lugar,* la idea de que el problema nacional será resuelto, en definitiva, por ese mismo proceso, que deberá conducir —como plantea el *Manifiesto*— a la desaparición de los antagonismos nacionales y, finalmente, a la desaparición de las naciones.

Estas concepciones no aparecen sólo en los artículos de Engels publicados en *NGR,* marcados a veces por la pasión de la lucha. Se reiteran en los artículos, más meditados, para el *New York Daily Tribune,* escritos por Engels pero vistos y firmados por Marx, agrupados en *Revolución y contrarrevolución en Alemania,* así como en otros textos y cartas de los años siguientes [517]. La misma orientación preside los artículos de Marx acerca de la colonización inglesa de la India y sobre otros temas del Oriente que escribe en esos mismos años. Denunciando los «intereses abyectos» que motivan la colonización inglesa y los «crímenes» que la jalonan, considera, al mismo tiempo, que está provocando una «revolución social» en el Indostán. Y cualquiera que sea «la pena que podamos sentir por el espectáculo del hundimiento de un mundo antiguo», lo importante, dice Marx, «es saber si la humanidad puede realizar sus destinos sin una revolución fundamental en el estado social de Asia». Si no puede, «Inglaterra, cualesquiera que sean sus crímenes, habrá sido un instrumento inconsciente de la historia provocando esa revolución» [518]. Marx pensaba, sin duda, en la introducción de las fuerzas productivas capitalistas, pero también en las explosiones revolucionarias que esa tremenda transformación social no podía por menos de provocar. Hay que tener presente que en esos años se inicia la revolución de los *taipings* en China. Ya a principios de 1850, cuando se reciben en Europa las primeras noticias, según las cuales también allí se «predicaba el socialismo», Marx comenta: «Admitimos que el socialismo chino tenga tanto de común con el europeo como la filosofía china con la hegeliana. No por eso deja de ser alentador que el más antiguo y sólido imperio del mundo haya sido llevado en ocho años, bajo el impacto de las pacas de algodón de los burgueses ingleses, al umbral de una revolución social que sea como sea ha de tener resultados para la civilización. Cuando en su próxima huida de Europa nuestros reaccionarios lleguen finalmente ante la Muralla de China, a las puertas que dan acceso a la ciudadela de la reacción y el conservadurismo, quién sabe si no leerán: REPUBLICA CHINA. LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD» [519]. En 1853, casi al mismo tiempo que el artículo más arriba citado sobre la India, Marx escribe otro sobre la revolución china, señalando que una de sus consecuencias más importantes puede ser el cierre del gran mercado chino, lo cual aceleraría la crisis económica en Inglaterra, abriendo camino a una nueva revolución en Europa.

Este tipo de consideraciones es el que determinará siempre en Marx y Engels su actitud ante las luchas de liberación nacional. En ningún momento defenderán el derecho de autodeterminación de los pueblos por razones de principio, sino por razones estratégicas o tácticas, cuando puede favorecer la revolución proletaria, bien en el aspecto de preparar sus premisas materiales en tal o cual región del globo, bien en el de favorecer la crisis del capitalismo en sus centros vitales y la lucha revolucionaria del proletariado occidental, considerado como el agente máximo de la revolución comunista a escala mundial. Bajo esta óptica juzgarán siempre las luchas nacionales. En 1882, viviendo aún Marx, Engels escribe a Bernstein a propósito de una sublevación en los Balcanes: «Nosotros debemos luchar por la liberación del proletariado europeo occidental y a este objetivo subordinar todo lo demás. Por muy interesantes que sean los eslavos balcánicos u otros, si sus aspiraciones liberadoras entran en conflicto con los intereses del proletariado no podemos hacerlas nuestras. También los alsacianos están oprimidos (...), pero si en vísperas de una revolución que se avecina claramente quisieran provocar una guerra entre Francia y Alemania, encizañar de nuevo estos pueblos el uno contra el otro, y con ello retardar la hora de la revolución, yo les diría: "¡Alto! Vosotros podéis pacientar lo mismo que el proletariado europeo. Cuando él se libere vosotros seréis libres también. Hasta entonces no toleraremos que os crucéis en el camino del proletariado combatiente". Lo mismo en relación con los eslavos (...); si su insurrección amenaza con desencadenar una guerra mundial que malograría toda situación revolucionaria, entonces, en

interés del proletariado europeo, hay que sacrificar sin lástima esos pueblos y sus derechos...» [520].

La expansión mundial del capitalismo, su paso al estadio imperialista, se tradujeron, desde finales del siglo XIX y primeros decenios del XX, en la exacerbación de los antagonismos nacionales entre los estados europeos —contrariamente a lo previsto en el *Manifiesto*—, así como de la lucha de las minorías nacionales de Occidente y de los pueblos coloniales del Oriente por su emancipación. Enfrentadas con este problema, las diversas corrientes del movimiento socialista interpretaron y utilizaron de modo muy diverso las concepciones que hemos expuesto de Marx y Engels. La corriente oportunista se sirvió espaciosamente de algunas para justificar posiciones de esencia colonialista, Lenin las reinterpretó para propugnar el principio de autodeterminación (con la reserva, siempre, del primado de los intereses proletarios) y Rosa Luxemburgo se opuso a ese principio invocando también a Marx [521].

NOTAS

[1] Engels, *Contribución a la historia de la Liga de los comunistas*, texto escrito en 1885 como prefacio a la tercera edición del libro de Marx *Revelaciones sobre el proceso de los comunistas en Colonia*. Incluido en las *Obras Escogidas* de Marx y Engels, versión española, en dos tomos, Moscú, 1966. En adelante citaremos esta edición por *OE*. La cita que hacemos aquí se encuentra en el t. II, p. 344. No es necesario para el objeto de este estudio entrar en la discusión abierta por Althusser sobre el tema del «corte epistemológico». Partimos de que en el período que precede inmediatamente a la revolución de 1848 Marx y Engels están en posesión ya, como dice Engels, de las «líneas generales» del materialismo histórico.

[2] Marx, prólogo de la *Contribución a la crítica de la economía política*, en *OE*, t. I, p. 348. La versión que Marx da del «resultado general» a que había llegado en 1844-1846, dice así: «En la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia.

»Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad chocan con las relaciones de producción existentes o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica, se revoluciona, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella. Cuando se estudian estas revoluciones, hay que distinguir siempre entre los cambios materiales ocurridos en las condiciones económicas de producción y que pueden apreciarse con la exactitud propia de las ciencias naturales, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en una palabra, las formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de

este conflicto y luchan por resolverlo. Y del mismo modo que no podemos juzgar a un individuo por lo que él piensa de sí, no podemos juzgar tampoco a estas épocas de revolución por su conciencia, sino que, por el contrario, hay que explicarse esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción.

»Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más altas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado en el seno de la propia sociedad antigua. Por eso, la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, pues, bien miradas las cosas, vemos siempre que estos objetivos brotan cuando ya se dan o, por lo menos, se están gestando, las condiciones materiales para su realización.

»A grandes rasgos, podemos designar como otras tantas épocas de progreso, en la formación económica de la sociedad, el modo de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués. Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagónica del proceso social de producción; antagónica, no en el sentido de un antagonismo individual, sino de un antagonismo que proviene de las condiciones sociales de vida de los individuos. Pero las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa brindan, al mismo tiempo, las condiciones materiales para la solución de este antagonismo. Con esta formación social se cierra, por tanto, la prehistoria de la sociedad humana.»

Si se repasa la *Ideología alemana* se comprueba, en efecto, que lo esencial de estas ideas se encuentra ya allí, pero aquí, en el «resumen» de 1859, están formuladas con mayor rigor conceptual, con una serie de precisiones terminológicas, que reflejan un enriquecimiento del contenido.

En el mismo prólogo, Marx escribe: «Federico Engels, con el que yo mantenía un constante intercambio escrito de ideas desde la publicación de su genial bosquejo sobre la crítica de las categorías económicas (en los *Anales franco-prusianos*), había llegado por distinto camino (véase su libro *La situación de la clase obrera en Inglaterra*) al mismo resultado que yo». El «bosquejo» al que se refiere Marx es el *Esbozo de crítica de la economía política* escrito por Engels entre finales de 1843 y enero de 1844. Versión española en la recopilación *Escritos económicos varios* de Marx y Engels, Ed. Grijalbo, México, 1966.

[3] Engels, *Contribución a la historia de la Liga de los comunistas, OE*, t. II, pp. 344-345.

[4] Idem, p. 345.

[5] Esta circular está incluida en *Soius Kommunistov* (Liga de los comunistas), Ed. Misl, Moscú, 1964. *Soius Kommunistov* es la recopilación más importante de documentos de la Liga publicada hasta la fecha. Nuestra cita se encuentra en la p. 130.

[6] Según los datos del historiador germanista francés Jacques Droz, en su gran obra sobre las revoluciones alemanas del 48, los obreros de fábrica constituían aproximadamente en esa época el 4 por 100 de la población total de Alemania. En Prusia había, en 1846: 551.000 obreros de fábrica, distribuidos en 78.000 empresas; 457.000 maestros-artesanos y 385.000 oficiales-artesanos. En Sajonia, 258.000 obreros de fábrica, y en Baviera, 177.000. Eran contadas las fábricas con más de 100 obreros. Krupp, en Essen, empleaba 140 obreros. La fábrica Borsing, de Berlín, con 1.200 obreros, constituía una excepción. (Ver Jacques Droz, *Les revolutions allemands de 1848*, PUF, 1957, páginas 83-84.)

[7] Droz, ob. cit., p. 112.

[8] Desde 1815 Alemania constituía una Confederación germánica con 39 estados: el Imperio austriaco, el reino de Prusia, los reinos de Hannover, Sajonia, Baviera y Wurtemberg, más 29 grandes ducados y principados y cuatro ciudades libres. El solo órgano común, la *Dieta* confederal, tenía su sede en Francfort, bajo la presidencia de Austria. Era una asamblea de plenipotenciarios que representaban a los soberanos, no una asamblea elegida. En la práctica sus poderes eran casi nulos. En los grandes estados y en muchos de los otros existía un régimen absolutista.

En 1834 se crea la Unión aduanera *(Zollverein)*, con exclusión de Austria, que da un gran impulso al desarrollo económico de Alemania. Pero el fraccionamiento estatal sigue siendo un gran obstáculo, tanto desde el punto de vista económico como político, para el progreso de Alemania. De ahí que la unificación nacional y estatal sea una de las grandes reivindicaciones de la revolución del 48.

[9] Engels, «La constitución prusiana», *The Northern Star*, 6.3.47, en *Sochinenia* (Obras) de Marx y Engels, 2.ª edición, Moscú, t. 4, pp. 30-38. En adelante citaremos por esta edición rusa cuando no exista traducción española o francesa.

Después de la revolución, en sus artículos de 1851-1852 para el *New York Daily Tribune*, editados años después bajo el título *Revolución y contrarrevolución en Alemania*, Engels hace un análisis más detallado de la estructura de clases de la sociedad alemana en vísperas de la revolución y de la lucha de clases que desemboca en la revolución. No hay modificación sensible en relación con los artículos de 1847, salvo en valorar más la importancia de la pequeña burguesía y del campesinado y en subrayar la inmadurez de la clase obrera. La práctica de la revolución había puesto de manifiesto lo uno y lo otro. Ver *Révolution et contre-révolution en Allemagne*, en *La révolution démocratique bourgeoise en Allemagne*, Editions Sociales, París, 1951, pp. 203-211.

[10] Engels, «El problema constitucional en Alemania», en *Sochinenia,* t. 4, pp. 42-60. Escrito en marzo-abril de 1847, este texto no ha sido publicado hasta 1929, por el entonces llamado Instituto Marx-Engels-Lenin-Stalin, de Moscú.

[11] Droz, ob. cit., p. 116.

[12] El foco principal de esta corriente política estaba en el Gran Ducado de Baden, pero existía, bajo formas diversas, en todos los estados alemanes. El 12 de septiembre de 1847 se reunieron en Offenburg representantes de esta tendencia, procedentes en su mayoría de los estados del sur, y adoptaron una declaración exigiendo: abolición de todas las medidas represivas, libertad de prensa, supresión de la censura, libertad de conciencia, adjunción a la asamblea confederal (Dieta Unida) de representantes electos del pueblo alemán, ejército confederal constituido sobre bases populares, acceso de todos a la instrucción, incluida la instrucción superior, impuesto progresivo sobre la renta, medidas para atenuar los conflictos entre el capital y el trabajo, abolición de toda clase de privilegios. Este partido reflejaba una tendencia general socializante —se declaraba a favor de la «república democrática y social»—, pero no reconocía la lucha de clases. Expresaba, dice Droz, las preocupaciones de la pequeña burguesía artesanal (Droz, p. 120). En los meses siguientes será un elemento constitutivo fundamental del llamado partido demócrata.

Un mes después (10 de octubre de 1847) se reunían en Happenheim, Gran Ducado de Hess, los representantes del liberalismo moderado. Reclaman la convocatoria de un parlamento único, elegido por todos los estados miembros del Zollverein, lo cual significaba pronunciarse por una unidad alemana restringida (sin Austria) bajo la dirección de Prusia.

[13] Engels, «El movimiento del año 1847», Deutsche Brüsseler Zeitung, 23.1.48, en *Sochinenia,* t. 4, p. 462.

[14] En julio de 1830 una insurrección del pueblo de París derriba a los Borbones, que habían sido restaurados en 1815, y reclama la república, pero los políticos de la burguesía saben maniobrar hábilmente e imponen un rey de la rama orleanista, Luis Felipe. La monarquía «parlamentaria» de Luis Felipe encubría el monopolio del poder por los altos financieros y especuladores.

[15] En los dos decenios que preceden a la revolución de 1848 la clase obrera francesa había aumentado considerablemente, al compás del desarrollo industrial del país, aunque constituía todavía una minoría reducida. Los centros principales de concentración eran París, Lyon, Marsella, Rouen y Burdeos. De la población de París en 1846, un millón de habitantes, casi la tercera parte eran obreros y pequeños artesanos. Los dos decenios citados están jalonados de numerosas luchas obreras, entre las que destaca la insurrección de los obreros textiles de Lyon en 1834, las huelgas contra la disminución del salario y por la reducción de la jornada de trabajo en 1836-1838, la sublevación blanquista de 1839, la huelga de París de 1840, en la que participan cerca de 60.000 trabajadores y dura varios meses, las huelgas de los mineros del carbón de la cuenca del Loire en 1846 y 1847.

Las dos terceras partes de la población eran campesinas.

[16] Engels, «El ocaso de Guizot y la proximidad de su caída. Posición de la burguesía francesa», *The Northern Star,* 3.7.47, en *Sochinenia,* t. 4, pp. 192-193.

[17] Engels, «Una mayoría satisfecha», *The Northern Star,* 8.1.48, en *Sochinenia,* t. 4, pp. 391-392.

[18] Engels, «Movimiento por la reforma en Francia», *The Northern Star,* 20.11.47, en *Sochinenia,* t. 4, p. 364.

El análisis que hace Marx al comienzo de *Las luchas de clases en Francia* de las clases y los conflictos que conducen a la revolución de febrero debe mucho a estos artículos de Engels de 1847 y no introduce ninguna modificación fundamental respecto a los mismos. Ver *OE,* t. I, pp. 126-130.

[19] Los diversos estados italianos no tenían entre sí ni siquiera el frágil vínculo que era la Confederación germánica para los estados alemanes. La península se la repartían de norte a sur: el reino de Piamonte-Cerdeña, los Ducados de Parma y Módena, el Gran Ducado de Toscana, los Estados pontificios, el reino de Nápoles, y al nordeste el reino Lombardo-veneciano, ocupado por Austria. No había una potencia italiana análoga a Prusia o Austria. En el movimiento patriótico por la unidad italiana y por la liberación del yugo austriaco había dos tendencias. Una, revolucionaria y republicana, encabezada por Giuseppe Mazzini, que en 1832 había fundado la Joven Italia. Otra, moderada y monárquica, fundada en 1847, con el nombre de *Risorgimento.* En 1847 la agitación contra los regímenes absolutistas y la dominación de los austriacos alcanza un nivel desconocido desde 1831. Pío IX esboza en Roma algunas medidas liberales para frenar el proceso. Otros soberanos (Leopoldo II en Toscana, Carlos Alberto en Piamonte) siguen tímidamente el ejemplo. Metternich envía tropas a Ferrara, en el Estado pontificio, pero bajo la presión de Inglaterra y Francia las retira al cabo de cuatro meses, no consiguiendo más que intensificar la agitación en toda la península. Del 2 al 4 de enero Milán es teatro del «motín de los cigarros». Con motivo del aumento del precio del tabaco, el pueblo declara el boicot y ataca a los militares austriacos que fuman en público para provocar. El 11 de febrero el mariscal austriaco Radetzky declara el estado de sitio en Lombardía. Entre tanto, la insurrección estalla en Palermo (12 de enero) contra el rey de Nápoles, obligándole a promulgar una constitución.

La situación favorable creada en Europa por la revolución francesa de 1830 fue aprovechada por el movimiento de liberación nacional de Polonia, dirigido en ese período por la alta

nobleza, para sublevarse en noviembre del mismo año contra el triple yugo de Rusia, Prusia y Austria. La insurrección fue aplastada por el ejército zarista en febrero de 1831. Entre las causas de la derrota figuraba el antagonismo entre la alta nobleza y las masas populares. De esta experiencia nace un movimiento más radical, encabezado por la pequeña nobleza y elementos burgueses, que adopta un programa democrático y, en particular, un programa agrario favorable a los campesinos. Este movimiento organiza una nueva insurrección en febrero de 1846. La policía prusiana logra desbaratar en gran parte la insurrección deteniendo a sus principales organizadores, pero estalla en varios lugares, principalmente en Cracovia, donde los revolucionarios se hacen dueños de la situación y forman un gobierno nacional que lanza un manifiesto aboliendo las cargas y vinculaciones feudales. Las tropas austriacas aplastan el movimiento a comienzos de marzo. Al mismo tiempo que lanzan fuerzas militares contra los insurrectos, las autoridades austriacas se sirven de los campesinos ucranianos de Galitzia, atizándolos contra la nobleza polaca.

[20] Reunidas en Viena de septiembre de 1814 a junio de 1815 las potencias vencedoras de Napoleón, organizan un orden europeo cuyo principal objetivo es prevenir nuevos movimientos revolucionarios. Con este objetivo esencial se combinan y se oponen los diferentes intereses de Estado. Finalmente, las nuevas relaciones europeas se articulan sobre dos sistemas: la *Santa Alianza,* bajo la hegemonía rusa, que agrupa Rusia, Prusia y Austria; la *Cuádruple Alianza,* que agrupa a las mismas tres potencias más Inglaterra. Inglaterra se convierte, de hecho, en la potencia hegemónica de Europa.

[21] *Krasni Arjiv,* Moscú, 1938, nn. 4-5 (tt. 89-90), p. 163.

[22] Engels, art. cit., n. 9, *Sochinenia,* t. 4, p. 38.

[23] *Sochinenia,* t. 4, pp. 372-373.

Marx y Engels siguen atentamente los problemas ingleses. Engels los estudia sobre el terreno durante casi dos años (noviembre 1842-agosto 1844). De ahí salen el *Esbozo de una crítica de la economía política* y *La situación de la clase obrera en Inglaterra,* aparte de otros ensayos más breves sobre temas diversos.

[24] Del saludo a O'Connor, con motivo de su éxito electoral, de los «demócratas-comunistas alemanes de Bruselas», firmado Engels, Gigot, Marx, con fecha 17 de julio de 1846. En *Sochinenia,* t. 4, pp. 24-25.

[25] Datos citados por N. A. Erofieev, en *Vsemirnaia Istoria* (Historia universal), Moscú, 1959, t. VI, p. 202. En *La situación de la clase obrera en Inglaterra* Engels indica que en ciudades industriales como Birmingham y otras la clase obrera llega a constituir las tres cuartas partes de la población (*Sochinenia,* t. 2, página 257).

[26] Engels, «Fergius O'Connor y el pueblo irlandés», *Deutsche Brüsseler Zeitung,* 9.1.48, en *Sochinenia,* t. 4, pp. 401-403.

[27] Engels, artículo citado en n. 13. *Sochinenia,* t. 4, pp. 469-470. El subrayado es mío.

[28] Engels, *Principios del comunismo,* versión española de Ed. Progreso, Moscú, 1972, p. 80. En adelante designaremos esta obra por *Principios* refiriéndonos a esta edición.

[29] Todas las citas que hacemos del *Manifiesto* están tomadas de la versión española publicada en el t. I de las *Obras Escogidas* de Marx y Engels, ed. cit. en la nota 1. No indicaremos lugar de cada cita, teniendo en cuenta que el lector puede encontrarlas fácilmente en el texto indicado o en cualquier otra edición del *Manifiesto.* Siempre que no se indique lo contrario, soy yo quien subraya. [Editorial Ayuso (Madrid, 1975) ha publicado *El Manifiesto Comunista* con notas de Riazanof y traducción e introducción de W. Roces.]

[30] En otros textos fundamentales de ese período se explicita claramente esa interconexión. En la *Ideología alemana,* por ejemplo: «... todos los conflictos de la historia han tenido su *origen,* según nuestra concepción, entre las fuerzas productivas y la forma del intercambio...»; «esta contradicción entre las fuerzas productivas y la forma del intercambio (...) tenía que traducirse necesariamente, cada vez que ocurría, en una revolución, pero adoptando al mismo tiempo diversas formas. Desde un punto de vista limitado, cabe destacar una de esas formas accesorias y considerarla como la base de esas revoluciones...»; «adoptaba diversas formas *accesorias,* como totalidad de conflictos, conflictos entre diferentes clases, contradicciones de la conciencia, lucha ideológica, lucha política, etc.». (Ed. Pueblos Unidos, Uruguay, 1958, p. 82. Véase también pp. 77-78. El subrayado es mío.) Por otra parte, en la misma *Ideología alemana* se señala el papel motor que en el desarrollo histórico desempeña la división del trabajo. Posteriormente, en una carta de K. Schmit del 27.10.1890 Engels dice, refiriéndose a la concepción materialista de la historia: «como mejor se comprende la cosa es desde el punto de vista de la división del trabajo», en *OE,* t. II, página 497.

Toda consideración de uno de estos tres conceptos (división del trabajo, relación FP-RP, lucha de clases) que pierda de vista la naturaleza específica de su interconexión (el ser tres maneras *esenciales* de manifestarse la estructura social) puede conducir a interpretaciones objetivistas (en el caso de los dos primeros) o voluntaristas (en el caso del tercero).

Si la dialéctica FP-RP determina la lucha de clases, ésta determina la primera. En *Miseria de la filosofía* Marx ilustra con un ejemplo elocuente cómo la lucha del proletariado es un factor esencial del desarrollo de las fuerzas productivas. «En Inglaterra, dice, las huelgas han servido constantemente de motivo para inventar y aplicar nuevas máquinas. Las máquinas eran,

por así decirlo, el arma que empleaban los capitalistas para sofocar la rebeldía de los obreros calificados. La invención más grande de la industria moderna —el *self-acting mule*— puso fuera de combate a los hilanderos sublevados. Aun cuando las coaliciones y las huelgas tuviesen como único resultado que el pensamiento innovador en el terreno de la mecánica dirigiera contra ellas sus esfuerzos, aun en ese caso, las coaliciones y las huelgas ejercerían una influencia inmensa sobre el desarrollo de la industria.» Y al final de esta obra Marx formula esta tesis capital: «De todos los instrumentos de producción la fuerza productiva más grande es la propia clase revolucionaria». (Versión española de Ed. en Lenguas Extranjeras, Moscú, pp. 165, 171-172.)

[31] Marx utiliza esa fórmula en su carta conjunta con Engels a Babel, Liebknecht y Bracke, del 17-18 de septiembre de 1879, *Sochinenia*, t. 34, p. 322. Otros «motores» básicos del desarrollo histórico son, como ya hemos visto, la relación FP-RP y la división social del trabajo. De esta última dice la *Ideología alemana* que es «una de las potencias fundamentales de la historia».

[32] Nos referimos a los siguientes:

— «La burguesía moderna es por sí misma fruto de un largo proceso de desarrollo, de una serie de *revoluciones en el modo de producción y de cambio*.»

— «Cada etapa de la evolución recorrida por la burguesía ha ido acompañada del correspondiente éxito político», culminando, «después del establecimiento de la gran industria y del mercado universal», en la conquista de «la hegemonía exclusiva del poder político en el Estado representativo moderno».

— La burguesía «no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción, y con ello todas las relaciones sociales».

— Bajo el reino de la burguesía «las creencias e ideas veneradas durante siglos quedan rotas; las nuevas se hacen anacrónicas antes de haber podido osificarse (...); todo lo sagrado es profanado, y los hombres, al fin, se ven forzados a *considerar fríamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas*».

— Tanto en el dominio de la producción material como de la intelectual, la burguesía elimina el anterior aislamiento regional y nacional, estableciendo, «mediante la explotación del mercado mundial», «un intercambio universal y una interdependencia universal de las naciones».

— La universalización que crea la burguesía implica «la subordinación de los países bárbaros o semibárbaros a los países civilizados, de los pueblos campesinos a los pueblos burgueses, del Oriente al Occidente». «Obliga a todas las naciones, si no quieren sucumbir, a adoptar el modo burgués de producción, las constriñe a introducir la llamada civilización, es decir, a hacerse burguesas.»

— «La burguesía ha sometido el campo a la ciudad. Ha creado urbes inmensas; ha aumentado enormemente la población de las ciudades en comparación con las del campo.»

— La burguesía: «Ha aglomerado la población, centralizado los medios de producción y concentrado la propiedad en manos de unos pocos. La consecuencia obligada de ello ha sido la centralización política (...): *un* solo gobierno; *una* sola ley; *un* solo interés nacional de clase, y *una* sola línea aduanera» (subrayado por Marx).

Marx finaliza su caracterización del mundo creado por la burguesía con el siguiente pasaje, que transparenta el entusiasmo admirativo del autor, común a todos los revolucionarios y progresistas coetáneos, por la potencia creadora de la época: «La burguesía, con su dominación de clase, que cuenta apenas un siglo de existencia, ha creado fuerzas productivas más abundantes y más grandiosas que todas las generaciones pasadas juntas. El sometimiento de las fuerzas de la naturaleza, el empleo de las máquinas, la aplicación de la química a la industria y a la agricultura, la navegación a vapor, el ferrocarril, el telégrafo eléctrico, la adaptación para el cultivo de continentes enteros, la apertura de los ríos a la navegación, poblaciones enteras surgiendo como por encanto, como si salieran de la tierra, ¿cuál de los siglos pasados pudo sospechar siquiera que semejantes fuerzas productivas dormitasen en el seno del trabajo social?».

[33] El concepto de «revolución en sentido estricto» —o estrecho— ha sido introducido por Lenin para diferenciar el momento decisivo del proceso revolucionario —derrocamiento del poder político de la vieja clase e instauración del poder político de la nueva— de la totalidad de dicho proceso o «revolución en sentido amplio», que equivale a la revolución social con el contenido que tiene en Marx (nota 2). Véase a este propósito mi libro *La crisis del movimiento comunista*, Ed. Ruedo Ibérico, 1970, pp. 25-26.

[34] *Ideología alemana*, ed. cit., p. 65. Véase también p. 212, donde se califica la revolución de 1789 como «la revolución más gigantesca de la historia, gracias a la cual la burguesía francesa se elevó al poder...». Cierto que en la sección II del *Manifiesto* hay una referencia marginal, señalando que la revolución francesa abolió la propiedad feudal a favor de la propiedad privada, pero esta alusión no cambia el hecho que señalamos.

[35] *Ideología alemana*, ed. cit., p. 482.

[36] El subrayado es de Marx.

[37] Marx no diferencia aún «trabajo» de «fuerza de trabajo». No ha llegado aún al concepto de la plusvalía.

[38] E. B. Bottigelli. Presentación de la edición bilingüe (franco-alemana) del *Manifiesto Comunista*, Ed. Aubier-Montaigne, París, 1971, pp. 63-64.

[39] La cita que damos de la «ley general» se encuentra en el manuscrito de Marx conocido bajo el título de *El salario*, que constituye el material preparatorio de sus conferencias en la Asociación obrera de Bruselas en 1847, publicadas en abril de 1849 en la *Nueva Gaceta Renana*, bajo el título *Trabajo asalariado y capital*. Tomamos la cita de la versión española publicada en la recopilación *Escritos económicos varios* de Marx y Engels, Ed. Grijalbo, 1966, pp. 177-178. En la página 172 se dice: «A lo largo del desarrollo el salario desciende de dos modos: *primero*, en términos relativos, con relación al desarrollo de la riqueza general; *segundo*, en términos absolutos, al disminuir la cantidad de mercancías que el obrero obtiene a cambio de su salario». Ver sobre esta cuestión Ernest Mandel, *La formation de la pensée économique de Karl Marx*, Maspero, 1967, página 58. [Versión española, *La formación del pensamiento económico de Marx*, Siglo XXI Editores, 6.ª ed., Madrid, 1974.]

[40] *Principios*, ed. cit., p. 79.

[41] Idem, pp. 72-73.

[42] *Principios*, ed. cit., p. 82.

[43] *Ideología alemana*, ed. cit., p. 36.

[44] Marx y Engels no utilizan, en general, los términos de estrategia y táctica, que aún no habían pasado del lenguaje militar al político. Algunas veces aparece el de táctica. Ver, por ejemplo, nota 55 y *Revolución y contrarrevolución en Alemania*, páginas 292-293 (Ed. francesa de Editions Sociales, París, 1951).

[45] La Carta incluye seis puntos: sufragio universal, parlamentos anuales, voto secreto, indemnización a los miembros del parlamento, supresión de la obligación de ser propietario para ser miembro del parlamento, circunscripciones electorales iguales. El movimiento por la Carta o cartismo es la forma política más elevada a que llega el movimiento obrero inglés en la primera mitad del siglo XIX. La descripción que hace Marx en el *Manifiesto* de las diferentes fases y formas del proceso que lleva a la constitución del proletariado en clase para sí, en partido político, no es otra cosa que la generalización teórica del movimiento real del proletariado inglés en ese medio siglo. Este movimiento se desenvuelve en tres direcciones principales: 1) lucha de los *tradeunions* —coaliciones, en el lenguaje de Marx— en defensa de los obreros en la producción (por la elevación del salario, la reducción de la jornada de trabajo, contra las multas y el régimen cuartelario en las fábricas, por el derecho a la existencia legal de las coaliciones); 2) radicalismo político, que al principio nace en las clases medias, desde las primeras fases de la revolución industrial, pero al prender en los obreros adquiere un nuevo carácter (sobre todo después de la reforma de 1832, que da entrada en el parlamento a la burguesía industrial, mientras la clase obrera sigue excluida, lo cual facilita la toma de conciencia por ésta de sus intereses como clase, y 3) difusión en el seno del proletariado de las ideas del socialismo utópico. El cartismo representa, en cierta forma, la síntesis de estas tres direcciones y su concretización política en la plataforma indicada y en la organización llamada Asociación Nacional Cartista, creada en 1840, llegando a contar en su apogeo con unos 40.000 miembros. El cartismo no se define en ningún momento como socialista, aunque las ideas socialistas tuvieran amplia difusión en sus filas, y el ala izquierda, con la que se relacionaban Marx y Engels, estuviera influida por el comunismo.

Sobre el cartismo puede consultarse útilmente *The britisch labour movement 1890-1920 a history*, de G. Tate y A. L. Morton. Traducción española de Simón Sánchez Montero en Ed. Fundamentos, Madrid, 1971. Para una historia más detallada: E. Dollens, *Le Chartisme (1831-1848)*, Marcel Riviere, 1949.

Por partidarios de la reforma agraria en América del Norte el *Manifiesto* designa la Asociación Nacional por la Reforma, organización obrera (aunque también incluía artesanos) creada en 1845, cuya reivindicación central era la atribución gratuita a cada trabajador de una parcela de tierra. Luchaba también contra el sistema esclavista en las plantaciones del sur, por la emancipación de los negros, la jornada de diez horas, la abolición del ejército permanente y otras reivindicaciones democráticas.

En la circular contra Kriege del Comité de correspondencia de Bruselas (ver epígrafe 5) se critica como utópico ese programa agrario, tachándolo de sueño «tan irrealizable y tan poco comunista como el de transformar a todos los individuos en emperadores, reyes o papas». En el mismo documento se justifica el apoyo táctico de Marx y su grupo a este movimiento. «Reconocemos plenamente —se dice allí— el movimiento de los nacional-reformistas americanos, su justificación histórica. Sabemos que este movimiento aspira a un resultado que, indudablemente, impulsará en el momento actual la industrialización de la sociedad burguesa moderna, pero que al ser fruto del movimiento proletario deberá inevitablemente —por cuanto es un atentado a la propiedad agraria en general, y más aún en las condiciones americanas— ir más lejos, hacia el comunismo, gracias a sus propias consecuencias.» (*Sochinenia*, t. 4, p. 29, 6-7.)

En el cartismo era muy importante también la corriente —encabezada por O'Connor— que propugnaba la creación de colonias agrícolas para liberar a los obreros de la fábrica.

[46] Engels, «El gobierno y la oposición en Francia», *Sochinenia*, t. 4, p. 29.

[47] Citado por Charles Andler en *Le Manifeste Communiste*, Les editions Rieder, París, 1901, p. 202.

[48] Ver nota 19, la parte referente a Polonia.

[49] Véase *La vie de Marx*, de Nikolaevski B. y Maenchen-Helfen, O., Gallimard, 1937, pp. 127-128.

[50] La idea de unificar las organizaciones democráticas de toda Europa, de oponer a la «santa alianza de los reyes» la «santa alianza de los pueblos», se intentó realizar varias veces en los

años treinta y cuarenta. Uno de sus principales paladines era Mazzini, que creó una especie de Internacional antiabsolutista, la Joven Europa, con sus secciones nacionales: Joven Italia, Joven Alemania, Joven Polonia, Joven Francia, etc. Pero la idea no era fácil de realizar. No tanto por las dificultades inherentes a la dominación de los regímenes reaccionarios en la mayor parte de Europa como porque los mismos demócratas no estaban inmunizados, ni mucho menos, contra las rivalidades y prejuicios nacionalistas. Se dejaba sentir negativamente, en particular, la pretensión hegemónica de los demócratas franceses. Engels sale al paso en un artículo de enero de 1848. Ledru-Rollin, principal líder del partido demócrata francés, había planteado en uno de sus discursos: «En el momento actual tiene lugar en Europa un gran movimiento entre los infortunados que sufren hambre y penalidades. Ha llegado la hora de consolarlos, de fortalecerlos y de ligarse a ellos. ¡Convoquemos un congreso de los demócratas de todas las naciones, precisamente ahora, cuando ha fracasado el congreso de los monarcas!». Engels saluda positivamente esta propuesta, pero agrega: «Estamos convencidos de que *ni en un solo país* los demócratas necesitan consuelo, venga de donde venga. Saludan el orgullo revolucionario de los demócratas franceses, pero se reservan el derecho al mismo orgullo e independencia. Cuatro millones de cartistas ingleses (el optimismo de Engels a veces era desbordante) son suficientemente fuertes, sin duda alguna, para resolver sus problemas con sus propias fuerzas. Por mucho que nos alegremos de que la democracia francesa acoja con entusiasmo la idea de un congreso demócrata y la unión de los demócratas de todos los países, nosotros queremos, ante todo, plena reciprocidad e igualdad. Toda unión que no reconozca y tenga por base la igualdad sería ella misma antidemocrática». (*Sochinenia,* t. 4, pp. 394-395.)

[51] Engels, «El movimiento del año 1847», *Sochinenia,* t. 4, página 462. Véase también pp. 6-7 de mi texto. De la *Introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel* hay una buena traducción española de Rodolfo Mondolfo, Ediciones Nuevas, Buenos Aires, 1965.

[52] Este ataque en regla del *Manifiesto* contra el «socialismo verdadero» es la continuación de un «arreglo de cuentas» que se inicia ya en los *Anales franco-prusianos* (cartas a Ruge) y pasando por la *Santa Familia* ocupa gran parte de la *Ideología alemana* (capítulos: «El socialismo verdadero», «Karl Grün», «El Dr. Kuhlman») y la circular contra Kriege del Comité de correspondencia de Bruselas, a la que nos referimos más adelante. En vísperas de la revolución el «socialismo verdadero» representa una corriente ideológica y política (pese a su pretendido apoliticismo) mucho más importante que la corriente comunista en la que se sitúa la Liga de los Comunistas con Marx y Engels. Una carta de Engels a Marx de fecha 9.3.47 ilustra cómo ambos tenían que enfrentarse, incluso dentro del minúsculo grupo que compartía sus ideas, con la influencia del «socialismo verdadero». La carta se refiere a Bernays, amigo de ambos, que se considera comunista pero colabora en el *Berliner Zeitung-Halle,* diario publicado en Berlín desde 1847 bajo la dirección de Gustav Julius, uno de los principales líderes políticos de esa corriente. «Bernays —dice Engels— escribe en el *Berliner Zeitung-Halle* y se regocija como un crío de ver impresas sus expectoraciones sedicentemente comunistas contra los burgueses. La redacción y la censura dejan pasar lo que sólo ataca a los burgueses y tachan las raras alusiones desagradables para ellas mismas. Bernays vitupera contra la institución del jurado, contra la "libertad burguesa de prensa", contra el sistema representativo, etc. Yo le explico que eso significa, literalmente, trabajar *pour le roi de Prusse* * e indirectamente contra nuestro partido (...); le explico que el *Zeitung-Halle* está a sueldo del gobierno (...). He leído no sé cuántos artículos de esos fechados en París: están escritos *on ne peut plus* * en el interés del gobierno y en el estilo del socialismo "verdadero".» (En Marx-Engels, *Correspondance,* Ed. Sociales, París, 1971, t. I, pp. 469-470.) [* En francés en el original.]

[53] Marx, «El comunismo del Rheinischer Beobachter», *Deutsche Brüsseler Zeitung,* 12.9.1847, en *Sochinenia,* t. 4, pp. 194-197, 201. Pero todo depende de las condiciones concretas. Respondiendo a la sugestión de Köttgen, miembro de la Liga, de dirigir una petición a las autoridades invitándolas a emprender reformas, Marx escribe: «En relación con la Dieta Unida, el rey prusiano, la asamblea local estamental, etc., os hacéis, verdaderamente, grandes ilusiones. La petición podría tener eficacia si en Alemania existiera ya un partido comunista fuerte y organizado, que en realidad no hay. La petición sólo es conveniente cuando al mismo tiempo es una amenaza y tras ella hay una masa compacta y organizada». (*Soius Kommunistov,* pp. 84-85.)

[54] Marx-Engels, *Correspondance,* ed. cit., t. I, p. 267.

[55] Engels, «Los comunistas y Karl Heinzen», *Deutsche Brüsseler Zeitung,* 3 y 7 de octubre de 1847, en *Sochinenia,* t. 4, p. 271. En este mismo artículo Engels expone —oponiéndolo al método de Heinzen— su concepción de la manera de elaborar una política apropiada a la realidad: «En lugar de estudiar la situación de Alemania, de hacerse una idea general sobre ella y, a partir de ahí, ver qué pasos progresivos, qué género de desarrollo y qué medidas son necesarias y posibles; en lugar de orientarse en las complejas interrelaciones de las diversas clases de Alemania, y entre ellas y el gobierno, para extraer las bases de la política a seguir; en lugar, en una palabra, de adaptar su táctica al curso del desarrollo de Alemania, el señor Heinzen exige con toda desfachatez que el desarrollo de Alemania se adapte a él».

[56] Idem, p. 270. Heinzen no era un caso aislado. Todo el

«partido demócrata» tenía como bandera la «república democrática y social» (ver nota 12).

[57] Idem, p. 276.

[58] Engels, «Fiesta de las naciones en Londres (con motivo del aniversario de la proclamación de la república francesa el 22 de septiembre de 1792», *Rheinischer Jahrbücher,* 1846, en *Sochinenia,* t. 2, p. 589, 588.

[59] Engels, *Principios,* ed. cit., p. 80.

[59a] Nos referimos concretamente al período 1845-1847. En el período anterior la cuestión del Estado desempeña un gran papel en la evolución teórica de Marx. Su revisión crítica de Hegel comienza, justamente, por la crítica de la filosofía hegeliana del derecho y del Estado, para llegar a la conclusión fundamental que formula en la *Ideología alemana* de que «las relaciones reales, lejos de ser creadas por el poder del Estado, son, por el contrario, el poder creador del Estado» (Ed. cit., p. 366).

[60] Engels, *Prnicipios,* p. 80.

[61] Idem. Engels propone en su proyecto un catálogo de medidas análogo al del *Manifiesto,* pero algo más explícito y concreto en cuanto a su carácter de restricción gradual de la propiedad privada. Figura además el concepto de «organización del trabajo», que Marx criticará en *Las luchas de clases* como expresión ilusoria de las aspiraciones profundas del proletariado. En torno a esta idea, muy difundida entonces, giraban obras como *L'Organisation du travail,* de Louis Blanc; *Traité des améliorations materiels,* de Pecqueur, y *Traité de la répartition des richesses,* de Vidal.

[62] Engels, «Los comunistas y Karl Heinzen», *Sochinenia,* t. 4, páginas 272-274.

[63] Marx, *Miseria de la filosofía,* ed. cit., p. 172. La misma idea encontramos en la *Ideología alemana:* «Los diversos individuos no constituyen una clase más que en la medida que tienen que sostener una lucha común contra otra clase». (Ed. cit., p. 58.)

[64] A renglón seguido del párrafo que acabamos de citar de *Miseria de la filosofía,* Marx escribe: «En la historia de la burguesía debemos diferenciar dos fases: en la primera se constituye como clase bajo el régimen del feudalismo y de la monarquía absoluta; en la segunda, la burguesía, constituida ya como clase, derroca el feudalismo y la monarquía para transformar la vieja sociedad en una sociedad burguesa (...). También la burguesía comenzó su lucha con coaliciones parciales contra los señores feudales». (Idem, p. 172.) El paralelismo con el proceso de constitución del proletariado en clase y de su acción como tal clase para derrocar el capitalismo es evidente. Y es un paralelismo equívoco porque induce a perder de vista las diferencias esenciales que hemos subrayado en el capítulo precedente.

[65] Marx, *Miseria de la filosofía,* ed. cit., p. 172. En otro pasaje de esta obra Marx muestra como elemento importante de la transformación de la lucha económica en política el hecho de

que llega un momento en que «la defensa por los obreros de sus asociaciones frente al capital, siempre unido, acaba siendo para ellos más necesario que la defensa del salario». (Idem, página 170.)

[66] Marx-Engels, *Ideología alemana,* ed. cit., p. 77. «La existencia de ideas revolucionarias en una época determinada supone ya la existencia de una clase revolucionaria.» (Idem, p. 50.) «El proletariado, a quien la necesidad de trabajar catorce horas diarias equipara a una bestia de carga, a quien la concurrencia degrada al nivel de una cosa, de un artículo comercial, que se ve desplazado de su posición de fuerza productiva, la única que se le tolera, por otras fuerzas productivas más eficaces; este proletariado recibe ya, con ello y por ello, la misión real de revolucionar sus condiciones de vida.» (Idem, p. 319.)

[67] En *Miseria de la filosofía* Marx aduce ejemplos para mostrar cómo los obreros han seguido el camino dictado por su propia experiencia, desoyendo las prédicas de economistas y teóricos socialistas que les aconsejaban —con la mejor intención del mundo, creyendo defender los intereses de la «clase sufriente»— no formar coaliciones, no ocuparse de política y esperar a la realización de unos u otros proyectos de reforma social. «Pese a unos y a otros, pese a los manuales y las utopías, las coaliciones no han cesado un instante de progresar y crecer con el desarrollo y el incremento de la industria moderna.» (Idem, p. 169.)

[68] Marx-Engels, *Ideología alemana,* ed. cit., p. 78.

[69] Marx, «Carta a Freiligrath», del 29.2.1860, en *Sochinenia,* tomo 30, pp. 400, 406. Los subrayados son nuestros.

[70] La creación de *Fraternal Democrats* se inicia en septiembre de 1845 en Londres, por iniciativa de los líderes del ala izquierda del cartismo y de emigrados políticos de una serie de países europeos, entre ellos los dirigentes de la Liga de los Justos. La organización se constituye formalmente en marzo de 1846, pero hasta finales de 1847 (13 de diciembre) no se dan unos estatutos y no elige un secretariado compuesto de representantes de las organizaciones de diversos países. Según Michael Lowy, que ha estudiado más de cerca el tema, estas dilaciones se explican por el problema que planteaba la situación de *Fraternal Democrats vis à vis* del partido cartista y que se resuelve consagrando la situación de «partido dentro del partido». Ver Michael Lowy, *La théorie de la révolution chez le jeune Marx,* Maspero, 1970, pp. 146-148 y 163. [Versión española, *La teoría de la revolución en el joven Marx,* Siglo XXI Editores, 3.ª ed., Madrid, 1973.]

Aunque de tendencias comunistas, tanto en *Fraternal Democrats* como en la Liga de los Justos son fuertes aún, antes de la revolución de 1848, las tendencias pacifistas y democrático-burguesas. Con fecha 23 de octubre de 1846, Engels le escribe a Marx desde París: «He enviado estos días a Harney un ata-

que moderado contra el rechazo de la violencia por *Fraternal Democrats*». (*Correspondance,* ed. cit., t. I, p. 438.)

[71] Hasta hoy día se conocen pocos documentos de Marx o Engels definiendo claramente su concepción de estos organismos. En *Herr Vogt,* escrito catorce años después, Marx les dedica unas líneas, limitándose a decir que editaban panfletos impresos o litografiados (*Sochinenia,* t. 14, p. 451). Engels les dedica otras cuatro líneas en su *Contribución a la historia de la Liga* (1885) diciendo que enviaban circulares a sus amigos y corresponsales del mundo entero «en ocasiones especiales, cuando se planteaban problemas internos del partido comunista en gestación» (*OE,* tomo II, p. 346). La carta a Proudhon (5.5.1846) define la razón de ser y los objetivos de los comités de correspondencia, sin referencia explícita a la creación del partido. Se habla únicamente de información y discusión recíprocas. (*Correspondance,* ed. cit., t. I, pp. 381-382.) Pero posiblemente las características del interlocutor explican esa circunspección. En dos documentos importantes se pone explícitamente en relación la labor de los Comités con la formación del partido comunista alemán: la circular contra Kriege (ver más adelante pp. 57-58 del texto y nota 80) y la carta del 15.6.1846 firmada por Marx, Engels, Gigot y Wolff, dirigida a G. A. Köttgen, comunista alemán de Elberfeld (Renania), en la que respondiendo a diversas cuestiones planteadas por éste, se dice: «Estamos plenamente de acuerdo con vuestra opinión de que los comunistas alemanes deben poner fin a la dispersión existente hasta ahora entre ellos y establecer relaciones permanentes»; de acuerdo (resumo F. C.) con crear organizaciones culturales, editar y difundir folletos populares, etc.; de acuerdo en fijar cotizaciones para los gastos de propaganda, pero «en contra de vuestra proposición de mantener, con estas cotizaciones, a los escritores». Se pronuncia en contra también de la celebración próxima de un congreso comunista, propuesta, al parecer, por Köttgen: «La convocatoria de un congreso comunista la consideramos prematura. Sólo después de que en toda Alemania se hayan formado asociaciones comunistas y reunido los medios para la lucha se podrá convocar con esperanza de éxito a los delegados de esas asociaciones a un congreso. No será posible, por tanto, antes del año próximo». (*Soius Kommunistov,* pp. 83-84.)

Por otra parte, de las respuestas de algunos corresponsales de Alemania al Comité de Bruselas, así como de cartas del Comité de correspondencia de Londres, se deduce que los interlocutores de Marx y Engels veían la actividad emprendida como encaminada a la organización del partido comunista. La carta a Köttgen es el documento más ilustrativo, a nuestro conocimiento, de cómo Marx y Engels veían el proceso que podía conducir a la creación del partido comunista alemán.

[72] A juzgar por la documentación conocida, hay dos factores que frenan la constitución en Alemania misma de los comités de correspondencia: 1) el temor a la represión policíaca. Un corresponsal de Silesia le escribe a Wolff: «convendrás conmigo en que las agrupaciones secretas conducen precisamente a que las personas inteligentes, integrantes de su núcleo, caen en manos de los enemigos contra los cuales creen que están luchando secretamente; al mismo tiempo, según muestra la experiencia, la actividad fuera de toda asociación es mucho más segura. Las conspiraciones condujeron siempre al fracaso y la reactivación de la correspondencia hace la caída inevitable...» (*Soius Kommunistov,* p. 99); 2) la idea de que no es necesaria la creación de un partido comunista si el objetivo inmediato es conquistar un régimen constitucional: «¿Así que queréis crear en Alemania un partido comunista? Y una vez que esté creado, ¿qué? —escribe el corresponsal en Kiel, Georg Weber—. En mi opinión los ingleses proceden más acertadamente fijándose un objetivo limitado, determinado, y uniéndose en torno a él. Objetivo que debe ser alcanzado a *corto plazo.* Para Alemania tal objetivo es la *constitución,* bajo la cual es posible obtener libertad de prensa y libertad de asociación. Con ayuda de estos medios se puede, a su vez, liquidar esa constitución y crear algo mejor (...). En una palabra, creo que no hay que saltar las etapas (...). No me parece oportuno crear en Alemania una organización de artesanos (se refiere a los comités de correspondencia) que tarde o temprano será descubierta por el gobierno (...). Las cosas avanzan de todas maneras y no hay razón para que los artesanos arriesguen su pellejo». (*Soius Kommunistov,* pp. 91-92.)

[73] En *La Sagrada Familia* Marx saluda en Proudhon el autor del «primer análisis resuelto, implacable y, al mismo tiempo, científico de la propiedad privada, base de la economía política» (Ed. Grijalbo, 1958, p. 96). La carta de Marx a Proudhon desde Bruselas, con fecha 5.5.1846, se encuentra en *Correspondance,* ed. cit., t. I, p. 382. La respuesta de Proudhon está reproducida integralmente en el *Proudhon* de E. Dolléans, Gallimard, 1948, pp. 96-99. Refiriéndose al pasaje de la carta de Marx donde éste subraya la importancia de la información mutua «en el momento de la acción», Proudhon objeta: «¿Tal vez conserva usted aún la opinión de que una reforma es actualmente imposible sin un golpe de mano, sin eso que en otros tiempos se llamaba revolución y que en realidad sólo es una sacudida? Esta opinión, que conozco, que excuso y que discutiría de buena gana, puesto que yo mismo la he compartido durante mucho tiempo, le confieso que mis últimos estudios me han hecho reconsiderarla completamente. Creo que no tenemos necesidad de eso para conseguir lo que nos proponemos, y que, por consiguiente, no debemos, en modo alguno, plantear la acción *revolucionaria* como medio de reforma social, porque ese pretendido medio sería simplemente un llamamiento a la fuerza, a la arbitrariedad; en una palabra, sería una contradicción».

[74] Marx, «Glosas marginales críticas al artículo "El rey de

Prusia y la reforma social"», *Vorwärts!*, 7 y 10 de agosto de 1844, en *Sochinenia*, t. 1, p. 444. La Liga de los Justos había adoptado en 1838 como declaración de principios —«profesión de fe», se decía entonces— el primer trabajo de Weitling, escrito expresamente con ese fin, *La humanidad tal como es y tal como debe ser*. En este texto se declara: «La comunidad de bienes es el medio de salvar la humanidad; transformará la tierra, por así decir, en un paraíso». Citado por Bert Andreas en su presentación de los documentos constituyentes de la Liga de los comunistas, Ed. Aubier, 1972, p. 12.

Ese proletariado alemán de que habla Marx se componía, en su gran mayoría, de artesanos u obreros-artesanos, herederos, en efecto, de una tradición de autodidactismo de la que Weitling era un brillante ejemplo.

[75] W. Weitling, *Garantías de la armonía y la libertad*, versión rusa de 1962, pp. 387, 388, 408.

La proposición de creación del ejército indicado está en cartas escritas por Weitling desde Suiza a la dirección de la Liga de los Justos. Las cartas no se han conservado, pero su contenido se deduce de las respuestas, en particular las de Ewerbeck, reproducidas en el libro del marxista alemán E. Kaler sobre Weitling, publicado en 1887, de donde lo toma el historiador soviético Mijailov: M. I. Mijailov, *Istoria Soiusa Kommunistov*, Ed. Nauka, Moscú, 1968, pp. 78-79.

[76] Según Mijailov, ob. cit., p. 126, sin indicar fuente, Weitling fue invitado a Bruselas por Marx. En su *Contribución* a la historia de la Liga, Engels dice que Marx y su mujer «lo acogieron con paciencia casi sobrehumana».

[77] El testigo es P. Annenkov, demócrata ruso, amigo de Marx, que le invitó a participar en la reunión del Comité de correspondencia. Sus recuerdos sobre Marx, donde aparece este episodio, fueron escritos treinta años después. El texto que citamos está incluido en *Soius Kommunistov*, pp. 70-73. Junto con éste, los únicos documentos que se conservan de la reunión son una carta de Weitling a Hess, escrita al día siguiente (31.3.1846) y una nota de Engels sobre esta carta, dirigida a Bebel, con fecha 25 de octubre de 1888. En su *Karl Marx*, Nikolaevski interpreta el punto 6 de la carta de Weitling como que Marx sostenía que la próxima revolución *europea* sería de carácter burgués liberal. Marx no podía referirse de esa manera más que a la revolución alemana, como se desprende de todos los textos suyos de ese período.

[78] Ver Lenin, *Sochinenia*, 5.ª edición rusa, t. 13, p. 153; t. 16, página 253; t. 23, pp. 1-2. *Mijailov*, ob. cit., pp. 133, 137.

[79] *Correspondance*, ed. cit., t. I, pp. 458-459.

[80] Marx-Engels, *Sochinenia*, t. 4, pp. 1-16. La resolución, fechada en Bruselas el 11.5.1846 y firmada por Engels, Gigot, Heilberg, Marx, Seiler, von Westphalen, Wolff, declara: «1) La tendencia por la que aboga Hermann Kriege no es comunista. 2) El modo infantilmente grandilocuente con el que Kriege defiende esta tendencia compromete en alto grado al partido comunista, tanto en Europa como en América, dado que Kriege es considerado como el representante intelectual del comunismo alemán en New York. 3) Las delirantes quimeras sentimentales que Kriege predica en New York bajo la etiqueta de "comunismo" pueden tener considerable influencia desmoralizadora entre los obreros si son aceptadas como buenas. 4) La presente resolución, junto con su fundamentación, será comunicada a los comunistas de Alemania, Francia e Inglaterra. 5) Un ejemplar se envía a la redacción del *Volks Tribun* exigiéndole publicar esta resolución, junto con su motivación, en los próximos números del semanario». El documento fue publicado no sólo en *Volks Tribun*, sino también en la revista mensual que aparecía en Alemania, *Das Westphälische Dampfboot*, que dirigía en Westfalia el «socialista verdadero», Lüning. Según el Instituto Marx-Engels-Lenin de Moscú, Lüning modificó tendenciosamente el texto y en ese estado salió en la primera edición rusa de las obras de Marx y Engels. En la segunda (de donde lo tomamos) figura el texto aparecido en *Volks Tribun* (véase *Sochinenia*, t. 4, n. 1, página 547).

[81] También en *Das Westphälische Dampfboot*, agosto-septiembre 1847. Este texto constituye el cap. IV del tomo II de la *Ideología alemana*.

[82] En los años treinta, bajo los regímenes absolutistas y policíacos existentes en los estados alemanes, se multiplican las organizaciones patrióticas y liberales de los emigrados alemanes, principalmente en Francia, Inglaterra y Suiza. Una de las más radicales es la Liga de los Proscritos, que dirigida por intelectuales agrupa numerosos artesanos. En 1836 la mayor parte de estos últimos se separa de la Liga de los Proscritos y crea la Liga de los Justos. Este origen imprime a la Liga de los Justos un carácter de clase, pero con un espíritu muy gremial y prejuicios contra los intelectuales que perdurarán durante toda la existencia de la organización y se reflejarán en sus relaciones con Marx y Engels. Según Engels, la Liga de los Justos participó en la insurrección organizada por la *Société des Saisons* en 1939 (*Contribución a la historia de la Liga*), pero investigaciones posteriores lo desmienten (ver Bert Andreas, introducción a *La Ligue des Communistes [Documents constitutifs de la Ligue des communistes, 1847]*, Ed. Aubier Montaigne, París, 1972, p. 15). Lo cual no está en contradicción con que la represión subsiguiente a la intentona blanquista afectase también a la Liga. Algunos de sus miembros, que serán después dirigentes de la Liga de los comunistas, como Schapper, J. Moll y H. Bauer, son expulsados de Francia, marchando a Londres, donde forman la dirección local de la Liga. Weitling se trasladó a Suiza poco después. La Liga queda muy debilitada en París, pasando su dirección al doctor Hermann Ewerbeck, muy influenciado por el comunismo

utópico de Cabet. En la práctica la Liga deja de existir como organización centralizada.

[83] En una carta al Comité de correspondencia de Bruselas, de fecha 6.6.1846, Schapper informa que la Asociación cultural alemana cuenta, aproximadamente, con 250 miembros, de los cuales: 130 alemanes, 40 escandinavos, 20 húngaros y los restantes polacos, rusos, italianos, suizos, franceses, ingleses, etc. Hacen reuniones con la sociedad francesa (blanquista), «en las que se discute sobre el sistema comunista», y con *Fraternal Democrats*. En esta carta se describen las actividades culturales y doctrinales de la Asociación, que abarcan desde la historia, la geografía y la astronomía hasta el estudio de la *Religión del futuro*, de Feuerbach, discusiones sobre la educación de la juventud en la futura sociedad comunista, sobre las relaciones entre patronos y obreros en la sociedad actual, pasando por sesiones de canto, música y declamación, lecturas comentadas de la prensa, etc.

[84] Dicen en una declaración: «Nosotros no podemos por menos de lamentar los desórdenes de Silesia, porque es evidente que las insurrecciones locales son ineficaces y no pueden asegurar a nuestro estamento la consecución de aquellos derechos que le pertenecen y por cuyo logro está dispuesto a morir (...). Nosotros queremos salir del pantano en que desde hace mucho tiempo se encuentra nuestro estamento, pero no por la violencia, sino mediante nuestra propia instrucción y una buena educación de nuestros hijos». (Citado por Mijailov, ob. cit., p. 88.)

[85] De estas discusiones se conservaron actas, muy incompletas, de las que la recopilación *Soius Kommunistov* publica —por primera vez en ruso— una parte tomada del *Archiv für die Geschichte des Socialismus und der Arbeiterbewegung*, 1922. Las citas que hacemos están tomadas de *Soius Kommunistov* o de la obra de Mijailov, que incluye algunos pasajes no insertados en *Soius Kommunistov*.

[86] En las discusiones, Weitling, apoyado por Kriege, defiende, en lo esencial, las ideas expuestas en las *Garantías*. Si las opiniones de Schapper y H. Bauer son aprobadas, dice, «nuestro trabajo pierde todo sentido»: «Yo estimo que todos han madurado para el comunismo, incluso los criminales (...). La humanidad, por necesidad, siempre está preparada para el comunismo, o no lo estará nunca»; «El argumento de la inmadurez ha sido siempre el primer arma de los enemigos de todo progreso»; «Lo que no ha sucedido hoy puede suceder mañana. Las revoluciones surgen como las tempestades, nadie puede preverlas»; «Todo lo que consiguió la instrucción en el aspecto político lo consiguió gracias a la revolución»; «Predicar la instrucción al hambriento es una tontería»; «Es increíblemente difícil hacer propaganda entre los obreros si se les priva de la esperanza en la posibilidad de realizar rápidamente nuestras ideas»; «La constante propaganda pacífica embota el coraje y el ardor y, por lo general, es muy aburrida. De vez en cuando son necesarios los choques revolucionarios, incluso si no tienen más resultado que las persecuciones reaccionarias; esta es, precisamente, la mejor propaganda. La corona de espinas del mártir conquista más corazones que todas las coronas de laurel juntas de los poetas y oradores». Weitling, muy coherentemente con el conjunto de su concepción, sostiene la necesidad de un dictador revolucionario, y toma como prototipo a Napoleón.

[87] M. Lowy, ob. cit., p. 149.

[88] La Liga participa con Harney y otros dirigentes del ala radical del cartismo, y junto con exiliados políticos de diversos países, en el acto internacional celebrado en Londres el 22 de septiembre de 1845, con motivo del aniversario de la proclamación de la primera república francesa. A partir de entonces Schapper, Bauer y Moll mantienen estrechas relaciones con Harney.

[89] *Soius Kommunistov*, pp. 68-69.

[90] De la carta de Schapper a Marx del 6.6.1846, respondiendo a la primera que reciben de Marx (no conservada) en nombre del Comité de correspondencia de Bruselas (*Soius Kommunistov*, páginas 87-91). Esta carta, como otras a las que hacemos referencia a continuación, se publica por primera vez en ruso, cosa sorprendente dado el gran interés de esta correspondencia para la historia de la primera organización comunista en que participan Marx y Engels. ¿Se debe a los pasajes de crítica de los «sabios», que en la atmósfera del «culto de la personalidad» podían parecer irrespetuosos para los «fundadores»?

[91] *Soius Kommunistov*, pp. 93-97. Algunos otros pasajes: «... no lancéis inmediatamente la anatema y esforzaos por corregir la situación (...); no todos son grandes economistas como vosotros, y no exigid, por tanto, que todos entiendan el comunismo como vosotros». «En lo referente a las relaciones recíprocas entre sabios y obreros, no pensad, por favor, que los obreros alemanes hacen diferencia entre ellos; cuando algún sabio se llega a los obreros, frecuenta sus reuniones, traba discusión con ellos, se esfuerza por corregir amistosamente sus errores, se le acoge y se le trata siempre como amigo y hermano, incluso aunque no sea proletario (...). La causa de que entre los obreros, aquí o allá, se observe cierta irritación contra los sabios reside —excusadnos por estos términos— en el engreimiento de los sabios, que muy frecuentemente, cuando tropiezan con errores, en lugar de aclararlos y corregirlos cogen sus plumas de ave con la intención de matar con la palabra.» Después de decirles que ellos, los de Bruselas, son todavía engreídos, aducen como prueba la circular contra Kriege, citan cartas recibidas de América de obreros alemanes, en las que se dice: «¿Acaso esos señores de Bruselas, que desde su púlpito filosófico fulminan anatemas contra todo heterodoxo, se creen que son la quintaesencia de la sabiduría? ¿Quiénes son esos individuos que dicen: Kriege no

es comunista porque no piensa como nosotros? No los conocemos, sabemos muy poco o nada de su actividad, mientras que Kriege, que supuestamente no es comunista, vive entre nosotros, es nuestro amigo y hermano, y juntamente con nosotros lucha esforzadamente por el comunismo». En la carta se apremia también a los de Bruselas sobre la constitución del partido: «Los constitucionalistas, los reformistas, los republicanos, siendo mucho más débiles que nosotros cuantitativamente, en la práctica son mucho más fuertes, porque poseen una organización, porque actúan según un plan. ¿Vamos, acaso, a diferir nuestra organización hasta que estalle la tempestad? Entonces será muy tarde; durante la tempestad nada puede organizarse, entonces tendremos que batirnos, y los republicanos, los reformistas y otros cosecharán lo que nosotros hemos sembrado». Y piden que el congreso se reúna en ese mismo año 1846. En una carta posterior, de primeros de septiembre, se quejan del prolongado silencio del Comité de Bruselas, interrogándose si es que han renunciado de nuevo al plan de reunir el congreso. (*Soius Kommunistov*, páginas 107-108.)

[92] Carta n. 1 de Engels al Comité de correspondencia de Bruselas, en *Correspondance*, I, pp. 402-403.

[93] Véanse las cartas de Engels a Marx, de diciembre de 1846 y de 18.9.1846, en *Correspondance*, I, pp. 418 y 442.

[94] *Soius Kommunistov*, pp. 119-125.

[95] *Straubinger:* Se llamaba así en Alemania a los obreros-artesanos que recorrían el país o el extranjero, deteniéndose donde encontraban trabajo. Marx y Engels utilizaban el término para designar los obreros-artesanos impregnados aún de la mentalidad gremial y con ilusiones más o menos confesadas de detener o invertir el proceso de proletarización del artesanado.

[96] De la carta de Engels a Marx de diciembre de 1846, en *Correspondance*, I, pp. 442-444.

[97] Las informaciones de Engels al Comité de correspondencia de Bruselas y a Marx sobre su labor en París entre los «straubingers» tienen indudable interés histórico, porque testimonian del primer contacto militante de los fundadores de la nueva teoría revolucionaria con los elementos más avanzados del proletariado alemán, con un pie aún en el artesanado. Los resultados pueden considerarse positivos, dentro del minúsculo marco en que la labor se realiza, pero ponen de manifiesto —como dice Engels en su carta a Marx del 23 de octubre de 1846— que las condiciones de existencia de estos obreros-artesanos no facilitaban su comprensión de la nueva teoría. Ver *Correspondance*, I, en particular, pp. 402-403, 407-409, 431-432, 438.

[98] «He ido a ver a Cabet —escribe Engels a Marx el 19 de agosto de 1846—. El viejo tunante ha estado muy cordial y yo he escuchado todas ssu elucubraciones, le he hablado de Dios, del diablo, etc. Volveré a verle con frecuencia. Pero debemos dejarle tranquilo con nuestra correspondencia. En primer lugar

está muy ocupado, y en segundo lugar es muy desconfiado. *Il y verrait un piege* y el propósito de abusar de su nombre.» (*Correspondance*, I, p. 399.)

[99] El documento acreditativo de Moll es el siguiente: Londres, 20 de enero de 1847. Al Comité comunista de correspondencia de Bruselas. Los abajo firmantes, miembros del Comité comunista de correspondencia de Londres, comisionan al ciudadano José Moll para entablar en su nombre conversaciones con el Comité comunista de correspondencia de Bruselas y hacerle una comunicación verbal sobre la situación del trabajo en Londres. Al mismo tiempo proponen al Comité comunista de correspondencia de Bruselas dar al ciudadano Moll, que es miembro de este Comité, explicaciones precisas sobre todas las cuestiones importantes y comunicarle lo que debe transmitir al Comité de Londres. Karl Schapper, Henrich Bauer, Karl Pfänder, Karl Depel, Albert Lemann, Karl Moll, Iogan Gebel. (*Soius Kommunistov*, página 129.)

[100] Engels, *Contribución a la historia de la Liga de los comunistas*, t. II, pp. 347-348.

[101] Estos documentos, encontrados en Hamburgo y publicados por primera vez en alemán en 1969, son los siguientes:

— Informe del primer congreso de la Liga de los comunistas, celebrado en Londres del 2 al 9 de junio de 1847.

— Proyecto de estatutos aprobado por el congreso.

— Proyecto de profesión de fe comunista, ídem.

— Carta de la Autoridad central a la Liga de Hamburgo, fechada en Londres el 24 de junio de 1847.

— Primer informe trimestral de la Autoridad central de la Liga (septiembre de 1847).

Estos documentos se encontraban en el departamento de manuscritos de la biblioteca nacional y universitaria de Hamburgo y no habían sido repertoriados y clasificados hasta 1936, pero permanecieron treinta años más desconocidos o innaccesibles a la investigación. La primera publicación en el original alemán ha sido hecha por Bert Andreas y la versión francesa publicada por Aubier en 1972.

[102] Ver Riazanov, *Marx et Engels*, Ed. Anthropos, 1967, p. 72. «El gran trabajo de organización efectuado principalmente por Marx recuerda mucho el que llevaron a cabo los primeros social-demócratas rusos cincuenta años más tarde, cuando se esforzaron por unir las organizaciones existentes. Sólo que era la organización de *Iskra* la que hacía el papel de los comités de correspondencia (...). Los historiadores no se han dado cuenta (*sic*) de este trabajo de organización de Marx, del que han hecho un pensador de gabinete. Y no han visto el papel de Marx en tanto que organizador (...), el papel que Marx (yo subrayo, Marx, no Engels) desempeñaba ya hacia 1846-1847 como dirigente e inspirador de todo el trabajo de organización...» Lo menos que puede decirse es que los documentos existentes, a los que he hecho

referencia, no justifican, en modo alguno, tales afirmaciones. Si alguien hace un trabajo propiamente de organización es Engels. Marx escribe algunas cartas, muy pocas, y se concentra en la discusión teórica. Más adelante Riazanov dice que fue probablemente a iniciativa del Comité de Bruselas, en las conversaciones con Moll, que los de Londres decidieron convocar el congreso de junio de la Liga, cuando en realidad esta convocatoria consta ya en la circular de noviembre de 1846 de la dirección de la Liga.

[103] Bert Andreas, ob. cit., pp. 33-34.

[104] Ver p. 2 de nuestro texto. En la circular se dice que si la revolución se produce en la primavera «nuestra tarea será contribuir, con la palabra y con los actos, a que en el gobierno provisional entren personas que compartan los principios del comunismo». Si la cosa se retarda «debemos concentrar todos nuestros esfuerzos en organizar como es debido nuestro partido (...). Los comunistas, por desgracia, no constituyen aún un partido fuerte, no tienen aún sólidos puntos de apoyo, y por eso sucede con demasiada frecuencia que allí donde no son suficientemente fuertes se suman a otros partidos. Al proceder así argumentan que esos partidos también aspiran al progreso y no hay que andarse con excesivos distingos. Con esto hay que acabar. Actualmente estamos a la cabeza del movimiento y debemos, por ello, tener nuestra propia bandera en torno a la cual todos se apiñen. No debemos perdernos en medio del gran ejército de filisteos. Si marchamos adelante, con audacia, en filas compactas, tras nosotros irán los demás; si nos dispersamos entre varios partidos nunca lograremos nada...». (*Soius Kommunistov*, páginas 130-135.)

[105] Bert Andreas, ob. cit., pp. 32-33.

[106] La alusión de Marx se encuentra en su carta a Bloch del 10.XI.1877, en *Sochinenia*, t. 34, p. 241. Estos juicios de Marx han sido citados hasta la saciedad en el período de la campaña contra el «culto de la personalidad», pero en realidad Marx no se refiere aquí tanto a las personas como a la organización misma y a sus órganos dirigentes, que en los estatutos de la Liga de los Justos estaban rodeados del secreto, con poder para castigar a los «traidores» incluso con la muerte. El ingreso iba acompañado del siguiente juramento: «Juro por mi honor guardar el secreto de la existencia de la Liga, serle fiel, dispuesto al sacrificio en aras de sus generosos fines. Que la desgracia y la muerte se abatan sobre mí si rompo este juramento». (*Soius Kommunistov*, p. 49.)

[107] Ver el *Proyecto de profesión de fe comunista*, en la recopilación de Bert Andreas, pp. 125-127. La razón que da Marx para no asistir es que no tiene dinero para los gastos, pero ni en la carta donde lo comunica a Engels ni en ningún otro documento de ese período hay el menor signo de que lo lamente. ¿Por qué los recursos disponibles se utilizaron para enviar a Wolff y no a Marx? M. Lowy constata también las vacilaciones de Marx (ob. cit., p. 150). El historiador soviético Mijailov sale al paso, refiriéndose al «menchevique B. Nikolaevski», que en su biografía de Marx hace análoga observación. «Para esta versión, dice Mijailov, no hay fundamento alguno, porque en marzo de 1847 Marx ingresó en la Liga de los Justos y el Comité de correspondencia de Bruselas formó la comuna de la Liga. Y sobre todo es imposible suponer que Marx se comportó hipócritamente con Engels.» (Ob. cit., p. 144, n. 111.)

[108] Ver *Informe del primer congreso de la Liga de los comunistas*, en la recopilación de Bert Andreas, pp. 65-109. Lo mismo que en la circular de febrero, el argumento principal en este informe para encarecer a los miembros de la Liga la necesidad de nuevos esfuerzos, entre ellos el pecuniario, a fin de poder reunir rápidamente el segundo congreso, es la proximidad de la revolución. «Por todas partes, en Francia como en Alemania, en Inglaterra como en América, las masas del proletariado en cólera se ponen en movimiento y con voz, a menudo confusa todavía, pero cada vez más potente e inteligible, exigen su liberación de las cadenas del reino del dinero, de las cadenas de la burguesía. Estamos viendo que la clase de los burgueses se enriquece cada vez más, que las clases medias desaparecen de día en día y que así la misma evolución histórica empuja a una vasta revolución que estallará un día a causa de la miseria del pueblo y de la arrogancia de los ricos. Ese día, hermanos, esperamos verlo todos nosotros, y aunque no hayamos tenido la ocasión de tomar las armas esta primavera, como la circular de la Autoridad central dejaba prever la posibilidad, no debéis turbaros. Ese día llegará, el día en el que las masas populares en columnas compactas dispersarán a los mercenarios de los capitalistas, ¡y ese día se verá lo que ha sido nuestra Liga, cuál ha sido su trabajo!»

[109] Bert Andreas, ob. cit., pp. 37-38.

[110] De la carta de Engels a Marx con fecha 25-26 de octubre de 1847, en *Correspondance*, I, pp. 498-499. Ejemplos de cómo los proyectos aprobados en el primer congreso fueron objeto de intensa discusión en la Liga se encuentran en el primer informe trimestral que la dirección de la Liga envía desde Londres a sus organizaciones en septiembre de 1847 (B. Andreas, ob. cit., páginas 153-197): «Los hermanos de Hamburgo lamentan que se haya modificado el nombre de la Liga de los Justos. Desean que se restablezca. Se declaran escandalizados, igualmente, de que se ataque tan violentamente a los partidarios de Weitling y Grün, como nosotros hacemos en el informe del congreso»; «La comuna de Leipzig piensa que es necesario formular la profesión de fe de manera más científica y más adaptada a todas las clases de la sociedad. Propone un cambio casi total y da las razones»; «En Bruselas los estatutos han sido adoptados, pero proponen dos modificaciones para que sean discutidas en el

próximo congreso (...). Sobre la profesión de fe comunista proponen modificaciones numerosas e importantes», etc.

[111] Siguiendo el ejemplo de las comunas londinenses, la de Bruselas crea también una asociación obrera cultural, en cuyo seno los nuevos miembros de la Liga (Marx y su grupo) realizan propaganda y proselitismo entre los emigrados alemanes y de otros países. Es interesante subrayar —porque las versiones hagiográficas lo dejan de lado— que esta primera forma de actividad de masas de Marx y Engels no nace de su propia iniciativa, sino que la aprenden de la práctica de la Liga de los Justos, de los obreros-artesanos. A finales de septiembre se crea también en Bruselas —ya hicimos mención de ello— una Asociación democrática de carácter internacional —similar a *Fraternal Democrats*— en la que participan Marx y Engels. Según carta del segundo al primero (en ese momento Engels está en Bruselas y Marx en Holanda) la iniciativa parte de sus adversarios políticos: «Todos los elementos descontentos de nosotros y de nuestra acción entre los alemanes de aquí han formado una coalición para derribarnos, a ti y a mí, a los comunistas en general, y hacer concurrencia a la asociación obrera». Luego Engels explica que ha podido desbaratar la maniobra y hacerse elegir miembro de la nueva asociación. Cuando a los pocos días Engels marcha a París logra que el puesto vacante sea ocupado por Marx. (Ver *Correspondance*, I, pp. 481-491.)

[112] *Soius Kommunistov*, pp. 151-152, 149.

[113] Ver la carta de Engels del 15 de noviembre, en *Correspondance*, I, p. 503. La revista, llamada *Revista Comunista*, fue redactada por Schapper y su grupo, con la sola excepción de una colaboración de Wolff (B. Andreas, ob. cit., p. 42).

[114] Engels, «Contribución a la historia de la Liga de los comunistas», *OE*, t. II, p. 348.

[115] Engels, «Marx y la Nueva Gaceta del Rin», *OE*, t. II, página 328.

[116] *Soius Kommunistov*, p. 155; recopilación de Bert Andreas, ob. cit., p. 111.

[117] *Soius Kommunistov*, pp. 155-160; *OE*, II, p. 348.

[118] Tomamos los datos de Mijailov, ob. cit., p. 177. Basándose en las referencias existentes de 65 miembros de la Liga, Lowy llega a la siguiente clasificación: 33 intelectuales y miembros de profesiones liberales; 32 artesanos y obreros. Es de suponer que en la totalidad de miembros el porcentaje de los segundos es mayor, porque era más fácil que quedasen datos de los primeros. Los 33 intelectuales se clasifican así: diez escritores, periodistas y publicistas, seis médicos, cinco oficiales del ejército, cuatro juristas, dos maestros, un ingeniero, un funcionario, un geómetra, un químico, un comerciante, un estudiante. Los 32 artesanos y obreros: siete sastres, cinco zapateros, cinco ebanistas, tres tipógrafos, dos viajantes de comercio, dos pintores, dos relojeros, un pincelero (fabricante de pinceles), un orfebre, un pasamanero, un curtidor. (Lowy, ob. cit., p. 153.)

Se llamaban comunas las organizaciones de base de la Liga.

[119] En una de sus últimas cartas a Marx desde París, al regreso del congreso de la Liga, en enero de 1848, Engels se muestra muy pesimista del estado del núcleo de la Liga en la capital francesa: «La liga marcha muy mal aquí. Jamás he encontrado semejante abandono y tales celos mezquinos. El weitlingianismo y el proudhonismo son verdaderamente la expresión más perfecta de la condición social de estos imbéciles y es la razón de que no se pueda hacer nada. Los unos no son más que verdaderos *Straubinger*, una banda de inutilidades envejecidas; los otros, pequeñoburgueses debutantes. Una clase que, como los irlandeses, vive de hacer bajar los salarios de los franceses, es totalmente inutilizable». (*Correspondance*, I, páginas 514-515.)

NOTAS AL CAPITULO II

[120] Engels, «Revolución en París», *Deutscher Brüsseler Zeitung*, 27.2.1848.

[121] Marx, *Introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, Ed. Nuevas, Buenos Aires, 1965, p. 48.

[122] No se conoce exactamente la fecha de la resolución del Comité central de Londres, pero según datos de los archivos policíacos publicados en 1853, en Bruselas se recibió aproximadamente el 27 de febrero. Ver Mijailov, ob. cit., p. 185. La resolución que toma el grupo de Bruselas de trasladar el Comité central a París se basa en las siguientes consideraciones: 1) «París es actualmente el centro de todo el movimiento revolucionario»; 2) «las condiciones actuales exigen una dirección sumamente firme de la Liga, por lo cual es absolutamente necesario conceder a los dirigentes el derecho a actuar según juzguen conveniente». (*Soius Kommunistov*, pp. 167-168.) Por esta resolución el Comité central de Bruselas deja de existir —no dura más que cuatro días—, encargando a Marx de formar en París el nuevo Comité central. Hasta su salida de Bruselas, Marx y Engels, como los otros miembros del grupo, participan en la agitación obrera y democrática que se produce en Bélgica bajo la influencia de la revolución de París. Marx es expulsado y detenido durante unas horas. Flocón, ministro del gobierno provisional francés —del grupo de *La Réforme*—, le comunica la anulación de la orden de expulsión de Francia dictada contra él en enero de 1845 y le invita a instalarse en París.

[123] Marx llega a París el 5 de marzo. Poco después llegan también algunos miembros del grupo de Londres, que junto con los dirigentes cartistas Jones y Harney forman parte de una delegación de *Fraternal Democrats* portadora de un mensaje de los

obreros ingleses al gobierno provisional francés. El nuevo Comité central de la Liga queda constituido con Marx (presidente), Schapper (secretario) y cinco miembros más: Wallau, Wolff, Moll, Bauer y Engels. Como se ve, la nueva dirección reúne los principales elementos de los núcleos de Londres y Bruselas, con un acrecentamiento del papel de Marx en la dirección.

[124] Engels permanece en Bruselas hasta mediados de marzo. Allí recibe información de la manifestación realizada en Colonia el 3 de ese mes, organizada por tres miembros de la Liga, el doctor Gottschalk y los ex oficiales del ejército prusiano Willich y Anneke. La manifestación reúne alrededor de 4.000 obreros y pequeñoburgueses, dirigiéndose al municipio, donde Gottschalk penetra a la cabeza de una delegación de los manifestantes, presentando una plataforma de reivindicaciones democráticas y obreras. La intervención de la tropa da lugar a choques sangrientos. Gottschalk, Willich y Anneke son detenidos, siendo liberados después de la victoria de la insurrección en Berlín. Según Droz, Engels desaprobó la manifestación (ob. cit., pp. 190-191). En realidad, lo que dice en carta a Marx del 9 de marzo es que de haberla preparado mejor podrían «haber asestado un gran golpe»; «en lugar de proveerse de armas, lo cual era fácil, han ido a manifestarse sin armas ante el municipio, dejándose cercar». En esta misma carta muestra su entusiasmo por las noticias que se reciben de diversos puntos de Alemania y comenta: «¡Con tal de que Federico Guillermo IV se ponga terco!, porque entonces tendremos ganada la partida y en algunas semanas tendremos la revolución alemana». Días después, en otra carta a Marx, reitera esa misma idea: «En Alemania nuestra causa marcha verdaderamente muy bien. Revueltas por doquier y los prusianos que no ceden. *Tant mieux!*». (*Correspondance*, I, páginas 519, 521, 528.)

[125] Carta de Marx a Engels del 16 de marzo, *Correspondance*, I, página 524; S. Seiler, *Das Complot vom 13 juni 1849, oder der letzte Sieg Bourgeoisie in Frankreich*, Hamburgo, 1850. Citado en *Soius Kommunistov*, p. 184.

[126] Carta de Engels a Emil Blank (Londres) del 26.3.1848, *Correspondance*, I, p. 529.

[127] Carta de Engels a Emil Blank (Londres) del 28.3.1848, en *Correspondance*, I, pp. 530-532.

[128] Carta de Marx y Engels a Cabet, acompañada de declaración, a fines de marzo de 1848, en *Correspondance*, I, p. 533. A la cabeza de la Asociación democrática y de la organización de la Legión estaban Bornstedt, fundador y director de la *Deutscher Brüsseler Zeitung*, muy ligado a Marx en el período de Bruselas, y el poeta Herwegh, que había sido amigo de Marx. En carta a Engels del 16 de marzo, Marx le dice: «Bornstedt y Herwegh se han portado como bellacos (...). El primero ha sido excluido hoy de la Liga». (*Correspondance*, I, p. 524.) Cartas de Bruselas y de Londres informan que la iniciativa de la Legión ha sido acogida con fervor (*Soius Kommunistov*, páginas 176-179).

[129] *OE*, II, p. 351. El gobierno provisional no se oponía a estas «legiones», e incluso contribuía en cierta medida a su formación. Una parte del gobierno lo veía como un medio de quitarse de encima revolucionarios extranjeros y obreros en paro. Según Engels, Lamartine, ministro de Relaciones Exteriores, se encargaba de prevenir a los gobiernos correspondientes para que recibieran a las «legiones» adecuadamente. En todo caso, las legiones que se dirigieron a Bélgica y a Alemania fueron efectivamente recibidas en las fronteras por fuerzas militares del país que las diezmaron completamente. Como temían Marx y Engels, el gobierno prusiano y otros gobiernos alemanes agitaron el espantajo de la «invasión», impresionando con ello a amplios sectores de la población. (Ver Droz, ob. cit., p. 77.)

[130] Ver Nikolaevski, ob. cit., p. 132.

[131] *OE*, II, p. 351.

[132] Tomamos el texto íntegro de *Soius Kommunistov*, pp. 181-183. El texto parcial de Engels se encuentra en *OE*, II, pp. 349-350.

[133] En la hoja editada más tarde en Colonia en lugar de «atar al gobierno» se puso «ligar a la revolución» (según nota en *Soius Kommunistov*, p. 182).

[134] El 5 de marzo 51 personalidades liberales y demócratas se habían reunido en Heidelberg reclamando la elección de una Asamblea nacional *alemana* (es decir, representando al conjunto de los estados). Deciden formar una comisión encargada de organizar un parlamento preparatorio o preparlamento. La idea es apoyada por todos los sectores de la opinión pública opuestos al absolutismo y después de la insurrección de Berlín se crean las condiciones favorables. El *Vorparlament* se reúne en Francfort el 31 de marzo, a base de delegados de las asambleas existentes y de las organizaciones liberales y demócratas. Acuerda la elección de una Asamblea nacional constituyente por sufragio universal. Para mantener la «continuidad legal», y hacerlo así más aceptable para la Corona, el gobierno prusiano, formado ya por Camphausen y otros representantes de la burguesía liberal más moderada, consiguen que la decisión del *Vorparlament* sea sometida a la aprobación de la *Dieta Unida*. Lo mismo sucede con la ley electoral, que establece la elección de segundo grado, limitando así considerablemente el efecto del sufragio universal.

La gran mayoría del *Vorparlament* era muy moderada. Pero un pequeño grupo, que se sitúa en la extrema izquierda de la Asamblea, encabezado por G. von Struve, plantea que la revolución no hace más que empezar y propone un programa cuyos puntos principales son los siguientes (según la propia clasificación de los autores): en el *plano social:* elección de los funcionarios, supresión de los ejércitos permanentes, impuesto progre-

sivo, supresión de todos los impuestos sobre fabricación y circulación de productos, reemplazamiento de las rentas feudales por derechos protectores sobre la industria, abolición de los privilegios debidos al nacimiento o a la fortuna, secularización de los monasterios, creación de un ministerio del trabajo encargado de resolver las cuestiones entre el capital y el trabajo y de hacer participar a los obreros en los beneficios. En el *plano constitucional:* separación de la Iglesia y del Estado, separación de la escuela y de la Iglesia, autonomía de los municipios, respeto de la libertad individual por una ley de *habeas corpus,* supresión de la censura, institución del jurado. En el *plano nacional:* simplificación de la legislación, división de Alemania en círculos, supresión de las monarquías hereditarias, república federal según el modelo de Estados Unidos. (Citado por Droz, ob. cit., páginas 230-231.)

[135] Carta de Engels a Emil Blank (Londres) del 15 de abril de 1848, en *Correspondance,* I, p. 540. El gobierno había prohibido la manifestación del 10 de abril —permitiendo sólo un mitin—, concentrando tropas y policías. Los dirigentes cartistas decidieron renunciar a la manifestación, aconsejando a la muchedumbre reunida dispersarse, mientras una pequeña delegación iba al parlamento a entregar la Tercera Petición. Como demostró la evolución ulterior, fue una grave derrota política del cartismo, el jalón que marca en cierta forma el comienzo de su declive histórico. Engels, que conocía lo sucedido, como se deduce de la carta, no le atribuye gran importancia: «El golpe de la procesión no es nada aún. Mi amigo G. Julian Harney, al que enviarás la carta que te adjunto (...), estará dentro de dos meses en el lugar de Palmerston. *I'il bet you two pence and in fact any sum*».

[136] La información sobre la edición del *Manifiesto* y de las *Reivindicaciones* está tomada de *Soius Kommunistov,* pp. 178, 181. Según dice Engels en 1884, Marx y él decidieron instalarse en Colonia —en lugar de Berlín—, teniendo en cuenta la importancia industrial de la provincia renana, pero el «factor decisivo» —dice Engels— fue que en Renania, donde seguía vigente el código de Napoleón, «gozábamos de una libertad incondicional de prensa» (*OE,* II, p. 311). La verdad es que Berlín desempeñó un papel mucho más importante que Colonia en el curso de los acontecimientos.

[137] *Soius Kommunistov,* p. 186.

[138] Droz, ob. cit., p. 519-527.

[139] Carta de Stefan Born desde Berlín a Marx (Colonia), con fecha 11 de mayo de 1848. En *Soius Kommunistov,* pp. 207-208. El «parlamento obrero» de que habla Born es el Comité central de trabajadores de Berlín formado poco después de la insurrección de marzo, con representantes de diversas asociaciones y empresas. Este Comité toma la iniciativa de convocar un «parlamento de trabajadores» que se reunió en Berlín del 23 de agosto al 3 de septiembre, adoptando una «Carta del pueblo» y creando la Fraternidad Obrera, con sede en Leipzig, presidida por Born, que llegará a tener comités en las 27 ciudades más importantes de Alemania y en otras muchas de menor significación, agrupando gran cantidad de Asociaciones obreras. (Ver Droz, pp. 523-524.)

[140] Ver *Soius Kommunistov,* pp. 187-205.

[141] *Correspondance,* I, pp. 540, 543.

[142] Idem, pp. 547-548.

[143] En su artículo para la Enciclopedia Universalis, «Karl Marx et le marxisme», Etienne Balibar atribuye a Marx la fundación de la Asociación obrera de Colonia, cosa totalmente inexacta. (Ver E. Balibar, *Cinq études du matérialisme historique,* Maspero, 1974, p. 24, y *Encyclopaedia Universalis,* vol. 10, p. 575.) La Asociación obrera fue creada por iniciativa de Gottschalk, que el 6 de abril lanza un llamamiento para crear un *club socialista democrático.* La reunión se celebra el 13 de abril, con participación de unas 300 personas, en su mayoría obreros y artesanos. Se adopta el nombre de Asociación obrera en lugar del propuesto por Gottschalk. No hay indicio de que Marx asistiera a esa reunión ni a otras posteriores. La Asociación crece rápidamente. A la asamblea del 24 de abril asisten unas 3.000 personas. A finales de junio tiene cerca de 8.000. (Ver Mijailov, ob. cit., pp. 224-225.) Sólo meses después y por un breve período Marx participará en la Asociación obrera, aceptando, a título provisional, el puesto de presidente que le ofrecen.

[144] Röser, obrero cigarrero, miembro activo de la Asociación obrera de Colonia, vicepresidente de la misma cuando Marx fue elegido presidente en octubre de 1848, ingresó en la Liga en febrero de 1849, y dirigió la organización de Colonia desde comienzos de 1850. En septiembre de ese año pasa a ser presidente del Comité central de la Liga (que pasa a tener su sede en Colonia). Es detenido en el verano de 1851 durante la gran redada policíaca que desmantela casi totalmente la organización. En el proceso de los comunistas detenidos, que tiene lugar en Colonia a fines de 1852. Röser tiene un comportamiento que merece este elogio de Engels: «en el proceso de Colonia el comunismo alemán, gracias sobre todo a Röser, ha pasado con éxito su examen de madurez». (Carta a Weydemeyer, 12.4.1853, *Correspondance,* III, p. 354). Röser es condenado a seis años de prisión, y es en la cárcel de Moabit, a fines de 1853, cuando a requerimiento de la policía cuenta la historia de la Liga. Este documento ha sido cuidadosamente analizado por diversos historiadores, llegando a la conclusión de que Röser evitó dar datos que pudieran comprometer a otros miembros de la Liga. (Esta había sido disuelta a propuesta de Marx en diciembre de 1852 y en la práctica había dejado de existir desde la redada de 1851). Al mismo tiempo se ha ido valorando cada vez más la importancia de este documento para reconstruir la historia de la

Liga. En la Unión Soviética se han publicado extensos fragmentos por primera vez en la recopilación que venimos citando, *Soius Kommunistov*.

[145] *Soius Kommunistov*, pp. 220-221.

[146] Marx, «Herr Vogt», en *Sochinenia*, t. 14, pp. 451-452.

[147] *OE*, t. II, p. 351.

[148] Entre los que sostienen la tesis de la disolución están Nicolaevski (ob. cit., p. 140) y A. Cornu (*Marx et la révolution de 1848 en France*, PUF, 1948, p. 18), y más recientemente E. Balibar (en el texto y página citados en la nota 143). E. Kalder polemiza con Nicolaevski en un artículo publicado en *Voprosi istori*, 1958, n. 5. Esgrime tres argumentos: *a*) admitir el hecho implica admitir que Marx y Engels lo han ocultado toda la vida; *b*) los estatutos de la Liga no autorizaban a una sola persona, aunque fuera el presidente, a disolver la Liga; *c*) la circular del Comité central de la Liga de marzo de 1850 (después de su reorganización) habla de que la Liga se había debilitado en Alemania, pero no de que se hubiera disuelto.

[149] Engels, «Marx y la *Nueva Gaceta Renana*», en *OE*, II, páginas 329-330.

[150] El proyecto de editar *Nueva Gaceta Renana* lo habían concebido Marx y Engels estando todavía en París, comenzando entonces las gestiones. Lo financian mediante acciones suscritas por elementos burgueses y pequeñoburgueses demócratas o liberales avanzados de Colonia y otros centros de la provincia renana, aprovechando las relaciones que unos años atrás se habían tejido en torno a la *Gaceta Renana* dirigida por Marx durante los últimos meses de 1842 y comienzos de 1843. El título mismo indica, sin duda, el propósito de Marx de marcar la continuidad con la acción progresista desarrollada por la *Gaceta Renana*.

El Comité de redacción de la *Nueva Gaceta Renana* era el siguiente: director: Karl Marx; redactores: Heinrich Bürguers, Ernst Dronke, F. Engels, Georg Weerth, Ferdinand Wolff, Wilhelm Wolff. Todos ellos miembros de la Liga de los comunistas. Weerth era el «poeta proletario» de aquel tiempo.

A medida que se definía más claramente el carácter revolucionario del periódico muchos de sus accionistas se retiraron. Marx hubo de dedicar a *NGR* parte de su peculio personal.

[151] Desde el punto de vista organizacional este partido era un conjunto abigarrado de unidades apenas ligadas entre sí: asociaciones y clubs (que se llamaban democráticos u obreros, o simplemente culturales, y a veces deportivos), grupos afines dentro de las instituciones representativas nacidas de las revoluciones de marzo en los diferentes estados alemanes (órganos locales, asambleas parlamentarias), diarios y publicaciones diversas que surgen en gran número durante ese período, personalidades, etc. Por su composición social era pequeñoburgués y proletario, pero

sus cuadros, salvo rarísimas excepciones, pertenecían a la intelectualidad pequeñoburguesa.

[152] «El partido demócrata», *NGR*, 2.6.1848, en *La Nouvelle Gazette Rhénane*, Editions Sociales, I, pp. 44-46. Según nota del Instituto Marx-Engels-Lenin en la edición rusa, el artículo fue escrito inicialmente por Bürguers, pero rehecho totalmente por Marx.

En adelante citaremos por esta edición francesa en tres tomos (I, 1963; II, 1969; III, 1971), indicando título del artículo, fecha de su publicación, tomo de esta edición y página. Advertimos, no obstante, que en una serie de casos hemos cotejado la versión francesa con la versión rusa, dando por lo general preferencia a esta última en caso de duda. Por esta razón algunas citas no corresponden textualmente a la versión francesa, pero hemos preferido citar por ésta y no la rusa para más facilidad del lector español.

[153] A fin de crear la apariencia de una continuidad en la legalidad, el gobierno presidido por Camphausen, destacado político de la burguesía liberal renana (a cuya formación se había visto obligado el rey bajo la presión de la insurrección del 18-19 de marzo en Berlín), convocó la Dieta Unida (2-10 de abril de 1848) para que revalidara los acuerdos del *Vorparlament* (ver nota 134) y adoptara una ley electoral (aprobada el 8 de abril) basada en un sistema de segundo grado. Con esta ley fueron realizadas en Prusia las elecciones a la Asamblea constituyente nacional alemana de Francfort y a la Asamblea nacional prusiana de Berlín. En los otros estados alemanes las elecciones se realizaron según sistemas electorales similares. La composición de la Asamblea constituyente nacional alemana de Francfort (573 diputados) era la siguiente: propietarios terratenientes: 38 (25 nobles); profesores universitarios: 49; profesores de Liceo: 32; magistrados: 78; abogados: 64; altos funcionarios: 73; landrätes: 20; artesanos: 4. Ningún obrero. Los principales grupos políticos de esta Asamblea eran: extrema izquierda, izquierda, centro-izquierda, centro-derecha, derecha. La izquierda contaba con unos 40 diputados. La extrema izquierda llegó a tener más diputados que la izquierda, pero Droz, de quien tomamos estos datos (ob. cit., pp. 272-278), no da número preciso. La composición social de la Asamblea de Berlín era más popular que la de Francfort: menos propietarios terratenientes y nobles, menos elementos del patriciado comercial e industrial, menos profesores universitarios, y en cambio más campesinos, profesores de colegio, artesanos, funcionarios y juristas de grado inferior, etc. Su eje político pasaba más a la izquierda que el de la Asamblea de Francfort. (Droz, ob. cit., p. 355.)

[154] Engels, «La Asamblea de Francfort», *NGR*, 1.6.1848, I, páginas 30-35. Critica también a la Asamblea por su pasividad frente «a las brutalidades de las tropas prusianas y los abusos del poder del comandante prusiano de Maguncia». (El 21 de

mayo de 1848 se produjeron choques entre la guardia cívica y la guarnición prusiana de la fortaleza federal de Maguncia. El general prusiano Hüser había exigido el desarme de la guardia cívica, amenazando con bombardear la ciudad si no se cumplía su orden.) En otro artículo denuncia el desarme de la guardia cívica de Maguncia como «parte de un plan general de la reacción de Berlín que aspira a desarmar, lo más pronto posible, todos los guardias cívicos, en especial a orillas del Rin, poner un dique al impulso naciente del armamento del pueblo y entregarnos indefensos al ejército, compuesto, en lo esencial, de elementos extranjeros a la región, fáciles de excitar o ya excitados contra nosotros». (Idem, pp. 36-37.)

155 Francfort no pertenecía a ninguno de los estados alemanes. Tenía un estatuto propio como «capital ideal» —según las palabras de Engels— de la Confederación germánica. Sede de la Dieta Unida antes de la revolución, pasa a serlo de la Asamblea nacional alemana. Era una población de tipo provincial, casi por completo pequeñoburguesa.

156 «Programa del partido demócrata-radical y de la izquierda de Francfort», *NGR*, 7.6.1848, I, pp. 65-69.

157 «En Alemania, la lucha por la centralización, contra un sistema federal, es la lucha entre la civilización moderna y la feudalidad. Alemania ha caído en un feudalismo aburguesado en el momento mismo en que se formaban las grandes monarquías de Occidente, pero también en ese mismo momento ha sido excluida del mercado mundial que se abría ante Europa occidental. Se empobreció mientras los otros se enriquecían. Permaneció como un Estado agrícola mientras los otros se cubrían de grandes ciudades. Aunque Rusia no estuviera llamando a las puertas de Alemania, las condiciones económicas por sí solas impondrían la más rigurosa centralización. Aunque sólo se considere desde el punto de vista de la burguesía, la unidad total de Alemania es, indiscutiblemente, la primera condición para librarse de la miseria en que se ha debatido hasta aquí y para crear la riqueza nacional. Y en cuanto a los problemas sociales de nuestro tiempo: ¿cómo resolverlos sobre un territorio fraccionado en 39 pequeños países?» (Idem, p. 69.)

158 «La amenaza de la Gaceta de Gervius», *NGR*, 25.6.1848, I, páginas 144-146. *NGR* llamaba «Gaceta de Gervius» a la *Deutsche Zeitung*, órgano de la burguesía liberal. El «constitucionalismo» a que se alude en el texto designa la política de la gran burguesía liberal que busca el compromiso con la monarquía. Para Marx y Engels, la unidad de Alemania pasaba por la desintegración de Prusia, lo mismo que del imperio austriaco. En esto se enfrentaban con los demócratas berlineses representados por el diario *Zeitung-Halle*, en el cual se criticaba el sentimiento separatista de los renanos. En *NGR* del 1 de septiembre, Engels replica con dureza que «Berlín no es París, ni para Alemania ni, en particular, para Prusia». Criticando la indecisión de que dan muestra, a su juicio, tanto los dirigentes demócratas como el pueblo de Berlín, Engels afirma que «Berlín no es y no será nunca la sede de la revolución, la capital de la democracia». «La *Zeitung-Halle* cree posible cimentar con instituciones liberales el cuerpo en trance de desmoronarse del Estado prusiano. Al contrario, cuanto más liberales sean las instituciones, más libremente se separarán los elementos heterogéneos, más evidente será la necesidad de la escisión y más claramente aparecerá la incapacidad de los hombres políticos berlineses de todos los partidos.» La unidad alemana exige «que no haya más Austria ni más Prusia». (Engels, «La "Zeitung-Halle" y la provincia renana», *NGR*, 27.8.1848, I, pp. 451-454.)

159 Engels, «Marx y la "Nueva Gaceta del Rin"», *OE*, II, p. 332. En la *NGR* del 3 de agosto de 1848 se comenta la «nota rusa» (circular enviada por Neselrode, ministro de Relaciones Exteriores del zar, a los embajadores rusos en los diversos estados alemanes). Es una amenaza velada de intervención en caso de que la revolución progrese en Alemania. *NGR* analiza su significación y muestra que la autocracia rusa no sólo se opone a cambios democráticos en Alemania, sino a la unidad alemana. Si aún no se ha producido la intervención —dice *NGR*— se debe, en parte, a las dificultades interiores del zarismo, pero también a que la situación en Alemania evoluciona en el sentido que desea el zar. En un pasaje de este artículo, insistiendo en juicios análogos de otros artículos contra las «glorias del pasado», las «guerras de liberación» (contra Napoleón), etc., se declara rotundamente que a Alemania le hubiera convenido la victoria de Napoleón sobre Alemania y Rusia. (*NGR*, I, pp. 360-368.)

160 Al iniciarse las revoluciones de marzo en los estados alemanes, incluso los liberales moderados simpatizaban con la idea del restablecimiento del Estado polaco y con la guerra contra Rusia que implicaba dicho restablecimiento. Pero cuando los polacos del Gran Ducado de Posnania, sometido al yugo de Prusia, intentan independizarse aprovechando la revolución alemana, el gobierno de Berlín les envía el ejército, que lleva a cabo una represión sangrienta. La reacción y la gran burguesía utilizan el hecho para reavivar el nacionalismo alemán. En gran parte de la opinión, incluido el sector moderado del partido demócrata, se produce una involución negativa respecto a la causa polaca. Al mismo tiempo, la burguesía liberal teme cada vez más las consecuencias revolucionarias de una guerra con Rusia. Sin embargo, en la segunda quincena de junio Engels cree discernir un cambio de actitud en el gobierno Camphausen hacia los polacos, que Engels piensa determinado por el temor a los rusos. «El peligro de invasión rusa le muestra ahora (a Camphausen) el enorme error cometido» (con la represión contra los polacos). «Quisiera recuperar a todo precio las simpatías de los polacos, pero es demasiado tarde.» (*NGR*, I, pp. 133-134.)

161 Engels, «El debate sobre Polonia en Francfort», *NGR*,

9, 12, 20, 22, 26 y 31 de agosto, 1, 3, y 7 de septiembre de 1848, I, pp. 389-441.

[162] «La política extranjera alemana y los últimos acontecimientos de Praga», *NGR*, 12.7.1848, I, pp. 260-264.

[163] Engels, «La política extranjera alemana», *NGR*, 3.7.1848, I, páginas 204-207.

[164] Engels, «El debate sobre Polonia» (ver nota 161). En este debate, Arnold Ruge —el Ruge a quien Marx dirige sus cartas de 1843, personalidad del joven-hegelianismo y después del «socialismo verdadero», figura destacada del partido demócrata durante la revolución— declara (según la cita que hace Engels): «No vamos a disputarnos, señores, sobre si preferimos una monarquía democrática, una monarquía democratizada o la democracia pura: en general queremos la misma cosa, la libertad, la libertad del pueblo, la soberanía del pueblo». Engels comenta: «Y se quiere que nos entusiasmemos con una izquierda que «quiere en general la misma cosa» que la derecha (...), una izquierda que cae en éxtasis, olvidándose de todo, en cuanto oye fórmulas vacías como "libertad del pueblo" y "soberanía del pueblo"» (ídem).

[165] Engels, «La insurrección de Praga», *NGR*, 18.6.1848, I, páginas 116-119. Engels sale al paso de insinuaciones de diversos periódicos alemanes acusando al «partido checo» de servir a la reacción, a la aristocracia y a los rusos. Esto es —dice Engels— «pura mentira»; «la insurrección era tan resueltamente democrática que todos los checos del partido aristocrático huyeron. Estaba dirigida tanto contra los señores feudales checos como contra la soldadesca austriaca. Los austriacos atacaron al pueblo no porque fuera checo, sino porque era *revolucionario*. Para el ejército, el asalto de Praga no era más que el preludio al asalto y la reducción a cenizas de Viena» (*NGR*, I, pp. 150-151). Este último juicio resultará premonitorio. Después de la rendición de Praga el Congreso eslavo fue disuelto y Bohemia sometida a una dictadura militar. En el Congreso los demócratas, partidarios de la alianza con el movimiento revolucionario alemán, eran minoría. La mayoría, liberal moderada, estaba por la conservación de la monarquía austro-húngara, transformada en una federación de nacionalidades con iguales derechos. Esta posición de la burguesía checa es severamente condenada por Marx y Engels, porque ven en ella un apoyo a los Hasburgos, considerados como uno de los máximos pilares de la reacción europea.

[166] Engels, «Nueva política en Posnania», *NGR*, 21.6.1848, I, páginas 133-134.

[167] «La política extranjera alemana y los últimos acontecimientos de Praga» (ver nota 162), p. 260.

[168] Marx, «Carta a la redacción del diario "L'Alba de Florencia"», en *Correspondance*, I, pp. 544-545. En un artículo del 23 de junio Engels explica que el acuerdo de la Asamblea de Francfort sobre Trieste significaba que las tropas austriacas podían refugiarse cada vez que les conviniera en Trieste, declarado territorio inviolable de la Confederación germánica, mientras que los patriotas italianos no podían perseguirlos sin entrar en guerra con Alemania. (*NGR*, I, pp. 137-138.)

[169] Marx, «La declaración de Camphausen en la sesión del 30 de mayo», *NGR*, 3.6.1848, I, pp. 47-51.

[170] Marx, «El gobierno Camphausen», *NGR*, 4.6.1848, I, páginas 56-57.

[171] Engels, «El escudo de la dinastía», *NGR*, 10.6.1848, I, páginas 86-88.

[172] Según la versión gubernamental, la insurrección del 18 de marzo se había debido a un «malentendido» entre las tropas y el pueblo. Con ello se trataba de minimizar el significado de la revolución popular.

[173] Para emprender su combate contra la democracia —explica Engels— los partidos reaccionarios y la gran burguesía comenzaron por «poner en tela de juicio la revolución». Apenas formado, el gobierno Camphausen convocó la Dieta Unida (ver nota 153) para «establecer así, *post festum*, el paso legal del absolutismo a la revolución. Con ello negaba la revolución. E inventó además la teoría del pacto, negando una vez más la revolución y, al mismo tiempo, la soberanía del pueblo. Por tanto, la revolución fue puesta realmente en tela de juicio, y fue posible hacerlo porque no había sido más que una semirrevolución, el comienzo tan sólo de un largo movimiento revolucionario». (*NGR*, I, p. 96.)

[174] Engels, «El debate sobre la revolución en Berlín», *NGR*, 14, 15, 16 y 17 de junio de 1848, I, pp. 95-111. La frase de Verginaud fue pronunciada por este diputado girondino de la Convención en su discurso ante el tribunal revolucionario que lo condenó a la guillotina.

[175] Engels, «Colonia en peligro», *NGR*, 11.6.1848, I, pp. 89-93. Por esas fechas la influencia del partido demócrata había progresado notablemente en Colonia. En las elecciones municipales que acababan de tener lugar, disputadas entre tres partidos —el católico, el constitucional (burguesía liberal) y el demócrata—, el demócrata había obtenido el mayor porcentaje de votos, no pudiendo ser vencido más que en el tercer turno por la coalición de los otros dos. (Ver *NGR*, I, pp. 112-115.)

[176] Ver Droz, ob. cit., p. 361.

[177] Resumimos la descripción que hace Droz: los demócratas habían visto como una amenaza grave la ocupación del arsenal por un destacamento del ejército al lado del que ya había de la guardia cívica, la única encargada hasta entonces de su seguridad. Por esta razón organizan la manifestación del 14 de junio ante el arsenal. Suena un tiro. Aparecen banderas rojas. Se levantan barricadas. La guardia cívica se retira del arsenal. El destacamento del ejército se refugia en el primer piso. Los emisarios de los insurrectos y el lugarteniente del destacamento

hacen creer al comandante de éste que la revolución es dueña de Berlín y el rey ha huido. La tropa abandona el arsenal. Sigue un pillaje anárquico de armas hasta que a medianoche un destacamento de la Guardia (unidad selecta del ejército) desaloja el arsenal. Los dirigentes demócratas declaran que es una manifestación espontánea. Según la instrucción criminal que se incoa por orden del gobierno, la manifestación estuvo organizada por el grupo de la *Zeitung-Halle* (ob. cit., pp. 363-364.)

[178] «La Asamblea pactista del 15 de junio», *NGR*, 18.6.1848, I, páginas 114-115. Engels analiza así el asalto del arsenal: «El 14 de junio el pueblo, indignado de ver que los pactistas reniegan de la revolución, marcha sobre el arsenal. Quiere tener una garantía contra la Asamblea y sabe que las armas son la mejor garantía. El arsenal es tomado por asalto y el pueblo se arma por sí mismo. Acontecimiento sin resultado inmediato, revolución a medias, la toma del arsenal tuvo, sin embargo, los siguientes efectos: 1) la Asamblea, temblorosa, retiró su resolución de la víspera y declaró ponerse bajo la protección de la población de Berlín; 2) desautorizó al gobierno en una cuestión que ponía en juego su existencia y rechazó el proyecto de Constitución de Camphausen por una mayoría de 46 votos; 3) el gobierno entró en seguida en plena descomposición. Todo esto fue obtenido gracias al asalto del arsenal». (*NGR*, I, p. 123.)

[179] Engels, «La sesión pactista del 17 de junio», *NGR*, 20.6.1848, I, pp. 123-128.

[180] Engels, «La última hazaña de la Casa de Borbón», *NGR*, 1.6.1848, I, pp. 38-43.

[181] Engels, «Colonia en peligro», *NGR*, 11.6.1848, I, pp. 89-90. *Repealers:* adversarios del Acta de Unión votada en 1800 que suprimía el parlamento irlandés y sometía Irlanda a Inglaterra.

[182] «La caída del gobierno Camphausen», *NGR*, 23.6.1848, I, páginas 135-136. «Piedra infernal» (Höllenstein, en alemán): nitrato de plata, utilizado por los oficiales prusianos para marcar en manos y orejas a los prisioneros polacos durante la represión de Posnania.

[183] «El gobierno Hansemann», *NGR*, 24.6.1848, I, pp. 140-141. Este gobierno, llamado «gobierno de acción», se forma el 26 de junio de 1848 y dura hasta el 21 de septiembre del mismo año. En él desempeña un papel importante, al principio, el economista Rodbertus, representante del centro-izquierda, pero dimite rápidamente.

[184] *NGR*, 18.6.1848, I, p. 115.

[185] Engels, «Detalles sobre el 23 de junio», *NGR*, 26.6.1848, I, páginas 155-159.

[186] «Noticias de París», *NGR*, 27.6.1848, I, p. 160.

[187] Engels, «El 23 de junio», *NGR*, 28.6.1848, I, pp. 162-166.

[188] Engels, «El 24 de junio» (*NGR*, 28.6.1848) y «El 25 de junio» (*NGR*, 29.6.1848), I, pp. 167-174, 175-179.

[189] Marx, «La revolución de junio», *NGR*, 29.6.1848, I, páginas 180-185. El artículo termina expresando la solidaridad de *NGR* con los obreros y sus familias, víctimas de la salvaje represión. La posición que toma *NGR* ante las jornadas de junio, abiertamente al lado del proletariado de París, por la revolución proletaria, le vale la retirada de no pocos accionistas, lo que crea una difícil situación financiera al periódico.

[190] Engels, «La revolución de junio (el desarrollo de la insurrección de París)», *NGR*, 2.7.1848, I, pp. 195-203.

[191] Marx, «La revolución de junio», *NGR*, 29.6.1848, p. 184.

[192] Marx, «Bélgica, "Estado modelo"», *NGR*, 7.8.1848, I, páginas 385-388.

[193] Engels, «La Kölnische Zeitung y la situación en Inglaterra», *NGR*, 1.8.1848, I, pp. 350-355. Antes de las jornadas de junio, la prensa liberal alemana tenía la posición inversa. Los obreros franceses eran los buenos porque se batían por su burguesía, mientras que los ingleses lo hacían por sus intereses de clase. Después de junio, dice irónicamente Engels, «los millones de cartistas de Londres, Manchester y Glasgow se evaporan ante los cuarenta mil insurrectos de París».

[194] Gottschalk tenía treinta y tres años en 1848. Hijo de una familia de artesanos judíos, había estudiado en la Universidad de Bon —coincidiendo en parte con la estancia allí de Marx— medicina y filosofía. Desde 1840 ejercía en Colonia la profesión de médico y cirujano, casi exclusivamente en los medios proletarios. En 1847 encabezaba la comuna de la Liga de los comunistas en Colonia y fue el principal organizador de la manifestación del 3 de marzo.

Muchos años después, en una carta a W. Liebknecht, del 29.10.1889, Engels hace la siguiente caracterización de Gottschalk: «En las condiciones de *aquel tiempo* era un tremendo demagogo. Halagaba a las masas que apenas habían comenzado a despertar, alimentando sus prejuicios tradicionales. Por lo demás no tenía nada en la cabeza, como corresponde al mesías que creía ser. Y como todo mesías estaba por encima de cualquier duda, siendo por ello capaz de cualquier infamia». (*Sochinenia,* t. 37, p. 250.)

Gottschalk es encarcelado a comienzos de julio, acusado de complot, incitación a la guerra civil, etc., y permanece seis meses en prisión. Al salir de ella, en enero de 1849, se agrava su conflicto con Marx.

[195] Ver Mijailov, ob. cit., pp. 226-228, y Droz, ob. cit., p. 529. Según un acta conservada de la reunión de la comuna de la Liga de Colonia el 11 de mayo de 1848 (antes del «eclipse» de la Liga), Gottschalk había decidido darse de baja en la Liga, al parecer por divergencias con Marx y otros miembros. Según el acta, Gottschalk manifiesta que en «los estatutos de la Liga ve una amenaza a su libertad personal» (*Soius Kommunistov,* páginas 206-207).

[196] En este congreso participan 234 delegados de 89 asocia-

ciones democráticas y obreras de 66 ciudades. Se pone de manifiesto la divergencia entre el radicalismo del congreso y la moderación de la izquierda, e incluso la extrema izquierda, de la Asamblea de Francfort. Ya es sintomático que sólo asistieran al congreso dos diputados de la extrema izquierda. Aparece también una divergencia entre los delegados socialistas y los partidarios de una democracia puramente política. El resultado más concreto del congreso fue la constitución de una Comisión central de demócratas alemanes, con sede en Berlín. Pero la actuación de esta comisión fue bastante ineficaz. (Ver Droz, ob. cit., páginas 548-549.)

[197] Citado por D. Frisman en «Karl Marx i Stefan Born», *Problemi marsisma,* Moscú, 1933, n. 1-2. Ver también Droz, obra citada, pp. 357-358.

[198] *Eirinnerungen einos Achtundvierzigers* (Memorias de uno del 48), Leipzig, 1898, p. 139, cit. por Mijailov, p. 234.

[199] Droz, ob. cit., pp. 213-217; Mijailov, ob. cit., p. 236.

[200] Ver Mijailov, ob. cit., p. 239.

[201] Idem, p. 240. Según cuenta Born, durante su estancia en Colonia vivió en la casa de Marx.

[202] «La Concordia de Turín, *NGR,* 25.7.1848, pp. 324-325.

[203] Engels, «Contribución a la historia de la Liga de los comunistas», en *OE,* II, p. 352.

[204] Según referencia del Instituto Marx-Engels-Lenin en *Sochinenia,* t. 5, p. 597.

[205] La Asociación de obreros y patronos, formada después que la Asociación obrera, comprendía obreros y artesanos-patronos, y preconizaba la colaboración de clases, presentando como único enemigo el absolutismo. La convocatoria del congreso de asociaciones democráticas de Renania la firman: por la Asociación democrática: Schneider II y Marx; por la Asociación obrera: Moll y Schapper; por la Asociación de obreros y patronos: Becker y Schutzendorf. (Ver *NGR,* III, anexos, p. 467.)

[206] El 7 y el 22 de julio Marx tiene que comparecer ante las autoridades judiciales de Colonia, en relación con causas instruidas contra *NGR.* Según nota del Instituto Marx-Engels-Lenin, el viaje tenía también como objetivo (incluso lo presenta como el objetivo principal) estrechar contactos con los dirigentes democráticos y obreros e incitarles a una acción más resuelta contra la contrarrevolución. En esta misma nota se dice que los dirigentes demócratas polacos dieron 2.000 talers para *NGR.* (*Sochinenia,* t. 5, pp. 598 y 600.)

[207] «La memoria de Patow sobre el rescate», *NGR,* 25.6.1848, I, páginas 147-149.

[208] Marx, «Proyecto de ley sobre la abolición de las cargas feudales», *NGR,* 30.7.1848, I, pp. 344-349.

[209] Engels, «Debate sobre la legislación relativa al rescate en vigor hasta hoy», *NGR,* 6.8.1848, I, pp. 379-384.

[210] «Detenciones», *NGR,* 4 y 5.7.1848, I, pp. 216, 217-218.

[211] Engels, «Prohibición de los clubs de Stuttgart y Heildelberg», *NGR,* 20.7.1848, I, pp. 299-300; Marx, «Proyecto de ley sobre la prensa en Prusia», *NGR,* 20.7.1848, I, pp. 302-304; Engels, «La disolución de las asociaciones democráticas en Baden», *NGR,* 28.7.1848, I, pp. 341-342; «El proyecto de ley sobre el empréstito obligatorio y su motivación», *NGR,* 26 y 30.7.1848, I, páginas 326-335.

[212] «Proyecto de ley sobre la milicia cívica», *NGR,* 21, 22 y 24.7.1848, I, pp. 305-315.

[213] Engels, «La caída del gobierno de acción», *NGR,* 10.9.1848, II, pp. 12-14. Waldeck era uno de los principales líderes de la izquierda de Francfort.

[214] El Congreso de Viena (1815) había dado a Dinamarca los ducados de Schleswig y Holstein. Pero este segundo ducado, de evidente mayoría alemana, quedaba incluido al mismo tiempo en la Confederación germánica. A través de diversas vicisitudes, el movimiento de liberación nacional de los alemanes de Schleswig-Holstein fue desarrollándose, sobre todo a partir de 1830, bajo la influencia de la revolución de julio en Francia. La gran burguesía comercial de los ducados tenía intereses ligados a Dinamarca y se oponía al movimiento nacional alemán. Este último tomó carácter insurreccional a favor de la revolución alemana de marzo. El 24 de este mes se formó un gobierno provisional en Kiel, que proclamó la independencia de Schleswig-Holstein, declaró la guerra a Dinamarca y pidió ayuda a Prusia. El gobierno provisional, formado por burgueses liberales, intentó frenar la revolución, pero bajo la presión del pueblo tuvo que proponer a la Asamblea de la región de Kiel, elegida por sufragio universal, un proyecto de Constitución, que, según Engels, era el «más democrático de todos los redactados en lengua alemana». Prusia entra en guerra con Dinamarca, pero desde el primer momento comienza a ceder a la presión diplomática de Rusia e Inglaterra, lo cual se refleja en la manera de conducir las operaciones militares y en la aceptación del armisticio cuando la ventaja militar estaba claramente de parte de los alemanes.

[215] Engels, «El armisticio con Dinamarca», *NGR,* 21 y 22.7.1848, I, pp. 316-323. En el artículo se hace referencia a la «célebre nota de Wildenbruch». Se trata de una nota secreta del rey de Prusia, remitida por el comandante Wildenbruch al rey danés, indicando que la guerra de los ducados no tenía por objeto arrancárselos a Dinamarca, sino, esencialmente, luchar en Alemania contra los elementos radicales y republicanos.

[216] Engels, «El armisticio con Dinamarca», *NGR,* 8.9.1848, II, páginas 7-11. El «poder central» de Francfort aludido en el texto es el gobierno del Reich (gobierno del Imperio), que la Asamblea nacional de Francfort forma a comienzos de agosto. Mientras se elabora la Constitución, la Asamblea decide, a título provisional, nombrar un *Vicario del Imperio,* recayendo el nombramiento en el Archiduque Juan, de la familia de los Habsbur-

gos. Una vez nombrado el Vicario del Imperio, la Asamblea disuelve la Dieta Federal (Dieta Unida) y forma el gobierno del Imperio. El poder autónomo efectivo, tanto del Vicario como del gobierno, era prácticamente nulo. Dependía de los soberanos alemanes y, sobre todo, de los de Prusia y Austria.

[217] Engels, «El armisticio pruso-danés», *NGR*, 10.9.1848, II, páginas 15-20. «La guerra que puede surgir ahora de las decisiones de Francfort sería una guerra de Alemania contra Prusia, Inglaterra y Rusia. Y justamente es una guerra de este género la que necesita el movimiento alemán en trance de dormirse, una guerra contra las tres grandes potencias de la contrarrevolución, una guerra que lleve a la absorción de Prusia por Alemania, haciendo de la alianza con Polonia la más ineluctable necesidad, implicando inmediatamente la liberación de Italia, una guerra dirigida a justo título contra los antiguos aliados contrarrevolucionarios de Alemania de 1792 a 1815, una guerra que poniendo «la patria en peligro» la salve justamente, haciendo depender la victoria de *Alemania* de la victoria de la democracia.» (Idem.) La frase «regiones bañadas por el mar» es el comienzo de una canción surgida en 1844, dedicada al Schleswig-Holstein en un espíritu chovinista.

[218] Marx, «La crisis y la contrarrevolución», *NGR*, 12.9.1848, II, pp. 21-22.

[219] Marx, «La crisis y la contrarrevolución», *NGR*, 13.9.1848, II, pp. 23-25.

[220] Marx, «La crisis y la contrarrevolución», *NGR*, 14.9.1848, II, pp. 26-29. En un artículo anterior, Engels plantea que «después de una revolución es de primera necesidad la renovación de todos los funcionarios civiles y militares, de una parte de los magistrados y, sobre todo, de las fiscalías. Si no, el estado de espíritu recalcitrante de los subalternos hace fracasar las mejores medidas tomadas por el gobierno central. La debilidad del gobierno provisional de Francia, la debilidad del gobierno Camphausen, dieron a este respecto los más amargos frutos.» (*NGR*, 11.7.1848, I, p. 248.)

[221] Marx, «La crisis y la contrarrevolución», *NGR*, 16.9.1848, II, p. 30. Los regimientos 1 y 2 de la Guardia —unidades selectas del ejército prusiano— se habían amotinado el 13 de septiembre en Potsdam, a causa de la confiscación por los oficiales de un mensaje de agradecimiento dirigido al diputado Stein y a la Asamblea nacional de Berlín por su resolución del 7 de noviembre. Los soldados llegaron a levantar barricadas. Tres días antes los coraceros de la Guardia se habían negado en Nauen a obedecer a sus oficiales, que les ordenaban disparar contra civiles.

[222] Marx, «La libertad de las deliberaciones de Berlín», *NGR*, 17.9.1848, II, pp. 31-33.

[223] «Asamblea y Comité de salud pública», *NGR*, 15.9.1848, III, pp. 476-480.

[224] Engels, «La ratificación del armisticio», *NGR*, 20.9.1848, II, páginas 34-36.

[225] Las barricadas comienzan a construirse al grito de *Die Prüssen müssen aus der Stadt!* (¡fuera los Prusianos del Estado!). La agitación gana las ciudades próximas. En Hanau el pueblo se apodera de las armas del arsenal. Grupos de campesinos se arman también y deciden marchar sobre Francfort. Pero en la ciudad la opinión está muy dividida. Los obreros y artesanos se muestran decididos y aplican su inventiva manual a la construcción de barricadas. Los combates comienzan en la tarde del 18 y duran más de seis horas. Francfort es ocupada por 7.000 soldados. Los insurrectos tienen 33 muertos y 132 heridos. Las tropas, seis oficiales, 55 suboficiales y soldados muertos. Son disueltas todas las asociaciones, ordenándose la detención de los revolucionarios conocidos. (Sintetizamos la versión de Droz, obra citada, pp. 312-314.) Al conocer la insurrección de Francfort, Struve, dirigente con Hecker de la insurrección republicana de abril en Baden, refugiado en Suiza, decide pasar la frontera con un puñado de hombres y proclamar la República alemana en Lorräch (Baden). El intento fue secundado por pequeños grupos en otros puntos, pero antes de que tomara cuerpo fue aplastado por el ejército prusiano (ídem, p. 316).

[226] Engels, «La sublevación de Francfort (I)», *NGR*, 20.9.1848, II, pp. 37-38. En un artículo del día siguiente Engels dice que los temores de la víspera se han confirmado, pero expresa la confianza en que la lucha campesina pueda prolongarse y extenderse (II, pp. 39-40).

[227] «Reunión popular en Worringen», *NGR*, 19.9.1848, II, anexos, pp. 481-482.

[228] El texto de la resolución se publica en *NGR*, 23.9.1848, II, anexos, p. 483.

[229] La actuación de Marx en la jornada del 25 de septiembre la explica él mismo en la *NGR* del 13 de octubre, cuya referencia damos más adelante. Moll, presidente en ese momento de la Asociación obrera (había reemplazado a Gottschalk, al ser éste detenido), tiene que salir de Colonia y marcha a Londres. Engels y Dronke pasaron a Bruselas, donde fueron detenidos y conducidos a la frontera francesa. Engels llega a París y desde allí marcha a pie a Suiza, donde se instala hasta mediados de enero de 1849, en que puede volver a Colonia. *NGR* deja de salir desde el 28 de septiembre al 11 de octubre, incluidos.

[230] Marx, «La "revolución de Colonia"», *NGR*, 13.10.1848, II, páginas 48-51.

[231] Droz, ob. cit., p. 314.

[232] Engels, «La sublevación de Francfort (II)», *NGR*, 21.9.1848, II, pp. 39-41; «La sublevación de Francfort (I)», *NGR*, 20.9.1848, II, pp. 37-38; «La ratificación del armisticio», *NGR*, 20.9.1848, II, pp. 34-36.

[233] Engels, «Mediación e intervención de Radetzky y de Cavaignac», *NGR*, 1.9.1848, I, pp. 455-456.

[234] Engels, «La lucha liberadora de los italianos y las causas de su actual fracaso», *NGR*, 12.8.1848, I, pp. 444-446.

[235] Engels, «Mediación e intervención de Radetzky y de Cavaignac», *NGR*, 1.9.1848, I, pp. 455-456.

[236] Maniobrando ante la revolución, el emperador Fernando I había concedido en marzo la libertad de prensa y la organización de una guardia nacional. Pero sólo había «prometido» una constitución. Entre marzo y mayo piensa que puede cumplir la promesa «otorgando» una de carácter muy conservador, sin consultar al pueblo. Frente a esta maniobra de la monarquía se forma un Comité central revolucionario que agrupa delegados de la guardia nacional y de la legión académica (organización democrática de estudiantes y profesores). El gobierno imperial cede en algunos aspectos (renuncia al sistema electoral censatario), pero intenta disolver el Comité central. Una gran manifestación popular le obliga a dimitir el 15 de mayo. El 26 de mayo el gobierno intenta, de nuevo, debilitar el movimiento disolviendo la legión académica, pero la movilización armada de los estudiantes le obliga, una vez más, a retroceder. Esta jornada consolida la revolución. Se forma un Comité de seguridad con delegados de la municipalidad, de la legión académica y de la guardia nacional. Los problemas sociales, la miseria e inseguridad de los trabajadores, obreros y artesanos pobres comienzan a ponerse en primer plano. El ala más moderada de los elementos burgueses (cuyos principales representantes en el Comité de seguridad son los delegados de la municipalidad y de la guardia nacional) comienza a inquietarse. A finales de agosto el gobierno decide rebajar los salarios de mujeres y niños, a fin de reducir los gastos de los trabajos públicos emprendidos para aliviar el paro (construcción de carreteras y ferrocarriles, cultivo de nuevas tierras, etc.). Se producen violentas manifestaciones de protesta que son duramente reprimidas por la guardia nacional, resultando una veintena de obreros muertos y gran número de heridos. Los dirigentes demócratas radicales se desolidarizan de esa represión, atribuyéndola a intrigas del gobierno. El Comité de seguridad se disuelve y la dirección del movimiento revolucionario pasa al Club democrático de Viena, en torno al cual se agrupan artesanos, obreros, estudiantes, intelectuales y la fracción más radicalizada de la pequeña burguesía o burguesía media.

[237] Ver Droz, ob. cit., p. 327. La conferencia sobre *Trabajo asalariado y capital* tuvo como base, seguramente, las dadas en Bruselas a finales de 1847. El doctor Jellinek era el líder de la izquierda del Club democrático.

[238] Los defensores de Viena sólo contaban con 30.000 a 40.000 hombres armados, la mayor parte sin instrucción militar, 72 cañones y pocas municiones. Se combate encarnizadamente del 23

al 31 de octubre. El 31 se rinde la ciudad y el 1 de noviembre entran las tropas croatas y austriacas. La represión es implacable. Los tribunales militares funcionan hasta mayo de 1849. Son condenadas a prisión 2.400 personas, sin contar las que sufrieron detenciones breves. Hubo 74 condenas de muerte, de las que fueron ejecutadas 25. Entre ellos el contradictor de Marx, doctor Jellinek. Otro de los fusilados fue Robert Blum, uno de los dos delegados de la Asamblea nacional de Francfort, que habiendo participado en los combates no quiso huir, pudiendo hacerlo. Había declarado: «En Viena se decide la suerte de Alemania y tal vez de Europa. Si la revolución triunfa aquí reanudará en todas partes su ciclo de victorias; si es aplastada, reinará durante un tiempo sobre Alemania la paz de los cementerios». (Citado por Droz, ob. cit., p. 338.)

[239] Marx, «La revolución en Viena», *NGR*, 12.10.1848, II, páginas 46-47.

[240] Marx, «Respuesta del rey de Prusia a la delegación de la Asamblea nacional», NGR, 19.10.1848, II, p. 63.

[241] En el artículo de *NGR* del 5 de noviembre, sin conocer aún la rendición de Viena, Marx dice que el ejército sitiador de Viena está cogido entre los vieneses y el ejército húngaro, fuerte de 80.000 hombres. Según Droz, los húngaros vacilaron en su avance porque no se atrevían a irrumpir en Viena sin una petición oficial de ayuda de los defensores de la ciudad. Pero una fracción de los dirigentes vieneses vaciló a su vez en dar ese paso. (Droz, ob. cit., p. 337.)

[242] Marx, «Victoria de la contrarrevolución en Viena», *NGR*, 7.11.1848, II, pp. 94-97. *Vae victis!*: ¡Ay de los vencidos!

[243] Idem.

[244] Extracto del acta de la reunión del Comité de la Asociación obrera, del 16.10.1848, en *NGR*, III, anexos, pp. 487-488. Las objeciones de Marx a su candidatura para la presidencia de la Asociación obrera eran dos: 1) su situación precaria en Colonia, porque las autoridades prusianas le habían negado la renaturalización (Marx había renunciado a la nacionalidad prusiana durante su exilio en Bruselas para evitar ser entregado a las autoridades de Berlín, que habían solicitado su extradición); 2) su excesivo trabajo en *NGR* dada la ausencia de varios miembros de la redacción. (Idem.)

[245] Extracto del acta de la sesión de la asamblea general de la Asociación obrera del 22.10.1848, en *NGR*, III, anexos, pp. 488-489. El dato relativo a la discusión de las *Reivindicaciones* lo da Mijailov, que lo toma del órgano de la Asociación obrera (ob. cit., página 265).

[246] Ver Droz, ob. cit., p. 550. En el congreso se discute también el problema de la constitución y se adopta la Declaración de los derechos del hombre. Se elige un nuevo Comité central, cuyas principales figuras son D'Ester, Reichenbach y Hexamer. D'Ester había sido o era miembro de la Liga (las informacio-

nes no son seguras) y estaba relacionado con Marx y Engels.

[247] Marx, «Llamamiento del congreso demócrata al pueblo alemán», *NGR*, 3.11.1848, II, pp. 81-84.

[248] Ver Droz, ob. cit., p. 391.

[249] Marx, «La crisis de Berlín», *NGR*, 12.11.1848, II, pp. 100-104.

[250] Marx, «La contrarrevolución en Berlín», *NGR*, 12.11.1848, II, pp. 100-104.

[251] Marx, «La contrarrevolución en Berlín», *NGR*, 12.11.1848 (segunda edición), II, pp. 104-107. Marx dice que la contrarrevolución se desacredita en Berlín porque sus jefes, los Wrangel y los Brandenburg, son «cerebros obtusos», sin «voluntad propia», simples cumplidores de órdenes que a su vez son vacilantes, temblorosas, sin decidirse a desencadenar la lucha.

La frase sobre el gallo galo, que Marx y Engels repiten en varias ocasiones, parafrasea otra de Heine refiriéndose a la revolución francesa de julio de 1830: «El gallo galo ha cantado ya dos veces y en Alemania amanece». (Prefacio a *Kahldorf über den Adel in Briefen an den Grafen M. von Molkte*, marzo 1831.)

[252] Idem, pp. 106-107.

[253] Marx, «La contrarrevolución en Berlín», *NGR*, 14.11.1848, II, pp. 107-108.

[254] Directiva del Comité demócrata de la provincia renana, *NGR*, 15.11.1848, II, pp. 120-121.

[255] *Correspondance*, ed. cit., I, p. 552. Por club democrático-monárquico Marx designa la Asamblea permanente. Por cuerpos francos, destacamentos de voluntarios.

[256] Marx, «El gobierno, acusado», *NGR*, 15.11.1848, II, páginas 122-123.

[257] Marx, «Las confesiones de un alma pura», *NGR*, 17.11.1848, II, pp. 125-130. Potsdam era la residencia del rey en ese momento; «¡¡¡Se acabaron los impuestos!!!», ídem, pp. 132-133.

[258] Marx, «El edicto de Eichmann», *NGR*, 19.11.1848, II, páginas 134-136.

[259] *NGR*, 19.11.1848, II, p. 137.

[260] Marx, «El consejo municipal», *NGR*, 21.11.1848, II, páginas 142-143; *NGR*, 21.11.1848, II, p. 144.

[261] Marx, «A propósito de la proclamación del gobierno Brandenburg sobre la negativa a los impuestos», *NGR*, 22.11.1848, II, página 145.

[262] Marx, «La Asamblea de Francfort», *NGR*, 23.11.1848, II, páginas 149-150; «Estado de sitio en todas partes», ídem, páginas 151-152.

[263] Citado por Mijailov, ob. cit., pp. 268-269, que lo toma de *Freineit, Brüderlichkeitm, Arbeit* (órgano de la Asociación obrera), del 30.11.1848.

[264] El 22 de noviembre de 1848 el Comité central de la Fraternidad envió la siguiente directiva a sus comités regionales y locales: «¡Hermanos! Les proponemos que todos los comités regionales y locales de la Fraternidad Obrera concentren todas sus fuerzas y medios en armar a los obreros. Se han dado las correspondientes instrucciones a las cajas de las asociaciones para que apoyen el armamento del pueblo, adelantando sumas a bajo interés. Los obreros armados deben unirse entre sí y luchar en todas partes contra los enemigos. Hemos propuesto a nuestros hermanos de la dirección de Prusia no limitarse a seguir las decisiones de la Asamblea nacional, sino preparar un movimiento lo más enérgico posible. Ha llegado la hora en Alemania de que cada ciudad y aldea se convierta en una fortaleza contra la tiranía. Comunicadnos lo que habéis emprendido para la causa de la libertad». (Citado por Mijailov, ob. cit., pp. 266-267, que lo toma de *Geschichte der Arbeiter bewegung*, t. I, p. 524.)

[265] La apreciación de que Prusia se encuentra en vísperas de la guerra civil está en el artículo «El movimiento revolucionario en Italia», *NGR*, 30.11.1848, II, p. 197; la carta a Engels, en *Correspondance*, I, p. 555.

[266] Marx, «Disolución de la Asamblea nacional», *NGR*, 7.12.1848, II, pp. 201-202.

[267] Marx, «El golpe de estado de la contrarrevolución», *NGR*, 8.12.1848, II, p. 221.

[268] Ver Droz, ob. cit., p. 397.

[269] Idem.

[270] Marx, «El movimiento revolucionario en Italia», *NGR*, 30.11.1848, II, pp. 192-197.

[271] Marx, «La burguesía y la contrarrevolución», *NGR*, 10.12.1848, II, pp. 222-227.

[272] Idem, *NGR*, 15.12.1848, II, pp. 227-231. Hay versión española de este segundo artículo, en *OE*, ed. cit., I, pp. 51-55.

[273] Ver p. **239.**

[274] Marx, «La burguesía y la contrarrevolución», *NGR*, 16.12.1848, II, pp. 231-237.

[275] Idem, *NGR*, 31.12.1848, II, pp. 237-250.

[276] Marx, «La contrarrevolución prusiana y la magistratura», *NGR*, 24.12.1848, II, pp. 268-276.

[277] Marx, «El movimiento revolucionario en Italia», *NGR*, 30.11.1848, II, pp. 192-197.

La guerra de liberación nacional italiana iniciada en marzo de 1848 contra la dominación austriaca, encabezada por el reino de Cerdeña (el actual Piamonte, principalmente), en cuyo trono estaba Carlos Alberto, termina con la derrota de Custoza (25 de julio de 1848) y la entrada de los austriacos en Milán (5 de agosto). Se firma un armisticio el 9 de agosto. La resistencia al ejército austriaco se mantiene únicamente en Venecia, donde los republicanos se sublevan el 11 de agosto, dirigidos por el abogado Manín, y resisten durante un año. El fracaso de Carlos Alberto, debido en gran parte a su política, dominada por los intereses dinásticos, impulsa a los republicanos a tomar la ini-

ciativa en algunos estados italianos. En Florencia, capital de Toscana, el gran duque Leopoldo II cede ante una insurrección de los republicanos a fines de octubre y se forma un gobierno de izquierda. En enero de 1849, después de la huida de Leopoldo, se proclama la república. Pío IX maniobra también en sus Estados para prevenir la revolución. Nombra jefe de gobierno al conde Rossi, político liberal enemigo de reformas profundas. Rossi perece en un atentado el 15 de noviembre, el Papa huye a Gaeta (reino de Nápoles) y en Roma se proclama la república, eligiéndose una Asamblea constituyente que el 6 de febrero de 1849 declara abolido el poder temporal del Papa. Se confía el poder ejecutivo a un triunvirato, cuya principal personalidad es Mazzini. Garibaldi manda el ejército de voluntarios republicanos (las camisas rojas) que debe proteger a la nueva república.

[278] *10 de abril de 1848:* el ejército y las fuerzas de orden público (los llamados constables) bloquean una gran concentración proletaria organizada por los cartistas, impidiéndole dirigirse al parlamento para entregar la tercera petición demandando la adopción de la Carta; *15 de mayo:* represión de la manifestación del proletariado de París, que irrumpe en la Asamblea constituyente e intenta imponer un nuevo gobierno. Son detenidos y procesados los líderes revolucionarios (Blanqui, Barbés, Raspail y otros), cuyo proceso se vería en marzo-abril de 1849, siendo condenados a largos años de cárcel. Este golpe debilitó considerablemente la dirección del movimiento revolucionario francés; *25 de junio:* aplastamiento de la insurrección del proletariado de París; *6 de agosto:* entrada en Milán de las tropas austriacas; *1 de noviembre:* caída de Viena.

[279] Ver nota 236.

[280] Marx, «El movimiento revolucionario», *NGR*, 1.1.1849, II, páginas 280-283.

[281] Uno de esos raros comentarios es el artículo «*La Réforme* de París a propósito de la situación en Francia», donde Marx polemiza con la interpretación idealista de la revolución expuesta en un editorial de *La Réforme*. Le opone la interpretación basada en la lucha de clases. No añade nada nuevo, salvo en la explicación de por qué, después de las jornadas de junio, reverdecen en la burguesía las actitudes monárquicas. «*La Réforme*, escribe Marx, juzga siempre el carácter de la revolución de febrero según las declaraciones de febrero. Lejos de ser roto por la revolución de febrero, el despotismo burgués encontró su plena realización. La corona, última aureola feudal que disimulaba la dominación de la clase burguesa, fue arrancada. La dominación de capitalismo apareció netamente. Durante la revolución de febrero la burguesía y el proletariado combaten un enemigo común. Desde que el enemigo común fue eliminado, las dos clases hostiles quedaron solas en liza y entre ellas tenía que comenzar el combate decisivo. Pero si la revolución de febrero ha completado la dominación de la burguesía, ¿a qué viene, podría preguntarse, la recaída de la burguesía en el monarquismo? Nada más simple. La burguesía tiene la nostalgia del período en que reinaba sin asumir la responsabilidad de su dominación; cuando un poder aparente se interponía entre ella y el pueblo, debía actuar a su favor y al mismo tiempo servirle de máscara; cuando tenía, por así decirlo, un chivo expiatorio coronado, al cual atacaba el proletariado cada vez que quería alcanzar a la burguesía, contra el cual ella misma se aliaba al proletariado cada vez que ese poder resultaba molesto y pretendía afirmarse como tal. El rey era su pararrayos contra el pueblo y el pueblo su pararrayos contra el rey.» (*NGR*, 3.11.1848, II, páginas 83-88.)

[282] El primero de estos textos de Engels, «Relato del viaje de París a Berna», fue publicado por primera vez en la revista de Kautsky, *Die Neu Zeit*, en 1898, y figura como anexo en la edición francesa que venimos utilizando de los artículos de la *NGR* (III, pp. 438-460). Sobre el origen de este viaje de Engels ver nota 229. El viaje lo hace a pie, deteniéndose en varios pueblos franceses. El segundo texto, «La clase obrera francesa y las elecciones», ha permanecido inédito hasta su publicación en la edición soviética de las obras de Marx y Engels. Se encuentra también en la edición citada de *NGR*, III, pp. 426-432.

[283] El partido socialista democrático se había dividido desde febrero en dos grupos. El de Ledru-Rollin, que participa en el gobierno provisional y luego en la comisión ejecutiva, haciendo el juego, de hecho, a la burguesía republicana y siendo cómplice, incluso, de la represión de junio. Engels caracteriza a Ledru-Rollin de representante de la pequeña burguesía radical y dice que el 25 de febrero, «cuando el proletariado en armas era dueño de París y se podía alcanzar una victoria total, esas gentes, en lugar de acciones revolucionarias no tuvieron más que sublimes palabras de apaciguamiento, en lugar de medidas rápidas y decisivas, promesas y consuelos» (*NGR*, III, p. 429). El otro grupo, representado por Raspail y Barbés, había preconizado una línea de acción más resuelta orientada —dicho con palabras de Raspail— a «la sustitución del capital por el trabajo». El encarcelamiento de Raspail a consecuencia del 15 de mayo le había dado aún mayor popularidad. Como dice Dautry: «La candidatura de Raspail tenía la significación de una protesta proletaria contra todo lo ocurrido desde junio y en especial contra la Constitución adoptada» (*1848 et la deuxième République*, ed. cit., p. 233). Al iniciarse los combates de junio, la comisión ejecutiva (especie de segundo gobierno provisional designado por la Asamblea constituyente) dimite y la Asamblea decreta el estado de sitio y concede poderes dictatoriales al general Cavaignac. Aunque estos poderes son suprimidos el 28 de junio, Cavaignac sigue en el poder hasta el 15 de diciembre, cuando entra en funciones como presidente de la república

Luis Napoleón, elegido el 10 de diciembre. La Constitución aprobada por la Asamblea el 12 de diciembre no recogía ninguna de las conquistas sociales de febrero.

[284] Marx, «El movimiento revolucionario», *NGR*, 1.1.1849, II, página 281. En un artículo posterior, «Los mil millones», Marx considera que esa tendencia de los campesinos se acentúa cada vez más, polarizándose en torno a la reivindicación de *Devolución de los mil millones*. Después de la restauración de la monarquía en 1814, con Luis XVIII, se concedió a los contrarrevolucionarios emigrados, es decir, a los aristócratas, etc., una indemnización de mil millones. Cuando el gobierno provisional decretó un impuesto suplementario de 45 céntimos que habría de provocar la cólera de las masas campesinas (al que alude el artículo de Engels más arriba citado calificándolo de error del gobierno provisional), en París aparecieron pasquines reclamando que en lugar de aumentar los impuestos se ordenara la devolución de los mil millones. Aunque bajo otra forma —un impuesto de mil millones sobre los ricos— esta reivindicación la presentó Barbés en la Asamblea nacional. En su campaña electoral Luis Bonaparte había prometido la anulación del aumento de los 45 céntimos y la devolución de lo entregado. La campaña por la devolución de los mil millones cobró nuevo vigor, unida a la exigencia de que fuera utilizada para reembolsar lo pagado en concepto de aumento del impuesto. Esta reivindicación se hizo muy popular en las masas campesinas y numerosas comunas rurales se dirigieron a la Asamblea apoyándola. Marx ve en ella «la primera medida revolucionaria que precipita a los campesinos en la revolución» (*NGR*, 16.3.1849, III, pp. 168-173). Los hechos mostraron que este juicio era extraordinariamente exagerado.

[285] «La situación en París», *NGR*, 31.1.1849, II, pp. 352-355. El primer subrayado es nuestro.

[286] Engels, «La lucha de los magiares», *NGR*, 13.1.1849, II, páginas 299-312. En un artículo posterior —aparece en el último número de *NGR* (19.5.1849), III, pp. 367-378)— Engels relata la historia de la revolución nacional húngara. Resumimos brevemente su contenido.

En el otoño de 1847 la Dieta de Presburg, bajo el liderazgo de Kossuth, adopta una serie de decretos de carácter antifeudal, y el 24 de febrero de 1848, coincidiendo con la revolución de París, reclama un gobierno autónomo. La revolución de Viena derriba las últimas resistencias y el 16 de marzo el gobierno austriaco acuerda la autonomía. Los lazos entre Austria y Hungría quedan reducidos a la unión personal dinástica. En el marco de la autonomía la revolución progresa rápidamente: supresión de todos los privilegios políticos, introducción del sufragio universal, abolición de las cargas feudales, etc. Se realiza la unión con Transilvania (así la llama Engels, pero ¿no era contra la voluntad de la población?) y la destitución del Ban rebelde de Croacia, Jellacié (jefe de los croatas, que se rebela contra la dominación húngara). Pero el ejército imperial se rehace apoyándose en el ejército de Italia (el que ocupa el nordeste italiano), en las apetencias nacionales de los checos, croatas y serbios, en la incorregible (*sic*) estrechez de espíritu de los campesinos rutenos. El 17 de junio estalla una insurrección serbia y el 25 de agosto Jellacié declara la guerra al gobierno de Hungría. Todo ello con la instigación y ayuda secreta del gobierno austriaco. El gobierno húngaro intenta que el Emperador vuelva a la vía constitucional. Envían a Viena una delegación de 200 miembros, pero el Emperador responde con evasivas. La agitación en Hungría crece y el pueblo impone un cambio de gobierno, apartando algunos «traidores» y haciendo a Kossuth presidente del nuevo gobierno. El 26 de septiembre el Emperador destituye el gobierno húngaro y nombra gobernador de Hungría a Jellacié. Al principio, aprovechando la desorganización en el estado mayor húngaro y algunas traiciones —algunos elementos de la alta nobleza húngara toman partido por el Emperador—, las tropas de Jellacié penetran en Hungría, pero finalmente son batidas, rechazadas al territorio austriaco y el ejército húngaro llega a las puertas de Viena, paralizando su avance por las razones ya sabidas (ver nota 241). Después de la caída de Viena las tropas húngaras son derrotadas en Schmechat, y durante unas semanas se observa una tregua que ambos lados aprovechan para reforzarse. A finales de diciembre el mando imperial pasa a la ofensiva con un ejército de 200.000 hombres, de los cuales más de la mitad son croatas, serbios, rumanos, etc. Los húngaros disponen de unos 80.000 hombres entrenados y 60.000 reservistas o voluntarios mal preparados. El entusiasmo y la energía del pueblo permite a Kossuth, mientras organiza una lenta retirada, movilizar al máximo los recursos del país y preparar las condiciones de una gran contraofensiva en marzo y abril de 1849, llevando la guerra más allá de sus fronteras. El 14 de abril se proclama la independencia. Pero los rusos preparan su intervención.

[287] «La proclamación de la república en Roma», *NGR*, 22.2.1849, II, pp. 109-110.

[288] Engels, «La guerra en Italia y en Hungría», *NGR*, 28.3.1849, III, pp. 206-211.

[289] Engels, «La derrota de los piamonteses», *NGR*, 31 de marzo y 1 y 4 de abril de 1849. *NGR*, III, pp. 212-220.

[290] ¿En que se basa Engels para atribuir esa disposición al ejército francés? Ni en este texto ni en ningún otro de este período hemos encontrado la menor explicación. En su historia de la revolución del 48, Dautry dice que existía cierta agitación entre los militares, sobre todo a nivel de los suboficiales, pero que, en realidad, «los elementos de oposición en el ejército son una débil minoría» (ob. cit., p. 245). Se tiene la impresión de que Engels razona un poco por analogía con las reacciones

del ejército en la época napoleónica. Como reconocerá muchos años después, el mimetismo respecto de la «gran revolución» les inducirá con frecuencia a error, tanto a él como a Marx. A este aspecto nos referiremos en la tercera parte.

[291] «La nueva Santa Alianza», *NGR*, 31.12.1848, II, páginas 278-279.

[292] Engels se apoya en informaciones publicadas por la prensa francesa, sobre la existencia de un gran complot contrarrevolucionario de las grandes potencias, una Santa Alianza más, concluida esta vez entre Rusia, Inglaterra, Prusia, Austria, Francia y Cerdeña. Carlos Alberto, rey de Cerdeña, habría recibido el encargo de provocar la guerra con Austria para dar al ejército austriaco la justificación para restablecer el orden en Piamonte, Florencia y Roma. A cambio, Carlos Alberto recibiría Parma y Plasencia, los rusos pacificarían Hungría y en Francia se restauraría el Imperio. (*NGR*, III, p. 217.)

[293] Engels, «La política francesa», *NGR*, 4.4.1849, III, páginas 221-222. Engels cita aquí unas palabras de autocrítica de Ledru-Rollin pronunciadas en una intervención ante la Asamblea nacional: «Sí, debo confesarlo, he actuado mal; el gobierno provisional hubiera debido enviar sus soldados a las fronteras no para entregarse a conquistas, sino para proteger a nuestros hermanos oprimidos, y entonces se hubieran acabado los déspotas en Europa. Pero en esa época vacilamos en desencadenar la guerra. La culpa recae sobre la monarquía, que había agotado nuestras finanzas y vaciado nuestros arsenales».

[294] El ejército austriaco, contorneando Piamonte, había entrado en los ducados de Parma y Módena, así como en el gran ducado de Toscana, restaurando los correspondientes soberanos. Más tarde entra en Bolonia y la Romaña, zona norte de los Estados pontificios. Pero en Roma se adelantan los franceses. Finalmente (los austriacos) se apoderan de Venecia el 22 de agosto. Todas las revoluciones italianas, así como el movimiento por la unidad nacional, quedan aplastados por varios años.

[295] Engels, «El ejército prusiano y la sublevación popular revolucionaria», *NGR*, 8.5.1849, III, pp. 320-322; «Ofensiva de la contrarrevolución y victoria de la revolución», *NGR*, 10.5.1849, III, pp. 337-338.

[296] Engels, «El ejército prusiano y la sublevación popular revolucionaria», *NGR*, III, p. 337.

[297] Engels, «Los rusos», *NGR*, 22.4.1849, III, pp. 266-269.

[298] Engels, «Hungría», *NGR*, 19.5.1849, III, pp. 367-378.

[299] Engels, «La lucha de los magiares», *NGR*, 13.1.1849, II, página 312.

[300] Engels, «El paneslavismo democrático», *NGR*, 15 y 16 de febrero de 1849, III, 62-82.

[301] Engels, «La lucha de los magiares», *NGR*, II, p. 308. Engels ilustra esta tesis con varios ejemplos: en Escocia, el pueblo de Gales apoyó a los Estuardos de 1792 a 1800; en Francia, los bretones sostuvieron a los Borbones de 1792 a 1800; en España, los vascos son la base de Don Carlos. En el artículo «El paneslavismo democrático» —que quiere ser una demostración de la imposibilidad de tal paneslavismo— dice que el destino de la revolución de 1848 dependía de la posición de los checos y eslavos del sur, y éstos se pusieron de parte de la contrarrevolución. A la objeción de que el congreso de Praga tenía un carácter revolucionario, Engels aduce que según recientes informaciones de Bakunin el congreso no fue dispersado por los alemanes, sino por tropas formadas de eslavos de Galitzia, de checos y de eslovacos. Además, dice, el bombardeo de una ciudad como Praga hubiera despertado en cualquier otra nación un odio inextinguible contra los opresores. Pero los checos besaron el látigo que los había fustigado y se alinearon con entusiasmo bajo la bandera de los que habían asesinado a sus hermanos y violado a sus mujeres.

[302] «La independencia de algunos californianos y tejanos españoles puede sufrir, la "justicia" y otros principios morales pueden ser violados aquí o allá, pero ¿qué importancia tiene eso ante hechos tan importantes de la historia universal?» (*NGR*, III, p. 66).

[303] Imaginando un Estado moravo-bohemio independiente, separando como una cuña Silesia y Austria, y una «república de los eslavos del sur», cortando a Austria y Stiria de su salida natural al Adriático y el Mediterráneo, Engels exclama indignado: «¡Y todo esto en agradecimiento al trabajo que se han dado los alemanes por civilizar a los checos y eslovenos, de dura cabeza, y por introducir entre ellos el comercio, la industria, una explotación agraria rentable y la cultura!». (Idem, p. 71.)

[304] «Una sola tentativa valerosa de revolución democrática, incluso si es aplastada, borra de la memoria de los pueblos siglos enteros de infamia y cobardía, rehabilita inmediatamente a una nación profundamente despreciada hasta entonces. Los alemanes nos apercibimos el año pasado. Pero mientras que franceses, alemanes, italianos, polacos y magiares izaban la bandera de la revolución, los eslavos, *como un solo hombre*, se han enrolado bajo la bandera de la contrarrevolución. A la cabeza, los eslavos del sur, que desde hace muchos años ya han defendido contra los magiares sus apetitos contrarrevolucionarios; después, los checos, y detrás de ellos, armados para la batalla y prestos a intervenir en el momento decisivo, *los rusos*.» (Idem, p. 76.)

[305] Sigmann dice en su historia de la revolución del 48 que los voluntarios polacos del ejército húngaro insistieron repetidamente en que se intentara una reconciliación con los croatas, serbios, eslovacos y rumanos sin ser escuchados por la dirección húngara. Kossuth desautorizó al enviado en París, L. Teleki, que en una reunión de la emigración internacional había prometido una amplia autonomía a los pueblos de Hungría. (Sigmann, ob. cit., página 311.)

[306] Ver Droz, ob. cit., pp. 471-475. A la cuestión de la «corona imperial» y su rechazo por el rey de Prusia nos referimos más adelante.

[307] Al ser liberado, Gottschalk intenta volver a la presidencia de la Asociación obrera, proponiendo, al mismo tiempo, aumentar los poderes del presidente. La asamblea de la Asociación rechazó esta propuesta. Decepcionado e indignado por esta actitud de los miembros de la Asociación que antes le seguían sin vacilar, Gottschalk decidió exiliarse voluntariamente. Pero sus amigos controlaban el periódico de la Asociación (*Freiheit, Brüdetlichkeit, Arbeit*), que reanuda su publicación en enero con el título *Freiheit, Arbeit*. El 29 de enero la Asociación decidió no reconocer esta publicación como órgano suyo y reanudar la edición del primero, que se publicó desde el 8 de febrero de 1849 hasta mediados de julio del mismo año, paralelamente al portavoz del grupo Gottschalk. Gottschalk se presentó candidato por Bonn en las elecciones a grandes electores, sin éxito. A partir del verano de 1849 Gottschalk dejó, casi por completo, las actividades políticas, consagrándose a su labor de médico de los pobres. En esos meses se declaró una epidemia de cólera en Colonia y Gottschalk fue el único médico que luchó contra el mal en las barriadas miserables donde vivían los obreros, sucumbiendo él mismo en septiembre de 1849. Su entierro fue una manifestación del proletariado de Colonia. (Ver Mijailov, ob. cit., página 276, y Nikolaevski, ob. cit., p. 159.)

[308] «Sesión del Comité de la Asociación obrera del 15 de enero de 1849», reproducido en los anexos de *NGR*, III, pp. 501-502.

[309] El primer juicio contra la *NGR* tiene lugar el 7 de febrero de 1849. Comparecen Marx, como director, Engels, redactor, y Korff, gerente, para responder del artículo *Detenciones*, publicado en el número del 5 de julio de 1848 con motivo de las detenciones de Gottschalk y Anneke. El 8 de febrero se ve el juicio contra Marx, Schapper y el demócrata Schneider por su actuación como miembros del Comité renano del partido demócrata, acusados de incitación a la rebelión en el llamamiento del 18 de noviembre de 1848, invitando a la población renana a participar en la campaña de boicot de los impuestos. Marx comenta el fallo absolutorio de los jurados como legitimatorio del acuerdo de la Asamblea nacional y del llamamiento, en cumplimiento de ese acuerdo, a resistir a la fuerza pública, a organizar una fuerza armada que resista a la fuerza del Estado, a deponer y nombrar por cuenta propia las autoridades que se opongan. (*NGR*, III, pp. 47-48.)

[310] Las intervenciones de Marx y Engels en ambos procesos se publican en los números de *NGR* del 14, 25 y 27 de febrero de 1849, III, pp. 7-46. En su defensa, Marx desmonta una vez más el mecanismo del *pactismo*. Uno de sus elementos era querer conservar el «terreno jurídico», pero era «una ilusión de juristas, porque no es la sociedad la que reposa sobre leyes, sino las leyes sobre la sociedad. Mantener las leyes anteriores es entrar a cada paso en contradicción con las nuevas necesidades y preparar así crisis sociales que estallan bajo la forma de revoluciones políticas». Se refiere también al factor de dualidad de poderes que interviene en la situación revolucionaria creada en Alemania (el poder de la Asamblea nacional y el poder del rey). Aunque «concluyeron un armisticio y el pueblo fue engañado», eran dos poderes soberanos y «uno de los dos debe destruir el otro; dos poderes soberanos no pueden funcionar conjuntamente y simultáneamente en un mismo Estado; no tiene sentido, como la cuadratura del círculo». Respondiendo al fiscal que reprocha a la Asamblea nacional no haber querido la reconciliación, Marx dice: «Si el pueblo hace algún reproche a la Asamblea nacional es por su frenesí de reconciliación (...). Es su manía de pactar la que le ha apartado poco a poco del pueblo, la que le ha hecho perder posiciones, la que finalmente la ha expuesto a los ataques de la corona sin tener la nación tras ella. Cuando al fin ha querido afirmar su voluntad se ha encontrado aislada, impotente, justamente porque no ha sabido manifestar y afirmar su voluntad en el momento oportuno». Plantea que el pactismo ha hecho quiebra porque no se trataba del conflicto entre dos fracciones políticas sobre el terreno de una misma sociedad, sino del «conflicto de dos sociedades, de un conflicto social que había tomado una forma política», la lucha entre la vieja sociedad feudal burocrática y la sociedad burguesa moderna. Señala que el boicot de los impuestos ha sido un arma eficaz en las revoluciones burguesas. Por ahí empezó la revolución inglesa del siglo XVII.

[311] Marx, «Montesquieu LVI», *NGR*, 21 y 22.1.1849, II, páginas 319-336.

[312] En ese sector de la burguesía que indiferente a los intereses generales de su clase busca su interés particular, incluso antagónico con aquéllos, Marx ve en ese momento: «los barones de las finanzas, los grandes acreedores del Estado, los rentistas, cuya riqueza crece en proporción a la pobreza del pueblo, y gentes cuya actividad está vuelta hacia las situaciones políticas del pasado. Por ejemplo, Dumont y su proletariado literario zarrapastroso, profesores ambiciosos, abogados y otros personajes del mismo género, que no pueden esperar puestos de importancia más que en un Estado donde sea lucrativo traicionar el pueblo en beneficio del gobierno. Fabricantes aislados que hacen buenos negocios con el gobierno, proveedores que obtienen pingües beneficios de la explotación general del pueblo, pequeñoburgueses cuya influencia desaparece en la vorágine de la gran vida política, consejeros municipales que bajo la protección de las instituciones existentes hasta hoy podían hacer triunfar sus sucios intereses privados a costa de los intereses públicos, negociantes en aceite que por traicionar a la revolución han sido hechos caballeros de la Orden del Aguila, mercaderes de paños

en quiebra y especuladores sobre los ferrocarriles convertidos en directores de la Banca real...». El Dumont de que habla aquí Marx era el propietario de la *Kölnische Zeitung,* y el «negociante en aceite» condecorado, Camphausen.

[313] *NGR,* II, p. 335; *NGR,* III, p. 54.

[314] Marx, «La división del trabajo en la *Kölnische Zeitung*», *NGR,* 11.2.1849, III, p. 57.

[315] Marx, «La National Zeitung de Berlín», *NGR,* 27 y 28.1.1849, II, pp. 347-350. «Esos señores "quieren" no la revolución, sino un ramillete de resultados de la revolución: un poco de democracia, un poco de constitucionalismo, algunas leyes nuevas, el arrinconamiento de las instituciones feudales, la igualdad civil, etc. (...). Pero lo más divertido es que a la evolución histórica le tiene sin cuidado lo que esos señores "quieren" o "no quieren".» (Idem, p. 350.)

[316] Marx, «La *Kölnische Zeitung* y las elecciones», *NGR,* 1.2.1849, II, pp. 360-361.

[317] «El proceso político», *NGR,* 10.2.1849, III, p. 50. «Prisiones de Pensylvania»: Marx designa el sistema penitenciario de aislamiento de cada detenido en una celda. La primera cárcel de este tipo fue instalada en Filadelfia, Estado de Pensylvania (Estados Unidos) en 1791.

[318] Art. de la nota 314, pp. 341-342.

[319] «Stein», *NGR,* 18.2.1849, III, pp. 95-96.

[320] Marx, «La Asociación de marzo de Francfort y la *Nueva Gaceta Renana*», *NGR,* 17.3.1849, III, p. 174.

[321] Idem, pp. 174-175. Marx hace un paralelo entre la Asociación de marzo y el *Club des feuillants,* de París, que durante la gran revolución francesa defiende al mismo tiempo el rey y la constitución. Según Marx, los vacilantes de ese tipo «siempre han sido apartados antes de que estalle la verdadera revolución» (p. 175).

[322] «Viena y Francfort», *NGR,* 13.3.1849, III, p. 147. La Constitución elaborada por la Asamblea de Francfort contenía como introducción una declaración de los derechos fundamentales del pueblo alemán, que había sido aprobada ya en 1848.

[323] Engels, «El debate de Berlín sobre el mensaje», *NGR,* 30.3.1849, III, pp. 194-197, 204-205.

[324] Ver Mijailov, ob. cit., p. 280.

[325] Ver Mijailov, ob. cit., pp. 278-279. Lo toma de *Freiheit, Arbeit* del 25.2.1849. Citado también por Nikolaevski (ob. cit., páginas 158-159), del que tomamos el pasaje final, no citado por Mijailov. En abril la primera sección de la Asociación obrera de Colonia adopta una moción criticando severamente el comportamiento político de Gottschalk y apoyando la táctica de Marx. En el primer punto de la moción se dice que Gottschalk ha presentado en su órgano a Marx como «amigo y de la misma opinión que el diputado Franz Raveaux, de Francfort, cuando en realidad en la sesión del Comité, el 8 de febrero, el ciudadano Marx se expresó de modo tal que sosteniendo momentáneamente la candidatura de Raveaux y Schneider II estaba muy lejos de coincidir con esos señores en el plano de los principios, y además el primero ha sido atacado sin contemplaciones por la *Nueva Gaceta Renana* cuando estaba en el apogeo de su gloria. Además, por el momento, la cuestión no está entre demócratas rojos y demócratas pálidos, sino que se trata esencialmente de oponerse al absolutismo, y para alcanzar ese objetivo los demócratas rojos y los demócratas pálidos deben unirse frente a los reaccionarios» (*NGR,* III, anexos, pp. 509-510).

Raveaux era un burgués liberal de Colonia, uno de los jefes del centro en la Asamblea de Francfort. Participó en la insurrección de Baden. Schneider II, un abogado de Colonia, presidente del Comité central demócrata de Renania, elegido diputado a la segunda Asamblea prusiana en las elecciones de enero de 1849.

[326] Ver Mijailov, ob. cit., p. 279; Nikolaevski, ob. cit., p. 159; A. Cornu, *Karl Marx et la revolution de 1848,* PUF, 1848.

[327] Marx, «Un documento burgués», *NGR,* 5.1.1849, II, páginas 285-286. Marx toma como base para sus consideraciones el contrato de trabajo de los obreros municipales de Colonia.

[328] Marx, «Trabajo asalariado y capital», *NGR,* 5, 6, 7, 8 y 11 de abril de 1849, III, pp. 225-226. En 1891 Engels preparó una edición ligeramente corregida que está incluida en las *Obras Escogidas* en español, ed. que venimos citando. Las citas que hacemos aquí son del texto original publicado en *NGR.*

[329] Ver Droz, pp. 524-525.

[330] La declaración de Marx y su grupo renunciando a los cargos en el Comité renano demócrata se publica en *NGR* del 15 de abril, III, p. 258. La resolución de la asamblea de la Asociación obrera figura en los anexos de *NGR,* III, p. 508. Lo mismo el acuerdo del Comité el 17 de abril (p. 509) y el documento del 24 de abril (pp. 513-514). Según Netter, que ha preparado la edición de los artículos de *NGR* en las Ed. Sociales, el silencio puede explicarse porque el congreso no tuvo la importancia esperada (*NGR,* III, p. 513, n. 1). Marx no se encontraba en Colonia en ese momento.

[331] Ha podido comprobarse la celebración del congreso gracias a las referencias publicadas en la *Deutsche Allgemeine Zeitung* del 10.5.1849 y en la *Triersche Zeitung.*

[332] Ver *Soius Kommunistov,* pp. 222-223, 216. La carta la escribe Ewerbeck desde Berlín a Hess, que se encuentra en París, y es bastante elocuente de las rivalidades existentes entre los miembros de la Liga. Ewerbeck cita, entre los miembros de la Liga que ve en Berlín, a De Ester, elegido en ese segundo congreso demócrata miembro del Comité central. Dice que también han sido elegidos, como miembros suplentes, Anneke, Gottschalk y otros miembros de la Liga. Y agrega: «no hace falta decir que de (elegir a) Marx y Engels ni se habló. Sólo

Lupus (Wolff) obtuvo algunos votos...». Ewerbeck dice también que De Ester le ha insistido para que hable con Marx y «le llame la atención seriamente sobre el peligro de su amistad con Engels».

[333] *Soius Kommunistov*, pp. 223-224. La edición soviética a cuidado de los historiadores Kandel y Levinova no hace ninguna reserva a estos puntos del testimonio de Röser. Se limita a decir que éste comete el error de situar la reunión en la primavera, cuando en realidad tiene lugar en febrero. El detalle sobre la introducción de la «pena de muerte» en los nuevos estatutos lo tomamos de Mijailov, p. 288.

[334] Ver Nikolaevski, ob. cit., p. 162.

[335] Marx, «Tres nuevos proyectos de ley», *NGR*, 13.3.1849, III, páginas 154-155. Al hablar de «nuestro propio derecho», Marx se refiere a la legislación francesa, liberal y antifeudal, promulgada en Renania bajo Napoleón.

[336] «Provocaciones gubernamentales», *NGR*, 14.3.1849, III, página 158.

[337] Engels, «El debate sobre la ley concerniente a los carteles», *NGR*, 22 y 27.4.1849, III, pp. 274, 278-279.

[338] Engels ha descrito el movimiento insurreccional del sudoeste de Alemania en «La campaña por la Constitución del Reich», escrito entre septiembre de 1849 y la primavera de 1850. Publicado por primera vez en la revista *Nueva Gaceta Renana (Revista)*, que aparece bajo la dirección de Marx en 1849. Aquí utilizamos la versión francesa incluida en la recopilación publicada por Editions Sociales, París, 1951, con el título general de *La révolution démocratique bourgeoise en Allemagne*, que incluye también *La guerre des paysans* y *Révolution et contre-révolution en Allemagne*. En este último texto Engels se refiere de nuevo, más sintéticamente, a «la campaña por la Constitución del Reich». En relación con este texto Engels advierte que dispone de una información muy insuficiente, limitándose, por ello, a los hechos en los que ha participado directamente. Para una versión histórica más completa, ver Droz, ob. cit., pp. 593-623, y J. Sigmann, ob. cit., pp. 324-332.

[339] Engels, «El puntapié prusiano a los de Francfort», *NGR*, 2.5.1849, III, pp. 301, 303-304.

[340] Engels, «La jornada de las ciudades», *NGR*, 4.5.1849, III, páginas 314-315. El domingo 6 de mayo, al que alude Engels, se reunían en Colonia tres congresos de organizaciones de Renania y Westfalia: el de las Asociaciones obreras, el de las Asociaciones demócratas y el de las Asociaciones cívicas (organización de los monárquicos constitucionalistas).

[341] Engels, «Frenesí del estado de sitio», *NGR*, 6.5.1849, III, páginas 318-319.

[342] Engels, «El ejército prusiano y la sublevación popular revolucionaria», *NGR*, 8.5.1849, III, pp. 320-322; *Preguntas a los trabajadores*, ídem, p. 323.

[343] Engels, «El zar y sus sub-kniaz», *NGR*, 9.5.1849, III, páginas 324-325. *Kniaz:* príncipe, en ruso.

[344] Marx, «Las hazañas de la casa de los Hohenzollern», *NGR*, 10.5.1849, III, pp. 326, 335-336. *Sans-souci* era el nombre del palacio de Potsdam que servía de residencia a los reyes prusianos.

[345] «La nueva constitución prusiana», *NGR*, 13.5.1849, III, páginas 339-340; «La ley de la sangre en Düsseldorf», ídem, páginas 341-342; «La insurrección en el ducado de Berg», ídem, páginas 343-344; «Bajeza a sueldo de la *Kölnische Zeitung*», ídem, p. 345.

[346] «Nuevo puntapié prusiano a los de Francfort», *NGR*, 16.5.1849, III, pp. 348-349.

[347] Engels, «La campaña por la Constitución del Reich», ed. cit., páginas 127-128.

[348] Engels, «Elberfeld», *NGR*, 17.5.1849, III, pp. 357, 360-361.

[349] Marx, «La eliminación de la *Nueva Gaceta Renana* por la ley marcial», *NGR*, 19.5.1849, III, pp. 363, 365.

[350] «A los trabajadores de Colonia», *NGR*, 19.5.1849, III, página 383.

[351] Engels, «La campaña por la Constitución del Reich», ed. cit., página 146.

[352] Idem, p. 150. Evidentemente, Engels se refiere a participar en la dirección, puesto que en el movimiento mismo participaban de una u otra manera, como pone de manifiesto nuestra exposición.

[353] Idem. Según este relato de Engels, de Kaiserslautern regresan a Bingen, localidad de Hesse-Darmstadt fronteriza con Baden, donde son detenidos por tropas hessianas, como sospechosos de participar en la insurrección, transportados a Darmstadt y de allí a Francfort, donde son liberados. Engels no da precisiones sobre esta liberación. Regresan a Bingen y de allí Marx parte para París y Engels para Kaiserslautern.

[354] Carta de Marx (París) a Engels (Kaiserslautern) del 7.6.1849, en *Correspondance*, II, p. 16. Posteriormente (30 de julio), en carta enviada a *La Presse* de París, Marx vuelve sobre este asunto: «Si he venido a París no es, como dice vuestro periódico, en calidad de refugiado, sino más bien voluntariamente, provisto de un pasaporte regular y con el sólo fin de completar materiales para un trabajo sobre historia de la economía política, comenzado hace cinco años». Marx puntualiza que su expulsión de Prusia no le impide residir en el resto de Alemania, y que en un principio se había retirado al gran ducado de Hesse. Como se ve, en esta explicación no aparece la misión encomendada por el Comité central demócrata, cosa comprensible teniendo en cuenta que después del 13 de junio en Francia había una situación difícil para los refugiados políticos revolucionarios. Marx mismo acababa de recibir una orden de expulsión de París. Según los editores de la traducción rusa de las

obras de Marx y Engels, el mandato del Comité central demócrata estaba firmado por De Ester, lo cual permite explicarse mejor el hecho, puesto que De Ester era miembro de la Liga. (Ver nota a pie de página en *NGR*, III, p. 390.)

[355] Engels, «La sublevación popular en el Palatinado y en Baden», *NGR*, 3.5.1849, III, anexos, pp. 390-391.

[356] Engels, «La campaña por la Constitución del Reich», ed. cit., «El partido del proletariado estaba bastante representado en el ejército, sobre todo en las unidades de voluntarios, como la nuestra, en la de los refugiados (...). Los comunistas más decididos fueron también los soldados más valerosos» (ídem, página 188).

[357] Esta síntesis se basa en el conjunto del análisis que hace Engels en «La campaña por la Constitución del Reich». La cita sobre las condiciones militares en Renania se encuentra en la página 135.

[358] Carta cit., n. 354, p. 15.

[359] Ver página 173.

[360] Dautry, ob. cit., p. 246, 254-260. Los comités democráticos socialistas constituidos con motivo de la campaña electoral eran la expresión pública del partido de la Montaña, que al mismo tiempo tenía una organización secreta. (Idem, p. 244.)

[361] Marx, «El 13 de junio», en *Der Volksfreund* (El amigo del pueblo), 29.5.1849, en *NGR*, III, anexos, pp. 394-396.

[362] Carta de Marx (Londres) a Weydemeyer (Francfort) del 19.12.1849, en *Correspondance*, pp. 37-39. Los «cuadernos» a que se refiere Marx son la revista que proyecta editar desde comienzos de 1849 con el título *Nueva Gaceta Renana (Revista político-económica)*.

[363] En *Soius Kommunistov*, pp. 246-248, figura el texto del informe del comité, con fecha 3.12.1849, firmado por sus miembros: Marx, Willich, Engels, Bauer, Pfënder.

[364] Ver *Correspondance*, ed. cit., II, pp. 25, 27. La revista se planea y aparece como algo completamente independiente de los organismos de la Liga.

[365] «Comunicado sobre la salida de *Neue Rheinische Zeitung. Politisch-ökonomische Revue*», en *Soius Kommunistov*, páginas 248-249.

[366] El primer número de *NGR(R)* sale el 6 de marzo de 1850 con la primera parte de la serie «De 1848 a 1849», de Marx. titulada «La derrota de junio de 1848», y los dos primeros capítulos de «La campaña por la Constitución del Reich». El segundo número aparece a finales de marzo con la segunda parte de «De 1848 a 1849» («El 13 de junio de 1849»), los capítulos 3 y 4 de «La campaña por la Constitución del Reich», la primera *revista* (análisis de la coyuntura económica y política internacional) y varias recensiones. El tercer número sale hacia el 17 de abril, con la tercera parte (última) de «De 1848 a 1849» y la conclusión de la «Campaña». El cuarto, alrededor del 19 de mayo, con la segunda *revista;* un artículo no firmado, «Gotfrid Kinkel»; uno de Marx, «Luis Napoleón y Fuld»; otro de Engels, «Bill inglés sobre la jornada de diez horas», y varias recensiones. El último (quinto y sexto reunidos) sale el 29 de noviembre con la tercera *revista (de mayo a octubre)*, «La guerra campesina de Alemania», de Engels y la tercera parte del *Manifiesto Comunista. Las luchas de clases en Francia,* publicado en 1895, incluye las tres partes de «De 1848 a 1849», más un fragmento de la tercera *revista.* Con su estudio de la guerra campesina alemana del siglo XVII Engels trata de esclarecer determinados condicionantes históricos de la revolución alemana del siglo XIX. Las recensiones de libros giran todas sobre temas relacionados de una u otra manera con las revoluciones del 48. Se refieren a las siguientes obras: Ludwig Simon von Trier, *Ein Wort des Rechts für alle Reichverfassungskämpfer an die deutschen Geschwornen,* Franfurt, 1849; Carlyle, *Latter-Day Pamphlets,* London, 1850; A. Chenu, *Les conspirateurs. Les sociétés secretes; la préfecture de police sous Caussidière; les corps francs,* París, 1850; Lucien de la Hodde, *La naissance de la République en février 1848,* París, 1850. (En *Sochinenia,* t. &, pp. 214-217, 218-223, 332-335, 280-294, respectivamente.)

[367] Marx-Engels, *OE,* ed. cit., I, p. 93. Antes de esta medida, los dirigentes de la Liga llegados a Londres envían algunas directivas a Alemania por correspondencia. Por ejemplo, Marx escribe a Röser, a comienzos de enero de 1850, proponiéndole crear una comuna de la Liga en Colonia y, según las posibilidades, en otras ciudades de Renania. La liquidación de hecho de la libertad de palabra y de prensa, dice Marx en esa carta, hace necesario el restablecimiento de la Liga clandestina, dado que en el período inmediato la propaganda comunista sólo puede realizarse por esa vía. (Tomamos la referencia que da de esta carta —no incluida en la *Correspondencia*— el Instituto de Marx-Engels-Lenin en el t. 7 de las *Sochinenie,* p. 621.) Esta referencia tiene especial interés porque, salvo error, es el único dato conservado (anterior a la circular de marzo de 1850) de por qué Marx considera necesaria la reorganización de la Liga. Además del envío de H. Bauer a Alemania, el C. C. de la Liga envía a Dronke a Suiza y aprovecha los viajes de miembros de la Liga a diferentes lugares para confiarles tareas con el mismo objetivo de reorganización.

[368] *Sochinenie,* t. 7, pp. 551-552. Este documento está firmado por los miembros de la Liga Willich, Marx y Engels; los blanquistas Vidil y Adam, y el cartista de izquierda Harney. Ninguno firma en nombre de las organizaciones respectivas. Los seis firmantes se constituyen en Comité central de la Asociación.

[369] Cuando a finales de 1850 el Comité de la Liga de Colonia asume las funciones de Comité central y toma contacto con esos centros se encuentra con que la organización es casi inexistente o los miembros están dispersos y desconectados entre sí. Según

la versión que da Engels treinta y cinco años después, la misión de H. Bauer fue un éxito: «Volvió a incorporar a la organización activa a los antiguos miembros de la Liga —algunos de los cuales se habían desligado de ella y otros operaban por su cuenta—, y en particular a los dirigentes de la Fraternidad Obrera. Y la Liga comenzó a desempeñar un papel predominante en las asociaciones obreras, campesinas y gimnásticas, en proporciones superiores a las de antes de 1848» (*OE*, II, pp. 353-354). A juzgar por los datos de la época recogidos en *Soius Kommunistov*, esta evocación de Engels (que Mehring toma casi textualmente en su biografía de Marx) parece un tanto exagerada.

[370] Esta apreciación, sobre la que volveremos en la tercera parte, se encuentra en el tercer análisis de la coyuntura publicado en *NGR*, n. 5 y 6, de noviembre de 1850.

[371] *OE*, ed. cit., II, p. 355. En carta a Engels del 2.12.1850, Marx le reproduce el manifiesto lanzado por los prohombres demócratas y socialistas refugiados en Londres: «¡A los demócratas de todas las naciones!», comentando sarcásticamente su contenido y su estilo, con sus «lamentables flores de retórica». Engels le responde que «después de todos los fracasos lamentables sufridos desde 1848, y dada la calma de los espíritus que se constata en todas las naciones en este momento, y en primer lugar entre los *crapauds*, es verdaderamente el colmo de la impudencia hablar de *une marée populaire qui menace d'engloutir les trônes*». (La frase pertenece al manifiesto y Engels la reproduce en francés, lo mismo que *crapauds*.) (*Correspondance*, II, pp. 93-95, 100-101.)

En el Comité central democrático europeo creado en junio de 1850, a iniciativa de Mazzini, participan Struve y Ruge en representación del partido demócrata alemán. Este organismo no dura mucho, minado por los efectos de la situación objetivamente desfavorable en toda Europa y por las disensiones internas, sobre todo entre franceses e italianos. Cesa toda actividad a partir de marzo de 1852.

[372] *Soius Kommunistov*, p. 304.

[373] El acta de esta reunión del Comité central de la Liga está incluida en *Soius Kommunistov*, pp. 302-307. En relación con los cambios introducidos en los estatutos ver nuestro texto en página 206.

[374] Schapper se pronuncia contra la formación de dos círculos separados en Londres, porque considera que equivale a la formación de dos Ligas. Al llegar la votación Willich y Lehmann abandonan la reunión y Schapper se abstiene (Fränkel, el cuarto miembro de la fracción minoritaria del Comité central no asiste a la reunión). Después de efectuadas las votaciones y aprobadas las propuestas de Marx, Schapper —dice el acta— «declara protestar contra todos nosotros. Ahora estamos completamente divididos. Yo tengo en Colonia conocidos y amigos que seguirán más bien a mí que a vosotros». Marx responde: «nosotros hemos procedido de acuerdo con los estatutos, y las resoluciones del Comité central tienen fuerza de ley» (*Soius Kommunistov*, pp. 305-307).

[375] *Soius Kommunistov*, pp. 303-306. En el panfleto que escribe más de dos años después sobre el proceso de los comunistas en Colonia, Marx cita el fragmento de su intervención en la reunión del 15 de septiembre de 1850, que, a su juicio, caracteriza las divergencias. Marx dice reproducir textualmente su intervención de septiembre de 1850, pero su texto difiere de la versión que da el acta, aunque no haya cambios de fondo. Este texto de 1852 tiene gran interés y ofrece la ventaja de expresar exactamente el pensamiento de Marx, cosa que no puede asegurarse de la versión. Dice así:

«En lugar de una concepción crítica, la minoría pone una concepción dogmática; en lugar de una materialista pone una idealista. En lugar de las relaciones reales, la minoría pone *la sola voluntad* como fuerza motriz de la revolución. Mientras nosotros decimos a los obreros: tal vez os tocará pasar aún por quince, veinte, cincuenta años de guerra civil y de conflictos internacionales, no sólo para cambiar las relaciones existentes, sino para cambiaros vosotros mismos y capacitaros para la dominación política, vosotros, por el contrario, les decís: "Debemos ahora mismo alcanzar el poder o irnos a dormir". Mientras que llamamos especialmente la atención de los obreros alemanes sobre la inmadurez del proletariado alemán, vosotros aduláis de la manera más grosera el sentimiento nacional y los prejuicios corporativos de los artesanos alemanes, lo cual, evidentemente, es más popular. A semejanza de los demócratas, que convierten la palabra *pueblo* en un fetiche, vosotros habéis hecho un fetiche de la palabra *proletariado*. A semejanza de los demócratas, vosotros sustituís también el desarrollo revolucionario por frases sobre la revolución.» (*Sochinenie*, t. 8, p. 431.)

[376] Citado por Mijailov, ob. cit., pp. 425-426, que lo toma de G. Adler, *Die Geschichte der ersten sozial-politischen Arbeiterbewegung in Deutschland*, Breslau, 1884. *Soius Kommunistov* no incluye este importante documento de la Liga. En general, no incluye ningún documento de esta fracción. Al parecer los recopiladores le niegan el derecho a la existencia histórica en justo castigo por haberse enfrentado con Marx.

[377] Ver la carta del Comité central de Colonia a la ex mayoría del ex Comité central de Londres, firmada por Röser, presidente del nuevo Comité central; Bürges, secretario, y Otto, cajero. En *Soius Kommunistov*, pp. 330-331.

[378] *Soius Kommunistov*, pp. 338-348. Con esta circular el Comité central enviaba a las organizaciones el nuevo proyecto de estatutos que había elaborado cumpliendo el acuerdo de la reunión del 15 de septiembre del ex Comité central de Londres.

[379] Se trata de una nota enviada por el rey al ministro-presidente de Prusia, Otto von Manteuffel, con fecha 11 de no-

viembre de 1850. La nota termina diciendo a Monteuffel que la queme inmediatamente de leída. Pero el ministro-presidente prefirió conservarla y fue encontrada en sus archivos cincuenta años después. Reproducida por Mijailov, ob. cit., p. 449, que la toma de *Denkwüerdigkeiten des Ministers, Otto Freiherrn von Manteuffel*, Berlín, 1901, p. 328.

[380] Röser, Bürgers y Nothjung fueron condenados a seis años de reclusión en una fortaleza; Rieff, Otto y Becker a cinco años; Lessner a tres años. Daniels, Klein y Jacobi fueron absueltos.

[381] Engels, «El reciente proceso de Colonia», *Sochinenia*, t. 8, páginas 416-422. Se publicó en el *New York Daily Tribune* del 22.12.1852; Marx, «Revelaciones sobre el proceso de los comunistas en Colonia» (ídem, pp. 423-491). Se publicó en folleto en Suiza a comienzos de 1853, pero casi toda la tirada (2.000 ejemplares) fue confiscada por la policía. Pocos meses después se publicó en Estados Unidos. En Alemania no comenzó a difundirse hasta su edición de 1875, cuando por primera vez aparece con la firma del autor. A esta edición se le agrega un capítulo, dedicado también al proceso de Colonia, de otro panfleto de Marx: *Herr Vogt*. En 1885 aparece una tercera edición, para la que Engels escribe un estudio introductivo, abundantemente citado en nuestro trabajo: *Contribución a la historia de la Liga de los comunistas.*

[382] *Correspondance*, ed. cit., III, p. 282.

NOTAS AL CAPITULO III

[383] *Las luchas de clases en Francia*, como ya hemos dicho, es el título bajo el que se editan en 1895 los tres artículos de la serie «De 1848 a 1849» publicados en la *NGR(R)*, más un extenso fragmento del tercer análisis de la coyuntura (ver nota 366). *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* lo escribe Marx inmediatamente después del golpe de Estado del sobrino de Napoleón, entre diciembre de 1851 y marzo de 1852. El trabajo estaba destinado para la revista *Die Revolution*, editada por Weydemeyer en Estados Unidos, de la que sólo salen dos números en enero de 1852. El texto de Marx llega demasiado tarde y Weydemeyer lo edita en folleto en mayo de 1852. A Europa llegaron muy pocos ejemplares. Hasta 1869 no hubo una nueva edición, revisada por Marx. Bajo el título *Revolución y contrarrevolución en Alemania* se editan en 1896, en inglés y alemán, los artículos escritos por Engels de septiembre de 1851 a octubre de 1852 para el diario progresista de Nueva York *New York Daily Tribune* (donde aparecen con la firma de Marx porque el periódico los había solicitado a él, pero Marx le pidió a Engels que se encargase de su redacción; sólo en 1913, al publicarse la correspondencia entre Marx y Engels, se supo que el verdadero autor era Engels). Engels escribe estos artículos

utilizando, casi exclusivamente, la colección de *NGR*. Hemos utilizado la versión de *Las luchas de clases* y del *18 Brumario* publicadas en la edición española de *Obras Escogidas* de Marx y Engels que venimos citando, cotejando el texto con la versión rusa y corrigiéndolo en algunos casos de acuerdo con ésta. Para *Revolución y contrarrevolución en Alemania* hemos utilizado la traducción francesa incluida en *La révolution démocratique bourgeoise en Allemagne*, de Editions Sociales, 1951.

[384] Ver pp. 81-84. Nos parece errónea, por tanto, la caracterización que hace de este documento Etienne Balibar, en su artículo «Karl Marx et le marxisme», como programa de «una posible unidad de acción entre la burguesía liberal y el proletariado» (*Cinq études du matérialisme historique*, Maspero, 1974, página 24). Ya el punto 1, la república una e indivisible, era incompatible con las posiciones monárquico-constitucionales de esa burguesía, sin hablar de las medidas económicas y sociales que incluye. En cambio, A. Cornu dice: «Este programa, de tendencia netamente comunista, estaba más adaptado a la situación en Francia que en Alemania, donde no se trataba de destruir el régimen burgués, sino de instaurarlo, ayudando a la burguesía a abatir la monarquía absoluta y la feudalidad». (*Karl Marx et le révolution de 1848*, PUF, 1948, p. 13.) Cornu tiene razón sobre la «tendencia» del programa, pero también en Alemania se trataba, a juicio de Marx, de destruir el régimen burgués, sólo que pasando por una etapa burguesa «preludio inmediato de la revolución proletaria». De ahí, justamente, las características del programa.

[385] Ver pp. 78-79. A fines de 1848 Engels piensa que en febrero el proletariado de París y la pequeña burguesía demócrata hubieran podido alcanzar la victoria total si los Ledru-Rollin y otros dirigentes del partido de *La Réforme* hubieran tomado medidas rápidas y decisivas cuando «el proletariado en armas era dueño de París» (ver nota 283).

[386] Ver *Las luchas de clases, OE*, I, pp. 126-132; *El 18 Brumario*, ídem, pp. 236, 238-239. En *Revolución y contrarrevolución en Alemania* Engels escribe que «la revolución (de febrero) se decía revolución de la clase obrera contra la burguesía, proclamaba la caída del gobierno burgués y la emancipación del obrero» (ed. cit., p. 235).

[387] Marx, *Las luchas de clases en Francia, OE*, I, pp. 134-136.

[388] Idem, pp. 132-147, y en particular, 132, 144, 145, 150, 157, 158.

[389] Ver pp. 138-139 del presente texto.

[390] Ver pp. 138-139, 172-173, 192. Idem.

[391] Ver pp. 140, 145, 170-171. Idem.

[392] Marx, *Las luchas de clases en Francia, OE*, I, pp. 148-150, 197-198.

[393] Idem, p. 125.

[394] Marx, carta a Weydemeyer del 19.12.1849, en *Correspondance*, II, pp. 37-39.

[395] *Sochinenia*, t. 7, pp. 231-232. El subrayado es nuestro. Cobden era un gran fabricante y, al mismo tiempo, político destacado de la burguesía industrial inglesa. Necker, político francés de los años 70 y 80 del siglo XVIII, director general de hacienda en vísperas de la revolución, intentó realizar algunas reformas para impedirla. La imagen de Marx significa que el representante de la burguesía industrial inglesa intentará también llevar a cabo algunas reformas para impedir la revolución proletaria, con el mismo éxito que su ilustre predecesor. Aquí tenemos un ejemplo relevante de cómo al representarse el esquema del posible desarrollo de la revolución proletaria clásica (en el país industrial por excelencia) Marx se inspira en el esquema de la revolución burguesa clásica.

[396] Idem, pp. 310-311. El subrayado es nuestro.

[397] Idem, pp. 224-226. La Constitución otorgada en diciembre de 1848 conservaba aún algunas conquistas democráticas, en particular el sufragio universal, gracias al cual las elecciones de enero de 1849 dieron gran número de diputados liberales y demócratas. Después de disolver en abril la Asamblea elegida en enero, el rey prusiano promulgó el 30 de mayo una nueva ley electoral basada en la distinción de tres clases de electores, según un criterio censatario, de tal manera que el voto de los electores poseyentes tenía mucho más poder representativo que el de los electores trabajadores o pequeñoburgueses. Con este sistema electoral la Corona consiguió la elección de una Asamblea dócil, que reunida el 7 de agosto de 1849 adoptó el tipo de constitución deseado por la monarquía.

[398] Ver p. 167; Engels, «La campaña por la Constitución del Reich», ed. cit., p. 198.

[399] *Sochinenia*, t. 7, pp. 229-230. En las elecciones presidenciales del 10 de diciembre de 1848 Luis Bonaparte había obtenido 7 millones de votos, dejando muy atrás a todos sus concurrentes. Como pondrían de manifiesto muy pronto los acontecimientos, Marx subestimaba considerablemente en este texto de comienzos de 1850 la base social y política de la corriente bonapartista, al mismo tiempo que exagera no menos los fenómenos de radicalización del campesinado y de la pequeña burguesía, así como la maduración política de la clase obrera. El subrayado de «naturalmente» es nuestro. Vemos ahí una expresión, particularmente neta, de la idea que Marx formula frecuentemente en este período: la idea de que la contrarrevolución engendra indefectiblemente la revolución.

[400] Marx, *Las luchas de clases en Francia, OE*, I, pp. 207-208, 211.

[401] *Sochinenia*, t. 7, pp. 235, 237.

[402] «Circular del Comité central de la Liga de los comunistas», marzo de 1850, *OE*, I, pp. 94, 102-103.

[403] *Sochinenia*, t. 7, pp. 458, 467. Hacia julio de 1850 Marx emprende un estudio a fondo de la historia de la economía inglesa, utilizando la literatura especializada sobre la historia de los precios, el sistema bancario y las crisis económicas, tanto en Inglaterra como en el continente. Entre las causas de la «prosperidad» que comienza a conocer Europa en esos años, Marx atribuye gran importancia a los efectos estimulantes del descubrimiento de las minas de oro californianas. Ya en el primer análisis de la coyuntura se califica de acontecimiento más importante que la revolución de febrero, y se hace una descripción futurista —y en gran parte profética— de sus consecuencias, ampliándola en el tercer análisis: construcción del canal de Panamá, promoción del océano Pacífico y, sobre todo, ascensión de Estados Unidos al primer plano de la economía mundial.

[404] *Sochinenia*, t. 7, pp. 466-467. «El Continente, explica Marx, exporta a Inglaterra incomparablemente más que a ningún otro país. Pero esta exportación a Inglaterra depende, a su vez, de la situación de Inglaterra, sobre todo respecto al mercado de Ultramar. Además, Inglaterra exporta a los países de Ultramar incomparablemente más que todo el Continente, por lo cual el volumen de las exportaciones continentales a esos países depende siempre de las exportaciones de Inglaterra a Ultramar en cada momento. Por tanto, aun cuando las crisis engendran revoluciones primero en el Continente, la causa de éstas reside siempre en Inglaterra.»

[405] Engels, *Revolución y contrarrevolución en Alemania*, ed. cit., páginas 203-204.

[406] Marx, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte, OE*, I, p. 316. Los subrayados son míos.

[407] Engels, «Las verdaderas causas de la pasividad de los proletarios», en *Sochinenia*, t. 8, p. 244; carta de Marx a Engels del 8.10.1858, en *Sochinenia*, t. 29, p. 295. Entre 1852 y 1858 no faltan pronósticos similares. He aquí algunos ejemplos: «tal vez la crisis se retrase hasta 1853, pero cuando estalle será tremenda. De aquí a entonces no pueden preverse convulsiones revolucionarias» (Marx a Weydemeyer en carta del 30.4.1852, *Correspondance*, III, p. 111); «me parece absolutamente imposible, aun guardando la cabeza perfectamente fría, que el estado actual de cosas se prolongue más allá de la primavera de 1854 (...). Y esta vez podremos empezar directamente por el *Manifiesto*» (es decir, por el programa de la revolución proletaria) (Engels a Weydemeyer en carta del 12.4.1853, en ídem, p. 353); «la crisis actual facilitará el derrocamiento del régimen bonapartista (...) (la situación) es la reproducción de los últimos días del régimen de Luis Felipe» (Marx a Engels en carta del 12.10.1853, en *Sochinenia*, t. 28, pp. 255-256). La crisis a que alude Marx aquí no es la económica mundial tan esperada, sino la provocada por la guerra de Crimea en la situación interior francesa. En rela-

ción con la guerra de Crimea, Engels dice que es probable la intervención de una «sexta potencia»: *la revolución* (Engels, «La guerra europea», 8.1.1854, en *Sochinenia*, t. 10, p. 6).

Según Maximiliano Rubel, fue «bajo la influencia de la crisis de 1857 que Marx expresó su pensamiento fundamental sobre la desaparición fatal del modo de producción capitalista» (*Karl Marx devant le bonapartisme*, Mouton, París, 1960, p. 45). En realidad, como vimos, ese pensamiento está ya virtualmente en la *Ideología alemana* y en *Miseria de la filosofía*, y de manera totalmente explícita, junto con la tesis de que ha llegado ya la hora de esa desaparición, en el *Manifiesto Comunista*.

408 Engels, prefacio a *Las luchas de clases en Francia*, 1859, en *OE*, I, p. 108.

409 Idem, p. 111. El subrayado es mío. Aunque Marx muere en 1883 sin haber vuelto nunca sobre sus previsiones del decenio 1848-1858, en su obra se encuentran algunas raras alusiones significativas. En 1863, por ejemplo, al mismo tiempo que pronostica la reanudación en Europa de la «era de las revoluciones», advierte: «Sin embargo, las ingenuas ilusiones y el entusiasmo casi infantil con que saludamos, ante febrero de 1848, la era revolucionaria se han desvanecido para siempre (...). Ahora ya sabemos el papel que en las revoluciones desempeña la estupidez y cómo los miserables saben explotarla». (Carta a Engels del 13.2.1863, en *Sochinenia*, t. 30, p. 266.) La reflexión concierne, como vemos, al comportamiento del personal político y también, probablemente, de las masas; no a su concepción sobre el estado del capitalismo. Marx sigue creyendo que se está en la «era de las revoluciones».

410 La discusión sobre si en *El capital* y otros trabajos coetáneos o posteriores Marx abandona definitivamente, o no, la tesis de la pauperización absoluta, como ley o tendencia ineluctable del capitalismo —tesis que sostiene en 1848, como vimos (páginas 23-24 y nota 39), prosigue hoy día. La posición dogmático-staliniana puede verse en el *Manual de economía política*, Ed. Grijalbo, 1962, pp. 133-139. E. Mandel y otros economistas marxistas consideran que Marx abandonó su posición de 1848 y en sus investigaciones posteriores llegó a la conclusión de que la tendencia objetiva es a la disminución del *valor* de la fuerza de trabajo, lo cual no significa de por sí una disminución del poder adquisitivo del salario, poder que depende de diferentes variables y, ante todo, de la lucha de clases. Ver E. Mandel, *La formation de la pensée économique de Karl Marx*, ed. cit., pp. 144-145. Ultimamente, el economista checoslovaco Ota Sik critica esta opinión de E. Mandel, y argumenta, con citas de *El capital* y de *Salario, precio y ganancia*, que Marx conserva la tesis de la pauperización absoluta, tesis que, naturalmente, considera errónea. [Ver Ota Sik, *La troisieme voie (La théorie marxiste-léniniste et la société industrielle moderne)*, Gallimard, 1974, capítulo III, I. *La théorie de la paupérisation*, pp. 227-260.] A nuestro juicio, la posición de Marx no es terminante, ni en un sentido ni en otro, aunque «predomina» la posición que le atribuye E. Mandel. Pero es significativo que no rectificara explícitamente sus posiciones de 1848, que en ninguno de los prefacios a las múltiples ediciones del *Manifiesto* ni él ni Engels hayan sentido la necesidad de hacer observación alguna de la tesis de la pauperización absoluta que de hecho contiene.

411 Lenin, *Obras*, 4.ª ed. rusa, t. 12, pp. 337-338.

412 Como un ejemplo actual, de particular interés para el lector español, véase *Después de Franco ¿qué?*, de Santiago Carrillo, Editions Sociales, 1965, pp. 17-18.

413 Lenin, *Obras*, ed. cit., t. 21, pp. 126, 133; t. 22, p. 302.

414 Ver J. Kuczynski, *Di wirtschaftlichen und sozialen Voraussetzungen der Revolution von 1848-1849* (Premisas económicas y sociales de la revolución de 1848-1849), Berlín, 1948, p. 19. Este historiador de la República Democrática Alemana considera que en el caso de Francia fue esencialmente la contradicción «entre la gran burguesía y los obreros, que no podían soportar ya los viejos métodos de explotación», la que condujo a que la revolución de febrero fuera más allá de lo que se proponían las fracciones burguesas que formaban la oposición a Guizot. Y desempeña también un papel importante, afirma Kuczynski, en la revolución alemana (ídem, pp. 19-20). Tomamos estas referencias del libro de Oiserman, *Rasvitie marksistskoi teorii na opite revoliutsii 1848*, Moscú, 1955, pp. 18-20.

415 *OE*, I, p. 108. En el último de sus textos importantes dedicados a la revolución de 1848 —el *18 Brumario*— Marx critica el mimetismo del pasado en que suelen incurrir los revolucionarios: «La revolución del siglo XIX —escribe— no puede sacar su poesía del pasado, sino solamente del porvenir. No puede comenzar su propia tarea antes de despojarse de toda veneración supersticiosa por el pasado» (p. 235). En *las luchas de clases* critica sarcásticamente a la Montaña porque «parodiaba a la vieja Montaña con sus frases copiadas de 1789 y sus posturas demagógicas», con su «fe supersticiosa en la tradición de 1793». La revolución, para serlo plenamente, tiene que ganarse «su nombre propio y original» (*Las luchas de clases*, pp. 161-162).

416 Idem, pp. 109-111.

417 Ver pp. 124, 160 del presente texto.

418 Ver p. 124. En un estudio publicado en *La Pensée*, n. 18, 1948, titulado «La question paysanne en 1848», Albert Soboul demuestra que la revolución francesa no fue tan lejos en la vía de suprimir trabas a la transformación capitalista como la Inglaterra del siglo XVII porque en su lucha contra la aristocracia del antiguo régimen la burguesía tenía necesidad de aliados y los buscó sobre todo entre los campesinos. Por eso, «si la transformación capitalista de la producción se ha realizado de manera relativamente rápida en la industria, ha sido mucho más lenta

en la producción agrícola. Los agentes más activos de esta transformación, los grandes propietarios agrarios —fuesen nobles o burgueses o grandes arrendatarios—, que formaban en las regiones de gran cultivo una verdadera burguesía rural, tropezaron con la resistencia tenaz de los pequeños campesinos y de los obreros agrícolas agrupados en las antiguas comunidades rurales». Por eso, en vísperas de 1848 «los progresos de la organización capitalista de la producción seguían siendo muy lentos en el campo».

[419] *OE*, I, p. 463.

[420] *OE*, I, pp. 112-113. La burguesía prusiana no sólo no fue aplastada, como había pronosticado Marx en su artículo *La burguesía y la contrarrevolución*, de diciembre de 1848, sino que la derrota del contenido avanzado, proletario-popular, de la revolución se tradujo en el afianzamiento de su dominación económica y en su influjo creciente en el poder político. También se equivocaron Marx y Engels con su opinión de que Prusia no podría ser la potencia unificadora de Alemania, que la unidad alemana pasaba por la desintegración de Prusia. (Ver nota 158 y texto correspondiente.)

[421] Engels, *Révolution et contre-révolution en Allemagne*, edición citada, pp. 208 y 293.

[422] *Circular del Comité Central de la Liga de los Comunistas*, *OE*, I, pp. 94 y 97; Engels, *Révolution et contre-révolution en Allemagne*, ed. cit., p. 303. Las «reflexiones teóricas» a que alude Engels son, probablemente, las que hace en sus *Principios*, donde plantea que en Francia y Alemania el proletariado no podría en un comienzo establecer directamente su dominación, dada la importancia de la pequeña burguesía y del campesinado.

[423] *Las luchas de clases*, *OE*, I, pp. 150, 179; *18 Brumario*, ídem, p. 263.

[424] *18 Brumario*, *OE*, I, p. 260.

[425] *OE*, I, pp. 102-103; el presente texto, p. 254.

[426] La referencia a las opiniones de Marx y Engels a finales de 1848 se encuentra en las pp. 171-173. En el *18 Brumario* Marx caracteriza el voto campesino por Luis Bonaparte en diciembre de 1848 de modo distinto a como lo había hecho a raíz del acontecimiento, aproximándose a la apreciación negativa de Engels. Ve en él la «reacción del campo contra la ciudad» (*OE*, I, p. 249). La tesis de la incapacidad absoluta del campesinado para desplegar iniciativa revolucionaria se formula claramente desde 1847 en el artículo de Engels, «Los comunistas y Karl Heinzen», en *Sochinenia*, t. 4. Le reprocha a Heinzen dirigirse con sus prédicas revolucionarias al campesinado, «sobre todo a los pequeños campesinos, la clase que en nuestra época es menos capaz que ninguna otra de iniciativa revolucionaria» (p. 272). En *Revolución y contrarrevolución en Alemania* Engels plantea: «A cada una de ellas (de las capas del campesinado alemán) la revolución prometía ventajas y había que esperar que se incorporaran al movimiento una vez que éste se hubiera puesto plenamente en marcha. Pero no es menos evidente, y se desprende de la historia de todos los países modernos, que la población agrícola, como consecuencia de su dispersión en una gran extensión de territorio y de la dificultad para poder concertarse una parte algo importante de ella, no puede intentar jamás un movimiento victorioso independiente; necesita una impulsión inicial de los habitantes de las ciudades, más concentrados, más ilustrados y más fácilmente movilizables» (ed. cit., p. 210). La opinión que citamos de Marx en el otoño de 1850 se encuentra en la cuarta parte de *Las luchas de clases* (tomada del tercer análisis de coyuntura), *OE*, I, p. 216.

[427] *OE*, I, p. 324. Marx suprimió este párrafo en la edición de 1869, sin que se sepa la razón. Pero insiste en esta idea en otro lugar del *18 Brumario*: «el interés de los campesinos no se halla ya, como bajo Napoleón, en consonancia, sino en contraposición con los intereses de la burguesía, con el capital. Por eso los campesinos encuentran su aliado y su jefe natural en el proletariado urbano, que tiene por misión derrocar el orden burgués» (p. 322).

[428] Otro ejemplo de ese interés es el estudio sobre las guerras campesinas en la Alemania del siglo XVII que escribe Engels en 1850. En *Las luchas de clases* y en el *18 Brumario* Marx se detiene a analizar la evolución del campesinado francés durante la revolución (en el *18 Brumario* caracteriza, incluso, su evolución desde la gran revolución). En síntesis explica que al principio un sector considerable apoyó a los políticos burgueses republicanos (el partido de *Le National*) y, en general, a la república. Pero el recargo de 45 céntimos en los impuestos decretado por el gobierno y, en general, los efectos de la crisis económica no contrarrestados por una política adecuada provocaron el descontento de los campesinos contra la república y contra el proletariado. Lo expresan votando por Luis Bonaparte en diciembre. Luego, el restablecimiento por el gobierno de Luis Bonaparte del impuesto sobre el vino —particularmente odiado por los campesinos—, que la Asamblea constituyente había suprimido en 1848, provoca una nueva decepción que, junto con otros factores, determina la evolución de una franja del campesinado hacia posiciones radicales. Pero una franja mucho menos importante de lo que se puede suponer leyendo los textos de Marx. (Ver *OE*, I, pp. 199-206, 317-322.)

[429] Engels, *Révolution et contre-révolution en Allemagne*, edición citada, pp. 209-210.

[430] *OE*, I, p. 209, y presente texto, p. 254.

[431] *18 Brumario*, *OE*, I, p. 240.

[432] Idem, pp. 276-277.

[433] Ver nota 375.

[434] *18 Brumario*, *OE*, I, pp. 253-254.

[435] Idem, p. 314.

436 Idem, pp. 236-237. La última frase está tomada de una fábula de Esopo en la que se habla de un fanfarrón que, invocando testigos, afirmaba que en Rodas había dado un salto prodigioso. Los que le escuchaban contestaron: ¿Para qué necesitas testigos? ¡Aquí está Rodas, salta aquí! O sea: demuestra con los hechos de lo que eres capaz.

437 Salvo error, Marx y Engels no utilizan este término de «inmadurez» con el que resumimos el conjunto de apreciaciones críticas que aparecen en los textos de este período (particularmente en *Las luchas de clases, 18 Brumario* y *Revolución y contrarrevolución en Alemania*) sobre el estado ideológico y político del proletariado.

438 Ver p. 256. Otros juicios de Marx se prestan a la misma interpretación: ver p. 257 y nota 407. En el párrafo citado en la p. 255, donde se plantea que en período de auge económico no puede ni hablarse de verdadera revolución, se dice a continuación: «Una verdadera revolución sólo puede darse en aquellos períodos en que estos dos factores —las modernas fuerzas productivas y las formas burguesas de producción— incurren en mutua contradicción». Formulación que nos parece confusa, porque induce a identificar las crisis económicas periódicas con la contradicción fuerzas productivas/relaciones de producción llegada al grado de agudización determinante de la revolución social. Es decir, a identificar el efecto con la causa. Como plantea Marx en el *Manifiesto,* las crisis económicas son la expresión periódica, coyuntural, de la contradicción indicada, de la «rebelión de las fuerzas productivas modernas contra las actuales relaciones de producción». Esta existe a lo largo de toda la época de revolución social, mientras que las crisis económicas pueden determinar, en uno u otro grado, las revoluciones puntuales que jalonan la época de revolución social.

439 Ver p. 24 y 248. Engels reafirma esta tesis en sus artículos de 1850 comentando la infracción del decreto de 1847 que establecía la jornada legal de diez horas en Inglaterra. «Con esta experiencia la clase obrera se convencerá de que no puede haber ninguna mejora estable de su situación (...), sólo puede obtenerla ella misma por medio, ante todo, de la conquista del poder político.» (*Sochinenia,* t. 7, pp. 242-243.)

440 Ver pp. 38-41.

441 Carta de Engels a Augusto Bebel, de fecha 11-12 de diciembre de 1884, en *Sochinenia,* t. 36, p. 217.

442 *OE,* I, pp. 158, 214, 213.

443 Ver, por ejemplo, pp. 175-176. Análoga idea encontramos en otros textos, artículos de *NGR* y *NGR(R).* La guerra europea debía, en especial, crear condiciones favorables para la revolución inglesa (pp. 170-171).

444 Engels, *Révolution et contre-révolution en Allemagne,* edición citada, p. 233. El subrayado es nuestro.

445 *Sochinenia,* t. 7, p. 488.

446 Ver pp. 248-250.

447 Marx, *La división del trabajo en la Kölnische Zeitung, NGR,* 11.2.1849, III, p. 54. Ver referencias anteriores a esta dialéctica en pp. 243, 250, 253 y nota 399. Un ejemplo más: «La única "conquista" que nos queda (...) es la contrarrevolución más general, más resuelta, más violenta, que no es en sí misma más que una fase de la revolución europea, y por ello generadora de un nuevo contragolpe revolucionario, general y victorioso». (Marx, *NGR,* 28.1.1849, II, p. 347.)

448 Ver p. 98. El subrayado es nuestro.

449 Marx, *El procurador general Hecker y la Nueva Gaceta Renana, NGR,* 29.10.1848, II, p. 78. (Friedrich Hecker, abogado de Mannheim, personalidad del partido demócrata, fue uno de los dirigentes de la sublevación republicana de abril de 1848 en Baden, teniendo que emigrar a Suiza. No tiene nada que ver con el magistrado prusiano Hecker, a quien alude el título del artículo de Marx.) Refiriéndose a la discusión del problema de Polonia en la Asamblea de Francfort, Engels hace análoga crítica a la izquierda: «se ha entregado, como siempre, a declamaciones o incluso a delirantes ensoñaciones sin examinar en lo más mínimo los datos reales, el fondo práctico de la cuestión» (ver pp. 101-102).

450 Ver p. 232 y nota 375.

451 Ver p. 278.

452 Ver p. 244.

453 La reflexión ulterior les hará valorar más aún la importancia del factor campesino en la revolución alemana. Cuando en 1856 creen que la revolución puede estallar de nuevo, Marx le dice a Engels en una carta del 16.4.1856: «En Alemania todo dependerá de la posibilidad de respaldar la revolución proletaria con alguna segunda edición de la guerra campesina. Entonces todo saldrá a pedir de boca...» (*OE,* II, p. 458).

454 Citado por Lenin en *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática,* en *OE,* ed. cit., t. I, p. 606.

455 Marx, *Las luchas de clases,* en *OE,* I, p. 219. Una gran lección a este propósito fue la utilización del sufragio universal por Luis Bonaparte para «legitimar» su golpe de Estado. En la correspondencia entre Marx y Engels se encuentran numerosas referencias a esa farsa.

456 Marx, «El movimiento revolucionario», *NGR,* 1.1.1849, II, pp. 280-281; p. 145 del presente texto. En los artículos de *NGR* tanto Marx como Engels tocan frecuentemente este tema. En su comentario a las jornadas de junio Engels señala la magnanimidad del pueblo entre las causas de su derrota (ver p. 114). En otro lugar plantea: «Los conflictos relativamente simples al comienzo de la revolución se complican cada día un poco más, y cuanto más se aplaza la decisión más difícil y sangrienta será» (*NGR,* I, p. 288). Marx no se refiere, naturalmente, al terrorismo en el sentido actual del concepto, sino a la represión de la

contrarrevolución. Lo que tenía *in mente* era el Terror de la Convención en la gran revolución francesa.

[457] Ver pp. 132, 190-191; *Las luchas de clases,* p. 136. «La Convención francesa, que ha sido y sigue siendo el faro de todas las épocas revolucionarias —escribe Marx en *NGR*—, inaugura la revolución con un decreto que destituye a todos los funcionarios» (*NGR,* II, p. 268).

[458] Ver p. 190. «Apoyamos a los representantes de uno u otro partido en la medida únicamente que actúan de modo revolucionario» (ver p. 133). La responsabilidad que atribuye a la burguesía en la sangrienta derrota de la revolución vienesa de octubre parece producir en Marx un momento de vacilación en su línea táctica. ¿No debe «permanecer el pueblo al margen de las luchas entre la burguesía y el gobierno y esperar sus victorias o derrotas para explotarlas»? (ver p. 144). Pero poco después defiende en la Asociación Obrera y en *NGR* las posiciones que acabamos de citar.

[459] Ver *Las luchas de clases en Francia, OE,* I, p. 211; Marx, «La situación en Europa. La situación financiera en Francia», en *New York Daily Tribune,* 27.7.1857, *Sochinenia,* t. 12, p. 245.

[460] Ver p. 125.

[461] Ver p. 196. O el artículo de Engels con motivo del mensaje de la Corona (pp. 197-198).

[462] Marx, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte,* OE, I, páginas 262-263.

[463] *Révolution et contre-révolution en Allemagne,* ed. cit., páginas 292-293.

[464] Ver *supra,* p. 137; *Las luchas de clases,* p. 213.

[465] *Révolution et contre-révolution en Allemagne,* ed. cit., páginas 289-290.

[466] Ver p. 138. En el prefacio de 1895 a *Las luchas de clases* Engels considera que con la revolución de 1848 se cerró la época en que la lucha de barricadas había sido la forma privilegiada y eficaz de las insurrecciones populares. Da dos razones principales. La primera, de orden esencialmente político, que «en las luchas de clases probablemente ya nunca se agruparán las capas medias en torno al proletariado de un modo tan exclusivo como para que el partido de la reacción, congregado en torno a la burguesía, constituya, en comparación con aquéllas, una minoría insignificante. El "pueblo" aparecerá siempre dividido, con lo cual faltará una formidable palanca, que en 1848 fue de una eficacia extrema». Engels se refiere aquí a las insurrecciones de febrero y marzo, señalando en otro lugar que en la de junio el proletariado fue ya vencido porque la guardia nacional, controlada por la burguesía, estaba al lado del gobierno, mientras que en las insurrecciones anteriores, tanto en Francia como en España y otros países, la guardia nacional o bien se ponía de parte de la insurrección o bien con su actitud indecisa hacía vacilar también a las tropas. La segunda razón es de orden

técnico-militar, y se refiere al uso más masivo y perfeccionado de la artillería, las tropas de ingenieros y la utilización de tácticas envolventes. (Ver *OE,* I, pp. 116-119.) La historia de las insurrecciones y guerras civiles del siglo XX ha demostrado la relatividad de esos argumentos y otros que Engels explaya en ese texto. Todo depende de las condiciones concretas, de las características del país y de la lucha entablada, de la correlación nacional e internacional de fuerzas, de la capacidad técnico-militar de las fuerzas insurreccionales, etc. La práctica ha mostrado que si las técnicas antiinsurreccionales y antiguerrilla se han perfeccionado lo mismo ha sucedido con las técnicas de la insurrección y de la guerrilla.

[467] *Circular del Comité central de la Liga de los comunistas,* en *OE,* I, pp. 92-103. (Decimos «circular» y no «mensaje» como figura en la traducción de la Editorial Progreso, de Moscú, porque a nuestro juicio refleja más apropiadamente el carácter del documento.) Todas las citas que siguen se refieren a este texto. El Comité central considera que la gran burguesía ha llegado de hecho al poder como resultado de la revolución de 1848, aunque para ello ha tenido que aliarse al partido absolutista feudal y cederle a éste el gobierno. Se parte también de que «el partido democrático pequeñoburgués es muy poderoso», englobando «no solamente a la enorme mayoría de la población burguesa de las ciudades, a los pequeños comerciantes e industriales y a los maestros artesanos, y siendo seguido por los campesinos y los obreros agrícolas, en tanto estos últimos no han encontrado aún el apoyo de un proletariado urbano independientemente organizado».

[468] Las reivindicaciones de la democracia pequeñoburguesa a que se alude en esta cita, expuestas en la circular, pueden resumirse así: limitación de la burocracia, reducción de los gastos estatales, imposición de las principales cargas tributarias sobre los terratenientes y burgueses, crédito estatal barato, leyes contra la usura, liquidación de la presión del gran capital sobre el pequeño, liquidación del feudalismo en el campo y régimen político democrático, ya sea monárquico-constitucional o republicano. El subrayado es nuestro.

[468 a] Este planteamiento se inspira, indudablemente, en los comités de salud pública formados en diversos lugares de Alemania, y concretamente en Colonia, durante las crisis de septiembre y noviembre de 1848, y mayo-junio de 1849. Y sobre todo en la experiencia francesa. No es casual que en la segunda parte de *Las luchas de clases,* un poco anterior a esta circular de marzo, Marx se refiera a los clubs y comités obreros de París viendo en ellos la «creación de un Estado obrero frente al Estado burgués», la formación de «asambleas constituyentes del proletariado», etc. (*Las luchas de clases,* p. 171).

[469] *Tercer análisis de la coyuntura en NGR(R) n. 5-6,* noviembre 1850, en *Sochinenia,* p. 488.

[470] Por ejemplo, la presentación obligatoria de candidatos obreros independientemente de las condiciones existentes, en relación con lo cual se dice, además de lo que hemos citado, que los obreros no deben preocuparse porque a consecuencia de ello salgan candidatos reaccionarios en lugar de demócratas: «Los éxitos que el partido proletario alcance con semejante actitud independiente pesan mucho más que el daño que puede ocasionar la presencia de unos cuantos reaccionarios en la asamblea representativa». Otro ejemplo es el relativo a los campesinos. Parece abandonarse la idea de la alianza con los campesinos que está en *Las luchas de clases*, el *18 Brumario* y otros textos. Y hay otros aspectos sobre los que no podemos extendernos.

[471] «Nuestro partido sólo puede llegar al poder cuando las condiciones le permitan aplicar sus concepciones. Luis Blanc ofrece el mejor ejemplo de lo que resulta cuando se llega demasiado pronto al poder» (ver p. 233).

[472] Engels, «La guerre des paysans», en *La révolution démocratique bourgeoise en Allemagne*, ed. cit., pp. 97-98. En una carta a Weydemeyer, del 12.4.1853, Engels vuelve sobre este tema. Refiriéndose a la eventualidad —que Marx y él consideran probable en ese momento— de un relanzamiento de la revolución en Alemania, dice: «Tengo como el presentimiento de que nuestro partido, a consecuencia de la indecisión y la blandenguería de los otros partidos, podría encontrarse un buen día catapultado al gobierno para tomar medidas que no responderían directamente a nuestro interés, sino al interés de la revolución en general y, de manera específica, a los intereses de la pequeña burguesía. Y en tales circunstancias, presionados por el *populus* proletario, ligados por nuestros propios programas y declaraciones impresos, que habrían sido más o menos bien interpretados, más o menos agitados en la pasión de la lucha política, nos veríamos obligados a entregarnos a experiencias comunistas y a hacer saltos adelante cuya inoportunidad sabemos mejor que nadie. En cosas así se pierde la cabeza —esperemos que será sólo *physiquement parlant*—, se produce una reacción, y hasta que el mundo sea capaz de emitir un juicio *histórico* sobre acontecimientos de ese género pasaríamos por ser no sólo bestias feroces —lo que podría tenernos sin cuidado—, sino además por *bêtes*; lo cual es mucho peor» (*Correspondance*, III, p. 354).

[473] Ver p. 229.

[474] *Las luchas de clases, OE*, I, p. 209, y p. 248 del presente texto.

[475] La cita referente a la circular de junio se encuentra en *Soius Kommunistov*, p. 282. Sobre los orígenes históricos de la idea de dictadura del proletariado véase Albert Soboul, *Karl Marx et l'expérience révolutionnaire française (Les origines de la theorie de la dictature du proletariat), La Pensée*, n. 36, 1951. En su artículo de 1884, *Marx y la Nueva Gaceta Renana*, Engels dice que leyendo en los años sesenta el libro de Bougeart, *Marat, l'ami du peuple* (1865), se había dado cuenta que Marx y él habían imitado inconscientemente en más de un aspecto el ejemplo de Marat, el cual, «a semejanza de nosotros, no consideraba que la revolución se había terminado, sino que se había declarado permanente» (*OE*, II, p. 334). En realidad Marx y Engels conocían el concepto y su origen histórico antes de 1848, puesto que en *La sagrada familia* se dice, refiriéndose a Napoleón, que «llevó a cabo el terrorismo en cuanto que sustituyó la revolución permanente por la guerra permanente» (*La sagrada familia*, ed. Grijalbo, 1958, p. 190).

[476] *OE*, II, p. 456.

[476 a] Marx y Engels diferenciaron netamente su concepción de la dictadura de la concepción blanquista. El marxista inglés Monty Johnstone cita el siguiente juicio de Engels en 1874: «De la concepción de Blanqui que ve cada revolución como golpe de mano de una pequeña minoría revolucionaria deriva la necesidad de una dictadura después de su éxito: naturalmente, no la dictadura de la clase obrera en su conjunto —el proletariado—, sino del pequeño grupo que ha organizado el golpe y que está organizado ya bajo la dictadura de una o varias personas» (*Socialisme, democratie systeme de parti unique, Politique Ajourd'hui*, enero 1971).

[477] Ver pp. 34-35, 43-44.

[478] Ver a este propósito mi presentación de los *Escritos económicos (1893-1899)* de Lenin, Ed. Siglo XXI de España, t. 1, páginas 19-29.

[479] En *Los presupuestos del socialismo*, donde expone sus tesis revisionistas, Bernstein opina que todos los textos del período revolucionario, desde el *Manifiesto* al *18 Brumario* están impregnados de espíritu blanquista, pero sobre todo las circulares de la Liga: «En ninguna parte el espíritu blanquista se manifiesta con tanta claridad. Contienen una serie de instrucciones precisas sobre la manera de transformar la próxima explosión revolucionaria en "revolución permanente"» (Edouard Bernstein, *Les presupposes du socialisme*, pp. 58-67, Ed. du Seuil, 1974. Primera ed. alemana: 1899). Bernstein no entendió que para Marx la «revolución permanente» era, en primer lugar, una tendencia objetiva del proceso revolucionario, y la táctica no podía «fabricarla», sino influir favorablemente en el proceso. De ahí que Bernstein no se explicara, como reconoce en este texto, la ruptura de Marx con el grupo Schapper a los pocos meses de la circular de marzo.

[480] Ver, en particular, Trotsky, *La révolution permanente*, Gallimard, 1963; Lenin, *Dos tácticas del proletariado en la revolución democrática, OE*, en tres tomos, Moscú, t. I. Isaac Deutscher hace un fino análisis de la concepción de la revolución permanente en Trotsky en el primer tomo de su famosa biografía (*Trotsky. El profeta armado*, Ed. Era, 1966, pp. 146-156).

[481] Ver Lenin, *Informe sobre la participación de la socialdemocracia en un gobierno provisional revolucionario,* abril 1905, t. 8, páginas 353-358; *F. Mehring sobre la segunda Duma,* abril 1907, tomo 12, pp. 343-349; *Diario de un publicista,* septiembre 1917, tomo 25, p. 270. Durante el quinto congreso del partido socialdemócrata (abril 1907), el menchevique Tsereteli se apoyó en la experiencia de 1848 para deducir que no sólo no habían madurado en Rusia las condiciones para el socialismo, sino que no podía llevarse a cabo la lucha por la libertad sin alguna forma de alianza con la democracia burguesa. Lenin responde que 1848 enseña justamente lo contrario. La lucha por la democracia sólo puede llevarse a cabo consecuentemente allí donde está dirigida por el proletariado (t. 12, p. 403). En la lucha contra el «economismo» Lenin utiliza la crítica restrospectiva de Engels a las concepciones de Born. Y los ejemplos podrían multiplicarse.

[482] En este texto Engels hace un canto entusiasta a la eficacia del sufragio universal como instrumento de emancipación del proletariado, y refiriéndose al crecimiento de la masa que votaba por la socialdemocracia alemana desde que Bismarck había introducido el sufragio universal, dice: «Su crecimiento avanza de un modo tan espontáneo, tan constante, tan incontenible y al mismo tiempo tan tranquilo como un proceso de la naturaleza. Todas las intervenciones del gobierno han resultado impotentes contra él. Hoy (Engels escribe en 1895) podemos contar ya con dos millones y cuarto de electores. Si este avance continúa, antes de terminar el siglo habremos conquistado la mayor parte de las capas intermedias de la sociedad, tanto los pequeñoburgueses como los pequeños campesinos, y nos habremos convertido en la potencia decisiva del país, ante la que tendrán que inclinarse, quieran o no, todas las demás potencias. Mantener en marcha ininterrumpidamente este incremento, hasta que desborde por sí mismo el sistema de gobierno actual; no desgastar en operaciones de descubierta esta fuerza de choque que se fortalece diariamente, sino conservarla intacta hasta el día decisivo: tal es nuestra tarea central». A continuación Engels agrega: «La ironía de la historia universal pone todo patas arriba. Nosotros, los "revolucionarios", los "elementos subversivos", prosperamos mucho más con los medios legales que con los medios ilegales y la subversión». Engels presenta esta vía como modelo a los partidos socialistas europeos, haciendo la salvedad de que ello no significa renunciar al «derecho a la revolución», entendiendo por ello —se deduce de todo el contexto— el recurso a la violencia
lencia a esa marcha electoral hacia el socialismo. (Ver *OE,* I,
en el caso de que el poder burgués intente oponerse por la vio-
páginas 121-122.) La dirección de la socialdemocracia alemana, argumentando con el peligro de una nueva ley de excepción contra los socialistas, consiguió que Engels aceptase la publicación de este texto depurado de los pocos pasajes en que se hacían esas reservas, y lo utilizó ampliamente para respaldar con la

autoridad de Engels su política electoralista y oportunista. Pero incluso completo el texto se presta a esa utilización. Refleja las ilusiones que en ese momento Engels, como todos los dirigentes socialistas alemanes, se hacía sobre los mecanismos formales de la democracia burguesa. Lo que no impide que en determinadas coyunturas de la lucha de clases esos mecanismos puedan convertirse en un peligro real para las clases dominantes, y en un poderoso instrumento de lucha de las clases dominadas. Por lo demás este texto contiene algunas verdades rotundas, como ésta: «Allí donde se trata de una transformación completa de la organización social tienen que intervenir directamente las masas, tienen que haber comprendido ya por sí mismas de qué se trata, por qué dan su sangre y su vida» (ídem, p. 120). Rosa Luxemburgo trató de defender el prefacio de Engels (tal como había sido publicado) contra la utilización que de él hacía Bernstein, arguyendo que cuando Engels recomienda «la lucha legal como opuesta a la lucha de barricadas no tenía en la mente la cuestión de la conquista definitiva del poder político, sino la lucha cotidiana» (*¿Reforma o revolución?,* Ed. Grijalbo, 1967, p. 94). Pero en el invierno de 1918, en plena revolución alemana, en su discurso sobre el programa ante el congreso constituyente del Partido Comunista de Alemania, Rosa Luxemburgo critica el famoso texto y constata su influencia negativa en el camino seguido por la socialdemocracia alemana, ese camino que la llevó a la capitulación de agosto de 1914. Al mismo tiempo se esfuerza por atenuar la responsabilidad de Engels, explicando su posición por presiones de la dirección del partido: «Yo no quiero decir que Engels, por su concepción, se haya hecho personalmente responsable del giro que han tomado las cosas en Alemania; yo digo solamente: he aquí un documento clásicamente lapidario de las aberraciones de que vivía la democracia alemana, o más bien de las que ha muerto». Y caracterizando, más adelante, el programa revolucionario del nuevo partido, dice: «Nos ponemos en el terreno sobre el que estuvieron Marx y Engels en 1848 y del que, en principio, nunca se apartaron». (Ver *Spartacus et la Commune de Berlin,* Ed. Spartacus, París, pp. 69-71.)

[483] *Circular del Comité central de la Liga de los comunistas,* marzo 1850, *OE,* I, pp. 92-93. Engels dice que Marx y él fueron los redactores de la Circular en su *Contribución a la historia de la Liga, OE,* II, p. 353. Pero en este mismo texto presenta el «eclipse» de la Liga no como la consecuencia de un error, sino de que «cesaron las causas que habían hecho necesaria una Liga secreta», y análoga explicación da Marx en 1860 (ver p. 90). Nunca desmintieron el testimonio de Roser.

[484] «Con la creación de las sociedades conspirativas proletarias —se dice en este artículo, publicado poco antes de la escisión de la Liga— apareció la necesidad de una división del trabajo. Los conspiradores se dividieron en conspiradores casuales, *conspirateurs d'occasion,* obreros que participaban en las conspiraciones al

mismo tiempo que trabajaban, limitándose a frecuentar las reuniones y acudir al punto de concentración cuando lo ordenaba el jefe, y los conspiradores profesionales, que vivían para la conspiración y le entregaban todas sus energías, constituyendo una capa intermedia entre los obreros y los jefes.» El artículo explica a continuación que la manera de vivir de estos conspiradores profesionales determinaba sus características. Dada la precariedad de sus medios de existencia tenían que recurrir frecuentemente a la caja de la organización, o a realizar actos que lindaban con la delincuencia común. Vivían acechados permanentemente por el peligro, y «la costumbre del peligro los hace indiferentes en alto grado a la vida y la libertad». «Su rasgo principal es la lucha contra la policía» y en el constante enfrentamiento con ésta los conspiradores profesionales «están a la caza de espías lo mismo que los espías están a la caza de conspiradores. Espiar es una de sus principales preocupaciones, por lo que no resulta sorprendente que se dé con tanta frecuencia el pequeño salto de conspirador profesional a agente pagado de la policía, cuando además la miseria, la cárcel y las amenazas presionan en la misma dirección. Esto explica la desconfianza sin límites que reina en las sociedades conspirativas, la cual ciega completamente a sus miembros, obligándoles a ver espías en sus mejores hombres y sus mejores hombres en los verdaderos espías» (*Sochinenie*, t. 7, pp. 286-289).

485 Idem, pp. 287-290.

486 Engels (Manchester) a Weydemeyer (Nueva York) el 12 de abril de 1853, en *Correspondance*, III, pp. 353-355. El subrayado es de Engels. Marx y Engels dejan en la práctica de hacer vida de partido (en el sentido actual del término) desde que se produce la escisión y la dirección de la fracción de la Liga que comparte sus opiniones pasa al grupo de Colonia. En febrero de 1851 Marx le escribe a Engels: «Este aislamiento auténtico, público, en que vivimos tú y yo me agrada bastante. Responde plenamente a nuestra posición y a nuestros principios. Todo ese sistema de concesiones recíprocas y de medias tintas que se tolera en nombre de las conveniencias, el deber de asumir a los ojos del público su parte de ridículo en el partido en compañía de todos esos asnos, todo eso se ha acabado». Engels le responde: «Tenemos de nuevo la ocasión —por primera vez desde hace mucho tiempo— de mostrar que no tenemos necesidad de popularidad ni del sostén de un partido cualquiera en un país cualquiera y que nuestra posición es totalmente independiente de esos pequeños y mezquinos cálculos (...). ¿Cómo gentes como nosotros, que huyen como la peste las posiciones oficiales pueden tener su lugar en un "partido"? (...). Tal es la posición que podemos y debemos adoptar en el próximo porvenir. No solamente no aceptar ninguna posición oficial *en el Estado*, sino igualmente, durante el mayor tiempo posible, no aceptar ninguna posición oficial en el *partido* y (...) criticar sin concesiones a todo el mundo...» (Engels a Marx, 13 de febrero de 1851, en *Correspondance*, II, pp. 143-144).

487 La cita de la carta de Freiligrath se encuentra en el *Karl Marx de Mehring*, ed. cit., p. 230. La carta de Marx a Freiligrath, del 29.2.1860, en *Sochinenie*, t. 30, pp. 400-401, 406. La Sociedad de las estaciones (del año), a que alude Marx en esta cita, es la organización de Blanqui y Barbes en los años que preceden a 1848 (Société des Saisons). Los subrayados son de Marx.

488 Ver *Las luchas de clases en Francia*, *OE*, p. 132. El mismo concepto de *proletariado como partido* encontramos de modo explícito en otros lugares de este mismo texto: página 161 («... el proletariado se desprendió como partido político independiente del partido demócrata...»), o del *18 Brumario*: páginas 239-240 («... a los verdaderos jefes del partido proletario...»), página 241 («Durante las jornadas de junio, todas las clases y todos los partidos se habían unido en un partido del orden frente a la clase proletaria, como partido de la anarquía, del socialismo, del comunismo.»), etc. En relación con esta concepción de Marx, ver el ensayo de Rossana Rossanda *Sobre el partido (de Marx a Marx)*, en la recopilación de textos de *Il Manifesto*, Ed. Seuil, 1971, pp. 281-297. «La lucha de clases —escribe R. R.— tiene sus raíces materiales en el mecanismo mismo del sistema; y la revolución —es decir, el proceso llamado a repasarla— es una actividad *social* que forja, a medida que se desarrolla, las formas políticas que la clase necesita y que constituyen su organización: el partido. Por eso, si en Marx partido y proletariado parecen a veces intercambiables es solamente en el sentido de que el primero es la forma *política* del segundo, constituye su modo de ser transitorio —participando de las imperfecciones históricas de las instituciones políticas concretas—, mientras que el proletariado permanece como el sujeto histórico permanente, enraizado en la materialidad del mecanismo capitalista...» (ídem, p. 285).

489 Ver pp. 107, 250.

490 Citado por Lenin en *Dos tácticas* (ver *OE*, I, p. 606).

491 Lenin, *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*, en *OE*, I, p. 607.

492 La alusión al congreso obrero que se preparaba en abril de 1849, y de cuya comisión organizadora (en las provincias renanas) formaba parte Marx se encuentra en la p. 204. En la circular de marzo se plantea que «después del derrocamiento de los gobiernos existentes y a la primera oportunidad el Comité central se trasladará a Alemania y convocará inmediatamente un Congreso ante el que propondrá las medidas necesarias para la centralización de los clubs obreros bajo la dirección de un organismo establecido en el centro principal del movimiento» (*OE*, I, página 99).

493 Marx a Weydemeyer, el 29.11.1864, en *Sochinenie*, t. 31, páginas 362-363. «Los miembros ingleses (del Comité) —dice

Marx en esta carta— son, en su mayor parte, los jefazos de las tradeuniones, es decir, los verdaderos reyes obreros de Londres...» (ídem, p. 362).

[494] Ver, a este propósito, el artículo del marxista inglés Monthy Johnstone, *Socialisme, démocratie et système de parti unique*, en *Politique Aujourd'hui*, enero 1971. En una carta del 18 de diciembre de 1889 al socialista danés Trier, que había sido expulsado de la dirección del partido por sus posiciones de extrema izquierda, Engels expresa su disconformidad con ese género de medidas y con toda restricción de la discusión y la crítica dentro del partido: «A ninguno de los actuales partidos socialistas se le ocurriría proceder con una oposición surgida en sus filas según el modelo danés. La vida y el crecimiento de cada partido se acompaña habitualmente del desarrollo y la lucha mutua, en su seno, de una tendencia moderada y otra extrema, y aquel que sin más excluya a los de la tendencia extrema sólo consigue facilitar su crecimiento. El movimiento obrero está basado en la crítica aguda de la sociedad existente; la crítica es su elemento vital, ¿cómo puede él mismo esquivar la crítica, pretender prohibir la discusión? ¿Acaso nosotros exigimos a los otros libertad de palabra sólo para suprimirla de nuevo en nuestras propias filas?» (*Sochinenie*, t. 37, pp. 274-277). En 1850, como vimos, Marx intenta salvar la unidad de la Liga con la original propuesta de que las dos fracciones coexistieran en su seno, organizadas en grupos separados, dependientes directamente de un Comité central aceptable para ambas. (Ver p. 231.)

[495] Lo mismo sucede, evidentemente, con la utilización del término «partido» para designar al proletariado «como partido». Hay que tener en cuenta, a este respecto, lo que decimos en otro lugar sobre la imprecisión del término en aquel tiempo, cuando era muy reciente su aparición en el vocabulario político.

[496] El tema de la concepción del partido en Lenin y su deformación estaliniana lo trato en *La crisis del movimiento comunista* (*Ruedo Ibérico*, 1970). En las ediciones francesa, italiana e inglesa he introducido un pasaje que no figura en la española sobre la concepción del partido en Marx y su diferencia con la de Lenin. (Ver edición francesa, Masperó, 1972, t. 2, pp. 713-727.)

Los autores soviéticos, obligados a ajustarse a la tesis oficial de que no hay contradicción alguna entre la concepción del partido de Marx y la de Lenin, siendo ésta el «desarrollo creador» de aquella, tropiezan con las formulaciones del *Manifiesto* y por lo general salen del paso no citándolas más que parcialmente o dando una versión deformada. De una u otra manera escamotean este pasaje: «Los comunistas no forman un partido aparte, opuesto a los otros partidos obreros (...). No proclaman principios especiales a los que quisieran amoldar el movimiento proletario». Véase, por ejemplo, la *Historia de la Liga de los comunistas*, de M. I. Mijailov, ed. cit., p. 171.

[497] Cierto, en 1885 Engels plantea que «el movimiento internacional del proletariado europeo y americano es hoy tan fuerte que no sólo su primera forma estrecha —la de la Liga secreta—, sino su segunda forma, infinitamente más amplia —la pública de la Asociación Internacional de Trabajadores—, se ha convertido en una traba para él, pues hoy basta con el simple sentimiento de solidaridad, nacido de la conciencia de la identidad de su situación de clase, para crear y mantener unido entre los obreros de todos los países y lenguas un solo y único partido: el gran partido del proletariado» (*Contribución a la historia de la Liga de los comunistas*, en *OE*, II, p. 357). Pero hay que tener en cuenta que Engels escribe esto en plena ley de excepción contra los socialistas alemanes. El partido socialista alemán había sido puesto en la ilegalidad pero conservaba una serie de posibilidades legales de acción —electorales, sindicales— que se esforzaba por aprovechar, lo cual requería la precaución de no aparecer públicamente como tal partido. De todas maneras este texto muestra elocuentemente hasta qué punto para Marx y Engels el agente principal de la lucha social es la clase y no tal o cual forma transitoria de partido obrero o de partido comunista.

[498] *18 Brumario*, ed. cit., p. 258.

[499] Carta de Engels a J. Bloch, del 21-22.11.1890, en *OE*, edición citada, II, pp. 492-494.

[500] Carta de Engels a Marx, del 13.2.1851, en *Sochinenie*, t. 27, página 177; Marx, *El Spree y el Mincio*, *Das Volk*, del 25.6.1859, en *Sochinenie*, t. 13, p. 407.

[501] Ver *Las luchas de clases en Francia*, en *OE*, I, pp. 132, 178, 204. «Las revoluciones son las locomotoras de la historia», dice Marx como colofón a la descripción de la influencia que el proceso revolucionario tuvo en el despertar de los pequeños campesinos franceses, impulsándolos a intervenir en la lucha política y actuar como clase.

[502] *18 Brumario*, pp. 249, 271 y 318-323. También en *Las luchas de clases*, pp. 201-204. En esas páginas del *18 Brumario* encontramos el siguiente pasaje: «En la medida en que millones de familias viven bajo condiciones económicas de existencia que las distinguen por su modo de vivir, sus intereses y su cultura de otras clases y las oponen a éstas de un modo hostil, aquéllas *forman una clase*. Por cuanto existe entre los campesinos parcelarios una articulación puramente local y la identidad de sus intereses no engendra entre ellos ninguna comunidad, ninguna unión nacional y ninguna organización política, *no forman una clase*» (*18 Brumario*, p. 318. El subrayado es nuestro). Esta aparente contradicción ha dado lugar a innumerables controversias entre marxólogos. A nuestro juicio Marx se refiere a los dos modos de existir la clase que enuncia en *Miseria de la filosofía*: la *clase en sí* y la *clase para sí*. Pero ninguno de estos dos modos significa que la clase exista sin lucha. ¿Qué otra cosa quiere decir «... y las oponen a éstas de un modo hostil? Pero hay lucha y lucha, lo mismo en relación con los campesinos que con

los obreros. Marx distingue entre la lucha económica más o menos fragmentada y dispersa de individuos y grupos, y la lucha colectiva de la clase que por sus propias implicaciones reviste un carácter político. En la práctica, ambos modos coexisten bajo combinaciones infinitas en el desarrollo histórico de las clases. No son dos etapas históricas de la misma —primero *clase en sí* y luego *clase para sí*—, sino formas que, en su combinación, dependen de la coyuntura. Para Marx la clase obrera de París actúa plenamente como *clase para sí* entre febrero y junio de 1848, pero posteriormente, bajo los efectos de la derrota y del nuevo auge económico, este modo de ser va desapareciendo en medida creciente, y Marx considera que está «incapacitada para luchar durante muchos años» (ver p. 278). Se entiende: incapacitada para llevar el tipo de lucha política por el poder del período febrero-junio. Es decir, queda reducida de nuevo al estado que Marx designa con la expresión de *clase en sí*. Son fórmulas tomadas de Hegel pero cuya significación conceptual es radicalmente distinta y expresan muy gráficamente lo que quieren decir.

[503] *18 Brumario*, pp. 316-317.

[504] Ver p. 164.

[505] Lenin califica este planteamiento de Marx como una «conclusión... extraordinariamente precisa, definida, prácticamente tangible: todas las revoluciones anteriores perfeccionaron la máquina del Estado, y lo que hace falta es romperla, destruirla» (*El Estado y la revolución*, *OE*, II, p. 324).

[506] Ver *Ideología alemana*, ed. cit., pp. 34-35. En su principal obra sobre el Estado Engels desarrolla la misma tesis en términos más concretos: «Así, pues, el Estado no es de ningún modo un poder impuesto desde fuera a la sociedad; tampoco es "la realidad de la idea moral", "ni la imagen y la realidad de la razón", como afirma Hegel. Es más bien un producto de la sociedad cuando llega a un grado de desarrollo determinado; es la confesión de que esa sociedad se ha enredado en una irreconciliable contradicción consigo misma y está dividida por antagonismos irreconciliables, que es impotente para conjurar. Pero a fin de que estos antagonismos, estas clases con intereses económicos en pugna no se devoren a sí mismas y no consuman a la sociedad en una lucha estéril, se hace necesario un poder situado aparentemente por encima de la sociedad y llamado a amortiguar el choque, a mantenerlo en los límites del "orden". Y ese poder, nacido de la sociedad, pero que se pone por encima de ella y se divorcia de ella más y más, es el Estado» (Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Ed. en Lenguas Extranjeras, Moscú, p. 196).

[507] En el *18 Brumario* Marx describe cómo la «masa extraparlamentaria de la burguesía» abandona a sus representantes parlamentarios que intentan aún mantener su poder político frente a Bonaparte, y dice de ella que «en todo momento sacrificó su interés general de clase, es decir, su interés político, al más mezquino y sucio interés privado, exigiendo de sus representantes este mismo sacrificio» (pp. 304-305); con su comportamiento «demostraba que la lucha por defender su interés *público*, su propio *interés de clase*, su Poder *político*, no hacía más que molestarle y disgustarle como una perturbación de su negocio privado» (p. 303). Ver también nuestro texto, p. 192 y nota 312.

[508] En las condiciones concretas de Francia después de la revolución de febrero Marx consideraba que «la república parlamentaria era algo más que el terreno neutro en el que podían convivir con derechos iguales las dos fracciones de la burguesía francesa, los legitimistas y los orleanistas, la gran propiedad territorial y la industria. Era la condición inevitable para su dominación en común, la única forma de gobierno en que *su interés general de clase podía someter a la par las pretensiones de sus distintas fracciones y las de las otras clases de la sociedad*»; en la que «las especies burguesas desaparecían en el burgués a secas, en el género burgués» (*18 Brumario*, pp. 296-297).

[509] En *Las luchas de clases* y en el *18 Brumario* Marx describe las diferentes combinaciones de fracciones de clase en el poder que van produciéndose en Francia desde febrero de 1848 al golpe de Bonaparte, y alude también a la Restauración y a la Monarquía de Julio. Considera que bajo la primera, después del derrocamiento de Napoleón, los grandes terratenientes (en los que Marx ve una fracción de la clase burguesa) tuvieron el monopolio del poder (*Luchas de clases*, p. 175); atribuye ese monopolio a la aristocracia financiera bajo la Monarquía constitucional de Luis Felipe (ídem, p. 126), aunque en otros lugares habla de su ejercicio por dos fracciones: la aristocracia financiera y los «grandes industriales» (*18 Brumario*, p. 250); en la República parlamentaria participan las tres fracciones: terratenientes, financieros e industriales (ídem). Bajo el bonapartismo todas las fracciones de la burguesía —o más exactamente: todas las formaciones políticas que las representan— quedan excluidas del ejercicio directo del poder. Puede decirse que el bonapartismo es una forma extrema de autonomía del Estado al servicio de las fracciones hegemónicas de la burguesía, la forma que corresponde a un determinado equilibrio de la lucha de clases, no sólo entre proletariado y burguesía, sino entre las diversas fracciones de la burguesía, incluida la incidencia que en ese equilibrio tienen también las otras clases y capas sociales.

[510] *18 Brumario*, p. 316.

[511] Ver p. 285.

[512] Engels, *Anti-Dühring*, Ed. Grijalbo, p. 173.

[513] Ver pp. 99-104, 128-130, 182-187, 286-288.

[514] *Manifiesto Comunista*, ed. cit.; los subrayados son nuestros en éste y en los pasajes que siguen. Como señala justamente Ma-

xime Rodinson, la frase «los obreros no tienen patria» no significa, en el espíritu de Marx, una proclamación antipatriótica, sino «la constatación de un hecho: la sociedad burguesa les ha despojado de su participación en una patria dada» (*Le marxisme et la nation, L'Homme et la société*, n. 7, 1968). Pero es plausible suponer que esta frase refleja también la idea ilusoria que Engels expresaba en esta otra frase de septiembre de 1845: «en su masa los proletarios, en virtud de su propia naturaleza, *están libres ya de los prejuicios nacionales*, y todo su movimiento y desarrollo espiritual es, en esencia, humanístico y antinacionalista» (*Sochinenie*, t. 2, p. 590. Nos referimos a la afirmación que hemos subrayado).

[515] Ver pp. 100-104, 129-130.

[516] El carácter de la lucha de los eslavos del sur contra los polacos y húngaros era contradictorio. Políticamente, era manipulada por el zarismo y la monarquía austriaca. Socialmente, era una lucha de clases entre campesinos siervos o semisiervos (los campesinos eslavos) y sus opresores directos (los nobles terratenientes polacos y húngaros). Engels no tiene en cuenta —al menos explícitamente— este segundo aspecto del problema, pese a que en *Revolución y contrarrevolución en Alemania* reconoce que los campesinos del Imperio austriaco «destruyeron hasta los últimos vestigios del feudalismo», son los que «realmente se han beneficiado de la revolución» (ver ed. cit., p. 234).

[517] Ver *Revolución y contrarrevolución en Alemania*, capítulos VIII y IX y p. 276. En esta obra Engels extiende a los polacos la apreciación negativa que él y Marx tenían de los eslavos del sur. Reconociendo como natural que los polacos reclamaran el restablecimiento inmediato de su país en las fronteras de 1772, pero se interroga: «Por otro lado, ¿debían cederse regiones enteras, habitadas en su mayoría por alemanes; debían cederse grandes ciudades, habitadas enteramente por alemanes, a un pueblo que no había demostrado jamás su capacidad de progresar más allá de un estado de feudalismo basado en la servidumbre agraria?». Estima que la cuestión es muy complicada y no ve más salida que una guerra con Rusia, porque «adueñándose de grandes territorios al Este los polacos serían más tratables al Oeste» (ídem, p. 247). En una carta a Marx de unos meses antes, Engels expone la misma idea y sugiere que si «los rusos se ponen en movimiento» —es decir, si toman el camino de la revolución— lo mejor será «aliarse con ellos y obligar a los polacos a ceder» (*Correspondance*, II, p. 224).

[518] Marx, *La dominación británica en la India, New York Daily Tribune*, 25.6.1853, en *Sochinenie*, t. 9, p. 136.

[519] Marx, *Primer análisis internacional, NGR(R)*, n. 1, en *Sochinenie*, t. 7, p. 234.

[520] Carta de Engels a Bernstein del 22 y 25 de febrero de 1882, en *Sochinenie*, t. 35, pp. 230, 232.

[521] Entre los trabajos recientes más importantes sobre las concepciones de Marx y Engels en relación con la cuestión nacional y su expresión ulterior en la socialdemocracia y en el movimiento comunista, ver la presentación por Georges Haup de *Les marxistes et la question national*, Maspero, 1974, y el ensayo de Maxime Rodinson *Le marxisme et la nation*, en *L'Homme et la société*, n. 7, 1968.

CRONOLOGIA

1818

Nacimiento de Marx.

1820

Nacimiento de Engels.

1845

Marx escribe las *Tesis sobre Feuerbach*, primera formulación de su concepción materialista-dialéctica.

1845-1846

Marx y Engels escriben conjuntamente la *Ideología alemana*, donde «ajustan las cuentas» a su ideología anterior y exponen su concepción materialista-dialéctica de la historia.

1846

Marx y Engels forman en Bruselas el Comité comunista de correspondencia y entablan las primeras relaciones con los dirigentes de la Liga de los Justos residentes en Londres.

Insurrección polaca en Cracovia (febrero).

Crisis de alimentación en Europa. Desórdenes con este motivo.

Abolición en Inglaterra de las leyes proteccionistas cerealistas.

1847

Comienzo de la crisis económica europea, que se prolongará durante 1848, constituyendo uno de los factores principales de la revolución de 1848.

Enero. El Comité central de la Liga de los Justos envíea uno de sus miembros a Bruselas para discutir con Marx la posibilidad de un entendimiento. Se llega a un acuerdo en principio.

Abril-junio. Reunión de la Dieta Unida de Prusia en Berlín. Conflicto entre el rey y la burguesía liberal.

Junio. Congreso de la Liga de los justos en Londres, con participación de Engels. Se decide su transformación en Liga de los comunistas.

Junio. Congreso de la Liga de los Justos en Londres, con par-

Julio-diciembre. Intensificación de la agitación social y política en Francia. Campaña de los banquetes por la reforma del sistema electoral.

12 septiembre. Asamblea de los demócratas alemanes en Offenburg (Baden).

10 octubre. Asamblea de los liberales alemanes en Heppenheim (Hesse-Darmstadt).

21 octubre-23 noviembre. Guerra civil en Suiza. Derrota del Sunderbund (Liga de los Cantones clericales).

Noviembre. Reactivación del movimiento cartista.

Noviembre-diciembre. Segundo Congreso de la Liga de los comunistas. Encomienda a Marx la redacción de un Manifiesto comunista.

1848

2-4 enero. Motín de los cigarros en Milán. Enfrentamiento de los patriotas con la oficialidad austriaca.

12-17 enero. Insurrección de Palermo (Sicilia) contra la monarquía absoluta de Fernando II (reino de Nápoles).

10 febrero. Fernando II cede a la insurrección. Introducción de la Constitución.

11 febrero. Las autoridades austriacas decretan el estado de sitio en Lombardía.

14 febrero. El papa Pío IX, soberano de los Estados papales, crea una comisión para introducir reformas liberales.

17 febrero. Introducción de la Constitución en Florencia.

22-24 febrero. Insurrección victoriosa en París. Derrocamiento de la monarquía de Luis Felipe. Formación de un gobierno provisional con participación de socialistas (Luis Blanc y Albert).

25 febrero. El proletariado y el pueblo de París imponen la instauración de la República. El gobierno provisional proclama el «derecho al trabajo».

28 febrero. El gobierno provisional francés acuerda crear los Talleres nacionales para asegurar trabajo a los obreros y crear una Comisión (llamada Comisión de Luxemburgo) para estudiar el problema obrero.

Finales de febrero. Se edita en Londres el *Manifiesto Comunista* (en alemán). El Comité central de la Liga delega sus funciones en el Comité de Bruselas.

Primera quincena de marzo. Bajo la presión de los acontecimientos franceses y de manifestaciones populares se forman gobiernos liberales en una serie de estados alemanes (con exclusión de Prusia y Austria). Sublevaciones campesinas en el sudoeste de Alemania.

1 marzo. Insurrección en Neuchâtel (Suiza).

2 marzo. Decreto del gobierno provisional francés reduciendo la jornada de trabajo.

4 marzo. Marx es detenido por la policía belga y expulsado del país. El gobierno provisional francés le autoriza a instalarse en París, donde llega el 5 de marzo. El Comité de Bruselas de la Liga, en funciones de Comité central, le encarga formar en París un nuevo Comité central.

5 marzo. Carlos Alberto, rey de Cerdeña (Piamonte) promulga el Estatuto constitucional.

5 marzo. Liberales y demócratas alemanes se reúnen en Heidelberg y deciden convocar un pre-parlamento alemán.

5-6 marzo. Desórdenes en Glasgow.

11 marzo. Asamblea popular en Praga.

13-15 marzo. Insurrección en Viena. Huida de Metternich.

14 marzo. Introducción de la Constitución en Roma.

15 marzo. Comienzo de la revolución húngara.

Segunda quincena de marzo. El nuevo Comité central de la Liga formado por Marx en París, bajo su presidencia, se opone a la medida tomada por otros comunistas y demócratas exiliados de organizar un cuerpo expedicionario armado para penetrar en Alemania. Decide recomendar y organizar el regreso individual a Alemania de los comunistas y obreros alemanes exiliados. El 21 de marzo Engels llega a París y se incorpora a la actividad del Comité central. A finales de marzo el Comité central elabora la plataforma de *Reivindicaciones del partido comunista de Alemania,* que, junto con ejemplares del *Manifiesto Comunista,* son llevados a Alemania por los comunistas y obreros que regresan.

17-22 marzo. Insurrección en Venecia contra el yugo austriaco. Proclamación de la república veneciana.

17 marzo. Manifestación de la extrema izquierda en París por el aplazamiento de las elecciones a la Asamblea constituyente.

18-19 marzo. Insurrección en Berlín. El rey de Prusia se ve obligado a formar un gobierno de liberales burgueses —el gobierno Camphausen— y a prometer reformas.

18-22 marzo. Insurrección en Milán contra la ocupación austriaca.

19 marzo. Abdicación de Luis I de Baviera. Asamblea de los demócratas en Offenburg, que se pronuncia por la república.

23 marzo. Comienzo de la guerra de independencia nacional italiana contra los austriacos, encabezada por el reino de Cerdeña.

26 marzo. Motín en Madrid.

31 marzo-3 abril. Reunión del pre-parlamento en Francfort.

4 abril. La tercera Convención nacional del cartismo se reúne en Londres.

Hacia el 5 ó 6 de abril. Marx y Engels entran en Alemania.

10 abril. Concentración cartista en Londres. Entrega de una nueva Petición al parlamento. Pero el plan cartista fracasa porque las medidas militares tomadas por el gobierno impiden la marcha proyectada sobre el parlamento. Comienzo del declive del movimiento cartista.

11 abril. Marx y Engels llegan a Colonia.

12-20 abril. Insurrección republicana en Baden. Es derrotada por las tropas de este Estado alemán.

16 abril. Nueva manifestación de la extrema izquierda en París por el aplazamiento de las elecciones.

Abril-mayo. Una serie de militantes de la Liga comienza a desempeñar un papel destacado en diversas asociaciones obreras y demócratas, pero la organización de la Liga propiamente dicha apenas existe. En Colonia, Marx y Engels concentran su esfuerzo en preparar la salida de *Nueva Gaceta Renana.*

23 abril. Elección de la Asamblea constituyente francesa. Fracaso de la extrema izquierda.

Abril-mayo. Insurrección de los polacos de Posnania contra la dominación prusiana.

Mayo. Contra la opinión de Schapper, Moll y otros dirigentes veteranos de la Liga, Marx —apoyado por Engels y otros miembros del Comité central de la Liga— decide interrumpir la actividad de la Liga como tal en Alemania y actuar en el ala izquierda del partido demócrata.

1 mayo. Se promulga en Inglaterra la ley estableciendo la jornada de diez horas para las mujeres y adolescentes en la industria textil.

4 mayo. Inicia sus trabajos la Asamblea constituyente francesa.

7 mayo. Motín en Madrid.

13 mayo. Autonomía de la Voïvodie serbia.

15 mayo. Manifestación revolucionaria contra la Constituyente en París, seguida de la represión contra Blanqui y otros líderes revolucionarios.

15 mayo. Manifestación revolucionaria en Viena contra el intento de la monarquía de otorgar una Constitución. Decreto democratizando el sistema electoral.

15-16 mayo. Aplastamiento de un levantamiento popular en Nápoles. Se inicia la contrarrevolución en el reino de Fernando II.

18 mayo. Apertura en Francfort de la Asamblea nacional alemana, elegida en Prusia, Austria y demás estados alemanes por sufragio universal indirecto.

22 mayo. Apertura en Berlín de la Asamblea nacional prusiana, elegida por el mismo sistema, que se propone elaborar una Constitución.

1 junio. Salida en Colonia del primer número de la *Nueva Gaceta Renana,* dirigida por Marx.

2 junio. Apertura del Congreso eslavo en Praga.

12-17 junio. Insurrección en Praga aplastada por las tropas austriacas.

14 junio. Manifestación insurreccional de los obreros y demócratas radicales de Berlín. Asalto del arsenal.

14-17 junio. Primer congreso de los demócratas alemanes en Francfort.

21-23 junio. Levantamiento en Valaquia.

Hacia el 23 de junio. El Comité de la Asociación democrática de Colonia nombra a Marx entre sus representantes en la Comisión de las organizaciones democráticas de Colonia, formada en cumplimiento de las decisiones del Congreso de Francfort, a fin de realizar el reagrupamiento de las organizaciones demócratas de Renania y Westfalia.

23-26 junio. Insurrección del proletariado de París. El general Cavaignac, nombrado jefe del Poder ejecutivo, dirige la represión.

26 junio-2 julio. Serie de artículos en *NGR* sobre la insurrección del proletariado parisiense. El 29 se publica el artículo de Marx «La revolución de junio».

28 junio. Dispersión del Congreso eslavo de Praga por las tropas austriacas.

29 junio. La Asamblea nacional de Francfort designa Vicario del Imperio al Archiduque Juan.

Julio. Garibaldi organiza su Cuerpo de Voluntarios para luchar contra los austriacos.

6 julio. Moll, miembro del ex Comité central de la Liga de los comunistas es elegido presidente de la Asociación obrera de Colonia.

15 julio-18 agosto. Se reúne en Francfort el congreso de maestros artesanos de toda Alemania.

20 julio-20 septiembre. Se reúne en Francfort el congreso de oficiales artesanos.

21 julio. Marx es elegido por la Asamblea de la Asociación democrática de Colonia para representarla en el Comité de las tres asociaciones democráticas de Colonia (una de ellas es la Asociación obrera).

22 julio. Apertura en Viena del *Reichstag* (parlamento del Imperio austriaco).

23-25 julio. Derrota de los italianos en Custozza.

Julio-agosto. Fracaso de un intento de insurrección irlandesa.

3 agosto. Marx es informado de que las autoridades renanas le niegan la calidad de súbdito prusiano y le consideran extranjero.

9 agosto. Armisticio entre austriacos y piamonteses.

11 agosto. Reunión de la Asociación democrática de Colonia bajo la presidencia de Marx. Se adopta una protesta contra la incorporación de Posnania a la Confederación germánica —acordada por la Asamblea nacional de Francfort—. Se elige una delegación para exigir de las autoridades de Colonia que anulen las medidas policíacas contra Marx y Schapper.

13-14 agosto. Marx y Engels participan en el primer congreso de demócratas renanos que se celebra en Colonia, con asistencia de delegados de diecisiete organizaciones demócratas de la provincia. El Congreso ratifica el Comité central de las tres asociaciones democráticas de Colonia (del que es miembro Marx) como Comité regional democrático renano.

23 agosto. Manifestación insurreccional obrera en Viena.

23 agosto-11 septiembre (aproximadamente). Viaje de Marx a Berlín y Viena a fin de allegar fondos para la *NGR* y establecer relaciones con los dirigentes demócratas de ambas capitales.

23 agosto-3 septiembre. Tiene lugar en Berlín un congreso de asociaciones obreras de diferentes estados alemanes. El congreso es dirigido por Born y crea la Fraternidad Obrera.

25-26 agosto. Paso de Marx por Berlín. Se entrevista con varios dirigentes demócratas, entre los cuales d'Ester, Jung y Julius.

26 agosto. Armisticio de Malmoe entre Dinamarca y Prusia.

28 agosto-6 septiembre. Estancia de Marx en Viena. Participa en una discusión de la Asociación democrática, donde se discute sobre la situación después de la manifestación obrera del 23 de agosto. Marx establece una cierta similitud con la situación de junio en París. El 30 de agosto Marx habla en la Asociación obrera de Viena. El 2 de septiembre hace en la misma Asociación un largo informe sobre «trabajo asalariado y capital».

Fines de agosto. Ruptura austro-húngara.

Septiembre. Expedición de Fernando II contra Sicilia, último baluarte del movimiento revolucionario en el reino de Nápoles.

7 septiembre. Abolición del régimen señorial en los «Estados hereditarios» de la corona austriaca.

7 septiembre. Asamblea de masas en Colonia organizada por la Asociación demócrata y *NGR*. Se acuerda una resolución dirigida a la Asamblea nacional de Francfort pidiéndole que no ratifique el armisticio entre Dinamarca y Prusia.

10 septiembre. De acuerdo con el gobierno de Viena, las tropas croatas atacan Hungría.

11 septiembre. Marx regresa a Colonia.

12-16 septiembre. En la serie de artículos «La crisis y la contrarrevolución» Marx analiza la crisis política creada con motivo del armisticio y formula la tesis de que el gobierno provisional salido de una revolución debe ser necesariamente una dictadura revolucionaria.

13 septiembre. La redacción de NGR, la Asociación obrera y la Asociación democrática de Colonia organizan una concentración popular en la que participan unas seis mil personas; crea un Comité de salud pública de treinta, entre los que figuran Marx y Engels. Se dirige un mensaje a la Asamblea nacional prusiana requiriéndola a resistir a todo intento de disolución.

16 septiembre. La Asamblea nacional de Francfort ratifica el armisticio de Malmoe.

17 septiembre. Nueva concentración de masas en las proximidades de Colonia, actuando Engels de secretario.

18 septiembre. Insurrección popular en Francfort contra la ratificación del armisticio.

20 septiembre. Asamblea popular en Colonia, organizada por el Comité de salud pública y las asociaciones democráticas y obreras, de protesta contra la ratificación del armisticio y en solidaridad con los insurrectos de Francfort.

22 septiembre. Se crea en Hungría el Comité de defensa de la patria, encabezado por Kossuth.

21-24 septiembre. Fracaso de la intentona republicana en Baden, dirigida por Struve.

25 septiembre. Orden de proceder contra Engels y otros redactores de la *NGR* por complot contra el orden establecido. Instrucción judicial contra el Comité de salud pública, la Asociación democrática y la Asociación obrera de Colonia. Detención de algunos de sus dirigentes (entre ellos Schapper). Intervención de Marx en una asamblea de la Asociación obrera poniendo en guardia contra una insurrección prematura.

26 septiembre. Declaración del estado de sitio en Colonia. Suspensión por las autoridades militares de *NGR* y otros diarios democráticos. Días después Engels tiene que abandonar Colonia para evitar la detención. Marcha a Bruselas.

28 septiembre. Es muerto en Pest el conde Lamberg, representante del gobierno imperial austriaco en Hungría. El hecho sirve de pretexto para la intervención austriaca.

Comienzos de octubre. Victoria del ejército revolucionario húngaro sobre los austriacos y croatas.

5 octubre. Engels llega a París después de haber sido detenido en Bruselas y expulsado de Bélgica. A los pocos días marcha a Suiza.

6 octubre. Revolución popular en Viena. Resiste hasta el 31 de octubre a las tropas austriacas y croatas que cercan la ciudad.

12 octubre. Reaparición de *NGR*.

16 octubre. En la sesión del Comité de la Asociación obrera de Colonia Marx acepta la propuesta de desempeñar provisionalmente la presidencia de la Asociación. (Moll había tenido que salir de Colonia para no ser detenido.) La asamblea de la Asociación obrera del 22 de octubre confirma el nombramiento de Marx.

26-30 octubre. Se celebra en Berlín el segundo congreso de demócratas de Alemania.

Finales de octubre. Se forma en Florencia un gobierno demócrata.

31 octubre. Gran manifestación en Berlín en solidaridad con el pueblo de Viena.

1 noviembre. Las tropas austro-croatas entran en Viena y llevan a cabo una represión sangrienta.

4 noviembre. La Asamblea constituyente francesa aprueba la Constitución de la república.

15-16 noviembre. Triunfo de la insurrección republicana en Roma.

Segunda quincena de noviembre. Conflicto entre la Asamblea nacional prusiana y el gobierno instrumento del monarca. Movilización de las asociaciones demócratas y obreras en apoyo de la Asamblea.

14 noviembre. El Comité regional de demócratas renanos lanza un llamamiento a la población para que exprese su solidaridad con la Asamblea de Berlín negándose a pagar los impuestos. El llamamiento se publica en *NGR*.

17 noviembre. Suplemento extraordinario de *NGR* dedicado a la movilización. Desde el 19 de noviembre hasta el 17 de diciembre todos los números de *NGR* llevan el llamamiento: ¡No más impuestos!

18 noviembre. Nuevo llamamiento del Comité regional de demócratas renanos requiriendo a la población a resistir al cobro por la fuerza de los impuestos, a crear una milicia armada y a formar Comités de salud pública que asuman el poder allí donde las autoridades no acaten a la Asamblea nacional de Berlín.

20 noviembre. Marx y otros miembros del Comité regional de demócratas son convocados por el juez de instrucción acusados de «incitación a la rebelión».

21 noviembre. Llamamiento del Comité regional de demócratas poniendo en guardia a la población contra acciones prematuras. Se debe esperar a que Berlín empiece.

23 noviembre. Segundo congreso de demócratas renanos en Colonia. Marx participa. Se discute la marcha de la campaña contra los impuestos.

27 noviembre. Declaración austriaca sobre la «unidad estatal» del Imperio, que significa crear una dificultad insuperable a la creación de una unidad estatal alemana que incluya la Austria alemana.

27 noviembre. Los líderes demócratas alemanes forman la Asociación central de marzo que se propone reagrupar para la dirección del grupo parlamentario de la Asamblea nacional de Francfort al conjunto de las organizaciones demócratas de Alemania. Marx critica duramente a esta Asociación.

2 diciembre. Abdicación de Fernando I y proclamación de Francisco José emperador de Austria.

5 diciembre. Federico Guillermo IV disuelve la Asamblea nacional prusiana con un destacamento del ejército y otorga una Constitución confeccionada por sus servicios.

10 diciembre. Luis Bonaparte es elegido por sufragio universal, obteniendo una gran mayoría de votos, presidente de la Segunda República francesa.

10-31 diciembre. Se publican en *NGR* los cuatro artículos de Marx, *La burguesía y la contrarrevolución*, donde analiza el proceso revolucionario alemán hasta ese momento.

1849

1 enero. Se publica en *NGR* el artículo de Marx *El movimiento revolucionario*, donde analiza el conjunto del proceso revolucionario europeo.

5 enero. Las tropas austro-croatas ocupan Pest, capital de Hungría.

15 enero. Reunión del Comité de la Asociación obrera de Colonia, en la que Marx defiende la táctica de sostener los candidatos demócratas en las próximas elecciones a la Asamblea nacional prusiana convocadas en el marco de la Constitución otorgada por Federico Guillermo IV.

Mediados de enero. Engels regresa a Colonia desde Suiza.

26 enero. Derrota de los húngaros en Kapolna.

28 enero. La Asamblea nacional alemana de Francfort somete a los gobiernos alemanes el proyecto de Constitución del Reich.

Fin enero-comienzos febrero. Entrevista en Colonia entre Marx y Born, dirigente de la Fraternidad Obrera.

Febrero. Reunión en Colonia de Marx, Engels y otros comunistas con Moll, enviado por el nuevo Comité central de la Liga de los comunistas, formado en Londres, para reorganizar la Liga en Alemania. Marx y Engels mantienen su posición contraria a la reorganización de la Liga.

7-8 febrero. Procesos contra Marx, Engels y otros comunistas y demócratas. El del día 7, por artículos publicanos en *NGR*. El del día 8, por el llamamiento del 18 de noviembre de 1848 del Comité regional de demócratas renanos. Marx y Engels hacen de su defensa un requisitorio contra la monarquía. Todos los acusados son absueltos.

8 febrero. Proclamación de la república en Florencia, capital del ducado de Toscana.

9 febrero. Proclamación de la república en Roma.

15 febrero. Se forma en la Asamblea nacional de Francfort el grupo de los «gran-alemanes», partidarios de la inclusión de Austria en la unidad alemana.

17 febrero. Se forma en la Asamblea nacional de Francfort del grupo de los «pequeño-alemanes», que propugna la unificación de Alemania sin Austria en torno a Prusia.

Febrero-abril. Contraofensiva victoriosa del ejército revolucionario húngaro.

7 marzo. El emperador austriaco disuelve el Reichstag y promulga una Constitución otorgada que refuerza la centralización del Imperio.

20-23 marzo. Carlos Alberto reanuda las hostilidades contra los austriacos y es aplastado en Novara. Abdica en Víctor Emmanuel II.

Segunda quincena de marzo. Restauración de los viejos poderes en los pequeños estados italianos de Parma, Modena y Florencia.

28 marzo. La Asamblea nacional de Francfort adopta la Constitución del Reich y ofrece la corona imperial a Federico Guillermo IV.

5-11 abril. *Nueva Gaceta Renana* publica el trabajo de Marx *Trabajo asalariado y capital*. El 11 de abril el Comité de la Asociación obrera decide discutir en sus filiales la cuestión del trabajo asalariado utilizando como base el trabajo de Marx.

5 abril. Los austriacos ocupan Florencia.

14 abril. Proclamación de la independencia de Hungría en Debrezin.

14 abril. Marx y otros comunistas se retiran del Comité regional de los demócratas renanos, declarando que van a consagrarse a la tarea de agrupar y cohesionar las asociaciones obreras de la provincia. El acto significa, de hecho, la salida del partido demócrata y el comienzo de creación del partido obrero.

14 abril-9 mayo. Viaje de Marx por el noroeste de Alemania. Establece contactos con comunistas y demócratas y trata de allegar fondos para *NGR*.

16 abril. La Asociación obrera de Colonia decide abandonar el partido demócrata y afiliarse a la Fraternidad Obrera. Decide convocar un congreso de todas las asociaciones obreras de Renania y Westfalia. Marx es designado para la Comisión encargada de preparar este congreso.

24 abril. Comienza la intervención francesa contra la república romana.

26 abril. Federico Guillermo IV disuelve la Asamblea nacional prusiana elegida en febrero porque toma partido a favor de la Constitución del Reich.

28 abril. Federico Guillermo IV rechaza la corona imperial que le ofrece la Asamblea nacional de Francfort.

3 mayo-23 julio. Insurrección en Sajonia, Baden y el Palatinado, con algunos focos en Renania y otros lugares de Alemania, a favor de la Constitución del Reich adoptada por la Asamblea nacional de Francfort. El ejército prusiano acude en ayuda de los gobiernos de estos estados. En Baden y el Palatinado se forman gobiernos revolucionarios.

9 mayo. Aplastamiento de la insurrección de Sajonia, cuyo centro era Dresde.

9 mayo. Sublevación en Elberfeld (Renania), rápidamente sofocada. Engels participa del 11 al 14 de mayo.

11 mayo. Derrota final del movimiento revolucionario siciliano. Restauración de la monarquía absoluta en todo el reino de Nápoles.

Mediados de mayo. Marx es expulsado de Prusia y Engels es objeto de una orden de detención. Lo mismo sucede con otros redactores de *NGR*.

19 mayo. Deja de salir *NGR*.

27 mayo. Comienza la intervención del ejército zarista contra Hungría.

30 mayo. La Asamblea nacional alemana abandona Francfort y se refugia en el Estado de Wurtemberg.

Segunda quincena de mayo. Marx y Engels se dirigen a Baden y el Palatinado, donde los dirigentes demócratas de la insurrección les ofrecen participar en la dirección. Se niegan, considerando que los objetivos del movimiento no son los de los comunistas.

Hacia el 2 de junio. Marx marcha a París llevando una credencial del Comité central de los demócratas alemanes acreditándole como representante de los revolucionarios alemanes ante el partido socialista-democrático francés. Engels queda en el Palatinado.

4 junio. El gobierno de Kossuth se instala en Pest.

13 junio. Fracaso del intento de levantamiento organizado en París por el partido socialista-democrático. Se desencadena la represión contra el partido. Los principales líderes emigran.

15 junio. Insurrección obrera en Lyon ligada a la intentona del 13 de junio en París. Es aplastada.

16 junio. El gobierno de Wurtemberg dispersa los restos de la Asamblea nacional de Francfort.

1 julio. Capitulación de la república romana ante el cuerpo expedicionario francés.

7-11 julio. Derrota del ejército húngaro en Komarno.

13 agosto. Capitulación del ejército húngaro en Villagos.

22 agosto. Capitulación de la república de Venecia.

24 agosto. Marx, expulsado de París por el gobierno francés, marcha a Londres, donde permanecerá el resto de su vida.

Noviembre. Engels, que después de la derrota del movimiento revolucionario del Palatinado había pasado a Suiza, residiendo allí hasta octubre, llega a Londres.

Ultimos meses de 1849. En fecha y en condiciones que no se conocen exactamente Marx y Engels entran a formar parte de nuevo del Comité central de la Liga de los comunistas, reorganizado en Londres.

1850

Primeros meses de 1850. El Comité central de la Liga de los comunistas inicia la reorganización de la Liga. Con independencia de este Comité central Marx y Engels preparan la edición de una revista.

Marzo. Aparición del primer número de *Nueva Gaceta Renana (revista económico-política)* editada en Hamburgo, dirigida por Marx desde Londres.

Marzo. El Comité central de la Liga de los comunistas envía una circular a sus organizaciones (la «circular de marzo») exponiendo la política y las tareas de la Liga en relación con la nueva revolución que considera inminente.

12 abril. El Papa se reinstala en Roma.

31 mayo. Ley restringiendo el sufragio universal en Francia.

Julio. Comienzo de la insurrección *taiping* en China.

Septiembre. Escisión de la Liga de los comunistas.

Noviembre. Bajo la presión de Austria, Federico Guillermo renuncia a la creación de la «pequeña Alemania» en torno a Prusia.

1851

1 mayo. Se inaugura en Londres la primera Exposición Universal.

2 diciembre. Golpe de Estado de Luis Bonaparte.

1852

4 octubre-12 noviembre. Proceso de los comunistas en Colonia.

17 noviembre. Disolución de la Liga de los comunistas.

BIBLIOGRAFIA SUMARIA

MARX Y ENGELS

Obras, en particular: t. 4 (mayo 1846-marzo 1848); t. 5 (marzo-noviembre 1848); t. 6 (noviembre 1848-julio 1849); t. 7 (agosto 1849-junio 1851); t. 8 (agosto 1851-marzo 1853). Hemos utilizado la 2.ª edición rusa de las *Obras* (*Sochinenie*) preparada por el Instituto de marxismo-leninismo de Moscú.

En caso de existir, hemos utilizado ediciones españolas o francesas. En particular:

Marx-Engels, *La ideología alemana,* Ed. Pueblos Unidos, Montevideo, 1959.

Marx, *Miseria de la filosofía,* Ed. en Lenguas Extranjeras, Moscú.

Marx, *Manifiesto Comunista,* en *Obras Escogidas* (*OE*), Editorial Progreso, Moscú, 1966.

Engels, *Principios del comunismo* (conocido también por *Catecismo comunista*), Editorial Progreso, Moscú, 1972.

La Nouvelle Gazette Rhenane, t. I, II y III, Editions Sociales, París, 1963-1971.

Marx, *Las luchas de clases en Francia,* en *OE,* ed. cit., t. I.

Circular del Comité Central de la Liga de los comunistas de marzo de 1850, en *OE,* ed. cit., t. I (Esta versión utiliza el término de «Mensaje» en lugar de «Circular».)

Engels, *La campagne pour la constitution du Reich, Révolution et contre-révolution en Allemagne, La guerre des paysans,* agrupadas bajo el título general *La révolution démocratique bourgeoise en Allemagne,* Editions Sociales, París, 1951.

Marx, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte,* en *OE,* ed. cit., t. I.

Engels, *Marx y la Nueva Gaceta Renana,* en *OE,* ed. cit., t. II.

Engels, *Contribución a la historia de la Liga de los comunistas,* en ídem.

Marx-Engels, *Correspondance,* t. I, II y III (1835-1853), Edition Sociales, París, 1971-1972.

OTROS AUTORES

Charles Andler, *Le Manifeste Communiste,* 1901, Ed. Rieder, París.

Bakounine, *Confession (1857),* Ed. Rieder, 1932.

Isaiah Berlin, *Karl Marx,* Gallimard, 1962.

Bert Andreas, *Manifeste du Parti Communiste,* Ed. Aubier, 1971.
Bert Andreas, *La Ligue des Communistes (1847) (Documents constitutifs),* Ed. Aubier, 1972.
Louis Blanc, *Histoire de la Révolution de 1848,* Ed. 1880.
Blanqui, *Textes choisis,* Editions Sociales, 1955.
Emile Bottigelli, *Genèse du socialisme scientifique,* Editions Sociales, 1967.
Auguste Cornu, *Karl Marx et Friedrich Engels,* t. I-IV, P. U. F., París; *Karl Marx et la révolution de 1848,* P. U. F., 1948.
Eduard Dolléans, *Proudhon,* Gallimard, 1948.
Eduard Dolléans, *Le chartisme (1831-1848),* 2.ª ed. Rivière.
Maurice Dommanget, *La révolution de 1848 et le Drapeau Rouge,* Spartacus.
Jacques Droz, *Les révolutions allemandes de 1848,* P. U. F., 1957.
Jacques Droz, *L'influence de Marx en Allemagne pendant la révolution de 1848,* en *Nouvelle Critique,* n. 68, 1955.
Jean Dautry, *1848 et la Deuxième Republique,* Editions Sociales, 1957.
François Fejtö, *1848 dans le monde. Le Printemps des peuples. Introduction, conclusion et 1848 en Hongrie,* Ed. de Minuit, 1948.
E. J. Hobsbawm, *L'ère des révolutions,* Fayard, 1969 (trad. del inglés).
G. Haup, *Les marxistes face à la question nationale: l'histoire de probleme,* en *Les marxistes et la question nationale (1848-1914),* Maspero, 1974.
E. Labrousse, *Le mouvement ouvrier et les idées sociales en France de 1815 a la fin du XIX siecle.* «Les cours de la Sorbone», C. D. U.
Michael Lowy, *La teoría de la revolución en el joven Marx,* Siglo XXI Editores, 1972 (traducido del francés).
William L. Langer, *Political and Social Upheaval 1832-1852,* NY, 1969.
Lenin. En Lenin hay numerosas referencias a 1848, pero dispersas a lo largo de su obra. Ver, en particular, el capítulo II de *El Estado y la revolución;* el *Informe sobre la participación de la socialdemocracia en un gobierno revolucionario provisional,* abril 1905 (t. 8, pp. 353-358, 4.ª ed. rusa). El punto III del epílogo en *Dos tácticas;* el apartado 7, *¿Marxismo o proudhonismo?,* del artículo *Balance de la discusión sobre la autodeterminación* (tomo 22, pp. 325-328) y la recopilación *Marx, Engels y el marxismo.*
Franz Mehring, *Carlos Marx,* Ed. Claridad, Buenos Aires, 2.ª ed., 1965.
Nikolaevski N. y Maenchen-Helfen O., *La vie de Marx,* Gallimard, 1937.
Giuliano Procraci, *Histoire des Italiens,* Fayard, 1970.

D. Riazanov, *Marx et Engels (Conferences de 1922),* Anthropos, París, 1967.
Maxime Rodinson, «Le marxisme et la nation», en *L'homme et la société,* n. 7, 1968.
Maximilien Rubel, *Karl Marx devant le bonapartisme,* Mouton, 1960; «Le parti prolétarien», en *Marx critique du marxisme,* Payot, 1974.
Jean Sigmann, *1848: Les révolutions romantiques et démocratiques de l'Europe,* Ed. Calmann-Levy, 1970.
G. Tate y A. L. Morton, *Historia del movimiento obrero inglés,* Editorial Fundamentos, 1971 (traducido del inglés).

EN RUSO:

Kandel E. P., *Marx y Engels organizadores de la Liga de los comunistas,* Moscú, 1955 (en la recopilación *De la historia de la lucha de Marx y Engels por el partido proletario*); *Marx y los problemas de la historia de la Liga de los comunistas,* Moscú, 1968 (en la recopilación *Marx, historiador*).
M. I. Mijailov, *Historia de la Liga de los comunistas,* Ed. Nauka, Moscú, 1968.
T. I. Oiserman, *El desarrollo de la teoría marxista sobre la base de la experiencia de la revolución de 1848,* Ed. Política Estatal, 1955.
F. V. Potemkin y A. I. Molok, *La revolución de 1848-1849,* Moscú, 1952, 2 tomos.
Selección de documentos de la Liga de los comunistas, Ed. Misl, Moscú, 1964.

* * *

Nuestro desconocimiento del alemán nos ha impedido consultar algunos trabajos sobre este tema que no están traducidos. Pero la importante obra del historiador germanista francés Jacques Droz —*Les révolutions allemandes de 1848*—, que hemos utilizado ampliamente, está basada en las más importantes fuentes alemanas. Lo mismo puede decirse de la historia de las revoluciones de 1848 de los historiadores soviéticos F. V. Potemkin y A. I. Molok. Los documentos existentes relativos a la historia de la Liga de los comunistas están recogidos en la Selección rusa de 1964, en la reciente historia escrita por M. I. Mijailov y —los últimos descubiertos— en la recopilación presentada por Bert Andreas. Esto, en cuanto a la historia general de la revolución. En cuanto a la acción política y teórica de Marx y Engels —objeto concreto de nuestro estudio—, la mejor y casi exclusiva fuente alemana son los propios trabajos y la correspondencia de Marx y Engels. Este ha sido el material básico de nuestro trabajo.

Biblioteca del
Pensamiento Socialista

KARL MARX
EL CAPITAL
CRITICA DE LA ECONOMIA POLITICA

La Edición Siglo XXI de los tres libros de «El capital» se compone de 8 volúmenes. La obra ha sido traducida directamente del alemán. En el caso del primer tomo se tomó como base la segunda edición (1872-1873), o sea la última edición alemana publicada en vida de Marx; para las variantes de la tercera y cuarta edición —que se registran en su totalidad— se utilizaron la edición Kautsky, la Dietz, la del tomo XXIII de las «Marx-Engels Werke» y una nueva edición publicada recientemente por Ullstein Verlag; para las variantes de la edición francesa de 1872-1875 no recogidas por Engels (en nuestra edición sólo se consignan las más importante), nos apoyamos en reediciones modernas de Gallimard, Editions Sociales y Garnier-Flammarion. En el caso del segundo tomo se utilizaron la edición original de 1885, la de Kautsky, la de Dietz, el tomo XXIV de las «Marx-Engels Werke», la edición Ullstein y, para parte de las variantes, la de Gallimard; para el tercer tomo, la de Kautsky, la de Dietz, el tomo XXV de las «Marx-Engels Werke» y la edición Ullstein.

Se comparó nuestra versión con las ediciones francesas (Editions Sociales, Gallimard, Garnier-Flammarion), italiana (Editori Riuniti) e inglesa (Foreign Languages Publishing House-Progress Publishers-Lawrence & Wishart). En cuanto a las versiones y retraducciones en español (Editora «La Vanguardia», Aguilar, FCE, EDAF, Cartago) todas fueron revisadas críticamente.

La nueva versión de Siglo XXI es la más completa de las ediciones de «El capital» publicadas en cualquier idioma y la primera aproximación a una edición crítica de la obra en castellano. *Además de las variantes de las distintas ediciones del primer tomo, en el segundo y en el tercero se recogen numerosos fragmentos de los manuscritos originarios de Marx, fragmentos que Engels dejó a un lado en la redacción final de esos tomos, pero que tienen importancia para una comprensión más afinada del texto de Marx.*

* * *

PLAN DE LA OBRA

Tomo I (libro primero): «El proceso de producción del capital».

Vol. 1: Primera sección, *Mercancía y dinero;* segunda sección, *La transformación de dinero en capital;* tercera sección, *La producción del plusvalor absoluto.*

Vol. 2: Cuarta sección, *La producción del plusvalor relativo;* quinta sección, *La producción del plusvalor absoluto y relativo;* sexta sección, *El salario.*

Vol. 3: Séptima sección *El proceso de acumulación del capital.* Este volumen contiene además un apéndice con la redacción del capítulo I («La mercancía») tal como figuró en la primera edición y con el trabajo *La forma de valor,* redactado por Marx para dicha edición e incorporado al final del libro como texto complementario y aclaratorio del análisis de la mercancía y el dinero. Se agregan

además cerca de cuatrocientas notas del traductor (referencias bibliográficas, texto original de citas, breves explicaciones, etc.), índice analítico, de nombres y de obras citadas.

Tomo II (libro segundo): «El proceso de circulación del capital».

Vol. 4: Primera sección, *Las metamorfosis del capital y el ciclo de las mismas;* segunda sección, *La rotación del capital.*

Vol. 5: Tercera sección, *La reproducción y circulación del capital social global.* Se agregan en este volumen notas del traductor, índice analítico, de nombres y de obras citadas.

Tomo III (libro tercero): «El proceso global de la producción capitalista».

Vol. 6: Primera sección, *La transformación del plusvalor en ganancia y de la tasa de plusvalor en tasa de ganancia;* segunda sección, *La transformación de la ganancia en ganancia media;* tercera sección, *Ley de la baja tendencial de la tasa de ganancia;* cuarta sección, *Transformación de capital mercantil y capital dinerario en capital dedicado a operaciones mercantiles y capital dedicado a operaciones dinerarias (capital comercial).*

Vol. 7: Quinta sección, primera parte, *Escisión de la ganancia en interés y ganancia del propietario. El capital que devenga interés;* segunda parte, *Escisión de la ganancia en interés y ganancia del propietario. El capital que devenga interés* (continuación).

Vol. 8: Sexta sección, *Transformación de plusganancia en renta de la tierra;* séptima sección, *Los réditos y sus fuentes.* Se agregan en este volumen notas del traductor, índice analítico, de nombres y de obras citadas.

ADLER, M.—*El socialismo y los intelectuales.*
ADLER, M.—*La concepción del Estado en el marxismo.*
BAKUNIN, M.—*Estatismo y anarquía.*
BAUER, O.—*La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia.*
BERNSTEIN, E.—*Las premisas del socialismo y el porvenir de la socialdemocracia.*
COLLETTI, L.—*El marxismo y el «derrumbe» del capitalismo.*
FOURIER, CH.—*El nuevo mundo amoroso.*
GRAMSCI, A.—*Antología* (selección de M. Sacristán).
GROSSMANN, H.—*La ley de la acumulación y el derrumbe del sistema capitalista.*
HERZEN, A.—*El desarrollo de las ideas revolucionarias en Rusia.*
KAUTSKY, K.—*La cuestión agraria.*
KELSEN, H.—*Socialismo y Estado.*
LENIN, V. I.—*Escritos económicos (1893-1899).* Prólogo y notas de F. Claudín (3 vols.).
LUKACS, G.—*Marx y el problema de la decadencia ideológica.*
MARX, K.—*Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador), 1857-1858. (Grundrisse.)* (3 vols.).
MARX, K.—*Miseria de la filosofía.*
MARX, K.—*Resultados inmediatos del proceso de producción («El capital», libro primero, capítulo VI, inédito).*
MARK, K.—*Contribución a la crítica de la economía política.*
MARX, K./ENGELS, F.—*Correspondencia con Danielson.*
STERNBERG, F.—*El imperialismo.*
TROTSKI, L.—*La teoría y la práctica de la revolución permanente* (selección y prólogo de E. Mandel).

* * *

ALTHUSSER, L.—*La revolución teórica de Marx.*
ALTHUSSER, L., y BALIBAR, E.—*Para leer «El capital».*

BARAN, P. A., y SWEEZY, P. M.—*El capital monopolista.*

BARON, S. H.—*Plejánov, el padre del marxismo ruso.*

BASSO, L.—*Socialismo y revolución.*

BERNSTEIN, S.—*Blanqui y el blanquismo.*

BLOOM, S. F.—*El problema nacional en Marx. El mundo de las naciones.*

BROSSAT, A.—*En los orígenes de la revolución permanente. El pensamiento político del joven Trotski.*

BUCI-GLUCKSMANN, CH.—*Gramsci y el Estado. Hacia una teoría materialista de la filosofía.*

CLAUDIN, F.—*Marx, Engels y la revolución de 1848.*

COHEN, S.—*Bujarin y la revolución bolchevique.*

DE GIOVANNI, B.—*La teoría política de la clase en «El capital».*

DRAPER, H.—*La teoría de la revolución de Karl Marx.* Tomo I. *Estado y burocracia.*

LOWY, M.—*La teoría de la revolución en el joven Marx.*

LOWY, M.—*Para una sociología de los intelectuales revolucionarios. La evolución política de Lukács. 1909-1929.*

MACCIOCCHI, M. A.—*Gramsci y la revolución de Occidente.*

MANDEL, E.—*La formación del pensamiento económico de Marx.*

MOORE, S.—*Crítica de la democracia capitalista.*

NAPOLEONI, C.—*El futuro del capitalismo.*

PIETRANERA, G.; DOBB, M.; POULANTZAS, N.; RIESSER, V., y BANFI, R.—*Estudios sobre «El capital».*

PRESTIPINO, G.—*El pensamiento filosófico de Engels.*

ROSDOLSKY, R.—*Génesis y estructura de «El capital» de Marx.*

SCHMIDT, A.—*El concepto de naturaleza en Marx.*

SCHRAM, S., y CARRERE D'ENCAUSSE, H.—*El marxismo y Asia.*

SWEEZY, P. M., y BETTELHEIM, CH.—*Algunos problemas actuales del socialismo.*

TVARDOVSKAIA, V. A.—*El populismo ruso.*